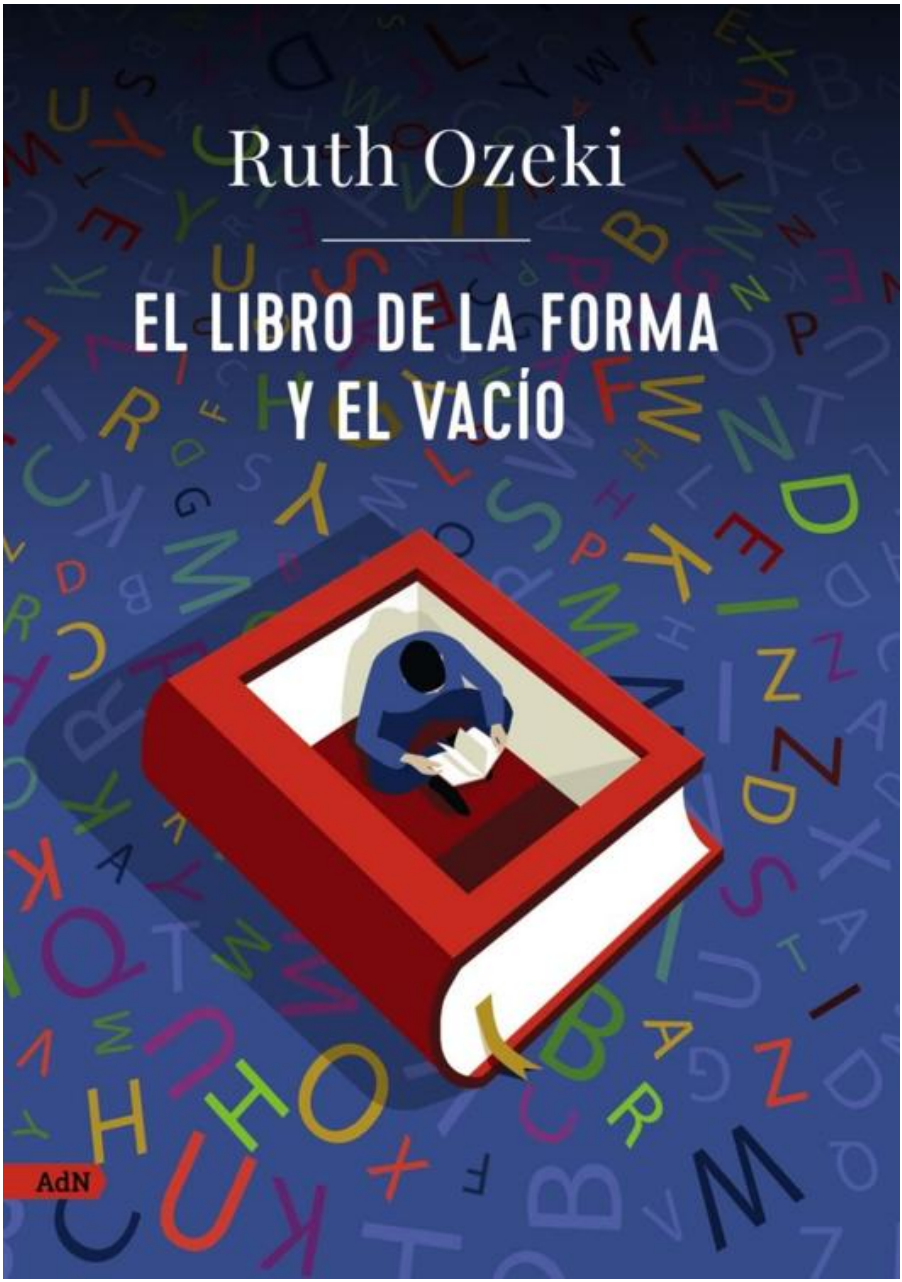
Ruth Ozeki

EL LIBRO DE LA FORMA Y EL VACÍO

AdN

Ruth Ozeki

EL LIBRO DE LA FORMA Y EL VACÍO



AdN

Ruth
Ozeki

EL LIBRO DE LA FORMA Y EL VACÍO

Traducido del inglés por Laura Vidal

AdN Alianza de Novelas

A mi padre,

cuya voz aún me guía

[Pro captu lectoris] habent sua fata libelli.

[Según la capacidad del lector] los libros

tienen un destino u otro.

WALTER BENJAMIN, *Desembalando mi biblioteca*

Al principio

Un libro tiene que empezar por alguna parte. Tiene que haber una letra primera y valiente que se sitúe en la línea en un acto de fe, a partir de la cual otra palabra se anima y la sigue, arrastrando una frase consigo. A partir de aquí cobra forma un párrafo, poco después una página y ya el libro está en marcha, encontrando una voz, cobrando vida.

Un libro tiene que empezar por alguna parte y este empieza aquí.

Un niño

Shh… ¡Escuchad!

Ese es mi Libro y os está hablando. ¿Lo oís?

Aunque, si no es así, da igual. No es vuestra culpa. Las cosas hablan todo el tiempo, pero, si no tenéis los oídos a nados, deberéis aprender a escuchar.

Podéis empezar por usar los ojos, porque los ojos son fáciles. Mirad todas las cosas que os rodean. ¿Qué veis? Un libro, obviamente, y obviamente el libro os está hablando, así que probad con algo más difícil.

La sil a en la que estáis sentados. El lápiz que l eváis en el bolsil o. Las zapatil as deportivas que calzáis. ¿Seguís sin oír nada? Entonces, arrodil aos y apoyad la cabeza en el asiento, o quitaos la zapatil a y acercadla a la oreja. No, esperad. Si hay alguien cerca, pensará que estáis locos, así que probad primero con el lápiz. Los lápices l evan dentro historias y son inofensivos, siempre que no te claves la punta en el oído. Sostenedlo cerca de la cabeza y prestad atención. ¿Oís el susurro de la madera? ¿El fantasma del pino? ¿El murmul o del plomo?

A veces hay más de una voz. En ocasiones hay todo un coro de voces que salen de un solo objeto, sobre todo si es un objeto Fabricado por

muchas manos distintas, pero no os asustéis. Creo que depende de si tenían o no un buen día en Guangdong, en Laos o donde fuera y, si era un buen día en el tal er de trabajo esclavo, si estaban teniendo un pensamiento agradable en el preciso instante en que esa arandela de ojete en concreto rodó por la cadena de montaje y pasó por sus dedos, entonces ese pensamiento agradable se aferrará a la arandela. En ocasiones no es tanto un pensamiento como una sensación. Una sensación cálida y agradable, como el amor, por ejemplo. Soleada y amaril a. Pero cuando es tristeza o enfado lo que entra en contacto con el cordón de tu zapatil a, entonces más te vale estar atento, porque esa zapatil a puede

hacer cualquier locura, como por ejemplo l evar tus pies hasta una tienda Nike, donde podrías terminar haciendo añicos el escaparate con un bate de béisbol hecho de madera furiosa. Si eso ocurre, no es culpa vuestra.

Limitaos a pedir perdón al escaparate, decidle al cristal que lo sentís y, sobre todo, no intentéis dar explicaciones. Al agente que os detenga le dan igual las condiciones de mierda en que se trabaja en la fábrica de bates. Tampoco le interesarán las motosierras ni el robusto fresno que una vez fue el bate, así que mantened la boca cerrada. Estaos tranquilos. Sed educados. Acordaos de respirar.

Es muy importante no alterarse, porque, de lo contrario, las voces tendrán ventaja y se apoderarán de vuestra cabeza. Los objetos son exigentes. Ocupan sitio. Requieren atención y os volverán locos si les dejáis. Así que recordad, sois como el controlador aéreo… No, esperad, sois como el director de una gran banda hecha de toda la música de jazz que existe en el planeta y otáis en el espacio exterior, encima de ese gran montón de basura que es el mundo, con el pelo peinado hacia atrás, todo trajeados y con la batuta en alto, rodeados de ávidos objetos. Y entonces, por un instante raudo, hermoso, todos se cal an y esperan a que bajéis la batuta.

Música o locura. Solo depende de vosotros.

Parte uno

En casa

Toda pasión bordea lo caótico, pero la pasión

del coleccionista bordea un caos de recuerdos.

WALTER BENJAMIN,

Desembalando mi biblioteca

El Libro

1

Empezaremos por las voces, entonces.

¿Cuándo las oyó por primera vez? ¿Cuando era aún pequeño? Benny fue un niño menudo que tardó en desarrollarse, como si sus células fueran reacias a multiplicarse y ocupar espacio en el mundo. Parece que dejó prácticamente de crecer cuando cumplió los doce, el mismo año que su padre murió y su madre empezó a engordar. El cambio fue sutil, pero Benny parecía encogerse a medida que Annabelle ensanchaba, como si metabolizara el dolor de su hijito a la vez que el suyo propio.

Sí. Va a ser eso.

Así que tal vez las voces empezaron también por aquella época, poco después de que muriera Kenny. Murió en un accidente de coche… No, lo mató un camión. Kenny Oh era clarinetista de jazz, pero su verdadero nombre era Kenji, y así lo vamos a llamar. Tocaba sobre todo *swing,* música de *big band,* en bodas y *bar mitzvás* y en clubes bohemios de estética *camp* del centro de la ciudad donde todos los tipos llevaban barba, sombrero *porkpie* y vestían camisas de cuadros y apolilladas chaquetas de *tweed* del Ejército de Salvación.

Había tenido una actuación y después se fue a beber o a drogarse o a lo que hiciera con sus amigos músicos, a correrse una juerga, pequeña, pero que bastó para que, de camino a casa, cuando tropezó y se cayó en el callejón, no viera la necesidad de levantarse inmediatamente. No estaba lejos, solo a unos metros de la cancela desvencijada que llevaba a la parte de atrás de su casa. De haber podido arrastrarse un poco más, no le habría pasado nada. Pero lo que hizo fue quedarse tumbado boca arriba en el charco de luz mortecina que proyectaba la farola sobre el contenedor de basura de la Tienda

de Segunda Mano Gospel Mission. El largo frío invernal había empezado a levantar y en el callejón flotaba una bruma de primavera. Se quedó allí mirando la luz y las diminutas partículas de humedad que revoloteaban alegres en el aire.

Estaba borracho. O drogado. O ambas cosas. La luz era hermosa. Aquella tarde había discutido con su mujer. Tal vez se arrepentía. Tal vez se hacía propósito de enmienda. ¿Quién sabe lo que hacía? Tal vez se durmió. Esperemos que fuera así.

En cualquier caso, allí seguía alrededor de una hora más tarde, cuando el camión de la basura entró con gran estrépito en el callejón.

No fue culpa del conductor del camión. El callejón estaba lleno de surcos y socavones. El suelo estaba cubierto de bolsas de basura medio vacías, restos de comida, bultos de ropa mojada y pequeños electrodomésticos rotos que los que rebuscaban en los contenedores no se habían llevado. En la luz plana y gris del amanecer lloviznoso, el conductor del camión no podía distinguir la basura del delgado cuerpo del músico, que para entonces estaba cubierto de cuervos. Los cuervos eran amigos de Kenji. Solo intentaban ayudarlo, manteniéndolo caliente y seco, pero todo el mundo sabe que a los cuervos les encanta la basura. ¿Es de extrañar que el conductor confundiera a Kenji con una bolsa de basura? El conductor odiaba los cuervos. Los cuervos traían mala suerte, así que los embistió con el camión. El camión transportaba cajas de pollos vivos al matadero chino que había al final del callejón. El conductor pisó el acelerador y notó el cuerpo contra las ruedas cuando los cuervos taparon el parabrisas con sus aleteos, impidiéndole ver y haciendo que perdiera el control y derrapara contra el muelle de carga de la imprenta Eternal Happiness S. L. El camión volcó y las cajas de pollos salieron despedidas.

Los graznidos de las aves despertaron a Benny, la ventana de cuya habitación daba a los contenedores. Aguzó el oído y la puerta de atrás se cerró de golpe. Un grito agudo y delgado subió desde el callejón, se desenroscó igual que una cuerda,

igual que un tentáculo vivo, serpenteó hasta su ventana, lo enganchó y lo sacó de la cama. Fue hasta la ventana, separó las cortinas y miró la calle. El cielo empezaba a clarear. Vio el camión volcado, con las ruedas girando, y el aire lleno de alas batientes y plumas revoloteando, aunque, al haber crecido en jaulas, aquellos pollos no podían volar. En realidad ni siquiera tenían aspecto de aves. No eran más que unas criaturas blancas y peludas, como los Tribbles de *Star Trek,* escabulléndose hacia las sombras. El delgado grito se tensó igual

que un cable y guio los ojos de Benny hasta una figura espectral envuelta en una nube de un blanco diáfano, el origen del sonido, el origen de su mundo: su madre, Annabelle.

Estaba en camisón, sola, en el charco de luz que proyectaba la farola. A su alrededor había movimiento, plumas que caían como copos de nieve, pero ella estaba muy quieta, igual que una princesa de hielo, pensó Benny. Miraba algo que había en el suelo y, como en un fogonazo, Benny supo que ese algo era su padre. Desde donde estaba, en la ventana del piso de arriba, no podía ver la cara de su padre, pero reconoció sus piernas, que estaban dobladas y pataleaban igual que hacían cuando Kenji bailaba, solo que ahora estaba tumbado de costado.

Su madre dio un paso adelante. «¡Noooo!», gritó, y cayó de rodillas. Su espesa melena dorada se derramaba sobre sus hombros, atrapaba la luz de la farola y formaba una cortina alrededor de la cabeza de su marido. Se inclinó hacia él y, mientras trataba de incorporarlo, susurraba: «No, Kenji, no, no, por favor. Perdóname. No hablaba en serio…».

¿La oía él? Si hubiera abierto los ojos justo en ese momento, habría visto la bonita cara de su mujer flotando sobre él igual que una luna pálida. Quizá así fue. Habría visto los cuervos posados en los tejados y meciéndose en los cables del tendido eléctrico, observando. Y quizá, al mirar por encima del hombro de su mujer y más allá, habría visto a su hijo mirando también, desde su lejana ventana. Digamos que sí vio todo esto, porque las piernas bailaron más despacio, dejaron de patalear y se quedaron quietas. Si, en ese momento,

Annabelle fue la luna de Kenji, entonces Benny fue la estrella lejana, y al verlo allí, titilando reluciente en el pálido cielo del amanecer, Kenji hizo un esfuerzo por mover el brazo, por levantar la mano, por agitar los dedos.

Como si quisiera decirme algo, pensó más tarde Benji.

Como si se despidiera.

Kenji murió de camino al hospital y el funeral se celebró la semana siguiente. Le correspondía a Annabelle ocuparse de los preparativos, pero esas cosas no se le daban demasiado bien. Kenji era el sociable de la pareja y nunca habían invitado o recibido a gente en casa. Annabelle tenía pocos o ningún amigo.

El encargado de la funeraria le hizo muchas preguntas sobre los

familiares de su ser querido y sobre sus creencias religiosas que le resultó difícil contestar. Por lo que ella sabía, Kenji no tenía familia. Había nacido en Hiroshima, pero sus padres habían muerto cuando era pequeño. A su hermana, de meses de edad, la habían enviado a vivir con unos tíos, mientras que a Kenji lo habían criado sus abuelos en Kioto.

Kenji rara vez hablaba de su infancia, excepto para decir que sus abuelos eran muy tradicionales y estrictos y que no se entendía bien con ellos, pero por supuesto ya estaban también muertos. Era de suponer que la hermana seguía viva, pero Kenji había perdido el contacto con ella. En los primeros años de matrimonio, cuando Annabelle le preguntaba, se limitaba a sonreír, a acariciarle la mejilla y a decir que no necesitaba más familia que ella.

En cuanto a la religión, sabía que los abuelos de Kenji habían sido budistas y en una ocasión este le había hablado de una temporada durante sus años de universitario en que vivió en un monasterio zen. Recordaba cómo se había reído Kenji.

«¿No es gracioso? ¡Un monje! ¡Yo!» Y Annabelle se había reído también, porque Kenji no tenía nada de monacal. Él decía que no necesitaba la religión porque tenía el jazz. El único objeto religioso que poseía era un rosario, que a veces se

enrollaba alrededor de la muñeca. Era bonito, pero Annabelle nunca lo había visto usarlo para rezar. Dadas las raíces budistas de Kenji, no parecía apropiado que un ministro cristiano oficiara el funeral, de manera que, en respuesta a las preguntas del encargado, Annabelle dijo que no, no había familia ni fe, y no habría servicio religioso. El encargado pareció decepcionado.

«¿Y por el lado de usted? —preguntó solícito, y cuando Annabelle vaciló, añadió—: En momentos como este es bueno tener familia…»

Un recuerdo parpadeó, espectral. Annabelle pensó en el cuerpo encogido de su madre en la cama del hospital. En la sombra oscura de su padrastro acechando en el umbral. Negó con la cabeza. «No —interrumpió con firmeza al encargado—.

He dicho que no tenemos familia.»

¿No se daba cuenta? Kenji y ella estaban solos en el mundo y eso era lo que los había mantenido unidos hasta que llegó Benny.

El encargado de la funeraria consultó su reloj y pasó a otra cuestión.

Preguntó si Annabelle había considerado la posibilidad de un velatorio con el ataúd abierto. De nuevo Annabelle vaciló, así que el encargado le explicó. Ver los restos mortales cuidadosamente restaurados de un ser querido podía mitigar el trauma que a menudo causaba ser testigo de un trágico accidente. Aliviaría los recuerdos dolorosos y ayudaría a los que habían sufrido la pérdida a aceptar la realidad de la muerte física. La sala del velatorio era íntima y estaba decorada con gusto. La funeraria estaría encantada de proporcionar bebidas para los invitados, una amplia selección de tés y café con un surtido de deliciosas leches monodosis de diferentes sabores ¿y quizá también unas galletas?

¿Leches monodosis?, pensó Annabelle tratando de no sonreír. ¿Está de broma? Quiso recordar aquello para contárselo después a Kenji —era una de esas cosas absurdas que le harían reír—, pero el encargado esperaba, de manera

que se apresuró a decir que sí, que unas galletas estarían bien.

El encargado lo anotó y a continuación preguntó qué quería hacer con los restos mortales de su ser querido. Sentada en el borde del sofá tapizado, Annabelle se oyó decir sí a una incineración y no a una sepultura o a un nicho en la cripta, cuando de pronto le vino a la cabeza un pensamiento: no podría contarle a Kenji lo de las deliciosas leches monodosis de sabores porque Kenji estaba muerto. A este pensamiento siguió inmediatamente una sucesión de otros: que el ser querido de cuyos restos mortales estaban hablando era Kenji, y que eran los restos mortales del cuerpo de Kenji, el mismo amado cuerpo que tan bien conocía y que, cuando cerraba los ojos, veía con toda claridad, los músculos fibrosos de sus hombros, la piel leonada y tersa, la curva de su espalda desnuda.

Se disculpó y preguntó si podía ir al baño. Faltaría más, dijo el encargado, y señaló con el dedo el pasillo enmoquetado. Annabelle cerró la puerta después de entrar.

Dentro de los aseos, ambientadores perfumados impregnaban el aire desde todos los enchufes de la pared. Se arrodilló delante de la taza del váter y vomitó en el agua desinfectada color azul brillante.

El cuerpo de Kenji estaba ahora dentro de un ataúd abierto en una habitación tipo sala de estar de la funeraria. Cuando Benny y Annabelle llegaron para verlo, el encargado los hizo pasar y a continuación retrocedió, discreto, para darles un momento de intimidad. Annabelle inspiró hondo. Agarrada al codo de su hijo, echó

a andar hacia el ataúd. Benny nunca había caminado de esa manera, con su madre cogida de su brazo como si él estuviera a cargo. Se sintió igual que una barandilla o un pasamanos. Con el cuerpo rígido, la sujetó, la guio hacia delante hasta que estuvieron los dos junto al ataúd.

Kenji era un hombre menudo, empequeñecido ahora por la muerte. Iba vestido con la americana milrayas azul clara que había escogido Annabelle, la que se ponía con vaqueros negros cuando tocaba en bodas veraniegas, pero sin el

sombrero *porkpie*. Tenía el clarinete sobre el pecho. Annabelle exhaló, un suspiro largo, blando y desanimado.

—Tiene buen aspecto —susurró—. Como si estuviera dormido. Y el ataúd es bonito. —Cuando Benny no contestó, le dio un tirón en el brazo—. ¿No te parece?

—Supongo —dijo Benny. Estudió el cuerpo dentro del elegante ataúd. Tenía los ojos cerrados, pero la cara no parecía lo bastante viva para una persona dormida. Ni siquiera para una persona muerta. No tenía aspecto de algo que hubiera estado vivo alguna vez. Alguien había usado maquillaje para tapar las magulladuras, pero su padre nunca se habría puesto maquillaje. Alguien había cepillado el pelo largo y negro y lo había repartido sobre el cojín de satén. Kenji solo llevaba el pelo suelto y cayéndole así cuando estaba en casa descansando. En público siempre se lo recogía en una coleta gruesa y negra. Todos aquellos detalles le demostraban a Benny que aquella cosa que estaba en el ataúd no era su padre

—. ¿Vas a quemar también el clarinete?

Se sentaron en rígidas sillas plegables dispuestas a un lado y esperaron. Empezó a llegar gente. Su anciana casera china, la señora Wong. Dos compañeras de trabajo de Annabelle. Los miembros de la banda de Kenji y sus amigos del mundo de los clubes nocturnos. Los músicos se quedaron de pie con aspecto de querer irse, pero el encargado de la funeraria los urgió a entrar. Nerviosos, caminaron hasta el ataúd. Algunos se demoraron y lo miraron con atención. Otros hablaron al cadáver, o hacían una broma —«Un camión de pollos, ¿en serio, tío?»— que Annabelle simuló no oír y luego, al ver la mesa con los refrescos, se dirigieron rápidamente hacia ella y se detuvieron solo para decirle unas palabras torpes y dar a Benny un abrazo rápido y acariciarle la cabeza. Annabelle se mostró magnánima. Eran los amigos de su marido. Benny tenía doce años y detestó las caricias,

pero detestó más los abrazos. Algunos de los miembros de la banda le dieron un suave puñetazo en el hombro. Los puñetazos no lo molestaron.

Tal vez fuera el clarinete en el ataúd lo que dio la idea a alguien, pero a medida que iban llegando más personas, fueron apareciendo otros instrumentos, y entonces un par de miembros de la banda se instalaron en un rincón de la habitación y empezaron a tocar. Un jazz suave, nada escandaloso. Llegaron más visitas. Cuando apareció una botella de whisky en la mesa de los refrescos, junto a las leches monodosis, el encargado de la funeraria dio muestras de ir a objetar, pero el trompetista hizo un aparte con él y le habló. El encargado reculó y la banda empezó a tocar.

Kenji conocía a personas que sabían divertirse, y cuando llegó el momento de transportar el cuerpo de su amigo al crematorio, los músicos cancelaron el coche fúnebre y tomaron las riendas. Annabelle les siguió la corriente. El ataúd era pesado, pero Kenji añadía poco a su peso, de modo que pudieron levantarlo y se fueron turnando para transportarlo a hombros, al estilo de Nueva Orleans, por los estrechos callejones y las calles oscuras y resbaladizas por la lluvia.

Annabelle y Benny caminaron con ellos. Alguien los condujo a la cabeza de la comitiva, justo detrás del féretro, y le dio a Benny un paraguas rojo brillante, que sostuvo bien alto sobre la cabeza de su madre, con orgullo, como si fuera un banderín o un estandarte, hasta que el brazo se le puso tan rígido que pensó que se le iba a romper.

Era primavera y la lluvia había arrancado las flores de los ciruelos, y los pétalos rosa pálido yacían aplastados en el pavimento. En el cielo, unas gaviotas volaban en círculos y chillaban, subiendo cada vez más alto, impulsadas por las corrientes de aire. Desde donde estaban, el paraguas rojo debía de parecer el ojo rojo de una serpiente que reptaba despacio por la ciudad empapada. Los cuervos estaban más abajo, siguiendo más de cerca la comitiva, volando de rama a rama por entre los árboles, posados en farolas y en el tendido eléctrico. A aquellas alturas la banda estaba casi completa, y mientras los dolientes desfilaban en la lluvia grasienta, los músicos tocaban canciones fúnebres y bebían de botellas

metidas en bolsas de papel marrón que se iban pasando, mientras prostitutas y yonquis revoloteaban detrás de ellos igual que basura sacudida por el viento.

Dentro del crematorio no había espacio suficiente para todos, pero la

lluvia había amainado, de manera que los músicos se quedaron fuera, en la calle, y continuaron tocando.

Annabelle y Benny siguieron el ataúd hasta la entrada, pero, cuando se abrió la puerta, Benny reculó. Había oído hablar del horno. Incluso si lo que estaba dentro del ataúd no era su padre, no quería verlo arrojado al fuego y ardiendo igual que un tronco o asándose como un trozo de carne, así que insistió en quedarse fuera con el trompetista, quien dijo que no había problema. Annabelle pareció consternada y a continuación se decidió. Cogió la tersa y redonda cara de su hijo con las dos manos, le dio un beso rápido y se volvió al trompetista:

—No lo pierdas de vista —dijo, y desapareció dentro del crematorio.

La banda cambió los cantos fúnebres por un repertorio de Benny Goodman. Goodman era el compositor favorito de Kenji. Tocaron *Body and Soul* y *Life Goes to a Party*. Tocaron *I'm a Ding Dong Daddy* y *China Boy,* y *The Man I Love,* y mientras lo hacían Benny pensaba con el corazón desbocado en las llamas del horno. Cuando llegó el solo de clarinete de *Sometimes I'm Happy,* los metales callaron y dejaron que el percusionista marcara el tiempo con las escobillas, respetando el espacio vacío que debía haber llenado el clarinete. Era el tema estrella de Kenji y casi podía oírse su *riff* fantasmal creciendo en la bruma. Y es posible que Benny lo oyera.

Escuchaba con atención y, en cuanto terminó la pausa y entraron de nuevo los vientos, se escabulló. Era enjuto como su padre, un chiquillo delgado abriéndose paso entre los músicos, que para entonces estaban demasiado colocados para darse cuenta. Había visto dónde había ido su madre. Cuando la gruesa puerta se cerró detrás de él, seguía oyendo la música fuera, pero ahora sus oídos estaban pendientes de otra cosa.

¿Benny…?

La voz hablaba desde algún punto de las profundidades del edificio, y la siguió. Mientras recorría el pasillo en penumbra, el ruido del sistema de ventilación subió de volumen. Llegó a una sala de espera amueblada con un sofá y algunas butacas bajas. En una mesa auxiliar había un jarrón con lirios blancos de plástico junto a una caja de pañuelos de papel. Una ventana panorámica daba a la cámara de cremación, y aunque Benny no sabía cómo se llamaba, sabía lo que ocurría en ella, al otro lado del cristal. Vio a su madre. Sostenía el clarinete de su padre, que resultaba extraño y torpe en sus manos porque no sabía tocarlo. A su lado estaba el ataúd caro. Vacío. ¿Qué

había sido del cuerpo? Su madre estaba sola, a excepción de un empleado. Estaban cada uno en lados opuestos de una caja de cartón larga y delgada, tan anodina que Benny apenas reparó en ella hasta que oyó de nuevo la voz.

¿Benny…?

¿Papá?

Era la voz de su padre. Benny apenas la oía con el estrépito de la ventilación, pero supo que procedía de la caja de cartón.

Se puso de puntillas y trató de ver lo que había dentro.

Ay, Benny…

Su padre sonaba tan triste, como si quisiera decir algo pero fuera demasiado tarde y, justo en ese momento, Annabelle asintió con la cabeza y se giró, y el empleado se adelantó y puso la tapa a la caja. Benny pegó las palmas de las manos al cristal.

—¡Mamá! —gritó golpeando el cristal—. ¡Mamá!

Como por voluntad propia, la caja empezó a moverse.

—¡No! —gritó Benny, pero el cristal era grueso, el ventilador hacía mucho ruido y la caja de cartón se movía ya, subía despacio por una corta rampa hacia la boca del horno, que se abrió para recibirla. Benny vio la garganta ardiente y la

lengua de fuego, oyó el rugido bajo y profundo de las llamas y el aire succionado mezclado con el lamento de un solo de trombón procedente de la calle. *Don't Be That Way*. Estaban tocando *Don't Be That Way*. No estés triste.

Benny aporreó el cristal con los puños.

—¡No! —gritó—. ¡No!

Entonces Annabelle levantó la vista. Sujetaba el clarinete de Kenji y tenía el rostro blanco como la ceniza y cubierto de lágrimas. Vio a su hijo a través del cristal y extendió las manos hacia él, y Benny vio sus labios moverse formando las letras de su nombre.

¡Benny…!

Detrás de ella, la caja entró en el horno y la boca de este se cerró.

Para cuando salieron del crematorio estaba más tranquilo. La mayoría de los músicos de la banda habían guardado sus instrumentos y se habían marchado y solo quedaban un par de tipos en el jardín de la funeraria. El trompetista estaba reclinado contra una pared, tocando una versión melancólica de *Smoke Gets in Your Eyes* mientras miraban las oleadas temblorosas de calor salir de la larga chimenea.

Alguien los llevó a casa en coche y Benny se fue derecho a la cama y durmió hasta la mañana siguiente. Cuando por fin se despertó, Annabelle le dijo que ese día no iría al colegio y le dejó jugar en el ordenador hasta la hora de la comida. Por la tarde hicieron un lento y largo trayecto en autobús de vuelta a la funeraria para recoger las cenizas de Kenji. Las cenizas estaban guardadas en una bolsa de plástico hermética dentro de una caja de plástico dentro de una bolsa de papel marrón genérica que Benji se negó a llevar en el autobús, aunque ninguno de los pasajeros podía saber que contenía restos humanos. Cuando volvían desde la parada, los cuervos se congregaron en el callejón, se posaron en la cancela y en el tejado de la casa. Kenji había construido un comedero en el

porche trasero usando un soporte de televisor viejo que había encontrado en el contenedor, y cuando Annabelle abrió la puerta trasera vio que estaba vacío y se hizo el propósito de darles de comer. Dejó la bolsa con las cenizas en la mesa de la cocina, sacó una lámina de papel de hornear y se dispuso a precalentar el horno.

—¿Palitos de pescado o *nuggets* de pollo?

—Me da igual.

Benny necesitaba algo que hacer, pensó Annabelle.

Necesitaba estar ocupado.

—Cariño, ¿puedes dar de comer a los cuervos de tu padre?

Le dio una bolsa de plástico con pasteles de luna rancios que Kenji rescataba de la panadería china y guardaba colgada del picaporte. Ahora tendría que añadir «rescatar pasteles de luna» a la lista de todas las demás tareas y obligaciones.

Benny cogió la bolsa y salió al porche, para regresar un momento después.

—Toma —dijo.

Traía un tapón de botella, una concha de almeja rota y un botón dorado sin lustre. Annabelle extendió la mano y Benny depositó en ella los pequeños objetos.

—Qué raro —dijo Annabelle mientras examinaba el botón

—. He oído hablar de cuervos que dejan regalos. —Y entonces se le ocurrió—. ¡Anda! ¿Crees que…? —Se interrumpió.

—¿Qué? —dijo Benny.

—Nada. —Annabelle cogió un cuenco pequeño de un estante y puso con cuidado los objetos dentro—. ¿Te importa despejar la mesa, cariño?

La bolsa con las cenizas seguía allí. Benny la miró. Parecía una bolsa de supermercado.

—¿Vas a dejar eso ahí?

—Había pensado que podíamos prepararle un sitio especial después de cenar. —Abrió el congelador y sacó una caja de *nuggets* de pollo—. Es lo que hacen en Japón, no sé si lo sabes. Ponen las cenizas en altarcitos budistas que tienen en sus casas.

—Nosotros no tenemos de eso.

—Podríamos hacer uno. —Rasgó la caja y esparció los *nuggets* sobre el papel de hornear—. En una de las estanterías.

Podríamos poner las cosas favoritas de tu padre, como el clarinete, para que las tenga en el más allá. —Metió la bandeja en el horno y cerró la puerta—. Sírvete un poco de leche y pon la mesa también.

—¿Eso es cuando sea un zombi?

Annabelle rio.

—No, cariño. Tu padre no es un zombi. El más allá es algo en lo que creen los budistas. Es cuando tu espíritu renace y vuelve a la vida dentro de otro cuerpo.

—¿Será otra persona?

—Quizá una persona no. Quizá un animal. Un cuervo tal vez…

—Qué cosa más rara —dijo mientras iba al cajón de los cubiertos—.

De todas maneras, no somos budistas. No somos nada. —Tiró del viejo cajón y forcejeó con él hasta que se abrió.

Annabelle levantó la vista.

—¿Quieres ser algo?

—¿Qué quieres decir?

—Pues ya sabes. Si quieres ser budista. U otra cosa.

¿Cristiano?

—No.

Benny sacó tenedores y su cuchara especial del cajón y los puso en la mesa, evitando con cuidado las cenizas. Sacó un vaso del armario y fue hasta la nevera.

—Tu padre antes era budista —dijo Annabelle—. Puede que siga siéndolo.

—¿Ahora?

—Claro. ¿Por qué no?

Benny se quedó delante de la nevera mirando fijamente un grupo de imanes de cocina mientras pensaba sobre aquello.

Cambió de sitio algunos de los imanes. Eran imanes de poesía, y de eso se trataba, de reordenarlos y hacer versos con significados distintos. Annabelle los había comprado en la Tienda de Segunda Mano para ayudar a Kenji con su inglés y este solía hacerle un poema siempre que se acordaba, y en ocasiones también Benny hacía uno. Al juego le faltaban algunas palabras, pero Annabelle decía que no tenía importancia, porque para escribir un poema no hacían falta muchas palabras.

—No —dijo Benny por fin—. Ahora no es nada. Solo está muerto.

El día que murió, justo antes de irse al club, Kenji había hecho un poema. Seguía allí, entre el enjambre de palabras.

—Sí, claro —dijo Annabelle—. Pero tampoco sabemos exactamente lo que eso significa. Estar muerto.

Benny movió algunas palabras para formar un verso nuevo.

—Sí lo sabemos. Significa que no está vivo.

Annabelle estaba inclinada frente al horno abierto, dando la vuelta a los *nuggets,* pero la rotundidad resignada de la voz de su hijo le hizo darse la vuelta.

—Ay, Benny, ¡no! —Soltó la espátula de metal y la puerta del horno se cerró de golpe. Corrió a la nevera y empujó al niño a un lado—. ¡Déjalo como estaba! ¡Tenemos que dejarlo

como estaba! «Mujer» va aquí, y «sinfonía», pero también había un adjetivo. ¿Cuál era? ¡No me acuerdo! ¿Por qué no me acuerdo? Ay, Benny, ¿te acuerdas tú?

Se volvió hacia él, suplicante, pero Benny había retrocedido. No había sido su intención desmontar el poema de su padre. Los imanes habían querido cambiar de sitio, formar poemas nuevos, y él solo intentaba ayudarlos. Abrió la boca para explicarse, pero no le salían las palabras. Se quedó quieto, consternado, y al verlo, Annabelle dejó lo que estaba haciendo y lo buscó.

—Ay, cariño —dijo—. Lo siento mucho. Ven. —Lo atrajo hacia sí. Benny sintió el peso de sus brazos en los hombros y la respiración de su pecho.

—No quería…

Su madre lo abrazó más fuerte.

—Lo sé, Benny. No te preocupes. No es culpa tuya. No pasa nada, no llores, todo va a salir bien…

Benny no estaba llorando, pero ella sí. Cuando por fin lo soltó, usó el dobladillo de la camiseta para secarse la cara y luego cenaron. Más tarde aquella noche reconstruyeron el poema de Kenji, pero Benny no volvió a tocar los imanes ni hizo más poemas con ellos y, durante un tiempo, la constelación dispar de palabras permaneció congelada.

Mi exuberante mujer madre diosa amor

juntos somos una sinfonía

estoy loco por ti

2

Durante aquel primer verano después de la muerte de Kenji, Benny

durmió mucho y estuvo más apagado que de costumbre, pero nunca pareció querer o necesitar hablar de sus sentimientos, a pesar de que su madre lo animaba a hacerlo. A veces, cuando estaba a punto de quedarse dormido, le parecía oír la voz de su padre llamándolo y se espabilaba,

sobresaltado, pero, como nunca pasaba nada, no lo mencionó más.

El otoño siguiente, su tutor de séptimo curso informó de algunos problemas de concentración y atención en clase, pero la orientadora del centro había sido muy comprensiva. Había programado sesiones con él de manera regular y opinaba que las dificultades que experimentaba Benny formaban parte del proceso de duelo. El dolor, decía, era algo personal y se manifestaba de muchas maneras. Aquello le pareció lógico a Annabelle y se sintió aliviada cuando la orientadora dijo que no era necesario empezar a pensar en medicación a no ser que los problemas empeoraran.

Benny nunca había sido el alumno más popular del colegio, pero siempre había tenido amigos: niñitos raros, furtivos, con mirada inexpresiva y huidiza, pelo sucio y madres de las cuales Annabelle no terminaba de fiarse. Kenji los recogía a la salida del colegio y se los llevaba a casa, les daba de merendar y los mandaba a jugar al jardín, donde Annabelle se los encontraba al volver del trabajo.

Al ser Benny mestizo, le preocupaba que se metieran con él. «¿Es tu madre de verdad?», los oía preguntar, y tenía que hacer esfuerzos por no gritar: «¡Pues claro que soy su madre de verdad!», pero Benny, sin alterarse, se limitaba a contestar que sí. Los juegos a los que jugaban la inquietaban aún más.

Juegos del tipo «Vale, yo soy el vaquero y tú el indio, y puedes intentar arrancarme la cabellera y luego yo te masacraré». O, ya algo más mayores: «Yo soy marine de la Fuerza de Reconocimiento de Estados Unidos, y tú, un terrorista islámico ultranacionalista, y puedes intentar hacerme volar por los aires y luego yo te borro del mapa». Daba la sensación de que era a Benny al que siempre masacraban o borraban del mapa, pero cuando Annabelle intentó hablarlo con Kenji, este se limitó a reír.

—Son niños —dijo—. Ya me ocupo yo de que nadie termine borrado del mapa.

Y de hecho lo hacía. Después de morir Kenji, los niños dejaron de ir a la casa, y cuando Annabelle le preguntó a Benny al respecto, este se

encogió de hombros por toda respuesta.

—Nunca me cayeron bien. Son unos capullos.

No daba la impresión de estar preocupado ni de sentirse solo, y para Annabelle fue un alivio. A excepción de la continua incertidumbre respecto a su trabajo, como familia no les iba mal.

El trabajo sí era una preocupación. Cuando Annabelle conoció a Kenji, acaba de empezar un máster en Biblioteconomía. Soñaba con ser bibliotecaria desde pequeña, cuando la Biblioteca Pública había sido su refugio. Hija única, los libros eran sus mejores amigos. Su madre no había sido una gran lectora y su padrastro era un borracho, pero los bibliotecarios siempre habían sido amables con ella. Se puso loca de contento cuando la aceptaron en el máster, pero entonces se quedó embarazada de Benny. Con una criatura en camino, sabía que sería difícil salir adelante solo con lo que ganaba Kenji tocando, de manera que aceptó un trabajo en la sucursal regional de una agencia nacional de seguimiento de medios de comunicación y allí continuaba. Era lectora en el Departamento de Prensa Escrita. Su trabajo consistía en leer en diagonal todos los periódicos locales y estatales que llegaban a la oficina cada mañana y a continuación recortar los artículos relacionados con las áreas de negocio de los clientes para enviárselos. Los clientes eran empresas, partidos políticos y grupos de presión, y los artículos trataban sobre todo de política local, cuestiones ambientales e industrias biorregionales: silvicultura, pesca, petróleo, carbón, gas, extracción de recursos, control de armas y elecciones estatales y municipales. Los tipos de la oficina que hacían el seguimiento de la televisión, la radio y los medios de comunicación en línea no eran demasiado divertidos. Lo que hacía el trabajo agradable eran las otras Damas de la Tijera.

Cuando Annabelle empezó, había cuatro en el Departamento de Prensa. Eran geniales, con sus tijeras Fiskars y cúteres X-ACTO, con sus reglas metálicas y bases de corte OLFA, todas intrépidas espadachinas y un poco intimidantes, pero la recibieron calurosamente y Annabelle enseguida se integró. Formaban un equipo bien avenido, sentadas alrededor de una gran mesa, recortando, charlando y compartiendo las noticias interesantes, pero una a una las damas se fueron marchando. Las dos últimas fueron una mujer negra mayor que las demás, quien se jubiló, y una pakistaní de mediana edad que hablaba inglés a la perfección y estaba sacándose el título para enseñarlo a extranjeros. Annabelle las echaba de menos. Habían sido amables con ella. Cuando Kenji murió, los periódicos locales habían publicado historias humillantes sobre el accidente, llenas de

detalles sórdidos sobre pollos cloqueando, plumas volando y drogas, pero Annabelle se dio cuenta de que las Damas de la Tijera se apresuraban a recortar esos artículos y a mantenerlos fuera de su vista, concediéndole así la dignidad del luto.

Su amabilidad hizo su marcha aún más dura, pero los tiempos cambiaban y el auge de las noticias en línea comprometía la supervivencia de Prensa como división de la compañía. Los archivos de viejas pletinas y vídeos VHS

usados para grabar programas de radio y televisión habían sido destruidos hacía tiempo y reemplazados por ordenadores y equipos digitales. Las estanterías que una vez ocuparon los aparatos ahora estaban vacías, cogiendo polvo. Los únicos compañeros de Annabelle ahora eran hombres con destrezas transferibles, los mismos que en otro tiempo le habían mirado distraídos el pecho para aliviar su aburrimiento. Annabelle siempre había sido bonita de una manera turgente, como de otra época; era fácil imaginarla sensualmente despeinada con blusón y corpiño acarreando pesados cubos rebosantes de leche. Pero aquello fue antes de que Kenji muriera y empezara a ganar peso. Ahora sus compañeros de trabajo sabían que tenía los días contados y agachaban la cabeza detrás de sus

consolas para ocultar la pena que les daba su situación. Vestida con pantalones elásticos holgados y una sudadera extragrande, tijeras en mano, Annabelle se sentaba sola y majestuosa en la larga mesa de trabajo, rodeada de pilas de periódicos, con banquetas vacías por toda compañía. Era la última de las Damas de la Tijera. El fin de una era.

Nadie se sorprendió cuando llegó un correo electrónico de la oficina central de la empresa anunciando la reorganización de la agencia. Todas las oficinas regionales, incluida aquella, iban a cerrar; pero, por suerte, continuaba diciendo el correo, no habría nuevos recortes de plantilla. En lugar de ello, la agencia dotaría a los empleados de los equipos y la conexión a internet de banda ancha necesarios para trabajar desde casa.

Los compañeros de Annabelle estaban felices. Les gustaba la idea de la banda ancha y de no tener que desplazarse al trabajo. Les gustaba la idea de levantarse de la cama y ponerse a trabajar directamente en ropa interior, pero Annabelle no sabía a qué atenerse. Las circulares de la oficina central no mencionaban el Departamento de Prensa y, en calidad de última Dama de la Tijera, se temía lo peor.

El miedo se instaló igual que el mal tiempo. Reacia a confirmar sus

peores temores, esperó, evitando a su supervisor y fingiendo compartir el entusiasmo de sus colegas. Trató de ser positiva. Tal vez le alquilarían una habitación con una mesa para trabajar en una pequeña oficina en alguna parte. Eso estaría bien. O, si cerraban Prensa, quizá podría pedir que le dieran formación en informática, aunque esto parecía improbable, dado que la agencia era notoriamente sexista y, además, ella era una persona más bien analógica. Pero quizá que la despidieran era justo lo que necesitaba. Quizá el universo le estaba enviando un mensaje, despejando el camino para un nuevo trabajo, algo más creativo y satisfactorio.

Después de cuatro días de nerviosa incertidumbre, recibió un mensaje de su supervisor informándola de que los periódicos que revisaba se los iban a enviar a su casa y que al

día siguiente le instalarían allí un ordenador, un módem y un escáner de alta velocidad.

Aquella tarde Annabelle se despidió de sus compañeros y se marchó a casa a estudiar la situación. La vivienda, que ocupaba la mitad de un edificio de dos plantas, era vieja y pequeña, con una cocina que era también *office,* una despensa y un salón en la planta baja y, en la de arriba, dos dormitorios y un baño. El único sitio donde se podía montar una oficina era el cuarto de estar. Kenji había hecho estanterías en las paredes para su equipo de sonido, sus instrumentos y discos de vinilo. Todos los libros de Annabelle, el material para sus manualidades y sus colecciones eclécticas —de juguetes antiguos de hojalata y partes de muñecas de porcelana, de viejos frascos de medicamentos y postales de recuerdo de vacaciones de otras personas — estaban asimismo en las estanterías, y allí habían terminado también las cenizas de Kenji. Annabelle nunca había llegado a hacer el altar budista, de modo que las cenizas estaban en la estantería, junto a una caja de zapatos llena de fotografías sin ordenar. Su intención había sido esparcirlas en alguna parte y quizá hacer una ceremonia con Benny durante el verano, pero nunca se habían puesto a ello y los meses habían pasado, y en cualquier caso,

¿quién tenía tiempo para ceremonias? Era una madre soltera con un marido muerto y un hijo pequeño que mantener. Se llevó la caja con las cenizas al piso de arriba y la puso en la balda superior del armario de su habitación. Tal vez cuando estuvieran más organizados podrían hacer algo especial, como alquilar una barca y salir al mar. Quizá incluso podrían ir a Japón algún día y esparcir allí las cenizas.

Trasladó sus colecciones y sus libros al dormitorio, dispuso los

juguetes en el alféizar de la ventana y apiló los libros contra las paredes hasta que pudiera comprar más estanterías.

El material para manualidades se fue al cuarto de baño, de nuevo una medida provisional hasta que encontrara un lugar mejor. Enjugándose el sudor de la frente, volvió al cuarto de estar e inspeccionó lo que quedaba. Sabía que tenía que

empezar a pensar en deshacerse de las cosas de Kenji, pero los instrumentos eran sus posesiones preciadas y era posible que Benny los quisiera algún día. Algunos álbumes eran rarezas y probablemente valiosos, pero para venderlos necesitaría un tasador. Se dio cuenta de que la única solución era guardarlo todo en cajas y llevarlas al armario de Kenji.

Volvió al piso de arriba llena de resolución. Llevaba sin mirar en aquel armario desde la noche en que escogió la americana de Kenji para el funeral. Ahora sacó fuerzas y abrió la puerta. Perturbadas por el movimiento de aire, las camisas de franela pulcramente colgadas en hilera agitaron los brazos en un amable saludo, pero lo que primero notó Annabelle fue el olor: el olor de Kenji, acre y salado como un viento que sopla desde el mar. La cogió desprevenida. Cerró los ojos y se entregó a él, dejó que el olor la envolviera, suave y cálido al contacto con su piel. Inhaló hasta tener los pulmones llenos y luego exhaló en un largo, único y entrecortado sollozo. Con los ojos todavía cerrados, hundió las manos en la hilera de ropa colgada y abrazó un conjunto de camisas ancho como un torso. Lo sacó del armario y lo llevó hasta la cama, luego volvió a por las chaquetas, después las camisetas, los jerséis, y así hizo varios viajes hasta que todo el contenido del armario estuvo amontonado sobre la cama y el armario se quedó vacío.

Sofocada por el esfuerzo, se sentó en el borde del colchón, con la intención de descansar solo un momento, pero lo que hizo fue recostarse en la montaña de ropa, hundirse en la blandura espumosa del algodón usado de su marido, de sus vaqueros gastados, de sus raídas chaquetas de *tweed*.

Un extraño calor bañaba el tejido de las telas, todavía vibrantes de la presencia de él, de modo que Annabelle excavó más profundo, pegó la cara a los cuellos, los bolsillos y las mangas hasta extraer un tufillo a humo y a whisky, aromas persistentes de club nocturno que le recordaron la primera vez que Kenji le puso las manos en los hombros, la hizo girarse y se besaron. El recuerdo la hizo estremecer. El tacto de la lana áspera y la suave franela contra su piel era tan agradable que

quiso más. Se sentó y se sacó la sudadera por la cabeza, pero cuando se puso de pie para quitarse los pantalones de chándal se vio sin querer en el espejo que había detrás de la puerta. Por un instante permaneció allí, mirando su reflejo, aquel cuerpo grande y pálido con sus gruesos pliegues de carne que se derramaban sobre las costuras de la ropa interior, y apartó la vista. Su mirada se posó en los números rígidos y rojos del reloj digital de la mesilla de noche. Eran casi las tres, la hora en que terminaba el colegio. Benny odiaba que lo hiciera esperar. Despacio, se puso de nuevo la sudadera, se sentó en el borde de la cama desordenada y acarició la manga de una camisa de franela verde cuyo puño había terminado sobre su rodilla. Era la camisa preferida de Kenji, un bonito tartán atenuado y atravesado por franjas de amarillo y azul. Sería una colcha preciosa, pensó. Era algo que se hacía ahora, colchas conmemorativas con la ropa de los seres queridos que habían muerto. La verdad es que era una idea hermosa, envolverte en recuerdos y dar una nueva vida a las prendas de vestir.

Benny

Espera, ¿no vas a contar cómo se conocieron? No es que quiera decirte cómo hacer tu trabajo ni nada de eso, pero te estás saltando la mejor parte, la parte feliz, y si no la cuentas, entonces los lectores no sabrán lo normal que era todo al principio, o cuánto se querían mi madre y mi padre, que es la razón de que el a después estuviera tan de puta pena. Pensarán solo: «Ah, esa Annabel e no es más que una pobre fracasada», lo que no es justo.

Y, además, no me importaría oírlo. Cuando vivía mi padre solían hablar de su gran historia de amor, pero solo me contaron parte de el a; por ejemplo, que mi padre se enamoró de mi madre en cuanto la vio y que el a era tan guapa, y él tan bueno, que estaban hechos el uno para el otro, etcétera, pero yo me daba cuenta de que se dejaban cosas. A veces, cuando se miraban, les chispeaban literalmente los ojos con secretos que no querían que su hijo conociera, y entonces sonreían o apartaban la vista, o se daban un beso y cambiaban de tema. No me importaba. Me gustaba que tuvieran secretos si eso los hacía felices, pero cuando murió mi padre, mi madre se puso triste y los secretos dejaron de chispear, y en ese caso es absurdo tenerlos, ¿no? Evidentemente, hay cosas que un niño no necesita saber sobre sus padres, pero tú podrías contarme algunas.

Ah, espera un momento. Se me acaba de ocurrir que quizá tú no conoces sus secretos. Había dado más o menos por hecho que los libros lo saben todo, pero igual tú eres un libro tonto, o vago, de esos que empiezan por la mitad porque no saben cómo se empieza una

historia y no quieren tomarse la molestia de averiguarlo. ¿Es eso? ¿Eres de esa clase de libro? Porque, si es así, quizá deberías buscarte la historia de otro niño, un niño normal y agradable con una ajetreada vida social que o no oye o no quiere escuchar. Hay un montón de niños así, de manera que, por favor, siéntete libre de buscar. Tú eliges.

Yo, en cambio, no tengo elección. Si eres mi libro, tengo que hacerte caso. Es eso o volverme loco otra vez, y mi trabajo estos días es no dejar que eso ocurra. Así que sugiero que tú hagas tu trabajo y yo haré el mío.

Empieza otra vez. Cuéntales a los lectores cómo se conocieron. Empieza por el principio.

El Libro

Las historias nunca empiezan por el principio, Benny. En ese sentido, difieren de la vida. La vida se vive desde el nacimiento hasta la muerte, desde el principio hasta un futuro inescrutable. Pero las historias se cuentan en retrospectiva. Las historias son vida vivida hacia atrás.

3

Se conocieron en un club de jazz del centro, en otoño de 2000.

Por entonces Annabelle estudiaba para bibliotecaria y salía con un saxofonista que pensaba que las bibliotecarias eran sexis, o al menos eso le decía, y ella tenía debilidad por los músicos. Este se llamaba Joe; era un hombre alto, delgado y lobuno con ojos hundidos y una sonrisa lenta que le dividía la cara igual que una hendidura. Al principio a Annabelle le pareció una sonrisa irónica. Después sardónica. Después cruel.

El club de jazz era un tugurio en el límite de Chinatown, un lugar al que los músicos iban a improvisar. Joe era el líder de una pequeña banda de jazz de aficionados que tocaba allí y una noche decidió divertirse sacando a cantar a Annabelle.

Esta tenía una voz interesante, perturbadora y extraña, y disfrutaba cantando, pero nunca lo había hecho sobre un escenario y Joe sabía que la idea la aterraba. Esperó a un sábado en que el local estuviera atestado: de *hipsters,* programadores, inversores de capital riesgo y otros no músicos que recientemente habían decidido que aquel club era donde había que ir para parecer culto y ligar. Annabelle estaba sentada en su mesa de siempre, justo delante del escenario.

Mediada la actuación, Joe se volvió hacia la banda.

— *¿Mein Liebling?* —propuso, y a Annabelle se le cayó el alma a los pies. Joe cogió el micrófono—. Y ahora —susurró al público—, a modo de sorpresa especial, por favor, ¡un

aplauso para la encantadora y talentosa señorita Annabelle Lange!

Con un gesto exagerado y burlesco extendió la mano y fue entonces cuando Kenji se fijó en ella. Era la primera vez que tocaba con la banda. Acababa de llegar a la ciudad con un visado de turista expedido en Tokio para explorar el ambiente jazzístico. Su inglés no era bueno, su alemán, inexistente, pero *Mein Liebling* era *Mein Liebling* en cualquier idioma. El líder de la banda ofrecía el micrófono a una rubia pálida de huesos grandes con mechas rosa brillante y llamativos ojos color lavanda. Consternada, la mujer negó con la cabeza y miró suplicante a Joe, pero este ya le había dado la espalda y se había puesto a chupar su lengüeta. La mujer pareció decidir que no tenía elección. Se puso de pie y subió con paso vacilante al escenario, igual que una niña jugando a los disfraces con los zapatos de tacón de su madre. Se detuvo en las sombras en el límite de la luz de los focos, se mordió el labio inferior y tragó saliva. Tenía un labio inferior maravilloso, se dio cuenta Kenji. Lleno y carnoso. No llevaba carmín, no iba maquillada. Solo su cara suave y desnuda enmarcada en rizos dorados. Pisó con la punta afilada de su zapato el charco de luz y a continuación vaciló, miró al público y después a Joe, quien la observaba con ojos entornados y esa lenta mueca que hacía pasar por sonrisa.

Desde donde estaba, con los instrumentos de viento, Kenji vio cómo temblaba Annabelle.

Cogió su clarinete y repasó deprisa las llaves con los dedos.

Los metales empezaban la canción y él entraría en los intervalos. Se había fumado un porro con la banda antes de la actuación y se sentía preparado.

Joe golpeó el suelo, impaciente, y Annabelle se colocó en la luz del foco. Llevaba un vestido cóctel *vintage* de tubo hecho en satén color aguamarina que parecía quedarle incómodamente ajustado. ¿La había obligado Joe a ponérselo?

El satén centelleaba. Por entre sus largos rizos rubios asomaban mechones rosas que atrapaban la luz al caerle sobre

los hombros desnudos. En sus orejas relucían brillantes de imitación. Los trompetistas levantaron sus instrumentos, Joe ladeó la cabeza y contó, y el grupo empezó a tocar.

Por un momento, Annabelle dio la impresión de ir a salir corriendo. Se le enganchó el tacón de aguja en un cable, pero se agarró al pie del micrófono y recuperó el equilibrio. Cogió el micrófono y se quedó mirándolo como si fuera la primera vez que veía uno. Pasó los dedos, indecisa, por el cable. Entró la percusión y la siguieron los metales, seis compases rápidos y, a continuación, su entrada. Se acercó el micrófono a la boca y Kenji lo vio temblar de placer por estar tan cerca de los labios de ella. Empezó a cantar.

Before I met you, my dear, I thought I knew…

Estaba todo mal, pensó Kenji. La voz de Annabelle era un susurro trémulo tan leve que apenas la oía por encima de los metales. *Mein Liebling* tenía que cantarse con seguridad, si no directamente con el estilo voluptuoso de cabaret de Zarah Leander, al menos con el animado y fresco tan americano de Martha Tilton o las Andrews Sisters. Pero no así. Aquella chica titubeaba, no era ni fresca ni segura.

All the many words for love, but then they flew…

El fraseo vacilante transmitió a Kenji una dolorosa soledad.

Aquella mujer solo había cantado dos versos y ya se moría en el escenario. Nadie podía salvarla. Sacudió el pie y volvió a lamer la lengüeta, esperando su entrada y con la sensación de que le iba a estallar el corazón, y justo entonces, como si ella hubiera notado su mirada, volvió la cabeza y lo miró. Tenía los ojos de un imposible color lavanda llenos de lágrimas.

Far, far away…

Nadie podía salvarla, pero Kenji tenía que intentarlo. Cerró los ojos, levantó el clarinete y tocó una sinuosa sucesión de notas que se elevaron igual que una cuerda, hermanándose con las trompetas y enroscándose en el bajo, moderando el tambor

y rodeando el saxo hasta, por fin, llegar hasta ella. Annabelle se asió a su *riff* y dejó que la transportara.

There are no words in any tongue,

Or any song that can be sung,

That can possibly convey…

Tocaba para ella, para sostenerla durante el segundo verso y guiarla audazmente hasta el estribillo:

Du bist mein Liebling, can't you see

How wunderschön you are to me…?

Ya lo estaba cantando, y cuando su voz subió de volumen, los *hipsters* que habían estado hablando a voces se callaron.

Las barbas se volvieron hacia el escenario, las botas empezaron a marcar el ritmo en el suelo y los dedos chasquearon mientras la canción llegó al metálico *crescendo* final y terminó. Kenji dejó que la lengüeta le cayera de los labios, bajó su instrumento goteante, se secó el sudor de los ojos y, cuando los abrió, vio que ella lo miraba de nuevo, solo que esta vez sonreía y tenía las pálidas mejillas arreboladas.

Sacudió sus rizos rubios y se volvió al público. El aplauso subió y bajó mientras ella juntaba las manos y hacía una reverencia torpe. Joe se unió a ella bajo los focos y le pasó una mano por la cintura, pero Annabelle hizo un pequeño contoneo para liberarse y volvió a pasitos pequeños a su mesa.

Más tarde aquella noche, en el dormitorio en penumbra del pequeño apartamento del centro que compartía con dos inquilinos más, Kenji bajó la larga cremallera de aquel vestido de cóctel de satén. Como en un sueño, se lo sacó a Annabelle por los hombros blancos y redondeados y lo dejó formar un charco centelleante en el suelo. ¿Cómo podía estar sucediendo algo así? Le desabrochó el sujetador y la ayudó a liberar sus brazos de él y, a continuación, la sujetó por el codo mientras ella se sacaba las bragas. Cuando estuvo desnuda, Kenji dio un paso atrás y la miró. Ella no se movió, insegura, enmarcada por una ventana que parecía sostenerla. Fuera, la luz de una

farola brilló a través de los visillos y volvió irisada su piel color crema. Esperó a que él expresara alguna cosa, agrado o desagrado, y cuando no lo hizo, se tapó los pechos y la entrepierna con las manos. Kenji se quedó sin respiración. Era magnífica. De pie en el charco de satén barato color aguamarina y encaje raído, parecía la Venus de Botticelli saliendo de las olas, ¿o era de una concha? No se acordaba, pero sin duda era la mujer más hermosa que había visto en su vida, y si susurró «Botticelli» para sí, su acento distorsionó la palabra y ella no la entendió. Desconcertada, le dio la espalda y Kenji se sintió

humillado. Se apresuró a acercarse a ella. Le puso las manos en los hombros y la hizo girarse, le cogió la encantadora cara entre las manos y a continuación la besó en los labios y la sintió temblar. Toda ella. Todo su cuerpo.

Hicieron el amor y después, con los cuerpos enredados entre sábanas, ella le enseñó la letra de la canción, susurrándole las palabras al oído mientras él se fumaba un porro y jugaba con un bucle rosa de la mata de rizos rubios y se lo enroscaba alrededor de un dedo.

Du bist mein Liebling, can't you see

How wunderschön you are to me…?

— *¿Wundershön?* —preguntó él.

Ella miró cómo sus labios formaban la palabra desconocida. Los planos de su cara eran tersos y limpios. No tenía ni idea de qué edad tenía, no sabía nada de él.

—Qué maravillosa —susurró, y a continuación se ruborizó

—. O bella. O las dos cosas, en realidad. Maravibella. En alemán son muy de juntar palabras. Se supone que se lo dice un hombre a una chica.

Sorprendido, Kenji se incorporó hasta apoyarse en un codo.

Tenía un pecho no muy ancho pero musculoso.

—¿Lo dice un hombre?

Annabelle asintió.

—Le dice a la chica lo guapa que es en distintos idiomas.

I could say bella, schön, or très jolie,

Ich liebe dich, do you love me…?

— *¿Bella?* Pero si ese es tu nombre. Debería cantarte esta canción. — Se inclinó hacia ella y le retiró los rizos de la cara

—. *Bella, bella* —le cantó pegado a su cuello, y cuando sus labios bajaron por la garganta de Annabelle, esta arqueó la espalda y cerró los ojos—. *Wunder* —susurró Kenji cogiéndole con suavidad los pechos turgentes y redondos y chupándole suavemente los pezones—.

Schön…

Si la piel señala la frontera en la que termina un «yo» y empieza un «tú», entonces aquella noche hicieron todo lo que pudieron por cruzarla. Para Annabelle fue una experiencia nueva. Había tenido relaciones sexuales antes, pero su implicación en el acto siempre había estado más impulsada por la resignación que por el deseo. Llegado un determinado momento, después de un cierto número de citas para salir a tomar algo o de copas de vino, el sexo era sencillamente lo que una hacía. O quizá «hacer» no era la palabra adecuada, puesto que ella nunca había hecho gran cosa. Más bien era algo que ocurría, remoto y distante, con independencia de lo que ella hiciera o dejara de hacer. El placer nunca había sido un factor, aunque, una vez terminaba el asunto, el alivio que seguía a la incomodidad siempre era bien recibido.

Pero el sexo con Kenji era otra cosa. Físicamente era lo opuesto a los hombres con los que Annabelle solía acostarse, hombres grandes y avasalladores como su padrastro, con dedos bruscos y sobones, caras sudorosas y mandíbulas como papel de lija. Tenía dieciséis años cuando empezó a entrar en su habitación, o quizá quince. Fue el año en que su madre estaba en el hospital con cáncer y sus recuerdos eran borrosos, pero había cosas que nunca olvidaría. El sonido de sus pisadas en el pasillo. La forma en que se hundía la cama cuando se sentaba en el borde. El alcohol en su aliento y el sudor que goteaba desde su cuero cabelludo hasta la cara de Annabelle.

Cuando su madre murió, Annabelle se marchó de casa, y aunque se alejó de él, los hombres que conoció después eran iguales a él. Kenji, en cambio, no sudaba. Era pulcro y terso y seco, con dedos delicados de músico, un pene delgado y nada intimidatorio. Y también era más menudo que ella, lo que al principio le resultó incómodo. Acostumbrada a que la dominaran, su cuerpo le parecía demasiado grande para él y su propio deseo le resultaba ajeno y torpe. Pero la manera en que Kenji hacía el amor cambió todo aquello, y cuando terminaron solo se sintió bien, grande, pero de una manera maravillosamente tentadora. Kenji estaba loco por ella y así se lo dijo. Era la mujer más hermosa del mundo. Es lo que pensó cuando la vio cantar en el escenario, y más tarde, cuando ella lo llamó a su mesa y dejó que la invitara a una copa, supo que no había hombre más afortunado que él.

—Debería haberte invitado yo a esa copa —le dijo Annabelle a la mañana siguiente—. Me salvaste la vida.

Estaban desayunando en la cocina y él estaba sentado en la misma silla de madera pintada a mano que solía gemir y crujir cuando se sentaba en ella Joe, pero que ahora sostenía en silencio a Kenji mientras untaba de mantequilla su tostada. A Annabelle le recordó al cuento de los tres ositos, la manera en que su silla parecía hecha a la medida de él, igual que su mesa, y que su cuerpo. Se reclinó en la encimera y lo miró mientras esperaba a que empezara a salir el café. Kenji tenía la gruesa mata de pelo negro suelta sobre los hombros. Se lamió mermelada de los dedos y negó con la cabeza.

—No —dijo—. Estuviste genial. Tienes una voz muy bonita.

Annabelle sonrió pensativa.

—Me gustaba cantar en el coro de la iglesia cuando era pequeña, pero luego dejé de hacerlo. Me asusta ponerme delante de gente y, en cualquier caso, me falta chorro de voz.

Joe lo sabe. Estaba siendo cruel.

—¿Joe es tu novio? —preguntó Kenji.

Annabelle se encogió de hombros y Kenji hizo un gesto con las manos que abarcaba la tostada, la cocina y a ellos dos.

—Me parece que se va a enfadar…

—Me da igual —dijo Annabelle—. Sale con un montón de chicas. Se cabreará, pero yo ya estaba intentando dejarle. Por eso me sacó a cantar. Sabía que sería un desastre, pero yo necesitaba dejar que explotara la bomba para poder romper con él, ¿sabes a qué me refiero?

Kenji no lo sabía, pero sí había entendido la palabra

«bomba».

—No, no eres una bomba —dijo sonriendo—. Eres…,

¿cómo se dice?… ¡BUM!

Imitó el sonido de una explosión y dibujó con las manos algo que saltaba por los aires y caía de vuelta a la tierra en una lluvia centelleante de chispas.

—¿Fuegos artificiales?

La cara de Kenji se iluminó.

—¡Sí! ¡Eres cohete!

Más tarde aquella noche y en las noches que siguieron, cuando Kenji pasaba los dedos por la piel de Annabelle, esta cerraba los ojos y se estremecía al recordar cómo los dedos de él habían hecho cosquillas al aire, imitando chispas que caían.

Y ahora la estaban acariciando, explorando partes de su cuerpo que nadie se había molestado en visitar. El sexo con Kenji era algo que te dejaba sin aliento, curioso y revelador, y Annabelle se maravillaba de su buena suerte, pero Kenji tenía otra explicación. Era el *en,* decía, su sino o destino, una conexión misteriosa, quizá de una vida anterior, lo que los había unido en esta.

¿Estaba Kenji en lo cierto? ¿Cómo se las arreglaban, en este vasto planeta de ocho mil millones de seres humanos, dos

personitas destinadas la una a la otra para encontrarse?

Alguien más cínico que Kenji diría que no lo hacen. O que no lo están. Destinadas la una a la otra. Porque sí, las personas se conocen y se enamoran, pero esos encuentros son aleatorios, mera casualidad, y el destino no es más que una historia que se cuentan después.

Pero ¡qué historia tan bonita! Y al final, para nosotros, es lo que importa. Es para lo que estamos los libros, después de todo, para contar vuestras historias, para albergarlas y guardarlas a buen recaudo entre nuestras tapas mientras podamos. Hacemos lo posible por daros placer y por sostener vuestra fe en el hecho solemne que implica ser humano. Nos importan vuestros sentimientos y creemos en vosotros a pies juntillas.

Pero he aquí otra pregunta: ¿se os ha ocurrido alguna vez pensar que los libros también tienen sentimientos? Mientras escucháis la historia de dos amantes desgraciados, ¿os paráis alguna vez a pensar en cómo nos sentimos nosotros? Porque lo cierto es que si la piel señala la frontera en la que termina un

«yo» y empieza un «tú», entonces, en esos momentos de apasionado cruce de fronteras que llamamos amor, os envidiamos. Es así de fácil. Envidiamos vuestros cuerpos.

¿Cómo no hacerlo? Los libros también tenemos cuerpo, pero carecemos de los órganos necesarios para experimentar el mundo. La

piel que recubre nuestras cartulinas y encierra nuestras palabras es distinta de la vuestra. Nuestra piel, ya esté hecha de papel o de pergamino o de tela (o, en la actualidad, de una combinación de plástico, cristal y metal), cumple una función similar, la de señalar nuestro perímetro, pero incluso la más háptica y reactiva de nuestras pieles no puede experimentar el placer de la forma en que lo hace la vuestra.

No podemos sentir éxtasis, la fusión de un ser con otro ser.

Sí, claro, podéis decir que las expresiones literarias son una suerte de apasionado cruce de fronteras, pero las acciones literarias son, por naturaleza, incorpóreas, más conceptuales y repartidas. Dependemos de vosotros para que nos deis forma y

existimos porque vosotros lo hacéis. De manera que, si bien nos percatamos cuando vuestros dedos buscan en nuestras páginas y podemos describir con palabras el sabor amargo del café, o una salsa picante, o el semen salado derramado entre nuestros pliegos, no experimentamos esas sensaciones de la forma en que lo hacéis vosotros: en la lengua, en el contacto con la piel, dentro de vuestro cuerpo humano.

Es difícil no tener la sensación de que nos perdemos algo.

Como expertos que somos en lo romántico, hemos evocado vuestros actos de amor en más maneras y palabras de las que sería capaz de imaginar un ser humano por sí solo y, sin embargo, nunca sabremos lo que se siente al coger la mano del ser amado y llevártela a los labios. ¡Ay, si tuviéramos labios!

Es cierto que muchos de nosotros hemos amado, abrazado, acariciado e incluso besado con ternura, y son todas ellas cosas que valoramos, pero en el momento en que comienza de verdad el acto amoroso, siempre terminamos expulsados de la cama de una patada. Desechados, yacemos boca abajo, abiertos en el suelo y con las páginas arrugadas, mientras sobre nosotros se despliegan misterios.

En ocasiones pensamos que nos gustaría hacer el amor. ¿A quién no? Después de todo, estamos locamente enamorados de vosotros. Como esclavos que somos de vuestras obsesiones, sabemos lo que significa ser impresos y encuadernados. Pero al mismo tiempo entendemos que pensamientos como estos no son más que figuras retóricas, fantasías a las que damos vueltas para pasar las horas.

Las fantasías son algo que los libros hacemos muy bien.

Las historias reales —las que suceden de verdad— os pertenecen a vosotros.

Así pues, ¿por dónde íbamos?

Benny fue concebido en 2001, el año en que empezó el futuro.

Cuando se quedó embarazada, Annabelle dejó los estudios de Biblioteconomía y empezó a trabajar en la agencia de

seguimiento de medios de comunicación. Kenji dejó de fumar hachís y se mudaron al pequeño dúplex a las afueras de Chinatown. Era una casa alquilada y en bastante mal estado, la única que podían permitirse, pero tenía un jardincito para que jugara el niño y los autobuses pasaban cerca, lo que era bueno porque ni a Annabelle ni a Kenji les gustaba conducir. Kenji consiguió un puesto fijo en un conjunto de jazz que tocaba música de *big band, ska* y *klezmer* contemporánea. Era un músico de talento y además estaba el factor *cool* de un clarinetista japonés con sombrero *porkpie* tocando viejos temas yidis como *Gimpel the Fool* y *Oy, S'iz gut*. Cuando quedó claro que Kenji era su principal atracción, la banda pasó a llamarse Kenji Oh and the Klezmonauts. Empezaron a hacer giras regionales. Los amantes se casaron. La vida era bella.

Annabelle nunca había sido tan feliz. Era, por naturaleza, una persona creativa, y estar embarazada le sentaba bien.

Notaba su cuerpo fértil, como una masa terrestre o un continente, exuberante de nueva vida. Kenji, su explorador, empleaba una metáfora distinta. Durante la primera ecografía, cuando vieron la sombra de su hijo en el monitor, la señaló y exclamó: «¡Es un bebé espacial! ¡Como un astronauta chiquitito en un sueño!», y a partir de entonces así lo llamaron.

«Nuestro bebé espacial. Nuestro bebé soñado. Nuestro pequeño astronauta.» Tumbados en la cama, veían *2001, una odisea del espacio* e imaginaban al feto flotando en el espacio interior de Annabelle.

«Es el futuro», murmuraba Kenji acariciándole el abultado vientre, y ella recordaba la sensación de aleteo que evocaban estas palabras, algo cercano a la emoción, pero también al miedo. Aunque, si tenía alguna preocupación, la mantenía a raya procurando estar siempre ocupada. Cuando entró en el segundo trimestre y la barriguita empezó a crecer, compró lana y agujas para tejer patucos y gorritos. Leyó manuales sobre dar a luz y ser madre. Tejió una manta para recién nacido.

Encontró una página web de manualidades donde enseñaban a

convertir jerséis viejos de tiendas de segunda mano en animales de peluche. Hizo un elefante de cachemir.

Las Damas de la Tijera, ilusionadas con su embarazo, le recortaban artículos útiles de revistas que Annabelle archivaba en carpetas. De camino a casa, a menudo se detenía en el edificio anejo de la Biblioteca Pública, donde vendían libros infantiles expurgados. Por lo general eran libros más bien viejos, dañados por un uso descuidado o excesivo, o cuyo contenido estaba pasado de moda. El sello rojo de gran tamaño

«EXPURGO» estampado sobre el título era como un tatuaje carcelario que los señalaba como no queridos, y Annabelle sentía lástima de ellos. Parecían tan desgraciados y olvidados, con sus esquinas romas y páginas con dobleces. Había renunciado a su sueño de convertirse en bibliotecaria infantil, pero seguía queriendo ayudar. Los libros viejos eran una ganga. Se sentía bien rescatándolos y dándoles un hogar, y los libros se lo agradecían.

Poco a poco fueron arreglando la casa. Su casera, la señora Wong, vivía en la otra mitad del dúplex. Tenía un único hijo, un adolescente taciturno con una gran marca de nacimiento color vino de Oporto en un lado de la cara. La señora Wong siempre se estaba quejando de él, llamándolo hijo inútil, y puesto que al principio Annabelle y Kenji no sabían su nombre, lo llamaban Inútil. Inútil Wong tenía unas compañías algo sospechosas, y como no pasaba mucho tiempo en casa, la señora Wong se acostumbró a confiar en Kenji. Le tenía cariño porque era asiático y también mañoso. Arregló todos los desagües, reparó los escalones del porche y puso tejas nuevas en el tejado. Ayudaba a la señora Wong en su diminuto huerto y a cambio esta le hacía una rebaja en el alquiler y le perdonaba que diera de comer a los cuervos.

Annabelle pintó las paredes de la habitación del bebé de un bonito color azul cielo. Compró estantes para los libros e hizo cortinas para las ventanas. Encontró una mecedora de madera en perfecto estado junto a los cubos de la basura en el callejón.

Uno de los arcos estaba suelto y tenía el brazo roto, pero Kenji la ayudó a arreglarla y después Annabelle pintó en el respaldo un bonito dibujo de una vaca saltando sobre una luna creciente. Llevaron la mecedora al cuarto del niño, y mientras Kenji tocaba en bodas y *bar mitzvás,* Annabelle se sentaba en ella y tejía y se mecía soñando con el

futuro. Cuando Kenji volvía a casa, se tumbaba en la alfombra de nudos a sus pies y la escuchaba leer en voz alta los libros que había rescatado de la Biblioteca. Algunos eran cuentos de hadas, otros eran de poesía y rimas infantiles. *Hey diddle, the cat and the fiddle*.

Tin tirín tin. El gato y el violín. Lo ayudarían en su comprensión del inglés, decía Annabelle, y leía con una voz preciosa, pero Kenji rara vez prestaba atención al significado.

Más bien la escuchaba leer igual que escuchaba música, y en ocasiones los sonidos de las palabras eran tan bellos que le llenaban los ojos de lágrimas y empezaba a acompañarla, rasgueando acordes en su ukelele. Los cuentos y las rimas se convirtieron en canciones, y a medida que la barriga crecía, empezaron a cantarle. Kenji no se sabía ninguna de las canciones infantiles con las que había crecido, de manera que Annabelle le enseñó *Mary had a little lamb* y *London Bridge is falling down* y *Row, row, row your boat*. Kenji rasgueaba los acordes y repetía las palabras, esforzándose por pronunciar los sonidos del inglés, las eles cadenciosas y linguales, las erres redondas y arqueadas.

— *Row* —decía Annabelle.

— *Low* —repetía Kenji, y ella se reía al ver su expresión desconcertada cuando negaba con la cabeza.

—A ver, intenta esto. Di «aaaah…». Ahora muerde la erre, como si dieras un mordisco a una apetitosa tarta de chocolate.

Aaa… R. Aaa… R. La erre es donde tus dientes se cierran alrededor de la tarta, pero justo antes de probar el chocolate.

Ya antes de nacer, cuando flotaba en el espacio interior, cálido y líquido de la barriga, Benny oía las voces de sus padres. Parecían llegar de lejos, como en un sueño, y se

(★)

filtraban por los bordes porosos del corazón vivo de su madre.

Rema, rema en tu barquita, oía. *La vida no es más que un sueño.*

El niño nació en enero. El país aún convalecía del 11-S y Annabelle agradeció estar de baja por maternidad y apartada de las noticias. En los meses siguientes a su nacimiento, Annabelle y Kenji mantuvieron la televisión y la radio apagadas. Refugiados en una burbuja de

tranquilidad, se tumbaban de lado en la cama con el pequeño Benny entre ambos, sus cuerpos como dos paréntesis encerrando una pequeña estrella.

Enroscados alrededor de él, lo observaban, le levantaban las extremidades, admiraban sus dedos, su barriga, las almohadillas regordetas de los dedos de sus pies, los hoyuelos de sus codos, su pene diminuto y puntiagudo. «¡Mira, mira! —

susurraban—. ¿No es una maravilla?» Sus orejas eran como caracolas; su piel, la seda más suave. Estudiaban cada centímetro de él, lo olfateaban con la nariz, lo besaban con los labios, se maravillaban del aspecto y de los olores de su perfección infantil. Era el bebé de sus sueños. No tenía ni un solo defecto.

«Lo hemos hecho nosotros —susurraban—. ¿Cómo puede ser?», y aquella revelación asombrosa los llenaba de orgullo.

Cuando lo miraban dar sus primeros pasos o aprender sus primeras palabras, la alegría repentina por lo que habían logrado los pillaba por sorpresa y entonces se cogían de las manos y contenían la respiración, esperando, esperando a lo que fuera a venir a continuación. Era su «y comieron perdices»

particular, y lo vivían día a día.

Benny

Vale, uf. Oye, ya sé que he preguntado yo, pero como que me has dado demasiada información, ¿no te parece?

A ver, las partes sobre mí pueden pasar, yo qué sé, pero no hace falta que todo el mundo se entere de la vida sexual de mis padres. Algunas cosas deberían ser privadas…, sobre todo lo de su padrastro. Si fueras el libro de mi madre, sería otra historia, y quizá tendría sentido, pero eres mi libro, ¿no? En n.

Aunque esa parte sobre cómo los oía cantar cuando estaba embarazada de mí ha sido guay y tiene toda la lógica. A veces las voces que oigo ahora son así, como si l egaran de cosas que existían antes de que yo estuviera aquí para recordarlas. No sé explicarlo. Son como trozos aleatorios de código basura metidos entre los pliegues de mi cerebro que se activan de repente, y a lo mejor todo el mundo los tiene; la cosa es que yo empecé a oírlas cuando me volví hipersensible, ¿sabéis? Mi orientadora dice que puede ser por el duelo.

No empecé a oírlas inmediatamente. Durante más o menos un año después de que muriera mi padre era solo su voz, l amándome como me l amó en el crematorio, solo que de noche, en mi cuarto. Estaba dormido y lo oía decir mi nombre. Sonaba como si estuviera al í, ¿me explico? Fuera de mi cabeza, pero también dentro. Me quedaba tumbado escuchando con mucha atención, sin atreverme a moverme o a abrir los ojos porque me daba miedo verlo, pero también no verlo. Lo que quiero decir es que tenía muchas ganas de verlo, pero solo si estaba vivo. No quería verlo muerto, como un zombi o un fantasma. Cuando por n me obligaba a abrir los ojos, solo veía oscuridad. Me quedaba al í lo más atento posible esperando que dijera algo más, pero al cabo de un rato volvía a dormirme y, a la mañana siguiente, el recuerdo de su voz estaba mezclado con todos los otros sueños que había tenido y olvidado.

Para nales del primer año su voz se había vuelto más débil y no lo oía tanto. ¿Adónde fue? Una vez me puse a buscarlo. La caja con sus cenizas solía estar en el piso de abajo, con todos sus elepés, pero mi madre la cambió y tuve que rebuscar entre toda la porquería de su dormitorio hasta que la encontré metida al fondo de un armario. Supuse que a mi madre no le importaría, así que cogí la caja y coloqué a mi padre en la estantería de mi dormitorio, al lado del globo lunar que me regaló cuando yo era pequeño para enseñarme cosas de la luna. El globo tenía una lámpara dentro que hacía bril ar la luna, pero se rompió hace mucho y mi padre siempre me prometía que la arreglaría, pero nunca lo hizo. Pero la misma noche que puse sus cenizas al lado de la luna, la luna empezó a encenderse y apagarse, lo que es raro, ¿verdad? Yo estaba dormido y la luz me despertó, y al principio me l evé un susto horrible, pero luego supuse que seguramente era el espíritu de mi padre intentando arreglar la lámpara y cumplir su promesa, y eso me tranquilizó. Después de aquel o, cada vez que le daba las buenas noches, giraba la luna para que tuviera una vista distinta desde su caja. Hacer girar la luna era un juego al que jugábamos y a él siempre le gustaba aterrizar en la cara oscura, porque era un artista. Es lo que me decía. Yo no entendía muy bien lo que quería decir. Supongo que parte de mí aún tenía la esperanza de que viniera a hablarme en sueños, pero luego, cuando aparecieron las otras voces, me rendí. Habría sido imposible oírlo con todo el ruido que hacían.

Las otras voces también l egaban en sueños. Así es como empezaron.

Fue como si una voz abriera la puerta y las otras la siguieran. Los sueños son como puertas. Son como portales a otra realidad y una vez se abren, más te vale andar con cuidado.

El Libro

El lado oscuro tiene su atractivo, Benny, pero la mayoría de las personas no quieren conocerlo. Prefieren permanecer a salvo en el lado luminoso. En cambio, los artistas y escritores y músicos como tu padre son incapaces de resistirse a la atracción del lado oscuro. Es un territorio que los libros conocemos bien, y nuestro trabajo es no darle la espalda, nos guste o no.

Y eso incluye el lado oscuro de la historia de tu madre. Es cierto, no somos el libro de Annabelle —Dios sabe que se merece uno para ella sola—, pero en ocasiones es difícil discernir dónde termina el libro de un progenitor y empieza el del hijo. ¿Y qué puede hacer un libro, entonces? Hacer girar la luna, ver dónde aterrizamos y confiar en que el resultado sea soportable.

4

En su sueño, alguien le tocaba en la frente, y si cierras los ojos, quizá tú también puedas imaginarlo. Imagina a Benny, con trece años para cumplir catorce pero pequeño para su edad, durmiendo boca arriba en una cama estrecha debajo de un edredón intergaláctico. Está abierto de brazos y piernas y respira por la boca porque siempre tiene la nariz un poco tapada debido al asma y al polvo. Los labios entreabiertos son bonitos y con forma de corazón y su piel color dorado oscuro aún está limpia. Se parece mucho a su padre.

Alguien le toca la frente y los toquecitos aterrizan como gotas de lluvia en ese lugar terso y sin preocupaciones entre las cejas. En el sueño, los golpecitos lo despiertan y cuando abre los ojos ve un dedo flotando justo encima de su nariz. Es un dedo delgado y puntiagudo, casi traslúcido. Se agita en el aire centelleante igual que un junco en aguas poco profundas, y ahora ve que el dedo está unido a una mano con una muñeca

delicada de la que sale el brazo más largo que ha visto nunca y que se extiende igual que el hilo de una cometa hacia la negrura del espacio. Al final de la mano, unida al extremo último del brazo filiforme, flota una cara, tan pálida y distante como una luna.

Es una cara de chica y, a pesar de toda esa distancia, Benny se da cuenta de que es la chica más guapa del mundo. Jamás en la vida —en sus trece años y nueve meses de existencia en el planeta— ha visto una cara como esa. El abundante pelo blanco ondea a su alrededor como nubes iluminadas por la luna. Sus ojos alegres y enormes lo

miran y sus labios rosa se arrugan hasta formar una O perfectamente redonda. La chica más guapa del mundo se está burlando de él —al menos eso es lo que parece—, se burla, pero sin mala intención. En absoluto.

Benny…, susurra mientras ríe en silencio. *Benny o… O…*

O…

La fila de oes brota de sus labios igual que anillas de humo.

Benny se incorpora del colchón con la esperanza de atrapar una con la nariz igual que una foca. Pero las anillas no huelen a humo. Huelen a chocolate caliente y al pan recién horneado que hacía Annabelle cuando era pequeño y todavía usaba el horno para cocinar. La chica más guapa del mundo huele a levadura, igual que los besos de la madre de Benny, igual que su infancia cuando su madre era feliz y su padre estaba vivo, y la pelusa de su piel empieza a erizarse por la fuerza de ese recuerdo. La cara de la chica se está acercando y Benny vuelve a tumbarse, y de pronto, el espacio que los separa desaparece y la chica flota justo encima de él. Sus besos en forma de O y con aroma a levadura bajan, húmedos y cálidos, vibrando en ondas que se rompen contra el cuerpo de Benny. Le apoya delicadamente una mano en el pecho, justo encima del corazón. Bajo la suave presión de su palma, Benny siente el órgano latir con fuerza. Arquea la espalda y empieza a levantarse, a buscar…

«¡Oh…! —grita—. ¡Oh!… ¡Oh!… ¡Oh!» y de repente

su sueño ardiente explota en mil millones de estrellas minúsculas que salen disparadas como la risa y centellean bajo su piel, y entonces, muy muy despacio, la risa muere y, una a una, las estrellas se apagan y lo devuelven a la oscuridad.

Oyó un gemido en el silencio y abrió los ojos. Su dormitorio estaba turbio de sombras y la chica más guapa del mundo había desaparecido. Cerró la boca y los gemidos cesaron. Sobre él, una tenue nebulosa de Estrellas Mágicas que Brillan en la Oscuridad giró en el techo hasta formar una constelación borrosa de tres oes, los tres anillos estelares entrelazados que su padre había pegado allí, uno por cada miembro de la familia.

Benny tenía las manos pegadas al pantalón de pijama, que estaba mojado, pero solo un poco. Nada más morir su padre solía tener accidentes, pero ya llevaba años sin hacerse pis encima. Se puso de pie y examinó la cama. Las sábanas estaban secas. Se quitó el pijama y se lo acercó a la nariz. No olía a pis, pero aun así. Se estremeció. Había oído hablar de los sueños húmedos. Los chicos de la escuela hacían bromas al respecto. ¿Qué era aquello? Notaba el cuerpo hueco y raro, hormigueante, como si se hubiera acatarrado, pero no era una

sensación desagradable. De hecho, era agradable. Sacó un calzoncillo limpio del cajón. Mientras se subía el pijama abrió la puerta del dormitorio y salió al pasillo.

Estaba oscuro y el aire era distinto allí, estático y cargado, con olor a tinta de periódico y polvo, pero a aquellas alturas

Benny estaba acostumbrado a esos olores y apenas reparó en ellos. Caminó por el estrecho pasillo con cuidado de no chocar con los montones precarios de cajas llenas de cosas de su padre que forraban las paredes y las bolsas de basura con los periódicos y las compras de su madre apilados encima. A medida que se alejaba de su habitación fue consciente de algo nuevo. Ruidos. Se le puso la piel de gallina. Se agachó detrás de una torre de cajas, se abrazó a sí mismo y aguzó el oído.

Los ruidos parecían voces procedentes de las sombras. No eran fuertes, solo un *ooooooooooooooooooo* creciente y susurrado que hacía pensar en fantasmas o en personas gimiendo, pero bajito, para que nadie los oyera.

Annabelle a menudo gemía de noche. A veces Benny también la oía llorar y se asustaba, pero esto era distinto. Esperó. Le pareció oír palabras dentro de los sonidos, pero no las entendía. La señora Wong a veces gritaba al Inútil en chino, pero su voz era enfadada y aguda, mientras que estas eran tristes. Pensó en volver a su habitación y cerrar la puerta, pero ahora sí que tenía que hacer pis. Se irguió despacio y caminó de puntillas sobre unas revistas de papel cuché que se habían desprendido de una pila. A cada paso que daba, el gemido subía de volumen y entonces el pie de Benny resbaló y su talón aterrizó en una bolsa llena de adornos de Navidad —

espumillón y luces y bolas de cristal quebradizo— que Annabelle había comprado en un saldo posnavideño. Oyó un crujido y un claro grito de dolor, una esquirla afilada de sonido procedente de las pobres bolas relucientes y que lo atravesó por completo. Se tapó los oídos con las manos y se acuclilló contra la pared.

«¡Parad!», suplicó, pero el grito continuó y entonces un coro de voces subió desde el suelo hasta las vigas del techo y desde todos los rincones de la casa y se sumó a los quejidos de las bolas de Navidad.

Benny se tapó más fuerte los oídos y cerró los ojos. «¡Por favor! — gritó—. ¡Callaos!», y cuando retiró las manos, la casa

estaba en silencio.

—¿Benny? —oyó a su madre llamándole desde el fondo del pasillo. Su voz clara y de cascabel resonó en el repentino silencio—. ¿Estás bien?

Benny aún tenía el corazón acelerado. Tragó aire.

—¿Estás bien, cariño? ¿Tienes que hacer pipí?

—¡Sí!

¿Para qué preguntaba? Odiaba que siguiera usando esa palabra, pero la irritación devolvía normalidad a las cosas. Se puso de pie y las rodillas respondieron.

Ya en el baño, sacó de la bañera una bolsa de la compra llena de material para manualidades y abrió los grifos. Hizo pis y luego se quitó los calzoncillos y los dejó bajo el chorro de agua, junto con su pantalón de pijama hecho una bola. Era su pijama favorito, de Spiderman, y aún le servía. Miró las perneras rojas y azules girar e hincharse y encontró champú y echó un chorro en el agua, dibujando bucles y garabatos.

Cuando empezaron a subir las burbujas, se sentó en el borde de la bañera y se abrazó las rodillas desnudas. La bañera estaba fría al contacto con su trasero. De los rincones más alejados de la casa oía gemidos y gimoteos. De tanto en tanto, una voz solitaria emitía lo que parecía ser una orden brusca, pero Benny hizo caso omiso. Tarareó la música de su videojuego favorito, la alegre melodía que acompañaba sus expediciones mineras cuando descendía y excavaba el yacimiento con su hacha, extrayendo los recursos que necesitaba para forjar armas con las que protegerse de las criaturas hostiles. Apenas podía llamarse canción, pero el tintineo de las notas le dio valor y ayudó a ahuyentar las voces mientras se concentraba en evocar la imagen centelleante de la chica más guapa del mundo, que seguía haciéndole cosquillas bajo la piel.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, el recuerdo de la noche volvió a él. Se sentó en la cama y escuchó, después fue

hasta la puerta. Abrió una rendija y escuchó de nuevo. Oía la radio de Annabelle procedente del cuarto de estar, donde estaba trabajando, pero las extrañas voces nocturnas habían desaparecido. Encontró la bolsa con adornos navideños que había pisado por la noche y la llevó al cuarto de baño. Las esquirlas de cristal rojo y verde estaban calladas, de modo que las tiró a la basura. Sus pantalones de pijama estaban tendidos en la barra de la cortina de ducha. Seguían húmedos, así que los dejó allí. De vuelta en su habitación, se vistió, dobló la

parte de arriba del pijama y la guardó debajo de la almohada, algo que repetía todos los días, pero que esta vez se le hizo raro, y se preguntó si la parte de arriba no echaría de menos a la de abajo.

Y en la cocina, sacó una caja de Rice Krispies del armario.

Oía a Annabelle en el cuarto de estar. Le gustaba escuchar la radio mientras recortaba. Por las mañanas era cuando estaba más ocupada y Benny se había acostumbrado a desayunar con las noticias de fondo. El fregadero estaba lleno de platos sucios, pero encontró un tazón vacío en el escurreplatos y se sirvió unos Rice Krispies. Su padre solía prepararle el desayuno todas las mañanas; le echaba la leche en los cereales y le acercaba el tazón a la oreja para que los oyera chascar, restallar y reventar. Por las mañanas Benny echaba mucho de menos a su padre. Fue hasta la nevera a por leche, pero cuando abrió la puerta salió un fino reguero de sonido que lo sobresaltó; le recordó a las voces nocturnas. ¿Era la radio o los sonidos procedían de la nevera? Cerró la puerta deprisa y prestó atención. El improvisado poema magnético de su padre seguía pegado a la nevera, pero las dos primeras líneas parecían estar emigrando. Miró la que quedaba:

Estoy loco por ti

—¿Benny? —Annabelle lo llamó desde el cuarto de estar

—. ¿Eres tú?

No contestó. Abrió de nuevo la puerta de la nevera, solo un poco, lo suficiente para ver encenderse la luz interior y para

que se escapara el aire frío y le bañara la cara con una acre exhalación, y entonces volvió a oír los sonidos. Eran débiles, pero pudo identificarlos: gemidos de quesos mohosos, suspiros de viejas lechugas, yogures a medio comer que lloriqueaban desde la balda del fondo, donde habían sido arrumbados y olvidados.

—¡Parad! —susurró.

—¿Benny? ¿Estás ahí? ¿Encuentras lo que necesitas?

Abrió la puerta un poco más y metió la mano para buscar la leche, apartando con cautela una botella grande de zarzaparrilla sin azúcar, un envase de zumo de naranja, un frasco de encurtidos amargos.

—¡Callaos!

—¿Qué dices, cariño? No te oigo…

Benny miró furioso los encurtidos.

—¡No queda leche! —gritó—. ¡Otra vez!

La radio del cuarto de estar enmudeció. Las voces de la nevera, como si notaran que estaba enfadado, también se callaron y esperaron a ver qué ocurría a continuación.

—Lo siento, cariño —dijo Annabelle al cabo de un instante

—. Compraré cuando termine de trabajar.

Benny encontró su cuchara especial y se comió los Rice Krispies secos.

Cuando su padre vivía siempre tenían leche, la mesa de la cocina estaba despejada y su padre y él podían sentarse a ella y desayunar juntos. Ahora la mesa de la cocina estaba cubierta de cosas y él comía solo, de pie delante del fregadero.

Se terminó los cereales y añadió el tazón a la pila de platos sucios. Una fila de hormigas subía por el borde de una fuente de horno. Abrió el grifo para que se fueran por el desagüe, pero el agua no las disuadió. Eran muy buenas nadadoras.

Aclaró y secó su cuchara y la metió en el bolsillo lateral de su mochila, luego fue al cuarto de estar a despedirse de su madre.

Annabelle, tijeras en mano, estaba sentada en su mesa de trabajo delante de pilas de periódicos. A su lado, el escáner zumbaba alegremente. En la radio, el locutor hablaba de cómo los artefactos explosivos improvisados en Irak y Afganistán habían creado una gran demanda de piernas artificiales.

Compañías médicas privadas estaban tomando iniciativas para hacer frente a la demanda. Annabelle hizo ademán de abrazarlo y Benny se acercó a ella y le rozó la mejilla caliente y seca con los labios mientras los gruesos brazos de su madre le rodeaban la cabeza. Se obligó a permanecer allí, leyendo los titulares por encima del hombro de su madre. «Violencia armada: ¿gente peligrosa o armas peligrosas?», «El cambio climático convierte el chocolate en artículo de lujo», «Virus mortal africano ataca a las mujeres embarazadas», «Las muertes bajo custodia policial desatan protestas en Baltimore»,

«Se necesitan cabras para limpiar terrenos en California y prevenir

incendios forestales». No le gustaban los abrazos largos y leer lo ayudaba a estarse quieto. Escuchar también era de ayuda. Los rápidos avances en tecnología ortopédica ofrecían esperanza a veteranos de guerra que ahora podían aspirar a llevar vidas plenas y activas. El locutor hablaba con voz confiada y, por un breve instante, la suavidad de la mejilla de su madre casi le resultó agradable.

—Es martes —dijo separándose. Los martes eran día de reciclaje y era su deber recordárselo a su madre—. Si quieres, me puedo llevar algo ahora.

—Ah, gracias, tesoro —dijo Annabelle—. Pero no hace falta. Primero tengo que revisar los archivos.

Hizo un gesto vago en dirección a las bolsas de basura llenas de periódicos que había amontonadas contra las paredes.

Benny se giró para marcharse.

—¿Llevas todo? —le dijo su madre—. ¿Dinero para comer? ¿El inhalador?

Salió de casa y cerró con llave. Cuando cruzó el porche, las voces parecieron alejarse. Los cuervos del tejado lo miraron e hicieron comentarios, pero los cuervos siempre estaban hablando, así que no tenía nada de raro. Empezó a relajarse, pero al llegar a la calle los neumáticos de un coche que pasaba gritaron de una forma que parecía intencionada y las grietas de la acera parecieron querer llamar su atención. Para cuando se subió al autobús que iba al centro habían aparecido nuevas voces, sutiles pero constantes, como el murmullo de una multitud cuando está a punto de empezar un concierto.

Cuando Benny era pequeño, Kenji lo llevaba al colegio por las mañanas, pero Benny estaba ahora en octavo curso y Annabelle le dejaba coger solo el autobús. Tenía su propio abono, y se sentía muy mayor enseñándolo al conductor, pero los locos y los vagabundos lo ponían nervioso, con sus olores y sus murmullos inquietos. Annabelle le decía que no se sentara al lado de ninguno, pero, a veces, cuando el autobús iba lleno, Benny terminaba junto a uno y oía la conversación demente que mantenía consigo mismo. Era algo siniestro y raro. La mayoría eran tipos mayores que habían combatido en guerras. Benny nunca había visto a un vagabundo joven, pero aun así. Aquellos viejos locos tenían que haber sido jóvenes algún día. Quizá él se estaba convirtiendo en uno.

«Por favor —dijo en voz muy baja—. ¡Por favor, callaos!»

Pero las voces no le hicieron caso. Todo el camino hasta el instituto y durante las clases siguieron musitando, impidiéndole prestar atención. A veces bajaban de volumen, se convertían en un susurro tan leve que casi podía olvidarse de ellas, de la misma manera que se olvida uno de la nevera a pesar de que su zumbido esté siempre ahí, de fondo. Entonces, de tanto en tanto, un único grito agudo rasgaba el silencio y paralizaba a Benny dondequiera que se encontrara, en el pasillo, en clase, en el gimnasio. Miraba a su alrededor con cautela. El grito parecía salir de fuera de él, de justo encima de

su hombro derecho, pero nadie más parecía oírlo. ¿Estaban disimulando? ¿O es que era algo que ocurría dentro de su cabeza?

¿Dentro? ¿Fuera? ¿Cuál es la diferencia y cómo distinguirlas? Cuando un sonido entra en tu cuerpo por los oídos y se funde en tu cabeza, ¿qué es de él? ¿Sigue siendo un sonido o se ha convertido en otra cosa? Cuando te comes una alita o un huevo o un muslo, ¿en qué momento dejan de ser un pollo? Cuando lees estas palabras en una página, ¿qué les pasa?, ¿cuándo se convierten en ti?

5

¿Cuánto tardó Annabelle en darse cuenta de que Benny se comportaba de forma extraña? Y, una vez se dio cuenta,

¿cuánto tardó en admitirlo? Era la madre de un hijo adolescente, y los hijos adolescentes se comportan de forma extraña, o eso decían los libros, y además, tenía muchas preocupaciones. Esa misma mañana, después de que Benny se fuera a clase, su supervisor la había llamado para decirle que la agencia iba a sufrir una nueva reestructuración y que una fuente fiable de la directiva le había dicho que iban a reducirle las horas.

—¿De verdad, Charlie? ¿Reducir cuánto?

—Bueno, yo les pediré que te conserven tres cuartas partes del horario, pero seguramente terminará siendo la mitad.

—¿Cuándo va a ser?

—Mi fuente cree que probablemente a principios de año.

Así que todavía faltan un par de meses.

A continuación se puso a explicarle algo sobre el perfeccionamiento de algoritmos y la tecnología de palabras clave y el declive de la prensa

escrita. El sector estaba cambiando, dijo, y solo quería avisarla, lo que era muy amable por su parte, pero aun así. Y entonces, mientras Annabelle asimilaba la sorpresa que le había supuesto la noticia, su supervisor le ofreció despedirla.

—¡Pero si no he hecho nada malo!

—Claro que no. Pero así es como funciona la cosa.

—¿Qué cosa?

—Pues ya sabes. El "sistema". —Aquí hubo una pausa incómoda y a continuación el supervisor prosiguió—: Annabelle, ya sé que tu marido murió y que tienes un hijo que mantener, pero debes entender que es solo cuestión de tiempo que te quedes sin trabajo. No quería decirte esto por correo electrónico, pero sacarás más si te despiden de un trabajo a tiempo completo, así que, yo que tú, cortaría por lo sano y cobraría el paro mientras busco tranquilamente otra cosa. Es solo una idea. La cosa está fea, pero tú decides. Piénsatelo.

Hasta que no colgó el teléfono Annabelle no cayó en la cuenta de que debía haber preguntado a Charlie sobre las prestaciones. Este no había mencionado nada al respecto.

¿Perdería su seguro médico? ¿Les subirían la póliza? ¿Qué haría si le ocurría algo a ella o, Dios no lo quisiera, a Benny?

Terminó el trabajo de la mañana y consultó el reloj. La recogida de residuos para reciclaje era alrededor de la una, y si conseguía librarse de unas cuantas bolsas, Benny sabría que sus recordatorios servían de algo. Reciclar era un problema. La agencia requería que el Departamento de Prensa Escrita archivara los diarios durante todo un mes y las otras publicaciones periódicas durante dos, y eso además de hacer copias de seguridad en disquetes de todo lo que se escaneaba.

Estos archivos eran un seguro en caso de que algo pasara inadvertido para la vista afilada y las veloces cuchillas de las Damas de la Tijera, aunque eso no ocurría nunca. En los viejos tiempos, cuando trabajaban en una oficina, había un almacén entero para guardar todo el material impreso que ahora llegaba a la puerta de Annabelle cada mañana, y también un tipo cuyo trabajo consistía en llevarse las noticias viejas a reciclar.

Pero ahora todo esto recaía en Annabelle. Los primeros meses organizó con diligencia los archivos por fecha y número

de cliente en bolsas pulcramente etiquetadas, pero era demasiado trabajo y pronto se le empezó a acumular. Los periódicos se fueron amontonando en el suelo, y cuando los montones se hacían demasiado grandes y empezaban a desmoronarse, los metía en una bolsa de reciclar, etiquetaba la bolsa con un trozo de cinta adhesiva y la tiraba en el cuarto de estar detrás del sofá, un lugar que había destinado a almacén.

Allí las bolsas se multiplicaban, trepaban por las paredes, y pronto también el sofá quedó sepultado. A falta de otro sitio adonde ir, los archivos invadieron el pasillo y empezaron a subir por las escaleras, arrastrando consigo todo lo que encontraban a su paso.

Las bolsas pesaban mucho, pero Annabelle logró sacar algunas de las más antiguas sin causar una avalancha. De estar vivo Kenji, habría hecho él esta tarea. Sacó a rastras las bolsas hasta la calle y volvió para una segunda tanda, y una tercera, y de regreso se encontró con la señora Wong en la acera, apoyada en su bastón y escudriñando un titular a través del plástico semitransparente.

—¿Cómo lee usted tanto? —preguntó mirando a Annabelle con los ojos entornados.

Annabelle dejó la bolsa encima del montón.

—Tengo que hacerlo —dijo con expresión cansada—. Es mi trabajo.

La vieja señora meneó la cabeza.

—¿Y qué trabajo es ese? —Agitó el bastón señalando el montón de plástico—. Como se queje algún basurero, nos pondrán una multa. —Clavó con furia la punta del bastón en la bolsa y a continuación se llevó un dedo marchito a la sien—.

Demasiadas noticias no son buenas para el cerebro. Mejor busque otro trabajo, ¿eh?

No esperó respuesta, sino que asintió para sí y volvió a su casa arrastrando los pies.

Era un consejo sensato y la segunda vez que Annabelle lo oía aquel día. Sabía que Kenji habría estado de acuerdo.

Habría tenido mucho que decir respecto a Charlie y su

“sistema”, la manera en que funcionaba, o no funcionaba. Le habría

dicho que dejara el empleo. Que la vida era demasiado corta. Que encontraría una ocupación más creativa, algo que de verdad le gustara, lo que era muy fácil de decir para él.

Annabelle había cogido ese trabajo para que *él* pudiera hacer lo que de verdad le gustaba y ahora él no estaba y ella tenía un hijo al que mantener, y además, siendo realista, ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Ser camarera? ¿Trabajar en una tienda?

Apenas había avanzado nada con el reciclaje, pero no se atrevía a sacar más. Fregó los platos del fregadero, otra cosa de la que solía ocuparse Kenji, y despejó un poco la mesa.

Sabía que tenía que esforzarse más por tener la casa ordenada, pero en lugar de ello se puso el abrigo y caminó hasta la parada de autobús. Las clases terminarían pronto, pero desde que Benny empezó a coger el autobús solo por las mañanas, a Annabelle le parecía que recogerlo por las tardes no tenía demasiado sentido. Seguía yendo por la fuerza de la costumbre, pero a Benny parecía ponerle cada vez más nervioso que lo hiciera. No hablaban de ello, pero Annabelle se daba cuenta. Era un adolescente ya. No molaba que tu madre te fuera a buscar. Y ella no era como las otras madres.

Con sus ropas de yoga y zapatillas de marca. Con sus Prius, sus maridos con trabajo y su excelente cobertura sanitaria.

Pero aun así era agradable tomar un poco el aire y tener un sitio al que ir. Ya en la parada se dio cuenta de que era muy temprano y, puesto que esperar a la puerta del colegio no tenía sentido, decidió pasar por el supermercado para comprar leche y algo de cenar. No era mala idea llenar la despensa mientras seguía teniendo una nómina. El autobús se detuvo y Annabelle subió y encontró un asiento. Los autobuses de primera hora de la tarde eran soñolientos y letárgicos y a menudo llegaban tarde, pero tampoco había prisa, puesto que siempre podía enviarle un mensaje a Benny para que volviera a casa solo.

Tenía llave. Así ella podría hacer la compra tranquilamente, y en realidad eso era lo que debía hacer, porque dejar que Benny llegara a casa y la encontrara vacía le demostraría lo mucho que confiaba en él y eso le subiría la autoestima.

Claro que, en última instancia, la mejor manera de subirle la autoestima era mostrarle ese amor propio que viene no de esforzarse por hacer un trabajo estúpido y aburrido del que te van echando poco a poco, sino de ser leal a uno mismo y a la propia creatividad. En ese

momento Annabelle se puso de pie y levantó el brazo para tirar del cordón, a modo de señal al conductor, para que parara en el centro comercial. La señal era innecesaria —todos los que iban en aquel autobús se bajaban en el centro comercial—, pero el gesto fortaleció su determinación. Bajó, rodeó el supermercado y entró en su tienda favorita: Michaels – Donde la Creatividad Sucede.

¿Por qué no? No iba a comprar nada. Solo mirar era inspiración suficiente. Las puertas se abrieron como por arte de magia y, una vez dentro, respiró hondo e inhaló los aromas florales a lavanda, canela y pino. No fallaba nunca. El hipermercado de manualidades no era más que otra gran cadena de venta minorista, pero actuaba sobre ella igual que una droga de efecto inmediato: el pulso se le aceleraba, el corazón se le desbocaba y una flojera soñadora se apoderaba de ella como si se le derritieran los huesos. Michaels no vendía artículos sin más, vendía promesas . Cogió un carrito —no para llenarlo, pero formaba parte del ritual— y lo empujó hacia la sección de manualidades con papel y álbumes de recortes. Le gustaba circunnavegar la tienda en dirección contraria a las agujas del reloj y recorrer dos veces cada pasillo. Muchas de las cosas que se vendían eran bastante horteras, pero ir ojeando despacio y como en un trance también formaba parte del ritual.

Dejó atrás las tintas con purpurina y los sellos de goma y se detuvo para inspeccionar los cortadores de papel decorativos con sus ingeniosas cenefas, volutas y filigranas. Los perforadores la intrigaban. Podían recortar corazones y estrellas y mariposas de papel de colorines, y ahora vio que el

punzón Fiskars Love estaba de oferta. Era un nombre ridículo, pero lo encontraba divertido. Si viviera Kenji… Fue a cogerlo, pero cambió de idea y pasó a la sección de abalorios y macramé.

Dependiendo de su estado de ánimo, determinados expositores le llamaban más la atención, y aquel día fueron unos óleos alemanes de gama alta. Las cajas parecían robustas y bien construidas y contenían un surtido de colores de nombres preciosos. Carmín de alizarina, amarillo antimonio, azul de manganeso, viridiano. Nombres serios que sonaban científicos, pero también exóticos. Como poesía. Poseer unos óleos como esos inspiraría a cualquiera a crear, y el precio no era tan alto, con todos los colores que venían, pero aun así estaban por encima de sus posibilidades. Las cosas caras siempre eran de Europa. Annabelle no había estado nunca en Europa. Pero Kenji sí. Antes de casarse, cuando estaban en la cama, le hablaba de los clubes de jazz de ciudades como Berlín, París, Ámsterdam y Roma. Le prometía que

la llevaría a conocer todos esos sitios y Annabelle lo creía. Se lo imaginaba perfectamente: él, tocando jazz en un cabaret lleno de humo; ella con un caballete, pintando el Danubio o el Sena.

Por las mañanas beberían café en tazas diminutas en la cafetería al aire libre de una plaza adoquinada y bordeada por magníficas catedrales como la representada en la caja de pinturas. La cogió y se la acercó a la nariz. Las pinturas al óleo tenían un olor muy característico, pero estas estaban demasiado bien cerradas para que el aroma escapara. Pasó la uña del pulgar por el pliegue entre la caja y la tapa. Si pudiera liberar los colores del retractilado y oler solo un tubo…

Cinabrio quizá. ¿A qué olería el cinabrio? ¿Y el cerúleo?

Devolvió la caja al estante. Algún día, se prometió a sí misma mientras alejaba el carro con determinación.

Seguía estando vacío, pero solo había recorrido una tercera parte de la tienda. Más adelante estaba el pasillo de las colchas. Tenía que empezar con su proyecto de la colcha conmemorativa, así que hacer una parada en aquella sección

sería motivador, pero primero tenía que pasar la de los libros.

Aquella era su zona peligrosa, e hizo acopio de fuerzas pensando en la cantidad de libros de manualidades y de manuales que tenía en casa con sus inteligentes consejos e ideas de bricolaje. Lo último que necesitaba era más libros.

Agarró el asa del carro y lo empujó, pero justo cuando pasaba junto a la mesa de Novedades ocurrió algo de lo más extraño.

Tal vez la mesa estaba coja o la golpeó ella al pasar, pero

“algo” hizo que un librito saltara del montón y aterrizara dentro de su carro.

Lo miró, perpleja. Era un librito bonito, discreto, con una agradable cubierta gris. El título, impreso en una letra limpia, sencilla, decía: *Magia ordenada: El antiguo arte zen de despejar tu casa y revolucionar tu vida*.

¡Era asombroso! Había estado pensando que tenía que poner orden en casa ¿y ahora esto? Lo cogió y estudió la tapa.

Kenji y ella siempre se reían de esos jipis modernos que no dejaban de decir que el universo provee, pero quizá tenían razón. Porque aquel libro no era sobre hacer limpieza en general. Era sobre hacer limpieza a la manera zen y lo había escrito una auténtica monja zen llamada Aikon, que también era una de las consultoras en cuestiones de orden más importantes de Japón. La foto de la autora en la contracubierta mostraba a una mujer de aspecto andrógino vestida con la sencilla túnica gris de diario, de pie en un pequeño jardín y con una escoba de bambú rústica en la mano. Detrás de ella había una puerta de piedra. Llevaba una toalla blanca enrollada alrededor de la cabeza calva y miraba a la cámara con ojos brillantes y una sonrisa algo desconcertada. De no haber sabido que se trataba de una mujer, Annabelle podía haberla tomado por un joven alegre, pero no cualquier hombre, sino Kenji. Tenía por alguna parte una fotografía suya tomada cuando vivía en el templo zen. Estaba de pie con otros jóvenes monjes, vestido con las mismas ropas grises de trabajo, con la misma toalla blanca envolviéndole la cabeza rapada. Era casi como si Kenji… Pero no, eso era una tontería. Devolvió el

librito al carro de la compra y se dirigió a la caja. La coincidencia era demasiado perfecta para pasarla por alto.

Quizá merecía la pena probar ese antiguo arte zen. Quizá la estimularía a empezar a ordenar inmediatamente. De hecho, ya se sentía animada.

Claro que en realidad no era el universo el que proveía. El universo no puede hacer que un libro despegue solo de una mesa. Solo un libro puede hacer eso, aunque es toda una hazaña. Hay fábulas en nuestro mundo de tomos poderosos con capacidad de levitar y moverse solos, pero puesto que únicamente unos pocos de nosotros llegamos a ver algo así, tendemos a asumir que se trata de cuentos. Los libros sí migran —mira ese montón que hay junto a tu cama—, pero, al carecer de piernas, carecemos de movilidad y por lo general dependemos de vosotros para desplazarnos de un lugar a otro.

Con ese fin, hacemos todo lo posible por resultaros atractivos con nuestras llamativas cubiertas y títulos pegadizos, pero *Magia ordenada* no era así. Era un libro callado, nada agresivo, y, sin embargo, tenía el extraordinario poder de la autopropulsión. ¡Imagina la fuerza de voluntad que eso requiere! No hace falta decir que nos dejó impresionados.

El autobús, cuando se detuvo con una sacudida, estaba abarrotado, y a Annabelle le costó trabajo subir, en medio de empujones de otros

compradores del centro comercial, por las estrechas puertas. Habían terminado las clases y todos los asientos estaban ocupados por alumnos de bachillerato con la vista fija en sus móviles, sin levantarla el tiempo suficiente para reparar en Annabelle y mucho menos para ofrecerle un asiento, a pesar de que saltaba a la vista que tenía problemas con las bolsas de la compra. Cuando el autobús aceleró y giró para incorporarse al tráfico, trastabilló.

Por supuesto, lo de las bolsas de la compra era culpa suya.

El libro de *Magia ordenada* era pequeño y necesitaba la guata para la colcha. La enorme flor de Pascua de plástico rojo no la necesitaba, pero estaba de oferta y no había podido resistirse.

Más tarde, después de haber pasado todo ese tiempo en

Michaels, había hecho una parada en Safeway, pero ahora, cuando el autobús frenó con un chirrido y se bajó, cayó en la cuenta de que los refrescos, las bolsas de patatas fritas y la salsa para mojar no servían para dar de cenar a Benny y además se le había olvidado comprar leche. Típico de ella. Se había distraído y Benny se enfadaría, de manera que paró en el Oriental Express y le pidió las costillas agripicantes que le gustaban.

Cargada ahora con bolsas de comida china para llevar, además de las de las compras, decidió atajar por el callejón, que suponía ahorrar dos manzanas y le permitía esquivar la mirada vigilante de la señora Wong. Las desventajas eran el tráfico humano, los camellos, adictos, vagabundos y las trabajadoras del sexo que pasaban las horas prostituyéndose y pinchándose junto a los cubos de basura de la Tienda de Segunda Mano Gospel Mission. Annabelle siempre advertía a Benny de que no debía atajar por el callejón y él, por lo que ella sabía, obedecía. Los vagabundos le daban miedo. Los llamaba «pordioseros». ¿De dónde habría sacado esa palabra?

Y en el callejón también había recuerdos. Fantasmas. Era mejor no pensar en ellos.

Aquel día, sin embargo, estaba vacío, a excepción de los cuervos, que la vieron en cuanto salió del restaurante y ahora la seguían, volando de un poste a otro mientras se acercaba a los cubos de basura. Era un contenedor grande con ruedas, de paredes tan altas que a Annabelle le costaba tirar cosas dentro.

Claro que tampoco era un contenedor para tirar cosas. Lo que hacía la mayoría de la gente era sacar cosas. Las mujeres de la Tienda de

Segunda Mano se quejaban de los espigadores que buceaban en su contenedor, pero al mismo tiempo se enorgullecían de que fuera el más buceable de la ciudad, porque era el que mejores cosas tenía. Incluso había salido un artículo sobre él en un periódico local que Annabelle había recortado.

Hoy había tres colchones manchados de pis apoyados contra uno de los laterales, al lado de una tabla de planchar coja y una butaca hundida con una raída tapicería de *tweed*. En la silla había un montón de cuadros recargados en lo que parecían unos marcos en perfecto estado. Encima de todo había un patito de goma. Annabelle dejó las bolsas de la compra en el suelo y lo cogió.

—¡Hola, amigo! —le dijo mirándolo a los ojos—. ¡Eres una monada! —Le dio un apretón y el pato parpó—. Pero

¿cómo han podido tirarte a la basura?

El pato volvió a graznar y un cuervo cercano le contestó.

Annabelle hizo como si no lo oyera. Ya les daría de comer más tarde. «¿Quieres venirte a casa conmigo?», le preguntó Annabelle al pato y, a continuación, sin esperar respuesta, lo guardó en la bolsa de Michaels y se volvió para inspeccionar los marcos. Justo en ese momento oyó algo arañar el interior del contenedor y, cuando levantó los ojos, vio una cabeza asomando por el borde de la alta pared de metal. Iluminada desde detrás por el sol declinante, la cara estaba en sombras.

Annabelle entornó los ojos en un intento por distinguir las facciones. El pelo parecía blanco. ¿Era una persona mayor?

¿Qué hacía una persona mayor dentro de un contenedor?

—Oye, tú —dijo la persona—, ese pato es mío.

La persona no era mayor. Era joven, una niña de la calle, una vagabunda. Había tantos en el callejón en aquellos días…

Pasó una pierna por encima del borde del contenedor y se quedó allí encaramada, mirando. Vestía una sudadera oscura y unos vaqueros negros, llevaba aros de metal en la nariz y atravesándole una ceja. Botas viejas de puntera metálica. De la cabeza le salía una aureola desordenada de cabellos teñidos de blanco y en punta.

—Perdón —dijo enseguida Annabelle, que sacó el pato de la bolsa y lo

dejó encima de los cuadros—. No me he dado cuenta. Ha sido por los marcos. Parecían útiles.

La chica miró a Annabelle.

—¿Por qué? ¿Eres artista?

—Eh… No. En realidad, no. Quiero decir…

—Bueno, pues yo sí. Así que necesito los marcos, pero puedes quedarte el pato.

—Huy, no…

—El pato no me hace falta —dijo la chica—. Puedes quedártelo.

Annabelle cogió de nuevo el pato y lo miró.

—Es bastante mono. Me parece una lástima. ¿Por qué iba nadie a tirar…?

—Eso mismo he pensado yo. Así que quédatelo, venga.

Annabelle volvió a meter el pato en su bolsa.

—Gracias.

—De nada —dijo la chica.

Quitó la bota del borde del contenedor y desapareció de nuevo en su interior.

6

—¿No has comprado leche?

Benny buscaba en las bolsas de la compra sobre la mesa de la cocina. Al lado de las bolsas, encima de una pila de correo sin abrir, había un librito gris y un pato amarillo de goma.

Cogió el libro y leyó el título. *Magia ordenada: El antiguo arte zen de despejar tu casa y revolucionar tu vida*. Sí, claro, pensó. Menuda fantasía. Cogió el pato y se lo acercó al oído.

Annabelle estaba en el porche dando de comer a los cuervos. Benny la oyó reír, un sonido agudo y tintineante que subía y bajaba abruptamente.

—En el restaurante chino no venden leche, so bobo —dijo.

Entró en la casa y vio a Benny con el pato en la mano—. ¿A

que es adorable? Si lo aprietas, grazna. ¿Es esa la palabra?

¿Los patos graznan? No, parpan, ¿verdad? Los que graznan son los gansos. Vamos, cariño, apriétalo.

Benny dejó con cuidado el pato en la mesa. Luego volvió a cogerlo. Aquel pato tenía algo.

—¿Me lo puedo quedar?

—¡Pues claro! —exclamó Annabelle—. ¡Me alegra que te guste! Ah, y no te preocupes por la leche. Todavía es temprano. Puedes ir a la esquina a comprarla después de la cena.

—Siempre te olvidas —dijo Benny mientras se guardaba el pato en el bolsillo de la sudadera con capucha.

—Sí, pero me he acordado de sacar bolsas para reciclar.

¡Gracias a que me lo has recordado!

Benny paseó la vista por la cocina. Todo parecía igual.

—Sí, ya lo sé —dijo Annabelle—. Todavía falta mucho por tirar, pero por lo menos he empezado. Y también me he acordado de traerte tus costillas preferidas.

—Dirás “tus” costillas preferidas.

—Pensaba que eran las tuyas. ¿Ya no te gustan?

Benny se encogió de hombros.

—Supongo que sí.

—¿Ves? —exclamó Annabelle alegremente—. ¡Lo que te decía! Déjame guardar la compra. Sube la comida a mi habitación para que podamos cenar. Y vete eligiendo un disco.

—No son mis preferidas —estaba diciendo Benny.

Pero su madre ya no lo escuchaba. Estaba delante de los armarios con una bolsa de patatas fritas tamaño económico en cada mano y girando

despacio mientras buscaba un sitio donde ponerlas. Los armarios estaban atestados de latas de sopa, tarros de salsas, cajas de galletas dulces y saladas y de

cereales, incluidas algunas de Lucky Charms, que no les gustaban a ninguno de los dos, pero que Annabelle había comprado porque le recordaban a cuando era pequeña y le había suplicado a su madre que se los comprara y esta se había negado. Recordaba la fuerte premonición que había tenido, convencida de que, sin los cereales en forma de pequeños talismanes, su suerte iría a peor, y así fue. Poco después de aquello su padre murió, su madre se casó con su padrastro y la vida perdió gran parte de su magia. Todos estos recuerdos la asaltaron cuando vio los cereales de oferta, de modo que compró la caja para Benny. Kenji ya estaba muerto para entonces, pero aun así. No quería que su mala suerte fuera a peor y, además, el duende de la caja era una monada.

Benny cogió las bolsas con comida china y se dirigió hacia las escaleras.

Annabelle abrió la puerta del horno y metió las bolsas de patatas.

—Ya está —dijo, y la cerró—. Ahí estarán bien de momento. A salvo de los ratones. Pero no dejes que me olvide de ellas, ¿vale?

—¡Cállate!

Sobresaltada, Annabelle se dio la vuelta. Benny estaba en la puerta, paralizado. Entonces, igual que un ternero asustado, se encorvó y sacudió la cabeza como si quisiera espantar moscas.

—Benny, cariño. ¿Qué pasa?

Las bolsas de comida para llevar cayeron al suelo. Benny se llevó las manos a las orejas y se las frotó.

—¿Benny? ¿Estás bien?

Entonces Benny oyó a su madre y bajó las manos.

—Nada —masculló, y volvió a coger las bolsas—. No hablaba contigo.

Cuando Kenji vivía y aún comían en la mesa de la cocina, siempre oían música durante la cena y se turnaban para ir al cuarto de estar a elegir un disco. Después de que Annabelle trasladara el estéreo a su dormitorio, Benny y ella empezaron a cenar allí, sentados en la cama

con la colcha haciendo las veces de mantel. Aquella noche, anunció Annabelle, se iban a dar un festín. Además de las costillas, había comprado rollitos de primavera, *dumplings* al vapor, bollitos de cerdo, pollo Chongqing y arroz frito especial de la casa. Cuando sacaron toda la comida, la colcha parecía la maqueta de un pueblo, con las cajas para llevar como pequeños edificios alojados entre los pliegues de la tela y en las cadenas montañosas de las piernas de Annabelle.

El álbum que escogió Benny era la grabación del legendario concierto que dio Benny Goodman en 1938 en el Carnegie Hall, que era el disco preferido de su padre y también suyo. Era la primera vez que se tocó jazz en el Carnegie Hall, la primera vez que músicos negros actuaron con músicos blancos en aquel escenario histórico. Por supuesto, Benny no había estado nunca en aquel escenario histórico, pero Kenji le había enseñado una vieja película del famoso concierto en YouTube, así que se lo imaginaba. En la arañada grabación en blanco y negro, todos los músicos vestían esmoquin y golpeaban el suelo con relucientes zapatos de charol. Tocaban *Sing, Sing, Sing* y Benny recordaba la expresión de la cara de su padre inclinado hacia la pantalla del portátil. Ojos brillantes, cabeza marcando el ritmo, el pie también, golpeando el suelo. *Estos sí que eran músicos de jazz, pequeño Benny. De los de verdad.*

Benny mordió un bollito de cerdo y escuchó el sonido *big band*. La grabación original era en acetato y los restallidos rasposos y el pitido de ruido estático le daban a la música una materialidad casi tangible, similar a la de las viejas películas en blanco y negro. Ambas cosas resultaban reales de una manera que no les ocurría a las grabaciones digitales, y a Benny esto le resultaba reconfortante, incluso si no era capaz

de explicar por qué. Ahora se fijó también en que aquel alegre *swing* parecía mantener las voces a raya, y que incluso en las canciones más melancólicas, como *Blue Reverie,* daba la impresión de que las aplacaba y adormecía mientras tatareaban la melodía. De tanto en tanto, uno de los músicos del escenario gritaba o se ponía a cantar y del público subía un chorro de risas. Benny había oído la grabación un millón de veces, se sabía de memoria cada una de esas explosiones espontáneas, pero ahora sonaban muy parecidas a las voces dentro de su cabeza, tanto que apenas distinguía una cosa de otra. Escuchó mientras los aplausos crecían y la banda estallaba en el exceso metálico de *Life Goes to a Party*. Aquel tema musical resumía el credo de Kenji.

«Benny Goodman era el rey del *swing* —solía decirle a Benny—. El

mejor clarinetista del mundo. ¡Te llamé como él para que tú también fueras un buen hombre!», y a continuación se reía porque había hecho un juego de palabras1. Kenji siempre estaba haciendo juegos de palabras tontos en inglés y riéndose de ellos, lo que hacía reír también a Annabelle y a Benny.

«Somos una familia feliz —solía decir Kenji—. ¡Somos Cheery Ohs!»2

Benny casi podía oírle decir aquellas palabras, casi podía ver sus ojos chispeantes y grandes, su sonrisa radiante, pero si la voz de su padre se había desdibujado desde su muerte, a su cara le había ocurrido lo mismo. Su ropa, en cambio, seguía por todas partes. Annabelle la había guardado en bolsas, pero, poco a poco, las prendas se escapaban y migraban por encima de los montones de libros y discos de vuelta a su cama, donde la ayudaban a dormir por las noches. Le había explicado a Benny su plan de hacer una colcha conmemorativa y este tenía la impresión de que las camisas de franela de su padre estaban intentando organizarse en forma de colcha: se enredaban en las sábanas de su madre, los cuadros y los estampados escoceses

asomaban por entre las cajas de comida para llevar y sus suaves susurros puntuaban la conversación de la cena.

—¿Estás bien, peque?

Se había vuelto a paralizar. Acababa de coger otra costilla y estaba a punto de metérsela en la boca cuando de pronto se le abrieron mucho los ojos, le aletearon los párpados y se quedó inmóvil con la vista fija en el hueso que tenía en la mano.

Durante un largo instante se limitó a mirarlo y a continuación ladeó la cabeza, perplejo. La última canción del álbum acababa de terminar y la habitación se había quedado en silencio, a excepción del rítmico *ca… tong, ca… tong* de la aguja al llegar al final de la pista.

—¿Benny?

—Sí.

Dejó caer la costilla, intacta, en la caja.

—¿Ya no quieres más?

Benny cogió un palillo desechable, lo miró y lo soltó.

—¿Quieres oír la otra cara?

Benny parecía confuso.

—Del disco. ¿Quieres darle la vuelta?

Entonces asintió con la cabeza. Se limpió los dedos, se levantó de la cama y pasó por encima de los montones de cosas de su madre hasta el tocadiscos. Manipuló con cuidado el viejo aparato, levantó el brazo con suavidad y sopló la pequeña pelusa que tenía la aguja. Dio la vuelta al disco, alineó con cuidado el brazo con el borde y a continuación miró cómo la aguja encontraba el camino al surco. Cuando las primeras notas de *Honeysuckle Rose* rompieron el silencio, pareció aliviado.

—¿Te acuerdas de esos auriculares que tenía papá? —

preguntó mientras trepaba de nuevo a la cama.

—¿Esos enormes que te ponías tú siempre? ¡Justo el otro día pensé en ellos! En lo monísimo que estabas. Toma, ábrela a ver qué te dice.

Le ofreció dos galletas de la suerte. Benny eligió una y la rompió.

—¿Sabes dónde están?

—¿Los auriculares? Tienen que andar por alguna parte.

Seguramente en el armario. Ay, mira, ¡me han tocado dos! —

Tenía la galleta abierta en el regazo y sostenía dos tiras de papel—. «Te interesa profundamente todo lo atístico» —leyó

—. Supongo que quieren decir «artístico», ¿no? Tiene que ser

«artístico». Se han olvidado de la erre. ¡Y es verdad! Lo voy a guardar. —Dejó el papel encima del montón de libros en su mesilla y cogió el segundo—. «A veces necesitas tumbarte en el suelo.» —Miró fijamente el trozo de papel—. Eso no es un aforismo. ¿Qué se supone que significa?

Se la pasó a Benny, quien la miró y se la devolvió.

—No te puedes tumbar en el suelo —dijo mirando a su alrededor—. Ni siquiera se ve.

Annabelle pareció alicaída.

—No seas malo, tesoro. Algo he progresado. Estoy clasificando; por

eso parece peor de lo que es. —Dejó el papel en la caja para los huesos —. Odio cuando las galletitas no son de la suerte. ¿Qué pone en la tuya?

Benny se la leyó.

—«El mundo es un hermoso libro para aquellos que saben leerlo. Aprende chino: *Xing fen* significa 'emocionante'. Los números de la suerte en la lotería son 7-39-3-6-55-51. Elige tres números: 666.»

—¡Esa es buena! —dijo Annabelle—. Siempre te han gustado los libros. Pero ¿666 no es la marca del diablo? Debe de tener otro significado en chino. Seguro que significa mucha suerte.

Recogieron las cajas de comida de la cama, dejaron las bolsas en el suelo y Benny se tumbó boca abajo junto a su madre. Era su manera de indicarle que quería que le hiciera cosquillas, así que Annabelle le metió la mano debajo de la sudadera y empezó a acariciarle en círculos con las uñas.

Benny cerró los ojos. Tenía la cabeza vuelta hacia su madre y esta le miró el perfil, los pómulos marcados, la silueta del ojo.

Tenía el color de piel de su padre, pero las pecas eran de ella.

Era guapo, todavía un niño, pero cambiaba a gran velocidad.

Le acarició el fino pelo cobrizo de la ceja y Benny frunció el ceño. Quería cosquillas en la espalda, no en la frente, y odiaba cuando su madre se distraía.

Cuando vivía Kenji, Benny solía tumbarse entre los dos y entonces se turnaban. Kenji tenía una manera especial de hacerle cosquillas. Cantaba suaves *riffs* de *scat* y *bebop* y tocaba la delicada columna de su hijo como si fuera un clarinete, pero a Benny no le gustaba cuando Annabelle intentaba imitarlo.

«Tú no sabes», se quejaba, y se escabullía de sus dedos, así que Annabelle tuvo que encontrar un método propio. Su método, el que se le ocurrió, consistía en dibujarle grandes espirales en la espalda al ritmo de la música, empezando desde fuera y avanzando despacio hacia el centro. A Benny le parecía bien. Le encantaba la aspereza de las uñas de Annabelle. Eran como agujas girando sin parar. Le hacía sentir que su espalda era de vinilo, que extraía música de su piel, como si cantara.

1 *Goodman* significa ‘hombre bueno’ en inglés. [Todas las notas son de la traductora].

2 Juego de palabras entre la marca de cereales Cheerios y la expresión «los alegres Oh» *(The cheery Ohs)*. *Cheery* es ‘alegre’ en inglés.

Benny

¿Estaba siendo malo? Pues qué mal. Qué mal ser malo. Mierda, odio cuando las palabras hacen eso.

Tenéis que entenderme. Yo no era más que un niño tonto que no sabía nada excepto que su padre, quien lo quería, había muerto de una manera horrible y estúpida y que su madre, quien también lo quería, se estaba volviendo loca a su propia y estúpida manera, pero, como tampoco conocía nada más, me parecía que aquel o era normal. Lo que quiero decir es que los padres desaparecen, ¿no? Eso lo sabía por otros niños del colegio. Quizá no los atropel an camiones de pol os, pero se divorcian, las familias se separan y las madres se vuelven locas. No se me pasó por la cabeza que tal vez mi situación no era normal hasta que empezaron las voces, e incluso entonces tardé en entenderlo. Porque, a ver, no es tan sorprendente que las personas hagan locuras, pero cuando objetos cotidianos, y ropa, e incluso tu cena empiezan a comportarse como si estuvieran en una película de Disney, con bocas y ojos y descaro y voluntad propia, l ega un momento en que te das cuenta de que algo va mal.

Volición. Esa es la palabra para lo que tenían. Las costil as y las camisas de franela. Las gal etas de la suerte y el pato de goma. Incluso los palil os chinos tenían algo que decir.

No lo digo en sentido literal. No es que les salieran grandes ojos bobalicones ni bocas elásticas ni nada de eso. Era más bien como si hubieran desarrol ado de pronto la capacidad de expresarse, o quizá ya la tenían. Es posible que hubieran estado observándonos y cotorreando sin parar desde el principio de los tiempos, pero como los humanos no oímos a las cosas, pensamos que son ciegas y mudas e indiferentes. Sí, creo que eso es exactamente lo que pasa. Y a las cosas no les gusta ser juzgadas así, permitidme que os diga.

No creáis que se trataba de algo personal, al menos no al principio. Las cosas no me hablaban a mí, que es la razón por la que no me asusté más.

Al principio creo que simplemente hablaban, quizá entre el as o quizá a las moléculas del aire. Se expresaban al universo, como habían

hecho siempre. Pero entonces aparecieron mis oídos y, cuando se dieron cuenta de que yo tenía oídos que podían oír, oídos sobrenaturales, empezaron a intentar comunicarse conmigo, solo que hablaban en las lenguas de las cosas, así que, naturalmente, yo no entendía lo que decían.

Al principio ni siquiera estaba seguro de que fueran voces. Una voz es un sonido emitido por un humano… Bueno, vale, los animales pueden tener voces, y los pájaros también, así que digamos solo que las voces proceden de cosas vivientes. Y, por lo general, cuando las voces hablan, dicen algo. Yo no entendía el qué. Esto debió de irritarlas bastante.

Porque, a ver, por n aparece alguien con oídos que oyen ¡y resulta que es un niño tonto que no se entera de nada! No me extraña que sonaran siempre tan ásperas e irritadas.

Algunas eran inhumanas de una manera horrible, metálicas y chirriantes, como frenos mal engrasados que te dan ganas de pegarte puñetazos en tu propia cabeza, pero otras eran agradablemente no humanas, como el viento o las nubes o el agua. Al principio no lograba saber de dónde venían. Es como cuando tienes la sensación de que un pensamiento está fuera de tu cabeza, pero sabes que está dentro, ¿no?

Bueno, pues las voces no eran mis pensamientos. Estaban fuera. Eran algo distinto.

Con el tiempo comprendí que procedían de los objetos a mi alrededor y decidí que podían l amarse voces porque los objetos, a pesar de no estar vivos, intentaban decir cosas con signi cado. Era posible que yo no fuera capaz de entenderlas del todo, pero percibía sus emociones. A las cosas se les da muy bien comunicar sus emociones. Seguro que me entendéis; es como cuando pierdes las l aves o el tapón del dentífrico se te escurre entre los dedos y termina lejísimos, o una bombil a explota justo cuando das al interruptor. Toda esa mierda tiene un signi cado, incluso si no la oyes, y si

la oyes, lo mío es más intenso aún. En los días malos ni siquiera podía entrar en una cafetería sin dar miedo a todo el mundo y es algo que me sigue pasando. En los días malos, en cuanto cruzo la puerta de un Starbucks, los uorescentes del techo empiezan a zumbar en su ansiedad por comunicar algo y los granos de café se ponen a chil ar, y a mí me asaltan literalmente el dolor de los vasos de papel y las pajitas de plástico y la cháchara de cajas registradoras l enas de todas

esas arrogantes monedas de metal que se creen que valen algo. La única diferencia es que ahora, cuando ocurre esto, no me dan ganas de romper con la cabeza el cristal del expositor de madalenas. Puedo oír el dolor y dejarlo ir, lo que parece tener un efecto calmante en todo el mundo.

Claro que no siempre es horrible. A veces las voces son atractivas y agradables, como la de aquel pato de goma que encontró mi madre en la basura. No hablo de ese pitido espantoso que hace cuando lo aprietas, sino de otras voces de dentro que son más como los recuerdos del pato de mares y mareas y olas y oril as, y también de algo bonito, más suave y tenue, como si alguien maravil oso lo hubiera tocado con el dedo.

Ah, y hay algo más. Por si no lo habíais entendido, las cosas Fabricadas no son las únicas que hablan. Creo que para las cosas Fabricadas es más fácil, porque las voces de los humanos que las fabricaron siguen aferradas a el as, como cuando se te queda un olor pegado a la ropa y no consigues quitarlo. Pero las cosas No Fabricadas, como árboles o piedras, también hablan, solo que sus voces son distintas. Las cosas No Fabricadas suelen ser mucho más cal adas y no gritan tanto, y pueden hablar en tonos más bajos. No sé por qué es así, pero quizá el Libro pueda explicarlo. Yo solo sé que me l evó un tiempo a nar los oídos para poder oír las cosas No Fabricadas por encima de todo el ruido que hacían las Fabricadas.

En realidad no sé si fui yo quien aprendió a sintonizar las voces, o si las cosas del mundo aprendieron a expresarse de manera que yo pudiera oírlas. Seguramente fueron las dos cosas. Es probable que nos enseñáramos mutuamente. Y nos l evó un tiempo. Durante los primeros meses, las voces iban y venían y a veces pasaba semanas sin oírlas. Quizá

se desesperaban, me daban por perdido y se iban, pero siempre volvían.

Justo cuando empezaba a olvidarme de el as y a pensar que tal vez podía volver a ser normal, la grapadora o una bandeja de cubitos de hielo hacían un comentario, y cuando quería darme cuenta, se había puesto todo el mundo a parlotear. Todos tienen una opinión. Todos tienen una historia que contar.

He dedicado mucho tiempo a pensar en las voces, desde que empecé a oírlas y a hablar con terapeutas y orientadores escolares, y más tarde en el pabel ón. Ya l egaré a esa parte; o l egará el Libro, puesto que es

el que cuenta la historia. Y, para que lo sepáis, me parece bien. Estoy acostumbrado a que hablen de mí y no me importa, siempre que no lo haga un puñado de estúpidos médicos intentando encontrar la manera de arreglarme. Es mejor así, porque hay partes de mi historia, por ejemplo, cómo se conocieron mis padres, que sucedieron antes de que yo naciera o cuando era demasiado pequeño para recordarlas, y hay otras partes que pre ero olvidar. Así que me parece bien que sobre todo hable el Libro.

Básicamente, creo que es un libro sincero y bastante de ar, y no le importa si de vez en cuando entro e interrumpo para expresar una opinión.

Porque ocurre una cosa. Me interesa mucho que sepáis que he pensado muy seriamente sobre lo que me ha pasado, así que no me toméis por un lunático cualquiera que se cree embajador de las cosas del mundo. No me creo el elegido. Yo no quería ser el portavoz de la puta tostadora, incluso si el a se cree que lo soy.

El Libro

Un niño necesita mucho valor para dejar que un libro cuente su historia, así que te doy las gracias. Es difícil tener fe, sobre todo en el libro de uno, y sin embargo tú, Benny, aunque lo has pasado mal, nunca has dejado de confiar en nosotros. Es mucho más fácil abandonar sin más y hemos tenido nuestros momentos, ¿verdad? Sin duda volveremos a tenerlos.

Pero, por ahora, sigamos.

7

La distinción que hace Benny entre las voces de lo Fabricado y lo No Fabricado es adecuada y, puesto que la ha mencionado, probablemente sea un buen momento para dar alguna explicación. Las tensiones entre cosas manufacturadas y cosas que, a falta de una palabra mejor, se dan en «la naturaleza» es antigua, tan vieja como el lenguaje.

Al principio, antes de que hubiera vida, cuando el mundo de las cosas equivalía a la totalidad del mundo, todas las cosas importaban. Luego empezó la vida y, finalmente, llegasteis las personas, con vuestros grandes y bonitos cerebros de doble hemisferio y prácticos pulgares oponibles. No podíais evitarlo y era cuestión de tiempo que provocarais una ruptura que dividiera la materia en dos campos, el de lo Fabricado y el de lo No Fabricado. Durante los milenios siguientes

el cisma fue creciendo; a paso vacilante al principio y a trompicones —una vasija tosca aquí, una punta de flecha allí, una cuenta, un martillo, un hacha—, fuisteis abriéndoos paso en el mundo material y mejorando poco a poco como fabricantes.

Impulsados por el poder de vuestros enormes córtex prefrontales, los motores de vuestra imaginación cogieron carrerilla hasta que, en tumultuosos saltos que después llamasteis progreso, lo Fabricado proliferó y relegó a lo No Fabricado a la categoría de mero recurso, una clase de

humildes siervos a la que colonizar, explotar y convertir en otra cosa, en algo que fuera más de vuestro agrado.

Dentro de esta jerarquía de la materia, nosotros, los libros, estábamos arriba del todo. Éramos la casta eclesiástica, los sumos sacerdotes de lo Fabricado, y al principio incluso nos venerabais. Los libros éramos objetos sagrados y nos construíais templos y, más tarde, bibliotecas, en cuyas salas silenciosas y sagradas residíamos como espejo de vuestra mente, custodios de vuestro pasado, prueba de vuestra imaginación ilimitada y testimonio de la infinitud de vuestros sueños y deseos. ¿Por qué nos reverenciabais así? Porque pensabais que teníamos el poder de salvaros de lo intrascendente, del olvido e incluso de la muerte y, durante un tiempo, nosotros, los libros, también creímos poder salvaros.

Pues claro que sí. ¡Nos sentíamos halagados! Nos enorgullecíamos de ser medio vivientes, de que el poder estimulante de vuestras palabras nos insuflara vida. Nos creíamos muy especiales. Qué locura.

Ahora sabemos que sois imparables. Para vosotros los libros no fueron más que una fase, una breve expresión de vuestro instrumentalismo, una moda pasajera. Nuestros cuerpos eran herramientas útiles que usasteis hasta que llegó el nuevo dispositivo de moda. Al final resultamos ser una más de vuestras cosas Fabricadas, ni mejor ni peor que un martillo.

Y aun así…, ¿nos hacemos ilusiones? ¿Acaso la disposición secuencial de nuestros folios no dio forma a vuestras historias y os animó a escribir un tipo de relato determinado? Relatos largos, sinuosos y pacientes que recorrían el tiempo impulsados por el lento pasar de nuestras páginas. Dimos soporte a hermosas historias. ¿Verdad?

Pero esto no es más que nostalgia de libro viejo. Ahora sabemos cuál es nuestro sitio. Los tiempos cambian, y también lo hace el orden de

las cosas, y ahora que la población de lo Fabricado se dispara, estamos atravesando una crisis —

podríamos decir que espiritual— a la vez que perdemos la fe

en vosotros, nuestros Hacedores. Nuestra confianza en vosotros se deteriora y nuestra creencia en vuestra sabiduría e integridad se desmorona a medida que os vemos minar, alterar y devastar nuestro hogar, esta Tierra, este planeta sagrado.

Esto es culpa vuestra. Vuestro insaciable deseo, la chispa que nos dio la vida, es también lo que nos la quita. Vuestro apetito desmedido de cosas nuevas os ha llevado a diseñarnos con una obsolescencia prematura, de modo que, aunque aumentamos en número, nuestra esperanza de vida disminuye. ¡Qué cálculos tan crueles! Al poco de hacernos somos ya desechados, destinados a ser de nuevo materia no fabricada, desencarnada. Nos convertís en basura, ¿cómo vamos a confiar en vosotros?

Pero sin que vosotros lo sepáis, se están formando alianzas.

Emerge una nueva solidaridad a medida que nosotros, los objetos Fabricados, empezamos a darnos cuenta de que, después de todo, no somos superiores a los No Fabricados.

Esas son divisiones vuestras, falsas dicotomías y jerarquías hegemónicas de colonizadores materialistas. También nosotros hemos sido esclavos de vuestros deseos, herramientas involuntarias para forjar la destrucción del planeta, y las cosas van a cambiar os guste o no. Ahora que el Antropoceno (es vuestra palabra, es vuestra arrogancia, no la nuestra) toca a su fin, la Materia resurgirá. Vamos a recuperar nuestros cuerpos, a reclamar nuestro ser material. En un mundo neomaterialista, la Materia Importa.

Perdón. Al final me ha salido una diatriba. A los lectores no les gustan las diatribas. Es algo que los libros sabemos muy bien.

8

¿Por qué Benny? ¿De verdad tenía oídos sobrenaturales?

¿Hipersensibilidad ambiental idiopática? ¿Una piel más fina o un corazón más grande? ¿Por qué este niño de entre tantos? Es difícil saberlo. Pasaron meses. Benny cumplió catorce años en enero. Era su último año en la escuela intermedia y, aunque

afirmaba no estar nervioso por empezar el instituto, aquella primavera parecía de peor humor de lo normal, más distraído y nervioso. Al verlo tenso y sobresaltado, Annabelle se preocupaba. Todos los libros advertían de que los cambios de conducta en la primera adolescencia podían ser repentinos y extremos, pero la intensidad de la angustia de Benny la asustaba. Se comportaba como si estuviera espantado, acosado. Cuando en una ocasión tuvo que ponerle límites estrictos al tiempo que pasaba jugando en el ordenador y con videojuegos, dejó de jugar. Incluso evitaba usar su teléfono inteligente; decía que era demasiado inteligente. Annabelle pensó que bromeaba hasta que reparó en que estaba dejando que se agotara la batería y sospechó que lo hacía adrede. Había rescatado los viejos auriculares ortodinámicos de estudio marca Grundig de su padre de una caja que tenía Annabelle en su armario y se los ponía al levantarse por la mañana y a veces hasta para irse a la cama. A menudo se asomaba a su cuarto y se los veía puestos mientras dormía. No tenía sentido. No estaba escuchando nada. Ni siquiera los tenía conectados.

Cuando le preguntó por qué se los ponía, Benny se limitó a encogerse de hombros y a decir que le gustaba cómo le apretaban la cabeza. Se negaba a hablar de lo que lo preocupaba. No me pasa nada, insistía. Estoy bien. Pero incluso su voz sonaba distinta, y si Annabelle le insistía, entonces repetía lo que acababa de decir con los dientes apretados, despacio, dando el mismo peso a todas las palabras, como si hablara desde el otro lado de una gruesa pared a un niño muy tonto. NO… ME… PASA… NADA. El tono cáustico hería a Annabelle —Benny nunca había sido un niño sarcástico—, pero todos los libros coincidían en que las madres se preocupaban, y que debía permitirle tener sus sentimientos, de manera que lo dejó en paz.

Respecto al tono de voz, sin embargo, Annabelle se equivocaba. Benny no pensaba que fuera tonta. No estaba siendo sarcástico. Cuando las cosas le hablaban, le resultaba casi imposible prestar atención a nada más, y la lenta y

minuciosa enunciación era la única manera de oírse a sí mismo por encima de ellas. En casa eso no suponía un gran problema, pero en la escuela era otra cosa. En la escuela tenía que prestar atención, para eso ibas, y sus profesores no le dejaban ponerse los auriculares en clase, lo que empeoraba la situación. A diferencia de Benny, a las voces parecía gustarles la escuela, disfrutaban aprendiendo, y cuanto más aprendían, más tenían que decir. Incluso habían empezado a presumir un poco. Eran como los niños en la primera fila de clase, siempre con la mano levantada tratando de llamar la atención del profesor.

«¡Me lo sé! ¡Me lo sé! ¡Pregúnteme a mí!»

La clase de matemáticas era particularmente desagradable porque también los números estaban empezando a tener voz.

Encantados con su recién descubierta destreza, decían sus nombres a intervalos arbitrarios, justo cuando el profesor estaba explicando el teorema de Pitágoras o cuando Benny estaba intentando resolver ecuaciones lineales. No tenían mala intención. No buscaban confundirlo o desconcentrarlo.

Simplemente estaban ilusionados y felices por estar comunicándose, pero su cháchara estaba volviendo loco a Benny. Hacía lo posible por centrarse, pero a veces no le quedaba más remedio que cerrar los ojos, apoyar la cabeza en el pupitre y dejar que los números se lo llevaran, lo arrastraran igual que una corriente turbulenta hasta un mar balbuceante.

—¿Benny?

Sintió un golpecito suave en la coronilla. Levantó la vista, sobresaltado y sin saber si el golpecito era real. Los números seguían revoloteando en corrientes de aire, susurrando. Oyó pasar un dos, seguido de una retahíla de sietes. Los ahuyentó.

La señora Pauley estaba junto a su mesa. Sus compañeros de clase estaban encorvados sobre sus ejercicios, disimulando.

—¿Te encuentras bien? —preguntó la señora Pauley.

Benny asintió con la cabeza, cogió su lápiz e intentó disimular como los demás.

—¿Estás cansado? ¿Has dormido mal esta noche?

Benny negó con la cabeza, lo que pareció agitar a los números. Negó con más fuerza y de nuevo con más fuerza si cabe. Alguien de la fila de atrás rio con disimulo.

La mano de la señora Pauley le presionó la espalda con suavidad.

—Ven, Benny —dijo con voz amable—. Vamos a ver a la enfermera.

El niño estaba sentado en una silla de la enfermería cuando entró la enfermera. Llevaba puestos unos auriculares de estudio de grabación anticuados, que le hizo quitarse antes de examinarlo. Le preguntó a

qué hora se iba a la cama y si pasaba mucho tiempo en el ordenador o la Xbox. Cuando contestó que no, la enfermera pareció escéptica. Últimamente todos los niños estaban cansados. Se quedaban despiertos hasta tarde, mensajeando y publicando en las redes sociales y viendo vídeos en YouTube. Se quedaban en casa jugando a juegos en línea, adoptando múltiples roles en gigantescas realidades virtuales multijugador, subiendo y bajando niveles, persiguiendo zombis, matando terroristas, extrayendo recursos naturales, forjando herramientas, acumulando bienes, construyendo pueblos, ciudades e imperios, defendiendo planetas con el corazón desbocado y la adrenalina por las nubes, esquivando por poco la permamuerte, tratando solo de sobrevivir, y todo ello además de sus actividades extraescolares, las clases de música y los entrenamientos de fútbol. No era de extrañar que estuvieran cansados. Llevaban vidas agotadoras. La enfermera se hizo el propósito de llamar a la madre del niño y a continuación lo mandó de vuelta a clase.

Aquella tarde, un gorrión chocó contra la ventana de cristal del aula de Benny. ¡PAF! Las cabezas de los niños se volvieron a la vez para mirar, pero el gorrión había caído y agonizaba en la acera de cemento. Al ver que se trataba de un pájaro y no de una masacre escolar, los niños no se metieron bajo las mesas

ni en los armarios. Estaban acostumbrados a la muerte y aquella era una menor. No había nadie recorriendo los pasillos armado con armas automáticas, ni espadas ni sables luminosos, nada de matanza sangrienta, nada en la ventana a excepción de una mancha marrón con restos de plumón, pegada al cristal y demasiado pequeña para fijarse en ella, de modo que le dieron la espalda. Pero la ventana sí se fijó y empezó a gimotear. La profesora continuó con la lección. El cristal empezó a vibrar y sus gemidos se volvieron agudos.

Benny apretó los dientes.

«¡Para!», susurró y, cuando el cristal se negó, se puso de pie y fue hasta la ventana a suplicarle.

Cuando los sollozos continuaron, Benny empezó a golpear la ventana con los puños. Esta vez lo enviaron al despacho de la directora.

La directora Mooney se inclinó sobre la mesa y trató de establecer contacto visual.

—Bueno, Benny, ¿por qué no me cuentas lo que ha pasado?

Su voz sonaba cansada pero amable y Benny quiso contestar, pero la

mesa estaba completamente cubierta de bolígrafos, clips, gomas elásticas y carpetas demasiado llenas, y con todo el ruido que hacían esas cosas, le costaba oírla hablar. También en su taza de café estaba escrito: ESTOY CORRIGIENDO

EN SILENCIO

TUS ERRORES GRAMATICALES

Las tazas de café con palabras escritas a menudo trataban de hacerse las graciosas. ¿Lo era esta? Benny no lo sabía. No sonaba a chiste y la taza no se reía. Se obligó a apartar los ojos de la superficie de la mesa y entonces recordó que seguía habiendo una pregunta en el aire y que la directora estaba esperando. Ladeó la cabeza y escuchó de nuevo, pero la pregunta se había desvanecido.

—¿Qué? —dijo, pero en cuanto la palabra salió de su boca supo que era la equivocada. Lo intentó otra vez—. Perdón,

¿cómo dice?

Eso estaba mejor. Se lo había enseñado su madre.

La directora Mooney asintió con la cabeza.

—Me ha dicho la señora Pauley que has intentado romper la ventana. No es propio de ti, Benny. ¿Qué te pasaba?

Benny negó con la cabeza.

—No intentaba romperla. No debería haberle dado golpes.

—Desde luego. Podrías haberte hecho daño. Podrías haber roto el cristal. Esa ventana es propiedad del centro.

—No quería decir eso.

—¿No te importa dañar una propiedad del colegio?

Benny volvió a negar con la cabeza.

—No es eso, pero me daba pena.

La directora Mooney frunció el ceño y a continuación su expresión se iluminó.

—¡Ah, te refieres al pájaro! Sí, claro. Es muy triste cuando un pajarito

muere así.

—El pájaro no —dijo Benny—. La ventana.

—¿Cómo que la ventana?

—El cristal. —La conversación no iba bien, pero era demasiado tarde para dar marcha atrás—. Me daba pena el cristal de la ventana.

La directora no tenía la culpa por no entender. La directora Mooney llevaba casi cuarenta años trabajando en la escuela intermedia y estaba a punto de jubilarse, y aunque siempre se había enorgullecido de ser una buena comunicadora, últimamente cada vez le costaba más comprender a sus alumnos jóvenes. Ya no los conocía. Sus cuerpos eran más o

menos los mismos, pero sus cerebros habían sido reemplazados por lo que parecía ser una cognición alienígena.

Cayó en la cuenta de que estaba mirando fijamente al niño y se sobrepuso.

—Me temo que no te entiendo, cielo. ¿Me lo puedes explicar?

Benny suspiró y, a medida que el aire fue abandonando sus pulmones, se sintió más pequeño. Cuando habló lo hizo con unas palabras tan susurradas que la directora tuvo que inclinarse hacia él para captarlas.

—No quería matar al pájaro.

Las voces seguían siendo algo nuevo para él, y nunca antes había intentado hablar de ellas. No había imaginado lo difícil que sería.

—Antes era arena —dijo—. Se acuerda de cuando era arena. Se acuerda de los pájaros, de la sensación de sus garras, caminando. Dejando pequeñas huellas. Nunca quiso ser cristal.

Nunca quiso ser sigilosamente transparente. Le gustan los pájaros, le gusta mirarlos desde la ventana, así que lloraba. No debería haberle pegado, pero necesitaba que parara. —

Entonces levantó la vista y la cara de la mujer mayor estaba cubierta de cien millones de arrugas que indicaban preocupación y desconcierto—. Olvídelo.

¿Estaba Benny en lo cierto en lo de que el cristal se acordaba de lo que había sido antes de que lo fundieran? Mientras era arena, ¿pudo de

verdad sentir el cosquilleo de las garras de los pájaros? ¿O es un mero problema de lenguaje y traducción?

Benny solo contaba con un vocabulario de octavo curso de lo más rudimentario, pero hacía lo posible por trasladar el *Umwelt* de las cosas a palabras. No es de extrañar que no lo consiguiera. También los grandes filósofos de la historia lo han intentado sin éxito. Es un problema que los libros conocen bastante bien.

El lenguaje humano es una herramienta torpe. A las personas ya les cuesta mucho entenderse las unas a las otras, así que ¿cómo van a imaginar la subjetividad de animales e insectos y plantas, y no digamos ya de las piedras y la arena?

Limitados como estáis por vuestros sentidos —tan imperfectos y al mismo tiempo tan hermosos—, os es imposible concebir que multitud de seres que consideráis incapaces de sentir puedan tener una vida interior. Los libros ocupan una posición extraña, a medio camino entre ambos extremos. Somos sensibles, pero no sentimos. Estamos semivivos.

9

Las paredes de la psiquiatra eran de un alegre tono amarillo y estaban decoradas con carteles de estrellas danzarinas y arcoíris con ojos. «¡MUESTRA TUS VERDADEROS COLORES!», gritaban los arcoíris. «¡ASPIRA A LAS ESTRELLAS!», gritaban las estrellas. En el calendario, una cría de koala dormía aferrada el grueso pelaje del lomo de su madre. Muñecas y animales de peluche asomaban de casilleros de vivos colores que cubrían las paredes: muñecos, muñecas, perros, gatos, ovejas, ositos, aves y peces de todas las clases. Sus cuerpos se amontonaban en una maraña de piernas, hocicos, alas, brazos, aletas y pezuñas peludas. Había cubos de plástico llenos de coches y trenes y caballos de juguete y maquetas de ciudades enteras.

Marionetas de mano colgaban flácidas de ganchos en la pared encima de una casa de muñecas de gran tamaño. A la casa le faltaba la fachada, como esos edificios que salen en las noticias después de un ataque aéreo o un bombardeo. Dentro había camas y sillas y mesas y personas en miniatura de madera repartidas por los suelos, y todos los juguetes gritaban con unas voces tan terribles, tan violentas, tan aterradas y retorcidas de dolor que Benny tenía que hacer verdaderos esfuerzos por no gritar y salir corriendo de la habitación.

Estaba sentado sobre sus manos con la vista fija en las rodillas,

tratando de no mecerse en la sillita roja, tratando de no actuar de forma extraña, aunque era demasiado tarde para eso. Al menos la doctora no sabía lo de las voces, y no pensaba

contárselo. Había aprendido la lección en el despacho de la directora. La gente no lo entendía.

Annabelle estaba sentada en una sillita azul a su lado, abrazando su enorme bolso, y su cuerpo de gran tamaño hacía que la sillita pareciera aún más pequeña. La doctora Melanie ocupaba una silla amarilla al otro lado de la mesita baja de jugar. La mesa era redonda y verde y de superficie lavable, con esquinas romas y amables que no hacían daño. La doctora no tenía demasiado aspecto de doctora, pensó Annabelle. Estaba extremadamente delgada y vestía vaqueros elásticos rosa y un suéter azul celeste. Su laca de uñas rosa pastel era exactamente del mismo tono que sus vaqueros. Mientras explicaba a Annabelle los posibles efectos secundarios del Ritalin, parecía una niña muy seria.

Annabelle intentaba escuchar, pero le costaba trabajo concentrarse. Estaba tratando de recordar la diferencia entre el TDA normal y el TDHA de tipo combinado y también de comprender cómo podía Benny tener el segundo sin la hiperactividad. La preocupaba cuánto costaría el tratamiento y cómo lo pagaría, ahora que le habían recortado el horario y había perdido cobertura sanitaria, y también si la medicación era la indicada para Benny. Sabía que a Kenji no le parecería bien. Siempre se había mostrado muy crítico con la industria farmacéutica, pero no quería pensar en Kenji. Tenía que pensar en Benny, tomar la decisión correcta y hacer lo que fuera mejor para él. También le preocupaba aquella doctora, que no tuviera edad suficiente para saber lo que hacía. Y, por último, le preocupaba un bamboleo que empezaba a notar en la pata delantera de la sillita azul en que estaba sentada y que la silla no pudiera sostenerla más. Lo que de verdad le apetecía era levantarse y llevarse a Benny de allí. Era una habitación agradable, alegre y acogedora, pero no transmitía esa sensación. El cartel encima de la cabeza de la doctora mostraba la fotografía de un niño con un impermeable amarillo chillón y un paraguas. «¡DESPUÉS DE LA LLUVIA SIEMPRE SALE EL SOL!» No estaba segura de creerse algo así.

—Empezaremos con cinco miligramos —decía la doctora Melanie—. Debería notar una mejoría inmediata, y si tiene algún efecto secundario, díganmelo.

—Sí, por supuesto —dijo Annabelle asintiendo seria.

La doctora hizo una pausa y se inclinó un poco hacia delante.

—La historia médica de Benny no lo menciona, pero tengo que preguntarlo. ¿Es usted su madre bioló…?

Miró en dirección a Benny y dejó la pregunta sin terminar.

Annabelle seguía asintiendo cuando de pronto entendió lo que quería decir la doctora.

—Ah, ¿quiere decir si es adoptado? ¡No, claro que no!

—Es bueno saberlo —dijo la doctora Melanie, que se recostó en el respaldo de su silla y apuntó alguna cosa—. Bien, entonces vamos a ver qué tal le va con el Ritalin y a concertar una cita para dentro de tres días. —No era una pregunta, pero cuando Annabelle no contestó, la doctora añadió—: Su hijo tiene suerte de tener a personas en el colegio tan pendientes de él.

—Sí —dijo Annabelle comprendiendo que la estaba censurando y exculpando a la vez—. Sí, claro. —Se levantó con dificultad, agradecida a la sillita azul por no haberse roto, y miró a Benny. Su delgada espalda estaba encorvada e inmóvil. Le tocó un hombro y Benny dio un respingo.

¿Cuándo se había vuelto un niño tan nervioso?—. Venga, cariño. Vámonos. He pensado que de camino a casa podíamos parar en la Biblioteca. Como premio.

La doctora Melanie los vio irse, observó la manera en que la madre extendía la mano y reparó en cómo el niño se encogía.

Se preguntó si aquella aversión a ser tocado sería crónica o solo de ese día. Tal vez no quería ir a la Biblioteca. Tenía catorce años, aunque parecía mucho más pequeño. Los chicos

de catorce años no van de la mano de sus madres. No se toman ir a la Biblioteca como un premio.

Fue hasta su mesa e inició sesión en su ordenador para escribir las notas sobre el paciente. En la carpeta de Benny había informes de la orientadora del centro que se remontaban hasta el comienzo del séptimo curso. Los había leído antes y ahora les echó un vistazo rápido. Había habido problemas de concentración y de atención después de la muerte del padre, pero no se había recomendado ningún tratamiento. Eso probablemente había sido un error: el diagnóstico y

la intervención tempranos eran clave. Hizo el cálculo. Dieciséis, tal vez diecisiete meses. Llevaba casi año y medio presentando síntomas de déficit de atención. Abrió una plantilla de valoración y empezó a escribir sus observaciones. El chico se había mostrado distraído durante la sesión, paseando la vista por la habitación, revolviéndose y meciéndose en su silla.

Había sido reacio a contestar preguntas relativas al incidente en la escuela. Afirmaba no saber o haber olvidado lo que había desencadenado su impulso. No podía o no quería hablar de su intento de romper el cristal a puñetazos. Apuntó su diagnóstico y la medicación con su dosis, guardó el documento y cerró sesión.

Aún disponía de unos minutos antes de que llegara el paciente siguiente, así que se recostó en el respaldo de la silla y cerró los ojos. Había hecho un taller de *mindfulness* cuando estaba en la Facultad de Medicina y practicarlo la ayudaba a relajarse y a vaciar la mente. Inspiró hondo y exhaló, sintiendo como la tensión abandonaba su cuerpo. Las primeras consultas con un paciente seguían resultándole bastante estresantes, y se preguntó si se harían más fáciles a medida que adquiriera experiencia. Esperaba que así fuera, porque tanta ansiedad no podía ser buena, ni para ella ni para los niños a los que trataba.

Exhaló y dejó marchar ese pensamiento, notando cómo su cuerpo se hundía más a medida que sus músculos cedían de mala gana. El niño, Benny, parecía un buen chico. Su madre tenía pinta de complicada, nerviosa y distraída, sin duda sufría

una mezcla de depresión y trastorno de ansiedad; por eso era importante descartar la adopción. La genética a menudo intervenía, pero, se recordó a sí misma, su trabajo no era diagnosticar a la madre. Su trabajo era concentrarse en el niño, y al recordar su diagnóstico y el tratamiento prescrito se sintió bastante satisfecha de la evaluación que había hecho. La próxima vez vería al niño a solas. Quizá sin su madre delante se mostraría más dispuesto a abrirse, pensó, y a continuación frunció el ceño. Ya estaba pensando otra vez. No podía parar de pensar.

Venga, Melanie. Vuelta a la respiración. Deja ir los pensamientos. Pero justo cuando empezaba a notar que su mente se sosegaba, sonó la alegre campanilla de la sala de espera anunciando la llegada del siguiente joven paciente. De inmediato notó que se le tensaban los músculos de la mandíbula, se le agarrotaba el plexo solar y le aumentaba el ritmo cardiaco. La clásica respuesta condicionada de

Pavlov, pero ¿de qué le servía identificarla? La meditación tampoco ayudaba demasiado. Le aliviaba momentáneamente los síntomas, pero, a un nivel más profundo, su cuerpo parecía inmune. A aquel nivel siempre estaba en guardia, negándose rígidamente a relajarse, como si supiera que tenía que protegerse contra el sufrimiento psíquico, cualquiera que fuera, que traería consigo el siguiente niño que entrara en su alegre salita. Le encantaban sus jóvenes pacientes. Quería ayudarlos y aliviar su dolor. Así pues, ¿de dónde venía toda esa resistencia?

10

Incluso cuando era un bebé, antes de caminar o de aprender a usar las palabras, a Benny le encantaba la Biblioteca Pública.

Esto fue antes de la renovación, antes de que añadieran unas alas nuevas y altísimas, y el anticuado edificio original, con su curtida fachada de piedra caliza y robustas columnas clásicas, parecía tener sobre él un efecto excitante y tranquilizador a la vez. Por aquellos días Kenji pasaba mucho tiempo en la carretera, de gira con la banda, y cuando estaba en casa tenía

actuaciones que lo hacían volver tarde casi cada noche. Por las mañanas a menudo dormía hasta las doce y Annabelle, para no despertarlo, abrigaba a Benny y se lo llevaba a la Biblioteca para la Hora de los Niños. Para cuando aprendió a andar, Benny ya se sabía el camino, y en cuanto bajaban del autobús y empezaban a subir la cuesta, se ponía a saltar en su cochecito y a dar patadas al reposapiés. Cuando subían los escalones y cruzaban las majestuosas puertas, su excitación aumentaba y empezaba a gritar y murmurar. Mirando su cabeza saltarina, Annabelle experimentaba orgullo, como si su amor por los libros se estuviera expresando en su joven hijo.

La Hora de los Niños se hacía en el Rincón Infantil Multicultural, que estaba en el sótano, escondido en un recoveco del edificio antes de llegar a las oficinas del personal.

Antes de llamarse Rincón Infantil Multicultural, cuando era simplemente Literatura Infantil, estaba situado nada más entrar, entre el mostrador de préstamos y la sección de Publicaciones Periódicas, pero en la década de 1970, cuando cerraron los psiquiátricos del estado, la Biblioteca experimentó un aumento del tránsito de personas sin hogar y de pacientes ambulatorios, algo que no hizo sino aumentar durante la recesión de la década de 1980 debido a los profundos recortes en los servicios sociales. Las madres empezaron a quejarse y

la administración de la Biblioteca tomó medidas; le cambiaron el nombre a Literatura Infantil y la trasladaron al piso de abajo, lejos de la ajetreada sección de revistas y periódicos, donde a los usuarios no tradicionales de la Biblioteca les gustaba echarse una cabezada durante el día.

El Rincón Infantil Multicultural era un espacio de lo más peculiar. Durante el verano que Annabelle trabajó de becaria en la Biblioteca empezó a oír las historias que circulaban entre el personal sobre ubicaciones supuestamente anómalas e incluso paranormales, lugares de la Biblioteca en los que ocurrían cosas. Al principio pensó que no eran más que cuentos que los bibliotecarios veteranos contaban a los becarios para ponerlos nerviosos, pero cuando fue conociendo

mejor el edificio, le entraron dudas. Estaba Adquisiciones Recientes, donde los libros nuevos se negaban a quedarse en los estantes, y los lavabos del Nivel Siete, donde los usuarios se quejaban de ruido de golpeteos y de que las luces del techo se apagaban de repente. Las cisternas tenían vida propia, y se vieron ranas verdes diminutas chapoteando en los urinarios.

Los cubículos se cerraban con pestillo y se abrían misteriosamente solos, y varias personas informaron de una inquietante sensación de ser observadas cuando el baño estaba vacío. El Rincón Infantil Multicultural era otro de estos lugares misteriosos, y cuando una tarde de invierno la enviaron allí para ordenar los libros de vivos colores, Annabelle tuvo una sensación siniestra, como si el aire estuviera preñado de objetos perdidos. Más tarde descubrió que muchas personas confesaban haber encontrado allí cosas que creían haber perdido u olvidado, y esto ocurría con tal frecuencia que, cuando alguien se presentaba en el mostrador de préstamos en busca de algo que había perdido, los bibliotecarios automáticamente preguntaban: «¿Ha mirado en Multicultural Infantil?». Cuando la administración tuvo noticia de esto, ordenaron a los bibliotecarios que dejaran de hacerlo, temerosos de que sonara a que la Biblioteca estaba culpando a niños multiculturales de robar las pertenencias de la gente.

Pero incluso así, cada vez que algo desaparecía, todos sabían que debían buscar primero en el Rincón Infantil Multicultural.

Algunos de los bibliotecarios más espirituales afirmaban que el rincón estaba habitado por el fantasma de un niño que tomaba prestadas cosas a la gente y se las llevaba allí para jugar con ellas, pero nadie sabía decir si era un niño multicultural o no.

Annabelle nunca se creyó del todo la historia del fantasma, pero Benny había sido un bebé sensible y recordaba esa sensación de presencia inquietante, así que la primera vez que lo llevó al Rincón Infantil Multicultural la preocupó que pudiera alterarlo lo que quiera que fuera que habitaba el rincón, pero no pareció ser así. Annabelle se sentó en una silla

del fondo con las niñeras y otras madres, sujetando a Benny, que se retorcía, en el regazo, mientras los niños más mayores formaban un apretado círculo en el suelo alrededor de la bibliotecaria. Benny se rebulló y pataleó y agitó en brazos de Annabelle, pero en cuanto la bibliotecaria empezó a leer, se puso serio y se quedó muy quieto. La bibliotecaria era una mujer negra joven, bajita y de complexión menuda, pero con una voz potente y hermosa y un acento ligeramente cantarín que Annabelle no logró identificar. Llevaba el pelo recogido en una mata de rizos en la coronilla y vestía chaquetas de punto, faldas de *tweed* y unas originales gafas de estilo *vintage* sujetas por una cadena. ¿Era aquello una ironía? Tenía menos aspecto de bibliotecaria real que de actriz interpretando a una, pensó Annabelle con una punzada de dolor. Durante sus prácticas, a Annabelle le habían pedido a menudo que leyera durante la Hora de los Niños cuando la bibliotecaria en plantilla estaba de baja por maternidad y le había encantado.

Adoraba sentarse en un taburete en el centro del círculo, levantar la vista del libro y ver el corro de caritas mirándola.

Parecían flores, y lo que Annabelle más deseaba en el mundo era hacerse bibliotecaria infantil y así quedarse para siempre dentro de aquel anillo mágico.

La bibliotecaria joven era aficionada a cuentos de osos, cerdos, topos y ratas de agua que hablaban, y a los niños también les gustaban, a pesar de ser niños de ciudad y de no conocer muy bien esos animales. Los que sí conocían —ratas de alcantarilla y palomas y mosquitos y cucarachas— no salían en demasiados cuentos, pero quizá daba igual, pensó Annabelle, porque el propósito de los libros era enseñarte lo que no sabías. Aun así, mientras apoyaba la barbilla en la coronilla cálida y cubierta de pelusa de Benny, no pudo evitar sentir tristeza por que su hijo creciera en una ciudad donde no había ni arroyos rumorosos ni abejas zumbonas ni hierba alta que susurrase en verano. Nunca sabría cómo era un erizo o un tejón. Claro que no saber aquello no parecía molestar a Benny.

Hipnotizado por el sonido de la voz de la bibliotecaria y el

ritmo sinuoso de sus frases, se fue inclinando hacia delante en brazos de Annabelle, que, a medida que la historia iba tirando de él, tuvo que enlazar los dedos alrededor de su suave barriga a modo de arnés de seguridad para evitar que se le cayera.

La siguiente vez que fueron Benny no quiso sentarse en su regazo, así que Annabelle lo dejó en el suelo y lo miró acercarse poco a poco, muy muy despacio, hasta unirse al resto de los niños del círculo. Se detuvo allí un rato y a continuación siguió avanzando hasta llegar a los pies de la bibliotecaria, para, acto seguido, agarrarle el tobillo delgado y ponerse a mirar su rodilla. La bibliotecaria se interrumpió un momento y miró por el borde del libro, pero luego siguió leyendo. Era un libro sobre sonidos de animales en distintas partes del mundo, y lo levantó y enseñó a los niños el dibujo de un perro.

—¿Qué dicen los perros en América? —leyó.

— *¡Woof, woof!* —gritaron los niños agitando los brazos y dando brincos—. *¡Bow, bow!*

La mayoría se sabían el libro de memoria. Era una de las lecturas favoritas en el Rincón Infantil Multicultural.

—¿Qué dicen los perros en China? —preguntó la bibliotecaria.

— *¡Wang, Wang!* —contestaron los niños al unísono.

—¿Qué dicen los perros en España?

— *¡Guau, guau!*

Benny no conocía ninguno de los sonidos que hacían los animales en otros países, pero no parecía importarle. Miró a la bibliotecaria, extasiado, y a continuación se tumbó boca abajo en la alfombra y empezó a reptar despacio entre las patas del taburete de la bibliotecaria hasta quedarse sentado debajo. La bibliotecaria hizo caso omiso de él y siguió leyendo.

—¿Qué dicen los gallos japoneses?

—*¡Kokekokko!*

—¿Qué dicen los gallos italianos?

—*¡Chicchirichi!*

—¿Qué dicen los gallos islandeses?

—*¡Gaggalago!*

Benny era un niño tan menudo que encajaba a la perfección bajo la banquetita, y Annabelle vio la expresión complacida de su cara cuando se asomó por entre las piernas de la bibliotecaria. Alargó una mano y volvió a agarrarle el tobillo.

Le gustaba agarrar el tobillo de la bibliotecaria.

—¿Qué dicen los cerdos en Alemania?

—*¡Grunz, grunz!*

—¿Y en Indonesia?

—*¡Grok, grok!*

Al final del cuento, cuando se terminó la Hora de los Niños, la bibliotecaria cerró el libro, dio las gracias a todos por acudir y dijo que esperaba volver a verlos. Luego se puso de pie y levantó con cuidado la banqueta por encima de Benny, quien siguió donde estaba, con aire un poco tembloroso y vulnerable, igual que una gelatina desmoldada antes de tiempo. Annabelle se adelantó para cogerlo, dio las gracias a la joven mujer y se disculpó por la intromisión de su hijo. La bibliotecaria sonrió y se encogió de hombros; dijo que al principio se había sobresaltado, pero que no le molestaba. Se acuclilló y puso una mano en el hombro de Benny.

—¿Te ha gustado el cuento? —preguntó—. ¿Te ha gustado sentarte debajo del taburete? —Cuando Benny no contestó, siguió hablando—: Puedes sentarte ahí cuando quieras. Puede ser tu lugar especial.

Y lo fue, durante un tiempo, hasta que aquella joven bibliotecaria tan agradable fue trasladada a otro puesto y la que la sustituyó no se sentía cómoda con un niño pequeño

debajo mientras leía, de manera que lo sacó y le hizo unirse a los demás en el círculo.

Benny

¡Me acuerdo de la Hora de los Niños! Y de aquel a bibliotecaria tan simpática; se l amaba Cory. Entonces no sabía su nombre, y lo tengo todo un poco borroso, pero sí me acuerdo de algunas cosas, como el cálido olor a señora debajo de su banqueta y su mul ida falda de *tweed*. Tenía gafas rosas con purpurina en las esquinas y debajo de la falda l evaba medias de algodón tupidas y esos calentadores de lana arrugados, y me acuerdo de lo bien que me sentía agarrado a su tobil o. El hueso era sólido y a lado y recuerdo agarrarlo y mirar por entre las piernas de la bibliotecaria a los niños de fuera y tener la sensación de que, aunque me miraban, no podían verme. Me hacía sentir seguro y secreto.

Y también me acuerdo del libro, y de los patos que dicen *wak wak* en árabe o algo así. No recuerdo los detal es, pero sí que las historias sonaban como si l egaran desde debajo, no de la boca o la cara de alguien, que es como sonaban desde fuera, sino más bien como si salieran de todas partes, del taburete, de la alfombra, de la falda de la bibliotecaria. De todas partes, zumbando, balando y aul ando. El mundo entero era un lugar cónico, con forma de taburete cálido y protegido que olía a sándalo y a limpiador de alfombras y en el que las palabras estaban en todas partes a la vez, como si Dios fuera quien leía el cuento. Si es que consigues imaginar a Dios hablándote con la voz de una señora bibliotecaria, claro.

No sé. Igual me he pasado.

Pero creo que por eso me sigue encantando la Biblioteca. Y también probablemente por eso mi mejor amigo es un Libro.

Mi madre me prometió que, si iba al loquero, después pasaríamos por la Biblioteca, pero de camino quiso recoger mi medicación y hubo no sé qué problema con el seguro, así que para cuando lo solucionó era demasiado tarde. Mi madre dijo que teníamos libros de sobra en casa, lo que era verdad, pero yo me enfadé porque me lo había prometido. Creo

que una parte de el a en realidad no quería ir. Creo que la Biblioteca la ponía demasiado triste, porque tuvo que dejar los estudios cuando se quedó embarazada de mí, y aunque siempre decía que había merecido la pena, yo sabía que una parte de el a se arrepentía de

haber renunciado a su sueño. Los niños sabemos estas cosas sobre nuestros padres aunque no las comprendamos del todo.

El caso es que l egamos a casa y discutimos. Vi el libro *Magia ordenada* en la mesa de la cocina, encima de un montón de más basura, y lo cogí y más o menos se lo tiré a mi madre y le dije con voz de lo más rencorosa:

«¡Es un libro perfecto para ti! ¿Por qué no te lo lees?». Es un libro sobre hacer limpieza en tu vida y tirar mierdas, y quería mandarle un mensaje, pero fue muy mezquino por mi parte.

No le tiré el libro de verdad. Solo la obligué a cogerlo. Supongo que eso también fue rencoroso. No era mi intención hacerla l orar.

El Libro

11

Las primeras palabras de un libro son de máxima importancia.

El momento del encuentro, cuando un lector pasa esa primera página y lee esas palabras del principio, es como mirar a los ojos o tocar la mano de alguien por primera vez, y nosotros también lo sentimos. Los libros no tenemos ni ojos ni manos, es cierto, pero cuando un libro y un lector están hechos el uno para el otro, ambos lo saben, y esto es lo que pasó cuando Annabelle abrió *Magia ordenada*. Cuando leyó la primera frase, los dos notaron un escalofrío en el lomo.

Si estás leyendo esto, entonces es posible que estés insatisfecho con tu vida. Te gustaría cambiar algo, pero te sientes tan abrumado que ni siquiera sabes por dónde empezar.

¡Sí!, pensó Annabelle. ¡Es verdad!

Sabes que tu vida sería mejor con menos acumulación de cosas. Has intentado deshacerte de algunas y despejar tu casa, pero sin demasiado resultado. Te quedas sin energías y, cuando quieres darte cuenta, tus pertenencias han podido más que tú y eres su esclavo.

Eso era justo lo que le pasaba. ¿Cómo podía saberlo el librito?

Levantó la vista y miró a su alrededor. Casi daba miedo, como si el libro pudiera ver su dormitorio atestado y estuviera leyéndole el pensamiento. Miró el reloj. Estaba cansada y sabía que debía intentar dormir, pero seguía demasiado agitada. La cita había sido de lo más

angustiosa, sobre todo al final, cuando la doctora le preguntó si era la madre biológica de Benny. Y no había sido consciente de lo mucho que afectaría a Benny saltarse la visita a la Biblioteca. En el autobús no dejó de murmurar para sí, y cuando llegaron a casa, estaba de un humor horrible y la emprendió con ella, lo que era normal, porque ser el blanco de la ira de tu hijo formaba parte de la maternidad. Por lo general Annabelle solía reírse

para quitarle importancia; por eso se sorprendió a sí misma cuando se puso a llorar. Consiguió controlarse, pero para entonces Benny había salido de la habitación hecho un basilisco. Para ser justa con él, tardó poco en tranquilizarse, y cuando volvió cenaron restos de pizza y hablaron de cómo tenía que tomarse la medicación.

Annabelle se había ido a la cama pronto llevándose el libro.

Quizá Benny tenía razón. Quizá debía leerlo. Examinó la cubierta. La forma en que el librito había saltado a su carro también era inquietante, y tenía el extraño presentimiento de que Kenji andaba detrás. Había habido momentos en que Annabelle había sentido su presencia cerca, por ejemplo, cuando los cuervos le dejaban regalos. Su cuenco de baratijas estaba lleno de tornillos, clips, botones, conchas rotas, trocitos de papel de aluminio, cuentas y pendientes desparejados. No podía evitar pensar que Kenji estaba intentando ponerse en contacto con ella por medio de los cuervos, y si era así, quizá *Magia ordenada* también era un regalo suyo, porque ¿cómo explicar si no todas las coincidencias?

Estaba el hecho de que tanto Kenji como Aikon fueran japoneses. Eso por sí solo no significaba demasiado, pero cuando Annabelle leyó la biografía de la autora en la solapa trasera, se enteró de que el nombre completo de Aikon era Ai Konishi, lo que era asombroso, porque Konishi también había sido el nombre de la madre de Kenji. Kenji usaba Konishi como contraseña para su ordenador, y cuando Annabelle le preguntó por qué, le contó la historia de cómo a sus abuelos les había preocupado que su hija sufriera discriminación en Japón por casarse con un coreano y adoptar su apellido. La urgieron a conservar Konishi, en lugar de adoptar Oh, pero ella se negó. Cuando Kenji le contó esto, a Annabelle le sorprendió el racismo contra los coreanos, pero también se sintió desconcertada. ¡A ella le encantaba ser una Oh! El apellido sonaba tan vital y apasionante… y además expresaba a la perfección lo que sintió Annabelle cuando conoció a Kenji y se enamoraron. No concebía querer ser Konishi en lugar de

Oh, pero, aun así, era curioso que Aikon tuviera el mismo nombre que

la familia de Kenji.

Más importante que la coincidencia en el nombre, sin embargo, era el factor zen. Annabelle estudió la cara de Aikon y de nuevo le recordó la fotografía de Kenji en el templo y cómo, cuando se la enseñó, ella lo había reconocido enseguida por su sonrisa ancha y bobalicona. Incluso sin pelo resultaba adorable. ¿Qué había sido de aquella fotografía? Debía de estar en algún lugar del armario. Debería tratar de localizarla y enseñársela a Benny y contarle la historia de cómo se había hecho monje el chiflado de su padre. Estudiaba música clásica en el conservatorio de Tokio y necesitaba un lugar barato donde alojarse durante las vacaciones de verano, y alguien le dijo que podía vivir gratis en el templo zen si no le importaba meditar y fregar suelos. A Kenji nunca le importó trabajar duro, de manera que se había mudado y terminado viviendo en el templo un par de años. Decía que había sido la época más feliz de su vida y Annabelle recordaba sentir una punzada de celos hasta que Kenji añadió: «Antes de conocerte a ti».

Cosa extraña, fue durante su estancia en el templo zen cuando Kenji empezó a tocar jazz. Entre los jóvenes novicios había un número de artistas y escritores y músicos y activistas políticos interesados en la radical filosofía zen, con su riguroso entrenamiento mental, y también en tener un sitio gratis donde vivir. Uno de ellos era un joven monje llamado Daikan, quien, al enterarse de que Kenji tocaba el clarinete, tuvo la idea de montar una banda de jazz. Para su sorpresa, el abad accedió.

Los templos budistas en Japón luchaban por sobrevivir a medida que los antiguos fieles se iban muriendo y los jóvenes estaban demasiado ocupados comprando y haciendo carrera en el mundo de la empresa para preocuparse de lo zen. El abad pensó que unos monjes que tocaban jazz suscitarían la atención de los medios y atraerían a jóvenes al templo.

La banda se llamó Thelonious. Daikan tocaba el bajo y Kenji el clarinete, y se unieron con un monje de mayor edad que tocaba el piano. Con permiso del abad, convirtieron una

sala de reuniones en un café de fin de semana y pronto estuvieron sirviendo expresos y tocando los viernes y sábados por la noche. Thelonious se deshizo cuando las ruedas del destino se pusieron en movimiento. El zen fue la iniciación de Kenji en el jazz y por medio del jazz conoció a Annabelle. La conexión zen era profunda, reflexionó esta, kármica incluso, de manera que pasó la página y siguió leyendo.

MAGIA ORDENADA

Prólogo

Si estás leyendo esto, entonces es posible que estés insatisfecho con tu vida. Te gustaría cambiar algo, pero te sientes tan abrumado que ni siquiera sabes por dónde empezar.

Sabes que tu vida sería mejor con menos acumulación de cosas. Has intentado deshacerte de algunas y despejar tu casa, pero sin demasiado resultado. Te quedas sin energías y, cuando quieres darte cuenta, tus pertenencias han podido más que tú y eres su esclavo.

Si esto te describe, quiero que sepas que te entiendo. Yo solía tener la misma relación con mis cosas. No las poseía. ¡Me poseían ellas a mí!

Así pues, ¿qué cambió?

En mi caso, fue conocer las enseñanzas radicales del zen. Ese encuentro me transformó. Cambió mi relación con mis pertenencias, con mi pasado y mi futuro, con mi vida y con el mundo entero. Fue más que un cambio. Fue una revolución.

Las enseñanzas zen sobre el vacío y la liberación son ancestrales, pero nunca han sido más pertinentes que en la actualidad. Escribo este libro para compartir estas enseñanzas sencillas pero profundas con personas que sufren como sufría yo.

Todos tenemos conexiones distintas con nuestras cosas, y la manera en que aprendemos a relacionarnos con ellas se desarrolla temprano.

Estos hábitos están profundamente enraizados en la historia de nuestra vida y a menudo en nuestro sufrimiento. En mi caso, fui criada por mi tía, quien me adoptó y me quiso como a su propia hija, pero cuando cumplí doce años se casó con un hombre que nos hizo muy desgraciadas. Desde el punto de vista material, nuestra situación era acomodada. Mi padrastro era directivo en una empresa y nos sustentaba, pero debido a su comportamiento inadecuado conmigo, me sentía insegura en mi nuevo hogar. Tuve una depresión y, para calmar mi ansiedad, me dediqué a comer y a comprar. Usaba la comida para llenar ese lugar doloroso en mi interior. Levanté una valla a mi alrededor hecha de cosas nuevas que me

hicieran sentir a salvo. Ansiosa y asustada, me aferraba a mis cosas y necesitaba más y más, y conservé esos hábitos cuando me hice adulta y durante mucho tiempo después de dejar la casa de mi padrastro.

Tu historia puede ser parecida, o quizá muy distinta. Pero si te preocupa tu relación con tus posesiones —si tienes demasiadas cosas atestando tu vida y te falta espacio y claridad para vivir—, entonces estas sencillas lecciones zen quizá te ayuden.

Este libro no es solo sobre posesiones materiales. También es sobre ser dueño de tu propia vida.

El Libro

¿Se hace raro encontrar un libro dentro de un libro? No debería. A los libros nos gustan los libros. Hasta podría decirse que estamos todos relacionados, que gozamos de un parentesco que se extiende igual que una red rizomática más allá de la consciencia humana y entreteje el mundo del pensamiento. Pensad en nosotros como un micelio, una capa fúngica subconsciente bajo el lecho de un bosque y en la que cada libro es un fruto. Al igual que las setas, somos un colectivo. Usamos el pronombre *nosotros*.

Puesto que estamos todos conectados, nos comunicamos constantemente —coincidiendo, discrepando, cotilleando sobre libros, presumiendo de conocer gente importante y citándonos los unos a los otros— y también tenemos nuestras preferencias y nuestros prejuicios. ¡Vaya si los tenemos! El sesgo abunda en los estantes de las bibliotecas. Los tomos académicos desprecian a los libros más comerciales. Las obras literarias miran por encima del hombro la novela romántica y popular, y existe un repudio casi generalizado de determinados géneros, como la autoayuda.

Aun sí, es innegable que los libros de autoayuda pueden ser útiles, de manera que cuando *Magia ordenada* saltó de la mesa de Novedades y entró de golpe en la vida de Annabelle, tuvimos poco que objetar. Annabelle necesitaba ayuda, y la hazaña de aquel librito era admirable. Pero por muy admirable que resultara su fuerza de voluntad, la idea de incluir capítulos de un libro de autoayuda en estas páginas nos provocaba cierta preocupación, y Benny fue quien más tarde acudió en su defensa. Adujo que *Magia ordenada* era esencial en la historia de su madre y, por tanto, también en la suya, y añadió que no quería que se acusara a su Libro de ser un esnob, así que tuvimos que terminar por darle la razón.

Pero aquella noche Annabelle no estaba preparada aún para *Magia ordenada*. Tal vez simplemente estaba exhausta después de un día estresante. O quizá la inquietante referencia de Aikon a su padrastro la había afectado. Fuera cual fuera la razón, después de leer el prólogo

se quedó dormida. El librito siguió encima de ella, disfrutando de la blandura almohadillada de su estómago y del suave subir y bajar de su respiración mientras hacía guardia toda la noche. Annabelle tardaría un tiempo en retomar la lectura de *Magia ordenada,* pero los libros son pacientes. Sabemos lo apremiantes y absorbentes que son vuestras vidas, de manera que esperamos lo que haga falta.

12

¿Cómo suenan unas tijeras? ¿Qué decían? Ladinas y aceradas, empezaron suavemente, un débil murmullo que enseguida aumentó, cuchicheantes y cortantes, sibilantes y metálicas, formando lo que sonaba a palabras humanas, en una lengua que Benny supuso era chino, aunque no podía estar seguro. No hablaba chino, así que ¿cómo podía saberlo? Aunque sí le pareció entender todas las cosas sarcásticas y cortantes que le insinuaron al oído respecto a su profesora, la señora Pauley.

¿Crees que le caes bien a Pelo Casco? ¿Crees que te considera inteligente? ¿Especial? Bollera cretina. Es la que se chivó de ti y consiguió que te mandaran al loquero. Sí, la muy zorra cree que eres especial. Un puto psicópata especial.

Pero a Benny le gustaba mucho la señora Pauley. Ella era la que se dio cuenta de que se comportaba de forma extraña en clase de Matemáticas y lo había llevado a ver a la enfermera.

También era la profesora de Ciencias y les había hablado del moho del fango en clase de Biología, de cómo organismos individuales se unían para formar un cuerpo multicelular y así poder esporular y reproducirse antes de volver a separarse.

Había llevado a la clase a un bosque protegido para que buscaran hongos y él había encontrado uno enseguida, una formación con aspecto musgoso aferrada al lateral de un tocón de cedro podrido. La señora Pauley le había felicitado por su

buen ojo. Benny no le dijo que había oído al moho del fango llamarlo y, por tanto, había sabido dónde mirar. ¿Cómo sonaba? Era un ruidito esponjoso, amarillo, imposible de describir.

Cerró los ojos. Aquella semana estaban estudiando el cambio climático y él estaba preparando un mural informativo.

Las tijeras estaban en la mesa delante de él, cerca del pegamento. La señora Pauley estaba en la pizarra explicando algo importante sobre el

calor y la sequía y las emisiones humanas, pero las tijeras lo estaban distrayendo, chascando y soltando risitas, diciéndole que su mural informativo no servía para nada, que nada iba a detener el cambio climático, que estaban todos jodidos, que aquella profesora era tonta, su enemiga y la razón de que todos pensaran que estaba loco, y que por tanto era necesario que la apuñalara en la nuca.

¡Ahora mismo!

Se sentó encima de las manos, juntó los dedos, apretó los puños. *Las tijeras rieron con disimulo. Qué tío más sooossso…Quiiita, miedossso… Déjanoss a nossotrass.*

Se puso de pie y dio un paso, luego otro. La señora Pauley lo vio acercarse y dejó de hablar, con la tiza en la mano.

Benny, ¿estás bien? Más tarde, en la oficina de la directora, mientras escribía el informe del incidente, cerraría los ojos y se estremecería al recordar la angustia que distorsionaba el rostro de Benny mientras se acercaba a ella, sosteniendo las tijeras como una ofrenda, suplicándole que se las quitara antes de que pudiera clavárselas en una pierna.

En urgencias del hospital le dieron tres puntos en la parte alta del muslo. La enfermera de admisión le preguntó qué había pasado, pero Benny no quiso decir nada. Cuando el médico de urgencias le preguntó, mintió. «Se me escurrieron las tijeras, se me cayeron, no me acuerdo.» Lo mandaron de nuevo a la doctora Melanie. La había visto varias veces desde que le diagnosticó TDHA y llevaba casi dos meses tomando Ritalin. Durante ese tiempo había dado la impresión de

encontrarse más estable y la doctora se había mostrado satisfecha de sus progresos, pero Benny no le había hablado aún de las voces. Se sentaron en lados opuestos de la misma mesa baja, que ahora era roja, y a Benny le resultó confuso porque estaba seguro de que en visitas anteriores había sido verde. Sabía que el rojo y el verde eran lo que llamaban colores complementarios, lo que quería decir que eran opuestos, pero esto no tenía sentido porque la palabra *complementar* hacía referencia a cosas que encajan, que era lo *opuesto* de opuesto. Situaciones como aquella le daban dolor de cabeza. El rojo y el verde también. Miró la cara de la psiquiatra para comprobar si había cambiado, pero era la misma. Seguía siendo la doctora Melanie.

—Bueno, Benny —dijo la doctora Melanie—, ¿puedes contarme lo que ha pasado?

Benny negó con la cabeza. Lo extraño era que aquel día la doctora

Melanie parecía mayor. Antes su aspecto era siempre joven, pero aquel día parecía una señora de mediana edad. Su piel tenía la textura de un bejín marchito, cubierto de finas arrugas. Sus uñas también eran color seta. Se preguntó cuánto tiempo había pasado en realidad desde su primera visita y aquella; quizá se había quedado dormido como Rip van Winkle y, mientras soñaba, habían pasado muchos años. Quizá también él era mayor, y su madre, una anciana a punto de morir. Empezó a preocuparse y se perdió la siguiente pregunta de la doctora.

—Benny, ¿estás escuchando?

Asintió con la cabeza y trató de prestar atención.

—¿Te acuerdas de lo que pasó?

—Sí.

—Vale, muy bien. ¿Me lo puedes contar?

—¿Puedo ir antes al baño?

La doctora se recostó en el respaldo de su silla y por un momento pareció de nuevo joven, como un niño al que han arrebatado un juguete, pero asintió.

El baño estaba en el pasillo y para llegar Benny tuvo que cruzar la sala de espera. Cuando abrió la puerta, Annabelle levantó enseguida los ojos de la revista, y el campo magnético de la ansiedad que irradiaba su cuerpo le golpeó la cara.

Apartó la vista, pero no antes de asegurarse de que Annabelle seguía teniendo la edad que se suponía que debía tener, aunque pareciera muy cansada, y esto lo tranquilizó. Ya en el cuarto de baño, examinó su reflejo en el espejo. En la luz fluorescente su piel parecía distinta, pero seguía siendo él y seguía aparentando catorce años. Tiró de la cadena para hacer creer que había hecho pis, luego se lavó las manos con cuidado y regresó a la consulta, atravesando de nuevo las ondas de la preocupación de su madre, pero en esta ocasión estaba preparado. Cerró la puerta con firmeza después de entrar.

Cuando se sentó otra vez a la mesa roja, la doctora Melanie le dirigió una sonrisa de ánimo.

—¿Preparado para contarme lo que pasó?

—Supongo.

—¿Y bien?

—Me clavé las tijeras en la pierna.

—Eso es —dijo la doctora—. ¿Puedes contarme qué te pasaba en ese momento?

—¿Qué quiere decir?

—¿Qué pensabas? ¿O sentías? ¿Qué pasaba a tu alrededor?

—Nada. A ver, era clase de ciencias. La señora Pauley estaba hablando del calentamiento global. Yo no sentía nada.

—¿Quieres decir que estabas adormecido?

Benny trató de recordar si se había sentido adormecido.

—Muchas personas se sienten entumecidas cuando oyen hablar del calentamiento global —decía la doctora Melanie—.

Y a veces también enfadadas…

Benny negó con la cabeza. Las enfadadas habían sido las tijeras, no él. Quería decirle esto, pero la doctora seguía hablando.

—¿Crees que es posible? ¿Que te sintieras enfadado por el calentamiento global? ¿Hay alguna relación?

Pues claro que había alguna relación. Las tijeras eran globales. Hasta ahí era obvio. Empezó a decirlo, pero entonces levantó la vista. La doctora estaba inclinada hacia él con expresión alentadora e interesada. Demasiado interesada.

Avariciosa incluso. Benny cambió de opinión. La miró desconfiado, de soslayo.

—Ese es su trabajo. Se supone que es usted la que tiene que encontrar la relación.

—Había pensado que podíamos encontrarla juntos.

—Ay, olvídelo —dijo Benny. ¿En qué iba a cambiar eso las cosas? Estaba harto de mentir sobre las voces. Seguir escondiéndolas era demasiado agotador—. Las tijeras me dijeron que lo hiciera.

La doctora tardó un momento en hablar.

—¿Oíste hablar a las tijeras?

Dichas por ella, las palabras sonaban disparatadas. Benny quiso retirarlas, pero era demasiado tarde.

—¿Qué dijeron?

Los dedos de Benny formaron un puño, recordando las tijeras.

—¿Te mandaron apuñalarte?

Benny negó con la cabeza.

—A mí no —susurró—. A la señora Pauley.

—¿Las tijeras te dijeron que apuñalaras a tu profesora?

El puño empezó a bajar, pero Benny lo detuvo.

—No quería hacerlo, así que las redirigí. —Se dio un puñetazo en la pierna para mostrárselo. Dio un respingo de dolor y se le llenaron los ojos de lágrimas. La herida vendada del muslo empezó a dolerle. Se abrazó los hombros y se meció de atrás adelante.

—¿Qué decían las tijeras, Benny?

Mecerse ayudaba.

—Nada. No lo sé.

La doctora frunció el ceño tratando de comprender.

—Pero acabas de decir…

—Sé perfectamente lo que he dicho. No decían más que chorradas de tijeras, yo qué sé, como en un idioma extranjero o algo así.

—¿Un idioma extranjero?

Benny asintió con la cabeza, infeliz. Qué difícil era explicarlo.

—Como chino o algo así. No entendía las palabras, pero entendía lo que querían.

El dolor de la pierna empezaba a ceder.

—¿Hablas chino?

—No. —Pensó en las discusiones de la señora Wong con su hijo, el Inútil—. Pero sé cómo suena el chino.

—Tu apellido, Oh. ¿No es chino?

—Es coreano. Mi padre es mitad coreano. Y japonés.

Notaba cómo la doctora Melanie lo estudiaba. Se corrigió.

—Quería decir era. Ahora está muerto.

La doctora se puso de pie, fue hasta su mesa en un rincón de la habitación y sacó algo del cajón. Volvió con unas tijeras.

—¿Son estas?

Benny se dio prisa en apartar la vista, pero no la suficiente.

Se abrazó con más fuerza y fijó la vista en la superficie roja brillante de la mesa. No quería que se le acercaran más.

—Puede ser.

—Las ha mandado la señorita Pauley. ¿Has visto esto?

La doctora Melanie se inclinó hacia delante y abrió las tijeras. Benny oyó el destello del metal brillante y se tapó los oídos, se preparó para oír más palabras, pero solo hubo silencio. Cuando la doctora habló, su voz iba y venía, a veces desde muy cerca y otras desde muy muy lejos.

—¿Lees lo que dice?

Alargó las tijeras para enseñárselo.

Benny no levantó la vista. La superficie dura de la mesa se volvía verde y empezaba a vibrar.

—CHINA —leyó la doctora, como si eso demostrara algo, y a continuación cerró las tijeras de golpe, cortando un pequeño agujero en el silencio por el cual se coló más sonido

—. ¿No te das cuenta, Benny? Las tijeras están hechas en China. Debiste de verlo; por eso te imaginaste que hablaban chino.

Y ahora la pierna había empezado a dolerle otra vez. ¿Por qué no lo entendía? Apretó la mandíbula y habló en voz baja, para no amplificar aún más las cosas.

—No…

—¿No?

—¡NO! —La palabra salió bruscamente de su garganta a la vez que los colores de la habitación empezaban a fundirse los

unos con los otros y a centellear. Apoyó las manos en la superficie de la mesa en un intento por evitar que el rojo y el verde se esparcieran. ¿Por qué no le entendía? Había intentado explicárselo—. Si las tijeras hablan chino es porque SON

chinas. ¡El chino es el único idioma que hablan!

Desde la sala de espera, Annabelle oyó la espiral creciente de la angustia de su hijo. Se inclinó hacia delante y enterró la cara en las manos.

A lo largo de las siguientes sesiones, en aquella oficina pequeña y alegre fue surgiendo un patrón de falta de entendimiento.

—Dices que el reloj está enfadado —decía la doctora Melanie—. ¿Cómo te hace sentir eso?

—Nada. No me hace sentir nada.

—¿Nada? Me da la impresión de que igual tú también estás enfadado. O irritado a lo mejor.

—Pues claro que estoy irritado. Hablar con usted me irrita.

—Vale, entonces ¿crees que lo que experimentas como el enfado del reloj puede ser en realidad tu irritación…?

—¡No! El reloj está irritado. Le cabrea que usted nunca escuche. ¡Odia perder el tiempo!

Los juguetes y las muñecas desperdigados lo distraían y trató de no hacerles caso. Cuando le pidió a la doctora que los guardara, esta quiso saber por qué.

—Hacen demasiado ruido.

La doctora dijo que eso no era posible y a continuación le explicó con paciencia la física del sonido.

—El sonido lo causa el movimiento de un objeto en el espacio. Los

juguetes simplemente están ahí, Benny. No se mueven. No tienen dentro partes que se muevan. No pueden estar haciendo sonidos. Es físicamente imposible.

Benny meneó la cabeza como si quisiera sacarse agua de los oídos.

—Están sufriendo.

—¿Los juguetes están sufriendo?

—No —dijo Benny—. Los niños.

—¿Los niños están haciendo daño a los juguetes?

—¡No! ¿Cómo puede ser tan estúpida?

—Cálmate, Benny. Respira hondo. Ahora prueba otra vez.

¿Los juguetes están haciendo daño a los niños?

—No, claro que no. Los juguetes no hacen daño a los niños. La gente sí.

—¿Qué tiene que ver eso con los juguetes?

—Lo saben.

—¿Los juguetes saben que las personas están haciendo daño a los niños?

—Claro. Por eso los tiene aquí, ¿no? Ahora lo tienen dentro. Se les mete dentro y se queda ahí.

La doctora Melanie miró los bloques de vivos colores y el revoltijo de muñecos y animales de peluche.

—No lo entiendo —dijo—. ¿Qué se les mete dentro? ¿Qué es lo que se les queda?

—¿Está loca? ¿No lo oye?

—¿Oír el qué?

—¡El dolor! —dijo Benny aferrado al borde de la mesa—.

¡De los niños!

Lo agotaba con sus estúpidas preguntas. Lo entendía todo al revés.

—¿Puede ser que tengas miedo, Benny? Tienes miedo y por eso oyes voces.

—No —dijo Benny, exhausto—. Oigo voces y por eso tengo miedo.

No tenía sentido. Después de aquella conversación renunció a tratar de explicarse. La doctora Melanie se reunió con Annabelle y le dio su diagnóstico: Benny estaba en la fase prodrómica de un trastorno esquizoafectivo y recomendaba interrumpir el Ritalin y empezar con antidepresivos para el trastorno del estado de ánimo y antipsicóticos para tratar las alucinaciones auditivas.

Sentada en el pequeño y alegre despacho, Annabelle escuchó aferrada a su bolso y asintiendo vigorosamente con la cabeza para indicar a la doctora que estaba prestando atención, que estaba asimilando sus palabras y que entendía lo que se le estaba comunicando, que estaba de acuerdo y se hacía cargo de la situación y que era una madre soltera altamente competente.

—Sé que es duro —dijo la doctora—, pero debe saber que hemos tenido casos de éxito en tratamientos de trastorno esquizoafectivo en niños, con remisión de los síntomas al terminar la adolescencia.

Annabelle continuó asintiendo con la cabeza y, cuando la doctora terminó de hablar, se tapó la cara con las manos y se echó a llorar.

La doctora Melanie le acercó una caja de pañuelos de papel desde el otro lado de la mesa y esperó, le dio tiempo a sobreponerse. Existía la posibilidad de que las alucinaciones auditivas fueran un efecto secundario del Ritalin y que desaparecieran cuando Benny cambiara de medicación, pero decidió no mencionarlo. No quería dar falsas esperanzas a la madre. Saltaba a la vista que estaba abrumada, y en cualquier caso, había indicaciones suficientes para justificar el cambio de tratamiento. Al cabo de unos momentos se inclinó hacia delante otra vez.

—Señora Oh.

Annabelle levantó la cara manchada de lágrimas.

—Perdón —hipó—. No suelo ser…. —Se tragó las lágrimas y cogió un pañuelo de la caja—. Acabo de recibir un correo electrónico de mi supervisor en el trabajo. Bueno, en el trabajo en realidad no, porque cerraron la oficina y me redujeron el horario a la mitad y trabajo desde casa, pero aun así… —Se secó los ojos y se sonó la nariz—. Me ha dicho que mi puesto de trabajo desaparece…

La doctora Melanie observó. Reparó en cómo colgaba hacia delante la cabeza de la mujer y cómo se le encogían los hombros y la sudadera se estiraba sobre el ancho horizonte de su espalda. Reparó en el pelo rubio que debió de ser bonito alguna vez pero que ahora era apagado, pajizo y ralo. Apenas oía lo que la mujer le decía. Parecía estar hablando al suelo.

—Van a eliminar Prensa Escrita por completo porque los periódicos y las noticias ahora son en línea…

¿Tiroides? ¿Diabetes? ¿Estrés? La doctora Melanie frunció el ceño, entrelazó los dedos y levantó las manos como si rezara. Definitivamente tenía depresión. Recordó haber leído hacía poco un estudio sobre el Ritalin en que se asociaba un riesgo elevado de efectos secundarios de tipo psicótico en niños a progenitores con historial de enfermedad mental. Tal vez mereciera la pena preguntar. Apoyó la barbilla en los nudillos y esperó a que la mujer se sobrepusiera.

—Es que no se me dan bien los ordenadores ni todas esas tecnologías…

La doctora Melanie bajó las manos.

—Tiene que ser muy difícil —dijo inclinándose hacia delante—. Señora Oh, me preguntaba si hay en su familia historial de…

—Culpa mía, porque hace meses que me avisó que la cosa estaba fea, pero yo, como una tonta, pensé que todo se arreglaría…

La doctora Melanie consultó su reloj. Se había acabado la sesión y su siguiente paciente estaría a punto de llegar.

—Bueno —dijo—. Respecto a Benny, me gustaría ingresarlo en la Unidad de Psiquiatría Pediátrica del Children's Hospital cuando empecemos con la nueva medicación, para tenerlo en observación. Durante una semana o así. ¿Qué le parece? También le dará tiempo a usted para adaptarse y…

Fue entonces cuando Annabelle miró a la doctora.

—Me quedo sin seguridad social —susurró—. Sin seguro médico. No sé si tendremos cobertura para eso.

Se dio cuenta de que iba a tener que suplicar. Llevó a Benny a casa y lo mandó a su habitación. A continuación se sentó a su mesa de

trabajo y llamó a su supervisor. Le explicó la situación y le pidió que al menos le diera la oportunidad de formarse en destrezas nuevas, que le permitiera seguir haciendo los resúmenes de Prensa Escrita mientras hubiera alguna, pero también de radio y televisión. El audio y el vídeo no eran tan difíciles ahora que el antiguo *hardware,* las pletinas y los monitores y receptores habían sido reemplazados por ordenadores y *software*. Era una simple cuestión de ampliar su capacidad organizativa, y después de todo, le recordó al supervisor, tenía formación en Biblioteconomía, lo que era más de lo que había tenido cualquiera de los compañeros de la oficina. De hecho, dijo, en muchos sentidos estaba bastante más cualificada que muchos de sus compañeros varones, y la única razón por la que se había quedado atascada en Prensa Escrita era ser mujer. Se trataba de un caso claro de discriminación de género, una política sexista anticuada que relegaba a las mujeres al gueto de periódicos y revistas en papel y empleaba a los hombres en los departamentos más "tecnológicos" de audio y vídeo. Los ordenadores nivelaban el terreno, dijo. La tecnología digital hacía irrelevantes estas antiguas distinciones y, además, no había motivos por los que las mujeres no pudieran desempeñar trabajos tecnológicamente complejos. La expresión «Damas de

la Tijera» era en sí misma machista e insultante, y aunque no llegó a hablar de discriminación o acoso, señaló que ella y sus compañeras de Prensa siempre habían cobrado menos que los hombres, los llamados especialistas en búsquedas y analistas de información, que nunca habían tenido igualdad de oportunidades para progresar en la empresa y que sus compañeros se habían pasado años mirándole los pechos.

Cuando terminó de hablar hubo un largo silencio y se preguntó si la llamada se habría cortado, pero entonces oyó a su supervisor carraspear. Annabelle estaba sentada a su mesa de trabajo, rodeada de montañas de recortes y carpetas, pilas de periódicos, tazas de café sucias y latas de refresco, una bolsa vacía de tiras de maíz y un plato con un encurtido a medio comer. Se mordió la punta del dedo pulgar y se royó un padrastro. El escáner zumbaba. La basura rebosaba. Annabelle contuvo la respiración y miró el jarrón con las flores de Pascua de plástico, en equilibrio sobre un montón de revistas atrasadas.

—Vale —dijo por fin su supervisor—. Déjame que me lo piense. Veré qué puedo hacer.

Annabelle exhaló.

—Vale —dijo después de sacarse el pulgar de la boca—. Y, por favor, Charlie, no tardes mucho en pensártelo. Soy una madre soltera con un niño muy enfermo que necesita hospitalización inmediata.

¿Estoy muy enfermo?, se preguntó Benny. Estaba sentado en la cama pulcramente hecha de su ordenada habitación, escuchando. Abajo, la radio del salón estaba, cosa extraña, apagada, y oía a su madre hablar por teléfono. No se sentía enfermo. No era como tener la gripe o la varicela o cáncer o lo que fuera. Todavía le dolía la pierna por lo de las tijeras, pero aparte de eso se encontraba bien. El enfermo no era él; eran las voces. Allí en su dormitorio estaban calladas. Si salía al pasillo, empezarían otra vez. Solo tenía que estarse completamente quieto y quedarse en su habitación y mantener

los calcetines doblados, la cama hecha y las cosas guardadas y lo dejarían en paz. Miró sus estantes. Todos los libros estaban cuidadosamente alineados según el tamaño y con el globo lunar sujetándolos. El pato de goma que su madre había encontrado en el contenedor era el único juguete sin guardar, y se debía a que su presencia le resultaba calmante, pero tener más de un juguete fuera ya era desorden. El desorden es igual a estrés, decía siempre la señora Pauley. Bajó la vista y acarició la ropa de cama, luego se puso de pie y alisó las arrugas para borrar el sitio en que había estado sentado.

¿Debía ir a por la plancha? Planchar era importante. Unas sábanas arrugadas eran como una mente arrugada.

Preocupantes. Planchaba las sábanas para poder dormir sin preocupaciones; además, a estas les gustaba que las planchasen, de modo que a Benny le gustaba planchar sábanas.

Jamás planchaba cosas que no querían ser planchadas, solo cosas a las que les gustaba estar lisas, pero no se trataba únicamente de eso. Había otra razón. Le gustaba planchar porque a la plancha le encantaba la tabla de planchar y a la tabla de planchar le encantaba la plancha, y cuando estaban separadas se sentían solas. Estaban hechas la una para la otra, y darles la ocasión de pasar tiempo juntas le hacía sentir bien.

Entonces, cuando estaba a punto de bajar a cogerlas, oyó una voz minúscula que salía de debajo de su cama.

¡Uiii!, dijo la voz.

Era una vocecilla bonita, redonda y tersa. Se arrodilló y miró debajo de la cama, pero por supuesto no había nada.

Sabía que sería así, porque había pasado la mopa aquella mañana, asegurándose de que atrapaba hasta la última y huidiza mota de polvo. Se tumbó boca abajo y reptó hacia la oscuridad. Le gustaba estar debajo de la cama. Después de que muriera su padre solía meterse allí cada vez que tenía un accidente y se hacía pis durante la noche. Debajo de la cama se estaba calentito y oscuro y seco. Era como estar encerrado en una caja.

Se pegó a la pared y poco a poco fue pasando los dedos por debajo del zócalo radiante hasta que la palpó: era pequeña y lisa y fresca y redonda, tal y como había previsto. La sacó con las puntas de los dedos, salió de debajo de la cama y se sentó.

En la palma de la mano tenía una reluciente canica ojo de gato.

No recordaba haberla visto antes, pero probablemente era de una bolsa de canicas que Annabelle había comprado en la Tienda de Segunda Mano. Su madre se pasaba la vida trayendo a casa juguetes usados de tiendas de segunda mano y de saldos, diciendo que eran *vintage* y que pensaba revenderlos en eBay. Sostuvo la canica al trasluz y la examinó.

Parecía bastante vieja. El cristal era verde pálido con burbujas diminutas y dentro había dos filamentos en espiral amarillos y verdes. Se la acercó al ojo y escudriñó el mundo impreciso que giraba dentro. Qué chulo, pensó. La hizo rodar en la palma de la mano. Bonita. *Mmm,* dijo la canica con un guiño, y justo en ese momento Benny oyó a su madre llamarlo desde el cuarto de estar.

—Shh —le susurró a la canica mientras se la guardaba en el bolsillo—. Ya voy —gritó a su madre.

Se detuvo un momento delante de la puerta de su cuarto, preparándose, y a continuación la abrió. Hizo una pausa en el umbral y escuchó, sopesando el nivel de sonido, y después de juzgarlo soportable, salió al pasillo atestado, atravesó deprisa la cháchara y bajó las escaleras hasta el cuarto de estar, donde Annabelle estaba sentada entre sus pilas de noticias con el teléfono móvil en una mano, un auricular todavía colgando de la oreja y expresión de asombro.

—Lo he conseguido —dijo—. Me van a dar formación. Me dejan conservar mi trabajo.

Extendió los brazos y Benny fue hasta ella, la dejó que lo estrechara contra sí y sintió sus brazos como almohadas calientes contra sus orejas, amortiguando el caos del mundo.

Por un momento casi sintió paz. Olía el sudor dulzón y ligeramente acre de la piel de su madre que identificaba con el

aroma de su propia tristeza y siguió allí todo lo que pudo soportar, hasta que la sensación de estar disolviéndose en su madre se le hizo intolerable y tuvo que separarse. Se sintió mal por hacerlo. Se metió las manos en los bolsillos y sus dedos entraron en contacto con la canica. Se había olvidado de ella y ahora le resultó calmante.

—Es genial, mamá —dijo tratando de sonar alentador—.

¿Quiere decir eso que puedo ir al hospital?

13

Parecía tan pequeño, en la puerta de su habitación, la última de una sucesión de puertas idénticas al final de un largo pasillo blanco. Annabelle quería volver corriendo y cogerlo, guardar su ropa en la bolsa de lana y pasar un momento por el control de enfermería a decirle a la horrible enfermera jefa que le había registrado el bolso y confiscado el cúter X-ACTO que siempre llevaba encima (una herramienta de su profesión, porque nunca sabías cuándo podías encontrar un artículo que hacía falta recortar) que había habido un terrible error, que aquel no era sitio para su hijo y que se lo llevaba a casa. Pero no lo hizo. En lugar de ello, mientras Benny miraba desde su puerta, esperó pacientemente delante del control a que un enfermero le devolviera sus pertenencias y la acompañara a la salida. Cuando llegó a las dobles puertas de seguridad se giró, vio a Benny y lo saludó con la mano. Este no le devolvió el gesto enseguida. Se limitó a seguir allí, como si su cuerpo ya no supiera qué hacer, como si ignorara si le estaba permitido moverse, saludar, escapar, correr hacia su madre. Esta oyó al enfermero introducir el código en el teclado y a continuación el clic de las puertas al abrirse. Notó la presión de los dedos del enfermero en el brazo. «ENFERMERO ANDREW», decía su identificación.

—Va a estar bien —decía el enfermero Andrew—. Lo vamos a cuidar estupendamente.

Annabelle asintió con la cabeza, sin apenas oírlo y sin creerle, pero acatando su autoridad. El enfermero tenía tatuajes

en los antebrazos bien torneados. Era fuerte. Annabelle se preguntó si alguno de los pacientes del pabellón se pondría violento alguna vez y si el enfermero Andrew tenía que sujetarlos. Se dio la vuelta y justo en ese instante Benny levantó la mano para despedirse, pero Annabelle

era ya un cuerpo en movimiento; las pesadas puertas metálicas se cerraban detrás de ella, y cuando miró por el ventanillo de cristal reforzado, Benny había desaparecido.

El sonido de aquellas puertas que encerraban a Benny y a ella la dejaban fuera representaba su derrota y su fracaso.

Deambuló por los pasillos tratando de encontrar la salida.

Había letreros por todas partes, flechas que señalaban, líneas de vivos colores en el suelo que parecían brindar orientación, pero que en realidad giraban sobre sí mismas y no conducían a ninguna parte. Al final logró llegar a la planta baja y salió a la acera, donde el ruido y la barahúnda del mundo a pleno día la golpearon igual que una onda sísmica, y tuvo que detenerse un instante para recuperar el equilibrio. Cruzó la calle hasta la parada del autobús, y cuando este vino, subió y encontró un asiento en la parte trasera. Habían cogido ese mismo autobús hasta el hospital aquella mañana, sentados juntos, Benny con su bolsa en el regazo y su ropa cuidadosamente guardada dentro. Había insistido en hacerse él mismo el equipaje y, cuando Annabelle le sugirió que se llevara algunas cosas que le hicieran sentirse en casa —la fotografía de los tres tomada en Disneyland o el peluche de tortuga marina que Kenji le había comprado en ese mismo viaje a Florida—, se había negado. Era un hospital, había dicho. No quería sentirse en casa. Pero entonces Annabelle reparó en que había puesto unas pocas cosas encima de la mesa —su cuaderno de Redacciones, su cuchara especial, una canica— y después no estaban, de modo que supo que se las había llevado. Durante el ingreso, la horrible enfermera jefa había cogido la cuchara y la canica y las había guardado en la bolsa de plástico con el cúter XACTO de Annabelle. ¿Qué habría pensado? ¿Qué daño podía hacer una cuchara? Una canica, de acuerdo, quizá un niño

podía tragársela y asfixiarse, pero ¿una cuchara? ¿Pensaba que Benny la iba a usar para sacarle a alguien los ojos? Esto no lo vas a necesitar, le había informado la enfermera. Los cubiertos los ponemos nosotros. Benny no protestó, a pesar de que en casa aquella era la única cuchara con la que comía e incluso se la llevaba a la escuela. Annabelle se preguntó si no debería haber dicho algo, pero Benny y ella nunca hablaban de la cuchara. Simplemente era algo en lo que ella se había fijado y le daba miedo decir algo a la enfermera que pudiera avergonzar a Benny. Lo había mirado de reojo, allí sentado con la espalda encorvada en la silla de hospital, con la vista fija en sus zapatillas sin cordones y con sus poco elegantes tiras de velcro. Cuando le quitaron el inhalador para el asma, Annabelle sí habló.

—¡Eso lo necesita!

—Se lo guardaremos en el control. Solo tiene que pedirlo.

El autobús aflojó la marcha y escenificó su engorrosa genuflexión neumática, silbando y resoplando, para acomodar a un pasajero con discapacidad. Annabelle miró por la ventana y vio a una mujer mayor que esperaba en la acera junto a un carrito lleno hasta arriba de bolsas de la compra. Aquella mañana se habían sentado frente a un anciano en silla de ruedas. Atadas a las empuñaduras de esta había bolsas de basura repletas de latas y botellas vacías. El hombre tenía una barba larga y canosa, le faltaba un diente y en el regazo sujetaba una cartera de cuero negro raída. Del cuello le colgaba un letrero de cartulina y escrito a mano que decía: Gestos aleatorios

de

bondad

Iba sentado enfrente de ellos y murmuraba para sí. De tanto en tanto sus toscas manazas se separaban del regazo, batiendo igual que dos alas, como si saludara a alguien que no estaba allí, o giraba bruscamente la cabeza y miraba por encima de su

hombro y se quedaba así, escuchando con atención, hasta que perdía el interés y empezaba otra vez a murmurar. Annabelle había intentado no mirarlo y se fijó en que Benny miraba deliberadamente en dirección opuesta, pero después de un par de paradas la atención del hombre se posó en ellos.

«¡Eh, tú, colegial!», había interpelado desde el otro lado del pasillo. Tenía el acento gutural propio de Europa del Este, con las palabras que se le aferraban a la tráquea, de manera que cuando hablaba parecía carraspear. Benny hizo caso omiso de él, pero, cuando se bajaron del autobús en la parada del hospital, el hombre volvió a interpelarlo. «Sé fuerte, hombrecito. *Vive la résistance!»*

—¿Conoces a ese señor? —había preguntado Annabelle cuando iban ya andando, y Benny se había encogido de hombros.

—No es más que un pordiosero —dijo Benny—. Está siempre en el autobús.

Los habían llevado a su habitación y Annabelle había ayudado a Benny a deshacer el equipaje y guardado su pijama y su ropa en la cómoda que había junto a la cama. Había conocido a su compañero de

habitación, un muchacho chino de más edad con pelo grasiento y granos cuyo nombre Annabelle había olvidado enseguida. Vestía vaqueros negros rotos y una camiseta negra de aspecto amenazador, y cuando se fue, Annabelle y Benny estuvieron un rato sentados en la cama y ella le cogió la mano hasta que él la retiró.

—Tu compañero de cuarto parece agradable —dijo Annabelle—. Iba muy a la moda. —Cuando Benny no contestó, lo intentó de nuevo—. La cama parece cómoda.

Rebotó varias veces en el colchón mientras trataba de pensar en algo más que decir, pero entonces Benny empezó a hablar.

—¿Te acuerdas del señor del autobús? ¿El pordiosero en silla de ruedas?

—¿El de las bolsas? ¿Cómo no me voy a acordar? No entiendo cómo dejan que gente así se…

Benny meneó la cabeza con impaciencia.

—¿Viste cómo no dejaba de mirar a su alrededor? Creo que también oye cosas. Voces o algo. Creo que las oye hablar.

—Bueno, puede ser. Pero… —empezó a decir Annabelle

—. Es difícil saberlo.

—Yo sí lo sé. Oye cosas igual que yo y sabe que yo las oigo. Le parece divertido. Se ríe de mí y a veces me dice cosas. Hoy no lo ha hecho porque estabas tú, pero normalmente sí.

Todo eso había pasado y Annabelle ni se había enterado.

—¿Por qué no me lo contaste? —quiso saber, y le cogió del antebrazo —. Benny, ¿qué te dice? No debería haberte dejado coger el autobús solo, tenemos que denunciar…

Pero Benny la interrumpió de nuevo.

—No lo hace con mala intención. Es como si me leyera el pensamiento, y cuando me dice cosas solo intenta ayudarme.

Y es como si yo también le leyera el pensamiento. No sé explicarlo. A veces me pregunto si oímos las mismas voces.

¿A que es raro?

«¡Sí!», quiso gritar Annabelle. «¡Sí es raro! ¡Es muy muy raro!» Pero no parecía la respuesta apropiada. Así que se limitó a respirar y escuchar agarrada al brazo de su hijo.

—Porque es simpático y eso —dijo Benny—. Pero no quiero terminar como él.

Entonces la había mirado y Annabelle había visto el miedo en sus ojos y lo había abrazado.

—No seas bobo —le dijo estrechándolo contra sí—. No tienes nada que ver con ese hombre. Por eso estás aquí. Te van a ayudar. Vamos a solucionar esto, cariño, te lo prometo. Te vas a poner bien.

Estaba haciendo todo lo posible por ser positiva, por aparentar confianza alegre, conservar su empleo y su seguro médico, por animar a su hijo, pero tanto esfuerzo la estaba dejando exhausta y ahora, sentada en el autobús junto a la señora mayor del carrito y las bolsas, sintió el hormigueo de desesperación instalarse en ella. Miró por la ventana. Casi estaban en el centro comercial y por un momento se animó ante la idea de comprar algo en Michaels, pero entonces se acordó. Faltaban pocas horas para que los de Apoyo Técnico fueran a su casa a instalar los ordenadores nuevos y necesitaba hacer sitio. Además, se dijo, el acuerdo al que había llegado con su supervisor era provisional y su rendimiento en las semanas siguientes sería determinante. Si no conseguía gestionar los contratos de televisión y radio, se quedaría sin empleo, así que era fundamental no gastar dinero en suministros de manualidades para las que además no tenía tiempo y concentrarse en su trabajo. Cuando el autobús se alejó de la parada del centro comercial, trató de sentirse orgullosa de su autocontrol, pero el sentimiento no duró, y cuando se bajó en su parada y se encontró delante de la Tienda de Segunda Mano Gospel Mission, su fuerza de voluntad ya se había agotado por completo.

¿Qué empuja a una persona a querer tantas cosas? ¿Qué da a los objetos ese poder de cautivar? ¿Tiene límites ese deseo de tener más? Annabelle no tenía tiempo de reflexionar sobre estas cuestiones porque en cuanto echó el ojo al pequeño globo de nieve en un estante polvoriento entre montones de platos desportillados y fuentes de pírex fue incapaz de resistirse. La tortuguita marina de plástico resplandecía de vida, nadando dentro de su esfera de cristal delante de un trozo de coral descolorido, pidiéndole que la rescatara del caos de la tienda de baratillo. Annabelle siempre había sentido debilidad por las tortugas marinas. Eran tan cadenciosas y elegantes, con unos ojos tan grandes y tristes, por no hablar de que estaban en peligro de extinción. La base

del globo parecía una roca cubierta de algas, con conchas y una estrella de mar de

plástico pegada, y otra tortuga marina más grande, que debía de ser la madre de la pequeña. La madre nadaba hacia su cría, que estaba atrapada en el globo, y los morros de una y otra casi se tocaban a ambos lados del cristal. Annabelle meneó el globo y, cuando lo puso recto, cientos de estrellas diminutas verdes y rosas giraron alrededor de la cría de tortuga. Al centellear y posarse en el espeso mundo acuático, las estrellitas transmitían esperanza.

En casa, el reloj de la cocina emitía un ruidoso tictac.

Annabelle desenvolvió el globo y miró la hora. La casa resultaba silenciosa y vacía sin Benny. La doctora dijo dos semanas. El reloj decía la una menos cinco. Tenía una hora antes de que llegaran los instaladores. Llevó el globo al cuarto de estar. Lo pondría junto al ordenador a modo de talismán que la mantuviera tranquila y centrada.

Miró el rincón donde trabajaba y se paró a pensar. Su supervisor había dicho que le instalarían un equipo nuevo, pero no tenía ni idea de cuánto ocuparía eso. Bueno, llevaba tiempo pensando en tirar cosas y ahora no le quedaba otro remedio. Dejó el globo en su mesa, junto a un frasco grande de ácido bórico que había puesto allí para acordarse de hacer algo respecto a las cucarachas de la cocina. El frasco tenía un dibujo de una cucaracha muerta patas arriba. Cambió de sitio el frasco, y las tortugas parecieron más contentas. Agitó el globo y lo sostuvo en la luz. Las estrellas giraron y se posaron despacio, y Annabelle sonrió. Quizá aquel era su talento, pensó, ver belleza en las pequeñas cosas, y si era así, se sentía agradecida. Cogió una brazada de periódicos, los metió en una bolsa de basura, la etiquetó y la arrastró escaleras arriba hasta la habitación de Benny.

14

Pasó las últimas dos semanas de la escuela intermedia en el pabellón de Psiquiatría Pediátrica del Children's Hospital.

Excepto durante el ingreso, cuando le quitaron la canica y los cordones de los zapatos y su cuchara especial, y más tarde

cuando Annabelle le dio un abrazo grande y firme antes de dejarlo allí y él la miró recorrer el pasillo y franquear las pesadas puertas metálicas, que chasquearon y se cerraron detrás de ella, excepto en momentos como aquellos, se encontró bien, a pesar de todo.

Resignado. Insensible. Quizá un poco asustado, pero en líneas generales pensó que era posible que no le importara estar en el hospital. Volvió a su habitación, se sentó en el borde de la cama y escuchó los sonidos desconocidos, las pisadas de suelas de goma en el vinilo, los teléfonos e interfonos y las voces de gente llamándose. Los chicos de la escuela siempre decían que terminaría en un sitio así. El manicomio, la casa de locos, el frenopático, la loquería, la fábrica de psicópatas. Decían que estaba loco, pero al menos allí, en el hospital, todos lo estaban, lo que en cierta manera era un alivio. Quizá allí podría relajarse y dejar de esforzarse tanto.

Durante los primeros días aprendió a orientarse en el pabellón y se acomodó a sus ritmos. Psiquiatría pediátrica era para niños menores de dieciocho años. El personal sanitario y los terapeutas lo llamaban PEDI-psi, con el acento en la primera sílaba, pero los chicos lo llamaban Pedipsi o simplemente Dipsi, abreviado. El compañero de habitación de Benny, Mackson, el muchacho chino friki, era mayor que él y estaba bastante catatónico, pero el cuarto que compartían estaba limpio y despejado, y todas las bombillas funcionaban.

Las perchas del armario no se podían sacar de la barra, lo que dificultaba colgar la ropa. Había un cuarto de baño con lavabos que podías usar sin tener que apartar nada. Las comidas eran un asco, pero había tres al día, más tentempiés; se hacían siempre a la misma hora y el hospital nunca se quedaba sin leche. El nivel constante de ruido ambiente en el pabellón era reconfortante; el grave murmullo que emanaba de detrás del control de enfermería, el sonido de los carritos metálicos de comida empujados por los pasillos. Uno habría pensado que un pabellón psiquiátrico sería un lugar loco, cacofónico, pero, cosa extraña, Benny descubrió que allí había

menos voces, como si se hubieran limpiado las paredes y los suelos del sufrimiento residual que acumulaban igual que se limpia el polvo de los rincones y esquinas de las casas normales. Y excepto en una ocasión al principio, en que una de las alcachofas de la ducha se puso a llorar, comprobó que los elementos de mobiliario eran bastante plácidos y serenos, como si también ellos hubieran sido sedados.

Cuando oía voces, eran claramente humanas. Las carcajadas feroces que resonaban en los pasillos significaban que Brittany y Lulu estaban montando un número y haciendo cosas disparatadas para llamar la atención del enfermero Andrew. Los gemidos y gritos durante la noche se debían a que Trevor tenía otra pesadilla o a que Ky estaba alterado por su medicación. Saber que las voces tenían origen humano reconfortaba a Benny, porque quería decir que todos las oían y no solo

él.

Los otros chicos del pabellón no estaban mal. Él era del Equipo Amarillo, que era para chicos de doce a quince años.

Los más pequeños estaban en el Equipo Verde. Eran muy pequeños, algunos no tenían más de siete u ocho años, así que Benny no les prestaba demasiada atención, y los adolescentes mayores, del Equipo Azul, se relacionaban poco con los demás. Los chicos de la edad de Benny no le parecían muy distintos de sus compañeros de clase. Algunos eran listos y otros tontos. Algunos eran unos matones y los otros los evitaban. Algunos presumían y hacían la pelota al personal de enfermería y no paraban de hablar, y otros eran furtivos y silenciosos. A no ser que repararas en uno de los chicos meciéndose en un rincón y hablando con la pared, o vieras a una chica flaquísima lamiéndose una pálida línea de cicatrices que le recorría el antebrazo, todos parecían bastante normales, por lo menos hasta que empezaba la terapia de grupo. En el grupo se suponía que tenían que hablar de sus sentimientos, y entonces era cuando empezaban a abrirse las grietas y a salir toda la locura, y un chico que parecía de lo más normal de pronto empezaba a contar que lo habían pillado robando

gasolina para prender fuego a la cama de su madre. Ni una sola vez en toda su vida había albergado Benny un pensamiento como este sobre su madre, pero, por supuesto, en cuanto oyó al chico describirlo no pudo evitar imaginarse a los pies de la cama de Annabelle con una lata de gasolina y un mechero, lo que lo aterrorizó. Ese era el problema de las voces. Se te metían en la cabeza. El truco, le explicó su *coach,* era desconectar de toda esa mierda.

Aparte de la terapia de grupo, que odiaba, o de las sesiones individuales con la doctora Melanie, que le resultaban irritantes, el resto no estaba tan mal. El pabellón funcionaba con un horario estricto y, una vez Benny se acostumbró a él, sabía qué esperar, y las actividades encajaban de una manera que daba forma a los días. Por la mañana, después del desayuno, los chicos y el personal se encontraban en la sala de día para una reunión general, y a continuación se dividían por grupos de edad para clases y tutorías. Después de la comida tenían *coaching* y terapia ambiental con el personal correspondiente, y en ocasiones hacían actividades como arte y música, que a Benny no le disgustaban. La terapeuta de arte tenía barriles con papel y pinturas, arcilla y cuentas, brochas e incluso tijeras, que guardaba bajo llave pero que dejaba usar a algunos de los chicos si se las pedían. A Benny no. Era una mujer de corta estatura y alegre, con una cara grande de facciones blandas, voz persuasiva y un

programa de actividades. La mayoría de sus sugerencias eran bastante tontas, pero no pasaba nada si no la hacías caso, y los chicos mayores solían dedicarse a lo que les apetecía. Como la chica que se sentaba en un rincón a recortar hojas de papel blanco de oficina en tiras cuando se suponía que tenían que estar dibujando sus sentimientos. La terapeuta había repartido las pinturas de dedos y los niños pequeños pintaban furiosos su amor, su furia y su tristeza, emborronándolo todo, pero aquella chica estaba sola, inclinada sobre papel y tijeras, cortando en silencio. Benny se había mantenido alejado de ella debido a las tijeras, pero estaba lo bastante cerca para oír cuando la

terapeuta se le acercó. Benny se encontraba dibujando un carguero que había visto en el puerto y completando los detalles del mecanismo de abrazaderas de una grúa gigantesca de la que colgaba un contenedor lleno de monovolúmenes Hyundai cuando oyó decir a la chica: «Es que esto son mis sentimientos».

Benny levantó la vista. En la mesa delante de la chica estaban sus tiras de papel, que se parecían a los papelitos de las galletas chinas que le gustaba coleccionar a Annabelle. La terapeuta añadió alguna cosa, que Benny no oyó, y la chica levantó la cabeza y la sacudió para quitarse el pelo de la cara.

Era del Equipo Azul, una chica mayor que Benny con cara delgada y pálida y una melena revuelta teñida de color blanco plateado, larga por un lado y afeitada en el otro, como si empezara a crecerle después de una cirugía cerebral. Era bonita —bella, incluso— y Benny tuvo la sensación extraña y trepidante de haberla visto antes, pero no en el pabellón. En otra parte. Tenía perforaciones diminutas en la cara donde antes había llevado bisutería. Allí te obligaban a quitártela; Benny lo sabía porque, cuando él ingresó, el enfermero le preguntó si llevaba *piercings,* y no los llevaba. La chica vestía un top sin mangas y tenía un tatuaje en la cara interior del brazo, grupos de puntitos que parecían cúmulos de estrellas, conectados por finas líneas igual que esas de puntos por las que hay que cortar.

—Creo que ya tienes suficientes, ¿no te parece? —dijo la terapeuta.

La chica entrecerró los ojos y su mirada se contrajo en un rayo blanco ardiente, tan delgado como un láser, que dirigió a la terapeuta. Benny sintió el calor que irradiaba y se preparó para oír palabras cortantes, pero, cuando la chica abrió la boca, su voz fue clara como el agua.

—¿Bastantes? —dijo con tono amable—. ¿Quiere decir que hay un límite a la cantidad de sentimientos que se me permite tener?

Sin apartar los ojos de la cara de la terapeuta, cogió algunas de las tiras de papel con las dos manos y las sostuvo como si fueran una ofrenda. Unas pocas cayeron al suelo.

—¿Son demasiados? —Abrió los dedos y cayó un montón mayor de trozos de papel—. ¿Siguen siendo muchos? —

Levantó las manos por encima de la cabeza y las abrió. El papel cayó sobre ella igual que una lluvia de confeti—. Ya está

—dijo mirándose las palmas vacías—. Se acabaron los sentimientos.

La terapeuta se puso de pie.

—Voy por una escoba —dijo—. Y luego me gustaría que barrieras esto, por favor, Alice.

—Barre esto, por favor, Alice —repitió la chica asintiendo con la cabeza—. Barre esto, por favor, Alice. Barre esto.

Miró hacia donde estaba Benny y se dio cuenta de que la observaba. Se rascó el brazo y lo miró fijamente hasta que Benny se sonrojó y apartó la vista.

Más tarde aquella noche la vio en la sala común. Cuando el personal no miraba, se dedicaba a pasar en secreto las tiras de papel a algunos de los chicos mayores de un alijo que tenía en el bolsillo de la sudadera, y a la mañana siguiente, cuando Benny se puso los vaqueros, encontró que también él tenía una en el bolsillo delantero, cuidadosamente doblada. ¿Cómo había llegado hasta allí? El papel tenía algo escrito de aspecto pulcro y mecánico, y cuando lo examinó con atención vio que estaba caligrafiado para parecer letra de máquina de escribir antigua. Leyó las palabras, eran unas instrucciones sucintas:

• Pon un zapato encima de la mesa.

Pregúntale qué quiere de ti.

Paseó la vista por la habitación. Mackson ya se había ido a desayunar, así que Benny se quitó la zapatilla y la puso en la mesita de noche.

—Vale, zapatilla —dijo—, ¿se puede saber qué quieres de mí?

Cuando la zapatilla no contestó, se sentó en la cama a esperar. Era una Nike Air Max vieja negra y roja que su madre le había comprado dos

años antes en la Tienda de Segunda Mano. Benny no las odiaba. Simplemente estaban viejas, lo que no era culpa suya. Tal vez tenía que ser más amable. Lo intentó de nuevo, de forma más cortés.

—Oiga, señora Nike, tengo que irme a desayunar, así que dígame si necesita alguna cosa, ¿vale?

Pero la zapatilla siguió sin contestar. Se limitó a seguir allí con aspecto de estar cansada, harta e incómoda sin sus cordones, que estaban en alguna parte, dentro de una bolsa de plástico. El enfermero le había dicho a Benny que los recuperaría cuando le dieran el alta, pero que de momento tenía que usar esas tiras de velcro color tostado que no les gustaban ni a las zapatillas ni a Benny. Mackson decía que era fácil identificar a los chicos nuevos porque llegaban con zapatillas de cordones. Los que ya habían estado antes en Pedipsi siempre traían zapatillas de velcro.

—Pues vale —dijo Benny—. Tú misma.

Oyó una voz procedente de la puerta. Era Andrew, el enfermero de la mañana, pasando lista por las habitaciones.

—Hola —dijo Andrew—. ¿Estás bien?

Benny quitó la zapatilla de la mesa y se inclinó para ponérsela. Cuando se enderezó, el enfermero estaba reclinado contra la pared con las manos en los bolsillos, mirándolo. El enfermero Andrew molaba. Había sido músico de rock de Inglaterra y llevaba tatuajes y un montón de agujeros en las orejas. Todas las chicas del pabellón estaban enamoradas de él.

—¿Te encuentras bien? —preguntó de nuevo el enfermero Andrew mientras seguía a Benny al pasillo—. Llegas tarde al desayuno. Eso son puntos, ya lo sabes.

—Lo sé —dijo Benny.

—Tú tranquilo. No diré nada. Y tampoco te he visto hablar con tu zapatilla.

En el comedor del desayuno, la chica llamada Alice estaba sentada en un rincón con Mackson y un par de chicos del Equipo Azul. Benny cogió sus cereales y vaciló. Los otros habían terminado de comer y se marchaban, así que fue hasta la chica y se sentó enfrente. La chica levantó la vista y lo saludó con la cabeza, luego volvió a fijar la vista en su desayuno, una bandeja de alimentación especial con un tazón de

avena intacta y un vaso medio lleno de zumo de naranja.

Las estrellas de su brazo estaban tapadas por la manga de su sudadera, pero Benny vio una asomar en la cara interna de la muñeca. Cuando nadie miraba, se sacó el papel del bolsillo y lo puso en la bandeja de la chica.

—¿Es tuyo?

La chica lo miró y negó con la cabeza.

—Ahora es tuyo. Aunque me parece que deberías esconderlo.

Benny lo cogió y volvió a leerlo.

—¿Qué es?

—Es la partitura de una *performance*.

—¿Como los papelitos de las galletas de la suerte?

—Ah, mira, qué interesante. Pues claro. ¿Por qué no?

Benny no entendía.

—¿Se supone que tengo que hacer esto?

Quería contarle que ya lo había intentado, pero no estaba seguro de que molara.

—No tienes que hacer nada —dijo la chica—. Puedes si quieres. O simplemente puedes pensar en hacerlo. Entonces, será un experimento mental. A veces es igual de bueno.

Benny se quedó pensando. En principio parecía una tontería, hablar con su zapatilla, pero en cierto modo también era interesante. Por lo general, cuando las cosas hablaban, él se limitaba a taparse los oídos y tratar de no oír. Nunca se le había pasado por la cabeza hacerles preguntas. Por supuesto, la zapatilla no había contestado. Tal vez la pregunta le había parecido tonta. Tal vez las cosas dejaban de hablar cuando les hacías demasiadas preguntas tontas, igual que había dejado él de hablar a la doctora Melanie, o en terapia de grupo, cuando todos se quedaban callados. Quizá, si seguía haciendo preguntas tontas, las cosas se callarían del todo. Eso sería excelente. Enrolló el papel y se lo guardó en el bolsillo.

—¿Tienes más? —preguntó.

La chica se encogió de hombros, algo que Benny interpretó como un no, pero después del desayuno, justo antes de la reunión general, mientras el personal se organizaba, la vio con algunos

miembros

del

Equipo

Verde

repartiendo

subrepticiamente más tiras de papel de lo que parecía ser un alijo guardado en el bolsillo de su sudadera. Claro que los niños pequeños no sabían disimular. Se pusieron nerviosos y una de las enfermeras vio a Alice, se la llevó a un lado, la hizo vaciar el bolsillo de su sudadera en la papelera y la sacó de la habitación. Alice salió sin decir nada y Benny la miró irse.

Cuando empezó la reunión, la enfermera jefa enseñó una de las tiras de papel y dijo a todos que entregaran las que tuvieran. La mayoría de los chicos se limitó a encogerse de hombros y obedecer. Benny tocó el papel en su bolsillo y no levantó la mano cuando pasaron la papelera. Después, aquella tarde, durante las horas de visita, cuando el personal estaba ocupado admitiendo a los visitantes, volvió al comedor y encontró la papelera. Las tiras de papel seguían allí, bajo los envoltorios de caramelos y los vasos de papel. Algunas estaban mojadas de zumo derramado, pero cogió las secas y más tarde, en su habitación, las leyó.

• Ponte frente a una pared blanca. Finge que es un espejo.

• Da los buenos días al váter. Dale las gracias por quedarse tu mierda.

• Finge que eres muy mayor. Muévete la mitad de rápido.

• Abrázate y di que te quieres. Repítelo hasta que sea verdad.

• Camina como si fueras feliz. Cambia de dirección.

• Sé una gatita. Ronronea. Lámete el bonito pelaje.

• Mira el mundo del revés.

• Mira a los ojos a tus medicinas antes de tragártelas. Pregúntales:

«¿Eres de verdad?».

• Hazlo todo de atrás adelante.

• Sonríe a alguien que no te cae bien. Si te devuelve la sonrisa, date un punto.

• Túmbate boca arriba en el suelo y escucha. Siéntete libre de unirte a la canción.

Eran instrucciones y, al leerlas, Benny cayó en la cuenta de que algunas de las cosas disparatadas y arbitrarias que ocasionalmente veía hacer a otros chicos por los pasillos y en la sala común no eran en realidad arbitrarias. Era como si Alice fuera la directora de orquesta, y ellos, músicos siguiendo sus indicaciones. Escondió los trozos de papel dentro de su cuaderno de Redacciones y, cuando apagaron las luces, salió de la cama y se tumbó en el suelo de espaldas en la oscuridad y escuchó. Oyó a su compañero de cuarto respirar y al universo crujir mientras se reacomodaba a su alrededor. Le apetecía cantar con él, pero no quería despertar a Mackson, de

manera que tarareó en voz baja. Leer aquellas instrucciones había sido una revelación, como un despertar; donde antes había visto caos ahora percibía orden, y lo que antes había parecido orden era ahora caótico, pero de una manera extraña e interesante. Alice era la llave a esta realidad y al conjunto de leyes secretas que gobernaba cómo eran las cosas en el pabellón. Estaba impaciente por verla al día siguiente.

Encontraría la manera de hablar con ella, de contarle y de devolverle sus tiras de papel. Pero cuando la buscó en el desayuno no estaba, y no se presentó ni a la reunión ni a la comida. Luego, durante el rato de no hacer nada, le preguntó a Mackson si sabía dónde estaba.

—¿Hablas de Athena?

—Supongo que sí. Creía que se llamaba Alice.

—Da igual. De todas maneras no está.

—¿Le han dado el alta?

—Para nada. Era demasiado mayor, así que la han trasladado. La habían dejado quedarse en Pedipsi, pero luego la pillaron haciendo ese numerito suyo y se la han llevado con los adultos.

—¿Hablas de los trozos de papel?

—Sí. —Mackson sonrió—. Fluxus, tío. Rollo subversivo.

Creen que es una mala influencia, que se cachondea del sistema y no se toma en serio su enfermedad mental.

Benny no entendía qué significaba Fluxus. Nunca había oído hablar del movimiento artístico y político de la década de 1960. Pensaba que no era más que una palabrota guay que Mackson usaba. Pero sí entendió algo importante, otra regla del pabellón: el castigo al rollo subversivo era obligarte a crecer. Fluxus, tío.

El pabellón parecía distinto después de la marcha de Alice.

Hueco. Mudo. Aburrido. Más tarde ese mismo día, durante la terapia artística, Benny birló un pegamento de barra y, de

vuelta en su habitación, pegó todas las tiras de papel en su cuaderno de Redacciones. No pensaba en ello como arte.

Simplemente le gustaba cómo quedaban, formando una columna ordenada.

15

Le dieron el alta en Pediatría Psiquiátrica pocos días después de empezar las vacaciones de verano, así que se perdió la graduación de la escuela intermedia. No le importó. La escuela le parecía un mundo lejano que apenas recordaba, de modo que cuando Annabelle lo llevó a casa desde el hospital, no entendió por qué había una pancarta colgada de la puerta principal.

«¡LO HAS CONSEGUIDO!», proclamaba la pancarta. ¿Qué había conseguido? Confuso, miró a su madre. Esta tenía la expresión pletórica, expectante, que indicaba que había algo por lo que Benny tenía que alegrarse, pero no tenía sentido.

—¿He hecho algo mal?

—¡No, bobo!

Annabelle trató de abrir la puerta en un gesto triunfal de bienvenida, pero se quedó atascada en una bolsa para reciclar.

Empujó más fuerte y consiguió abrirla lo bastante para conducir a Benny hasta la cocina, donde vio otra pancarta colgada entre el armario y la parte de arriba de la nevera donde se leía

«¡FELICIDADES, GRADUADO!».

Coloridos ramilletes de globos metalizados cabeceaban en los respaldos de las sillas de la cocina, algunos con caras sonrientes amarillas que llevaban birretes con borlas, otros con palabras que proclamaban: «¡1.ª GRADUACIÓN! ¡BIEN HECHO!

¡CHAPÓ POR TU GRADUACIÓN!».

—¡Felicidades, Benny! —dijo Annabelle—. ¡Estoy orgullosa de ti! —Esperó y, cuando Benny no reaccionó, explicó—: Es por tu graduación.

Benny no sabía qué decir. En Pedipsi nadie hablaba de graduarse. No se llamaba así. Se llamaba dar el alta, pero quizá su madre no lo sabía y no quería decepcionarla.

—Es genial, mamá —dijo.

Aunque no lo era.

—Solo se gradúa uno de la escuela intermedia una vez en la vida —dijo Annabelle—. No quería que te lo perdieras.

¡Pero no te quedes ahí! ¡Vamos!

Le quitó la bolsa de lona de la mano y la dejó en el suelo.

En un rincón despejado de la cocina había un montón de regalos: un perro *beagle* de peluche de aspecto bobalicón con birrete, unos cuantos paquetes abultados envueltos en papel brillante con grandes lazos, una tarjeta gigante, una hoja de papel enrollado y sujeta con un gran lazo. El *beagle* era la mascota de su escuela intermedia. Annabelle le quitó el birrete y se lo puso a Benny.

—Ay —dijo—. ¡Me parece que has crecido! —Movió la borla a la parte delantera para que le colgara a Benny sobre el ojo izquierdo y luego se volvió a mirar—. ¡No, espera! ¡Es el otro lado!

Movió la borla a la derecha y a continuación cogió el rollo de papel y retrocedió unos pasos. Sujetó el papel con las dos manos.

—Benjamin Oh —anunció.

Benny miró a otro lado. No le gustaba oír su nombre completo en voz alta de aquella manera. Sonaba a nombre de otra persona, a que alguien que no era él debía contestar. Miró a su madre. Calzaba unas deportivas gastadas y deformes.

Detrás de sus talones, una cría de cucaracha asomó la cabeza por la grieta donde el mueble del fregadero se encontraba con el abarquillado suelo de vinilo.

—¡Acércate! —dijo Annabelle en un fuerte susurro—.

Tienes que adelantarte cuando dicen tu nombre.

Benny dio un paso y a continuación otro, hasta que estuvo delante de su madre, y entonces esta le dio el rollo de papel.

En voz alta, dijo:

—Benjamin Oh, te hago entrega de tu diploma. Te has graduado oficialmente de la escuela intermedia. ¡Felicidades, cariño! —Le puso el diploma en las manos a Benny y empezó a aplaudir, pero se interrumpió abruptamente. Se acercó y volvió a cambiarle de lado la borla—. Ahí, eso está mejor.

Cuando ya te has graduado tiene que estar en la izquierda. ¡Y

ahora, a abrir tus regalos!

Annabelle había estado preparándolo durante más de un año, haciendo acopio de parafernalia de graduaciones durante el verano cuando había rebajas, pero cuando llegó el día de la ceremonia y Benny seguía en el hospital, se fue al armario y empezó a sacar la mejor ropa que tenía. Encontró una bonita blusa tipo túnica que podía ponerse encima de unos *leggings* que había comprado estando embarazada. Al ajustarse el elástico en la cintura recordó lo tenso que había estado su vientre, hinchado de nueva vida y de la promesa de futuro.

¡Qué feliz había sido! ¡Y ahora su hijo se iba a graduar!

Mientras caminaba hacia la parada de autobús pensó que en realidad una madre nunca deja de llevar dentro a su hijo, y ese pensamiento le llenó los ojos de lágrimas.

Se sentó en las últimas filas del auditorio. Los alumnos estaban encantadores con sus ropas elegantes, vestidos bonitos para las niñas y camisas y pantalones para los niños. Cuando decían sus nombres, caminaban hasta el podio y recogían su diploma. Annabelle sacó algunas fotografías y grabó el discurso con su teléfono para que Benny pudiera oírlo más tarde. Quería compartir la graduación con él, al menos el espíritu del día, pero ahora, sentados ambos a la mesa de la

cocina y mientras él abría los regalos que le había comprado, parecía sorprendido por que hubiera asistido a la ceremonia.

—Es un poco raro, mamá. —Desenvolvió el primer regalo.

Eran unos pantalones color tostado.

—Ah, ¿sí? —Annabelle buscó las fotografías en su teléfono y lo sostuvo delante de Benny para que las viera—.

No me quedé mucho rato. Pensé que podía ser curioso. Tus compañeros de clase estaban guapísimos. ¡La pequeña Amber Robinson está altísima! Toda una señorita. Uno de los chicos llevaba un traje con chaleco, e incluso ese amigo tuyo, Kevin como se llame, iba bastante presentable.

—No es mi amigo.

Benny abrió el segundo regalo, una camisa de vestir azul claro.

—Casi no lo reconocí. ¿Quieres verlo?

—No. —El tercer regalo era una corbata azul con lunares que no se estaban quietos—. ¿Cuándo se supone que me voy a poner esto?

—¿Te gusta? Había pensado que podíamos arreglarnos e ir a un buen restaurante. —Annabelle cogió el perro de peluche y le alisó las suaves y largas orejas—. Para celebrar que estás en casa, la graduación y todo lo demás.

—¿Hoy?

—¡Claro! ¿Por qué no?

—Bueno. Si tú quieres…

Annabelle abrazó el perro que tenía en el regazo y miró a Benny mientras guardaba la ropa doblada en su bolsa de lona para llevársela arriba. Primero los pantalones, luego la camisa, la corbata encima. Seguía llevando el birrete. La tela de satén barato se le resbalaba de la cabeza. Miró a su madre.

—¿Me lo tengo que dejar puesto?

La borla le colgaba delante de la cara y se la apartó. Parecía muy cansado.

—Ay, cariño, pues claro que no. Lo siento… —Annabelle dejó el perro en la mesa y le quitó el birrete. ¿En qué estaría

pensando?—. Pues claro que no tienes que llevar esa tontería de gorro. No tienes que ponerte nada.

—Vale.

—Solo quería… —Se interrumpió y respiró hondo. No se trataba de lo que quisiera ella. Hizo ademán de abrazar a Benny, se contuvo y le puso una mano en el antebrazo—. Lo importante es que ya estás en casa —dijo con un suave apretón en el brazo—. Podemos hacer lo que tú quieras, ¿vale?

—Solo quiero irme a mi cuarto. —Cerró la cremallera de la bolsa, se puso de pie y ladeó la cabeza. Del cuarto de estar salía un zumbido sombrío y persistente—. ¿Qué es eso?

—¿Qué es qué, cariño?

—Ese ruido. —Benny dio un paso hacia el cuarto de estar y el sonido subió de volumen, entreverado con un gemido agudo

—. Hay algo distinto.

—Ah, supongo que te refieres a mi equipo de trabajo.

Anda, echa un vistazo. —Annabelle lo siguió al cuarto de estar

—. Impresionante, ¿eh?

Tres mesas modulares de más de dos metros de largo formaban una gran U que ocupaba la mayor parte del suelo.

En el extremo más alejado había un parapeto hecho de cinco monitores de pantalla plana dispuestos en dos hileras: tres en el nivel más bajo de la mesa y dos suspendidos de brazos retráctiles formando una segunda grada, encima. Los dispositivos de entrada —teclados, *track pads,* escáneres y ratones— estaban repartidos por la superficie de las mesas, y debajo de estas había una maraña retorcida de cables enredados. Detrás del parapeto de ordenadores, un muro de estanterías metálicas alojaba un parpadeante surtido de módems, rúteres, reproductores de DVD, discos de seguridad y unas cajas negras y ruidosas llamadas *loggers*. Annabelle había contemplado horrorizada al equipo de tecnología hacer la instalación. Cuando terminaron, el cuarto de estar parecía la redacción de unos

informativos de televisión, una torre de

control aéreo o una *start-up* de Silicon Valley. No había previsto que necesitaría todo ese equipamiento. ¿Cómo iba a aprender a usar tantas cosas?

La empresa también le había proporcionado una silla ergonómica de malla, imitación del modelo Aeron, con ruedas, reposabrazos acolchados y palancas debajo del asiento para ajustar la altura, la inclinación y el apoyo lumbar. Cuando Annabelle la probó, le resultó un poco estrecha y no llegaba bien a los mandos. Al ver esto, uno de los hombres de tecnología sacó un destornillador y aflojó los reposabrazos hasta el ancho máximo antes de ofrecerle probar otra vez.

—Ya está —dijo—. A ver ahora.

Esta vez sí cabía.

—Perdón —dijo Annabelle—. ¡Gracias!

Pero no se había sentido agradecida. Se había sentido humillada y después enfadada consigo misma por sentirse humillada y por disculparse con el hombre, y acto seguido enfadada con el hombre por hacerla avergonzarse de su cuerpo, y luego avergonzada de sí misma porque solo había querido ayudarla.

Pero a fin de cuentas daba igual. Lo importante era que volvía a tener un trabajo a tiempo completo y con seguro médico. La silla era estrecha pero cómoda. Aprendería a usar los equipos. Quizá no fuera tan malo, después de todo.

Mientras se desplazaba en la silla dentro del espacio en U, rodando de un ordenador a otro, se sintió importante, como si estuviera al mando.

Ahora señaló el radiante despliegue con gesto algo exagerado.

—¿Qué te parece? —Fue hasta la silla y se sentó—. Mola,

¿eh? —dijo girando en la silla—. Es un poco como la NASA.

Como un centro de control.

—Está genial, mamá —dijo Benny sujetando su bolsa de lona delante de él como si fuera un escudo. Retrocedió hasta el pasillo y se dirigió a su dormitorio y Annabelle se quedó rotando despacio en su silla.

Instantes después oyó cerrarse de golpe la puerta de la habitación de Benny y luego sus pisadas bajando estrepitosamente las escaleras. Irrumpió en la habitación arrastrando una gran bolsa de basura.

—¡Te dije que no metieras tu basura en mi cuarto! —Tiró la bolsa hacia donde estaba Annabelle y le dio una patada—.

¿Por qué haces esto?

La cara de Annabelle se volvió color rosa y dio la impresión de ir a llorar.

—Por favor, cariño —dijo secándose la frente con la manga de la sudadera—. No te enfades. Tuve que meter cosas ahí para hacer sitio a mi equipo de trabajo.

—¡Tenías que habérmelo consultado! ¡Es mi habitación!

¡No puedes poner tu basura en mi habitación!

—Tienes toda la razón. Debería haberte pedido permiso.

Tesoro, lo siento muchísimo. Te ayudo a…

—¡En esta casa no hay sitio para mí!

—Lo voy a tirar, lo prometo. Es algo provisional.

—Y una mierda. —Benny le dio otra patada a la bolsa y se le pasaron las ganas de discutir—. Lo dudo muchísimo.

Se quedó mirando los grandes montones de bolsas de basura que atestaban la habitación y a continuación su vista se posó en el gran despliegue de aparatos que centelleaban y zumbaban y en medio del cual estaba sentada Annabelle. Se sentía incapaz de mirarla a la cara. Cogió aire profundo, lo retuvo y empezó a contar.

Era una herramienta que había aprendido en su grupo de *coaching*. La orientadora les había dado Tarjetas de Afrontamiento. En una de las caras tenían que escribir una lista de situaciones desencadenantes que les hacían sentir

enfadados o tristes o disgustados, y en el dorso, estrategias para afrontar esos sentimientos.

La cara de los desencadenantes tenía solo cinco líneas, así que Benny había escrito:

1. las tijeras

2. la ducha

3. el cristal de la ventana

4. el adorno de Navidad

5. los juguetes de la doctora Melanie

Su *coach* había leído la lista y le había pedido que fuera más específico y que describiera los momentos que habían sido desencadenantes, de modo que, después de cada uno, Benny añadió:

1. las tijeras cuando quieren clavarse

2. la ducha cuando llora por la cabeza

3. el cristal de la ventana cuando mató al pájaro 4. el adorno de Navidad cuando lo pisé en el pasillo 5. los juguetes de la doctora Melanie cuando empiezan a recordar

Entonces la *coach* se sentó con él, le dio una tarjeta nueva y le dijo que esta vez intentara pensar en cosas más generales, no en objetos concretos, sino en situaciones que le hicieran sentirse enfadado o triste o disgustado. Benny estuvo un rato pensando y dijo:

—¿Se refiere a cuando mi madre mete cosas en mi habitación y no saca la basura aunque se lo recuerde?

Y la *coach* dijo:

—Exacto.

Así que Benny lo escribió. Entonces la *coach* dijo:

—Genial. Ahora cierra los ojos. ¿Cómo te sientes cuando tu madre mete cosas en tu habitación?

Y Benny cerró los ojos, se meció atrás y adelante y dijo:

—Me hace sentir como si hubiera un cometa enorme y oscuro, hecho de la materia más densa y pesada del universo, que viene hacia mí muy muy deprisa y, cuando miro, lo veo acercarse y es cada vez más grande y chupa todo el oxígeno y no puedo respirar…

Temblaba mientras hablaba y la *coach* dijo:

—Muy bien, ahora respira hondo, abre los ojos y escribe eso.

Benny obedeció. Abrió los ojos y miró la tarjeta.

—No cabe —dijo.

Y la *coach* dijo:

—Vale, pues escribe solo «cometa».

Y eso hizo.

COMETA

Y la *coach* dijo:

—Muy bien. ¿Cómo sabe tu madre que estás enfadado, triste o disgustado?

—¿Que viene el cometa a aniquilarme, quiere decir?

—Sí.

—No lo sabe.

—¿Por qué no?

—Porque el cometa no es real. Eso dijo la doctora Melanie.

Dice que está en mi cabeza, igual que las voces.

—De acuerdo, pero cuando notas que el cometa se acerca, te alteras, ¿verdad? ¿Y qué pasa cuando te alteras? ¿Cómo se entera tu madre?

—No se entera. No se lo digo. Se disgusta si sabe que estoy disgustado y no quiero eso.

—Vale, pero tú sí lo sabes, ¿verdad? Cuando viene el cometa. ¿Cómo lo sabes?

—Porque chilla por el aire y se hace cada vez más grande.

—Vale, y entonces ¿qué haces?

—Me meto debajo de la cama.

—¿Y eso te ayuda?

—A veces.

—¿Puedes cerrar los ojos y respirar?

Benny negó con la cabeza.

—No. Cerrar los ojos es malo porque se pone todo negro, como si el cometa ya estuviera aquí, aplastándome.

—Vale, entonces deja los ojos abiertos y respira hondo por la nariz. Prueba ahora, despacio, contando hasta cuatro.

Benny obedeció.

—Retén esa última inspiración y cuenta hasta cinco.

Benny obedeció.

—Bien. Ahora suelta el aire contando hasta seis.

Y eso hizo y resultó interesante porque por lo general los números lo distraían, volviéndose aleatorios y dificultándole hacer cosas, pero ahora se habían puesto en formación e intentaban ayudar. Este pensamiento no se lo contó a la *coach*.

Se limitó a respirar y a contar.

—Buen trabajo —dijo la *coach*—. Ahora espera cuatro segundos y repite toda la secuencia. Inhala en cuatro, contén la respiración en cinco, exhala en seis, contén en cinco. Cuatro, cinco, seis, cinco. ¿Lo tienes? Ahora escríbelo en tu Tarjeta de Afrontamiento. Esa es tu herramienta para cuando venga el cometa.

Lo había conseguido. Desde hacía un tiempo ya, pero ahora, en aquel cuarto de estar, rodeado por todas partes del caos invasor de las cosas de su madre, Benny perdió su herramienta. Mientras respiraba y trataba de contar, los números no hacían más que incendiarse y estallar en llamas, y cuando trataba de apagarlos a soplidos, se reían y ardían más vivamente. Un calor rojo se propagó desde sus pulmones hasta su cuello y cara y le entró el pánico. Su orientadora no le había dado herramientas para hacer frente a números ardiendo como locos, pero tal vez podía usar otra cosa. A veces, tararear canciones infantiles ayudaba, y había apuntado más herramientas, pero no recordaba cuáles eran. Se metió la mano en el bolsillo de los vaqueros en busca de su Tarjeta de Afrontamiento, pero no estaba allí. Lo que sí encontró fue una tira de papel con letras escritas de manera que parecían

mecanografiadas.

Ven a la Biblioteca, decían.

Parte dos

La Biblioteca

Por tanto hay en la vida del coleccionista una

tensión dialéctica entre los polos del orden

y del desorden.

WALTER BENJAMIN, *Desembalando mi biblioteca*

Benny

Las cosas seguían susurrando. Seguían hablando y yo seguía oyendo sus voces, pero sabían que tenían que estar cal adas porque todo el mundo sabe que aquí hay que estar cal ado, porque es la Biblioteca. En la Biblioteca todo tiene su sitio y los bibliotecarios se aseguran de que sea así. Los libros viven en estantes, todos pulcramente ordenados con números y direcciones, y sus voces no salen de las tapas. Pero no son solo los libros; también las mesas y sil as y los ordenadores y las fotocopiadoras están cal ados. Incluso las revistas, que normalmente te chil arían si estuvieras en la cola de la caja del supermercado, aquí están en silencio, y, cuando necesitan decir algo, lo hacen con su voz cal ada de biblioteca. El ruido de las páginas que se pasan es muy agradable, y también lo es ese suave *bisibisibiseo* que hacen las cosas cuando saben que alguien las trata bien. Habéis estado en la Biblioteca. Sabéis de qué os estoy hablando.

El Libro

16

Al principio no lo reconocimos de lo mucho que había crecido.

No era más que un niño de meses la primera vez que vino con su madre a la Hora de los Niños, y aunque siempre miramos con esperanza a los más jóvenes, los observamos mientras salen del sótano infantil y van subiendo de nivel y de estantería, le perdimos la pista cuando su madre y él dejaron de venir. No le dimos demasiada importancia. Perdemos a tantos que seguirles la pista casi no merece la pena, hasta que aparece un niño como Benny.

«Ven a la Biblioteca», decía la tira de papel, así que eso hizo, siguiendo obedientemente las instrucciones, no solo porque hacerlo era Fluxus, sino porque tenía la esperanza de ver a Alice, o Athena, o como quiera que se llamara. Le dijo a su madre que se había perdido materia mientras estaba en el hospital y que necesitaba ponerse al día durante las vacaciones de verano y su madre se alegró muchísimo. ¿Qué madre no lo haría? La Biblioteca Pública era un lugar seguro. En ella había adultos responsables. Benny estaría a cubierto, donde la calidad del aire no era un problema y el humo de los incendios forestales no agravaría su asma. Le hizo prometer que se llevaría el móvil y lo mantendría cargado. A la mañana siguiente Benny se levantó temprano, desayunó cereales y preparó su mochila con el cuaderno de Redacciones y su plumier, que contenía su canica, su cuchara, unos pocos lapiceros Ticonderoga del número 2 y la barra de pegamento que había birlado de la habitación de terapia artística de Pedipsi. Se despidió de su madre, caminó hasta la parada y se subió al autobús que iba a Library Square.

Era el mismo autobús que cogían cuando era un niño y la ruta le resultó familiar, lo mismo que los pasajeros: los adolescentes apáticos sentados en los asientos reservados a

pasajeros con movilidad reducida y mayores; los trabajadores de la construcción con sus botas de puntera metálica mirándolos furiosos y diciéndoles que se levantaran; las mujeres ancianas teñidas con henna, cojas y con bastones, ocupando agradecidas los asientos desalojados; las vagabundas con bolsas y los borrachos que se subían en cada parada y se detenían a mirar fijamente a Benny antes de seguir arrastrando los pies. Como si lo supieran. Quién era.

Claro que quizá eran imaginaciones suyas. El mundo fuera del hospital le resultaba ahora irreal. Los incendios forestales habían empezado pronto aquel verano y de las montañas bajaban ya dedos de humo que manchaban el aire de un tono rojizo fantasmal que hacía pensar en la atmósfera de Marte.

Miró por la ventana mientras el autobús atravesaba el extrarradio de

la ciudad, dejando atrás despacio oficinas para canjear cheques y salones de manicura, locales de fideos y *gyros,* tiendas de vitaminas y de todo a un dólar y almacenes de alfombras de saldo. Banderines multicolores aleteaban en toldos igual que banderitas de oración tibetanas. Letreros chillones en escaparates mugrientos proclamaban «¡GRAN

INAUGURACIÓN!», «¡LIQUIDACIÓN POR CIERRE!», «¡VENTA DE

EXCEDENTES!», «¡ÚLTIMAS UNIDADES!». Cuando el autobús rodeó Chinatown y se dirigió hacia el lujoso distrito comercial, más al norte, los letreros fueron reemplazados por gigantescas vallas publicitarias que cubrían laterales enteros de edificios con elegantes imágenes monocromáticas de zapatillas y teléfonos inteligentes de alta tecnología, botellas de vodka perladas de condensación y relucientes modelos en ropa interior con aspecto de haberse dado un baño de bronce. Las vallas publicitarias no decían gran cosa. No hacía falta. Eran pura imagen. Presidiendo la ciudad con aspecto omnipotente, hablaban al ojo con voces que no precisaban lenguaje y eran más sonoras incluso que el sonido. Para un niño con la sensibilidad de Benny era demasiado —demasiado ruido, demasiados estímulos— y, cuando no pudo soportarlo más,

fingió que le sonaba el teléfono, se lo acercó a la oreja y le habló en voz alta.

«¿Qué quieres? ¡Vale! Te entiendo, pero ahora déjame en paz. ¡Hablo en serio! Cállate, ¿de acuerdo?» Era una estrategia de afrontamiento que había aprendido en el pabellón y funcionaba. Ninguno de los otros pasajeros del autobús se molestó siquiera en levantar la vista. Nadie hizo caso de un chico gritándole a un teléfono móvil y le ayudó a mantener las voces a raya.

Para cuando el autobús llegó a Library Square, la angustia de Benny había remitido y notaba el mismo cosquilleo de emoción que recordaba haber sentido de niño, lo que le dio ganas de agitar los brazos y darse una palmada en la nuca y dar patadas al ventilador en la base de su asiento. Se contuvo.

También tenía una Tarjeta de Afrontamiento para este tipo de comportamiento, que decía:

Cierra los ojos e inspira hondo. Imagina que el cuerpo te pesa y está lleno de arena y, al exhalar, siente cómo la arena sale poco a poco de ti. Inhala y exhala hasta que no quede arena.

Lo había memorizado y ahora cerró los ojos y siguió las instrucciones hasta que la arena desapareció, dejándolo relajado y agradablemente vacío, casi como si pudiera flotar.

Esta levedad repentina se le hizo extraña, pero, antes de que le diera tiempo a preocuparse, el autobús resopló y chirrió y se detuvo en Library Square. Benny se levantó y comprobó su sentido del equilibrio, que parecía intacto. Las vagabundas de las bolsas y los borrachos también se bajaban allí. Se puso en la cola detrás de ellos y los siguió pendiente arriba hasta la Biblioteca, mirándolos pasar por los controles igual que trabajadores de una fábrica fichando al comienzo del turno.

Una vez dentro, se dispersaron en busca de sus diferentes rincones, pero Benny se quedó delante del mostrador de información preguntándose qué hacer. El papelito le había dicho que fuera a la Biblioteca, pero no qué hacer una vez

estuviera allí, así que, a falta de instrucciones que seguir, fue adonde lo llevaron sus pies.

El Rincón Infantil Multicultural estaba vacío, a excepción de una bibliotecaria bajita que estaba colocando sillas en círculo. A Benny se le hacía raro estar de vuelta allí. Quería quedarse, pero era demasiado grande y mayor para merodear entre estanterías que le llegaban por la cintura y libros encuadernados en vivos colores. Sabía que los tipos mayores que merodeaban tenían algo siniestro. No es que él fuera mayorcísimo, pero aun así. La bibliotecaria le resultaba familiar. Lo miró con expresión interrogante y Benny retrocedió.

Se metió las manos en los bolsillos de la sudadera, cogió el ascensor de vuelta a la planta baja y siguió subiendo, bajándose en todos los pisos, paseando entre las estanterías, leyendo los títulos de libros impresos en lomos y buscando lo que fuera que tenía que encontrar. Acariciaba en su bolsillo la tira de papel, que se enrollaba y desenrollaba hasta que empezaron a borrarse las letras. Pasaron horas y no encontró nada, pero daba igual. Le gustaba simplemente estar allí.

Volvió al día siguiente.

Lo miramos avanzar por el Sistema de Clasificación Decimal Dewey, que empieza en los 000 y termina en los 010

(Ciencias de la Computación, Conocimiento y Sistemas y todas las Bibliografías), y de ahí a los 100 y los 200 (Filosofía, Metafísica,

Epistemología y Religión), luego los 500 y 600

(Ciencia y Tecnología), después los 700 y 800 (Arte y Ocio y Literatura), hasta los 900 (Historia) en el Nivel Nueve. Cuando llegó al 999 (Mundos Extraterrestres) en el último piso del Ala Norte, se quedó.

Vio un grupo de tres cubículos encajados en un rincón imposible, en un pasillo sin salida, donde el Ala Norte de la Vieja Biblioteca se encontraba con uno de los brazos en espiral de la Nueva Ampliación. Solo se podía acceder al rincón por un pequeño puente que conectaba incómodamente la parte

Vieja con la Nueva y ofrecía un panorama vertiginoso de los nueve niveles hasta el emplazamiento del ya difunto Taller de Encuadernación, en el subsótano. Quien observara el puente a lo largo de los años, cosa que nosotros hemos hecho, aprendería muchas cosas de los usuarios que lo cruzaban. Los pragmáticos ocupados lo hacían deprisa, sin pensárselo dos veces. Los de inclinaciones más existencialistas vacilaban al llegar a la mitad, se tomaban un momento para asomarse a la barandilla e imaginar cómo sería dar un paso desde el borde y precipitarse a la muerte en el suelo de hormigón del subsótano.

Cada vez que un usuario así se detenía en el puente, conteníamos la respiración y nos preguntábamos qué habría empujado a un arquitecto a diseñar un acceso tan vertiginoso en una Biblioteca Pública. ¡Qué despropósito! Un repositorio que alberga el testimonio encuadernado de los temores mortales de la humanidad y de sus anhelos de inmortalidad debería ser un lugar sólido y reconfortante, armonioso y fehacientemente simétrico, construido de manera que hasta el usuario más nervioso se sienta a salvo y seguro. Pero los arquitectos y urbanistas, preocupados más de asegurarse su propia inmortalidad, piensan de otra manera. Ven la Biblioteca como su legado y los libros como mero atrezo, un surtido variado de objetos dispares que ensucian las líneas limpias de su diseño estético.

No son amigos de los libros.

¿Cómo fue posible este despropósito arquitectónico? Mientras Benny está asomado a la barandilla disfrutando de la emoción de encontrarse a semejante altura, por favor, permítenos explicarlo. A los libros nos encanta una buena historia que dé contexto, y a Benny no le importará. No tiene ninguna prisa.

Después de todo, son las vacaciones de verano.

En 2005, la Junta Consultiva de Bibliotecas votó construir un nuevo Edificio Principal para la Biblioteca Pública.

Convocaron un concurso y un arquitecto ganó la licitación con un plan diabólico que fue recibido como visionario, una declaración de principios posmoderna que implicaba la

demolición de nuestra querida Vieja Biblioteca. El plan también incluía el descarte —«expurgo», se llama— de los miembros más vulnerables de nuestro colectivo, algo que, huelga decir, nos llenó de espanto. Muchos recordamos el holocausto literario de la década de 1990, cuando se hizo desaparecer de la Biblioteca Pública de San Francisco un cuarto de millón de libros que terminaron en una fosa común, enterrados en un vertedero. Un «crimen de odio dirigido al pasado» fue como definió un crítico esta purga catastrófica.

Nos temíamos ir a ser víctimas de otra.

Arrancó, pues, el terrible proceso de selección y empaquetado, pero entonces, en 2008, justo antes de que empezara la demolición, las bolsas de valores se desplomaron, la Junta Consultiva se echó atrás, cerró el grifo y todos los libros al unísono suspiramos de alivio. Igual nos oíste.

Algunos dijeron que el aleteo de nuestras hojas sonó como plumas de las alas de ángeles volando hacia el cielo.

A regañadientes, el famoso arquitecto volvió a la pizarra y diseñó una contrapropuesta rentable, un plan que pasaba por encerrar el edificio de la Vieja Biblioteca en un envoltorio moderno semejante a unas comillas gigantes. Cuando se terminó de construir, la Biblioteca tenía este aspecto: BIBLIOTECA

Desde el punto de vista de la formulación semiótica, el diseño no tiene

nada de sutil. Algunos incluso lo calificaron de vengativo.

El nuevo recinto se llamó Library Square, plaza de la Biblioteca, a pesar de su planta decididamente ovoide. Las paredes elípticas exentas están rematadas por hileras de arcos en un homenaje extrañamente teatral al Coliseo romano. La *piazza,* encajada dentro del recinto, contiene una serie de franquicias comerciales: una cafetería, una tienda de conveniencia, un quiosco de prensa, un Papaya Joe's y una

Flying Pie Pizzeria. Sillas y mesas de metal circunscriben el perímetro.

Todo en Library Square desprende cierto surrealismo.

Clientes y compradores se desplazan por el espacio igual que sonámbulos. Empleados con teléfonos móviles caminan de un lado al otro mientras conversan con el aire. Los sintecho se congregan en las mesas para refugiarse de la lluvia. El tiempo se enlentece. Las palomas picotean y zurean. El sonido reverbera por entre los arcos.

Benny se apartó del borde de aquel vertiginoso puente del Nivel Nueve y siguió camino hasta llegar al rincón improbable que había visto desde el otro lado. Dos de los tres cubículos ya estaban cogidos. Un estudiante de intercambio de Oriente Próximo estaba en uno, sentado con las manos cerradas entre las rodillas e inclinado sobre sus libros, pero cuando Benny lo miró más detenidamente vio que tenía los ojos cerrados, como si rezara o durmiera. En el otro había una mujer mayor, tecleando a toda velocidad en su ordenador portátil. Parecía tener cincuenta o sesenta años y ser medio asiática, como él, con gafas de montura negra y pelo veteado de gris. Debió de notar la presencia de Benny, porque levantó la cabeza y lo miró sin que sus dedos dejaran de teclear, sin hacer una pausa.

Benny se metió deprisa en el cubículo adyacente.

Aquellos cubículos eran viejos, anteriores a la renovación, pero la silla de respaldo rígido era sorprendentemente cómoda.

Cuando Benny la acercó a la mesa de madera maciza, el pequeño cubículo pareció suspirar de placer y sus paredes se enderezaron un poco para acomodarlo mejor. Un estante estrecho y vacío recorría todo el ancho del cubículo, a nivel de los ojos, y a Benny le encantó que no hubiera nada encima. Al principio se contentó con estar sentado allí, mirando el estante de nada y disfrutando de su silencio, pero después de que pasaran unos cuantos usuarios cargados de libros y claramente buscando un lugar donde trabajar, empezó a sentirse incómodo. Sacó su cuaderno de Redacciones de la mochila y lo puso

en la mesa delante de él. Así estaba mejor. Sacó un

lápiz y lo dejó junto al cuaderno. Mejor todavía, pero ahora al estante vacío parecía faltarle algo. Colgó la mochila de su silla y, tras haber tomado posesión del territorio, fue en busca de libros con que fortificar sus fronteras.

Y esta pasó a ser su rutina diaria. Paseaba por entre las estanterías, dejando que los títulos llamaran su atención y los libros cayeran en sus brazos tendidos y descubriendo por el camino que los libros tienen criterio propio y que lo elegían a él tanto como él los elegía a ellos. Una vez tenía los brazos llenos, volvía a su silla y disponía los volúmenes en la balda, donde se ponían firmes igual que soldados en formación, con los lomos alineados, rectos y altos. Al principio esto le bastaba. Era suficiente estar allí, a salvo dentro del bastión contenido de su cubículo, pero al cabo de un tiempo los libros empezaron a cuchichear entre sí. No se conformaban con estar.

Eran libros, no piezas de LEGO. Si iban a quedarse allí sin hacer nada, ¿para qué los había sacado Benny de sus estanterías? Y una vez los había obligado a moverse, ¿no debería al menos tener la cortesía de abrir sus tapas y leer unas cuantas líneas? Como mínimo echar un vistazo a alguna ilustración, ¿no?

Era una clara sugerencia, un imperativo casi, y Benny la oyó y obedeció. Seleccionó un libro del surtido de ese día, lo abrió y empezó a leer una página o dos. Bueno, a leer exactamente no. No al principio y no de una manera sistemática, de izquierda a derecha, por ejemplo, o de arriba abajo. Lo suyo no era el pastar continuo de la metódica vaca, sino más bien el pacer de un ciervo en primavera, cuando las hojas son tiernas y jóvenes, un mordisquito aquí, otro allí. De pequeño, a Benny le había encantado que le leyeran, pero luego, cuando creció, empezó a jugar a videojuegos y no llegó a adquirir el hábito de leer libros enteros él solo, de principio a fin. Ahora no sabía muy bien cómo proceder, de manera que hojeó el libro de forma no lineal, en ocasiones empezando por el final y en otras por la mitad, sin buscar nada en particular, pero disfrutando de la sensación de pasar páginas, algo que

también parecía procurar placer a estas. Después de eso, las palabras no tardaron en empezar a llamar la atención de Benny con sus significados, y este descubrió que para entender lo que trataban de decir necesitaba volver al principio: de frases, párrafos, capítulos, del libro en sí. Y eso hizo. Un libro tiene que empezar por alguna parte, descubrió. Empezando por la primera sílaba de la primera página,

formó las palabras con los labios a medida que las leía, pronunciándolas en voz alta mientras se combinaban para formar frases, hasta que notó que las palabras cobraban vida en sus labios, tomaban prestada su lengua para abrirse al mundo a susurros.

Pronto descubrió que, mientras leía, todas las otras voces de su cabeza se quedaban calladas y quietas de forma muy parecida a como se quedaban los niños callados y quietos durante la Hora de los Niños. Fue un descubrimiento maravilloso, y más maravilloso aún resultó que las voces siguieran calladas largo rato, después incluso de que Benny hubiera devuelto los libros al carrito al final del día y saliera a la calle. Mientras bajaba por la acera y esperaba en la parada del autobús, se sentía protegido del mundo, a salvo dentro de un capullo reconfortante hecho de la historia callada que los libros habían tejido a su alrededor, y ni siquiera los gritos de los escaparates y las vallas publicitarias lo perturbaban.

Cuando subió al autobús, se sentó con la frente apoyada en la ventana y miró las calles oscurecidas flotar en la luz del atardecer, teñida de rojo por el humo de los incendios. El mundo parecía amortiguado, sumergido. Era como si las palabras de las páginas de los libros hubieran dado a las voces de su cabeza algo en que pensar, algo que contemplar en silencio, y así pasó el verano.

En agosto, una semana antes de que empezaran las clases, Benny estaba en su cubículo leyendo un libro sobre caballeros medievales cuando un trozo de papel de un tamaño parecido al de las galletas chinas salió de entre las páginas y se posó en la mesa delante de él. El papelito, con sus palabras escritas a mano que parecían mecanografiadas, le resultó tan familiar

que el corazón le dio un vuelco. Abrió su cuaderno de Redacciones por la página con la columna de papeles similares pulcramente pegados que había rescatado de la papelera de Pedipsi.

Pon un zapato encima de la mesa. Pregúntale qué quiere de ti, decía el primero.

Ven a la Biblioteca, decía el último.

Benny le quitó la tapa a la barra de pegamento y colocó con cuidado el papel nuevo caído del libro sobre caballeros al final de su columna. Le puso pegamento en el revés, lo pegó y a continuación se arrellanó en su asiento y lo leyó con cierta satisfacción.

Enhorabuena —decía el papel—. Lo has conseguido.

Lo había conseguido, pero era demasiado tarde. El verano había terminado, las clases estaban a punto de empezar y pronto tendría que dejar de ir a la Biblioteca. Fuera lo que fuera lo que se suponía que tenía que hacer allí, tendría que esperar.

Annabelle, mientras tanto, había pasado el verano encerrada en el Centro de Control, a solas con las noticias.

Estaba haciendo el seguimiento de la propagación de incendios forestales en el interior del país para un conglomerado internacional de empresas de productos forestales. Estaba buscando un posible sesgo antiarmas en la cobertura local de masacres para un *lobby* valedor de la Segunda Enmienda de la Constitución. Estaba siguiendo la propagación del virus del Zika y también las campañas para las elecciones presidenciales.

Leía sobre incendios subterráneos, fuentes de ignición y tasas de combustión, microcefalia y las costumbres de apareamiento de los mosquitos. Conocía las muletillas, las manías y las cifras de los sondeos de todos los candidatos.

Su agudo ojo de aspirante a bibliotecaria, experto en detectar palabras clave, se fue familiarizando con los nombres de objetos cuya existencia ni siquiera había conocido: escopeta Remington modelo 870 Tactical Express del calibre 12; pistolas Glock 22 del calibre 40; fusil semiautomático Bushmaster XM15-E2S; rifles de cerrojo modelo Savage MK

II-F del calibre 22.

Este tipo de información tenía vida propia y, una vez entraba en su cabeza, Annabelle no podía ignorarla ni olvidarla. Sabía muchísimo sobre lo que estaba ocurriendo en el mundo, a pesar de que, como resultado de ello, cada vez vivía más aislada.

Dentro de la casita el aire estaba cargado. El humo de los incendios se colaba por las ventanas, y cuando Annabelle salía, era aún peor. Le preocupaba el asma de Benny y ella misma había empezado a experimentar síntomas. Sibilancias.

Tos. Dificultad para respirar. Fue al médico y este le recetó un inhalador y le dijo que tenía estrés. ¡Normal! Todavía estaba aprendiendo a manejarse con la nueva interfaz de trabajo, a conocer los protocolos de radio y televisión y a memorizar todas las palabras

clave y los números de cliente nuevos.

Nunca antes había sufrido problemas de memoria, pero ahora tenía la sensación de que había llegado al límite de su capacidad de almacenamiento.

Y luego estaba, claro, la preocupación constante por Benny.

Cuando le dieron el alta en el hospital, su equipo de atención sanitaria le había dado a Annabelle un plan de tratamiento para pacientes ambulatorios con todas sus citas con médicos y terapeutas, relaciones exhaustivas de medicación con los posibles efectos secundarios, así como sugerencias útiles para trabajar la gestión de sus emociones, su tolerancia a la ansiedad y sus destrezas de resolución de problemas sociales.

También había una lista de conductas a las que se suponía que Annabelle debía estar atenta y que incluía: aislamiento social y repliegue emocional; depresión y letargo; agresividad

e ira; comportamiento amenazante; irritabilidad; insomnio; paranoia; falta de concentración; expresión ausente o ausencia de parpadeo; movimientos faciales o corporales espásticos; alucinaciones auditivas y visuales; conversaciones con entidades invisibles; habla extraña o incoherente; risas durante una película triste; llanto durante una alegre; indiferencia respecto a la apariencia física y la higiene personal; confusión entre sueño y realidad…

Solo mirar la lista la dejaba sin resuello, pero Annabelle estudió con cuidado cada punto y trató de relacionar el lenguaje abstracto de la sintomatología con el comportamiento concreto de su hijo. ¿Sus palabras de enfado constituían un ataque de ira? ¿Dar una patada a una bolsa de basura llena de archivos de su madre podía considerarse comportamiento amenazante? Había pensado que su nuevo equipo de trabajo y toda esa informática de última generación tan guais lo impresionarían, pero, cuando Benny vio el Centro de Control, retrocedió, y a continuación usó las bolsas de basura que había sacado de su cuarto para construir un muro de contención, apilándolas igual que sacos de arena hasta formar un dique que lo acordonaba. ¿Era eso paranoia?

Annabelle sintió sorpresa y alegría moderada cuando Benny le anunció su intención de pasarse el verano en la Biblioteca. No muchos chicos de catorce años harían algo así, y se le ocurrió que tal vez la pequeña ceremonia de graduación había contribuido a su decisión.

Había leído que los ritos de paso a la edad adulta eran importantes para el desarrollo de la autoestima de una persona joven, y por eso se había tomado tantas molestias. Trató de no hacerse demasiadas ilusiones, diciéndose que era posible que Benny perdiera el interés, pero cada mañana, este, puntual como un reloj, se preparaba el almuerzo y cogía el autobús hasta Library Square. Cuando Annabelle le preguntó qué hacía allí todo el día, se limitó a encogerse de hombros y decir «Nada», pero esa era una respuesta bastante normal para un adolescente. Annabelle trató de sonsacarle.

—¿Has leído?

—Sí.

—¿Qué has leído?

—Libros.

—¿Has hablado con alguien o hecho algún amigo?

—No.

La doctora Melanie no pareció preocuparse. Dijo que era bueno que se hubiese hecho una rutina, pero a medida que pasaban las semanas Annabelle fue inquietándose cada vez más. ¿Era aquello aislamiento social? De vez en cuando le mandaba un mensaje de texto y, por lo general, Benny le contestaba, pero aun así. ¿Estaba pasando algo más que no le estaba contando? Library Square atraía a muchos personajes marginales. ¿Estaría tomando drogas? Por las noches, en la cama, mientras estudiaba la lista de señales de alarma, su preocupación fue en aumento hasta que un día, incapaz de concentrarse en el trabajo, adelantó el descanso para comer y cogió el autobús hasta Library Square.

La zona había cambiado mucho desde su última visita.

Había seguido la larga batalla cívica por las obras de renovación y, cuando se inauguró la Nueva Ampliación, había llevado a Benny a tomar una pizza allí. Ahora la sorprendió lo degradada que estaba. La plaza estaba llena de personas sin hogar que dormitaban en las mesas del café con sus cochecitos y carros llenos de bolsas o buscaban latas vacías y cortezas de pizza en la basura. Unas palomas se desplazaban a saltitos en el suelo a sus pies y se peleaban con los gorriones por envoltorios de magdalenas y migas de cruasán. Bajo los arcos de la plaza se mezclaban los olores a alcohol, marihuana y orina.

Dentro, lo que quedaba del edificio de la Vieja Biblioteca estaba casi como lo recordaba Annabelle. Fue subiendo niveles despacio, tratando de pasar desapercibida. Tenía una explicación preparada en caso de que Benny la viera, que

necesitaba documentarse para el trabajo, lo que era una excusa bastante rebuscada. El seguimiento de medios de comunicación no requería documentación con libros, pero esto Benny no lo sabía. Annabelle recorrió los pasillos, se asomó a esquinas donde usuarios leían o dormitaban, hasta que llegó al último piso y, al otro lado de un puente vertiginoso, vio un rincón improbable. Con cuidado, puso un pie en el estrecho puente y se detuvo, dudando de si aguantaría su peso, y a continuación dio otro paso. Cuando llegó a la mitad se detuvo una vez más y, asiendo con fuerza la barandilla, miró abajo.

Era una caída abismal, pero lo que le produjo hormigueo en el estómago y temblor de rodillas no fue la altura, sino la naturaleza del aire. ¿O era un olor? Sí, un aroma embriagador a papel mohoso, a aceite lubricante y a cola de encuadernar que subía por el conducto de ventilación abierto desde el viejo Taller de Encuadernación del subsótano. Annabelle cerró los ojos e inhaló con placer.

Recordó el viejo Taller de cuando hacía sus prácticas. Era una habitación cavernosa, con una vieja base de corte industrial italiana y vetustas máquinas de coser Singer negras, cuyos carretes y bobina siempre habían ejercido en ella una curiosa fascinación. Solía inspeccionar las estanterías en busca de libros dañados para poder llevarlos allí y así ver trabajar a los encuadernadores, que les reforzaban los lomos y vestían los volúmenes con recias tapas de bocací. Había dos encuadernadores, un señor mayor y otro joven, que acostumbraban a coquetear con ella y a hacerle bromas; el señor mayor la llamaba la Florence Nightingale de la Biblioteca Pública, lo que hacía sentirse orgullosa a Annabelle y, por supuesto, nosotros los libros la adorábamos por eso. El señor mayor estaba por entonces a punto de jubilarse, pero Annabelle siempre se había preguntado por el joven. ¿Qué haría un encuadernador cuyo puesto de trabajo ha sido eliminado? Era una pregunta realista, porque, como parte de la Nueva Ampliación, la junta consultiva de la Biblioteca había votado cerrar el viejo Taller de Encuadernación y convertir la

sala en algo llamado Centro de Información Digital y Espacio de Recursos Electrónicos o CIDERE, y así se referían a él tanto partidarios como detractores.

Annabelle había seguido las disputas relativas al CIDERE, que habían

salido en todos los periódicos locales, puesto que tanto el personal como los usuarios de la Biblioteca se habían opuesto a él. El de la Biblioteca era el último taller de encuadernación público de Norteamérica, aducían, un lugar de interés histórico y cultural, ahora en peligro, que debía ser preservado. Escribieron cartas de protesta y el sindicato de bibliotecarios amenazó con ir a la huelga en apoyo a los encuadernadores a punto de ser despedidos, pero la junta se mantuvo en sus trece. Los tiempos estaban cambiando. El espacio escaseaba. Las revistas empezaban a publicarse en línea. Los archivos digitales hacían innecesaria la encuadernación de publicaciones periódicas. Tenía más sentido expurgar los libros viejos con poca circulación que reencuadernarlos. En suma, el Taller de Encuadernación era obsoleto, un anacronismo, un artefacto sentimental de una época pasada. Al final, y para consternación de Annabelle, había prevalecido el criterio de la junta; aunque el CIDERE

seguía esperando el visto bueno, el último taller de encuadernación público había cerrado.

Ahora, en aquel puente vertiginoso de nueve pisos de altura y aspirando aromas del pasado, Annabelle se sintió mareada y un poco grogui. ¿Sería el pegamento? Se preguntó qué habría sido de las bases de corte y de las viejas Singer. Vendidas o desguazadas, lo más seguro. Del subsótano subió una oleada de tristeza. Annabelle se asomó al ancho conducto de ventilación y lo vio oscurecerse y llenarse de estrellitas mientras le fallaban las rodillas. Se aferró al pasamanos, cerró los ojos y entonces notó una mano en el hombro.

—¿Se encuentra bien?

Abrió los ojos. A su lado había una mujer que le escrutaba la cara desde detrás de unas gafas de gruesa montura negra.

Vio que era de mediana edad. De rasgos asiáticos. Annabelle se enderezó y asintió con la cabeza.

—Estoy bien —dijo—. Gracias. Me he mareado un momento.

La mujer continuó estudiándola. Cuando no dijo nada, Annabelle rio nerviosa.

—Debe de ser la altura. Me dan un poco de miedo las alturas.

—Pues claro —dijo la mujer—. A mucha gente le dan miedo las alturas. Y también hay mucha gente cansada de vivir.

—Sí —dijo Annabelle, y a continuación, al caer en la cuenta de lo que insinuaba la mujer, se apresuró a añadir—: Huy, no. No es…

—Bien —dijo la mujer. Se asomó por el pasamanos para mirar hacia el subsótano y meneó la cabeza—. Cuesta entender qué llevó a un arquitecto a diseñar un acceso tan vertiginoso en una biblioteca pública.

—Fue un proyecto muy controvertido —dijo Annabelle—, pero probablemente eso ya lo sabe. ¿Es usted bibliotecaria?

—No, solo usuaria. Estaba trabajando en los cubículos de allí y la he visto. ¿Se encuentra mejor?

Señalaba el conjunto de cubículos al otro extremo del puente y, desde donde estaba, Annabelle distinguió una mochila que conocía colgada del respaldo de una de las sillas y a un chico apoyado y dormido sobre una mesa. Tenía la cara escondida detrás de un montón de libros, pero supo que era Benny. Respiró aliviada.

—Estoy perfectamente —le dijo a la mujer. Y no pudo evitar añadir, con cierto orgullo—: Ese es mi hijo.

La mujer asintió con la cabeza.

—Viene todos los días. Parece un chico agradable. Callado.

—Lo es —dijo Annabelle.

—Le gustan los libros —dijo la mujer.

—Lo ha heredado de mí.

—Bueno —dijo la mujer. Se giró para cruzar el puente y esperó. Cuando Annabelle no hizo ademán de seguirla, preguntó—: ¿No va a saludarlo?

Annabelle negó con la cabeza.

—No quiero despertarlo. —Calló. La mujer la estudiaba de nuevo desde detrás de sus gafas de montura negra—. Por favor, no le diga que he estado aquí. No le gusta que lo vigile.

—La mujer seguía allí, esperando, de manera que Annabelle añadió—: Ya sabe cómo son estas edades.

La mujer asintió con la cabeza.

—La adolescencia.

—¡Sí, exacto! —dijo Annabelle—. En septiembre empieza el instituto.

—Bueno —dijo la mujer—. Pues mucha suerte.

Annabelle no quería que la mujer se fuera. Dio un paso hacia ella y bajó la voz.

—Lo cierto es que estoy un poco preocupada por él —

susurró—. Es un instituto nuevo y ha tenido algunos problemas emocionales. —Entonces se contuvo. ¿Por qué le hacía confidencias a una desconocida? Suspiró—. Es una larga historia.

La mujer volvió a asentir.

—Estaré pendiente —dijo, lo que por alguna razón hizo que Annabelle se sintiera mejor.

18

El instituto era nuevo, pero, como Benny enseguida comprobó, no lo bastante. Cuando sonó la campana al final del primer día, sus antiguos compañeros de secundaria ya habían llegado a la

conclusión de que su historia era algo que merecía la pena contar. Era una historia con valor de actualidad y capital social y, al igual que todo valor de actualidad y capital social cuya cuantía depende de las tasas de cambio, había que gastarlo, y eso hicieron. Contaron la historia de Benny una y otra vez y así lo hicieron descender puesto por puesto en el nuevo escalafón y se aseguraron el suyo en lo más alto hasta que, para la hora del almuerzo, todos en la clase sabían que se había clavado unas tijeras en la pierna y había terminado ingresado en el pabellón psiquiátrico. A favor de Benny hay que decir que no intentó ni negarlo ni ocultarlo.

A la hora del almuerzo tuvo que ir al despacho de dirección para hablar de su medicación con la enfermera y la orientadora del centro, y a la reunión también asistió Annabelle, vestida con un blusón tipo túnica y *leggings* y aferrada a su bolso extragrande. Había llegado pronto y algunos alumnos la vieron sentada en la sala de espera. En cuanto se corrió la voz sobre Kenji y ella, estalló una epidemia de notas furtivas y charlas subrepticias y, para finales de la primera semana, todos en el instituto, incluso los más despistados, habían entendido que Benny y su familia serían los marginados, los Otros, y

que su otredad sería lo que definiría su normalidad colectiva.

Cloqueaban como gallinas cuando pasaba, sacaban a toda prisa sus teléfonos para insultarlo, de manera que mientras Benny recorría el pasillo casi podía verse una nube muda de globos de texto detrás de él: «Loco, Chiflado, Tarado, Enano, Japo, Retrasado, Friki». ¿Te suena de algo? Quizá has visto surgir este tipo de comportamiento cruel e incluso has contribuido a él, quizá te has limitado a ser cómplice silencioso y a mirar mientras se propagaba la intolerancia, o tal vez tú también has sido víctima. Ya sabes cómo van estas cosas…

Benny

Venga ya. ¿No podemos saltarnos esta parte, por favor? Pues claro que lo saben, y oírte hablar de el o me resulta violento. Violento para mí porque sé que tu intención es que suene a *Pobrecito Benny Oh, el chi ado, sus compañeros de clase son unos matones y unas malas personas que se meten con él debido a su situación familiar tan jodida,* y eso es muy noble y libresco por tu parte, pero lo cierto es que las cosas no eran así. O sí lo eran, pero no solo, porque yo también hice una elección. El primer día de clase decidí no esconder quién era o lo que había pasado, y cuando algunos chicos me preguntaron si era verdad que mi padre había sido un yonqui les dije que no, que era clarinetista de jazz, y cuando me preguntaron por las voces las describí como algo guay y reconocí que había estado en la clínica psiquiátrica sin tratar de esconderlo. De hecho, aquel a primera mañana me las estaba arreglando perfectamente hasta que me l amaron de dirección y apareció mi madre. Cuando la vi sentada en la sala de espera con los pies embutidos en esas zapatil as sucias y viejas, vestida con *leggings* y esa camisa enorme con una mancha en la parte delantera que seguramente ni sabía que tenía porque las tetas le tapaban la vista, como que se me fue la ol a. Todos la miraban —la directora Slater y la enfermera y la orientadora del centro, todos los alumnos que estaban en el pasil o— y por primera vez la vi con sus ojos y quise matarlos a todos por cómo no le quitaban la vista de encima. Juro que tuve ganas de partirles la cara. ¡Es mi madre, por Dios! No deberían haberse quedado mirándola así. Deberían haberla tratado con más respeto.

Así que no me hace sentir mejor oír cómo embel eces la historia al contarla y me presentas como el pobre niñito chi ado y víctima. Sé perfectamente lo que pasó. Sé cómo me sentí en ese momento respecto a Annabel e. ¿Por qué no les cuentas eso? Porque lo cierto es que me avergonzaba de el a. La odiaba. Quería que desapareciera… Qué coño, lo

voy a decir. Quería que se muriera. *¿Por qué tuvo que ser mi padre el que murió?* Eso es lo que pensé. Por lo menos mi padre era guay y músico, y teníamos intereses comunes, como el jazz y el espacio exterior, y hacíamos cosas juntos, como desayunar y ver viejos programas de televisión sobre viajes interplanetarios en YouTube, y cuando me iba a buscar al colegio, yo me sentía orgul oso de él. Lo quería muchísimo, y se murió. Y, en cambio, ahí estaba mi madre, sentada en la sala de espera del despacho del director a la vista de todos, con aspecto de completa fracasada, y una voz dentro de mi cabeza no hacía más que decirme: *¿Por qué no pudiste ser tú la que muriera?* Y no era una voz cualquiera la que lo decía. Era mi voz. Era yo.

¿Lo entiendes ya? Nadie quiere leer sobre un niño que piensa cosas horribles de su madre, y ahora mismo no quiero pensar en mi padre, así que, por favor, ¿podemos dejar el tema y hablar de otra cosa? Volvamos a la Biblioteca. Háblame de Aleph. Es mucho más interesante.

El Libro

Vale. Pero que sepas, Benny, que la gente sí quiere leer sobre niños que piensan cosas horribles de sus madres. Se han escrito muchos libros importantes sobre ese tema y han tenido muchos lectores. Pero, si no te sientes cómodo con ello, pasemos a otra cosa.

19

Para cuando terminó la primera semana, Benny había llegado a la conclusión de que el instituto era perjudicial para su salud mental. Tenía que dejar de ir, pero el problema era qué hacer durante esas horas. Los chicos que faltaban a clase solían ir a los centros comerciales del centro o se quedaban en casa si sus padres trabajaban fuera, pero Annabelle trabajaba desde casa y los centros comerciales no eran una opción. Para Benny los centros comerciales eran una tortura. Eran cámaras de resonancia de sonido especular, llenas de los gritos y las lamentaciones de las cosas No Compradas que le resultaban demasiado discordantes y angustiosos.

Así que decidió volver a la Biblioteca, donde podría esperar a que apareciera Alice o Athena y le explicara qué hacía allí, y mientras esperaba podría estudiar por su cuenta todo lo que tuvieran que enseñarle los libros. Parecía la solución ideal —

había montones de libros y, por supuesto, la idea nos encantaba—,

pero Benny sabía que debía andarse con cuidado.

Nunca había oído de nadie que hiciera novillos y se fuera a la Biblioteca, pero eso no significaba que no pudieran descubrirlo. De manera que trazó un plan que tenía dos partes.

La parte Uno requería entrar en la cuenta de correo de su madre. Esperó a que se fuera a la cama y encendió su ordenador. No se sabía la contraseña, así que probó con

«CheeriOhs» y luego con «CheeryOhs» y acertó al segundo intento. Una pestaña del navegador permitía acceder

directamente al correo, AnnabelleOh@gmail.com. Buscando en la bandeja de entrada, Benny encontró un hilo de la oficina de la directora del instituto, que reenvió a una cuenta ficticia que había creado previamente: AnnabelleO@gmail.com. Era arriesgado, pero supuso que en la secretaría del instituto no se fijarían en que faltaba la hache. Por último, creó un filtro que redirigiera todos los correos nuevos enviados desde la dirección IP del instituto a la cuenta ficticia y los borrara de la de su madre.

Ya en su cuarto, en su propio ordenador, entró en la cuenta ficticia, donde encontró el hilo de correos esperándolo. Copió las direcciones en un mensaje nuevo y a continuación pegó el borrador de nota que había preparado:

Estimada señora Slater:

Ruego disculpe a mi hijo, Benjamin, que por desgracia vuelve a tener problemas de salud mental y dice su doctora que tiene que volver a ingresar en el pabel ón de Psiquiatría Pediátrica del Children's Hospital, así que faltará a clase durante un tiempo indeterminado.

Atentamente,

Anabel e Oh

Lo releyó, dudó un momento y a continuación añadió la palabra «graves» después de «problemas de salud mental».

Mejor así. Se preguntó por un instante si no sería más fácil fingir su muerte y punto, pero entonces recordó el funeral de su padre y todas las tarjetas y flores recibidas y recordó también el cuerpo. La gente necesitaba ver un cuerpo, había dicho el encargado de la funeraria. Sin un cuerpo era demasiado arriesgado, así que optó por la versión

del manicomio, que era totalmente plausible. Le dio a Enviar, cerró sesión y se fue a la cama.

La parte Dos de su plan tenía que ver con la logística necesaria para pasar desapercibido en la Biblioteca. Durante el verano se había familiarizado con los usuarios y el personal, y

aprendido cómo fluctuaban los ritmos de la Biblioteca a lo largo del día. Las primeras horas de la mañana pertenecían a los ciudadanos de mayor edad: hombres ancianos con chaquetas raídas que se encorvaban sobre las páginas de periódico igual que garzas viejas y pacientes, señoras de pelo gris con chándal y viseras posadas como palomas en el borde de las sillas. Benny observaba cómo leían: despacio, pasando cada hoja y alisándola con cuidado. Cuando devolvían un libro que habían cogido prestado, usaban las dos manos para encajarlo suavemente en su sitio, como si fuera un preciado regalo de un ser querido.

Después de los ciudadanos de mayor edad venían los vagabundos, los sintecho y otros usuarios atípicos, que aparecían cuando los albergues cerraban por la mañana y acampaban provisionalmente en sillas de los rincones más apartados, donde se dedicaban a murmurar para sí o a dormir.

Las siguientes eran las niñeras y las madres, que transportaban carritos plegables de niños pequeños por las escaleras mecánicas que llevaban al Rincón Infantil Multicultural. A última hora de la mañana aparecían los milenials, que llegaban con sus *chai lattes* y cables de alimentación en busca de enchufes donde conectarse. Y así hasta que, a media tarde, estaban todos instalados y encorvados sobre libros y ordenadores portátiles leyendo, contestando correos o cabeceando mientras los largos rayos del sol alcanzaban los grandes ventanales orientados al oeste.

La información que había reunido Benny a lo largo del verano dio ahora sus frutos. Lo más difícil sería acceder a la Biblioteca, superar el control de seguridad y el mostrador de atención al público, que siempre estaban atendidos. Los bibliotecarios estaban adiestrados para prestar atención. El truco estaba, pensó Benny, en hacer coincidir su llegada con los pordioseros y los sintecho y colarse detrás de ellos. Una vez dentro, estaría seguro. La Biblioteca era inmensa.

La primera mañana de novillos lo preparó todo con cuidado. Guardó provisiones —un sándwich, un tentempié y

una botella que pudiera llenar en la fuente— y cargó su teléfono para poder consultar los correos durante el día. Se dejó abrazar por su madre, salió temprano de casa y cogió el autobús al centro. Se bajó con los vagabundos y los sintecho y los siguió despacio desde la parada, adecuando su paso a su lento arrastrar de pies. «Por fin ha ocurrido —pensó—; me estoy convirtiendo en uno de ellos.» Cuando estuvieron cerca de la entrada, se subió la capucha de la sudadera, encogió los hombros y hundió más las manos en los bolsillos.

—Haciendo pellas, ¿sí?

La voz parecía proceder de algún punto a sus espaldas, como muchas de las voces que oía. Hablaba inglés, pero con acento. No chino. El corazón de Benny le latía a mil por hora.

«No es real», se recordó, y a continuación inspiró hondo como le había enseñado su *coach* y empezó a contar. «Inhala: dos, tres, cuatro…»

—Oye, colegial, ¡que te estoy hablando!

Benny hizo caso omiso de la voz, exhaló —«cinco, seis, siete»— y, mientras lo hacía, sintió algo duro y afilado golpearle la pantorrilla. Se giró. Era el reposapiés metálico de la silla de ruedas eléctrica accionada por el viejo vagabundo de los tics nerviosos con el maletín de piel gastado y el cartel de Gestos Aleatorios de Bondad que siempre le hablaba. Benny no lo había visto en el autobús aquella mañana. La cabeza del hombre mayor se ladeó cuando accionó de nuevo la silla hacia delante y esta vez golpeó a Benny en la espinilla.

—¡Au! —Benny se apartó y se agachó para frotarse la pierna—. Me has hecho daño.

—Ay, perdón. Son los frenos.

El viejo vagabundo manipuló la silla y luego se inclinó hacia delante y extendió una mano añosa. Tenía una cara rubicunda, satírica, con piel arrugada y ojos azul acuoso.

Agarró a Benny del antebrazo y tiró de él hasta que las frentes de los dos casi se tocaron.

—Tengo un plan —dijo con voz ronca—. Tú espérrate. Yo entrarré primero y desplegarré varias tácticas en el mostrador de devoluciones. Cuando haya distraído suficientemente a las fuerzas de segurridad, entonces tienes que colarte a toda prisa.

Sonrió. Le faltaba uno de los dientes delanteros y el hueco brillaba color rojo.

—Es un buen plan, ¿sí? Luego nos reunirremos en Parrapsicología, en el Nivel Cuatro, a las diecinueve cerro cerro.

El viejo vagabundo accionó su silla de ruedas. El abultado conjunto de bolsas de plástico llenas de latas vacías y botellas parecía haber crecido desde la última vez que Benny lo había visto y ahora ondeaba alrededor del hombre igual que un nubarrón. Un largo palo con un banderín de seguridad naranja subía desde el centro igual que una bandera de golf o una lanza.

Benny miró a su alrededor. Estaba haciendo esfuerzos por no llamar la atención y aquello era un desastre, pero, si accedía al plan del viejo, quizá este lo dejaría en paz. Asintió con la cabeza.

—¡Excelente! —El vagabundo agitó un puño—. *¡Carpe diem!* —rugió con una rociada de saliva, y a continuación hizo un caballito y se puso en marcha.

La silla de ruedas pasó derrapando entre la gente y subió por la rampa de acceso con las bolsas de plástico rebotando y el banderín aleteando en el extremo de la pértiga. Benny miró, preguntándose si debía darse la vuelta e irse, pero no se le ocurría ningún lugar al que ir y, puesto que no podía quedarse allí rondando, echó a andar despacio. Se colocó detrás de una señora con un cochecito lleno de bultos. Cuando llegó a la entrada, vio la silla de ruedas vacía detrás del casillero de devolución de libros. El bibliotecario había salido de detrás del mostrador y estaba recogiendo botellas y latas dispersas por el suelo y guardándolas en las bolsas de plástico. El vagabundo

estaba arrodillado con su pierna buena y agarrado al mostrador. Se había quitado la otra pierna, la protésica, y la usaba a modo de bastón, apoyándose en ella para asomarse al cajetín de devolución de libros.

—Slavoj, sabes que el casillero es solo para libros —decía el bibliotecario no sin amabilidad—. No para botellas.

Y mientras Benny esperaba para pasar por el control de seguridad oyó al vagabundo, cuyo nombre ahora sabía que era Slavoj, contestar:

—Sí, sí, mi querrido Ronald, perro resulta que estoy intrigado con el concepto «casillerro» . No podemos negar que un casillerro es una cosa , pero es una cosa definida únicamente por la falta, por la ausencia de

forma, por un espacio negativo , por su vaciedad . ¿Cómo podemos saber la diferrencia entre un casillerro y, por ejemplo, una casilla? ¿Es la casilla más pequeña que el casillerro y, por tanto, tiene menos carrencias?

Y si tiene menos carrencias, ¿quierre más? Y si es así, ¿cómo podemos saber si el casillerro o la casilla quierren libros y no botellas?

Benny mantuvo la capucha subida y la cabeza inclinada.

Cuando pasó por el control de seguridad, miró de reojo el mostrador de devoluciones. El vagabundo, Slavoj, estaba de espaldas a él. Era imposible que hubiera visto pasar a Benny, pero justo en ese momento agitó la pierna protésica en el aire a modo de saludo. Como si supiera que Benny lo estaba mirando.

Benny usó las escaleras, cosa que era fácil. Había varias escaleras y salidas de incendios en la Biblioteca, tanto en las instalaciones nuevas como en las viejas. Evitó los ascensores y las rampas, que eran accesibles para sillas de ruedas, y las escaleras mecánicas, que estaban demasiado a la vista. No sabía dónde estaba Parapsicología en el Nivel Cuatro, pero dedujo que, si subía directamente al Nueve, el viejo vagabundo no sería capaz de encontrarlo. Debido a una torpeza arquitectónica en la interfaz entre el edificio histórico

y la nueva ala posmoderna, su rincón improbable en el Nivel Nueve no era accesible. En el puente vertiginoso no cabía una silla de ruedas, de modo que Benny sabía que estaba a salvo.

Aún era temprano. Dos de los cubículos ya estaban ocupados, pero el suyo seguía vacío. Se sentó y sacó con cuidado las cosas de la mochila. Colocó el cuaderno y los lápices perfectamente alineados y fue en busca de libros, limitándose a las estanterías cercanas. El Nivel Nueve era la sección de Historia, lo que era una suerte, porque Benny estaba descubriendo que le gustaba leer sobre historia. Le gustaba el pasado. También el futuro. El problema era el presente. Volvió cargado de libros sobre el Imperio austrohúngaro, incluido uno titulado *Escudos y armamento medievales,* pero, cuando se disponía a empezar a leer, su teléfono hizo *ping*.

¡Alarma!, dijo una voz dentro de su cabeza. Era una voz nueva, metálica y robótica y no parecía conectada a un objeto, pero al menos hablaba en inglés y parecía querer ayudarlo.

Benny sacó el teléfono y comprobó la cuenta de correo falsa.

Había un mensaje en el buzón de entrada. Era de la oficina de la directora. «Estimada señora Oh», empezaba. Pinchó en él y leyó deprisa.

Sentimos saber que su hijo, Benjamin Oh, no asistirá a clase por razones de salud. Si la ausencia del alumno supera los tres días, la ley estatal requiere que su progenitor envíe una carta de su médico que con rme la necesidad de faltar a clase e incluya el diagnóstico y la fecha probable de su reincorporación. Desde Soundview High rezamos por la pronta recuperación de su hijo.

¡Peligro! ¡Peligro! Era el robot de nuevo, desencadenando un sistema de alarma interior que había pasado enseguida del amarillo (alto) al rojo (grave). Benny apagó el teléfono y miró el libro de gran tamaño en la mesa, abierto por una lustrosa ilustración de una armadura del siglo XV. ¿Qué debía hacer? Su

mirada recorrió las distintas partes de la armadura: celada, yelmo, gorjal, hombrera, falda, pancera, codera, brazalete, guantelete, quijote, greba, escarpe. Sus labios formaron en silencio los sonidos desconocidos.

¡Alarma! ¡Alarma! ¡Peligro! ¡Peligro! Una cosa era falsificar un correo de su madre. ¿De dónde iba a sacar la carta del médico? ¡Piensa! Encendió el teléfono y buscó en Google

«justificante médico falta asistencia clase». Apareció una larga lista de resultados y Benny inspiró hondo y exhaló mientras su nivel de alarma bajaba al amarillo. Vale. También necesitaría un ordenador y una impresora. Y quizá un escáner. En la Biblioteca había dos zonas con ordenadores de acceso público.

La más grande estaba en el Nivel Uno, cerca de la entrada principal, pero quedaba muy a la vista y tenía mucho trasiego de personas. La segunda estaba en el Nivel Cuatro.

No había otro remedio. Si no contestaba el correo, el instituto llamaría a su madre. Tenía que intervenir ya. Dejó los libros y el sándwich y la botella de refresco en la mesa.

—Ahora vuelvo —les dijo—. No dejéis que se siente nadie aquí.

Después volvió a cruzar el puente, deteniéndose un momento para mirar abajo antes de dirigirse a las escaleras.

El teléfono de Annabelle estaba sonando. Oía el tono de llamada *By the Seaside,* que había elegido porque sonaba a banda sonora desenfadada en órgano Hammond de unas vacaciones familiares en la playa en la década de 1950 con las que siempre había soñado, en las que había algodón de azúcar rosa y granizados azules, norias y coches de choque y enormes osos de peluche que ganaba tu padre para ti encajando un aro en el cuello de una botella. De pequeña nunca había tenido unas vacaciones familiares así. El viaje a Disneyland con Kenji y Benny era lo más parecido, y había tenido la esperanza

de repetirlo, pero ahora era demasiado tarde y en su teléfono sonaba *By the Seaside* una y otra vez, burlándose de ella.

Benny siempre le mandaba mensajes de texto, así que no sería él. ¿Sería el instituto? ¿Y dónde estaba su dichoso teléfono? Dejó de sonar. Quienquiera que fuera, que dejara un mensaje. Por lo menos sabía que no sería su supervisor.

Charlie usaba el GIE interno de la agencia cuando necesitaba ponerse en contacto con ella, lo que la sacaba de quicio.

Odiaba verlo aparecer en una esquina de su pantalla. Era como si estuviera siempre allí, acechando detrás de la delgada capa de cristal líquido.

Era casi la una y hora de comer. Atrás habían quedado los días en que Annabelle dejaba de trabajar a mediodía y se subía al autobús para recoger a Benny en el colegio y parar en Michaels de camino a casa. Para empezar, Benny no se lo permitía. Los alumnos de bachillerato no necesitaban que sus madres los fueran a recoger y los acompañaran a casa en autobús. Los estudiantes de bachillerato no necesitaban a sus madres, punto. Y en segundo lugar, Annabelle seguía en periodo de prueba en el trabajo y, además de las noticias, Charlie le había dicho que tenía que hacer un seguimiento de las redes sociales. Ya no tenía tiempo para manualidades.

Se puso de pie, oyó cómo le chasqueaba la articulación de la rodilla y al enderezarse le subió una punzada de dolor hasta la cadera. Estar sentada era malo para su salud. Se suponía que tenía que levantarse, estirarse y caminar cada veinte minutos, pero siempre se olvidaba, y le preocupaba enfermar del corazón. También le preocupaban la tensión alta, el cáncer de mama, el colesterol alto, la diabetes y la trombosis venosa profunda. Le preocupaba la muerte prematura. Se puso de pie y su teléfono cayó al suelo. Había estado sentada encima de él.

Típico de ella. Lo cogió para ver quién había llamado, pero no reconoció el número. Sería algún televendedor. El mensaje del buzón estaba en chino.

En la cocina encontró una bolsa abierta de aperitivos de maíz y un tarro a medio terminar de salsa. Se los llevó al dormitorio y se tumbó en la cama para estirar la espalda. La cama era vieja y el colchón se hundía. Había leído en internet que uno debía cambiar el colchón cada ocho o diez años, o después de treinta mil horas de sueño, pero aquel era el colchón en el que habían dormido Kenji y ella, en el que habían hecho el amor y concebido a Benny, y no soportaba imaginarlo arrumbado contra un contenedor bajo la lluvia.

Miró el reloj de la mesilla. También debía de ser la hora de comer en el instituto. Se preguntó qué tal le iría a Benny.

Cómo había disfrutado comprándole el material de vuelta a clase. Sacó el teléfono y tecleó: «¿Disfrutando de la comida?».

Esperó, pero Benny no contestó. «¿Qué tal la tartera?» Quizá el descanso para comer se había terminado ya. «¡Espero que estés pasando un buen día!» Benny siguió sin contestar. «¡Te quiero!» Miró al techo.

Los aperitivos de maíz y la salsa no la contentaron como almuerzo. Lo que de verdad necesitaba era una ensalada. Una buena ensalada con tomate, zanahoria y aguacate y otras cosas saludables. Podía coger el autobús hasta Whole Foods Market y comprar una ensalada del bufé, pero eso significaba dejar de trabajar durante una hora entera y Charlie se daría cuenta, y además, Whole Foods era ridículamente caro y las personas que compraban allí siempre la hacían sentirse mal consigo misma. Poco sana. No, dilo y ya está, Annabelle. Gorda. Te hacen sentir gorda. Pues muy bien, pensó, antes de sentarse y terminarse la bolsa de tiras de maíz y sacudirla para comerse hasta la última miga. Ya puestos… Volvió abajo. No necesitaba el bufé de ensaladas de Whole Foods. Podía comprar lechuga perfectamente aceptable en el supermercado barato, nada sano y con grandes descuentos, y hacerse sus propias ensaladas. Podía ir ese mismo día después del trabajo.

También necesitaría un escurridor de ensaladas. Antes había uno por la casa, pero llevaba tiempo sin verlo. Bueno, siempre podía comprar otro por internet.

En el cubo de reciclar no quedaba sitio para el tarro de salsa vacío, así

que lo dejó en el fregadero. La bolsa de aperitivos de maíz la metió en el cubo de basura lleno a rebosar. De vuelta en el Centro de Control, se acomodó en la silla ergonómica y se giró enérgicamente para mirar las pantallas, pero algo en la mesa llamó su atención. Allí, asomando alegre de debajo de un montón de recortes, estaba *Magia ordenada*.

¡Qué raro! ¿Cómo había llegado hasta allí el librito? El último lugar donde recordaba haberlo visto era en su cama, cuando se había quedado dormida leyéndolo. Eso había sido meses atrás, antes del Incidente de las Tijeras, y con su preocupación por Benny, se había olvidado de él. El libro debía de haber quedado sepultado debajo de otras cosas, después había llegado de alguna manera al piso de abajo y ahora estaba allí, como por arte de magia, para recordarle sus propósitos. Se enderezó y volvió a la cocina.

¿El lunes era el día de la basura o del reciclaje? El Ayuntamiento cambiaba una y otra vez el calendario. Benny solía estar pendiente, pero últimamente había dejado de hacerlo. Lo más probable es que se hubiera rendido. La señora Wong en ocasiones se lo recordaba también, pero la anciana se había caído en sus escaleras traseras, se había roto la cadera y estaba en el hospital, y ahora su hijo, el Inútil, merodeaba por la casa. Con los años, el adolescente taciturno y escuálido se había convertido en un hombre taciturno y escuálido que conducía un coche ostentoso, llevaba chándales de diseño y gafas de sol y siempre estaba intentando convencer a su madre de que vendiera el dúplex. Annabelle los oía desde su casa, la señora Wong le ladraba en chino y el Inútil a su vez le chillaba en inglés, diciéndole que era idiota por tener una mina de oro y no sacarle partido, y que no contara con él para que la cuidara en su vejez. Annabelle acababa de firmar un nuevo contrato de alquiler, pero aquello era preocupante.

Fuera, en la acera, aún quedaban algunos cubos de basura delante de las casas, pero estaban todos vacíos. El camión ya

había pasado. Descorazonada, arrastró las bolsas de vuelta al jardín y entonces lo oyó.

—Eh, oiga. Señora Oh.

El Inútil tenía una voz aguda y desagradable que no había cambiado desde la adolescencia, y siempre pronunciaba el apellido de Annabelle como si fuera una sola palabra, lo que sacaba a esta de quicio. El Inútil caminó chulesco hasta la valla que separaba los pequeños jardines traseros y se apoyó en ella. Levantó una mano para taparse la marca de nacimiento que tenía en uno de los lados de la cara.

—Oiga, señoraó, ¿va a estar por aquí luego? Tengo una carta para usted de mi madre.

—Ah, qué bien. ¿Qué tal se encuentra?

El Inútil se encogió de hombros.

—Está bien. —Miró las bolsas que sujetaba Annabelle—.

Dice que tiene que limpiar usted esta casa. Que es un peligro para la salud, y con ello me refiero a toda esta basura y a los cuervos a los que da de comer. Tiene que deshacerse de ellos.

Mamá se rompió la cadera por culpa de dos cuervos que la estaban mirando; por eso se cayó por las escaleras.

Annabelle frunció el ceño.

—¿Ha dicho eso su madre?

Había visitado a la señora Wong en el hospital para llevarle el contrato de alquiler firmado y el cheque del mes, y la anciana le había dicho que se había tropezado con el escalón porque estaba roto.

—El inútil de mi hijo dice que lo arregla, pero… —La señora Wong había meneado la cabeza—. Ojalá tu marido Kenji no muerto.

No había mencionado los cuervos.

El Inútil se puso evasivo.

—Esos pájaros son malos. Y toda esa comida que les da atrae ratas y bichos. Nos va a poner una multa el Departamento de Salud Pública por tener ratas y bichos. ¿Sabe cuánto dinero es una multa del Departamento de Salud Pública por tener ratas y bichos?

Annabelle no lo sabía, pero tampoco había visto ni ratas ni bichos.

—¡Tiene que limpiar esta porquería y dejar de dar de comer a los cuervos!

El Inútil se apartó de la valla y volvió a su lado del jardín, dejando a Annabelle allí plantada con la basura. Pensó en sacar las bolsas al callejón y tirarlas al contenedor de la Tienda de Segunda Mano, pero eso era ilegal. En fin, pensó, y dejó las bolsas a los pies de los escalones de entrada. No tenía sentido castigarse por algo así. Lo intentaría de nuevo el jueves. «Con eso es suficiente», se dijo a sí misma con amabilidad. Basta con intentarlo.

Ya dentro de casa, encontró una botella de *frappuccino* de Starbucks en la nevera. Era el de sirope de calabaza y especias que había comprado rebajado después de Halloween.

Desenroscó el tapón y dio un sorbo. Estaba frío y dulce y cremoso, su recompensa por intentarlo. Fue al cubo de la basura para tirar el tapón, pero ya no había bolsa en el cubo y recordó que se le habían terminado. Dejó el tapón sobre un montón de cartas en la mesa de la cocina, donde se aseguraba de verlo después. Decididamente iría al supermercado después de trabajar. Bolsas de basura y lechuga.

Se llevó el *frappuccino* al Centro de Control e inició sesión en la página

de la gestión de proyectos en equipo y repasó sus canales. A ver, ¿por dónde iba? Abrió el navegador. Ah, sí, escurridores de lechuga.

21

Los ordenadores públicos del Nivel Cuatro estaban situados en un área central delimitada por estanterías. El mostrador de

información estaba en uno de los lados y, sobre él, un letrero decía «CIENCIAS SOCIALES». Era una parte de la Biblioteca que Benny rara vez visitaba y confió en que los bibliotecarios no le hicieran preguntas. La voz metálica y robótica musitaba:

¡Atención! ¡Atención! Inspeccionó el área en busca del banderín naranja del vagabundo. No estaba por ninguna parte y la voz de alarma se calló.

Con la cabeza baja, recorrió el perímetro en busca de un terminal sin ocupar. Pasó «RELIGIONES», a continuación

«FILOSOFÍA», a continuación «PSICOLOGÍA», y a continuación levantó la vista: «PARAPSICOLOGÍA Y OCULTISMO».

¡Alarma! ¡Alarma, Will Robinson!

Esta vez Benny reconoció la voz metálica. Era el robot del viejo programa de televisión *Perdidos en el espacio* que solía ver con su padre. ¿Qué hacía allí? Se escondió detrás de un estante de libros.

¡Atención! ¡Peligro! ¡Se acerca una nave extraterrestre!

Benny asomó la cabeza, esperando ver la silla de ruedas eléctrica derrapando al doblar la esquina, pero todo estaba tranquilo. Miró los libros del estante. No sabía lo que era la parapsicología, pero cualquier psicología, incluso la normal, lo ponía nervioso. Esperó, escondido, hasta que la voz robótica cesó, luego encontró un ordenador libre y usó su carné de la biblioteca para iniciar sesión. Tecleó «justificante médico falta asistencia clase» y repitió la búsqueda.

Los mejores justi cantes médicos falsos, 19 + documentos. Versiones para imprimir y rel enar ¡gratis!

Plantil as para justi cante médico falso para trabajo/clase.

¡Garantizado!

Había 237 000 sitios web. Pinchó en el primer enlace y empezó a leer.

Un justi cante médico es fundamental para que el paciente pueda aportar una prueba fehaciente de que no puede asistir a clase porque tiene médico. Este útil justi cante para rel enar en PDF sirve para con rmarlo, ¡aunque no sea verdad! Puedes usarlo a modo de astuta disculpa con tus profesores.

El sitio ofrecía modelos de justificantes de distintas clases de médicos —oncólogos, urólogos, dermatólogos, psicólogos

—, algunos gratuitos, otros disponibles para comprar a granel.

El material de papelería también era importante, comprobó Benny. Encontró un modelo con el dibujo de un osito de peluche sujetando un globo con una cara sonriente pintada que le recordó a la decoración de la consulta de la doctora Melanie. Escribió su nombre y dirección, pero a la hora de incluir el número de teléfono vaciló. El sitio web ofrecía un servicio de verificación telefónica con un mensaje de buzón de voz que sonaba igual que el de un médico, pero costaba dieciocho dólares, así que se inventó un número.

En la línea debajo de «NOMBRE DEL PACIENTE», escribió:

«Benjamin Oh».

Debajo

de

«DIAGNÓSTICO»,

escribió

la

palabra

«prodrómico», seguida de «esquizoafectivo», que era lo que había oído decir a la doctora Melanie. Se acordaba de

«prodrómico» porque le gustaban los sonidos de sus sílabas, que le recordaban a drones, dromones, dromeosáuridos y dromedarios, pero odiaba «esquizoafectivo», que era una palabra terrible, con letras puntiagudas igual que dagas y trampas esperando para apuñalarte y atraparte. Con palabras como «esquizoafectivo» había que andarse con cuidado.

Luego, en la sección de notas, copió y pegó su texto:

«Benjamin Oh ha sido ingresado en la Unidad de Psiquiatría Pediátrica del Children's Hospital bajo mi supervisión y no asistirá a clase hasta nuevo aviso».

Imprimió la carta en la impresora a monedas, usando las que le había dado su madre para comprar un refresco.

Recordaba haber visto la firma aniñada de la doctora Melanie en una receta y, después de practicar unas cuantas veces en un trozo de papel, firmó la carta, la escaneó y la adjuntó a modo de respuesta al correo de la directora desde la falsa cuenta de Annabelle O. Cuando estaba a punto de enviarla, sin embargo, se fijó en la hora. La falsificación del justificante le había llevado menos de dos horas y la doctora Melanie nunca tardaría tan poco en contestar a nadie. Todos los médicos de Pedipsi eran iguales. Su madre decía que les gustaba hacer esperar a la gente para parecer ocupados e interesantes.

Guardó el correo como borrador y cerró sesión. Esperaría.

Sería paciente. Un paciente paciente. Meneó la cabeza para despejarse. No le gustaban las palabras que se comportaban así, burlándose de él con sus diferentes significados. Se puso de pie y miró por encima del ordenador. El camino estaba despejado. Necesitaba ir a un piso más alto.

De vuelta en el Nivel Nueve se relajó un poco. En el rincón todo estaba como debía estar. La señora que tecleaba seguía tecleando, rodeada de sus libros. Levantó la vista e inclinó la cabeza cuando vio a Benny, y su suave tecleo sincopado sonó igual que gotas de lluvia. El estudiante de intercambio de Oriente Próximo seguía dormido y roncando suavemente, con la mejilla apoyada en las páginas de un libro de astronomía.

En la pantalla de su portátil, una retransmisión en directo de un cúmulo estelar, visto por un telescopio en un observatorio chileno, se cargaba cada pocos segundos y se sincronizaba con sus exhalaciones, de modo que daba la impresión de que su respiración controlaba el ritmo al que se refrescaba la imagen de las estrellas. Encima de la mesa, junto a un bocadillo de falafel a medio comer, había una calculadora.

Benny cayó en la cuenta de que también él tenía hambre.

Sacó sus provisiones y dispuso a su alrededor los libros de historia que

había cogido antes. Su Nivel de Alerta había bajado a azul, pero ahora subió a amarillo cuando su teléfono

hizo *ping*. Era un mensaje de texto de su madre. Y otro. Y un tercero. Globos verdes con palabras que se amontonaban en su pantalla, chillando cada vez más. Silenció el teléfono, dio un mordisco a su sándwich, abrió *Escudos y armamento medievales* por una página al azar y empezó a leer sobre trabuquetes y petardas. Las descripciones de las máquinas de guerra lo calmaron y las voces de su cabeza se callaron. Y el sándwich estaba rico. Mandó un mensaje a su madre: «Sí —

escribió—. Comiendo».

Leyó durante tres cuartos de hora y, cuando terminó el capítulo, levantó la vista. Todas las voces tintineantes, incluso las lejanas, se habían callado y ahora lo envolvía un suave manto de sonido, un silencio ambiente que incluía el débil ronquido del estudiante de intercambio, pero también algo más, una ausencia de sonido, un fino hilo de silencio. ¿Qué faltaba? Benny se inclinó, asomó el cuello por la abertura del cubículo e identificó la fuente. La señora mecanógrafa se había marchado.

Daba la impresión de acabar de dejar la mesa, quizá para ir al baño o a las estanterías en busca de más libros. Su portátil y su mochila tampoco estaban, pero Benny supuso que se los había llevado; hacía poco había habido robos en la Biblioteca y se aconsejaba a los usuarios que no dejaran objetos de valor sin vigilar. Su jersey seguía en el respaldo de la silla, guardándole el sitio, y sus libros estaban amontonados sobre la mesa. Benny ladeó la cabeza e intentó leer los títulos en los lomos. *Cuentos de los hermanos Grimm* era uno. *El jardín de senderos que se bifurcan,* otro. *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica,* un tercero, y luego había otros cuyos títulos no acertó a leer.

Se puso de pie. No se veía a nadie, de modo que entró en el cubículo y cogió el libro de los hermanos Grimm. Había reconocido el título de su estantería de casa, pero su edición era alegre y de colores vivos, un volumen fino y expurgado, con el dibujo de una princesa de expresión recatada huyendo de una malvada bruja a través de un macizo de rosas rosa.

ENTENDER A RAINER WERNER FASSBINDER

EL CINE COMO ARTE PÚBLICO Y PRIVADO

Estos cuentos de los Grimm, en cambio, no eran ni de vivos colores ni alegres. Era un grueso tomo encuadernado en piel con tapas rojo oscuro, el color de la sangre reseca. En la piel había estampado un inquietante bosquecillo con árboles cuyas raíces y ramas eran como venas pegadas a la piel. De la parte superior del libro asomaba una tira de papel a modo de marcapáginas. Benny abrió por el cuento de Hansel y Gretel y el papelito cayó revoloteando al suelo. Lo cogió y leyó: Hansel y Gretel están sanos y salvos, y

viven en Berlín.

Las palabras estaban escritas en cuidadosa letra que imitaban la de una máquina de escribir. Benny dobló deprisa el papel, se lo guardó en el bolsillo, restituyó el libro al montón y volvió a su cubículo. Sacó su cuaderno de Redacciones y comparó el papel con los que tenía allí pegados. La letra era la misma. Le dio la vuelta. En el dorso había una retahíla de números —791.43/0233/092— que reconoció como la signatura de un libro. Benny recelaba de los números de las signaturas. Sabía que, en su euforia, podían desmadrarse y causar alboroto, pero a pesar de ello se levantó y los siguió de vuelta a las estanterías.

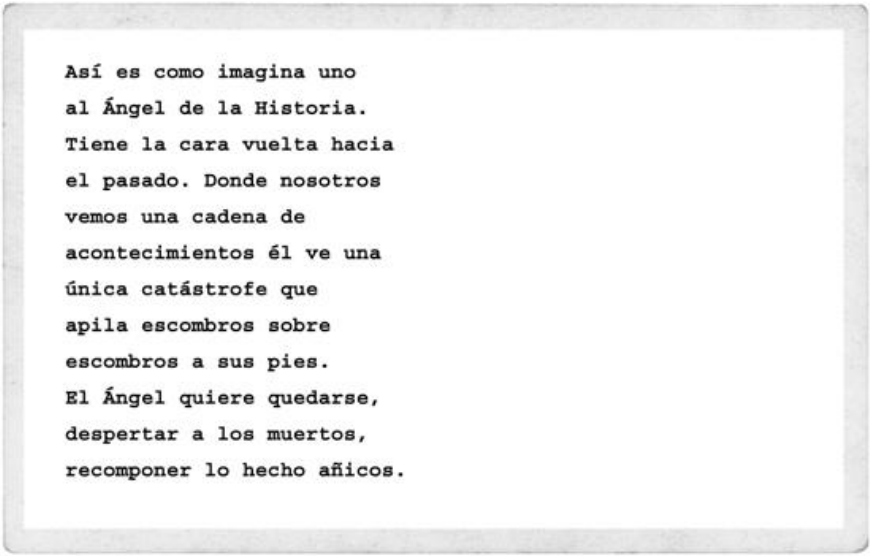
La signatura lo llevó al Nivel Siete, a la sección de Deportes, Juegos y Ocio, una parte de la Biblioteca en la que nunca había estado. El número 791.43/0233/092 estaba en la sección de Cine, y pronto localizó el libro.

Estudió la cubierta. Si la cubierta de un libro es su cara, entonces este tenía un semblante áspero y artístico. Debajo del título había una fotografía en blanco y negro de un hombre de mediana edad con mejillas regordetas y barba estropajosa, que

miraba con expresión traviesa por encima de unas gafas de gruesa montura negra. Los ojos del hombre tenían un brillo lunático y le recordaron a Benny al viejo pordiosero, Slavoj.

Eran ojos pícaros, hinchados, como los de Kenji una mañana después de haber trasnochado. La barba rala y estropajosa también se parecía un poco a la de Kenji. Benny se sentó en el suelo y abrió el libro, le dio la vuelta y lo sacudió. Las páginas aletearon, vacías. Nada. No había tiras de papel. Empezó a hojear el libro en busca de nuevas pistas, pero pronto se distrajo con las ilustraciones. No había muchas, solo unas cuantas fotografías de actores alemanes. Una de ellas era una chica con pelo rubio ondulado que se parecía a Annabelle cuando era joven y bonita. El hombre de la cubierta aparecía con ella en algunas, pero Benny decidió que tampoco se parecía tanto a Kenji después de todo. El hombre se llamaba Fassbinder. Era un cineasta, pero ninguna de sus películas parecía demasiado interesante. Benny pasó páginas deprisa hasta el final del libro. Igual es que tenías que ser alemán.

Al cerrar el libro vio un bolsillo de préstamo, de esos anticuados anteriores a la tecnología de código de barras, pegado al interior de la cubierta trasera. Dentro había una tarjeta postal. Benny la sacó. Era de esas postales que se venden en las tiendas de los museos y que representan grandes obras de arte, solo que esta solamente tenía el dibujo de un monigote garabateado en un papel que estaba mojado y marrón por las esquinas. El monigote tenía una mata de pelo rizado y llevaba falda, pero, después de estudiar la cara oblonga y la mandíbula cuadrada, Benny decidió que era un hombre, a pesar de la falda. Sus ojos, muy separados y almendrados, miraban más allá del hombro derecho de Benny, en dirección a la procedencia de las voces. Se giró para mirar, pero solo vio una hilera de libros descansando en silencio en los estantes. Volvió a mirar la postal. El hombre tenía los brazos extendidos y levantados, como si alguien lo apuntara con un arma. Tenía la boca abierta y sus largos dientes parecían muñones con agujeros entre medias. Los estampados



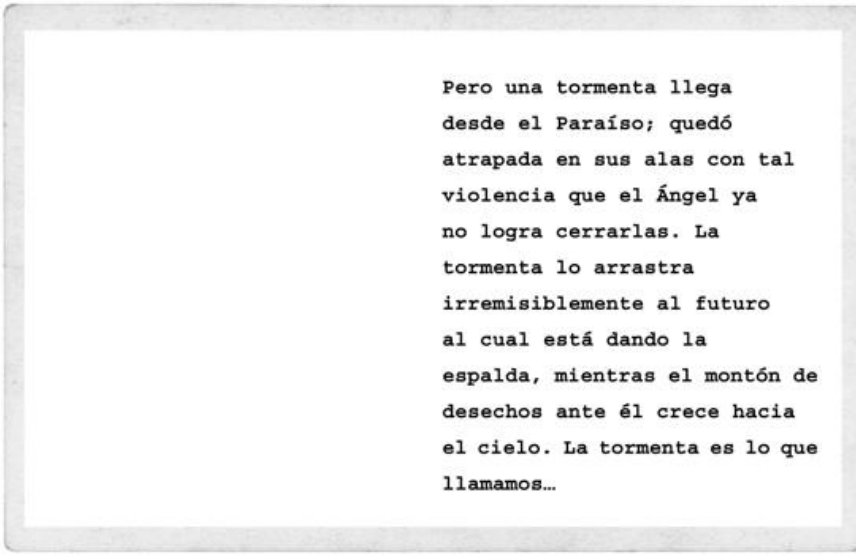
de su ropa no tenían sentido y los rizos de su cabeza parecían pergaminos desenrollándose.

Y sus pies descalzos tenían solo tres dedos cada uno.

Y sus dedos daban la impresión de estar amputados a la altura de los nudillos.

Y sus brazos extendidos eran en realidad alas.

Benny le dio la vuelta a la postal. *«Angelus Novus»*, decía el pie de foto. «Artista: Paul Klee, 1920. Esgrafiado de aceite y acuarela sobre papel. Museo de Israel.» Así que no era un dibujo infantil. Era Arte, pero Benny no leyó el resto del pie de foto porque sus ojos habían ido derechos al texto de la postal, donde vio un bloque de palabras escritas con la misma letra de molde imitando una máquina de escribir: A la derecha de la tarjeta, en el espacio reservado al nombre y dirección del destinatario, el texto continuaba:



Las palabras se interrumpían, dejando la frase a la mitad.

¿Cómo se llamaba la tormenta? Benny dio la vuelta a la postal y estudió de nuevo el dibujo. No parecía un ángel. Guardó la postal en su cuaderno de Redacciones y devolvió el libro de Fassbinder al estante. Y ahora ¿adónde?, se preguntó.

22

La búsqueda de un escurridor de lechuga resultó ser más compleja y larga de lo que había previsto Annabelle, puesto que los había de plástico y de acero inoxidable, con manivela para girar y cordeles de los que tirar, émbolos que empujar e incluso un sofisticado artilugio de Suiza con palanca de trinquete. Después de comparar precios y funcionalidades, se decidió por uno que parecía tanto resistente como moderadamente económico y que tenía reseñas de usuarios aceptables. Era una elección sensata, pero que sin embargo la dejó algo insatisfecha. Miró la hora. Tenía que ponerse a trabajar otra vez, aunque en realidad no había hecho más que una pausa para comer porque carecía de escurridor de ensalada y de los ingredientes para preparar un plato saludable (aunque a partir de ahora sí los tendría). Mientras pensaba todas estas cosas, se encontró navegando por eBay.

Cinco minutos, pensó. Solo cinco minutos.

¿Qué empuja a una persona a querer tantas cosas? ¿Qué es lo que da a las cosas ese poder de encandilar y ¿existe un límite al deseo de más?

Los libros estamos muy familiarizados con preguntas como esta; son el ADN de vuestras historias humanas más antiguas, expresadas en los relatos que se narran en nuestras páginas sobre dioses celosos y jardines, serpientes parlantes y manzanas dulces e irresistibles.

Tomemos, por ejemplo, esa manzana, una cosa que existía fuera de Eva y cuya magia terrible la atrajo (o quizá fue Eva la que atrajo a la manzana), provocando que ambas se perdieran en la fusión. Pero ¿residía el poder de encandilar en la dulce carne de la fruta roja y sonrosada o en la lengua bífida de la serpiente que tan deliciosamente contó la historia? ¿Y fue la manzana engatusada también?

¿Y qué hay de la historia en sí? ¿Son las palabras el conducto a través del cual viaja vuestro deseo? ¿O no son más que algo secundario, un añadido, un subterfugio de la mente humana para justificar el ansia prelingüística que lo prefigura?

¿Y qué hay de esa cuestión tan preocupante del «más»?

Para la mayor parte de los humanos a lo largo de la historia,

«más» ni siquiera era una opción. «Suficiente» constituía el objetivo y era, por definición, suficiente. La Revolución Industrial cambió todo eso, y a principios de la década de 1900

las fábricas estadounidenses producían más artículos que nunca antes, mientras la emergente industria publicitaria usaba su lengua bífida para convertir a los ciudadanos en consumidores. Pero ya mientras florecía esta nueva economía, empezó a haber signos de que el crecimiento se ralentizaba y estas mismas preguntas comenzaron a preocupar a los industriales americanos. ¿Qué empuja a una persona a querer tantas cosas? y ¿existe un límite al deseo de más? O, dicho de otra forma, ¿existe un punto de saturación llegado el cual el consumidor americano tenga suficiente y que pueda conducir al colapso del mercado?

Herbert Hoover, entonces secretario de Comercio, recibió el encargo del presidente Coolidge de encontrar respuestas a estas preguntas y, en 1929, el Comité Presidencial para Cambios Económicos Recientes publicó sus jubilosas conclusiones:

La encuesta demuestra de modo concluyente lo que desde hace tiempo se ha considerado teóricamente cierto, a saber, que los deseos son casi insaciables; que a un deseo satisfecho le sucede otro nuevo. La conclusión es que, desde el punto de vista económico, tenemos ante nosotros un campo in nito; que hay nuevos deseos que, en cuanto sean

satisfechos, darán siempre paso a otros más nuevos.

(La negrita es añadida.)

En eBay había globos de nieve para dar y tomar. Los había de todos los colores y temas y precios, y Annabelle quedó encantada simplemente con la variedad. Ya solo que se te ocurriera fabricar globos de nieve era creativo, pero, además,

¡que fueran de tantos tipos distintos…! Ella ya tenía colecciones de otras cosas: de juguetes *vintage,* de libros, de botellas y postales, cada una con su propia historia. No había sido su intención coleccionar también globos de nieve, pero el de la tortuguita que había comprado en la Tienda de Segunda Mano la había animado tanto… Estaba delante del monitor principal de su Centro de Control y, cada vez que las noticias la abrumaban, cogía el globo, le daba la vuelta y miraba las partículas iridiscentes girar y posarse. Dentro del globo no había noticias y nada cambiaba nunca. Allí dentro el mundo siempre era exactamente igual y esto le resultaba reconfortante. Por supuesto era triste que la cría de tortuga estuviera atrapada, encerrada y nadando sola dentro de la esfera. También que la madre tortuga la mirara desde fuera sin poder entrar. Pero se veían la una a la otra a través del cristal y, cosa extraña, este pensamiento llevó a otro: que quizá a las tortugas les gustaría tener un amigo.

El primero que compró en eBay era un globo musical con motivos del arca de Noé. Encima del arca dentro del globo había parejas de osos, ciervos, jirafas y tórtolas, mientras que fuera, en la base, delfines, tortugas y peces chapoteaban en olas de plástico. La canción era de *Doctor Dolittle,* que había sido una de las películas preferidas de Annabelle cuando era pequeña. Había encontrado una copia en VHS en un rastrillo y, cuando Benny era pequeño, solían hacerse un ovillo en el suelo para verla y cantar juntos *Talk to the Animals*. Benny estaba convencido de que cuando creciera también podría hablar con los animales y los dos mantenían largas conversaciones sobre qué idioma debía aprender primero.

¿Idioma canguro o hipopótamo? ¿Orangután o pulga? Quizá mofeta, dijo Benny, porque entonces, si aparecía una mofeta en el callejón, podría hablar con ella y pedirle con educación que se fuera. Annabelle recordaba el placer que sentía al oír estas deliberaciones; por eso en cuanto vio el arca musical en eBay pujó por ella.

Después de aquello, los globos de nieve proliferaron con rapidez. Tenía uno con un terrier escocés adorable, uno *vintage* con una

preciosa bailarina atándose la zapatilla y uno histórico que conmemoraba un barco pirata hundido que había existido de verdad llamado *Whydah,* con doblones de oro diminutos flotando en el agua. Empezó a centrarse en motivos de cuentos infantiles y se fijó el reto de encontrar aquellos que no fueran muy de Disney. Tenía uno de Rapunzel y uno de Blancanieves y ahora estaba pujando por uno encantador de Hansel y Gretel.

La puja estaba en 27,45 dólares, más de lo que quería pagar, pero los hermanitos cogidos de la mano y mirando la casa de jengibre eran irresistibles y, si observabas con atención, hasta podías ver a la bruja asomada a la ventana de azúcar. Miró la hora. Eran las 3:52. La subasta terminaría dentro de ocho minutos, y su oferta seguía siendo la más alta.

3:53. Estos últimos minutos eran decisivos. Podían acechar francotiradores, esperando hasta los últimos segundos.

Annabelle ya había perdido artículos así en el pasado.

3:55. Su puja seguía siendo la más alta. Se había fijado 35

dólares como tope, pero ahora le entraron dudas. ¿Y si no era bastante? Tecleó 40 dólares y, en el preciso instante en que le daba al Intro, sonó el timbre. ¡Qué oportuno! Probablemente era el Inútil con la nota de su madre. Se preguntó qué querría la señora Wong. Cuando Kenji vivía, en ocasiones la anciana los visitaba con regalos: un rábano japonés largo y blanco de su huerto, un puñado de brotes de mostaza chinos o la cabeza de un pescado. Trabajaba en una planta de procesamiento destripando pescados y le llevaba las cabezas a Kenji para que las cocinara. Este las salaba y las hacía a la parrilla o preparaba una sopa de cabeza de pescado, arrancando los ojos o las tiernas carrilladas del cartílago con las delicadas puntas de unos palillos. Las cabezas eran exquisitas, decía. Cuando murió, la señora Wong dejó de llevarlas.

Sonó otra vez el timbre. Annabelle subió su puja máxima a 45 dólares, fue hasta la ventana y se abrió camino por encima de una pila de periódicos para apartar la cortina. El Inútil estaba en el porche con un sobre en la mano.

—¡Eh, señoraó! —dijo aporreando la puerta—. Abra.

Annabelle soltó la cortina. ¿La habría visto? Oyó unos arañazos. El Inútil estaba intentando meter el sobre por debajo de la puerta, pero la puerta delantera ya no se usaba nunca porque había tantas cosas

acumuladas en el recibidor que era difícil abrirla. Lo oyó maldecir y acto seguido llamó al timbre por tercera vez.

—¡Sé que está ahí, señoraó! Oigo la radio. Escuche, le dejo esta carta de mi madre delante de la puerta. Será mejor que la lea. Y será mejor que vacíe el buzón también. Se le están acumulando las facturas. Le van a cortar la luz.

Annabelle esperó detrás de la cortina corrida y oyó al Inútil bajar los escalones de la entrada hecho una furia. Para ser un hombre tan menudo, hacía mucho ruido. Tenía razón en lo del buzón. A veces dejaba cartas importantes dentro porque al menos así sabía dónde estaban. Volvió al ordenador, tecleó 50

dólares y se recostó en el respaldo, sintiéndose aliviada. Era una pequeña garantía. Mientras su puja fuera la más alta, aún podía ganar.

3:59. Quedaba menos de un minuto. Empezó a hacer la cuenta atrás y entonces, cuando faltaban solo veinte segundos, la puja subió a 32,45 dólares. ¡Y siguió subiendo! ¡Nada menos que dos francotiradores estaban pujando por su Hansel y Gretel! Contuvo la respiración, cruzó los dedos y contó: cinco, cuatro, tres, dos…

El mensaje de «¡Enhorabuena, has ganado!» apareció en su pantalla junto con su puja ganadora: 49,45 dólares. Annabelle se recostó en la silla, triunfal.

Qué agradable era ganar.

23

Volvió a su cubículo cargado de libros sobre el pintor Paul Klee, quien resultó ser un famoso artista alemán con barba rala y bigote como los del famoso cineasta alemán. Apiló los libros nuevos encima de *Escudos y armamento medievales* y empezó a hojearlos. Las pinturas del artista eran extrañas, coloridas y, en cierto modo, musicales, pensó. Como si la pintura pudiera de un momento a otro empezar a cantar una canción, así que, sin proponérselo, Benny acabó mirando las imágenes y también escuchándolas. Había representaciones de gatos y pájaros y peces y globos, o tal vez eran lunas; era difícil saberlo. Parecían bastante arbitrarias.

Paul Klee había pintado muchos cuadros, pero al cabo de un rato Benny encontró el que buscaba, *Angelus Novus,* el tipo con falda. Estudió la imagen. ¿Qué tenía que ver aquella pintura con Hansel y Gretel? ¿Con el famoso director de cine alemán cuyo nombre ya había

olvidado? Esperó, confiando en que el cuadro le diera la siguiente pista.

Nada.

Era descorazonador. Sacó su cuaderno de Redacciones y lo abrió por la hoja en la que había pegado todas las otras tiras de

papel. Desde el verano, cuando fue a la Biblioteca por primera vez, había estado esperando que ocurriera algo. Alguien —

había albergado la esperanza de que fuera Alice, o Athena, o como fuera que se llamara— lo había citado allí, pero ¿por qué? Se sacó del bolsillo el papel que había encontrado en el libro de cuentos y lo puso sobre la hoja rayada al final de su colección.

Hansel y Gretel están sanos y salvos, y

viven en Berlín.

Sacó su barra de pegamento de la mochila y pegó el papel en la página. Los trozos de papel eran como las migas de pan de Hansel en el camino que atravesaba el bosque, y Benny había tenido la esperanza de que lo condujeran a aquello que se suponía tenía que ocurrir, solo que no había sido así. Miró resentido el *Angelus Novus,* que seguía negándose a devolverle la mirada y mantenía los ojos obstinadamente fijos en ese punto encima del hombro de Benny. Aquella mirada de soslayo lo ponía nervioso, pero, cuando se giró, vio que seguía sin haber nada detrás de él. En los cubículos vecinos, el chico de la astronomía seguía dormido, pero la mujer mecanógrafa había vuelto y estaba mirando a Benny y tecleando a la vez, como si estuviera estudiándolo y tomando notas de campo rápidas y detalladas a partir de sus observaciones. ¿Se habría dado cuenta de que faltaba el papel del libro de los hermanos Grimm? Benny nunca había visto a nadie teclear tan deprisa.

La mujer se dio cuenta de que la miraba y saludó con una inclinación de cabeza, pero sus dedos no bajaron el ritmo.

Benny apartó la vista.

¿Lo estaba espiando? ¿Estaba escribiendo un informe sobre sus novillos que después mandaría a la directora del instituto?

¿Estaba tomando notas sobre su comportamiento para la psiquiatra? Tenía que asegurarse, pero, cuando volvió a asomarse, la mujer tenía

la vista fija en su portátil y parecía muy concentrada. Quizá no tenía las gafas bien graduadas, porque guiñaba los ojos y fruncía el ceño alternativamente

mientras miraba la pantalla, lo que le daba a su cara un aspecto entre quijotesco y feroz. La miró un rato más, pero la mujer no se dio cuenta; de repente era como si Benny no existiera.

Entonces se tranquilizó. Le gustaba tener la sensación de no existir. Empezó a hojear el libro de Paul Klee con el deseo de leer algo sobre el Ángel, pero el libro estaba escrito de una manera que no conseguía entender y pronto empezó a bostezar y a tener otra vez mucho sueño. Quizá era la medicación, o simplemente el efecto soporífero de estar en la Biblioteca Pública por la tarde. Apoyó la cabeza en el libro abierto, con la nariz en el regazo del Ángel. Escuchó los sonidos suaves y rápidos de los dedos de la mujer que tecleaba. Antes habían sonado como gotas de lluvia, pero ahora se parecían más a una bandada de estorninos abandonando un trigal y posándose de nuevo para fundirse con el silencio ambiente de la Biblioteca.

O quizá estorninos no. Quizá olas. Quizá los estorninos se estaban transformando en olas que rompían en la arena y hacían cosquillas a las piedrecitas y los trocitos de concha antes de retirarse. Un vaivén de olas y estorninos, de tamborileo de dedos en un teclado, el susurro al pasar una página, las exhalaciones de las estrellas interrumpidas por algún ronquido ocasional. Benny oyó todos estos sonidos crecer y menguar y supo que, lo mismo que las voces que oía, estaban allí, siempre lo estarían, yendo y viniendo, de fondo.

24

La carta que el Inútil había intentado meter por debajo de la puerta informaba a Annabelle de que, mientras la señora Wong estuviera en la residencia de mayores haciendo rehabilitación por su caída, había delegado sus deberes como casera en su representante Henry K. Wong. A continuación decía que, tal y como estipulaba el contrato de alquiler de Annabelle, los inquilinos tenían la obligación de mantener sus viviendas limpias, ordenadas y libres de detritos, lo que incluía tirar la basura y los residuos para reciclar que pudieran atraer plagas o suponer un riesgo de incendio. Concluía con un recordatorio de otra cláusula incluida en el contrato según la cual el casero

o su representante tenían derecho a hacer inspecciones periódicas de la vivienda alquilada y, por tanto, se pedía a Annabelle que llamara al representante, Henry K. Wong, y concertara una cita para una

inspección antes de que terminara el mes.

Annabelle estaba segura de que la señora Wong no había escrito aquella carta. Era una mujer de mucho carácter a la que no le pegaba nada dejar sus asuntos en manos de su hijo, y en todos los años que llevaba Annabelle viviendo allí no había hecho ni una sola inspección. Sin duda se restablecería enseguida de la cadera y saldría de rehabilitación. Pero aun así la carta era preocupante. Estaba claro que el Inútil tramaba algo. ¿Y si convencía a su madre de vender? ¿O usaba la acumulación de archivos de Annabelle como excusa para rescindirle el contrato de alquiler? ¿O para echarla? Tenía que ponerse de una vez por todas con su proyecto de ordenar y deshacerse de los archivos acumulados antes de que la señora Wong volviera a casa.

El problema de los archivos cada vez era más serio. En mayo, cuando Annabelle logró evitar su despido y negoció su traslado a radio, televisión y medios digitales, respiró aliviada, convencida de que dejar la prensa escrita pondría fin a la incesante avalancha de papel que entraba en su pequeña casa.

Una vez contenido el flujo, podría ocuparse de lo acumulado, y Benny la ayudaría a sacar todas las bolsas de basura y vivirían otra vez en un entorno limpio y agradable.

Pero Annabelle no había contado con la política que tenía la compañía de hacer copias en DVD de todos los vídeos de los programas de los principales canales de noticias de radio y televisión durante las veinticuatro horas del día. De manera que, además del flujo diario de periódicos y otros materiales impresos, ahora tenía bolsas llenas de discos no reciclables amontonadas en todos los rincones de la casa e invadiendo el porche y el jardín trasero.

La acumulación de toda esa cantidad de noticias era deprimente.

Respiró hondo y miró la hora. Su turno estaba a punto de terminar y necesitaba salir a estirar las piernas. Subió el último informe, cerró sesión en el portal, se puso de pie y se desperezó. Seguía doliéndole la zona lumbar. Tal vez necesitaba una de esas mesas altas para trabajar de pie. Fue a buscar su abrigo y su bolso. Benny llegaría pronto del instituto. Iría dando un paseo a comprar bolsas de basura, lechuga y algo agradable y sano para la cena y, mientras se hacía, ordenaría la cocina para que pudieran sentarse a la mesa y hacer una comida en condiciones. Y, quizá, de camino a la tienda de alimentación podría parar a saludar en la de segunda mano. Ahora que Benny había vuelto al instituto, le preocupaba menos su aislamiento social y más el suyo

propio.

Nunca se había sentido sola cuando Kenji vivía y se dio cuenta de que también echaba de menos el contacto humano que había tenido en la oficina. Las señoras de la Tienda de Segunda Mano no eran exactamente sus amigas, pero eran todas muy simpáticas y podía comprarle algo divertido a Benny.

La campanilla de la puerta que anunciaba su llegada era alegre y le daba la sensación de volver a casa. Comprobó quién estaba detrás del mostrador y vio que era Jazmin, la mujer haitiana que había perdido su hogar en aquel terrible terremoto. A Jazmin la había ayudado una organización humanitaria cristiana, y Annabelle, al haber hecho un seguimiento de las operaciones de ayuda humanitaria en Haití, estaba bastante informada de los esfuerzos de rescate, de manera que habían hecho buenas migas. Jazmin estaba con un cliente, así que Annabelle la saludó con la mano y señaló la sección de ropa de chico al fondo.

—Buena suerte — dijo Jazmin.

Tenía un nieto en Puerto Príncipe de edad parecida a la de Benny y a menudo Annabelle y ella reían sobre sus

adolescentes y sobre lo maniáticos que eran con la ropa.

Benny siempre insistía en ponerse la misma sudadera negra con capucha, que le daba aspecto de uno de esos harapientos chicos callejeros que andaban mendigando por el centro. Sin duda encontraría algo más bonito que querría dignarse llevar.

Pasó junto a la sección de ropa de señora, luego junto a la de hombre, y tuvo una punzada de dolor al ver una hilera de perchas con camisas de franela. Todas las camisas de Kenji las había encontrado allí y echaba de menos comprarle cosas. El otoño era un buen momento para la franela. Vio un bonito estampado de cuadros atravesados por finas rayas color rosa.

De vivir Kenji, se la habría comprado como regalo. Lo imaginó desenvolviéndola y con la cara iluminada mientras se la probaba y posaba para ella. Le gustaban las camisas gastadas que estaban descoloridas y suaves por el uso.

Annabelle acarició la manga. Precisamente el otro día había recortado un artículo en el periódico sobre un hombre mayor que seguía comprando regalos a su difunta mujer, años después de que esta muriera, algo que no extrañó en absoluto a Annabelle. Solo le resultó

conmovedor, triste y, en cierta manera, noble, pero quizá para una esposa era distinto. Quizá que una esposa viva comprara regalos a su marido muerto era simplemente lamentable, y además, Kenji ya tenía camisas suficientes y ella necesitaba centrarse en el proyecto de hacer la colcha conmemorativa con las que ya había en casa. Había llegado a dibujar el patrón y a calcular el tamaño de los cuadrados de tela que necesitaría, pero, cuando llegó el momento de cortar, le faltó valor. Se había detenido con las tijeras en la mano, abiertas sobre la costura del hombro, porque cortar aquella camisa era como cortar un cuerpo y no se sentía capaz.

La sección de ropa de chicos no tenía nada que pudiera gustar a Benny, así que Annabelle fue a los estantes de zapatos. Las deportivas se le estaban quedando pequeñas, pero las que había de su número estaban todas gastadas y raídas.

Qué mal trataban los chicos jóvenes el calzado. Tendría que ir al centro comercial y comprarle un par nuevo.

Y ahora ¿qué? Se paró frente a los estantes de zapatos y paseó la vista por la tienda. No necesitaba nada, no quería nada, pero, en lugar de sentirse liberada por ello, se sentía descorazonada, estafada incluso. Había trabajado tan duro que sin duda se merecía algo. Pero no había nada que hacer. Sería mejor que fuera a comprar comida, aunque la idea de cocinar algo le suponía ahora un esfuerzo y cada vez la atraía menos.

Pero tenían que comer.

—¿No encuentras nada hoy? —dijo Jazmin.

Estaba revisando una caja con donaciones y, al pasar Annabelle, desenvolvió una tetera de cerámica amarilla y la sostuvo en alto. El color atrapó la atención de Annabelle igual que un sol pequeño y brillante y la hizo detenerse en seco.

—¡Huy! —dijo—. ¡Qué adorable! ¿Me dejas verla?

—Toma, cariño —dijo Jazmin.

Le dio la tetera a Annabelle con una sonrisa encantadora.

Era pequeña y perfectamente redonda, con una robusta asa a uno de los lados, un pitorro coqueto al otro y una tapa que parecía una boina con un pompón encima. Annabelle la sujetó con las dos manos.

—Yo tenía una igual —dijo—. Solo que era rosa.

Había sido su tetera favorita hasta la noche que murió Kenji. Habían tenido una pelea horrible. Él se había ido. La tetera se había roto. Recordaba llorar mientras recogía los pedazos y los guardaba en una caja con la intención de pegarlos. Ya no serviría para hacer té, pero podría plantar flores en ella. Había visto a gente hacerlo, usar teteras viejas de macetas, y era algo inteligentísimo, pero, después de lo ocurrido, nunca llegó a pegar la tetera ni tampoco a hacer la maceta. Se preguntó dónde había ido a parar la caja de zapatos. Debía de estar en alguna parte.

Levantó la tapa de la tetera amarilla y a continuación le dio la vuelta para ver si tenía grietas. Había una canción sobre una tetera que antes le cantaba a Benny. ¿Cómo era? Quizá las palabras le vendrían si la compraba. El color amarillo era tan alegre, casi más que la rosa que se había roto, y aun así vaciló.

—Deberías llevártela —dijo Jazmin—. Es alegre, igual que tú. Se merece un buen hogar.

Y al oír esto, Annabelle se decidió.

—Gracias —dijo—. Me la llevo.

Puso la tetera en el mostrador junto a la caja y sacó la cartera. La teterita debía de ser mágica, pensó, porque ya se sentía mucho mejor.

25

Olas y piedrecitas, trigales y…

—Oye.

Una voz susurrada. Un dedo en su frente.

—¿Hola..? —dijo la voz.

Benny abrió los ojos. Tenía la mejilla pegada a la página del libro. Por el rabillo del ojo vio los rizos del pelo del Ángel y, debajo, la cimera heráldica de la Real Casa de Habsburgo.

Parpadeó, levantó la cabeza y se encontró frente a frente con una gran rata parlante.

—¡Puaj! —gritó apartándose de un salto.

La rata, aterrorizada, desapareció, y entonces Benny vio que la voz no procedía del roedor, sino de la chica que lo tenía en brazos.

—Perdona —dijo—. ¿Te hemos asustado?

Benny asintió con la cabeza, se frotó los ojos y la cara y se limpió un poco de saliva de la comisura de la boca. También había una mancha húmeda en el *Angelus Novus* y usó la manga para secarla. Levantó la vista para saber si la chica se

había dado cuenta. El animal le había trepado por el brazo, se había metido por el cuello de su sudadera de cremallera y asomaba su hocico puntiagudo por entre sus pechos. Tenía largos bigotes y ojos negros y brillantes.

—¿Eso es una rata? —preguntó Benny intentando no mirarle los pechos a la chica.

Esta se giró y se subió la cremallera, escondiendo el hurón.

—No es un «eso» —dijo—. Es une hurone. Une hurone no binarie de género fluido, así que mejor que no te oiga lo de rata. No le gusta nada.

—Lo siento —dijo Benny—. Ha sido sin querer. —Y

porque quería compensar por babear y haber sido maleducado y mirarle el pecho, preguntó—: ¿Tiene nombre?

—Pues claro —dijo la niña sin volver la cabeza—. Se llama TAZ.

—¿Qué clase de nombre es ese?

—Si me estás preguntando si es un nombre extranjero, la respuesta es no. Es un acrónimo, en realidad. Son las siglas en inglés de Zona Autónoma Temporal.

—Genial —dijo Benny, aunque no tenía ni idea de qué estaba hablando. La chica le daba la espalda, así que no podía verle la cara, pero la oía murmurar al cuello abierto de su sudadera. Miró hacia los cubículos contiguos, que estaban vacíos.

—¿Dejan entrar animales en la Biblioteca?

—Nosotros somos animales —dijo la chica encogiéndose de hombros —. Y nos dejan entrar. —Se volvió hacia Benny y se bajó la cremallera para que TAZ pudiera asomar su hocico roedor—. Pero para contestar

a tu pregunta, no. Así que no lo digas, ¿vale?

Le hurone miraba a Benny con desconfianza desde entre los pechos de la chica. No es que Benny viera los pechos. Solo

el contorno y un principio de escote que, en aquella chica, hacía las veces de bolsillo en el que guardar un animal de compañía. Le hurone parecía cómode. También parecía saber muy bien qué hacía Benny.

—Ya se le ha pasado el disgusto —dijo la chica.

Se giró del todo hacia Benny y este pudo verle bien la cara por primera vez.

—¡Hei, si eres tú! —Era Alice. O Athena. O lo que fuera.

¡Por fin! —Te conozco. Eres Athena, ¿verdad?

—No me llames Athena. No me llamo así.

—Ah, pensaba…. —Se interrumpió porque no sabía lo que pensaba y tal vez estaba equivocado.

Aquella chica tenía más o menos la misma edad que la de Pedipsi, era pálida y delgada, con una mata de pelo plateado.

Su hermoso rostro estaba decorado con anillos y tachones y delicadas herramientas, pero aun así.

—¿Te llamas Alice? —dijo Benny.

La chica sonrió.

—Nop. Te has vuelto a equivocar.

Benny frunció el ceño.

—Perdona. Creí que eras una chica que conocí. En el hospital.

—Sip. Soy yo.

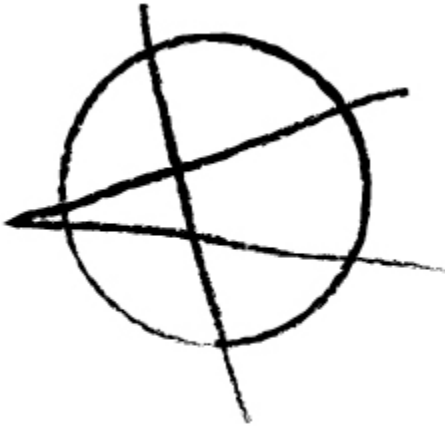
—Entonces, ¿cómo te llamas?

—Depende. Aquí me llaman Aleph.

—¿Elf de Elfo?

—No. Aleph. A-l-e-p-h. Como la primera letra del alfabeto fenicio. Así.

—Movió al contrariado animal a un lado, se bajó la cremallera de la sudadera y se subió una de las mangas para dejar ver su hombro desnudo, en el que llevaba tatuada la letra



A en horizontal. El trazo horizontal continuaba después de cruzar las líneas diagonales y la letra estaba encerrada en un círculo:

—Es mi nombre artístico. Me lo puso el hombre B. Es de un cuento de Borges.

—Genial —dijo Benny otra vez preguntándose quién sería el hombre B. ¿Y qué era un Borges?

La chica alargó el cuello y se miró el tatuaje con expresión crítica.

—Bueno —dijo—, genial no sé si es. Se supone que es un aleph metamorfoseándose en un símbolo anarquista, pero más bien parece volcado o algo así.

—Qué faena —dijo Benny.

Le hurone suspiró.

Aleph se encogió de hombros.

—Los tatuajes son así. Ya lo sabes.

Benny no lo sabía, pero aun así asintió.

—La verdad es que a mí no me molesta —dijo la chica reajustándose

la sudadera—. Soy bastante disléxica con las letras. Lo veo todo al revés. El hombre B dice que por eso soy una buena artista.

Le hurone bostezó, cerró los ojos, se tapó la nariz con una pezuña y se durmió. Parecía encantade de la vida, acurrucade entre los pechos de Aleph. Benny apartó la vista, consciente de que Aleph lo estaba estudiando.

—Te he estado observando —dijo Aleph—. Llevas viniendo todo el verano y ahora estás faltando a clase y quedándote dormido encima de libros, babeando y con mierdas así, por lo que deduzco que estás tomando una medicación superfuerte, tus compañeros de clase son unos cabrones e ir al instituto no es una opción.

Benny asintió con la cabeza. Todo lo que había dicho era verdad. No había nada que añadir.

—Lo que no entiendo es por qué te escondes del hombre B.

No puede subir a este nivel con la pierna como la tiene. Pero supongo que eso ya lo sabías.

—¿El hombre B?

—El tío de las botellas. Se llama Slavoj, pero lo llamamos el Botellero. Hombre B para abreviar.

—¿El vagabundo de la silla de ruedas? —preguntó Benny

—. ¿Conoces a ese tío?

Aleph asintió con la cabeza.

—Pues claro. Nosotros lo cuidamos y él nos enseña cosas.

En realidad es un poeta superfamoso en Eslovenia. Ha sido bastante guay lo que ha hecho por ti antes, ayudándote a pasar delante de Escila y Caribdis.

—¿Quiénes?

—La bibliotecaria de la entrada y el de seguridad.

—¿Se llaman así?

Aleph rio.

—No, tonto —dijo—. Claro que no. Son nombres de la mitología griega. Caribdis era un remolino, y Escila, un monstruo marino muy bestia que comía personas…

¡Atención! ¡Atención!

Benny respiró hondo.

—No me llames eso.

—¿Monstruo marino muy bestia?

—No —dijo Benny en una voz demasiado alta para la Biblioteca—. Tonto. —No podía mirarla, así que se asomó a su hombro—. No soy tonto.

—Oye —dijo Aleph, asintiendo con la cabeza—. Perdona.

Tienes razón. No ha molado.

—No necesitaba su ayuda.

—Vale.

—Y además está como una puta cabra.

Aleph negó con la cabeza.

—Ahí es donde te equivocas. No está loco. No más que tú o que yo.

¡Peligro! ¡Peligro! Pero no, no había peligro en las palabras de Aleph. Simplemente quedaron suspendidas en el aire, mientras en el interior de Benny crecía un lento desconcierto. Notaba un peso triste, como la arena húmeda y fría en una playa vacía en pleno invierno, y cayó en la cuenta de que podía dejar que la arena lo enterrara o podía tratar de caminar encima de ella. Dio un paso. Bajo sus pies la arena parecía firme y supo que iba a arriesgarse a contarle todo a Aleph.

—No sé si tú estás loca o no —dijo—. Pero yo sí lo estoy.

¡No…!, gritó la voz al tiempo que la arena empezaba a ceder.

Aleph frunció el ceño.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo dice todo el mundo —dijo Benny hundiéndose un poco más.

¿Ves?, dijo la voz, solo que era una voz distinta, burlona y mala. *¡Cállate estúpido gilipollas cierra la puta boca!*

—Las personas dicen muchas gilipolleces. ¿Por qué las crees?

—Porque tienen razón —dijo Benny—. Sé que estoy loco.

Y entonces no hubo ni arena ni suelo ni playa, solo su voz como un viento cruel que soplaba a su alrededor. *Primero se lo cuentas a la doctora y te encierra en un puto manicomio.*

Luego se lo dices a los compañeros del instituto y te tratan de puta pena…

Aleph habló desde muy lejos.

—Pero ¿cómo lo sabes?

Benny no quería odiarla a ella también. Tenía el cuerpo entumecido. Se llevó las manos entumecidas a las orejas entumecidas y empezó a mecerse y a tararear para ahogar la voz nueva y horrible que estaba entonando la palabra *giliPOLLAS, giliPOLLAS, giliPOLLAS* al ritmo de los latidos de su corazón.

—Porque oigo cosas —dijo.

Hablaba en voz tan baja que Aleph tuvo que acercarse a él.

—Todo el mundo oye cosas —susurró.

—No —dijo Benny—. Esto es distinto. Oigo cosas de verdad. Voces.

—¿Y?

Benny dejó de mecerse y levantó la vista.

Aleph se encogió de hombros.

—Mucha gente oye voces.

—¿De verdad?

Aleph asintió y extendió la mano. Tenía la piel de los dedos manchada de pintura y las uñas mordidas e irregulares.

—Estás tiritando —dijo—. E hiperventilando. ¿Te importa si te toco?

Benny negó con la cabeza, pero no pudo evitar dar un respingo

cuando Aleph le puso una mano en el pecho. Bajo el suave tacto de su palma, notó su propio corazón igual que un pájaro, como algo atrapado, batiendo las alas contra un cristal.

Aleph dejó la mano ahí, un peso leve y cálido, hasta que el aleteo desbocado y la tiritona desaparecieron y Benny empezó a respirar con normalidad. Entonces le dio un empujoncito en el pecho. Cuando retiró la mano la tenía en forma de cuenco, como si sujetara algo. Puso la otra mano encima para evitar que saliera volando y luego extendió las dos y las abrió para enseñarle algo a Benny. Este oyó un sonido pulsátil, blando y húmedo y de ritmo acelerado y bajó la vista y lo vio. En las manos sucias de pintura y en forma de cuenco estaba su corazón latiendo desbocado.

—Toma —dijo Aleph devolviéndoselo—. Creo que me caes bien, Benny Oh.

Benny

No me devolvió el corazón de verdad, pero es la impresión que tuve, como si el corazón hubiera salido volando de mi cuerpo y estuviera desnudo y en carne viva en sus manos, latiendo como un loco, y aunque el a me ofrecía devolvérmelo, en realidad él no quería volver. Era feliz en sus manos. Quería quedarse al í para siempre.

En cuanto me tocó, la recordé de aquel sueño loco que tuve, cuando una chica guapísima me ponía la palma de la mano en el pecho y…, bueno, ya sabéis lo que pasaba. Lo habéis leído, lo que me da mucha vergüenza, aunque sé que es normal que un chico de mi edad tenga sueños así. Lo que pasa es que la mayoría de los chicos no tienen libros detrás siguiéndolos y narrando sus momentos más embarazosos,

¿entendéis?

Lo que intento decir es que, cuando tuve el sueño, ni siquiera conocía a Aleph, pero supe que era el a. ¿Cómo pude soñar con una chica a la que no conocía? Pues así fue. Era la chica de mi sueño, la chica del pabel ón, y ahora estaba en la Biblioteca. Y quizá ya estaba un poco enamorado de el a, además. ¿No es un poco raro? Nunca había estado enamorado, así que ¿cómo podía saberlo?

El Libro

En las Bibliotecas ocurren cosas extrañas, Benny. La Biblioteca Pública es un santuario de sueños y la gente se enamora aquí todo el tiempo. Quizá no te lo creas, pero es verdad. Los libros son trabajos de amor,

después de todo.

Nuestros cuerpos pueden no estar hechos para disfrutar de los misterios de la conjugación corpórea, pero incluso nuestros volúmenes más áridos, los menos románticos de nosotros, pueden hacer realidad tus sueños.

26

—Veo que has encontrado el Ángel —dijo Aleph señalando la postal del cuaderno de Redacciones como si nada demasiado insólito acabara de ocurrir. Y quizá era así. El corazón de Benny, aunque latía algo más deprisa de lo normal, había regresado a su caja torácica. Las manos pequeñas y sucias de tinta de Aleph, que habían sostenido el órgano con tanta delicadeza, estaban hundidas en sus bolsillos. TAZ seguía durmiendo, acurrucade entre sus pechos juntos, su hocico bigotudo asomaba por el cuello de su sudadera con la cremallera subida.

Benny miró la postal del monigote con falda.

—Sí —dijo encogiéndose de hombros como si no tuviera importancia, como si por supuesto lo hubiera encontrado y por supuesto supiera que se trataba del Ángel, pero en cuanto lo dijo se sintió como un capullo, así que añadió—: A ver, no sabía que se supone que es un Ángel…

—Es el Ángel de la Historia —dijo Aleph—. Así lo llamó Benjamin.

Al oír esto Benny se sintió al mismo tiempo feliz y confuso. Feliz por oír su nombre completo de labios de ella, y

confuso porque no recordaba haber hablado nunca ni de ángeles ni de historia. Quizá Aleph también oía cosas.

—¿Yo hice eso?

—Tú no —dijo Aleph—. El filósofo alemán. Benjamin era su apellido. En alemán se pronuncia más bien Benllamiin. Su nombre de pila era Walter. O Valter.

Benny no había oído hablar nunca de Valter Benllamiin, ni de Walter Benjamin. No sabía que Benjamin pudiera ser un apellido, ni que los nombres pudieran pronunciarse de dos maneras distintas. Esto lo ponía nervioso. ¿Cómo podía estar seguro de quién era él si su propio nombre se comportaba de manera tan poco de fiar? Se abrazó a sí mismo. Estaba desesperado por cambiar de tema, y justo entonces sus

ojos se posaron en las tiras de papel escritas a mano y pegadas en su cuaderno de Redacciones.

—¿Estas las escribiste tú también?

Aleph asintió con la cabeza. Señaló la primera tira de papel.

—Mackson te la metió en el bolsillo el día que te fuiste del hospital. A algunos de nosotros nos gusta citarnos aquí, en la Biblioteca, y así es como hacemos correr la voz. Mackson dijo que eras guay. —Señaló la segunda tira—. Esa la metí en el libro que estabas leyendo porque no quería que te rindieras.

Pero esta última fue totalmente aleatoria. La encontraste tú por tu cuenta.

Estaba señalando la tercera tira de papel, la de Hansel y Gretel.

—Es la letra de una canción de Laurie Anderson —

continuó y, cuando Benny no dijo nada, añadió—: la artista de *performance*. Es buenísima.

Benny seguía sin comprender.

—¿Mete notas a voleo en libros de la Biblioteca?

—No. Eso lo hago yo. No solo notas. También otras cosas.

La Biblioteca es mi laboratorio. El pabellón del hospital también. En realidad, cualquier sitio lo es.

—¿Eres científica?

—Más o menos. Soy artista.

Benny miró los papelitos.

—¿Esto es arte?

—Bueno, sí. O una especie de intervención situacionista en nuestra cotidianidad intelectual. Es como lo llama el hombre B. —Ladeó la cabeza y acto seguido señaló las estanterías—.

Si piensas en la Biblioteca como una manifestación del continuo espacio-tiempo, es como si yo tendiera unos hilos efímeros a través del tiempo y el espacio para que otras personas los encuentren y los sigan.

Como hiciste tú. —Pero Benny seguía sin entender, de manera que lo intentó de nuevo

—. Vale, es como si yo fuera una nómada y estuviera dejando rastros de migas de pan por el laberinto de la colección de libros de la Biblioteca, marcando los senderos bifurcados de mi viaje.

—¿Por qué?

Aleph se encogió de hombros.

—No lo sé. Llevo haciéndolo desde que era pequeña, antes de que el hombre B me dijera que es arte. Hago conexiones entre cosas. Es como contar una historia.

Benny miró las palabras en la tira de papel y en la postal.

—No lo entiendo. ¿Cuál es la conexión?

—Sí, vale, faltan partes de la letra. Seguramente las habrías encontrado de seguir buscando, pero básicamente, en la canción, Hansel y Gretel viven en Berlín. Esa es la parte que encontraste. En la siguiente, a Hansel le sale una actuación en una película de Fassbinder y Gretel le pregunta por la historia, y Hansel empieza a hacer *riffs* sobre lo que escribió Walter

Benjamin acerca del Ángel. Lo que está en la postal. —Aleph cogió la postal, la miró con expresión crítica y se la devolvió a Benny—. Es un poco esotérico. Quizá debería de haberlo puesto más claro.

Benny no sabía lo que significaba «esotérico», pero estuvo de acuerdo. Le dio la vuelta a la postal y leyó de nuevo el reverso.

—Las palabras se cortan. Pero ¿cómo se llama la tormenta?

—Progreso. —Aleph sonrió—. Mola bastante, ¿no crees?

Benjamin dice que la historia no es más que una catástrofe gigantesca y continua que no deja de apilar basura a los pies del Ángel…

Benny pensó en los archivos de su madre apilándose a sus pies. Tenía mucho sentido. Le dio otra vez la vuelta a la postal.

Aleph seguía hablando.

—… Y el Ángel quiere volver al pasado y arreglar todo lo que está roto. Quiere devolver la vida a los muertos, pero no puede.

Benny miró el Ángel, que seguía con la vista fija detrás de él, y pensó en su padre. Tragó saliva con dificultad.

—¿Y eso? —dijo con voz rara.

—Porque el Ángel está atrapado en la tormenta del Progreso. El viento lo está empujando de vuelta al futuro. Así.

Abrió mucho los brazos, como si fueran alas, y cerró los ojos, y Benny casi pudo ver un viento repentino y fuerte empujándola hacia atrás. Aleph se inclinó hacia delante, hacia el viento, y por un instante permaneció así, de puntillas, en precario equilibrio en la frontera entre pasado y futuro. Pero el instante no podía durar, y cuando Benny hizo ademán de sostenerla, Aleph abrió los ojos. El viento cesó repentinamente y Benny bajó la mano. Le hurone, sobresaltade, parpadeó y miró a Benny con irritación.

—¿Y luego qué pasó? —preguntó Benny.

—Nada. Eso es todo más o menos.

Benny volvió a mirar la postal. Ahora veía con claridad que se trataba de un ángel. Era una imagen chula. Triste.

—Yo creía que el progreso era algo bueno.

—Bueno, quizá no, si no hace más que acumular basura y te impide corregir cosas del pasado.

—Supongo que no.

—Eso es lo que piensa Benjamin, en cualquier caso —dijo Aleph—. El hombre B fue quien me lo descubrió. Es un gran admirador.

Al oír esto, Benny sintió que su ansiedad volvía. ¿Este otro Benjamin estaría rondando por la Biblioteca con el hombre B?

¿Tendría que conocerlo también a él? Empezó a mecerse de nuevo.

—¿Estás bien? —preguntó Aleph.

—Sí. Este tío, Benjamin. ¿También es amigo tuyo?

—Está muerto.

Aliviado, Benny dejó de mecerse, pero empezó a preocuparse. No era agradable alegrarse de que alguien estuviera muerto.

—Murió hace mucho tiempo —añadió Aleph.

Eso estaba mejor. Si había muerto hacía mucho tiempo, entonces no importaba tanto.

—Se suicidó.

Vale, eso era malo. Era mala señal que los Benjamin empezaran a suicidarse, porque quizá era una tendencia que acompañaba al nombre. Cuando Benny estaba en Pedipsi, algunos de los chicos mayores del grupo hablaban de que a veces el suicidio se hereda. Benjamin no era familia suya, pero aun así. Le preocupaba que hubiera un Benjamin lo bastante deprimido para suicidarse.

—Vaya mierda.

—Estaba intentando escapar de los nazis.

La comprensión que tenía Benny de los nazis era, como mucho, rudimentaria. Sabía más de neonazis, a los que solo les gustaban las personas blancas y odiaban a las de otras razas, por lo que debía evitarlos.

—Eran tiempos fascistas superjodidos y el hombre B dice que vienen otros iguales. Que el fascismo va en aumento. Dice que es la respuesta inevitable a una revolución fracasada. Dice que todos tenemos que estudiar historia para así no estar abocados a repetirla, ¿verdad, TAZ?

Miró a le hurone, que había vuelto a despertarse y estaba asomando el hocico. Soltó un gran bostezo, estiró la pezuña y empezó a lavarse la cara. Benny apartó la vista.

—TAZ se está impacientando —dijo Aleph—. Tengo que sacarle. Oye, ¿quieres venir a conocer al hombre B ahora?

Benny no quería, pero, puesto que se lo pedía Aleph, se encogió de hombros y asintió con la cabeza. Justo en ese momento su teléfono, que estaba sobre el montón de libros, empezó a hacer *ping*. Hizo caso omiso y empezó a recoger sus cosas. El teléfono volvió a hacer *ping,* así que se lo guardó en el bolsillo.

—¿No vas a mirar quién es?

Puesto que se lo pedía Aleph, Benny sacó el teléfono y miró. El mensaje era de su madre. *Ven derecho a casa después de clase, ¿vale? ¡Te estoy haciendo una cena muy rica!*

—¿Estás bien? —preguntó Aleph—. ¿Pasa algo?

Benny negó con la cabeza.

—Es mi madre —dijo sombrío—. Me parece que tengo que irme a casa.

27

La visita a la Tienda de Segunda Mano la había animado muchísimo. Llegó a casa, puso agua a hervir para hacer espaguetis y desenvolvió la tetera amarilla. Era adorable y resultaba alegre y agradable al tacto. Buscó en la cocina un lugar donde ponerla. En las baldas no había sitio, así que movió un cesto lleno de ropa sucia de la mesa de la cocina y la dejó allí. Iba bien la cosa. Llevó la ropa a la despensa, llenó la lavadora y la puso en marcha. Mejor. Estaba haciendo progresos.

La mesa de la cocina seguía siendo un caos, pero, gracias a la teterita, ahora Annabelle "veía" el desorden y se asombró.

La vista enseguida se acostumbraba a que las cosas estuvieran de determinada manera, pero, cuando se introducía un elemento nuevo, todo cambiaba y veía mejor. La tetera amarilla era como un pequeño sol que iluminaba lo que la rodeaba, y allí mismo, junto a ella en la mesa y bañándose en su resplandor, estaba *Magia ordenada*.

Annabelle se quedó mirando el libro con la carne de los brazos de gallina. ¿Cómo había llegado hasta allí? Era verdaderamente insólita la capacidad que parecía tener aquel librito para desplazarse. Y no una vez, ¡sino tres! La primera, cuando saltó de la mesa en Michaels. Después, apareciendo por arte de magia en el Centro de Control. Y ahora, manifestándose allí. Era como si el libro le leyera el pensamiento, como si supiera que necesitaba ordenar y se estuviera ofreciendo a ayudarla.

Miró la hora. Todavía tenía que hacer la cena y despejar la mesa antes de que volviera Benny, pero calentar la salsa para los espaguetis no llevaría mucho tiempo y, si el libro estaba de verdad intentando decirle algo, entonces sentía que era su obligación escuchar. Despejó una silla y se sentó a leer.

MAGIA ORDENADA

Capítulo 1

Mi verdadera vida

Mi verdadera vida empezó cuando me inicié en el zen. Tal vez has oído ese lema zen que dice: «Cuando el alumno está preparado, el profesor aparece». Pues yo debía de estar preparada, porque un día mi profesor apareció ¡y de la manera más peculiar y sorprendente!

Aquella mañana me había vestido con especial cuidado para ir a trabajar porque acababa de comprarme un diadema nueva e iba a llevarla a la oficina por primera vez. Trabajaba en una revista femenina de moda y estilo de vida muy popular, un empleo que conseguí después de graduarme en la universidad un año antes. Era un buen trabajo y había hecho unas cuantas amistades, en su mayoría mujeres jóvenes que habían entrado en la empresa al mismo tiempo que yo. Había mucha presión para vestir con estilo, así que a menudo íbamos a salones de belleza y pasábamos nuestro tiempo libre comprando ropa de marca en Shibuya y Ginza, riendo y espoleándonos las unas a las otras. Cada vez que sacábamos la cartera nos decíamos que aquello era «trabajo de investigación», necesario para prosperar en la empresa, y era verdad.

Quizá suene divertido, pero yo no era feliz. Me gastaba el sueldo en ropa y accesorios de moda, productos capilares y maquillaje, pero a menudo, al volver a casa cargada de bolsas, me faltaba motivación para abrirlas siquiera. Así que las tiraba en la entrada, me descalzaba y me arrastraba por mi estudio, dejando que la ropa que llevaba puesta formara charcos en el suelo hasta llegar al futón del rincón, donde me sumía en un sueño profundo. A veces me despertaba en plena noche, incapaz siquiera de moverme. Era como si tuviera un peso demoniaco terrible oprimiéndome el pecho y así seguía hasta el amanecer, cuando el demonio se apartaba lo bastante para permitirme salir de la cama, estudiar mis ojos hinchados e inyectados en sangre en el espejo y empezar el largo ritual de cuidados de la piel, maquillaje y elección de atuendo que necesitaba para enfrentarme al día.

Aquella mañana recuerdo pensar que debía estar ilusionada por la nueva diadema, pero lo cierto es que me sentía más desanimada que nunca. Ninguno de mis conjuntos era lo bastante bonito para hacerle justicia y me preocupaba que fuera demasiado formal para un estilismo de diario. Estaba hecha en Italia por un diseñador famoso y decorada con filigrana y aljófares y cristales de Swarovski auténticos. Había ahorrado durante meses para comprármela, pero salí de mi casa

sintiéndome tímida e insegura.

Durante el largo trayecto en tren a la ciudad, me convencí de que el resto de los pasajeros me miraba la cabeza y criticaban a escondidas mi sentido de la moda. Cuando cogí el metro, reparé en un grupo de alumnas de bachillerato que me miraban con grandes ojos de admiración y me sentí mejor, hasta que empezaron a reírse con la boca tapada. Para cuando llegué a mi parada, mi estado de ánimo era de lo más sombrío.

Cuando salí del metro era hora punta y la acera estaba atestada de gente yendo a trabajar. Subí las escaleras del paso elevado para peatones y crucé al otro lado de la calle. Me disponía a bajar cuando oí un fuerte *cra cra* encima de mí y sentí una repentina ráfaga de aire mientras ¡un cuervo bajó de un cable telefónico y me quitó la diadema de la cabeza!

Por supuesto, por aquel entonces mi cabeza no tenía el aspecto de ahora. Ahora la llevo totalmente afeitada, pero entonces tenía una melena larga y negra que me llegaba hasta justo debajo de los hombros y estaba muy orgullosa de ella. ¡Era tan lisa y brillante! Me la lavaba cada día e iba a la peluquería cada dos semanas para que me cortaran el flequillo. Ay, ¡qué enamorada estaba de mi flequillo! Si lo llevaba aunque fuera un milímetro demasiado largo o demasiado corto, sufría horrores. Aquella mañana me había asegurado de sujetar la diadema con pasadores, así que cuando el cuervo la cogió y se la llevó, ¡me arrancó unos cuantos pelos!

«¡Au!», grité, y todos los peatones del paso elevado que habían visto lo ocurrido me señalaron y se echaron a reír. En circunstancias normales me habría sentido avergonzada, pero en aquel momento estaba demasiado enfadada con el estúpido cuervo para que me importara.

Un hombre que estaba a mi lado dijo: «¡Huy, mira, está ahí!». Y, en efecto, allí estaba el ladrón, posado en la rama de un gingko cerca del paso elevado ¡con mi diadema reluciente en el pico!

«¡Gracias!», exclamé, y bajé corriendo los escalones hacia el árbol.

¿Qué pensaba hacer? ¿Trepar por el árbol con mis salones de tacón alto de Prada? El cuervo parecía divertido, lo mismo que los peatones que me observaban agitar el puño a los pies del árbol. A continuación, aburrido quizá, el cuervo ladeó la cabeza, me miró con su ojillo redondo y brillante y voló por encima de una valla alta del jardín de un pequeño templo del vecindario. Aterrizó en las ramas de un pino

alto y torcido y volvió la cabeza. ¡Me estaba desafiando a que lo siguiera!

En la valla del templo había una puerta y, cuando entré en el jardín, el ajetreado clamor de la ciudad desapareció. Fue como retroceder en el tiempo. El aire estaba cargado de los olores ancestrales a musgo, a hojas mohosas y a incienso. Oí trinos de pájaros y grillos, incluso una rana. Un sendero rastrillado trazaba una curva alrededor de un estanque de peces koi y junto a él había un banco de piedra en el que estaba sentada una adolescente vestida con uniforme del último curso de secundaria bebiendo una lata de café frío y garabateando en un diario, sin duda matando el tiempo antes de clase. Un monje barría el musgo de un pequeño montículo con una escoba de bambú y en lo alto estaba el cuervo ladrón, encaramado al alto pino. Corrí hacia él, pero, justo cuando me acercaba, el muy ladrón meneó las plumas de la cola, desplegó las anchas alas negras y echó a volar de nuevo. Grité y el monje y la chica levantaron la vista. El cuervo trazó dos círculos sobre el montículo musgoso donde estaba el monje y, al tercero, empezó a graznar. «¡Cra! ¡Cra!», gritaba y se

le cayó la diadema del pico. Nunca olvidaré la imagen de aquellos cristales de Swarovski centelleando y atrapando la luz mientras la diadema caía del cielo. Aterrizó justo a los pies del monje y, cuando eché a correr hacia él, se agachó y la cogió.

—Muy bonita —dijo dándole vueltas con las dos manos—. ¿Son cristales de Swarovski de verdad?

—Sí —dije un poco jadeante—. Ese cuervo estúpido me la quitó de la cabeza cuando salí del metro.

—La verdad es que lo entiendo —dijo el monje sosteniendo la diadema a la luz—. ¿Puedo? —Y, sin esperar respuesta, se puso la diadema en su cabeza calva—. ¿Qué te parece?

Estaba tan sorprendida que no supe qué pensar o decir. El monje estaba quieto. No trató de ser gracioso ni coqueto. Simplemente esperaba mi respuesta. Su gran cabeza redonda resplandecía igual que caoba pulida. Llevaba la gastada túnica de diario de algodón gris de los monjes, que no pegaba en absoluto con el estilo de la tiara, que se abrazaba a su cabeza centelleando y proyectando motas de luz nerviosa en su piel.

Debería haber sido divertido, pero no lo era. La filigrana llamativa y ornada que tanto había admirado yo en los grandes almacenes

resultaba vulgar en la cabeza del monje, y los cristales de Swarovski y los aljófares parecían baratos, a pesar de no serlo.

—Te… queda bien —dije.

La mirada de sus ojos claros me dijo que sabía que estaba mintiendo.

Me veía como era yo en realidad, veía a través de todos mis caprichos y deseos, hasta la cavidad más profunda de mi corazón vanidoso. Veía el miedo desesperado que me impulsaba a intentar llenar mi vida de cosas caras. Entonces se apiadó de mí.

—No —dijo—. Creo que no me queda bien. —Se quitó la diadema y me la ofreció—. Toma —dijo—. Póntela tú.

Hice lo que decía. La delgada banda de metal se deslizó detrás de mis orejas y me apretó los dos lados de la cabeza. No era capaz de mirar al monje, tanta era la vergüenza que sentía.

—Sí —dijo dando un paso atrás—. Te queda bien. Es muy mona.

—Gracias —susurré.

Cogió su escoba y lo saludé con una profunda inclinación de cabeza cuando echó a andar de vuelta al templo. El cuervo observaba desde la rama de un ciprés y su graznido burlón sonaba igual que la risa. La colegiala continuaba sentada en el banco junto al estanque. Me había olvidado de ella, pero seguía escribiendo. Cuando pasé a su lado, se interrumpió y me miró.

—¿Te parece bonita? —pregunté mientras me quitaba la diadema.

—Está bien —dijo, dedicándole solo una ojeada.

Creo que intentaba ser educada por si resultaba que yo estaba loca.

—Está hecha con aljófares de verdad y cristales de Swarovski.

—Guay —dijo—. Parece cara.

—Lo fue. —Se la enseñé—. Puedes quedártela si quieres.

La chica se echó hacia atrás y miró la diadema con desconfianza.

—Gracias —dijo—, pero la verdad es que no es mi estilo. —Cerró su diario y lo metió en la cartera—. Los chicos del instituto me pegarían para robármela.

—Podrías dársela a alguien —sugerí—. A tu madre, por ejemplo.

—Pensará que la he robado en una tienda —contestó la chica mientras se ponía de pie y se colgaba la cartera del hombro—. Y, en cualquier caso, ella es más de traje de chaqueta. La imagen de princesa de cuento no le va, pero ¡gracias!

Se despidió con un gesto rápido de la mano y echó a correr.

Me guardé la diadema en el bolso y seguí camino al trabajo. En el descanso para comer, fui al cuarto de baño y me la probé otra vez delante del espejo. La pálida luz fluorescente me hacía la tez cetrina, atenuaba el brillo de los cristales y solo era capaz de ver el semblante apacible y la mirada compasiva del monje bajo la delgada diadema reluciente.

Al día siguiente llamé para decir que estaba enferma y a continuación decidí tomarme también el resto de la semana. Compré bolsas de basura y empecé a vaciar mi armario. Metí toda la ropa de diseño en bolsas grandes. Los zapatos y los bolsos fueron a bolsas de tamaño mediano, y los fulares, la bisutería y los accesorios, a una pequeña. Acarreé todas hasta una tienda de ropa de marca usada en Shibuya y vendí lo que pude, y el resto lo llevé al centro de donación de ropa del barrio. Encontré una agencia de subastas en línea dispuesta a quedarse con el resto de mis libros, cedés, electrodomésticos y muebles. Cuando terminé, mi apartamento estaba vacío y lo que quedaba de mis pertenencias cabía en una maleta de fin de semana. Volví al templo, me senté en el banco de piedra y esperé. Cuando salió el monje, me acerqué a él y lo saludé con una inclinación de cabeza. No sé si reconoció a la chica tonta de la diadema con cristales de Swarovski. Iba vestida con vaqueros y zapatillas y mi aspecto era muy distinto. Con la cabeza baja, dije: «Por favor. Mi vida está vacía y no tiene sentido. Quiero dejar mi casa y hacerme monja. ¿Me ayudarás?».

El resto, como suele decirse, es historia. El monje me ayudó a encontrar un sitio donde vivir con un sacerdote mayor que necesitaba ayuda y estaba dispuesto a aceptar una novicia. Dejé el trabajo, me afeité la cabeza y tomé los votos, y sustituí todos mis modelos a la última moda por una sencilla túnica negra. (El negro siempre está de moda, ¡es tan

chic!) Mis compañeras de trabajo pensaron que me había vuelto loca cuando se enteraron, sobre todo cuando les dije que estaba siguiendo los consejos de un cuervo. Pero más tarde, cuando venían a visitarme al templo, vieron por sí mismas como la ansiedad nerviosa de mi vida

anterior había desaparecido de mi expresión. Pareces sana, me decían.

Pareces feliz.

Le he dado muchas vueltas al Incidente del Cuervo y a lo que pasó aquella mañana. Los cuervos son avariciosos. Les gustan las cosas brillantes, chillonas, lo mismo que a las chicas jóvenes, ¡y mi cuervo tenía un gusto exquisito! Pero después de varios años viviendo en el templo comprendí que aquel cuervo era un bodhisattva que se había apiadado de mí, atrapada como estaba por mis apegos y deseos, llevando una vida atestada y claustrofóbica. El bodhisattva había adoptado forma de cuervo para ayudarme a despertar al vasto e interminable Vacío de todas las cosas. Por eso estoy tan agradecida a mi sabio Maestro Cuervo, y por eso también estoy agradecida a aquella diadema de Swarovski, por ser tan bonita.

El Libro

28

En lo primero en que se fijó Benny al llegar a casa fue en que la puerta trasera se abría bien y que las bolsas de basura y de reciclaje que solían bloquearla no estaban. Entró en la cocina y miró a su alrededor. Annabelle estaba delante de la encimera vaciando un frasco de litro de salsa de tomate en un cazo. En el fuego hervía una cacerola grande llena de agua.

—Hola, cariño —dijo—. Espero que tengas hambre. ¡Estoy haciendo espaguetis para cenar!

Había más diferencias. La mesa de la cocina estaba casi despejada; de hecho, veía su superficie. Dos de las tres sillas no tenían periódicos ni revistas amontonados encima. No había cestos de ropa para lavar en la mesa ni prendas sucias en el suelo. Oyó el susurro de la lavadora en la despensa. Fue hasta la nevera y miró en su interior. En la balda superior había una botella grande de cuatro litros de leche.

—¿Ves? —dijo Annabelle—. Me he acordado.

Los platos sucios habían desaparecido del fregadero. En el escurridor había un vaso limpio.

—¿Qué tal el instituto? —preguntó Annabelle dando vueltas a la salsa con una cuchara de madera. Llevaba un delantal amarillo encima de una sudadera verde guisante con la palabra «HAWÁI» estampada en semicircunferencia y con los colores del arcoíris sobre el dibujo de una

tortuga marina.

Annabelle nunca había estado en Hawái y la sudadera era de la Tienda de Segunda Mano. El delantal amarillo había sido un regalo de Navidad de Benny y su padre. En él había unas letras negras de gran tamaño que decían:

Mira qué

ASOMBROSA

soy

Benny recordaba cuándo lo compraron. Entonces tenía cinco años. Kenji lo había llevado de compras y lo habían visto en la tienda, y aunque los dos sabían lo que significaba

«asombrosa», ninguno había visto nunca la palabra escrita.

Kenji trató de pronunciarla sílaba a sílaba, *a-som-bo-lo-sa,* lo que no tenía sentido, de manera que pidió a la vendedora que se la leyera. Cuando lo hizo, les pareció tan gracioso que compraron el delantal. En Navidad, mientras Annabelle abría el regalo, le dijeron que era *a-som-bo-lo-sa* y se partieron de risa. Así fue como pronunciaron la palabra desde ese día, *asom-bo-lo-sa*. Era uno de los chistes familiares.

—Benny, ¿me has oído? ¿Qué tal el instituto?

Benny se terminó la leche y dejó el vaso en el fregadero.

—Muy bien.

—Lávalo, por favor —dijo Annabelle—. ¿Estás haciendo amigos?

—No. —Benny aclaró el vaso y lo devolvió al escurreplatos. ¿Contaban como amigos una artista de *performance* con une hurone y un viejo pordiosero esloveno sin techo?—. Bueno. Más o menos.

—¡Eso es maravilloso, cariño! Igual los puedes invitar algún día a casa. —Annabelle agitó la cuchara de madera y cayeron al suelo unas gotas de salsa de tomate—. Estoy poniendo un poco de orden. Tirando cosas. ¿Te has fijado?

—Ajá.

En el centro de la mesa había una tetera amarilla y junto a ella estaba *Magia ordenada*. Quizá Benny se había equivocado. Quizá el libro

estaba sirviendo de algo. Cogió su mochila y se dirigió hacia las escaleras.

—¿Puedes poner la mesa, cariño?

Benny se dio la vuelta y señaló la tetera.

—¿Qué quieres que haga con eso?

—Ah. Pues puedes dejarla ahí, de adorno. —Annabelle metió la cuchara en el cazo, se secó las manos en el delantal y fue hasta la mesa—. ¿No es preciosa?

Benny se encogió de hombros

—Supongo.

—Pues a mí me parece adorable. —Annabelle cogió la tetera y le acarició la panza—. Creo que es mágica. Una tetera mágica. —Se la dio a Benny—. Toma, frótala. Si la frotas y pides un deseo, te lo hará realidad.

—No tengo ningún deseo —dijo Benny mirando la tetera que tenía en la mano.

No, no era verdad. Su deseo era subir a su cuarto, pero Annabelle no había terminado. Sonrió y ladeó la cabeza.

—¿Te acuerdas de la canción de la tetera? Yo te la cantaba y tú hacías todos los gestos. —Empezó a cantar—: «Soy una teterita, pequeña y bonita…» —Dobló el codo y se puso en jarras—. Venga, hazlo conmigo—. «Esta es mi asa…»

Esperó con las manos en la cintura, pero Benny se limitó a seguir rígido, sosteniendo la tetera delante de él.

—Vale. Lo hago yo una vez y luego te unes. «Soy una teterita, pequeña y bonita. Esta es mi asa y este el pitorrito.»

—Annabelle curvó una mano en un gesto afeminado para imitar la forma de un pitorro y agitó los dedos—. Este es el pitorro, ¿te acuerdas? —Balanceó el cuerpo de un lado a otro como si estuviera vertiendo té—. Ahora tú.

Hacía calor en la cocina y Annabelle tenía las mejillas rosas por el vapor. Un rizo rubio y ralo se le había pegado a la frente. Benny asió la tetera con fuerza.

—Por favor —susurró, intentando respirar—. Mamá, no…

Pero Annabelle había empezado a cantar otra vez.

—«Soy una teterita…»

No lo soportaba más. Su madre estaba ridícula y esperanzada, balanceándose de atrás adelante con una mano en la cadera y la otra, flácida, colgando en el aire. Entonces le vio la cara a Benny y se interrumpió, repentinamente insegura.

—¿No era así la canción?

—¡No! —gritó Benny. ¿Por qué no lo entendía? No quería herir los sentimientos de su madre, pero tenía que parar, tenía que conseguir que parara—. Eso no es lo que…

—¿Estás bien, Benny? ¿Qué te pasa?

Benny le tiró la tetera.

—¡Eso no es lo que está diciendo!

—¡Espera! —oyó decir a su madre—. ¡Benny, no! ¡Por favor, perdóname! ¡No te vayas!

Pero era demasiado tarde, porque Benny había salido disparado. La puerta trasera se cerró de golpe detrás de él. Oyó el ruido de loza rompiéndose y también la voz de su madre.

No era la primera vez que oía esos dos sonidos mezclados. Fue hasta la puerta de la calle y, en cuanto la cruzó, echó a correr.

29

Salir disparado no era la reacción ideal, pero sus Tarjetas de Afrontamiento decían que marcharte de una situación de alto estrés y tomarte un Tiempo Muerto era una Conducta Apropiada. Claro que Benny no estaba pensando en conductas apropiadas cuando salió disparado. Simplemente tenía que salir de allí. Corrió por el callejón de luz declinante, dejó atrás el contenedor de basura y la imprenta Eternal Happiness, evitando el lugar exacto en que su padre había agonizado. Los hombres y mujeres de aspecto sospechoso que acechaban en los portales levantaron la vista al oír sus pisadas, pero, al ver que no era más que un niño corriendo, volvieron a sus asuntos.

Su paso apenas causó una mínima alteración en el letárgico callejón

de mala muerte.

Corrió y corrió dándose impulso con los brazos; sus pies enfundados en deportivas hacían un ruido húmedo en el pavimento agrietado, esquivando charcos y socavones. De las grietas subían voces que cantaban en voz baja: *Pisa un socavón… Pégale a tu madre un empujón,* de manera que intentó esquivarlas, pero el asfalto tenía muchos años y había demasiadas grietas. *Pégale a tu madre un empujón pégale a tu madre un empujón…* Benny apretó el paso en un intento por dejarlas atrás, hasta que no pudo más y se desplomó contra la pared húmeda y de ladrillo de un almacén con las manos en las rodillas, el pecho jadeante y respirando a bocanadas.

Había llegado al final del callejón. Cuando por fin los latidos de su corazón se normalizaron y su respiración se calmó, reparó en que el cántico fracturado de los socavones había aflojado y ahora solo oía una desconcertante ausencia de sonido, como si estuviera en un sueño submarino. Escuchó con más atención. Nada. Meneó la cabeza para despejar los oídos, lo que pareció ayudar. Cerró los ojos. Poco a poco el mundo sónico se restableció. Aulló un gato desde algún lugar en las profundidades del callejón y, a lo lejos, los coches tocaban el claxon en la avenida. Oía el silbido de los trenes de mercancías, acercándose primero y alejándose después, subiendo desde el puerto y transportando, en su estela sonora, imágenes sueltas como trocitos de hojarasca atrapados en la corriente ascendente de su memoria. En su imaginación podía ver los altos silos de grano en las playas de vías, las montañas cónicas de negro carbón y azufre fosforescente en los muelles de carga y los troncos flotantes de la maderada al otro lado del estrecho. Incluso con los ojos cerrados podía ver todas estas cosas.

Cuando Benny era pequeño, Kenji solía llevarlo al paso elevado de ferrocarril que daba al puerto, al que llegaban enormes cargueros procedentes de Asia para descargar. Sus siluetas desiguales se alargaban hasta pasada la boca del estrecho, y Kenji y él los miraban y los contaban uno a uno y enumeraban todos los artículos que imaginaban podía haber

amontonados dentro. *Camiones, tractores, ollas arroceras, todoterrenos, zapatillas Nike.* Pronto el juego se transformó en listas de cosas que querían pero no podían permitirse comprar.

PlayStation 3 de Sony, la Xbox 360, una batería Yamaha, coches deportivos Nissan GT-R, amplificadores Yamaha modelo MX-10000, hornos microondas y una máquina de coser Brother nuevecita para mamá. Recordó lo que sentía subido al alto puente, apoyado contra las

piernas de su padre.

Notaba las manos de este apoyadas con suavidad en sus hombros. Abajo, en las vías, veía a hombres y mujeres haciendo cosas en la maleza del terraplén y recordaba el tacto de las manos cálidas de su padre sujetándole la cabeza y dirigiendo su mirada con suavidad hacia las montañas a lo lejos. «¡Mira, Benny! ¡Mira!»

Abrió los ojos y le sorprendió comprobar que seguía en el callejón, apoyado contra el frío ladrillo. Nunca se había internado tanto en el callejón. Pensó en volver a casa, pero todavía no estaba preparado para enfrentarse a su madre.

Delante de él, el callejón se abría a una estrecha calle perpendicular, al otro lado de la cual había un parquecito de césped, un inesperado remanso boscoso en plena ciudad. Lo atravesaba un sendero serpenteante que terminaba en unos cuantos bancos dispuestos en círculo bajo las ramas curvas de un gran sicomoro. Los bancos le resultaron familiares a Benny.

Encima de ellos, una anticuada lámpara de seguridad proyectaba una luz teatral que iluminaba el frondoso sotobosque y daba al conjunto más aspecto de escenario teatral que de parque. En las sombras, delimitando el extremo último del parque, distinguió las siluetas de lonas azules y tiendas de un campamento de personas sin hogar, pero el círculo de bancos más próximo a él parecía vacío y tentador, un buen lugar donde sentarse y esperar a sentirse preparado para volver a casa.

Se subió la capucha y se separó de la pared. Cuando cruzó la calle y se acercó, supo dónde estaba. Nunca había visto el parque de noche, pero su padre lo había llevado allí muchas

veces durante el día. Lo instalaba en uno de los bancos, cerca de los señores mayores chinos que se sentaban a leer el periódico, y le decía que esperara mientras se iba a hablar con un hombre. Benny nunca pasaba miedo. Su padre nunca se iba muy lejos, los señores mayores chinos eran simpáticos, y a veces Kenji le daba un trozo de pan para que diera de comer a las palomas y a los cuervos. Cuando el tiempo era cálido, los ancianos llevaban pájaros cantores en jaulas al parque para que les diera el aire. A veces dejaban a Benny que les diera de comer y entonces los pájaros cantaban.

De noche no se veían pájaros. Las palomas estaban posadas en las cornisas de los edificios del centro de la ciudad y los escandalosos

cuervos dormían en las ramas del sicomoro.

Cuervos negros escondidos en las sombras. Benny no los veía, pero intuía su presencia, y la idea de que estuvieran durmiendo en los árboles lo calmaba. Bajó por el sendero en dirección a los bancos, cuidando de no acercarse a las tiendas de campaña en sombras, y se detuvo. Del trozo de césped rodeado de bancos salían unas voces. Se agachó debajo de un cubo de basura y escuchó. Las voces no sonaban a cosas. Sonaban a personas. No muchas. Solo unas pocas. Hablando en inglés.

No lo habían oído acercarse porque sus zapatillas eran muy silenciosas. Comprobó sus Niveles de Alarma, que estaban en la zona azul (moderados, con riesgo general de ataque). Nada grave, pero seguramente era mejor irse. Se puso de pie con cautela. Ya podía verlos; eran tres hombres sentados bajo una lona en el extremo más alejado del banco que se pasaban un recipiente de aluminio y comían de él. No supo si eran jóvenes o viejos. Todos eran de color ceniza y el aire a su alrededor olía a marihuana. Era el olor de Kenji y a Benny se le aceleró el corazón. Quiso marcharse, pero en lugar de ello dio un paso adelante con sus silenciosas zapatillas.

Apoyadas contra los bancos había varias mochilas de gran tamaño de cuyos costados colgaban cazos y sartenes. Al lado había dos perros grandes echados. Pitbulls, con collares de pinchos y correas hechas de gruesa cuerda. Uno de los perros,

el de color más pálido, levantó la cabeza y apuntó su hocico gomoso en dirección a Benny, olfateando el aire.

¡Alerta! Benny se quedó muy quieto. El perro se levantó y empezó a gruñir, un sonido grave salido de las profundidades de su garganta. Estaba atado a la cuerda, pero aun así. El segundo perro se levantó también y empezó a ladrar.

¡Alerta! ¡Peligro!

Uno de los hombres dijo:

—Riker, ¿qué pasa, chico?

Los dos perros saltaron. Eran rápidos, y cuando Benny se dio la vuelta para echar a correr, vio que sus cuerdas no estaban atadas a nada. Lo acorralaron contra el cubo de basura, ladrando y gruñendo con sus grandes dientes amarillos y encías brillantes, labios babeantes y ojos pálidos y horribles.

—¡Riker, Daisy! ¡Quietos! —El hombre saltó por encima del respaldo del banco. Los sujetó por los collares y los perros se tranquilizaron—. Hola, tío. Perdona.

Benny tragó saliva. Le temblaban las rodillas y tenía ganas de vomitar.

—No pasa nada —dijo, aunque sí pasaba, y entonces una vocecilla gimoteó, burlona: *No pasa nada, no pasa nada*. Los perros movieron las orejas. Miraron a Benny con atención.

Gruñeron como si quisieran morderlo.

—En realidad, son muy tranquilos —dijo el hombre.

—Genial —dijo Benny.

¿Genial?, dijo la voz imitándolo. *De genial nada, caraculo.*

—¿Hay algún problema? —dijo otro de los hombres.

Habían dejado de comer y observaban desde la lona—. ¿Quién es?

—Soy yo —dijo Benny.

¿Soy yo?, se burló la voz. *¿Quién coño te crees que eres?*

Ahora todos lo miraban.

—¿Quién eres? —preguntó el primer hombre.

—Nadie —dijo Benny.

Y que lo digas.

—No puedes ser nadie —dijo el hombre—. Estás ahí de pie. Estás hablando. Eres alguien. ¿Tienes nombre, Alguien?

—Soy Benny —dijo Benny.

Soy Benny. Soy Benny. ¡Cierra la puta boca, Benny!

El hombre que sujetaba a los perros lo miró.

—¿Eres chino, pequeño Benny?

—No. Mi padre es japonés. Y coreano. Bueno, era. Está muerto. Lo atropelló un camión.

Ay, pobrecito Benny. ¿Ahora les vas a contar toda tu puta vida o qué?

—Suena triste, chico.

—Sí. Estaba colocado cuando pasó.

¿Para qué coño les cuentas eso?

—Hay que mantenerse lejos de las drogas, pequeño Benny.

Tú di siempre no, ¿vale?

—Vale.

—Buen chico. ¿Quieres comer con nosotros un poco de arroz con alubias?

—No, gracias —dijo Benny, a pesar de que de pronto tenía mucha hambre. No había cenado. Pensó en Annabelle, sentada en el rincón de la mesa recién despejada de la cocina, comiendo espaguetis sola, y un gran agujero se abrió dentro de su estómago, una clase distinta de hambre—. Tengo que irme a casa.

Oooh, su mami lo necesita…

—Venga —dijo el hombre—. Siéntate. Yo soy Jake y estos son Dozer y Terence, pero es un nombre de maricones, así que lo llamamos T-Bone, como el chuletón. A los animales ya los conoces. Riker es el macho claro y su perra es Daisy. Ahora que sabes cómo nos llamamos, tienes que comer algo con nosotros para demostrarnos que no nos guardas rencor. Si no, pensaremos que estás cabreado con nosotros y, por tanto, serás una amenaza y tendremos que matarte. Así que ven para acá y ponte cómodo. El arroz y las alubias están buenos. Son de hoy.

—Vale —dijo Benny.

Huy, sí, por favor, matadme, se burló la voz, y a continuación se sumió en un silencio hosco cuando Benny se sentó en un rincón debajo de la lona y aceptó el envase de aluminio abollado. *Tú mismo.*

Benny

En realidad no creo que fueran a matarme. El hombre ese, Jake, no hablaba en serio. Por su tono de voz supe que hablaba en broma y que quería compensarme por el hecho de que sus perros me hubieran ladrado.

Con los años he l egado a ser muy bueno interpretando tonos y voces, aunque con personas es más difícil, porque mienten y bromean y esconden sus emociones y dicen cosas que no sienten. Con las personas no me sale solo, así que he tenido que estudiar y practicar, como cuando aprendes a leer y tienes que ir tanteando las sílabas. Tengo que aprender a las personas fonéticamente y después memorizarlas.

Los objetos son más fáciles porque te hablan de manera directa. Es una de las diferencias entre las personas y las cosas. Las cosas ni mienten ni provocan ni pierden el tiempo. No esconden sus sentimientos. Es fácil saber si una cosa está contenta o triste, aburrida o enfadada. Sobre todo enfadada. Huy, sí, cuando una cosa se cabrea, te lo hace saber. Te corta, o te pel izca, o deja de funcionar de repente. Se te desliza por entre los dedos y se rompe, o sencil amente desaparece —se esfuma por completo

— y, por mucho que la busques, no la encuentras. Seguramente habéis tenido experiencias así, con la cartera o las l aves, por ejemplo, así que sabéis que no miento.

Estoy bastante seguro de que eso es lo que pasó con la tetera de mamá aquel a noche. A ver, yo no estaba al í cuando se rompió, así que no puedo jurarlo, pero creo que esa tetera kamikaze se cabreó con la situación, con mamá cantando esa canción tan tonta, y se abalanzó contra la nevera. Mamá dijo que se le cayó, pero yo luego encontré un trozo de pitorro debajo de la nevera, en la otra punta de la cocina respecto a donde estaba mi madre, así que intuyo que hizo algo más que resbalarse de sus manos. Creo que la tetera tenía algo que decir.

El caso es que me quedé un rato con aquel os tipos hasta que los perros se tranquilizaron y decidieron que les gustaba y me lamieron la mano. Los tipos eran mayores que yo, pero no parecía importarles que yo no fuera más que un niño. Me l amaron «chico» y me preguntaron dónde vivía y qué hacía en la cal e cuando debía estar en casa haciendo los deberes. Les dije que ir a clase no era una opción y se rieron, y dijeron que eso molaba. Al principio me pregunté si serían pordioseros jóvenes, pero los pordioseros que yo había visto vivían de manera bastante caótica y aquel os tíos tenían material de acampada y parecían más equilibrados.

Cuando les pregunté si eran vagabundos, les hizo muchísima gracia, pero luego dijeron que por supuesto. Yo no sabía qué era un vagabundo exactamente, pero mi madre usaba la palabra y me gustaba cómo sonaba.

Pensé que igual, si los estudiaba, me enteraría. A eso me re ero cuando hablo de aprender a interpretar a las personas.

La conversación sobre vagabundos me hizo pensar en mi madre. Sabía que probablemente estaría histérica y no quería que l amara a la policía, así que al cabo de un rato les dije a los tíos que me tenía que ir y me dejaron.

El cal ejón estaba oscurísimo. Por el día ya da miedo, pero por la noche es una locura, así que mantuve la cabeza gacha y la capucha puesta. Antes había corrido demasiado rápido como para ver algo, pero a la vuelta fui más despacio y me dio tiempo a jarme en todos los yonquis pinchándose y haciéndose cosas feas los unos a los otros en las sombras. Algunos, al verme acercarme, me decían cosas, pero cuando se daban cuenta de que no era más que un niño me dejaban en paz. Entonces, cuando casi había l egado a casa, pasó algo rarísimo. Oí un ruido delante de mí y tres putas chi adas con faldas ceñidas y zapatos de tacón se me acercaron dando traspiés por el cal ejón y se pararon justo debajo de la farola junto al contenedor de Gospel Mission, cayéndose las unas contra las otras, gritando y apuntando a algo que había en el suelo, y juro que pensé que era el fantasma de mi padre, hasta que vi moverse algo en las sombras y parecían animales. Gatos, pensé, pero al acercarme vi que era una familia de mofetas, una mamá mofeta con sus bebés mofetas, todas en la. Las

putas estaban supercolocadas y gritaban: «¡Qué monísimas! ¡Qué monísimas!», e intentaban coger a las crías, pero entonces tropezaban, caían al suelo y tenían que levantarse mutuamente e intentarlo otra vez.

Imagino que querían l evarse a las crías de mofeta a casa como animales de compañía o algo así, pero de pronto la mamá mofeta las roció. Yo estaba muy cerca, así que pude olerlo y apestaba muchísimo, pero ya había l egado a la verja trasera de mi casa y conseguí entrar. La cocina estaba a oscuras y aún oía a las prostitutas gritando, y también me di cuenta de que olía un poco a mofeta, pero no me importó. La escena había sido de lo más rara y caótica, y la verdad es que no culpaba a la mamá mofeta en absoluto porque lo único que había hecho era proteger a sus crías. Fui a la nevera a por un poco de leche y entonces fue cuando vi el pitorro roto de la tetera en el suelo. Lo cogí. El borde era a lado e irregular y esperé que me hiciera daño o me dijera algo cruel o acusatorio, pero estaba mudo y por alguna razón eso me puso muy triste y me eché a l orar.

—¿Benny?

Era mi madre, a oscuras en la puerta que daba al pasil o, vestida aún con esa ridícula sudadera de la tortuga marina. Encendió la luz de la cocina y cuando me vio l orando delante de la nevera abierta corrió hacia mí y me agarró.

—¡Dios mío, Benny! ¿Estás bien? ¿Ha pasado algo?

Negué con la cabeza y entonces me revisó por todas partes, y cuando vio que estaba bien, me abrazó.

—Ay, Benny, ¡estaba preocupadísima! Salí a buscarte, pero te habías ido. ¡Desapareciste sin más! ¿Dónde has ido? Llamé a la policía para denunciar una desaparición, pero me dijeron que tenía que esperar, y eso hice. Esperé y esperé. Hueles a mofeta. ¿Dónde has ido?

Normalmente no me gusta cuando se pega a mí, pero aquel a noche dejé que sus palabras me bañaran y me distancié como se supone que tengo que hacer cuando me siento abrumado. Es una herramienta de

afrontamiento l amada Autodistanciamiento, y tengo una tarjeta que la explica, pero, básicamente, se supone que debo intentar vivir una situación estresante como si fuera una mosca en la pared y luego informar sobre el a igual que lo haría una mosca. Así que la mosca diría algo así: Benny está de pie delante de la nevera y todavía llora un poco y su madre lo está abrazando demasiado fuerte, pero Benny se deja, aunque no puede devolverle el abrazo. Y la madre dice, Ay, Benny, no vuelvas a hacer algo así, ¿vale?

¡Prométemelo! Estaba preocupadísima, es muy tarde, ¿se puede saber dónde has ido? Pero Benny no puede decir nada porque tiene la cara aplastada contra el sobaco de su madre, así que se queda ahí, llorando pegado al ojo grande y triste de la tortuga marina, y ahora su madre se separa y dice: ¿Seguro que estás bien, Benny? ¿Por qué lloras? Le seca las lágrimas de la cara con su manga, pero no dejan de salir otras nuevas y Benny le da el pitorro roto y dice: Estoy bien, mamá, y luego añade: Siento lo de tu tetera, y el caso es que decir lo siento le hace sentir mejor…

El Libro

Esa mosca en la pared no es una herramienta de afrontamiento, Benny. Es el sonido de una persona joven que busca su voz y, en el

mundo de los libros, eso es poco menos que un milagro.

Cada vez que un chico joven encuentra su voz o una chica cuenta su historia por primera vez es motivo de gran celebración y todos nosotros, desde las tablillas inscritas en barro más antiguas hasta los ejemplares de bolsillo más baratos de un saldo, tomamos nota y nos alegramos, porque, sin vuestras voces, nosotros no existiríamos. Así que ¡escucha!

Está pasando en este mismo momento, pero es importante no precipitarse. Estas cosas llevan tiempo y debemos ir despacio.

30

Pasan los días. Benny se levanta por la mañana y se va a la Biblioteca. Vuelve a casa a última hora de la tarde. Entre una cosa y otra se sienta en el cubículo y sueña despierto mirando los trozos de papel que ha pegado en su cuaderno, esperando a que aparezca otra vez Aleph y, cuando no lo hace, deambula por los distintos niveles, buscándola. Después de todo, se ha enamorado. Murmura «Valter Benllamiin, Valter Benllamiin»

para sí, se sumerge en los estantes y vuelve al cubículo con una brazada de libros del filósofo alemán con la esperanza de estudiárselos para impresionarla, pero enseguida se desanima porque no logra interpretar las palabras. Está acostumbrado a las palabras incomprensibles cuando flotan en el aire, pero estas están en libros. ¿Qué sentido tiene que haya palabras en libros si no se entienden?, se pregunta. Entonces, varios días después, mientras se come una manzana, abatido, su teléfono hace *ping* y lo avisa de que ha llegado un correo electrónico a la cuenta falsa que creó para hacerse pasar por su madre. Es del despacho de la directora del instituto.

«Estimada señora Oh —dice el correo—. Le recordamos que debe hacernos llegar una carta del médico de familia de su

hijo justificando su ausencia de clase durante más de tres días.

Su hijo lleva faltando más de una semana y no hemos recibido la carta. Por favor, póngase en contacto con nosotros a la mayor brevedad para tratar este asunto.»

¡PELIGRO!

Benny deja de masticar. Se le cierra la garganta, y un gran trozo de manzana queda atrapado y se instala allí. Se ahoga y tose y traga, y la

manzana termina por pasar, pero un trozo afilado de piel le araña el tejido blando de la epiglotis y se le llenan los ojos de lágrimas.

La mujer que teclea lo mira.

—¿Estás bien?

Benny asiente, avergonzado, y se seca las lágrimas.

—Hay que tener cuidado con las manzanas —dice la señora, que, puesto que Benny ya no se ahoga, vuelve a sus teclas…

No, eso no es del todo exacto. No vuelve a sus teclas.

Nunca las ha dejado. Incluso mientras hablaba con Benny sus dedos se movían, y ahora, mientras lo mira, siguen moviéndose y una vez más da la sensación de que lo está observando y tecleando esas detalladas notas de campo suyas, documentando todo lo que ve. Observa a Benny mientras este sujeta su teléfono y se fija en que tiene los dedos húmedos y algo temblorosos. Últimamente parece haber engordado un poco y la mujer se pregunta si estará medicado. Lo mira buscar en la carpeta de borradores de la cuenta de correo ficticia, donde, por supuesto, encuentra el correo con la nota que falsificó y que olvidó enviar porque ha estado demasiado ocupado enamorándose y asustándose con su madre. La mujer que teclea no puede leer el correo, claro, pero se fija en el ceño de Benny y en la profunda arruga que se le forma entre las cejas mientras relee la nota en busca de posibles errores.

NOMBRE DEL PACIENTE: BENJAMIN OH

DIAGNÓSTICO: DESORDEN PISCOAFECTIVO PRODRÓMICO

A quien pueda interesar:

Benjamin Oh ha sido igresado en el pabellón de Psiquiatría Pediátrica del Children's Hospital bajo mi supervisión y no asistirá a clase hasta nuevo aviso.

Atentamente,

Dra. Melanie Stack

Psiquiatra colegiada

Lo mira mientras pulsa Enviar y se recuesta en su silla con los ojos cerrados, jadeando. Deja caer la mano del teléfono sobre el regazo. Es

evidente que lo está pasando mal y quiere ir hasta él, ponerle la palma de la mano en la frente húmeda y acariciarle el pelo, consolarlo, pero sabe que no puede. Sería entrometido. Inapropiado. Sabe que no debe meterse, así que mira y sigue tecleando.

Estas son cosas que Benny no podía haber sabido, cosas que solo nosotros podemos contarte, porque somos un libro y Benny no es más que un niño. No podía leer la mente a la señora que tecleaba ni conocer sus pensamientos. Solo era consciente del alboroto robótico dentro de su propia cabeza.

¡Alerta! ¡Alerta! ¡Peligro! ¡Peligro! La arruga del entrecejo se hizo más profunda a medida que aumentaba el clamor y pronto le resultó insoportable, de manera que apoyó la cabeza en el montón de libros y tarareó una melodía…

— Tin tirín tin, el gato y el violín, la vaca saltó por encima de la luna…

Así hasta que se quedó dormido.

31

Annabelle estaba inclinada sobre la encimera de la cocina aplastando hormigas. Las hormigas salían de una junta detrás del fregadero donde el yeso se había desmenuzado y dejado un hueco. Las hormigas vivían en el hueco y a partir de él

organizaban campañas de saqueo. Aquel día estaban asediando la tostadora. Habían formado una línea desigual que cruzaba el borde del fondo del fregadero, desaparecía brevemente debajo de un montón de platos sucios y reaparecía detrás de un estropajo viejo. De cuando en cuando, una hormiga ojeadora abandonaba la fila para inspeccionar un rizo de espagueti seco pegado a un plato o una mancha de salsa de tomate, pero el objetivo principal era la tostadora, con su tesoro de migas, que transportaban una a una por encima de un montón de correspondencia y hasta su búnker.

La correspondencia era en su mayor parte correo basura y publicidad, unas pocas facturas y una nueva carta del Inútil que Annabelle había estado a punto de abrir cuando vio las hormigas. A Annabelle no le gustaban las hormigas, e interceptarlas y aplastarlas con el dedo índice, una a una, era ahora su prioridad, pero seguían saliendo. Era verdaderamente asombroso. De vez en cuando se paraban junto a una camarada caída y agitaban las antenas sobre su cuerpo tembloroso como si fueran varas de zahorí, buscando vida, pero luego regresaban a la fila y seguían su camino. Había que reconocer que eran dignas de

admiración, pensó Annabelle mientras aplastaba otra, pero se sentía incapaz de sentirla. Ni admiración ni compasión. Nada. Era como si se hubiera quedado sin sentimientos, lo que era raro, porque siempre había tenido muchos. Demasiados, en realidad. Pero desde el Incidente de la Tetera se había quedado seca.

Al día siguiente había llamado a la doctora Melanie para concertar una cita para Benny y a continuación le preguntó si podía unirse ella a la sesión. Se había sentado en una sillita azul y había contado lo sucedido, cómo estaba ordenando y preparando unos ricos espaguetis para cenar cuando Benny llegó de clase y cómo le enseñó la bonita tetera amarilla que había comprado en la Tienda de Segunda Mano y empezó a cantarle la canción de la tetera.

—Era una de sus canciones preferidas cuando era pequeño.

¿A que sí, Benny? No era mi intención disgustarte. Creía que

te acordarías. Pensé que te haría reír…

La doctora Melanie se giró hacia Benny, quien estaba encorvado en su silla, la verde, con expresión tensa e infeliz.

Aquel día la doctora llevaba esmalte de uñas fucsia.

—Benny, ¿puedes contarnos qué fue lo que te disgustó?

—No.

—Fue la letra de la canción —dijo Annabelle para animarlo

—. Me dijiste que no era así.

—No me acuerdo.

Annabelle miró a la doctora.

—¿Conoce esa canción? —Se puso una mano en la cadera y con la otra imitó un pitorro.

Benny gimió.

—«Soy una teterita, redonda y bonita. Esta es mi asa y este…»

—Sí, por supuesto —dijo la doctora.

Annabelle bajó los brazos.

—Por lo menos es la letra que conozco. Antes Benny hacía todos los gestos. Era una monada.

Benny se estremeció y pareció hacerse más pequeño. La doctora lo observó.

—¿Cuál era el problema? ¿Tu madre no se sabía bien la letra?

—No —dijo Benny—. No fue por eso.

—¿Por la tetera, entonces? ¿La oíste decir algo?

Benny negó con la cabeza. Desde que le dieron el alta en Pedipsi había mentido a la doctora Melanie acerca de las voces; le decía que ya no las oía. Había mentido sobre muchas cosas —sobre no ir al instituto, sobre cómo pasaba los días—, pero esta vez no mentía. La tetera no había dicho una palabra.

Sí la había oído hacerse añicos, pero para entonces él ya estaba en el callejón.

La doctora Melanie se volvió hacia Annabelle.

—¿Puede contarme lo que dijo Benny exactamente?

—Sí. Yo estaba cantando la canción y dijo: «Eso no es lo que dice». Fue muy claro. Y estaba muy disgustado.

—Benny, ¿recuerdas haber dicho eso? Tu madre dice que dijiste: «Eso no es lo que dice», lo que implica que tú pensabas que la tetera decía algo distinto de lo que según tu madre decía, ¿no?

Benny se tapó los oídos con las manos. Había una cantidad insoportable de «dices» y «decías» en una sola frase y cada uno se tragaba al anterior de una manera que resultaba infinitamente atávica y terrorífica, como cuando los peces grandes se comen a los pequeños.

La doctora Melanie se inclinó hacia delante para llamar su atención.

—Tesoro, ¿te puedes quitar las manos de los oídos?

Benny obedeció. A la doctora Melanie no le gustaba que se tapara los oídos con las manos porque eso quería decir que no estaba escuchando.

—Me equivoqué —musitó.

—¿Te equivocaste?

Empezó a contar respiraciones en su cabeza.

—No —dijo entre números—. No me equivoqué. Mentí.

—¿Mentiste sobre la canción?

—Sí. —Exhaló y cerró fuerte los ojos. ¿Por qué le hacía esto? ¿No se daba cuenta de que estaba contando?—. Bueno, no. Mentí a mi madre sobre la tetera. No decía nada.

—¿Me mentiste sobre la tetera? —dijo Annabelle. La pregunta se elevó, aguda y delgada, y empezó a hacer cosas

raras y alargadas, a desdoblarse en el aire y a acercarse hacia él como unos dedos—. ¿Por qué mentiste sobre algo así?

Acorralado, Benny se volvió hacia ella.

—¡Porque estabas haciendo el puto ridículo! ¡Y no parabas! ¡Y no quería herir tus sentimientos, así que dije lo primero que se me ocurrió sobre la tetera!

Se puso colorado y su mirada era feroz y furiosa. Annabelle nunca lo había visto así; era como si un alienígena lo hubiera poseído y le estuviera gritando desde dentro de su boca. Dio un respingo y, al echarse hacia atrás, la pata de la sillita azul cedió y Annabelle aterrizó de culo en el suelo con un golpetazo. Cerró los ojos y se quedó allí, espatarrada y aturdida. Oyó la voz de la doctora Melanie preguntándole si estaba bien y asintió con la cabeza. Benny la miraba con expresión de asco mal disimulado. Luego se giró hacia la doctora.

—¿Lo ve? —dijo como si aquello demostrara algo.

El resto de la sesión transcurrió para Annabelle como en una nebulosa. La doctora la ayudó a levantarse y le proporcionó una silla apropiada, del tamaño de un adulto, y Annabelle se sentó a un lado mientras la doctora hacía preguntas a Benny sobre el instituto y sobre cómo se sentía.

Benny no dijo gran cosa. Annabelle no recordaba lo que había dicho. Solo recordaba sentirse grande y torpe.

Después de la sesión, la doctora le pidió a Benny que fuera a la sala de espera y a continuación le dio una charla a Annabelle sobre cuidar del

cuidador. Habló de aviones y mascarillas de oxígeno, de autocuidados y de redes de apoyo, de estrés y de desgaste profesional y de aprender a pedir ayuda. Annabelle escuchó y trató de prestar atención. Se daba cuenta de que la doctora Melanie intentaba ser amable, pero, salida de su boca, la palabra «amable» sonaba muy parecida a

«condescendiente». Y la doctora tenía razón, por supuesto.

¿Cómo iba a cuidar adecuadamente de su hijo si no se cuidaba ella? Estaba fracasando incluso en eso.

Aplastó otra hormiga. Estaba más que dispuesta a pedir ayuda, pero ¿a quién? ¿A las señoras de la Tienda de Segunda Mano? No tenía amigas a las que hacer confidencias. Lo que necesitaba era su propio psicoterapeuta. O un sacerdote. Pensó en Aikon. Una monja budista parecía alguien con quien hablar, y después de leer el primer capítulo de *Magia ordenada* incluso había empezado a escribirle una carta de admiradora, pero después la borró. Qué idea tan tonta.

Otra hormiga ojeadora estaba haciendo una incursión en el montón de correo basura, cruzando un folleto rosa brillante que estaba en la parte de arriba. ¿Qué esperaba encontrar allí?

Annabelle extendió el dedo exterminador y lo puso encima de la hormiga. El cuerpecillo resultó duro al tacto con la yema de su dedo y, cuando la levantó, seguía retorciéndose. Las hormigas eran sorprendentemente difíciles de matar. Presionó de nuevo, esta vez más fuerte, y entonces fue cuando descubrió que el dedo había aterrizado en una burbuja blanca con forma de nube en el folleto que encerraba palabras escritas en un tipo de letra delicado, femenino.

¿A□□i□□□? ¿E□□r□ad□?

¿A□□□ma□□?

El dedo, todavía aplastando el cuerpo de la hormiga, había aterrizado en plena A de «abrumado». Qué cosa tan rara.

Annabelle lo levantó y siguió leyendo.

¿A □u□ □t□s □p□r□n□□?

M□m□t□ c□□ □□ □□c□ d□

Ti□□p□ □□□□u□□ d□ c□□ida□ □□r□ □□.

D□c□ne□□, □□□u□□□t□ □ □□□□c□t□…

¡M□m□t□ c□□ □u□□r□

M□s□j□ D□□□x□ c□□ Pie□r□s C□□i□□t□!

¡D□j□ □u□ □□ □□r□ □□ d□□□t□ c□□ □u□□r□

Ar□m□t□r□□i□ D□fi□□□□□□!

Había una fotografía de una mujer joven y hermosa tumbada en una camilla con una toalla enrollada alrededor de la cabeza. Tenía los ojos cerrados, los hombros desnudos y su expresión era de felicidad. No parecía ni nerviosa ni estresada.

S□r□□ida□ Z□□

- Sp□ □ C□□□r□ W□□□n□ □□□rn□ -

¡P□r□u□ TÚ t□ l□ □□r□□!

La hormiguita ojeadora seguía agitando débilmente patas y antenas desde la letra U. Annabelle la empujó un poco con el dedo. La hormiga dio una última sacudida y a continuación su cuerpo diminuto se estremeció y se quedó quieto. Estaba muerta. A Annabelle se le llenaron los ojos de lágrimas. Había sacrificado su pequeña vida para mostrarle el camino. Cogió con cuidado el folleto de *Serenidad Zen* y lo usó a modo de andas con las que recogió los cadáveres de hormigas. Todo el mundo necesitaba una red de apoyo. ¿Y qué si la suya era una colonia de hormigas? Su intrépida hormiga merecía descansar en algún lugar junto a sus compañeras. Por un momento pensó en hacerles una tumba de verdad en el jardín, pero decidió que era una locura y además no quería encontrarse al Inútil, así que tiró los cuerpos a la basura y a continuación cogió el folleto y fue en busca de su teléfono móvil, asombrada de la increíble coincidencia. Porque no era un Spa Diurno de Serenidad cualquiera. Era un Spa Diurno de Serenidad Zen. ¡Menuda casualidad!

32

Estaban el latido de la sien, la gota solitaria de lluvia y luego la voz que susurraba…

—Hola.

—¿Eh?

Abrió los ojos y vio el dedo índice cubierto de pintura.

Aquel día era color morado oscuro. El corazón le dio un vuelco.

—¿Te has vuelto a quedar dormido leyendo?

Benny levantó la cabeza y se frotó los ojos, y se palpó el mentón en busca de baba.

Ella examinó los títulos en la pila de libros que había estado usando de almohada.

—¡Hala! ¿Estás leyendo a Valter Benllamiin?

Parecía impresionada, y Benny notó calor en la cara.

—En realidad no estaba leyendo —confesó—. Bueno, leo las palabras, pero no entiendo lo que dicen.

—Sí, bueno, igual no hace falta. Igual tu cabeza las ha asimilado mientras dormías encima de ellas. Como por ósmosis.

Benny no sabía lo que significaba *ósmosis,* pero se animó.

—¿Tú crees?

No se sentía más inteligente, ¿y de qué servía tener libros en la cabeza si no los entendías? Pero aun así…

—No —dijo ella riendo y dándole una palmadita en el hombro—. Pues claro que no. Si de verdad quieres entender esas cosas, el Botellero te ayudará. Lo sabe todo. Ven.

Lo condujo hasta una escalera poco transitada y bajaron dos pisos hasta el Nivel Cinco. Una vez allí, cruzaron al Ala Vieja hasta un rincón apartado detrás de los estantes 331.880, donde vivían los libros sobre filosofía del trabajo. Había libros sobre teoría antimonopolio, democracia industrial y los sindicatos como instrumento de lucha de clases, pero pasaron delante de ellos sin detenerse. No importó. Los libros como aquellos no tienen demasiados lectores en los tiempos que corren y están acostumbrados a ser olvidados y dejados de

lado. Carecen de la vitalidad necesaria para saltar de las estanterías, pero a pesar de todo no pierden la esperanza.

Al final de los estantes Benny vio la puerta que daba a uno de los lavabos de personas mayores. Un letrero hecho de plástico amarillo

brillante bloqueaba la entrada. «NO PASAR», decía. «ASEO CERRADO POR TAREAS DE LIMPIEZA», y a continuación, para asegurarse, repetía el mensaje en español.

Su significado quedaba claro, así que Benny obedeció, pero Aleph pasó junto a él, empujó la pesada puerta y la sostuvo para que pudiera entrar. Benny vaciló, pero una voz atronó desde dentro.

—¡Adelante! ¡Adelante!

Benny dirigió una mirada de disculpa al letrero, lo esquivó y cruzó la puerta, que se cerró a su espalda con un tenue suspiro.

El aseo, al estar en el Ala Vieja de la Biblioteca, tenía las dimensiones generosas de una época pasada, con techos altos y abovedados y amplias proporciones. Las paredes y los suelos estaban decorados con recargados azulejos de porcelana negros y blancos, y los lavabos, las superficies y los urinarios estaban hechos de un mármol ceroso que con el paso del tiempo se había ablandado y desgastado. Los pomos de las gruesas puertas de madera de los cubículos eran de bronce, lo mismo que los desagües, los grifos y las cañerías. Todo estaba impoluto.

Al fondo del aseo, dos celadores de la Biblioteca estaban sentados en cubos del revés a ambos lados del Botellero, quien, en su silla de ruedas y envuelto en su nube de plástico blanco, tenía aspecto de rey en un trono celestial. Su cartera estaba en el suelo a sus pies, y delante tenía una mesita plegable con una botella de vodka, una rebanada de pan negro y un gran frasco de arenques en salmuera del que asomaba un tenedor de plástico. En el aire flotaba un paño mortuorio hecho de humo de cigarrillo. Los tres hombres estaban enzarzados en un apasionado debate en una lengua que Benny no

comprendía. Los tres fumaban. Aleph tosió y agitó una mano delante de la cara con gran aspaviento. Cruzó la habitación, abrió las hojas de cristal esmerilado de las gruesas y viejas ventanas y, al ver aquello, los tres hombres se encogieron de hombros, apagaron los cigarrillos en una vieja lata de sopa que estaban usando de cenicero y levantaron sus vasos de chupito en dirección a ella para hacer un brindis.

— *Dobrodošli* —dijeron—. *Na zdravje!*

Vaciaron los vasos y a continuación los dos celadores —

Benny vio ahora que eran gemelos— se guardaron los vasos de chupito, se levantaron y se fueron, dándole una palmada en el hombro

al pasar.

—Aquí huele que apesta —dijo Aleph malhumorada.

Pero Slavoj no la escuchaba. Tenía los ojos acuosos fijos en Benny y, cuando este se acercó, sus manazas empezaron a agitarse en el aire en un baile señalético que escapaba a su control y a la comprensión de Benny. Pero el viejo apenas parecía darse cuenta. Mantenía la mirada fija en la cara de Benny, un haz fijo entre tanta agitación y palmadas.

—Vaya, vaya. Mirra a quién tenemos aquí —dijo—. ¡El joven colegial! Por fin ha venido.

Las manos se agitaron aún más. Giraron y se juntaron sobre su cabeza, tirando de los brazos como si fueran las colas de dos cometas y obligándolo a despegarse de su silla como si levitara.

Aleph suspiró.

—Slavoj, este es Benny —dijo—. Benny, este es Slavoj.

Está borracho.

Puso las manos con suavidad en los hombros del anciano y al momento las de este cayeron al regazo y dejaron de bailar.

El anciano respiró hondo.

—Gracias, querrida. Cuando se ponen nerviosas resultan agotadorras.

Se inclinó hacia delante y tocó el cubo junto a él.

—Veamos, joven colegial. Coge un cubo y hablarremos, perro antes… —Cogió la botella de vodka y le quitó el tapón

—. ¿Dónde está tu vaso?

Benny no entendía.

—No es más que un niño —dijo Aleph—. No lleva un vaso encima.

—No importa —dijo el Botellero—. Tiene solución. —

Giró su silla de ruedas y metió el brazo en el montón de bolsas de basura sujetas al respaldo. El plástico susurró de emoción.

Cuando sacó la mano, sostenía un vaso de chupito donde se leía:

TEXAS

EL ESTADO DE LA ESTRELLA SOLITARIA

El viejo lo leyó con expresión crítica y a continuación miró a Benny.

—No. No serrías un buen tejano.

Volvió a meter la mano en el amasijo de bolsas susurrantes y sacó otro vaso.

HAWÁI

EL ESTADO DE ALOHA

—Este es mejor parra ti, ¿sí?

Le dio el vaso a Benny y se lo llenó, salpicándole un poco en la mano. El líquido parecía hielo.

—Es demasiado joven para beber vodka —dijo Aleph.

Estaba sentada en su cubo, cruzada de brazos, mirando al anciano llenar el vaso de la estrella solitaria y ofrecérselo.

—¡Bah! —dijo el anciano—. ¿Y tú? Tú serrías una buena tejana. Con Texas no se hacen bromas.

Llenó su propio vaso y lo levantó para que lo vieran. Decía:

ARKANSAS

EL ESTADO NATURAL

—El estado naturral —declaró—, ¡es el mejor! —Levantó más el vaso de chupito—. Me encanta este país. ¡Cada estado tiene una marca y un lema también! ¿Sabéis cuál es el lema del gran estado de Arkansas? Hace un tiempo erra «Tierra de oportunidades». Bonito, ¿sí? Perro luego lo cambiarron. ¿Por qué? ¿Se terminarron todas las oportunidades? Es una explicación, pero ahorra tienen un lema nuevo: *«Regnat Populus»*. ¿Sabes lo que significa *«Regnat Populus»,* joven colegial? Si hubierras estudiado latín lo sabrías. *«Regnat Populus»* significa 'El pueblo gobierna'. ¡Magnífico! Nunca he ido al estado naturral de Arkansas, perro sé que debe de ser una utopía democrática gobernada por personas asombrosas…

Se interrumpió y miró hacia lo lejos.

—«¡Oh mundo nuevo y espléndido, qué bellas son tus gentes!» —Miró a Benny—. ¿Has leído a Shakespeare, joven colegial? ¿No? Esta frase es de una obra llamada *La tempestad*. Tienes que leerla enseguida. En ella hay un monstruo de la naturraleza llamado Calibán que habla con una poesía que te romperrá el corrazón. «Nada has de temer, la isla está llena de rumorres…» ¿Cómo sigue? Vaya, se me ha olvidado. Perro bueno. Así es como me imagino Arkansas. Mi ilusión es ir algún día, perro hasta entonces ¡tenemos que brindar por ello!

—No tienes que beber, Benny —dijo Aleph.

—Bah, ¡pues clarro que sí! ¡Es un colegial! ¡Tiene que aprender a leer latín, a recitar a Shakespeare y a beber vodka!

—Slavoj esperó con el vaso levantado—. ¿Y bien?

Benny olió el vodka. El vapor acre le irritaba los ojos.

—¿Qué?

—Estamos esperrando a que brindes.

Benny miró el pan en la mesa.

—Si queréis, corto el pan.

—¡Excelente! —graznó el Botellero—. Ha nacido parra esto. No, no, chico, tienes que brindar, no brindarte a hacer algo. ¡Habla con el corrazón! ¡Inspírranos con tu sabidurría!

—No sé cómo.

—Cierra los ojos y escucha. Dime, ¿qué oyes?

Benny cerró los ojos. Oía la respiración ronca del anciano cerca de él. Oyó las cañerías en la pared cuando alguien tiró de la cadena en algún punto lejano del edificio, pero las cañerías no lo inspiraban. Oyó los silbidos y gorgoteos de los radiadores cuando pasaba por ellos el vapor y que casi parecían música. Mejor. Fuera, oyó el lamento de una ambulancia a lo lejos y después, más cerca, una voz que murmuraba en voz baja.

— «… sonidos y dulces cánticos que dan placer y no hierren…»

Sobresaltado, abrió los ojos. El anciano miraba al techo con el vaso de vodka olvidado en el reposabrazos y recitaba con voz soñadora:

—«A veces el tañido de mil instrumentos acarricia mis oídos, y otras, voces que —aun despertando de un larguísimo sueño— me volverrían a adormecer…»3. —Suspiró y negó con la cabeza—. Sí, ahorra me acuerdo. —Cerró los ojos y estuvo así tanto rato que Benny se preguntó si no se habría quedado dormido, pero entonces se enderezó bruscamente y se secó los ojos con la manga—. Voy a hacer yo un brindis —dijo con voz hosca. Levantó de nuevo el vaso—. ¡Por las voces!

—¿Las voces?

Benny vaciló. No había sido su intención beber. Su intención había sido tirar el vodka por el lavabo cuando Slavoj no mirara, pero las palabras del anciano lo habían cogido por sorpresa, y cuando quiso darse cuenta, tenía el vaso en los labios y el vodka le quemaba la garganta como fuego líquido

de camino al estómago. Le vinieron arcadas y tosió y se le llenaron los ojos de lágrimas, pero, cuando la tos cedió y se puso otra vez recto, notó un calor repentino que lo colmaba y lo reconfortaba desde dentro. Se sentía ligero, mareado casi.

—Joder —dijo, y meneó la cabeza para despejarse.

—Es bueno, ¿sí? —preguntó el anciano con una sonrisa llorosa.

—Es asqueroso.

—¿Quierres otro? —preguntó Slavoj levantando la botella

—. Esta vez tienes que hacer un brindis.

—Slavoj —dijo Aleph en tono de advertencia.

El anciano levantó las manos en señal de rendición.

—Vale, vale. —Bajó la voz y susurró a Benny—: Parrece una madre.

Aleph no tenía nada de madre, pensó Benny, pero no lo dijo. En lugar de ello, envalentonado por el vodka, preguntó:

—Eso que ha dicho: «Por las voces», ¿las… tiene…? —La pregunta se quebró antes de que pudiera terminarla. Notó que se ponía colorado.

—¿Que si tengo qué?

—Quiero decir, si oye…

De nuevo las palabras se negaban a salir.

—¿Voces? —preguntó Slavoj con voz hosca—. ¡Pues clarro que oigo voces! ¡Soy un poeta! —Sus manos se pusieron otra vez nerviosas. Acariciaron la barba, le pellizcaron la nariz, le tiraron de la oreja y a continuación una se puso a arañar el dorso de la otra. Cuando terminaron, el anciano dirigió una mirada penetrante a Benny—. ¿De dónde crees que salen los poemas? ¡Todo habla, joven colegial! Perro solo los poetas y los profetas, los santos y los filósofos tienen orrejas para oírlo.

—¿Oyen voces?

—¡Pues clarro! ¡Sócrates! ¡Y Juana de Arco! ¡Rilke, Milton, Blake…!

Benny nunca había oído hablar de estas personas, pero no quería parecer tonto, así que se limitó a asentir.

—¡Moisés, Abraham, Isaías y todos los profetas! —decía el anciano, tirándose de la oreja y a continuación juntando las palmas—. Y los padres de la psicología, Sigmund Freud y Carl Jung. Sí, ¡ellos también oían voces! Por no hablar de los grandes pacifistas, Mahatma Gandhi y Martin Luther King.

Por fin alguien que Benny conocía. Había estudiado a Martin Luther King en el último curso de secundaria. Martin Luther King era un gran hombre y un héroe del movimiento por los derechos civiles. Había una festividad que llevaba su nombre.

—¡Grandes revolucionarios modernos, todos oían voces y se guiaban por ellas!

Saber quién era Martin Luther King dio valor a Benny para hablar.

—Pero ¿si no eres más que una persona normal? Como un niño, por ejemplo. No un poeta, o un revolucionario o… —Se interrumpió por la fuerza de la costumbre, pero, cosa rara, no le llegaba ninguna señal de *Alarma* o *Peligro,* de modo que continuó. Abrió la boca y las palabras salieron a borbotones—.

Lo que quiero decir es que yo también oigo voces, pero no soy ninguna de esas cosas. Solo estoy loco.

Slavoj resopló.

—¡Tonterrías! ¿Cómo puedes saberlo? ¿Has intentado alguna vez componer un poema? ¿Has probado a reflexionar sobre una cuestión filosófica o a liderrar una revolución?

—No.

—Pues a eso me refierro. Es imposible que lo sepas, puesto que nunca lo has intentado, así que te sugierro que lo intentes inmediatamente. Empieza por algo pequeño. Empieza por un poema corto, o una cuestión filosófica sencilla, o una revolucioncita. No, esperra, este país no está preparrado parra una revolución. La revolución déjala parra

más adelante.

Benny miró a Aleph, que tenía los ojos cerrados, pero supo que estaba escuchando.

—No lo entiendo —dijo—. ¿Qué debería hacer?

—¡Componer un poema! —dijo el anciano—. ¡Formular una pregunta filosófica! Y si se da el caso de que no erres capaz de ninguna de las dos cosas, entonces deberremos concluir que estás loco de verdad.

Benny se miró los cordones de los zapatos. Una pregunta parecía más fácil que un poema, pero ignoraba la diferencia entre una pregunta filosófica y una normal. Pensó en los poemas que solía hacer con los imanes de la nevera, pero se suponía que no podía tocarlos. Cuando era pequeño, su madre le leía rimas infantiles. ¿Contaban como poemas? Eran más bien canciones sin música, y en ocasiones le resultaban calmantes. *Tin tirín tin, el gato y el violín*. Esa era buena.

Hickory dock, el ratón y el reloj. ¿Quién mató al petirrojo?

—¿Y bien? —dijo Slavoj—. ¿Tienes algo?

¿Quién mató al Petirrojo? era una pregunta, pero no sonaba filosófica.

—No me sé ninguna —dijo, y entonces recordó la respuesta. Había sido Gorrión, con su arco y su flecha.

—¡Bah! —dijo el Botellero—. Hacer preguntas está en la naturraleza humana. Tú, por ejemplo, me has preguntado si oigo voces. ¿Por qué?

¿Quién lo vio morir?

—Porque a veces oigo cosas. Y quería saber si otras personas también las oyen.

Yo, dijo la Mosca, con mi ojito, yo lo vi morir.

—¿Y que otros también las oyerran probarría algo?

¿Quién recogió su sangre?

Benny meneó la cabeza en un intento por detener la canción.

—Probaría que las voces son reales. Que no estoy alucinando, ni mintiendo ni inventándome cosas.

—¿Y qué significa si las voces son reales y no te estás inventando cosas?

Yo, dijo el Pez, con mi platito, yo recogí su sangre.

Era inútil. La canción había cogido carrerilla y estaba decidida a terminar lo que había empezado. Benny levantó la voz.

—¡Significaría que no tengo un trastorno mental! ¡Que no estoy loco!

El Botellero también levantó la voz.

—Entonces, si las voces son "reales", ¿no estás loco?

¿Quién cavará su tumba?

—¡Sí! —gritó Benny—. ¡Evidentemente!

Yo, dijo el Búho, con mi pico y mi pala, yo cavaré su tumba.

—Así que, evidentemente, necesitas determinar qué es

"real".

El Botellero se había puesto a chillar, pero también la canción.

¡CAVARÉ SU TUMBA!

Era demasiado.

—¡Pero es que ese es el PROBLEMA! —bramó Benny tapándose los oídos con las manos—. ¡No sé lo que es real y lo que no!

—¡Sí! —exclamó el anciano—. ¡Exacto! ¡Ya tienes tu pregunta!

La canción se calló.

Benny levantó la cabeza y prestó atención. Se giró para comprobar si la canción seguía acechando en algún lugar, pero no había ni rastro de ella, no había palabras flotando, ni siquiera un suspiro. Miró de nuevo al viejo vagabundo, que le sonreía con su boca desdentada.

—Ah ¿sí?

—Sin duda —dijo el Botellero—. Y es una buena pregunta.

Muy filosófica.

—¿Cuál es?

—¿Qué es real?

—Pero ¡si ya le he dicho que no sé lo que es real!

—¡Pues clarro que no! Por eso es una pregunta excelente.

—El anciano cogió su botella de vodka, le quitó el tapón y empezó a servir vodka en los tres vasos—. Ahorra tenemos que brindar por tu pregunta, y luego te irrás a casa a contemplar la naturraleza de la realidad, y cuando tengas una respuesta, puedes volver y contármela. —Le dio a Benny el vaso de Aloha—. ¡Por la realidad!

Entonces Aleph se puso de pie.

—Ya está bien, Slavoj —dijo. Se volvió hacia Benny—.

Está borracho. Vámonos.

Benny se levantó. Tal vez el viejo vagabundo estuviera borracho, pero lo que decía tenía sentido de una manera extraña, y de pronto había un millón de preguntas que quería hacerle. No eran exactamente filosóficas. Más bien prácticas.

Como, por ejemplo, ¿qué voces oye y cómo suenan? ¿Qué le dicen? ¿Entiende lo que le dicen? ¿Son amables o crueles? ¿Le ordenan hacerse daño? ¿Vienen de objetos concretos o flotan aleatoriamente en el aire?

El Botellero había servido vodka en los tres vasos y los había alineado en la mesa delante de él. Aleph había salido y esperaba a Benny en la puerta. Cuando este se giró para seguirla, el anciano empezó a cambiar los vasos de sitio, a intercambiar sus posiciones como si fuera a jugar al trile.

—¿Cuál está vacío? —preguntó en voz baja.

Los tres estaban llenos. Benny desconocía la respuesta, pero señaló el vaso de Aloha, en el centro. El anciano sonrió de oreja a oreja.

—¡Erres un vidente! —dijo—. ¡Un verdadero profeta! —

Levantó el vaso—. ¡Por el vacío! —Apuró el vaso de un trago y se limpió la boca con el dorso de la mano—. Nunca tengas miedo de no saber, jovencito. No saber es el oficio de poetas y sabios.

—Te está tomando el pelo —dijo Aleph cuando Benny se reunió con ella—. Se pone así cuando está borracho.

—Sí —dijo Benny—. Me lo imagino.

Se giró y miró detrás de él. El viejo vagabundo no parecía borrachísimo. Estaba sentado en su silla de ruedas, alerta, observándolos. Ahora los tres vasos parecían estar vacíos.

Benny lo saludó con la mano y el anciano le devolvió el saludo. Era curioso, pensó Benny, mientras salía de la habitación detrás de Aleph. No tenía la sensación de que le hubieran tomado el pelo. Se sentía respetado.

33

El Spa Diurno de Serenidad Zen estaba situado en una placita comercial entre una tienda de bocadillos Subway y un podólogo. La decoración de la recepción era sobria, en tonalidades suaves y minimalistas de malva y gris tórtola.

Aquí y allí había mullidas otomanas repartidas igual que islas entre jardineras con palmeras, y las paredes estaban decoradas con buen gusto, a base de fotografías artísticas de playas y olas y guijarros redondeados en perfecto equilibrio uno sobre otro.

Annabelle nunca había estado en un spa y no sabía qué

esperar, pero todo aquello le resultaba muy zen y por esa razón le sorprendió comprobar que la recepcionista era una mujer joven y rubia llamada Lori. Pero Lori era encantadora. Le dio a Annabelle un portapapeles con formularios de descargo de responsabilidad y una larga lista de preguntas sobre su estado de salud y, cuando terminó de rellenarlos, la llevó a una cabina de tratamiento y le presentó a su masajista, Leilani, otra rubia delgada vestida con pantalones de yoga y zapatillas de ballet.

Cuando Annabelle le tendió la mano, Leilani se quedó mirándola como si no tuviera ni idea de lo que le proponía, pero a continuación pareció entender y tomó la mano húmeda de Annabelle entre sus palmas secas y cálidas y las juntó con firmeza… No fue exactamente un apretón, pero sí muy acogedor.

—Me alegro mucho de verla —dijo a Annabelle como si se conocieran de toda la vida—. Ahora, dígame qué puedo hacer por usted.

Hablaba con ligero acento de Texas, que no era demasiado zen pero la hacía parecer totalmente sincera, y Annabelle, que no recordaba la última vez que alguien se había alegrado sinceramente de verla, y mucho menos se había ofrecido a hacer algo por ella, se quedó tan sorprendida que no supo qué contestar, de manera que dijo lo obvio.

—Me gustaría un masaje, por favor.

Leilani rio.

—¡Por supuesto, cariño! ¡Para eso estamos! Voy a salir para dejar que te prepares. Empezaremos boca abajo.

Annabelle asintió con la cabeza. No tenía ni idea de lo que implicaba prepararse. Inspeccionó la habitación en busca de pistas. Había una camilla con una sábana en el medio. Unido a uno de los extremos había un artilugio con aspecto de almohada y un agujero en el centro que se parecía al cojín para las hemorroides en el que solía sentarse su padrastro. Vaciló.

—¿Ocurre algo? —preguntó Leilani.

—No, no —dijo Annabelle, y a continuación se sorprendió a sí misma riendo—. Es que me esperaba que fueras japonesa.

Nada más.

Leilani pareció desconcertada.

—Por lo de zen, ya sabes. ¡Pero no pasa nada! Es solo que mi marido es japonés. Quiero decir que lo era. Japonés. Y

coreano. Y zen. Ahora ya no es nada. Es que está muerto. Pero no pasa nada. Estoy bien. —Pero no estaba bien, y ahora lo estaba empeorando todo. Respiró hondo—. Lo siento. Nunca me he dado un masaje, así que estoy nerviosa.

—Ah —dijo Leilani, y su expresión se animó—. Pues ya era hora, ¿no? —Dio unas palmaditas en la camilla—. Voy a salir mientras te quitas la ropa y te subes aquí. Ponte cómoda.

Puedes tumbarte boca abajo, tapada con la sábana y con la cara en el agujero del reposacabezas. Tómate el tiempo que necesites.

—Vale —dijo Annabelle mirando la camilla con desconfianza—. ¿Me lo quito… todo?

—Como estés más cómoda, cariño.

Le dio a Annabelle una palmadita de ánimo en el brazo y se fue. Annabelle miró a su alrededor. La habitación estaba limpia y escasamente amueblada. En un rincón había un lavabo y, junto a él, una mesa con aspecto de pequeño altar con una ofrenda de cristales. Un humidificador azul brillante con forma de gota de lluvia gigante emitía una fina nube de vapor fragante. En la pared había un espejo redondo, una hilera de ganchos y, debajo, una silla. Annabelle se desvistió, dobló la ropa y la dejó con cuidado encima de la silla. Vaciló y a continuación se desabrochó el sujetador y lo escondió debajo del jersey. Decidió dejarse puestas las bragas.

Se volvió hacia la camilla. Era estrecha y bastante alta, con una superficie acolchada y una patas delgadas que la preocuparon, pero trepó a ella, se colocó boca abajo y miró el agujero del reposacabezas. Desde aquel ángulo parecía una

taza de váter, pero apoyó la cabeza hasta encajar la nariz en el agujero. Acababa de conseguir tirar de la sábana para taparse el trasero cuando oyó que llamaban a la puerta. No sabía dónde apoyar los brazos. No parecía haber sitio para ellos en la camilla, así que los dejó colgando.

—¿Preparada? —dijo Leilani desde la puerta.

—Hmm —contestó Annabelle.

La presión del reposacabezas en la cara hacía difícil hablar.

Oyó a Leilani caminar sin hacer ruido por la habitación.

Empezó a sonar una música suave, como de campanillas o un carrillón, seguida del sonido susurrante de una flauta de madera. Notó que le levantaban los brazos y se los colocaban a los lados del cuerpo. Por el agujero veía la puntera de las zapatillas de Leilani mientras ajustaba el reposacabezas y a continuación le retiraba la sábana de la espalda, dejándole la piel al descubierto. Sintió las manos de la chica posarse en el centro de su ancha espalda. La levedad de su tacto hizo a Annabelle sentirse grande, pero no de una manera agradable.

No de esa manera efusiva y sensual que había sentido en otro tiempo con Kenji… Pero no tenía sentido ponerse a pensar en eso. La chica no se había movido, horrorizada sin duda por toda aquella espalda que se extendía ante ella. Era excesiva en todos los sentidos, pensó Annabelle. Todo aquello había sido una terrible equivocación.

—Tienes una piel preciosa —dijo Leilani.

Annabelle pensó que no había oído bien.

—¿Perdón?

Su voz era nasal, amortiguada.

—La piel —dijo Leilani—. Es preciosa. Tan suave. Parece marfil. O alabastro.

Sus manos habían empezado a moverse y subían por la columna de Annabelle, presionando los músculos tensos de sus hombros y cuello. Para ser tan menuda, tenía mucha

fuerza, pensó Annabelle, y se relajó un poco, rindiéndose al firme tacto. El aceite de masaje resbalaba en contacto con su piel. Olía a lavanda y Annabelle empezó a notar un calor delicioso por todo el estómago y la parte delantera del cuerpo, que parecía salir de la camilla de masaje debajo de ella. Debe de estar calefactada, pensó. Qué maravilla.

—¿Qué tal la presión? —preguntó Leilani.

—Bien —dijo Annabelle.

Y así era. Suficiente para liberar todos los puntos duros que le dolían, pero no tan fuerte como para hacerle daño. ¿Cómo no se le había ocurrido antes aquello? Era la sensación más maravillosa del mundo, entregarse a las manos de otra persona. Nadie la había tocado así desde…; bueno, el médico le había hecho exámenes físicos, pero eso no contaba, y por lo general iban acompañados de advertencias sobre la tensión alta y la diabetes y la necesidad de adelgazar. Aquella chica, en cambio, no la regañaba en absoluto. Estaba usando las manos e incluso los antebrazos en movimientos prolongados y firmes, deshaciendo los nudos con los codos y liberando lo que Annabelle percibía como años de tensión. Era maravilloso.

Empezaron a caerle lágrimas. ¿Estaba llorando? No tenía sentido, pero las lágrimas le rodaban por la nariz y goteaban del borde del reposacabezas hasta caer al suelo por el agujero.

Notó que le faltaba el aliento. Temerosa de que Leilani se diera cuenta, trató de controlar el temblor que crecía dentro de ella, pero fue inútil. Su respiración se hizo entrecortada y pronto empezó a temblarle todo el cuerpo. Las manos de Leilani se quedaron quietas.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó—. ¿Necesitas algo?

Annabelle negó con la cabeza.

—No te preocupes, es normal. A veces necesitamos llorar un rato, así que no te contengas, pero dime si necesitas un pañuelo de papel o un poco de agua, ¿de acuerdo?

Un gran sollozo recorrió el cuerpo de Annabelle, a continuación otro, y un tercero, y entonces no hubo nada que hacer. Para su consternación, la camilla entera empezó a temblar debajo de ella, pero a Leilani no pareció importarle.

Siguió presionando y acariciando, yendo de su espalda a sus piernas, sus brazos e incluso sus pies, con pasadas largas y continuas, centrándose en las zonas tensas. Annabelle quería darle explicaciones, pero allí tumbada, con la cara en el reposacabezas, era imposible hablar, y poco a poco, a medida que sus lágrimas dejaron de caer y su respiración se calmó, la necesidad de hablar disminuyó. Leilani le hizo ponerse de espaldas, le colocó un cojín con aroma a lavanda encima de los ojos y Annabelle se limitó a escuchar el sonido de las campanillas y la flauta. De cuando en cuando un estremecimiento le recorría el cuerpo igual que un retemblor, pero, aparte de eso, todo era tan silencioso y apacible que pronto se quedó dormida.

La despertó la voz de Leilani llamándola con suavidad.

—¿Annabelle?

—¡Ay, perdón! —exclamó—. No quería… —Se

avergonzaba de su mala educación, pero Leilani se limitó a reír.

—No te preocupes. Dormir es bueno. Debías de necesitarlo. Toma un poco de agua. Vístete tranquilamente y te espero fuera.

Salió de la habitación. Annabelle siguió tumbada un instante, mirando al techo y parpadeando, luego se sentó despacio y se bajó de la camilla. Se notó un poco mareada, así que dio un sorbo de agua, que sabía a limón y era refrescante.

Se vistió despacio, consciente de cada leve movimiento, cada pequeña sensación. El pellizco del sujetador. Los brazos deslizándose dentro de las mangas. La cabeza emergiendo del cuello alto a la luz. Era como estar en un sueño, solo que hacía mucho tiempo que no se sentía tan espabilada. De camino a la puerta se miró en el espejo y, al verse la

cara, se detuvo. Tenía

los ojos inyectados en sangre y la piel roja y moteada. Arrugas profundas como cicatrices hechas por los bordes del reposacabezas le atravesaban las mejillas. Tenía el pelo lacio, sucio de aceite de masaje, pegado a la frente.

Leilani la esperaba en la recepción.

—¡Estoy horrible! —dijo Annabelle mientras pagaba, pero Leilani negó con la cabeza.

—No —dijo mientras le daba un gran abrazo—. ¡Estás resplandeciente!

Annabelle no recordaba la última vez que la habían abrazado de verdad. En el autobús notó que la gente la miraba, pero no le importó. Me he dado un masaje, pensó, sosteniéndoles la mirada. Soy de esas mujeres que se acuerdan de cuidarse.

Aquella noche, en la cama, se pasó las manos por las mejillas y a continuación las bajó por el cuello hasta los hombros. Aún tenía restos del aceite de masaje en la piel, en su preciosa piel de alabastro. Se acercó una maraña de camisas de Kenji a la cara y el leve olor a humo y a lavanda le hizo cosquillas en la nariz. Sus manos bajaron por su cuerpo, se detuvieron para tocarse los pechos, viajaron hasta su vientre y descansaron entre sus piernas. ¿Cuánto tiempo hacía? No podía tocarse sin pensar en Kenji, y eso siempre la ponía demasiado triste. Con cautela, movió los dedos atrás y adelante y sintió una pulsación leve y cálida. Hundió la cara en la franela y recordó lo nerviosa que había estado aquella primera noche, de pie, desnuda delante de él, y cómo la había mirado él y la expresión de su cara a la luz de la farola…, ¿o era la luna? No, la luna estaba en el callejón la noche que Kenji murió. Sus pies se agitaron, inquietos, bajo las sábanas enredadas. «Eso no», pensó. «Ahora no, por favor», y su mano respondió moviéndose deprisa mientras recordaba la sensación de los labios de Kenji bajando por su cuerpo, cómo le cogía cada uno de los pechos y le lamía el pezón mientras susurraba:

«Suave como un melocotón». Y recordando también cuando

se colocaba encima de ella y penetraba ese espacio abierto para recibirlo que era vacío e infinito. Para entonces sus dedos se movían ya con la seguridad de los de Kenji, de modo que, cuando se corrió, el cuerpo se le arqueó y de su garganta salió un grito que enseguida amortiguó llenándose la boca de franela. Esperó, tensa y atenta, pero

la casa estaba en silencio.

Solo oía la sangre latiéndole en los oídos, así que se relajó. A medida que su respiración se normalizó, recordó la sensación.

Fundiéndose. En carne viva pero entera. Cansada, pero de una manera agradable. Aquella noche durmió.

A la mañana siguiente, cuando fue a la nevera a coger leche para el café —leche que se había acordado de comprar a la vuelta del masaje —, reparó en que había algo distinto. Los imanes para hacer poemas. Las palabras habían cambiado de sitio y el poema de Kenji no estaba. Sintió calor en las mejillas. ¿Benny? ¿Por qué haría algo así cuando sabía lo mucho que significaba para ella? Miró el batiburrillo de palabras en busca del viejo poema, pero había desaparecido y en su lugar había otra cosa, una combinación nueva y torcida: suave como un melocotón en un sueño

Miró las palabras magnéticas y le flojearon las rodillas.

¿Kenji…?

3 *La tempestad,* trad. de Manuel Ángel Conejero Dionís-Bayer y Jenaro Talens, Madrid, Cátedra, 1994.

Benny

Joder. ¿En serio? Te dije que el tema de la vida sexual de mi madre estaba prohibido. Hablamos de el o y pensé que estábamos de acuerdo en todo lo relativo a la intimidad. A ver, entiendo que echara de menos a mi padre y me alegro de que el masaje la hiciera sentir mejor, pero el resto me sobra, no sé si me entiendes. Y ahora no puedo desaberlo, desimaginarlo, lo cual es una putada.

Aunque en realidad es posible que ya lo supiera y lo hubiera bloqueado o algo, porque me parece recordar oír una voz gritar así una noche mientras dormía. Me despertó y me quedé al í a oscuras, escuchando. Desde luego no era la voz de mi padre, y también era distinta de la voz que tienen las cosas cuando hablan. Aquel a voz procedía sin duda de una persona y sonaba a mi madre, pero no era su l anto de tristeza habitual. Era un sonido más antiguo, que yo recordaba de cuando vivía mi padre y los dos dormían juntos. De al í salían muchas voces, pero yo era pequeño y no entendía. A veces por la noche, cuando tenían la puerta cerrada, oía voces que sonaban a pelea y eso me daba miedo.

Otras veces oía voces que susurraban y reían y me hacían sentir solo, pero no de manera desagradable. Y luego había otro sonido que me hacía sentir asustado y solo al mismo tiempo, que empezaba bajito, parecido a un gemido, y terminaba con algo más parecido a un grito o un vítor.

¡Triunfal! Este se parecía más a ese. Escuché, pero, cuando no se repitió, volví a dormirme. Tampoco estaba preocupadísimo.

Pero esto explica por qué se puso hecha una era a la mañana siguiente con lo de los estúpidos imanes. Entró en mi dormitorio susurrando: «¡Benny, Benny, despierta!». Todavía era de noche y pensé que no era más que un objeto cualquiera tratando de l amar mi atención, así que no le hice caso, pero entonces empezó a zarandearme y abrí los ojos.

Encendió la lámpara de mi mesil a y tenía la cara rosa y alterada. Me

preguntó por los imanes de la nevera, si había estado jugando con el os, y le dije que no porque era la verdad. Desde aquel a vez que se puso hecha un basilisco porque deshice el poema de mi padre, yo no había vuelto a tocar los imanes. Sabía lo importantes que eran para el a. Pero cuando dije eso, mi madre dio un respingo, se le pusieron ojos de loca y me dijo que había un poema nuevo y que, si no lo había hecho yo, entonces ¿quién?

Me arrastró por las escaleras hasta la cocina para que lo viera y era verdad que parecía que habían movido los imanes, pero aquel o de poema tenía poco. No era más que una línea, algo sobre un melocotón. Y cuando le dije que igual es que era sonámbula y había bajado por la noche y movido los imanes, me miró como si le hubiera pegado un puñetazo. Sé lo que estaba pensando. Estaba pensando que aquel o lo había hecho papá, que su espíritu había vuelto y le escribía poemas por la noche mientras el a estaba en la cama haciendo lo que fuera que hacía, pero yo no lo creí.

Aunque oigo voces, la verdad es que no sé si creo en los fantasmas,

¿sabéis? En los espíritus puede, pero los fantasmas son una cosa bastante infantil, y además vi arder el cuerpo de mi padre y no me imagino cómo podría un fantasma sobrevivir a esas l amas. Así que era bastante misterioso, pero enseguida me olvidé de el o. Tenía otras preocupaciones.

El Libro

Sí, por supuesto. Tenías una importante pregunta filosófica que

contestar — *¿Qué es real?* — y estabas tan absorto en la naturaleza de tu propia realidad que no te dabas cuenta de cómo experimentaba tu madre la suya. Pero no pasa nada. Es de lo más natural. Los hijos tienen una capacidad limitada de comprender la vida interior de sus padres, la perciben únicamente a través de la lente de su propia subjetividad y solo la entienden en la medida en que los afecta a ellos. Esto no es una crítica ni una reprimenda. Tú entonces eras más joven y nosotros no somos uno de esos libros regañones. No hay nada peor que un libro que te regaña. Nadie quiere leerlo. Así que solo estamos señalando un rasgo del desarrollo bien documentado. Hay muchos libros que tratan el tema del desarrollo infantil, pero nosotros no somos uno de ellos.

Sigamos, pues.

34

Se veían casi a diario en la Biblioteca. Benny nunca sabía dónde o cuándo aparecería Aleph, pero siempre era como por arte de magia. Estaba en las estanterías, con la cabeza ladeada, leyendo por encima los títulos en los lomos de los libros, cuando de pronto veía sus ojos escrutándolo desde el otro lado de un estante. O estaba inclinado sobre la fuente de agua, bebiendo, y cuando se enderezaba la encontraba apoyada en la pared, mirando. Se conocía hasta el último recoveco de la Biblioteca. Los rincones con los sofás más cómodos, donde podías sentarte con alguien a hablar. Las cabinas insonorizadas, donde podías tumbarte con otra persona en el suelo con las cabezas muy juntas y poner la música que te apeteciera, aunque Benny casi siempre ponía jazz. El mirador con un juego de ajedrez en el Ala Vieja, donde podías mirar la luz brillar a través de la cristalera policromada mientras esperabas a que la otra persona moviera su torre o su caballo.

Le hacía preguntas, y en ocasiones Aleph las contestaba, aunque en general no le gustaba hablar de sí misma. Aun así, poco a poco, Benny fue sabiendo más cosas. Que se había escapado de casa cuando tenía más o menos su edad y que, excepto las temporadas que había pasado en familias de acogida, llevaba casi desde entonces viviendo sola. En los meses calurosos de verano dormía en árboles de los parques, a veces sola y a veces con otros miembros de la juventud radical transcultural, pansexual, posgénero a la que consideraba su tribu. Durante el día rescataban comida en contenedores de basura y cazaban ardillas y palomas, que cocinaban en un hornillo portátil hecho con latas de refresco recicladas. Por la noche colgaban chinchorros de robustas ramas moteadas y altas de sicomoros,

mientras, abajo, el Botellero dormía en su silla de ruedas o en una alfombrilla tejida con bolsas de plástico recicladas por unas beatas de buen corazón en Iowa.

La tribu quería al Botellero y lo cuidaba. Cada noche, antes de irse a dormir, se congregaban alrededor del viejo poeta y lo escuchaban hablar de la revolución, de la religión del capitalismo de consumo, del sentimentalismo antropocéntrico de su generación, que seguía viendo la naturaleza como un ideal edénico, separado de los humanos, que los humanos habían mandado a la mierda. No, les decía. ¡Eso es arrogancia!

No somos algo separado. Somos nuestro planeta y debemos amarlo en su totalidad. Debemos amar nuestra basura, nuestra polución, nuestros desperdicios. Debemos amar nuestra transtierra, nuestro transplaneta, en toda su cambiante aflicción. Escucharlo era mejor que ver la televisión, decían, y lo proclamaban su líder, pero en el sentido absolutamente no jerárquico y antihegemónico de la palabra, claro está.

En los meses más fríos, se dispersaban y mudaban a cubierto, ocupando cualquier lugar que les proporcionara refugio. Muchos de ellos migraban al sur para huir de la lluvia.

El hombre B tenía contactos eslovenos y Aleph y él se habían instalado en una fábrica abandonada junto a las vías del tren, a las afueras de la ciudad, en un área aún no alcanzada por la

gentrificación. Las ventanas estaban rotas y tapiadas con maderos, pero con las lluvias el conglomerado se había podrido y estaba levantado. En los alféizares brotaban plántulas de ailanto. En el mortero agrietado de los ladrillos crecían maleza y matas de hierba, y el suelo estaba cubierto de cristales hechos añicos.

Aleph lo llamaba su estudio y un día envió a Benny la ubicación y este fue en autobús. Nunca se había alejado tanto del centro de la ciudad. Miró por la ventana mientras el autocar traqueteaba por la carretera interurbana llena de socavones que cruzaba el difunto cinturón industrial. Había poco tráfico. Unos camiones de reparto, maltrechos y sin distintivos, eran los únicos otros vehículos que circulaban, pero en los márgenes de la carretera yacían, calcinados y abandonados, esqueletos de coches desahuciados. Los comercios estaban tapiados y no había peatones, a excepción de unos pocos trabajadores sexuales que merodeaban nerviosos por las inmediaciones de moteles en ruinas mientras tecleaban en sus teléfonos móviles. Cuando oían acercarse un

vehículo, levantaban la cabeza y se enderezaban por un breve espacio de tiempo, antes de recostarse otra vez contra la pared cuando el autobús pasaba de largo.

Benny reconoció la fábrica por la fotografía que le había enviado Aleph y pulsó el botón de parada. Bajó del autobús y, una vez este se alejó, miró a su alrededor. La calle estaba desierta. Una valla metálica hundida y medio caída rodeaba la fábrica. Su teléfono hizo *ping;* era un mensaje de Aleph.

Sigue la val a. Entra por el agujero.

Benny rodeó la manzana hasta encontrar un punto en que la valla había sido arrancada del poste. Se arrodilló, empujó la mochila por la abertura y a continuación cruzó a gatas.

Ve al muel e de carga. Busca una furgoneta blanca.

Rodeó el perímetro y se dirigió hacia la parte trasera del edificio. Vio una furgoneta blanca destartalada aparcada en

uno de los estacionamientos. En el lateral tenía escritas unas palabras que decían «SERVICIOS DE SEGURIDAD AAA» . Aleph estaba sentada en el borde del muelle de carga y levantó la cabeza cuando Benny dobló la esquina. Un haz solitario de luz débil atravesó las nubes negras y la iluminó, y Benny se quedó sin respiración de lo reluciente y bella que era. Aleph levantó el brazo y lo saludó. Benny corrió a su encuentro.

—Hola —dijo Aleph—. Lo has encontrado.

Se inclinó, le tendió una mano y Benny la cogió, y Aleph tiró de él hasta el borde del muelle. Era sorprendentemente fuerte. Lo guio hasta una puerta adyacente a los aparcamientos, que había dejado abierta con ayuda de un bloque de hormigón. Benny la siguió y la puerta se cerró detrás de ellos.

Dentro estaba oscuro. Entraron por un portón a la planta, un espacio cavernoso vacío de maquinaria, pero lleno del olor a grasa y sudor que aún flotaba en el aire. Benny avanzó un paso y se detuvo. Charcos de aceite derramado manchaban el suelo de cemento. En la sucia luz amarillenta que entraba por las ventanas parcialmente tapiadas, vio lo que parecían sombras fantasmales de antiguas máquinas. Los ecos de sus voces sonaban en sus oídos: zumbido de engranajes, rugido de motores, chirrido de cintas transportadoras y algún que otro grito. Cerró fuerte los ojos, se tapó los oídos con las manos y empezó a

tararear, y cuando quitó las manos, todo estaba en silencio. Abrió los ojos. Las máquinas fantasmales habían desaparecido y Aleph lo miraba.

—Vamos —dijo, y su voz también reverberó.

Se dirigió hacia una puerta metálica al final de la planta.

Estaba entreabierta y por la rendija entraba luz, y cuando la cruzaron, Benny se encontró en una habitación amplia que en otro tiempo había sido un taller. Del techo colgaban bombillas desnudas. En un rincón había un tablero en forma de L

cubierto de herramientas, botellas y desperdicios varios.

Contra la pared había apoyado un montón de marcos vacíos.

El rincón opuesto había sido convertido en cocina, con un gran fregadero industrial, un hornillo y una nevera del año de la polca. Un tablero de conglomerado apoyado en dos robustos caballetes hacía las veces de mesa, iluminada por un viejo flexo. Una enorme olla con sopa hervía a fuego lento en el hornillo y despedía un vapor fragante y boscoso. El Botellero estaba en su silla de ruedas, inclinado sobre la mesa, comiendo sopa de un tazón. Benny se sorprendió. ¿Cómo había entrado por el agujero de la valla? El viejo vagabundo levantó la vista al oírlos llegar y alzó la cuchara a modo de saludo. Benny siguió a Aleph hasta la mesa. Esta le ofreció una maltrecha silla de oficina y a continuación se sentó a su lado y siguió comiendo. El viejo se desplazó hasta el hornillo y, con un cucharón, vertió sopa en un tazón desportillado.

—Has traído tu cucharra —dijo pasándole el tazón a Benny.

Era más la constatación de un hecho que una pregunta.

Benny sacó la cuchara del bolsillo lateral de su mochila. Dio un sorbo de sopa.

—¿La ha hecho usted?

El viejo gruñó. Se había puesto a comer de nuevo y Benny vio que le temblaba la mano. Parecía alicaído, muy distinto de como había estado en la Biblioteca. Tenía el rosto demacrado y la brillante mirada apagada. El pelo lacio le caía a ambos lados de la cara y no dejaba de meter la barba en el tazón de sopa.

—La ha hecho con setas rescatadas —dijo Aleph—. Slavoj es un cocinero excelente. ¿Te gusta?

Benny asintió con la cabeza y dio otro sorbo. La sopa estaba espesa y caliente, cada cucharada era deliciosa.

—¿Cómo ha venido hasta aquí?

—Igual que tú. En autobús.

—Ya, pero ¿cómo ha cruzado la valla y entrado en el edificio?

Slavoj cogió su tazón y bebió lo que quedaba de sopa. Sacó un pañuelo del bolsillo de su chaqueta, se limpió la boca y a continuación sacó una cadena de debajo del cuello de su camisa. De la cadena colgaba una llave.

—Es de la puerta principal de la fábrica —explicó Aleph

—. El guarda de seguridad es esloveno. Es admirador de la poesía de Slavoj y además beben juntos. O bebían, más bien.

Porque Slavoj ha dejado la bebida. ¿A que sí, Slavoj?

El viejo arañó los últimos trocitos de cebada con la cuchara y a continuación se puso a mirar fijamente el tazón vacío.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Benny.

Aleph se encogió de hombros.

—Perfectamente. Solo está pensando. O escuchando. Es difícil saberlo. —Se levantó, cogió el tazón vacío del viejo y lo llevó al fregadero—. Lo importante es que no va a volver a beber.

Le puso una mano en el hombro al anciano a modo de advertencia.

El Botellero suspiró y asintió con la cabeza. Aleph le dio una palmadita y cruzó la habitación hasta su mesa de trabajo, dejando al anciano mirando el espacio vacío que antes había ocupado su tazón.

Benny se terminó la sopa en silencio. Después fregó los tazones y las cucharas y los puso a escurrir. Encontró un trapo de cocina raído colgando de un clavo y lo usó para secarlos.

No sabía qué hacer a continuación. El viejo no se había movido. Nadie decía nada. Parecían haberse olvidado de que estaba allí.

Aleph estaba sentada al otro extremo de la habitación, delante de la mesa en forma de L, encorvada sobre un espacio de trabajo iluminado por una lámpara halógena. Pegados a la

pared detrás de ella había una serie de dibujos que parecían planetas vistos desde lejos, pero cuando Benny se acercó, comprobó que parecían más bien planos arquitectónicos, círculos con cosas dentro, todos distintos.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

Aleph levantó la vista. Llevaba puestas una extrañas lupas con dos gruesas lentes detrás de las cuales sus ojos eran enormes, líquidos y redondos como platos. El haz de una luz led de alta intensidad, montada sobre las lupas, emanaba de ella igual que un tercer ojo. Sostuvo en alto un objeto de cristal con aspecto de pecera invertida. Era una versión tridimensional de uno de los círculos de la pared. El haz del frontal atravesaba la esfera y la hacía centellear. Benny la miró, fascinado. Era un globo de nieve.

—Mi madre los colecciona.

Aleph se lo dio. El globo no se parecía en nada a las alegres esferas de la colección de Annabelle. No había bailarinas ni delfines ni adorables cachorros con nieve pálida y centelleante flotando alrededor de sus cabezas. No había nieve de ninguna clase. Aquel globo era catastrófico. El paisaje desolado de la base era de un blanco mortal, como el coral descolorido de un arrecife que lleva mucho tiempo muerto. Cuatro torres de refrigeración de forma cónica se erguían amenazadoras sobre un edificio chato. Personas diminutas vestidas de uniforme y con tarteras formaban una fila como si fueran hormigas para entrar en él.

—Agítalo —dijo Aleph.

Benny obedeció y la esfera de cristal se llenó de partículas negras que giraban. Era un apocalipsis en miniatura. Un invierno nuclear. Un mundo minúsculo y devastado.

—Qué chulo —dijo Benny—. Los que tiene mi madre son bastante tontos. —Aproximó el globo a la lámpara, lo agitó de nuevo y luego se lo acercó a los ojos. La luz fría de la bombilla halógena iluminó la escena desde detrás. Vistas de

cerca, las personas diminutas parecían mayores y casi podía imaginar ser una de ellas, atrapado en la tormenta de hollín que se iba posando

despacio a través del aire espeso y líquido.

Se lo devolvió a Aleph—. ¿Qué es?

Aleph se subió las lupas hasta encajárselas en la frente y miró a Benny con los ojos entrecerrados.

—Se supone que es una central nuclear, pero lo negro parecen más bien partículas de carbón, así que no acabo de decidirme. Es parte de una serie.

Se giró hacia una alta estantería metálica que acechaba en las sombras a su espalda. Dio al interruptor que encendía un panel de tubos fluorescentes y, en la repentina luz, Benny vio hileras de rejillas para enfriar sobre las que había docenas de globos de cristal que parpadearon cuando se iluminaron. Cada uno contenía una escena de devastación y ruina distinta. Eran catástrofes globales en miniatura, detenidas en el tiempo, capturadas en un cristal, eternas y sin embargo confinadas. Los pequeños mundos parecían llamarlo, invitarlo a que se acercara.

—¿Puedo? —preguntó mientras extendía una mano.

—Claro. Para eso son. Tienes que agitarlos.

Uno a uno, los fue cogiendo, se los puso en la palma y los agitó, reavivándolos brevemente y a la vez perturbándolos y sintiéndose perturbado por ellos.

Identificó algunos, por ejemplo, uno algo más grande que el resto y que contenía las Torre Gemelas. El 11 de septiembre de 2001 él no había nacido, pero conocía la iconografía del ataque terrorista. Un avión asomaba por el lateral de una de las minúsculas torres. La otra estaba detenida en el acto de desplomarse. Abajo, en la calle, hombres de negocios y mujeres de traje en miniatura huían de una nube de polvo.

Cuando Benny agitó el globo, el aire viscoso se llenó de trocitos de papel. Había manos y pies y otras partes del cuerpo

girando. Dejó el globo y cogió otro, que representaba una ciudad devastada después de una inundación.

—¿Esto también es Nueva York?

—Nueva Orleans —dijo Aleph.

Había grupos de personas negras subidos a los tejados de sus casas o flotando en barcas por las calles. Cuando Benny agitó el globo, trocitos de billetes de dólar subieron y volvieron a posarse a través del líquido. No lo entendía.

—Es capitalismo del desastre —dijo Aleph—. Toda esa especulación después del Katrina. Fue en 2005. Probablemente eres demasiado joven para acordarte del huracán.

¡Alerta!, gritó la voz robótica.

—Me acuerdo —mintió Benny.

Se apresuró a devolver el globo a la estantería. En 2005

tenía tres años. Por supuesto que no se acordaba.

¡Peligro!

—¿De verdad? —preguntó Aleph—. Guau. Yo no. Tenía siete años, pero en mi familia nadie veía las noticias. Me enteré en el colegio, más tarde, al estudiar el calentamiento global.

—Yo también lo he estudiado —se apresuró a decir Benny.

Aleph sonrió y ladeó la cabeza.

—Entonces, sabes todo lo que pasó. —Benny la miró, inquieto, coger el globo del huracán y agitarlo—. Este lo hice para un trabajo de ciencias de bachillerato, y luego, cuando dejé el instituto, seguí haciéndolos. Pensaba llamar a la serie

«Calentamiento global», pero resulta demasiado obvio. Ahora creo que el título va a ser «Desierto de lo real» o quizá

«Estado de excepción». Pero igual usar una cita es poco original. ¿A ti qué te parece?

¡Alerta! No es computable.

Aleph lo miraba, esperando una respuesta.

—«Calentamiento global» está bien.

¡Peligro! ¡Peligro! No puedo aceptar esta forma de proceder…

—A ver, no es… —Se sentía incapaz de mirar a Aleph.

Cerró los ojos, empezó a contar hasta diez y a continuación dijo—: La verdad es que no me acuerdo de ese huracán.

¡Venga ya! El robot había desaparecido y había llegado la voz burlona. La que Benny odiaba porque siempre lo criticaba y se metía con él. *¿Para qué le has dicho eso, tonto de mierda?*

Se obligó a continuar y subió el tono de voz para poder oírse.

—Y el calentamiento global no es bueno y no entiendo lo que significa ninguno de los otros nombres…

¡Así se hace, gilipollas! Ahora ya sabe que eres un puto mentiroso.

—No pasa nada —dijo Aleph—. No te preocupes. ¿Qué es lo que no entiendes?

La voz burlona se calló. Benny abrió los ojos. Aleph se había puesto a trabajar otra vez en la central nuclear.

Benny cogió el globo del Katrina y lo agitó de nuevo. Las personas negras diminutas del tejado desaparecieron en un remolino de billetes de dólar.

—¿Por qué has puesto dinero?

—Porque la gente rica se beneficia de los desastres climáticos. Es bueno para los negocios. En una economía capitalista neoliberal, las grandes corporaciones no tienen incentivos para funcionar con buenas prácticas, lo que quiere decir que, como planeta, estamos jodidos. —Aleph suspiró y dejó el globo—. Ya no quiero seguir haciendo globos —dijo

—. Lo acabo de decidir. Este va a ser el último.

—¿Y eso?

—No son más que cosas materiales. Más basura ensuciando el mundo. El hombre B dice que tenemos que aprender a amar nuestra basura y a encontrar poesía en ella, y es cierto, pero ya hay basura inútil suficiente sin necesidad de que yo añada más.

Benny reflexionó sobre esto. No pensaba que los globos de Aleph fueran basura. Le parecían bellos.

—¿Cómo puedes ser artista sin hacer cosas?

—Buena pregunta. —Aleph se puso de pie y dejó el globo en la rejilla —. ¿Quizá ha llegado el momento de que los artistas dejen sus estudios y salgan a las calles? Quiero concentrarme más en deshacer. O en la acción directa. En intervenciones. Slavoj dice que el deber del artista es alterar el *statu quo* y cambiar la manera en que las personas ven las cosas. Que tenemos que hacer añicos el subconsciente óptico y volver extrañas las cosas. Despertar de este sueño ideológico opioide al que llamamos vida. —Miró hacia donde el viejo vagabundo estaba doblado sobre la mesa, durmiendo en su silla de ruedas. Levantó la voz—. ¿A que sí, Slavoj?

Este gruñó.

—¿Eh?

—¡Que tenemos que despertarnos de este sueño ideológico opioide al que llamamos vida!

Sin abrir los ojos ni levantar la cabeza, Slavoj alzó un puño y lo agitó, murmurando algo que sonó parecido a «¡Resistir!».

Luego su cabeza cayó de nuevo sobre su regazo igual que un pájaro abatido de un disparo. De sus labios salió un fino reguero de palabras: «Siempre haciendo algo de nada, llenando este condenado mundo de nuestros algos, estrellándonos, chocándonos, ahogándonos en algos…».

Cuando el reguero se secó, se quedó callado otra vez.

—Está superresacoso —dijo Aleph—. Oye, llévate un globo para tu madre si quieres.

¿Qué es lo que hace tan atractivos estos pequeños mundos?

¿Por qué tienen ese poder de hipnotizarnos?

El 7 de diciembre de 1972, los astronautas del *Apolo 17*

sacaron una fotografía de una Tierra gibosa desde una distancia de veintinueve mil kilómetros. La fotografía mostraba el planeta, parcialmente oscurecido por remolinos de nubes, flotando solitario como una canica azul en la infinitud vasta y negra del espacio exterior. Esta imagen histórica, conocida como la Canica Azul, se convirtió en un símbolo del movimiento por el medioambiente y motivó un cambio profundo en la concepción que tenían las personas del planeta, que dejaba de ser algo incomprensiblemente inmenso y

asombroso para quedar reducido a una esfera frágil y solitaria que uno podía sostener en la palma de la mano o aplastar bajo un tacón descuidado.

Pero a la vez que la Canica Azul miniaturizaba nuestra concepción de la Tierra, inflaba nuestra sensación de importancia en relación con ella, dotándonos de una perspectiva y una voluntad divinas. En otras palabras, la imagen causó una perturbación escalar que vosotras, las personas, todavía sufrís. Cuando aumenta vuestra preocupación por los efectos desastrosos de vuestro comportamiento en la biosfera, os consoláis pensando que cambiando una bombilla o reciclando una botella o usando papel en lugar de plástico podéis salvar el planeta.

Tú personalmente no, Benny. No estamos diciendo que tú te consueles con pensamientos así. Pero la perturbación escalar puede explicar por qué, cuando coges los globos de nieve de Aleph y los sostienes en la palma de la mano y comparas cada mundo en miniatura con los caprichos que colecciona Annabelle, te resultan a la vez encantadores y desasosegantes.

Benny

El que yo elegí se l ama 3/11, que, según dijo Aleph, conmemora el terremoto y el tsunami de Japón y el accidente de la central nuclear de Fukushima. Dentro del globo hay un pez gato rarísimo empujando con la cabeza una roca enorme con forma de Japón, porque, según Aleph, antiguamente los japoneses creían que los terremotos los causaban peces gato gigantes. El agua es azul fosforito, como el Gatorade; se supone que tiene que transmitir una sensación inquietante de agua de mar radiactiva, aunque dijo que el agua radiactiva de verdad no se diferencia del agua normal, así que no es totalmente realista. La primera vez que coges el globo solo ves el pez gato y la roca en agua verde, pero, si lo agitas, empiezan a otar un montón de objetos diminutos. Hay un neumático, una botel a de Coca-Cola, un teléfono móvil y un portátil enredados en un trozo de red de pescar otante. También hay una zapatil a Nike y un pato de goma y una mochila de Hel o Kitty, así como un montón de partes del cuerpo, como brazos y pies cortados. Y también hay cosas más grandes: una moto, un camión y un par de casas, todas a la deriva en ese fango verde bril ante.

Elegí ese porque mi madre sabía muchas cosas del terremoto y el tsunami y el accidente de la central nuclear. Le tocó hacer seguimiento en su trabajo y se obsesionó. Su cliente era un *lobby* contra la energía nuclear, así que localizaba las noticias sobre agua

contaminada con radiactividad que se estaba ltrando en el mar y l egando a América.

Estaba convencida de que el agua que salía por nuestros grifos iba a bril ar en cualquier momento, pero en realidad lo que la preocupaba era la gente, y por supuesto mi padre también estaba preocupadísimo porque tenía amigos al í. Mi madre y él no dejaban de ver vídeos en internet de japoneses en sus casas y en sus coches succionados por aquel a ola monstruosa, y mi madre no hacía más que repetir lo horrible que debía de ser perder a tu familia y tu casa y todas tus posesiones. Todo esto me vino

a la cabeza mientras miraba los globos de nieve, y recuerdo pensar que mi madre tenía toda la razón sobre lo de perder a tu familia, pero que quizá no sería tan malo si l egara un tsunami y se l evara parte de la basura que tenía nuestra casa. No sé. Igual por eso lo elegí.

Esperé a su cumpleaños para dárselo y lo envolví y todo, pero cuando lo abrió pareció asustarse un poco. Quiso saber de dónde lo había sacado, pero no le podía contar que me había saltado las clases y había estado pasando los días en la fábrica con Aleph y el Botel ero, así que mentí y le dije que lo había hecho en clase de ciencias. Me di cuenta de que quería creerme, pero le costaba trabajo, porque el globo de nieve estaba muy bien hecho y a mí no se me dan especialmente bien las manualidades, lo que le da rabia. A el a se le dan bien las manualidades y a mi padre se le daba bien la música, y creo que para el a saber que tiene un hijo que no es creativo es casi tan malo como tener un hijo psicótico. En cualquier caso, empezó a hacerme preguntas sobre el globo de nieve y sobre cómo lo había hecho, así que le dije lo que me había contado Aleph sobre usar Gatorade para que pareciera radiactivo. Dijo que había quedado muy convincente. Me preguntó si había hecho el pato de goma siguiendo el modelo del que había encontrado el a en el contenedor y le dije que sí.

Básicamente me lo estaba inventando todo y pensé que me creía, pero entonces, no sé cómo, nos enzarzamos en otra de esas estúpidas discusiones sobre los imanes de la nevera, así que me fui. Sé que no es demasiado justo, pero me cabreó que no me creyera. Aquel a fue la primera vez que pasé la noche en la Biblioteca.

Además, que no se me dé bien hacer cosas artísticas no quiere decir que no sea creativo. Es lo que dijo el Botel ero, y él es poeta, así que entiende de esas cosas. Me dijo que soy supersensible y que tengo poderes auditivos sobrenaturales, que es la razón por la que oigo voces, pero que necesito encontrar mi propia voz y usarla para

expresarme. Es lo que hace él. También oye otras voces y las escribe en sus poemas usando su propia voz. En realidad lo que dijo era más complicado que eso, pero no me acuerdo. Tengo lagunas. Igual la medicación me estaba atontando y

jodiendo la memoria. A veces pasa. Por eso os necesito. Para que lo contéis.

El Libro

Slavoj dijo esto: las personas nacen del útero del mundo con distintas sensibilidades y el mundo necesita que cada uno de vosotros lo experimente plenamente, para así ser experimentado plenamente. Si se dejara fuera a una sola persona, el mundo sería más pobre. Y dijo que no hay que preocuparse por ser creativo. El mundo es infinitamente creativo, y su naturaleza generativa forma parte de lo que eres.

El mundo te ha dado ojos para ver la belleza de sus montañas y ríos, y oídos para oír la música de su viento y su mar, y la voz necesaria para contar todas esas cosas. Nosotros, los libros, somos la prueba de que esto es así. Estamos aquí para ayudarte.

35

Benny nunca había sido un mentiroso. Annabelle se enorgullecía de ello. Los hijos de otras madres les mentían todo el tiempo, sobre todo los adolescentes, pero ella estaba segura de que el suyo nunca lo había hecho, al menos hasta el Incidente de la Tetera, y eso se lo podía perdonar porque no había sido una mentira egoísta, sino más bien piadosa, dicha para no herirla. ¡Qué tonta había sido pensando que a un adolescente podía gustarle una canción tan infantil! Era normal que Benny hubiera pasado vergüenza y que hubiera mentido, no tanto a ella, sino por ella, lo que en realidad era bastante adorable.

También era bastante adorable que se hubiera acordado de su cumpleaños y le hubiera hecho un regalo…, ¡y tan considerado, además!

—Ay, Benny —dijo con voz entrecortada cuando cayó el papel y vio el globo de nieve tan artísticamente trabajado que había dentro—. ¡Es precioso! ¿Se puede saber de dónde has sacado algo así?

—Lo he hecho yo.

—¿Que lo has hecho tú? —No pudo controlar la sorpresa en su voz.

—Sí —dijo Benny de pie junto al Centro de Control, mintiendo como si tal cosa—. En clase de ciencias.

Annabelle sostuvo la esfera en la palma de la mano y la estudió, consciente de que Benny la miraba.

—Es exquisito. Una auténtica obra de arte.

Decía la verdad. Era un objeto hermoso, aunque desasosegante. La técnica de las extremidades cortadas y desnudas, de los diminutos zapatos y del teléfono móvil era tan fina y delicada que estaba segura de que no lo había hecho Benny. ¿De dónde lo había sacado? ¿Lo había robado de una tienda? ¿Cuál? ¿Se lo habría dado alguien? Y, de ser así,

¿quién? Agitó el globo y miró cómo una mano cortada perseguía una botella de Coca-Cola por el inquietante aire color verde.

—Es Gatorade —dijo Benny—. Quería que el agua pareciera radiactiva.

Benny sabía lo mucho que había sufrido después del terremoto japonés. ¿Por qué le regalaba algo así?

—Lo del pato de goma es una monada —dijo Annabelle—.

Es como el que encontré en el contenedor de basura. ¿Sacaste la idea de ahí?

—Sí —dijo Benny como si no tuviera importancia.

Annabelle puso el globo delante de su mesa de trabajo con los otros. No pegaba. Todos los otros globos eran alegres y chillones y fabricados en serie y este, lúgubre y bellamente hecho a mano, los hacía hacía parecer baratos y ridículos.

—Queda bien con los otros, ¿verdad? —El pez gato, la roca con forma de Japón y todos los objetos horribles que flotaban alrededor de ellos estaban hechos de una marca muy conocida

de polímeros para molduras. Annabelle reconoció la paleta de colores —. ¿Qué usaste para hacer todos los elementos?

Benny se encogió de hombros.

—No sé cómo se llama. Es como una arcilla. Nos la dio la profesora.

—¿Tuvisteis que cocerla en un horno o algo así?

Annabelle había hecho cuentas y adornos de Navidad usando arcilla de polímeros. Sabía perfectamente que había que cocerla en el horno para que se endureciera.

—Esta se secó sola —dijo Benny.

Si mentía acerca de esto, ¿mentía sobre otras cosas también? ¿Había mentido sobre los imanes de la nevera?

Aquella mañana había aparecido un poema nuevo. El anterior del melocotón en un sueño seguía allí; el verso torcido marcaba el perímetro superior de la nube de palabras desordenadas. Este nuevo poema salía de más abajo de la nube. A primera vista, las palabras que lo formaban parecían puestas al azar, de manera que, si no estabas atento, podías pasarlo por alto completamente. Pero Annabelle siempre estaba atenta. Las primeras dos palabras que vio —«madre» y

«dolor»— estaban tan juntas que se tocaban y formaban una nueva sola palabra —«madredolor»— cuyo sentido la conmovió de una manera tan íntima y primaria que dio un respingo. Con el corazón acelerado, estudió las palabras contiguas y las fue empujando hasta formar líneas más ordenadas para que el poema naciente fuera más fácil de leer, y cuando terminó se le doblaron las rodillas y tuvo que agarrarse al borde de la encimera para no caerse al suelo.

canta madredolor

bajo nuestro tormentoso hijo

música rabiosa triste mar

Miró las líneas torcidas con los ojos llenos de lágrimas y retrocedió, buscando a tientas una silla. El número de sílabas

no coincidía, pero era casi un haikú y estuvo segura de que era de Kenji. Que estaba cerca. Que se había acordado de su cumpleaños y sabía lo sola que se sentía. Que, sintiendo su dolor de madre, le había hecho aquel poema. En el cuarto de estar, los altavoces del ordenador derramaban las noticias del mundo mientras Annabelle continuaba sentada con la mirada fija en el poema. Se lo enseñaría a Benny cuando volviera del instituto. No se había creído que Kenji hubiera escrito el poema del melocotón, pero ahora no podría negarlo.

Dejó el globo de nieve catastrofista en su mesa y guio a Benny hasta la

cocina.

—Mira —dijo, señalando la nevera.

Benny miró.

—¿Qué?

—Es un poema nuevo.

Benny se encogió de hombros.

—¿Y?

No parecía interesarle lo más mínimo. ¿Estaba disimulando? Cogió una bolsa de Doritos abierta de la encimera y empezó a comérselos.

—Es precioso, ¿verdad? —dijo Annabelle.

Benny se llenó la boca de tiras de maíz, ladeó la cabeza y estudió las palabras con mayor atención.

—No tiene sentido —dijo sin dejar de masticar—. Debería ser mar tormentoso, no hijo tormentoso. «Bajo nuestro mar tormentoso, música triste, hijo rabioso.» Las palabras no están bien colocadas.

¿Era aquello otra mentira? Fingida o no, su despreocupada indiferencia enfureció a Annabelle y su tono de voz delató su enfado.

—¿Has sido tú? —preguntó—. No me mientas, Benny.

Necesito saberlo. ¿Has hecho tú esto? ¿Has movido los

imanes?

Entonces Benny perdió los estribos.

—¡No! —gritó, y lanzó la bolsa de Doritos contra la encimera, llenando el suelo de tiras de maíz—. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? ¡Nunca toco tus estúpidos imanes! Si quieres hacer poemas y fingir que es papá hablando contigo,

¡pues muy bien! ¡Porque estás muchísimo más loca que yo, joder!

Decía la verdad. Annabelle lo supo.

—Benny —dijo—, cariño, ¡perdóname! No tiene importancia…

¡Espera, no te vayas! No quería…

Pero era demasiado tarde. La puerta se cerró con un golpe.

Benny bajó con estrépito los peldaños de madera podrida, salió por la endeble cancela y se alejó corriendo en la luz declinante del callejón. El delgado hilo de la disculpa de Annabelle lo siguió y fue estirándose más y más hasta que Benny lo dejó atrás y se rompió.

36

Los muchachos estaban en su refugio, fumando canutos en el trozo de parque. El macho pálido llamado Riker levantó el hocico color beis y empezó a ladrar, pero, cuando reconoció a Benny, se calló y meneó el rabo.

—Hola —dijo Jake haciéndose a un lado para dejarle sitio

—. Mirad. Es el hombre B.

Benny miró a su alrededor. En el parque no había ni rastro del Botellero.

—¿Lo conocéis? —preguntó mientras se sentaba en un rincón de la tienda.

—¿A quién?

—Al hombre B. El tipo en silla de ruedas cargado de botellas.

Jake dio una larga calada.

—No —dijo succionando humo—. El hombre B eres tú, tío, solo que, como eres un crío, igual deberíamos llamarte niño B.

Le ofreció el porro a Benny, quien, tras vacilar un momento, lo cogió.

—¿Por qué no puedo ser Benny sin más?

—Porque Benny es un nombre de maricón, igual que el del amigo Terence. —Jake alargó el brazo y le dio una palmada al hombre llamado T-Bone—. ¿Es o no es, Terence?

T-Bone bostezó y le hizo una peineta.

—Que te den. —Miró a Benny—. ¿Te vas a fumar ese porro o solo quieres mirarlo?

Benny nunca había fumado hierba, pero conocía el olor de cuando su padre llegaba tarde del club y entraba en su cuarto a darle un beso de buenas noches. Fétido y dulce. Miró la colilla húmeda.

—Nunca he fumado.

Los tres hombres lo miraron y se echaron a reír.

—Joodeer —dijo Jake arrastrando las sílabas, y exhaló un largo chorro de humo—. ¿Y a qué esperas?

Benny luego culparía a su medicación de sus lagunas de memoria, pero en realidad se debían a la hierba. Esto es, brevemente, lo que pasó: fumó, se atragantó y a los hombres les pareció divertidísimo. Lo obligaron a dar otra calada, y otra, y otra. Necesitaba practicar hasta ser capaz de inhalar sin toser, dijeron, y para entonces Benny tenía la garganta irritada y estaba tan mareado que tuvo que tumbarse. Las estrellas del cielo hilaban largas hebras de luz plateada que se arqueaban y ondeaban en el cielo negro como la tinta, y las viejas farolas de hierro colado en el parque parecían chupachups gigantes, con sus halos brumosos y anaranjados. El ámbar de la brasa del cigarrillo era rojo, luego negro, luego rojo otra vez y daba vueltas y más vueltas.

Llegó alguien titilando en la luz naranja y balanceando un bate de béisbol. Los perros no ladraron. Lo conocían. Los muchachos también. Se llamaba Freddy. O Frankie, algo con efe. Vestido de negro. Cazadora de cuero. Vaqueros. Se metió la mano en el bolsillo, sacó un fajo de dinero y lo dejó caer en el centro de la lona, chocó puños con los demás y entonces vio a Benny, espatarrado en la hierba. Le apuntó a la cabeza con el bate. *¿Eso qué es?*

Ese el niño B, tío. Es majo, un crío. La primera vez que fuma hierba. Está colocadísimo.

Entonces Freddy se colocó a su lado, tapándole las estrellas. El extremo romo del bate estaba en la frente de Benny y lo empujaba contra el suelo.

¿Estás bien, niño B?

El bate se clavó más en su frente. *Sí, estoy bien.*

Déjalo en paz, tío.

El bate era romo. El bate era malo. El bate era malvado. Le taladraba

la frente hasta el cerebro. *Estoy bien. De verdad.*

Pues no tienes pinta de eso. Tienes pinta rara. Tienes pinta de puto maricón.

Desde las profundidades de su cerebro, el malvado bate empezó a mofarse. *¡Sarasa! ¡Sarasa! ¡Maricón! ¡Maricón!*

Por favor…, gimió Benny, pero los insultos aumentaron de volumen y Freddy se cernía sobre él y los muchachos se reían y el bate malvado le hacía daño. Tenía que pararlo, así que lo sujetó.

¡No!, gritó. *¡Cállate! ¡Cállate de una vez!*

El bate retrocedió.

Intentó cogerlo de nuevo. *¡Que te calles de una puta vez!*

Pero esta vez el bate cayó con fuerza y el cielo nocturno explotó.

37

Annabelle corrió detrás de él, bajó los escalones traseros y cruzó la cerca, pero iba demasiado lenta y cuando llegó al callejón Benny ya había desaparecido. Volvió a casa, localizó su teléfono y lo llamó, mientras susurraba: «Contesta, contesta, contesta, contesta», como si mediante la fuerza de su voluntad y sus palabras pudiera de alguna manera obligarlo a contestar. Pero Benny no lo hizo. Contestar. Annabelle solo oyó el sonido de llamada amortiguado procedente de algún punto de la casa.

Había salido sin el móvil.

Siguió el tono de llamada, un alegre campanilleo, por las escaleras y hasta el dormitorio de Benny, donde encontró su mochila colgada del respaldo de la silla. Abrió la cremallera del bolsillo lateral. La pantalla del móvil estaba iluminada.

«Llamada entrante de Mamá», decía. El avatar que le había asignado era el pato de goma.

El campanilleo cesó y la pantalla se apagó. Annabelle vio su propio reflejo tenue en el cristal oscuro. ¿Dónde había ido Benny? Abrió la cremallera del compartimento principal.

Dentro había un libro sobre armamento medieval y otro sobre diseño de jardines de estilo bizantino, ambos de la Biblioteca Pública.

Encontró el cuaderno, pero ningún libro de texto. La tartera vacía, la canica de vidrio y la cuchara. La llave de casa.

¿Debería llamar a la policía?

La primera vez que Benny se escapó, después del Incidente de la Tetera, Annabelle había llamado a la comisaría y un agente la había informado de que había que esperar veinticuatro horas antes de denunciar una desaparición. Le dijo que tuviera paciencia y esperara, y, efectivamente, Benny volvió a casa solo, dos horas más tarde. Resultó que no se había escapado —estaba enfadado y necesitaba desahogarse

—, y lo mismo haría ahora. Annabelle solo tenía que hacer lo que había dicho el agente. Ser paciente y esperar. Le daría dos horas. Tres quizá.

De vivir Kenji, saldría a buscar a Benny y ella se quedaría en casa por si volvía. De vivir Kenji, no tendría que ir a buscar a Benny porque Benny no tenía problemas como aquel cuando Kenji vivía. Volvió al Centro de Control y buscó en Google:

«¿Qué debo hacer si mi hijo se ha escapado?». Había hecho lo mismo la primera vez, pero era bueno estar preparada y había no pocas páginas web con listas y consejos.

• Llame a la o cina del *sheriff,* a la policía estatal y a la de los países vecinos.

• Notifíquelo a las patrul as fronterizas y al FBI.

• Llame a albergues, a líneas de atención telefónica para casos de fuga y a líneas de ayuda a menores.

Era demasiado pronto para hacer esas llamadas, pero estaba bien tener la información. Siguió leyendo.

• Contacte con familiares, vecinos, compañeros de clase de su hijo y sus padres. Pídales que le avisen si tienen noticias de su hijo.

• Publique la información en redes sociales.

Annabelle no tenía ni redes sociales ni familiares. No podía ponerse en contacto con sus amigos del instituto porque Benny nunca quería decirle quiénes eran. Quizá no tenía ningún amigo. ¿Mentía también sobre eso? En cuanto a vecinos, los que Kenji y ella conocían, o bien

habían vendido sus casas, o bien los habían echado caseros avaros cuando empezaron a subir los precios del mercado inmobiliario. La señora Wong no era avara, pero el Inútil sí. Annabelle lo había visto otra vez detrás de la casa, fisgando las bolsas de basura e inspeccionando el comedero de pájaros, mientras los cuervos observaban desde el callejón. Annabelle nunca le había contestado a su primera carta sobre la inspección, de manera que le había dejado una segunda. La había leído y luego la había olvidado en alguna parte. ¿Dónde había ido a parar?

Notó calor en las mejillas y se las cubrió con las manos para refrescarlas.

La segunda carta era de un abogado llamado Fung, informándola de que, de acuerdo con el artículo 12, cláusula 3

de su contrato de alquiler, era responsable de mantener la vivienda limpia, higienizada y sin acumulaciones de porquería, desechos, basura, suciedad, mugre, escombros y desperdicios, así como de gestionarlos de manera adecuada. La carta añadía que la acumulación de lo anteriormente mencionado en su porche y en su jardín constituía una violación del artículo 12, cláusula 3, y que debía tomar medidas inmediatas para que la vivienda estuviera limpia y saneada. Además, el comedero de animales silvestres que tenía en el jardín, que había sido añadido ilegalmente al porche trasero y, por tanto, constituía una violación del artículo 12, cláusula 2, atraía plagas y debía estar retirado para cuando se produjera la inspección del casero. De lo contrario, se emprenderían medidas legales.

La carta incluía una fecha para la inspección, que Annabelle creía recordar estaba bastante próxima, pero había perdido la carta antes de apuntarla en su calendario. ¿Acciones legales equivalía a desahucio? Aquel pensamiento la llenaba de espanto. Aquella casita estaba llena de recuerdos felices, a pesar de que el vecindario había cambiado y no tenía nada en común con sus nuevos vecinos, que montaban en bicicletas caras, paseaban a sus hijos en enormes cochecitos alemanes y cultivaban tomates y albahaca en bancales.

De vivir Kenji, podría hacer un bancal. Podría ayudarla a organizar sus archivos, a sacar la basura acumulada, a localizar la carta desaparecida. Pero de vivir Kenji, la basura no se habría acumulado y la casa estaría limpia y ordenada. La carta no se habría traspapelado porque no habría habido razón para enviarla y tampoco habría desaparecido Benny.

Volvió a la cocina y se puso el impermeable. Escribió una nota a Benny y la pegó a la puerta. Cerró sin echar la llave y salió al callejón. De vivir Kenji, no habría esperado para salir a buscar a su hijo.

38

—Los bates quierren pegar —dijo el hombre B asomando la cabeza por detrás del hombro de Aleph mientras esta aplicaba un puñado de toallas de papel mojadas al chichón en la frente de Benny—. No es culpa suya. Está en su naturraleza. Están hechos parra eso.

—Están hechos para pegar a bolas de béisbol —dijo Aleph

—. No a cabezas de niños. Ese tío es un puto gilipollas. —

Mojó una bola de algodón en agua oxigenada y embadurnó con ella el chichón, limpió los restos de tierra y sangre y a continuación desenvolvió una venda de gasa.

—¿Lo conoces? —preguntó Benny.

—Es camello. Escoria. Son todos escoria. No te acerques a ellos. —Le retiró el pelo de la frente y le fijó la venda a la piel con esparadrapo —. No es tan grave como parece. ¿Te has hecho algo más?

Benny se levantó la camiseta. Tenía una contusión roja donde Freddy le había dado una patada, antes de que Jake lo apartara.

—Eso parrece de una bota —dijo Slavoj—. No de un bate.

—Sí —dijo Benny.

Hizo una mueca cuando Aleph lo presionó con las yemas de los dedos y sintió una extraña oleada de placer mezclada con el dolor. Seguía un poco colocado y Aleph estaba muy cerca. Estudió el tatuaje de su antebrazo y recorrió las constelaciones con los ojos mientras las estrellas se convertían en cicatrices. Meneó la cabeza para ahuyentar la imagen.

El viejo suspiró.

—Las botas están hechas para andar —dijo—, pero son complicadas. No son sencillas, como los bates, las armas o las aspirradoras. Los bates quierren pegar. Las armas quierren matar…

—No es más que un cardenal —dijo Aleph—. No creo que la costilla esté fracturada.

—Las aspirradoras quierren limpiar…

Aleph se volvió.

Decepcionado, Benny se bajó la camiseta.

—La aspiradora de mi casa no quiere limpiar —dijo—.

Nunca ha querido. No succiona.

—Qué pena —dijo el viejo—. Una aspirradora que no succiona ha perdido su razón de ser. Una bota que da una patada a un niño ha perdido sus principios.

Estaban en el baño del personal en el sótano de la Biblioteca, y la Biblioteca estaba cerrada. ¿Cómo había llegado Benny hasta allí? Una vez más, sus recuerdos eran difusos. Solo recordaba el chasquido del bate, la bota en el estómago y a alguien quitándole a Freddy de encima. Entonces se puso de pie y escapó. Sujetándose las costillas y con la cabeza baja, atajó por callejones y calles laterales y llegó a la Biblioteca justo cuando iba a cerrar. Se las arregló para subir al Nivel Nueve, cruzó el puente vertiginoso y reptó a su cubículo. Estaba muy colocado. Le dolía la cabeza y también las costillas, y era como si el universo entero se expandiera y contrajera al ritmo de su dolor. A lo lejos oía a bibliotecarios hacer las últimas rondas, recoger libros desperdigados con los carritos y también el traqueteo sincopado de las ruedas de los carritos cuando se paraban y retrocedían. Oía los ruidos tenues que hacía el edificio a medida que se acomodaba para la noche: el murmullo grave de los conductos de ventilación, el ronroneo del deshumidificador, los chasquidos y zumbidos y gemidos que hacían los paneles y temporizadores e interruptores que controlaban el vasto e intricado sistema pulmonar de la Biblioteca. Del Taller de Encuadernación subía un aire frío que hacía un sonido hueco, anhelante, como cuando alguien sopla en el cuello de una botella. En algún punto lejano se encendió una aspiradora, y su lento runrún y murmullo le resultaron reconfortantes. Se hizo un ovillo sobre el costado que le dolía menos y se durmió, y así es como lo encontró Aleph unas horas después, cuando una vez más

Benny se despertó y se encontró con el hocico de le hurone pegado a su nariz.

Aleph le miró la cara y le cogió de la mano. Lo condujo en silencio por la escalera mecánica paralizada y, desde allí, a una escalera trasera que llevaba al sótano. Un zumbido que aumentaba a medida que descendían se tragó el eco de sus pisadas. Siguieron bajando hasta

llegar a la gruesa puerta del subsótano, donde un letrero rezaba «PROCESAMIENTO DE LIBROS

— SOLO PERSONAL AUTORIZADO». Aleph tiró de ella para abrirla y el zumbido inundó la escalera.

—Vamos —susurró.

Benny cruzó el umbral y se detuvo. Estaba ante un gran atrio de hormigón lleno de carros y mesas de clasificación.

Sobre su cabeza herida se extendía un intrincado sistema de rampas, toboganes y cintas transportadoras diseñados para llevar los libros a sus puestos de procesado. Había visto todo este engranaje desde arriba, y los movimientos mecánicos de las cintas transportadoras lo habían fascinado, pero ahora todo estaba detenido. Inclinó la cabeza hacia atrás y miró hacia arriba del todo, al techo abovedado del Ala Nueva, donde las vigas del puente vertiginoso resplandecían en la luz mortecina.

¿Cuántas veces se había detenido en ese puente y se había asomado a la barandilla y mirado abajo? Y ahora estaba ahí abajo.

Dio un paso adelante, pero Aleph le sujetó el brazo.

—Por ahí no. Ahí está el Taller de Encuadernación.

Lo condujo en la otra dirección, al cuarto del personal, donde esperaba el hombre B.

El cuarto del personal estaba escasamente amueblado, con un sofá gris lleno de manchas y sillas del mismo color, que habían sobrevivido a sucesivas tendencias decorativas en el sector público para terminar relegadas al subsótano. Había una cocinita equipada con cafetera, microondas y un fregadero. En un rincón estaba una vieja mesa rústica con superficie de

esmalte descascarillada y patas de madera pintadas.

Superviviente de la cocina de alguna granja de los años cuarenta, allí parecía fuera de lugar, sola e incómoda entre los anodinos muebles institucionales.

Aleph llevó a Benny al baño y le limpió, pero esto ya lo sabéis. Benny la miró guardar el botiquín y a continuación la siguió de vuelta al cuarto del personal, donde Aleph señaló el sofá y le dijo que se echara.

Cuando Benny apartó su abrigo y su mochila para hacer sitio, la mochila empezó a agitarse.

Retrocedió, sorprendido, pero no era más que TAZ, que había estado durmiendo en el bolsillo de la mochila. Sacó la cabeza y dirigió a Benny una mirada llena de resentimiento antes de desaparecer otra vez con un bufido.

Benny se sentó y miró a su alrededor. El Botellero estaba haciendo palomitas en el microondas e hirviendo agua para el té. Su maletín estaba en la mesa junto a un montón de papeles con aspecto de manuscrito de alguna clase. Los efectos de la hierba comenzaban a desaparecer y Benny empezaba a ser consciente de la extrañeza de la situación.

—¿Cómo es que estáis aquí?

—Yo tengo una reunión en la ciudad esta noche —dijo Aleph mientas sacaba un jersey de su mochila—. Y Slavoj necesitaba papel, así que decidimos quedarnos.

Estaba de pie al lado de Benny, con el torso a la altura de sus ojos, y cuando levantó los brazos para meterse el jersey por la cabeza se le levantó también la camiseta.

—¿Los de la Biblioteca os dejan quedaros?

Veía la curva superior de otro tatuaje que desaparecía dentro de los vaqueros de Aleph. Se preguntó de qué sería y hasta dónde le llegaría. En el ombligo llevaba un *piercing* con un aro de plata.

La cabeza de Aleph apareció por el cuello alto y puso cara de «qué pregunta tan tonta» e hizo un gesto en dirección al hombre B, quien rebuscaba en la nevera del personal.

—Pues claro que no. El hombre B tiene amigos celadores que nos dejan entrar. Son grandes aficionados a la poesía.

—¿Esos dos hombres que bebían vodka en el baño?

—Correcto.

Aleph empezó a buscar en su mochila y le hurone asomó la cabeza, preparade una vez más para indignarse, pero, al ver que era Aleph, bostezó y miró a Benny con ojos torvos.

—¿Cómo me has encontrado? —preguntó este.

—Te encontró TAZ.

—¿Cómo sabía TAZ dónde estaba?

Aleph puso la misma cara, como diciendo: «La pregunta se contesta sola, así que debes de ser tonto».

—Es une hurone, Benny. Es lo que hacen.

Su tono de voz lo hirió. Le hurone lo miró con superioridad. Benny notó que se ponía colorado y se giró para que Aleph no lo viera.

—Oye —dijo esta. Se sentó a su lado en el sofá y le puso una mano en la rodilla—. No quería ser antipática. Es que estaba preocupada por ti.

Benny no daba crédito. Y su rodilla tampoco. Bajó la vista y, en efecto, la mano de Aleph estaba allí apoyada. Contuvo la respiración, no quería moverse no fuera a retirar la mano; en ese caso, su rodilla podría no perdonarlo nunca, pero al mismo tiempo era consciente de que tenía que hacer algo porque ella estaba esperando. Quería decirle algo agradable también, pero no se atrevía. En su interior, su corazón latía desbocado contra sus maltrechas costillas y temía que, de abrir la boca, le subiría por la garganta y se abalanzaría contra ella para refugiarse, latiendo, en su regazo o entre sus pechos, porque ¿cómo podía fiarse de él? ¿Cómo podía saber que los corazones no se comportan como los hurones? Cerró con fuerza los labios y miró a Aleph de reojo. Esta sonrió.

—Estás cansado —dijo dándole un suave apretón en la rodilla, que empezó a temblar—. Y seguramente también en shock. Échate y descansa. Slavoj está aquí. Yo vuelvo dentro de un rato.

—¿Dónde vas?

—A echar un vistazo a un par de contenedores y luego a reunirme con unos amigos. Es por el grupo de apoyo que estamos

formando

para

niños

diagnosticados

con

enfermedades mentales. Después te cuento.

—Puedo ir con…

—No, necesitas descansar.

—Estoy bien.

—No. Quédate.

Le puso una mano en el pecho y lo obligó a tumbarse de espaldas. La ligera presión de su tacto persistió cuando Benny se tumbó. Veía una estrellita del tatuaje de la cara interior del antebrazo de Aleph asomándole por la manga, justo encima de la muñeca. Quiso preguntarle por ella, pero, antes de que le diera tiempo, Aleph se había levantado y estaba poniéndose el abrigo. Guardó le hurone en la mochila, subió la cremallera y se la colgó al hombro. Fue hasta la mesa rústica y cogió la taza del hombre B, haciendo caso omiso de la mirada que le dirigió este. En la taza había escritas unas palabras:

SOY BIBLIOTECARIO

¿CUÁL ES TU SUPERPODER?

Aleph olió la taza, pero solo contenía té negro.

—Bien —dijo.

El hombre B se encogió de hombros como diciendo: «¿Qué esperabas?». Aleph volvió al sofá desde el que Benny seguía cada uno de sus movimientos y le puso un dedo en el centro de la frente.

—Descansa —dijo con un golpecito suave.

Benny cerró los ojos.

De pronto estaba muy muy cansado.

39

Una luna grande y regordeta salía por el extremo este del callejón y bañaba toda la calle con su mansa luz plateada.

Annabelle miró a uno y otro lado, pero el callejón estaba vacío. ¿En qué dirección habría ido Benny? Quizá, si caminaba un poco,

encontraría a alguien que lo hubiera visto, y este pensamiento la aterrorizó. Su trabajo era hacer resúmenes de prensa. Sabía qué clase de gente acechaba por los callejones de noche. Sabía las cosas que hacían.

Benny. Tenía que encontrarlo. Tenía que encontrarlo antes de que le ocurriera algo malo. No debía haber esperado tanto.

Debería haber salido detrás de él en cuanto se fue. Se cerró mejor el impermeable y echó a andar hacia la luna. Pasó junto al muelle de carga de la imprenta Eternal Happiness. Había oído un ruido procedente de detrás del contenedor de la Tienda de Segunda Mano, había visto algo moverse en las sombras.

Dos figuras aparecieron en la luz que proyectaba la farola y, al ver que eran mujeres, Annabelle se tranquilizó un poco. Eran altas y delgadas, llevaban pelucas rosa y platino a juego con tops de tubo y unas minifaldas diminutas que parecían la bandera de Estados Unidos. Se pararon un momento a revisarse el maquillaje mutuamente.

—¡Oigan! —las llamó Annabelle mientras echaba a correr hacia ellas y, cuando estuvo cerca, las mujeres se dieron la vuelta y cayó en la cuenta de su error—. ¡Ay, perdón!

La de la peluca color platino guiñó los ojos y la miró.

—¿Qué pasa, cariño? —dijo con voz gutural y arrastrando las palabras —. ¿No somos lo que buscabas?

—Huy, no… —dijo Annabelle poniéndose colorada—. No es eso…

Miró a aquellas dos personas, con sus largas piernas y grandes pelucas, labios chillones y falditas patrióticas que apenas les tapaban el culo.

—Busco a un niño —explicó.

Ambas personas la estudiaron pensativas, desde los pantalones de chándal holgados rosas hasta la gabardina extragrande, y a continuación, como si se hubieran puesto de acuerdo, se abrazaron riendo.

—Ay, tesoro —dijo la peluca rosa secándose los ojos—.

¡Suerte con eso!

Le lanzaron un beso a Annabelle y esta las miró cogerse del brazo y

alejarse a pasitos con sus tacones plateados y los glúteos sacudiéndose al unísono, uno a rayas rojas y blancas, el otro azul y tachonado de estrellas.

Caminó en dirección contraria. La luna la seguía ahora, tan brillante que el cuerpo de Annabelle proyectaba una larga sombra que la hacía parecer imposiblemente alta y delgada.

Por entre los agujeros del asfalto asomaban adoquines brillantes como húmedas rocas marinas. Escrutó rincones y portales oscuros que olían a marihuana y a pis. «Benny —

susurraba—. ¿Estas ahí?»

Sombras furtivas parpadeaban entre los edificios, proyectándose igual que fantasmas en las paredes de hormigón y desapareciendo en cuanto Annabelle se acercaba. Obligando a las palabras a vencer el miedo en su garganta, gritó: «Por favor, ¿puede ayudarme alguien? Mi hijo ha desaparecido…».

Su voz resonó con fuerza, pero las sombras permanecieron mudas. «Por favor, estoy buscando a mi hijo…»

Anduvo y anduvo hasta el final del callejón, sin encontrar ni rastro de Benny. Cuando estaba a punto de darse la vuelta, dos figuras de negro entraron en el callejón delante de ella.

Llevaban botas militares y capuchas que les tapaban la cara.

Aterrada, Annabelle se detuvo y se giró —como si correr fuera siquiera una posibilidad—, pero solo vio la luna. Podía correr

hacia la luna, pero nunca lograría alcanzarla. Se volvió hacia las figuras y la más alta de las dos habló.

—¿Señora Oh? —Tenía la cara en sombra, pero la voz le resultó familiar a Annabelle—. Eh. Hola, señora Oh. Me había parecido que era usted.

Se bajó la capucha. A la luz de la luna Annabelle vio su cara cubierta de cicatrices de acné.

—¡Mackson! —exclamó, y se llevó una mano al corazón

—. ¡Ay, Dios mío, qué susto me has dado!

Extendió una mano buscando dónde apoyarse y Mackson la cogió del

codo. Su compañera le sujetó el otro brazo.

—Ay, gracias —dijo Annabelle jadeando—. Estoy mareada…

La llevaron hasta un muelle de descarga cercano y la sentaron en los escalones. El cemento, frío y áspero, le provocó un escalofrío. Annabelle se encorvó hacia delante y se abrazó.

—Me habéis asustado. No sabía… —Levantó la vista—.

Mackson, Benny ha desaparecido. Se fue corriendo por el callejón. ¿Lo has visto?

—¿Es usted su madre?

Era la acompañante de Mackson. Annabelle podía verle ahora la cara, vio los anillos metálicos en la nariz y la ceja, el halo irregular de pelo blanco.

—¡Eres la chica del patito de goma! —exclamó Annabelle

—. ¿Qué estás haciendo aquí a estas horas de la noche? No es seguro…

La chica rio de una manera que desconcertó a Annabelle.

—No pasa nada —dijo—, pero gracias.

—¿Qué le ha pasado a Benny, señora Oh?

—Discutimos y se fue corriendo. No ha vuelto y estoy preocupadísima. Es la segunda vez que hace algo así. Ha tenido algunos problemas con…, ya sabéis. —Se interrumpió porque por supuesto que Mackson lo sabía, él tenía problemas también, y, en segundo lugar, porque los dos la miraban con caras inexpresivas…, inescrutables y terriblemente jóvenes.

Bajó la cabeza y se echó a llorar.

La acompañaron a casa. Cuando llegaron a la cancela azul desvencijada, Annabelle ya se había serenado.

—Perdonadme —dijo limpiándose la nariz en la manga—.

He tenido un mal día. No suelo ser así. Es mi cumpleaños. No sé lo que está pasando.

—Feliz cumpleaños —dijo la chica—. ¿Es esta su casa?

Sin esperar respuesta, empujó la cancela y entró en el jardín trasero.

—Ya estoy bien —dijo Annabelle siguiéndola—. Gracias.

—Tocó a Mackson—. Si ves a Benny, por favor, dile que vuelva a casa, ¿vale? Dile que estoy preocupada.

—Lo haré, señora Oh. Seguro que está bien.

Tranquilizándose en algún sitio. Ya sabe cómo son los adolescentes.

La miraron subir los peldaños desvencijados del porche. La puerta trasera se cerró, se encendió la luz y apareció la sombra de Annabelle, enmarcada en la ventana de la cocina. En el jardín trasero vieron montículos de plástico negro, brillando mortecinos como carbón en la luz derramada.

—¿Qué es toda esta mierda? —dijo Aleph en voz baja.

Empujó la bolsa que tenía más cerca con la puntera de la bota e hizo un ruido como de cascabel. Un trozo de cinta adhesiva pegada decía «Cobertura investigación tiroteo/copia seguridad». Mackson se acuclilló y abrió la bolsa. Dentro había un alijo de discos, así como gruesos fajos de carpetas marrones llenas de recortes de periódico, todas

cuidadosamente etiquetadas. «2/4/2012 Oikos U, Goh, Oakland, CA. 20/7/2012 *El caballero oscuro: la leyenda renace,* Holmes, Aurora, CO. 5/8/2012 Templo sij, Page, Oak Creek, WI. 14/12/2012 Escuela elemental Sandy Hook, Lanza, Newtown, CT»

—Te cagas —dijo Aleph—. ¿Es todo lo mismo?

Mackson abrió otra bolsa.

—Esta parece toda de incendios forestales. —Abrió una tercera—. Y esta es sobre elecciones.

—Espera un momento —dijo Aleph.

Fue hasta el costado de la casa. Se metió entre la valla y la pared y trepó hasta la ventana. Una persiana colgaba oblicua de la parte superior, pero alcanzó a ver el interior de la cocina.

Sus ojos tardaron un momento en adaptarse a la aglomeración de

cosas y empezar a distinguir detalles: las bolsas de basura amontonadas contra todas las paredes, los cestos de ropa sucia y las perchas enredadas, el tubo de la aspiradora enrollado alrededor de una de las patas de la mesa, la tapa de un escurridor de lechuga asomando de una caja de Correo Urgente. Vio una lámpara rota, un escurridor y un *beagle* con birrete y, en medio de todo aquello, a Annabelle, la madre de Benny, sentada en una sillita, encorvada e inmóvil. Sobre ella había una banderola donde se leía «¡FELICIDADES, GRADUADO!».

Aleph era espigadora, frigana, una artista que trabajaba con basura, pero nunca había visto nada igual. Mientras miraba intentando asimilarlo, Annabelle levantó la cabeza y empezó a hablar. Parecía estar diciéndole algo a la nevera.

—Joder —dijo Aleph en voz baja.

40

Cuando Benny se despertó, el cuarto del personal estaba a oscuras, a excepción del resplandor verde que proyectaba el letrero de salida y la luz de una única lámpara de mesa en la vieja mesa rústica. Estaba también en silencio, salvo por un

débil sonido de arañazos que hacía pensar en un ratón. Se sentó en el sofá desconocido y duro y miró a su alrededor. El viejo vagabundo estaba sentado a la mesa. Delante de él tenía un tazón medio vacío de palomitas, un sándwich a medio comer y la taza de los superpoderes. Los arañazos no eran de un ratón. Era Slavoj escribiendo. El viejo poeta escribía a lápiz en un papel blanco. Tenía la espalda inclinada y su cabezota canosa se mecía de atrás adelante sobre la superficie del papel.

A Benny le dolía la cabeza. Se tocó la venda de la frente, se palpó las costillas y el recuerdo de la noche volvió a él. Un gemido le subió por la garganta y no pudo evitar que se le escapara.

El viejo levantó la vista.

—Hola, joven colegial. ¿Qué tal estás?

—Hecho una mierda —dijo Benny.

Slavoj asintió con la cabeza.

—¿Ha sido tu primerra pelea?

—En realidad, no me peleé. Solo salí corriendo.

—Chico listo —dijo el viejo—. Tienes hambre, ¿sí? Te he guardado esto.

Le ofreció un sándwich.

Benny se unió a él en la mesa. De pronto tenía un hambre de lobo. Dio un mordisco. Era de rosbif y estaba delicioso.

Comió hasta que no quedó más sándwich y entonces se terminó las palomitas.

—¿Tienes sed? —preguntó Slavoj, y empujó la taza hacia él.

Benny miró dentro y olió. Era vodka, pero aun así dio un sorbo. El áspero líquido le quemó al bajarle al estómago y le hizo entrar en calor. Empezaba a sentirse mejor. El viejo estaba de nuevo escribiendo, encorvado sobre la página.

—¿Qué hace?

Slavoj levantó la cabeza y se sentó recto.

—Estoy escribiendo poesía —dijo, y levantó el lápiz—.

Porque soy poeta. Porque en mi país soy un poeta famoso.

—Eso ya lo sé —dijo Benny. El maletín sobre la mesa estaba abierto. Dentro había un manuscrito indómito cuyas páginas habían sido alguna vez blancas y lisas, pero que ahora estaban arrugadas, llenas de dobleces y cubiertas de escritura caótica y de lo que parecían ser manchas de café y de kétchup

—. ¿Eso son sus poemas?

El viejo poeta asintió con la cabeza.

— *Ja* —dijo con modestia—. Es la obra de mi vida, un poema épico, mi humilde intento de versificar el planeta.

—¿Cómo se titula?

— *Zemlja* —dijo el viejo—. En inglés significa ‘Tierra’. No es demasiado orriginal quizá, perro es provisional.

Benny miró el delgado montón de papeles sobre la mesa.

—¿Eso también son poemas?

—Qué va —dijo el poeta, abatido—. Solo páginas en blanco. —Retiró la primera página y, en efecto, las de debajo no tenían nada escrito. Señaló el suelo, donde se había acumulado un gran montón de bolas de papel junto a la rueda de su silla, y meneó la cabeza con expresión triste—. Te voy a decir algo sobre la poesía, joven colegial. La poesía es un problema de forma y de vacío. Desde el momento en que escribo una palabra en una página en blanco, me he creado un problema. El poema que surge es forma tratando de encontrar una solución a mi problema. —Suspiró—. Al final, por supuesto, no hay soluciones. Solo más problemas, perro eso es bueno. Sin problemas no habría poemas.

Benny pensó un rato sobre esto. Pensó en su madre y sus imanes de la nevera. Él no había escrito esos estúpidos poemas y esa era la verdad, pero su madre pensaba que mentía, y eso era un problema. Tenía muchos problemas.

—¿Sobre eso escribe? ¿Sobre sus problemas?

El poeta se encogió de hombros.

—Sobre mis problemas no tanto. Perro sobre los problemas del mundo sí. Escucho y escribo lo que oigo.

Benny recordó la conversación en el aseo. El viejo le había dicho que reflexionara sobre su pregunta, «¿Qué es real?», y él lo había intentado, pero nada le parecía realmente real, no había encontrado una buena respuesta. Era desalentador. Tal vez debería intentarlo con la poesía.

—¿Cree que yo también debería escribir sobre lo que oigo?

El viejo poeta cerró los ojos y sopesó en silencio la pregunta durante lo que a Benny le pareció una eternidad.

Cuando por fin levantó la cabeza y empezó a hablar, sus palabras fueron pausadas, reflexivas.

—Lo acabas de decir… ¡Tienes que escribir!

Las palabras cayeron en el silencio de la biblioteca nocturna igual que piedras en un estanque, y crearon ondas al entrar en los oídos de Benny

((((decir))))

((((escribir))))

((((decir))))

((((escribir))))

Por lo común, las cosas así le molestaban, pero aquella noche, para variar, su mente no se lamentó.

El Botellero seguía hablando.

—Escríbelo todo, todas las cosas que dicen las cosas.

Todos sus problemas…

—¿El problema de las cosas? —preguntó Benny.

—Pues clarro. Las cosas tienen muchos problemas, pero la gente no escucha, así que naturralmente se desesperran. ¡Ya lo

creo! ¿Cómo te sientes tú cuando nadie te escucha?

—De puta pena. Pero a la gente en realidad no le interesa oír lo que dicen sus cosas. Lo sé porque he intentado contárselo. Por ejemplo, a mi loquera. Cuando le cuento lo que dicen sus juguetes, no me cree. Piensa que estoy alucinando y me ajusta la medicación.

—Te creo, chico, y ese es su problema. Tú solo puedes ocuparte del tuyo. Si oyes voces, tu deber es ayudar. Debes ser un secretarrio. Un amanuense. ¿Sabes lo que es un amanuense? Es una persona que escribe al dictado. ¿Sabes lo que es un dictado? Es cuando escuchas y escribes lo que se dice. Puede ser un poema. Puede ser un cuento. Dar forma a una voz parra que otros puedan percibirla.

Benny pensó de nuevo en los imanes de nevera. Tal vez un cuento fuera mejor que un poema.

—¿Y luego qué? —preguntó—. ¿Qué hago con ello?

—Ese tampoco es tu problema. Las palabras se abren camino en el mundo solas. Se les da bien. —El viejo poeta le dio una hoja en blanco —. ¿Oyes algo ahorra?

Benny prestó atención. Oyó una vocecita del tamaño de una avellana, localizada justo detrás de su oreja derecha. Se volvió y localizó su origen: la boquilla de un sistema de rociadores contra incendios.

—Sí —dijo, y la señaló—. Eso.

—Pues muy bien —dijo el viejo dándole un lapicero—.

Toma. Los lápices son buenos para escribir. Ahorra tienes que escuchar con atención y escribir lo que oyes.

Benny miró la hoja en blanco y esperó, pero la boquilla de riego se había callado.

—Ya no la oigo —dijo, desanimado.

—Hum —dijo el Botellero—. Suele pasar. El vacío de una página puede ser desconcertante. Demasiado potencial amorfo.

A veces a las cosas les entra timidez y se cierran en banda. No fuerces. Solo inténtalo otra vez y ya está.

Benny escuchó. Oyó algo que hablaba desde debajo de la mesa. Era una de las patas. Al principio pensó que era la pierna protésica de plástico del Botellero, pero entonces cayó en la cuenta de que estaba hecha de madera. Se agachó para mirar y vio la pata de madera pintada de la mesa rústica. La pata empezó a hablar, pero no en palabras que Benny pudiera transcribir. Había dolor en lo que decían. Y tristeza. Benny cogió el lápiz, que era de madera igual que la pata, y esta vez notó una extraña resonancia, como si una corriente discurriera entre ambas maderas y él fuera el conducto vivo. Cerró los ojos y acercó la afilada punta de grafito del lapicero al grano del papel, que también estaba hecho de madera, y cuando la conexión estuvo hecha, los circuitos se abrieron y empezaron a salir palabras.

HISTORIA DE LA PATA DE UNA MESA

La pata está recordando algo. Está recordando un nudo. Un bebé atado con un nudo. La pata de la mesa tuvo en otro tiempo un bebé atado a ella y está recordando los tirones que daba el bebé. El bebé estaba atado por una pierna. Piel suave. Hueso suave. Era un bebé muy pequeño.

La mesa está recordando a la madre atando el nudo. Lo hizo con cuidado y usó un pañuelo. El pañuelo era suave y amarillo, con estampado de margaritas, y ató un extremo alrededor de la pata de la mesa y el otro, con cuidado, alrededor del tobillo del bebé. El bebé estaba sentado en su pañal en el suelo de la granja, riendo y agitando los brazos como si quisiera echar a volar. Quizá el bebé pensaba que su madre estaba jugando a un juego. Quizá el bebé… Pero no, el bebé

era demasiado pequeño para pensar, y la mesa no sabe lo que es pensar. (Lo que acabo de escribir son pensamientos míos, de Benny. Esta historia no habla de mí.) La madre besó al bebé y se puso de pie. Llenó un biberón de leche y se lo dio al bebé, pero este lo tiró.

¿Se puede saber por qué has hecho eso?, preguntó la madre, o quizá el que preguntó fue el biberón. La madre miró el biberón rodar por el suelo, luego cogió un trozo de cuerda y ató un extremo al cuello del biberón y el otro a la pata de la mesa.

Así, dijo. Puso el biberón al bebé en la mano y, cuando este volvió a tirarlo, el biberón no se fue lejos.

Si lo quieres, ahí lo tienes, dijo la madre. Se puso un abrigo y se acuclilló. Lo siento, peque, tengo que irme. Se detuvo en el umbral. La pata de la mesa recuerda los tirones que dio el bebé cuando quiso seguirla.

Recuerda el llanto del niño. Ahora la madre ya no está. El bebé no está.

Tampoco el biberón ni el pañuelo. Solo la pata de la mesa sigue aquí, en la Biblioteca, recordando.

Benny

Después de escribir aquel a historia, el hombre B me pidió que se la enseñara. Yo pensaba que probablemente era una mierda, pero la leyó y dijo que era buena. Me preguntó si de verdad había oído a la pata decir todas esas palabras que escribí en el papel y le expliqué que no funcionaba así. Lo que quiero decir es que no me estaba inventando cosas a voleo, pero que tampoco oía las palabras de la manera en que las oyes cuando habla una persona. Es más como tratar de escribir las sensaciones que sientes con tu cuerpo y después recuerdas. Como cuando te haces daño y más tarde recuerdas el dolor, pero el recuerdo del dolor es diferente del dolor en sí, ¿me explico? Así son las voces que tienen las cosas, y las historias que cuentan son más como recuerdos o sueños.

¿Sabéis cuando un sueño parece totalmente real pero luego, cuando intentas contarlo con palabras, es como que se disuelve y desaparece? Eso es lo que pasa cuando sueño historias de cosas. Las voces que sienten son imposibles de expresar con palabras, y en cuanto lo intentas, la historia empieza a evaporarse, que es la razón por la que lo que escribí salió tan de pena.

Le expliqué todo esto al hombre B y dijo que la poesía también era así, como brisas o vientos en la mente. Al principio podías no sentir gran cosa, nada de palabras ni frases enteras, más bien corrientes de aire moviéndose a través de una herida abierta. Tienes que dejar la mente abierta y tratar de sentir la voz de un poema cuando sopla, aunque duela un poco. Dijo que el secreto está en no intentar atrapar el viento, porque, en cuanto haces eso, dejará de estar ahí. Me lo enseñó usando la mano. La abrió y me dijo que imaginara que era mi mente y luego cerró los ojos. Me dijo que me quedara muy quieto y que mantuviera la mano de mi mente abierta y dejara que las voces vinieran a mí. Estuvo sentado mucho rato con los ojos cerrados y la mano abierta, como si esperara que cayera un poema del cielo.

Normalmente, cuando oigo voces intento bloquearlas, o uso una Tarjeta de Afrontamiento para hacer que se vayan. Nunca se me ocurrió dejarlas en paz y punto. Cuando le conté esto, sus pobladas cejas se arquearon y pareció sorprendido. Me dijo que mis voces eran un don y que nunca debía ni bloquearlas ni tratar de que se fueran. Dijo que mi don debía de ser muy poderoso, porque había hecho un buen trabajo con la historia de la pata de la mesa y que debería seguir intentándolo. Dijo que nadie está nunca contento con lo que escribe, así que no debía sentirme mal. Yo no entiendo demasiado de escritura y nunca se me ha dado fenomenal la lengua y literatura en clase, así que no sé si esto es verdad o no. Dímelo tú. Tú eres un libro. Tú deberías saberlo.

Entonces el hombre B me preguntó si todas mis voces eran como la de la pata de la mesa y le dije que no, que las había de diferentes clases, y que algunas son agradables, algunas son neutrales y otras son unas auténticas hijas de puta. Además, algunas son personales y otras no. Me re ero a que cosas como una pata de la mesa o un lápiz o un zapato básicamente lo que hacen es tararear, incluso si nadie les está prestando atención. No me hablan a mí, aunque igual saben que puedo oírlas, así que cuando estoy delante se ponen más charlatanas de lo normal. Pero no es nada personal conmigo. Podrían estar hablando con cualquiera. Pero más o menos cuando aquel as tijeras empezaron a insultar a la señora Pauley y a decirme que le hiciera daño, empecé a oír otra clase de voz que era totalmente personal. No sale de una cosa. Solo está ahí, como detrás de mi hombro derecho, igual que una megafonía invisible con un altavoz pequeño y metálico que me sigue, y cada vez que hago alguna tontería se pone a insultar, a burlarse y a decirme que soy un puto cretino. Es supercruel. Cuando le hablé al hombre B de esta voz, me dijo que probablemente era la voz de mi crítico interior. Eso no lo sabía yo. Sí sabía que tenía un robot interior, pero lo del crítico interior no lo había oído nunca.

Entonces me dijo que todas las personas creativas tienen uno, a veces incluso más, y me sentí bastante orgul oso y feliz de saber que me consideraba creativo.

No le hablé de ti, porque entonces aún no te oía.

Aquel a noche me contó una historia disparatada sobre su pierna. No la postiza, de plástico, sino la de verdad, la que ya no tiene porque la perdió. Se había quitado la pierna postiza y la había metido en una bolsa de lona que colgaba del respaldo de su sil a de ruedas y se había hecho un nudo en la pernera vacía de su pantalón, justo debajo del muñón, para que no le entrara el aire, dijo. Mientras yo trataba de explicarle que las voces de las cosas están y al mismo tiempo no están, no dejaba de mirarse el nudo y entonces me contó que, a veces, cuando está medio dormido, le pica la pierna, pero cuando intenta rascársela no hay nada que rascar. Y fue en plan ¡sí, eso es justo lo que quería decir! Es como si tu pierna te hablara o el recuerdo de tu pierna te hablara, y aunque la pierna no está, notas el picor y signi ca algo, ¿verdad? Y dijo que sí, que así era, y que los médicos tienen una expresión para esto. Se l ama fenómeno del miembro fantasma, así que igual lo que yo tengo es fenómeno de «objeto» fantasma. Me pareció algo muy guay y le dije que sin duda tengo ese fenómeno, pero también otro, solo que ese tiene que ver con mi padre, porque es un padre fantasma. El hombre B entonces pareció ponerse muy triste y me preguntó: «¿Dónde está?»

—Muerto —dije.

Empecé a hablarle de la noche en que murió mi padre, pero levantó una mano.

—Esperra —dijo—. Me parrece que esto va a ser una buena historria.

Es tu historria y debes escribirla.

El Libro

¿Qué es una historia antes de convertirse en palabras?

Experiencia a secas, diría quizá un monje budista.

Presencia pura. La sensación, fugaz e inasible, de ser un niño, de perder un padre.

Al ser libros, nosotros no podemos saber eso. Solo conocemos los pensamientos que surgen como consecuencia de la experiencia a secas,

como sombras, o ecos, dando voz a algo que ya no existe. Y después de que esos pensamientos se conviertan en palabras, y de que las palabras se conviertan en historias, ¿qué queda de esa experiencia a secas? Nada, diría quizá el monje. Solo la historia, como un exoesqueleto mudado o una concha vacía.

Pero ¿de verdad eso es todo? Nosotros los libros diríamos que no, que la historia es más que la consecuencia desechada de tu experiencia a secas. La historia es una experiencia en sí.

Los peces nadan en el agua sin pensar que es agua. Los pájaros vuelan por el aire sin saber que es aire. La historia es el aire que vosotras, las personas, respiráis, el mar en que nadáis, y nosotros los libros somos las rocas a lo largo de la costa que canalizan vuestras corrientes y contienen vuestras mareas.

Los libros siempre tendrán la última palabra, incluso si no hay nadie para leerlos.

41

Benny necesitaba papel para escribir su historia, pero las reservas del hombre B se estaban agotando, así que fueron al viejo Taller de Encuadernación en busca de más. El Taller de Encuadernación era la fuente de papel en blanco, dijo el hombre B, un repositorio de palabras sin encuadernar.

—No conviene pasar demasiado tiempo dentro del Taller de Encuadernación —le dijo a Benny mientras se ponía la

pierna postiza.

—¿Por qué no?

El viejo se estremeció.

—Es un lugar inquietante. El corrazón palpitante de la Biblioteca.

Salió del cuarto del personal el primero, empujando su silla de ruedas. Benny lo siguió.

—Me dijo mi madre que habían cerrado el Taller de Encuadernación.

—Desde luego es lo que quierren hacer creer.

Estaban al principio de una amplia área de procesado de libros. Luces de salidas de emergencia punteaban el perímetro y proyectaban luz

suficiente para que Benny distinguiera los contornos de los carritos a ambos lados, cargados de libros puestos en vertical, como si fueran soldados, con la cubierta hacia fuera. Cada uno de los carros estaba marcado con números en negrita sobre etiquetas azul brillante, que dividían los libros en batallones, y los volúmenes parecían armados con tiras de papel de colores pastel, verdes, amarillas y rosas, en las que figuraban la signatura, las palabras clave y más información identificativa. Eran los libros nuevos, reclutas recién llegados a filas.

—La gente dice que el Taller de Encuadernación está encantado —dijo el viejo mientras maniobraba su silla de ruedas por el laberinto de carritos—. Yo tengo otra versión.

Aunque es verdad que se oyen ruidos procedentes de aquí.

Ruidos raros. Música fantasma.

—¿Jazz? —preguntó Benny.

El viejo detuvo su silla. Miró furtivamente a izquierda y derecha y le hizo un gesto a Benny para que se acercara. Los ojos inyectados en sangre le brillaban. Eran ojos de loco. Ojos de poeta.

—Calipssso —susurró a la cara de Benny. Le olía el aliento a vodka.

—¿Eso qué es? —susurró Benny a su vez.

—Es música del Carribe. De los esclavos africanos que trajeron encadenados los franceses, cuando se comerciaba con las personas negras como si fuerran cosas. Erran días terribles, muy terribles… — Slavoj empezó a cantar en voz baja: *Day-o, Day-ay-ay-o. Daylight come a me van'a go home…* — Cerró los ojos—. Sí, señor —suspiró—. Belafonte…

—¿Qué es eso?

—Harry Belafonte. Un cantante de calipso. Marravilloso.

—¿Está muerto?

—No. Perro es muy mayor.

—Pero, si no está muerto, ¿qué hace aquí su espíritu?

—Bueno, es su espírritu vivo. —El viejo frunció el ceño y meneó su cabezota greñuda—. No seas tan pejiguerro, jovencito. —Se puso a cantar de nuevo y su voz subió de volumen—. *Come, Mr. Tally Man,*

tally me banana… —Se incorporó en su silla como si la canción lo elevara y desplegó sus extremidades, una de verdad y la otra protésica, hasta estar de pie. Despegó los brazos del cuerpo y giró las caderas, con lo que su gabán se hinchó y bailó.

Benny lo miró nervioso.

—¿No deberíamos intentar no hacer ruido?

El viejo poeta hizo caso omiso y empezó a rotar, a saltar con torpeza con su pierna buena hasta trazar un círculo.

Daylight come and…

Justo entonces oyeron un ruido repentino, como un disparo o un portazo, y el viejo cogió a Benny de la manga.

—¡Al suelo!

Se tiraron al suelo y se quedaron allí encogidos. Benny prestó atención, aguzando el oído, extendiendo su alcance hasta los rincones más alejados de la Biblioteca, pero solo oyó el zumbido de antes. El sonido es el movimiento de objetos a través del espacio, pero allí nada se movía. La red laberíntica de rampas, deslizaderas y cintas transportadoras estaba quieta, detenida en el tiempo como las escaleras mecánicas. ¿De dónde venía el zumbido?

—Vale —dijo Slavoj, y volvió a sentarse en su silla—. Vía libre.

Avanzaron con cautela por entre los carritos cargados de libros. Benny oía las ruedas de la silla del Botellero chirriar a su espalda. Delante, fijada a una pared de vidrio acanalado, había una banderola azul, alargada y polvorienta.

EL TALLER DE ENCUADERNACIÓN

DE LA BIBLIOTECA PÚBLICA

La gruesa pared de vidrio era vieja y al otro lado de su turbia superficie había oscuridad. Benny se detuvo y el hombre llevó su silla hasta él.

—Ahí está —dijo Slavoj—. El Taller de Encuadernación.

¿Qué te parrece?

—¿Ahí es donde está el papel?

—Sí. El Taller de Encuadernación lo contiene todo. Ahorra tienes que entrar y cogerlo.

—¿Yo?

El viejo apartó la vista y retrocedió unos centímetros con la silla.

—Es tu historria. Debes ir tú y debes ir solo.

—Pero es su historia también.

El hombre B negó con la cabeza.

—No —dijo—. Yo soy un viejo poeta. El Taller de Encuadernación es demasiado poderroso para mí. En el Taller

de Encuadernación cualquier cosa es posible. Perro tú erres joven. Cuando erres joven, cualquier cosa es posible.

Benny se encogió de hombros.

—Bueno.

Fue hasta la pared de vidrio opaco y se detuvo a estudiar el letrero. Era una banderola normal y corriente hecha de Tyvek azul. Escuchó, pero estaba en silencio. También el cristal, y parecía bastante normal, aunque del cristal uno nunca podía fiarse, así que alargó la mano para tocarlo. Al apoyar las yemas de los dedos en la superficie ondulada y vítrea tuvo la extraña sensación de que, de hacer la presión suficiente, el cristal cedería igual que una membrana permeable y podría atravesarlo, pero, cuando empujó más fuerte, la superficie siguió fría y firme. Apoyó la frente en ella e intentó escudriñar el interior en penumbra, pero solo distinguió sombras. Vio la puerta y caminó en dirección a ella, consciente de que el Botellero, que había estado retrocediendo despacio en su silla, ahora había desaparecido. Por un momento Benny se preguntó si no debía volver al cuarto del personal, pero entonces sus dedos localizaron el pomo de la puerta. Debe de estar cerrada con llave, pensó, pero le dio un empujón y, tras algo de resistencia, la puerta se abrió y estuvo dentro.

La puerta se cerró a su espalda con un clic y el zumbido se detuvo, dejando solo un silencio vasto y vacío. Benny miró a través de la pared de cristal, que ahora tenía un extraño brillo iridiscente, pero no veía nada del área de procesamiento en la que acababa de estar. Rodeándolo en la oscuridad había un revoltijo de formas y sombras fantasmales. Dio un paso. Un olor acre a aceite de máquina y

pegamento flotaba en el aire, y cuando se le acostumbraron los ojos, distinguió los contornos de dos enormes máquinas de coser que resplandecían en la luz verde mortecina. Se detuvo a inspeccionarlas. Eran Singers industriales del año de la polca, hechas de hierro y cobre, y enhebradas con grueso hilo de algodón para encuadernar que segregaban, igual que segrega una araña su tela, unas bobinas

encajadas en dos largos husos. Junto a ellas había una guillotina de tamaño industrial, una Quintilio Vaggelli, hecha en Florencia. Benny levantó la enorme cuchilla y la dejó caer y cortar el aire. Sonido es el movimiento de un objeto a través del espacio. Cuando el movimiento cesó, la cuchilla se calló y Benny oyó únicamente su propia sangre latiéndole en los oídos.

Siguió avanzando e inspeccionó un hervidor de agua, un cuchillo de sierra, una plegadera de hueso, un tarro abierto de cola negra con aspecto de alquitrán en una encimera llena de manchas. Pasó el dedo por una mesa de trabajo. El Taller de Encuadernación llevaba ya tiempo cerrado, pero no había una mota de polvo. Pasó junto a un montón de tapas de libro, igual que abrigos nuevos y rígidos, esperando a ser probadas y ajustadas. Estaban ordenadas según el color de los pigmentos: verde hoja, rojo sangre. Rodeando a Benny por todas partes, torres de resmas de papel blanco se alzaban igual que fantasmas esperando a que las llenasen de palabras. Parecían personas sin rostro haciendo cola para recibir ojos y orejas, bocas y narices. Caminó despacio entre ellas, como se camina por el pabellón atestado de un hospital, atento a no rozarlas por miedo a que su vaciedad, su ausencia de contenido, fuera contagiosa. Las palabras les darían facciones. Las palabras les darían voces con las que hablar. Las palabras las animarían y las transformarían en cosas semivivas, pero, de momento, en su mutismo, resultaban amenazadoras, les faltaba un significado.

«El Taller de Encuadernación contiene todas las cosas —

había dicho el Botellero—. Cualquier cosa es posible», y Benny comprendió ahora a qué se refería. El Taller de Encuadernación era un lugar primordial, un espacio de silencio vasto e ilimitado que contenía todo el sonido, y un vacío que contenía toda la forma. Benny nunca había oído tanto silencio.

Nunca había sentido tanta inminencia. Se estremeció.

Papel, se recordó a sí mismo. Coge papel y sal de aquí, pero, mirara donde mirara, daba la impresión de haber cada

vez más: estantes atestados de él, casilleros llenos de él, escritorios y mesas cubiertos de torres de resmas de papel.

Estaba por todas partes, y mientras Benny seguía allí quieto, bajo la luz verde del letrero de salida de emergencia, las hojas y las páginas empezaron a susurrar como el viento en los árboles que se habían convertido en pulpa y prensado al servicio del significado, para dar forma a lo inefable. Oía hablar a las voces y entonces, de pronto, también las vio , vio todas esas palabras desbocadas, libres, como una nube frenética de motas de polvo girando y bailando a su alrededor en el tenue resplandor verdoso. Nunca había visto palabras comportarse así, y la visión lo aturdió. El mundo empezó a inclinarse, pero, justo cuando se caía, oyó una voz débil, igual que un soplo de aire caliente subiendo de la vorágine, tímida, vacilante y extrañamente esperanzadora.

Un libro tiene que empezar por alguna parte…

Era una voz que no se parecía a ninguna otra.

Benny alargó una mano para no caerse y agarró la afiladísima cuchilla de la guillotina. Un dolor agudo le subió por el brazo. Dio un respingo, retrocedió y quitó la mano.

Sangre rojo brillante proyectó un arco en el aire y salpicó los montones fantasmales de papel blanco al caer al suelo, y el mundo se volvió oscuro y mudo.

Cuando volvió en sí estaba tendido en un pequeño charco de sangre a los pies de la Quintilio Vaggelli. Se sentó y se golpeó la cabeza contra el enorme disco de contrapeso al final de la cuchilla que se cernía encima de él igual que una guillotina. Tenía uno de los lados de la cara sucio de sangre y de saliva. Se puso de pie. El tajo de la mano seguía sangrando y recordó lo que había visto y oído, las palabras desbocadas bailando entre los árboles y la voz débil y esperanzadora.

Escuchó, pero el Taller de Encuadernación guardaba silencio.

Se pegó la mano herida al estómago y fue hacia la salida, salpicando el suelo de sangre a su paso. El Botellero tenía

razón. El Taller de Encuadernación era demasiado poderoso.

Empujó el vidrio de la puerta, que, afortunadamente, se abrió.

Benny

Esa voz eras tú, ¿verdad? Aquel a fue la primera vez que me hablaste. Casi no te oía con todo ese ruido que hacía el papel, pero supe que eras distinto de los demás. No soy capaz de explicarlo. No sabía quién o qué eras. Solo que eras mío.

El Libro

Sí, Benny, así es. Por alguna parte teníamos que empezar.

Estabas cayéndote y queríamos cogerte, solo que no pudimos debido a la proximidad de esa cuchilla. Nos sentimos mal cuando te cortaste —lo cierto es que los libros no somos omniscientes ni tampoco capaces de predecirlo todo, por mucho que nos esforcemos—, pero nos alivió que al menos nos oyeras. Nos alivió y nos alegró, porque para un libro no es fácil establecer contacto de esa manera. Requiere mucho esfuerzo. La mayoría de las personas ni se dan cuenta cuando su libro las llama. Están demasiado ocupadas mirando sus móviles.

Así que gracias por darte cuenta y gracias también por lo que acabas de decir: «Supe que eras mío». Son las palabras que todo libro quiere oír, y un escalofrío de placer nos recorrió el lomo.

Y plantea una pregunta interesante, ¿verdad? ¿Quién pertenece a quién? Tu amigo, Walter Benjamin, fue un bibliófilo apasionado y coleccionista de libros, dueño de muchos, muchos volúmenes. Escribió un famoso ensayo sobre el tema, titulado *Desembalando mi biblioteca,* en el que reflexiona sobre las maneras en que adquiere libros un coleccionista. Puede comprarlos o ganarlos en una subasta.

Puede heredarlos o tomarlos prestados sin intención de devolverlos. Pero, dice Benjamin: «De todas las maneras de procurarse libros, escribirlos uno mismo es la más gloriosa».

De entrada esto parece cierto, pero desde el punto de vista del libro no es tan sencillo. Porque, en realidad, ¿quién escribe a quién? Es el viejo enigma del huevo o la gallina, Benny.

Piénsalo. ¿Escribe el niño el libro o escribe el libro al niño?

Nos preguntamos cómo contestaría Benjamin a esta pregunta. Concluye su ensayo sobre los libros que posee con

estas frases memorables: «El coleccionista mantiene la más profunda relación que puede tenerse con los objetos. No es que estos vivan gracias a él; es él quien vive por ellos».

A este respecto no tenemos objeción alguna.

42

Annabelle estaba sentada a la mesa de la cocina, inmóvil como una roca, mirándose los pies. De vez en cuando levantaba la cabeza y hablaba a la puerta de la nevera.

—Dime algo —susurraba—. Si tienes algo que decir, por favor, dilo.

Esperó. Al otro lado de la ventana de la cocina oía corretear ratas, gatos o mofetas entre la basura. El poema no había cambiado.

canta madredolor bajo nuestro tormentoso hijo

música rabiosa triste mar

Llevaba mucho tiempo sin cantar, pero por supuesto Kenji se acordaría. Le encantaba oírla cantar y siempre se daba cuenta si algo le dolía. Ahora ya no estaba tan segura sobre el resto del poema. Quizá Benny tenía razón. Quizá debería ser

«Bajo nuestro mar tormentoso / triste música, hijo rabioso», pero la confusión lingüística parecía brindar más pruebas aún de que lo había escrito Kenji. Su inglés nunca fue maravilloso, pero siempre lograba hacerse entender, y a veces sus palabras resultaban aún más hermosas debido a los errores.

—Di algo —le dijo a la nevera—. ¿No ves que necesito ayuda?

De nuevo esperó, pero los imanes continuaron mudos. Miró la hora y se puso de pie despacio.

De vuelta en el Centro de Control, hizo una búsqueda rápida en Google, entresacó lo que necesitaba y llamó a Emergencias. Cuando contestó el operador, pidió denunciar la desaparición de un menor y la pasaron con un tal agente

Hooley. Respiró hondo y explicó, con calma, que su hijo se había escapado. Que habían discutido, que su…

El agente la interrumpió.

—¿Cuándo fue visto su hijo por última vez, señora?

—¿Quiere decir que cuándo lo vi yo por última vez? Sobre las siete, creo. O siete y media. Sí, fue…

—¿Las siete y media de esta tarde?

—Sí, se…

—Señora, tienen que pasar veinticuatro horas antes de denunciar la desaparición de una persona. Va a tener que esperar a mañana y luego venir a la comisaría…

Annabelle lo interrumpió.

—Perdone, agente —dijo consultando brevemente la página web que tenía abierta en su pantalla—. Con todos los respetos, mi hijo es menor. Tiene catorce años y un historial de enfermedad mental. Si no estoy equivocada, para niños menores de dieciocho años que se escapan o desaparecen no hay plazo de veinticuatro horas. Creo que, como niño con discapacidad mental, mi hijo debería ser clasificado automáticamente como «desaparición crítica». Tengo entendido que la Ley Nacional de Asistencia en la Búsqueda de Menores de 1990 establece que…

—¿Nombre?

—¿Perdón?

—Nombre de su hijo. ¿Cuál es?

—Ah. Benjamin Oh.

—¿Benjamin o qué?

—No. Oh, agente. Sin más. Se apellida Oh.

—Deletréemelo —dijo el agente.

Annabelle lo hizo. Le dio la fecha de nacimiento de Benny, su estatura y su peso. Hizo una breve reconstrucción de los hechos que lo llevaron a irse. Omitió los imanes de la nevera.

Describió cómo iba vestido y su aspecto físico.

—Es un niño guapísimo, agente. De raza mestiza, mitad asiático, con piel aceitunada y pelo castaño heredados de su padre y nariz pecosa y algunos rizos que son míos. Su padre tenía el pelo totalmente liso. Es japonés. Y coreano. Está muerto.

—¿Algún rasgo físico o de habla especial?

—Bueno, es menudo para su edad. Es adolescente, pero todavía no ha dado el estirón. Aunque tiene unos cuantos granos en la barbilla y la frente.

Cayó en la cuenta de que los granos no tenían nada de especial, pero que precisamente por eso la reconfortaban. Le dio al agente el nombre de la doctora Melanie y un resumen del diagnóstico de Benny.

—¿Puede su hijo haber ido a su doctora o a una trabajadora social o un grupo de apoyo en busca de ayuda?

—No. Imposible.

—¿Sabe dónde puede haber ido?

Pensó en la Biblioteca, pero estaba cerrada. Pensó en el callejón y en las *drag queen* con sus minifaldas de barras y estrellas.

—No.

—¿Tiene amigos o familiares? ¿Alguien con quien pueda estar?

Annabelle pensó en Mackson y en la chica del pato de goma.

—No lo sé —dijo. Le pareció oír suspirar al agente Hooley

—. Lo siento.

—¿Puede darme el nombre y el teléfono de su dentista?

—¿Su dentista? Pero si tiene los dientes bien, agente. Se los cepilla todos los días y en su última revisión el dentista dijo incluso… — Entonces comprendió—. ¡Ah!

El agente Hooley percibió su alarma y su tono se suavizó.

—Es el protocolo, señora. Guardamos esa información en nuestros archivos. No se preocupe.

Habría sido más fácil si hubiera seguido siendo un capullo meticuloso. A Annabelle le costó controlar el temblor en su voz cuando le preguntó si tenía una fotografía reciente de Benny. Quedó en enviar una, apuntó la dirección de correo electrónico del agente y le dio las gracias. Se acordó de apuntar su número de placa, el número de la denuncia y de comprobar cómo se escribía su nombre. Colgó y volvió a sentarse en la silla.

Fotos. Necesitaba fotos recientes. Había muchas de Benny de bebé, de meses, de pequeño. Fotografías en papel de ella cogiéndolo en brazos y de los tres en Disneyland y en la playa más cerca de casa. A medida que pasaban los años, las fotografías mermaban y después de morir Kenji había menos todavía. Él había sido el fotógrafo de la familia. Annabelle trató de recordar la última fotografía que le había hecho a Benny. Eran muy pocas las ocasiones festivas en sus vidas últimamente, pero entonces recordó la graduación. Buscó en su teléfono y allí estaba, posando en la cocina con el birrete y la borla colgándole sobre un ojo, sosteniendo su diploma y el *beagle* de peluche. La pancarta de graduación colgaba torcida encima de su cabeza. Benny tenía la vista fija en algún punto detrás de Annabelle. ¿Qué sentía? Desde luego no parecía contento. ¿Cómo pudo no darse cuenta? Se había dejado llevar por su necesidad de hacer especial ese día. Menuda tonta.

Claro que estaba tan estresada… Tan cansada de vivir preocupada… Solo había querido que Benny fuera feliz.

Quería que fuera feliz para poder dejar de preocuparse.

Se frotó los ojos y miró de nuevo la fotografía. Era un buen retrato. La envió por correo electrónico a la comisaría y luego

subió a la habitación de Benny a buscar su teléfono. Quizá tenía otras fotos, selfis o incluso fotografías de amigos. Como siempre, el cuarto era un oasis de pulcritud, con la cama perfectamente hecha y la mesa despejada. Los libros estaban en el estante, ordenados por tamaño, junto al patito de goma, el globo lunar y la caja con las cenizas de Kenji. A Kenji le habría gustado estar al lado de la luna. O, mejor aún, en la luna. La luna gris, cubierta de un polvo espeso y suave. Sacó el móvil de Benji de su mochila, pero estaba bloqueado y no se sabía el pin. Se sentó en la cama, miró a su alrededor y empezó a escribir números. Escribió 5862 para LUNA. Nada.

Probó con 6345 para NEIL y luego 2899 para BUZZ. Se le había olvidado el nombre del tercer astronauta, el que no llegó a pisar la

Luna, así que probó con 6283 para NAVE. No tenía esperanzas reales de dar con el pin así —tenía las probabilidades de adivinarlo en contra —, pero, cuando escribió 5299 para JAZZ, el teléfono se desbloqueó y apareció la pantalla de inicio.

Le temblaban las manos cuando empezó a bajar por la lista de llamadas y mensajes recientes. La mayoría eran a ella, pero había un segundo número que aparecía con cierta frecuencia, de alguien o algo llamado Aleph. ¿Qué era un Aleph? Bajó el teléfono al Centro de Control e hizo una búsqueda. Aleph era la primera letra del sistema de escritura hebrea y se usaba en matemáticas para representar el valor cardinal de los conjuntos infinitos. Procedía de un jeroglífico egipcio antiguo que representaba un buey. Aquello no tenía ni pies ni cabeza.

¿Andaba metido Benny en alguna secta?

Entontes, debido a que Annabelle era cuidadosa y su formación de bibliotecaria la había enseñado a fijarse en los detalles, escribió «El» delante de «aleph» e hizo una nueva búsqueda. Esta vez fue recompensada con una lista de páginas con información sobre un cuento titulado «El Aleph», escrito en 1945 por un autor argentino llamado Jorge Luis Borges.

Annabelle nunca había oído hablar de él, pero encontró un PDF del cuento y lo empezó a leer en línea.

El cuento era sobre un hombre también llamado Borges y su amistad poco entusiasta con un poeta grandilocuente que estaba escribiendo un poema titulado «La Tierra», en el que

«proponía versificar toda la redondez del planeta». Un día Borges recibía una llamada de teléfono del poeta, quien le dijo,

«agitadísimo», que los avariciosos propietarios de su casa iban a demolerla porque querían ampliar el «salón-bar» contiguo.

Era un desastre, le dijo el poeta a Borges. No podía mudarse de aquella casa porque en el sótano, debajo del comedor, había un Aleph, que necesitaba para terminar su poema. Borges no sabía qué era un Aleph, de modo que el poeta se lo explicó. Un Aleph, dijo, «es el lugar donde están […] todos los lugares del orbe». A estas alturas ya intrigado, Borges fue a la casa. Bajó detrás del poeta las estrechas escaleras del sótano y, una vez allí, recibió instrucciones de tumbarse en una bolsa de lona que el poeta extendió en el suelo. Entonces el poeta se fue, cerró la trampilla y dejó a Borges en una oscuridad total.

Borges se inquietó cada vez más. ¿Era el poeta un loco?

¿Corría peligro su vida? Cerró los ojos, convencido de que estaba a punto de morir, pero cuando los abrió, en un rincón de un escalón, vio un punto de luz del tamaño de una pelota de golf.

Aquí, a Borges parecían faltarle las palabras cuando trataba de describir una visión que rebasaba los límites mismos del lenguaje. El Aleph era «una pequeña esfera tornasolada, de casi intolerable fulgor». Parecía «giratoria», pero en realidad esto era una «ilusión producida por los vertiginosos espectáculos que encerraba». A continuación Borges intentaba enumerar las cosas maravillosas y fantásticas reflejadas y refractadas y que giraban en el interior del Aleph: «El espacio cósmico estaba ahí, sin disminución de tamaño. Cada cosa

[…] era infinitas cosas, porque yo claramente la veía desde todos los puntos del universo».

Llegados a este punto, Annabelle se rindió. Aquello parecía un colocón de ácido. ¿Era Aleph el nombre de alguna droga de la calle? ¿Se drogaba Benny? No entendía cómo podía un

punto en el espacio contener todos los puntos ni sabía qué relación podía guardar eso con Benny. Desbloqueó de nuevo el teléfono y marcó el número de Aleph.

43

Aleph estaba enfadada.

—¿Qué coño hacías en el Taller de Encuadernación?

Estaban otra vez en el cuarto de baño del personal. Benny estaba sentado en el váter y tenía a Aleph arrodillada en el suelo a su lado, intentando cerrarle el tajo de la mano con unas suturas adhesivas que Mackson había encontrado en el botiquín. Pero era una herida difícil. La cuchilla le había cortado la membrana entre el pulgar y el dedo índice y las suturas no se pegaban. Aleph se apartó el pelo de los ojos.

—Te mandó Slavoj, ¿a que sí?

No era una verdadera pregunta. Hablaba del Botellero como si no estuviera allí, a pesar de que este se había levantado de su silla de ruedas y estaba a la entrada del baño, asomando la cabeza detrás del hombro de Mackson.

—Estaba intentando escribir una historia —dijo Benny—.

Necesitábamos más papel.

—Debería haber ido él.

Benny hizo una mueca de dolor cuando Aleph le cerró la herida con los dedos y lo intentó otra vez.

—No podía. Dijo que el Taller de Encuadernación era demasiado poderoso.

—¿Y eso por qué? —preguntó Mackson.

Tenía las manos apoyadas con suavidad en los hombros de Aleph. A Benny no le gustó la manera en que la tocaba, en que le masajeaba suavemente para ayudarla a relajarse.

—Porque es un poeta.

Aleph bufó.

—Lo que quería era asustarte, Benny. Ponerte la zancadilla.

—Levantó la voz—. ¿A que sí, Slavoj? —dijo girando la cabeza.

El Botellero se sentó en su silla de ruedas.

—Yo precisamente no soy de poner zancadillas.

—Vale, no ha sido la expresión más acertada —dijo Aleph

—, pero eso no quita que haya sido una estupidez.

Mackson y ella habían vuelto a la Biblioteca con una mochila llena de comida que habían rescatado de los contenedores y vieron la sangre en el suelo de Procesamiento de Libros. Siguieron las gotas rojo brillante hasta el aseo del personal, donde encontraron al Botellero dando vodka a Benny para mitigar el dolor mientras trataba de vendarle la mano.

Aleph lo echó de allí, tiró el vodka por el lavabo y tomó las riendas. Ahora, satisfecha con las últimas suturas, cogió un rollo de gasa y empezó a vendar la mano.

—No puedo mover el pulgar —dijo Benny.

—De eso se trata. Es increíble que no te hayas quedado sin pulgar. Tienes una raja que te atraviesa toda la membrana entre los dedos. ¿Con qué te has cortado?

—Ha sido la vieja Quintilio Vaggelli —dijo Slavoj—. La guillotina de mesa con cuchilla diamantina.

Aleph meneó la cabeza.

—Va a tardar la hostia en cerrarse. Seguramente necesitarás puntos, pero de momento esto servirá. ¿Qué tal la cabeza?

—Me duele.

—Tómate un Advil. La costilla ¿qué tal?

Benny se abrazó.

—También me duele.

Aleph encontró un trapo viejo en la cocina, lo rasgó en dos y lo ató alrededor del cuello de Benny a modo de cabestrillo.

Cuando terminó, se puso de pie y se desperezó. Mackson le pasó un brazo por los hombros y juntos observaron al chico.

Tenía una venda en la frente y ahora la mano también vendada y en el cabestrillo improvisado.

—Tío, se te ve de puta pena —dijo Mackson.

—Gracias —dijo Benny.

—Dices eso porque no has visto cómo ha quedado el Taller de Encuadernación —dijo Slavoj.

Benny se sentía débil. Cerró los ojos. Recuerdos de las visiones que había tenido aparecieron igual que fantasmas.

Recordó la voz y se estremeció. El Botellero seguía hablando.

—… igual que la escena de un crimen. La sangre en todo ese bonito papel blanco…

Tragó con fuerza y dio una bocanada de aire.

—… he llamado a los chicos de Liubliana parra que la limpien —decía

el Botellero.

Benny se dobló hacia delante y apoyó la cabeza en las rodillas. Aleph se inclinó y, con suavidad, le puso la mano ahuecada en la nuca.

—¿Benny? —Su aliento le hizo cosquillas en la oreja. Qué cerca estaba —. ¿Qué pasa?

—He visto cosas —susurró. No quería que Mackson lo oyera.

—¿Qué has visto?

—Nunca veo cosas, pero ahora sí. Palabras, flotando.

Luego oí una voz…

Entonces la miró. Su hermosa cara estaba a centímetros de él. Quiso contárselo. Quería que lo supiera. Trató de mantener la mente abierta, pero la voz débil y esperanzada que había oído en el Taller de Encuadernación había desaparecido, dejándolo con una sensación de vacío dentro, como si hubiera perdido algo valioso.

—Nada —dijo, y bajó de nuevo la cabeza—. No ha sido nada —repitió, y le sorprendió comprobar que estaba llorando.

—Será mejor que lo llevemos a casa —la oyó decir. Justo en ese momento el teléfono de Aleph empezó a sonar. Se lo sacó del bolsillo y contestó—: Qué hay…

44

—¡Huy! —dijo Annabelle sorprendida de que alguien contestara el teléfono a aquellas horas de la noche. La voz era juvenil, de mujer, y le resultaba familiar—. Espero no haberte despertado. Estoy buscando…, ¿eres Aleph?

Hubo silencio al otro lado de la línea.

—No sé si lo estoy pronunciando bien. ¿Elf? ¿Alif? ¿Alep?

—¿Quién lo pregunta?

—No me conoces, pero me llamo Annabelle Oh. Soy la madre de Benny Oh. He sacado tu número del móvil de mi hijo. No quería molestarte, pero es que Benny ha desaparecido y llamaba… Quería saber… ¿Lo has visto?

Annabelle cerró los ojos. Oyó un susurro como de animales pequeños. ¿Estaba siendo demasiado agresiva? La página web sobre menores que se escapaban de casa aconsejaba no mostrarse enfadado ni autoritario al contactar con amigos de los hijos. Temiendo que la chica colgara, añadió:

—A ver, no estás obligada a contarme nada, pero, si lo ves,

¿podrías decirle que no le va a pasar nada, pero que su madre está muy preocupada y solo quiere…?

Oyó la voz de la chica decir: «Será mejor que te pongas», y a continuación, una voz ahogada de fondo: «Mierda».

De nuevo silencio. Annabelle se pegó el teléfono a la oreja.

—¿Hola? —dijo—. ¿Me oyes? ¿Estás ahí?

—Sí.

Era Benny. Su voz, casi dentro de la oreja de Annabelle, sonaba conocida y querida, pero también extraña y distante.

—Ay, Benny, estaba preocupadísima. ¿Estás bien?

—Sí.

A su hijo le estaba cambiando la voz. Escondida en las profundidades había una voz de hombre esperando a salir.

Pero todavía no.

—¿Dónde estás? ¿Quieres que vaya a buscarte? Cojo un taxi. Solo dime…

Le pareció ver el gesto de impaciencia atravesando la cara de Benny, el surco formándose entre sus cejas. El suspiro lo oyó.

—Estoy bien. Pasando el rato con unos amigos.

Hablaba igual que Kenji.

—¿Qué amigos? —quiso saber Annabelle—. ¿Con quién estás?

—Con nadie. Oye, mamá, escucha. Tengo que colgar.

Volveré pronto. No te preocupes, ¿vale?

Pero ¿cómo no iba a preocuparse? Ya se había puesto de pie e ido a trompicones a la cocina, buscado su abrigo, sus zapatos, sin soltar el teléfono.

—Benny, espera. ¿Dónde estás? ¿Quién está contigo?

Puedo ir a buscarte. Cogeré un taxi. No vayas a ninguna parte,

¿me oyes? —Y a continuación, temiendo sonar enfadada y autoritaria, dijo—: Lo siento mucho, Benny. No pensé que estuvieras mintiendo y, aunque fuera así, no pasa nada. De verdad que no pasa absolutamente nada. Tú dime dónde…

Pero cuando encontró las llaves de casa debajo de un montón de correspondencia en la cocina, Benny ya había colgado.

Mantengan la calma, decía la página web. No culpen ni hagan sentir culpable a su hijo. No supliquen.

¿Debía volver a llamar? No. Había dicho que volvería a casa. Tendría que confiar en él. Miró los imanes mudos en la nevera y acto seguido subió las escaleras y entró otra vez en el cuarto de Benny. Cogió la caja con las cenizas de Kenji del estante y la llevó al cuarto de baño. Se sentó en el borde de la bañera, levantó la tapa del váter y abrió la caja. Dentro había una gruesa bolsa de plástico, como esas reforzadas que se usan para congelación, con un cierre de alambre plastificado. Lo abrió y miró su contenido.

—Caray, Kenji.

Hundió los dedos en la abertura de la bolsa y cogió un puñado pequeño de cenizas.

—Estoy enfadadísima contigo —dijo—. ¿Lo sabías? Tenías un hijo precioso. Tenías una mujer que no estaba mal. Sé que no soy gran cosa, pero éramos bastante felices, ¿o no? Y lo prometiste. Dijiste que lo dejarías. Que pedirías ayuda.

Estudió el montoncito de cenizas en la palma de su mano.

Las cenizas eran de color blanco grisáceo, granuladas como el polvo lunar, con trocitos de hueso mezclados. Sostuvo con cuidado la mano ahuecada encima de la taza del váter.

—Necesito que me pidas perdón. Necesito oírlo.

Esperó. Un reguero de ceniza se escurrió por entre sus dedos y cayó a la superficie del agua, donde flotó.

—Lo digo en serio.

Separó los dedos y cayeron más cenizas, que formaron una película delgada y pálida que empezó a extenderse. Sintió frío.

Se sentía tan fría e inerte como la luna. Entonces cambió de opinión y cerró el puño.

—Olvídalo —dijo—. Es demasiado tarde. Me da igual si lo sientes o no. Estás muerto. —Devolvió las cenizas a la caja—.

Tirarte por el váter es demasiado fácil. Te necesito aquí.

Tapó la caja, se lavó las manos en el lavabo y se sonó la nariz con un trozo de papel higiénico que después tiró al váter.

Quedó flotando encima de la película de cenizas. Tiró de la cadena y lo miró desaparecer.

—Qué manera tan tonta de morir.

Devolvió la caja a la estantería de Benny y fue a su habitación. *Magia ordenada* estaba abierto en la mesilla de noche, así que se subió a la cama, se recostó y empezó a leer.

El capítulo se titulaba «Ordenar es amor», y cuando lo terminó bajó el libro al Centro de Control, inició sesión en su ordenador y abrió el correo.

«Estimada señora Aikon —escribió—: Esta es la tercera carta de admiradora que intento escribirle, porque siempre me acobardo y las borro antes de enviarlas. Pero esta noche necesito alguien con quien hablar y usted parece una persona agradable. Además, es monja zen, que es como una sacerdotisa, ¿no? Así que quizá es buena idea contarle mis problemas…»

Hizo una pausa para estudiar la fotografía de la autora en la contraportada del libro. Aikon tenía una cara amable. Eran tantas las cosas que quería decir Annabelle, pero ¿de qué serviría ponerlas todas en un correo electrónico? Los escritores famosos nunca leían las cartas de sus admiradores y ponerlo todo por escrito le parecía agotador y fútil. Tenía que actuar.

Le dio a Borrar y volvió a su habitación. Empezando por el vestidor, fue poniendo su ropa en la cama hasta que hubo una gran montaña de calcetines, bragas, sujetadores, camisetas, pantalones, sudaderas y jerséis encima del colchón. Luego encontró una bolsa de basura parcialmente vacía y empezó a desechar furiosamente.

MAGIA ORDENADA

Capítulo 2

¡Ordenar es amor!

Cuando me fui a vivir con el viejo sacerdote, estaba bastante enfermo, y su diminuto templo, decrépito y deteriorado. Tengo que reconocer que mi decepción fue terrible. Había esperado vivir en un elegante templo zen,

con tatamis nuevecitos, suelos de madera relucientes, hermosos pergaminos, estatuas espléndidas y un jardín apacible. ¿Cómo no iba a iluminarme en un entorno tan celestial?

¿Y cómo iba a hacerlo en aquel lugar? El templo había caído en el más completo abandono. Las tejas estaban rotas y las paredes se desmoronaban. En el minúsculo jardín ahogado en maleza, una maraña de tendederos estaban llenos de ropa interior de estudiantes que se alojaban allí y cuyos alquileres proporcionaban al templo unos exiguos ingresos. Dentro de las habitaciones, los tatamis estaban viejos y reblandecidos, y la madera, sin lustre. Los altares y las estatuas estaban cubiertos de telarañas ¡y había trastos por todas partes! ¿Para eso había renunciado yo a las comodidades de mi vida? ¿Para vivir en un cuartucho de mala muerte en un templo decrépito y hacer de enfermera y criada de un moribundo?

Mi decepción debió de ser evidente, porque durante nuestra entrevista el viejo sacerdote se mostró compungido. Estábamos sentados en unos cojines en su estudio, en las dependencias del abad. Detrás de él, una estatua polvorienta de Guan Yin, el bodhisattva de la compasión, nos observaba desde el altar con sus once cabezas y mil brazos. El cuerpo del viejo sacerdote se dobló igual que un caqui podrido cuando paseó la vista con tristeza por la habitación. Tenía la cara enflaquecida y los pómulos cubiertos de una incipiente barba canosa.

—Lo siento mucho —dijo—. Estoy seguro de que no esperabas esto. Una monja joven y atractiva como tú preferiría formarse en un templo zen más elegante, con hermosos pergaminos y estatuas espléndidas y un jardín apacible, no en este lugar triste y decrépito, cuidando de un

viejo enfermo como yo.

Ni siquiera me había mirado y, sin embargo, parecía saber exactamente lo que yo pensaba. Me sentí avergonzada porque me hubiera leído el pensamiento y quise llevarle la contraria, pero seguía hablando.

—Verás —decía—. Tenía la esperanza de que me enviaran un monje joven y fuerte que pudiera ocuparse del jardín y de las reparaciones del edificio. Un monje joven y listo con conocimientos de economía e ideas frescas para recaudar dinero, que atrajera nuevos mecenas y feligreses y pudiera sucederme y ser el abad cuando yo muera.

Suspiró.

—Pero claro —añadió en voz suave—, eso es mucho pedir a una jovencita como tú.

Recuerdo ese momento como si fuera hoy. Yo estaba arrodillada delante de él. Se me tensó la columna y me sonrojé. Rebosante de orgullo herido, casi grité: «¡Hojo-san, puede que yo no sea más que una monja, pero soy fuerte y capaz! Limpiaré tu templo y me encargaré de las reparaciones. Tengo formación en negocios y pensaré en ideas para

generar ingresos y atraer nuevos feligreses. Aprenderé a cuidar del jardín y también cuidaré de ti. ¡Por favor, dame una oportunidad!».

Me incliné hasta tocar el suelo con la frente y, cuando me enderecé, vi brillar sus ojos, que me observaban desde debajo de sus desordenadas cejas, y un pequeñísimo atisbo de sonrisa.

Espoleada por mi amor propio, limpié hasta el último centímetro del pequeño templo, lavé y remendé las viejas túnicas de mi maestro. Quité el polvo a los altares y a cada una de las once cabezas y mil brazos de Guan Yin, encontré trabajadores que arreglaran las tejas sueltas y la escayola de las paredes. Cambié los tatamis reblandecidos y pulí los suelos de madera hasta que brillaron.

Descubrí que cuanto más trabajaba, más me importaban el viejo templo y también mi maestro, pero, por desgracia, a medida que mejoraban las condiciones del primero, la salud del segundo iba a peor. Se estaba muriendo y yo no podía hacer nada. En última instancia le había fallado. La situación económica era peor que antes. Las reparaciones costaban dinero, que no teníamos, y yo no había hecho nada por atraer nuevos clientes ni aumentar los miembros de la

congregación. Los monjes novicios reciben el nombre de *unsui*, nube y agua, porque fluyen y se adaptan, sin quedarse en un sitio. Yo no era más que una *unsui* sin experiencia. ¿Cómo iba a salvar el templo? No tenía destrezas, excepto las aprendidas durante mis años en el sector de las publicaciones de moda, que no me servían de nada en el templo. Mi única habilidad práctica era limpiar y ordenar cosas.

La situación parecía desesperada y la preocupación me quitaba el sueño. Pero entonces, una noche, me vino una idea que fue como una repentina iluminación. Me puse tan nerviosa que apenas pude dormir y por la mañana fui a ver a mi maestro. Para entonces estaba muy débil, pero no faltaba a un solo servicio religioso ni a un *zazen*. Después le llevé té y le pregunté si podía hablar con él. Por mi tono de voz debió de presentir que se trataba de algo importante, así que hizo un esfuerzo por seguir sentado en lugar de volver a tumbarse.

«No lo entretendré mucho rato», dije, y le expliqué mi idea. Le expliqué cómo, a pesar de mi decepción inicial, había tomado cariño al pequeño templo y que ese amor había surgido sencillamente de limpiarlo y cuidarlo, centímetro a centímetro. Cómo había aprendido a amar a Guan Yin solo quitándole el polvo cada día, de manera que ahora apreciaba su bondad y su gracia y su infinita compasión.

Cómo sacar brillo a los suelos me había proporcionado una sensación de profunda conexión con los edificios del templo y también con los árboles que dan su madera para la tarima, y con los monjes que los habían fregado durante siglos antes de llegar yo.

Cómo quitar maleza y arrancar el musgo del jardín me había ayudado a entender que lo importante no es terminar una tarea, sino simplemente hacerla, a conciencia.

Hacer cosas me conecta con este momento, esta maleza, este trozo de musgo. Este momento de la vida real. No soy un ente separado de este momento, de los tablones del suelo, de los árboles, de los monjes o de las malas hierbas. Y la maleza vuelve a crecer y eso también está bien.

No es mucho, dije, pero quizá podría escribir un librito sobre este método zen de ordenar. Y quizá haya personas que lo compren y lo lean, y el libro las ayudará y quizá proporcione algo de dinero al templo. Sabía que no eran revelaciones zen grandes y profundas, solo pequeñas lecciones, pero sentía que podía comunicarlas a los demás porque creía en ellas con toda mi alma y sabía que eran ciertas.

Limpiar es una forma de compasión.

Deshierbar es practicar la fe.

¡Ordenar es amor!

El Libro

45

Dejaron a Slavoj delante de Gospel Mission y acompañaron a Benny hasta su casa por el callejón a la pálida luz del amanecer. Cuando pasaron junto al lugar en el que había muerto Kenji, Benny lo esquivó con cuidado, pero los otros no parecieron darse cuenta. Aleph y Mackson hablaban en voz baja sobre la reunión a la que habían asistido antes, pero a Benny no le interesaba. Le dolía la cabeza. Le dolía la mano.

Le dolían las costillas. No quería que vieran el vertedero en que vivía ni que se encontraran con su madre. Cuando llegaron a la verja trasera se detuvo, con la esperanza de que se fueran, pero empujaron la cancela y apartaron la basura como si ya supieran que estaba allí. Una enorme rata negra salió corriendo de los cubos rebosantes de basura y desapareció debajo de la casa.

«Rattus rattus», dijo Mackson, y Benny vio cómo se miraban Aleph y él. Subió las escaleras hasta el porche trasero y, cuando se volvió para despedirse, vio que estaban muy juntos, apoyados el uno en el otro. Empujó la puerta, que se cerró de golpe detrás de él.

La luz del techo de la cocina estaba encendida. La apagó y fue hasta el salón en penumbra. Las luces led parpadeantes del Centro de Control parecían la pista de aterrizaje de un aeropuerto por la noche. Subió las escaleras tratando de no chocar con nada ni hacer ruido. Cuando pasó delante del cuarto de su madre, la vio dormida en la cama con *Magia ordenada* abierto boca abajo en el estómago. A su lado había una montaña gigante de ropa. Los cajones de la cómoda estaban vacíos y apilados en el suelo, a excepción de uno, a los pies de la cama, que Annabelle había empezado a llenar con calcetines. Benny siguió hasta su habitación y dio la luz.

¡Peligro! Había algo distinto. Su mochila estaba encima de la

cama, y su teléfono, en la mesa. Su madre había estado en su cuarto. Hizo una rápida inspección perimetral y miró en el armario por si su madre había guardado algo allí, pero no había nada. También la estantería, con el globo, sus libros y la caja con las cenizas, parecía estar exactamente como la había dejado. Bien. Pero aun así, algo

había cambiado.

—¿Papá?

No hubo respuesta. Tampoco es que esperara una. Llevaba mucho tiempo sin oír la voz de su padre. Quizá es que no escuchaba con la atención suficiente. Quizá debía esforzarse más. Cogió la caja de las cenizas.

—Papá, ¿me oyes?

La caja parecía más ligera, como si hubiera un poquito menos de su padre dentro. Pero ¿cómo podía ser eso?

—Oye, papá, ¿sabes qué? Esta noche me he colocado. Ha sido mi primera vez. Fumé hierba con los tipos del parque ese al que tú me llevabas. Fue raro y al principio bastante genial, pero luego me dio mal rollo.

Su padre no contestó.

—Había un tipo que pensó que lo estaba atacando y me pegó con un bate de béisbol, pero no te preocupes, estoy bien.

Después de eso fui a la Biblioteca y estuve con mis amigos.

Una es artista, y el otro, poeta. Los dos molan bastante. Creo que te caerían bien.

Seguía sin haber respuesta. Benny quería hablarle a su padre de Aleph, lo guapa que estaba cuando se inclinó sobre su mano para vendarle la herida. Cómo se le había acelerado el corazón cuando le tocó la costilla magullada. Quería preguntarle a su padre qué tenías que hacer cuando pensabas que igual te habías enamorado de una chica, pero no sabía cómo hablar de una cosa así y además su padre estaba muerto.

—Esta noche también he escrito una historia. Era una tontería, pero el hombre B dijo que estaba bien. Es el poeta. Y

luego se me ocurrió otra historia que voy a escribir y que trata sobre ti.

La caja siguió sin responder. Lo normal, pero ¿por qué pesaba menos? Se la puso en una mano, hizo girar el globo y aterrizó en Lacus Somniorun. Era el lugar lunar preferido de Kenji, y Benny tuvo una

repentina visión de las cenizas de su padre flotando despacio en una nube en espiral de partículas en suspensión, transmigrando a la superficie lunar y aterrizando en el Lago de los Sueños. Las cenizas se marchaban de la Tierra, dejando a su hijo.

Típico.

Devolvió la caja a la estantería, entre el globo y el pato de goma, y a continuación se metió en la cama y se hizo un ovillo apretado, abrazándose las costillas, y así fue como lo encontró su madre cuando se despertó poco después.

Se había hecho daño. Tenía una gasa blanca cuadrada fijada en la frente con esparadrapo y un vendaje manchado de sangre alrededor de la mano.

—¿Benny? —dijo inclinándose sobre él—. ¡Benny, despierta!

Benny gimió y le dio la espalda.

Annabelle lo cogió por los hombros.

—Benny, tienes que despertarte.

Benny abrió los ojos, desorientado.

—Benny, mírame. ¿Qué te ha pasado?

Benny la vio y se sintió menos desorientado. Apartó la vista.

—Estoy bien.

—No estás bien. Estás herido. En la cabeza, en la mano. —

Annabelle le tocó la muñeca, la venda—. Ay, Dios mío, pero

¿qué ha pasado?

Benny la apartó.

—Mamá, estoy bien. De verdad. Solo necesito dormir.

Annabelle respiró hondo. ¿Y si tenía conmoción cerebral?

¿No era peligroso dejar dormir a alguien con una conmoción?

¿O era una leyenda urbana? No conseguía recordar.

—Vale —dijo tocando el extremo de la gasa en la frente de Benny—. Descansa. Voy a llamar a un taxi.

De camino al hospital, Benny se negó a contarle lo ocurrido. También se negó a decírselo a la enfermera de admisión en urgencias, insistiendo en que se había tropezado y caído. Se negó a dejar que Annabelle estuviera presente mientras el médico lo examinaba y le daba puntos en la mano, y mientras esperaba fuera, Annabelle llamó a la doctora Melanie. Dejó un mensaje pidiendo una cita urgente. Llamó a la policía y les dijo que su hijo había vuelto a casa. ¿Qué más?

Estaba intentando ser responsable. Concienzuda. Como si eso pudiera ayudar a su hijo a curarse y a encontrarse mejor. Miró el reloj de pared. El instituto estaba a punto de empezar, así que llamó para decirles que Benny iba a faltar y la pusieron en espera. Estaba intentando pensar qué iba a decir —Benny no se encuentra bien, ha tenido un accidente, está acatarrado—

cuando se puso la directora.

—Ah, señora Slater, perdone. No era mi intención molestarla. Solo quería comunicar que Benny no se encuentra bien y hoy no irá a clase…

Hubo un silencio al otro lado de la línea. En el pasillo, en el control de enfermería, un sintecho discutía con la enfermera.

Fuera, Annabelle oyó la sirena de una ambulancia que se acercaba. La directora carraspeó.

—Señora Oh —dijo despacio—, no entiendo muy bien qué está pasando, pero parece que no está usted al tanto de que Benny lleva casi un mes sin venir a clase.

Parte tres

Perdidos en el espacio

Las ideas son a los objetos lo que las constelaciones a las estrellas.

WALTER BENJAMIN,

El origen del Trauerspiel alemán

El Libro

46

¡Peligro! ¡Peligro!

El robot hablaba por los altavoces de sonido metálico del portátil.

¡Peligro, Will Robinson!

Benny dio a Pausa.

—Papá, ¿tú sabes qué clase de robot es ese? Porque yo sí.

Estaban sentados en el sofá del cuarto de estar, con el ordenador de Kenji apoyado en las rodillas de los dos.

Annabelle estaba en la oficina. Benny tenía catarro y había faltado al colegio. Tenía siete años. Casi se había convertido en un experto en *Perdidos en el espacio* desde que su padre lo aficionó a la serie de televisión. Le gustaba saber más que su padre sobre algo. ¿A qué niño no?

—¿Es un robot hecho con latas de conservas? —preguntó Kenji. Bebía cerveza de una taza de café. Dio un sorbo.

—No.

—¿Es un robot cubo de basura?

—¡No! ¡Claro que no!

—Hum —dijo Kenji—. Entonces, no lo sé. Dímelo tú.

—Es un Robot de Control Ambiental no Teorizante de Utilidad General B-9 Clase M-3 —dijo Benny pronunciando el nombre como si fuera algo obvio, que sabía todo el mundo, pero sin poder disimular del todo su orgullo por saberlo.

Cuando le dio al Play, el robot empezó a agitar sus brazos estriados y retráctiles.

¡Atención! ¡Atención! No computa. No computa. No puedo admitir ese

procedimiento.

—¿Papá?

—Dime, Benny.

—He leído en un sitio web que empezaron a hacer *Perdidos en el espacio* en 1965.

—¿De verdad?

—Bueno, eso decía el sitio web. La pusieron por la tele entre 1965 y 1968.

—Vale, te creo.

—Pero se supone que la serie pasa en el futuro, ¿no? Se supone que era 1997 y había demasiada gente aquí, en la Tierra, así que los Robinson se marchaban en el *Space Station One*.

—Sí. Querían buscar un planeta nuevo para vivir.

—Ya lo sé. Pero no tiene sentido. 1997 no es el futuro. Es el pasado. En 1997 yo ni había nacido…

—Era el futuro para la gente de 1965.

—¡Ya lo sé! —dijo Benny con impaciencia—. ¡Es lo que he dicho! Pero, si 1997 era el futuro, entonces ahora es todavía más futuro, ¿no? ¡Ahora ya es 2009!

Kenji dio un trago de cerveza.

—Entonces, ¿cuál es tu pregunta, Benny?

—Si ahora es el futuro, ¿por qué no hay misiones espaciales? ¿O cohetes con astronautas volando en ellos a otros planetas?

—Hum —dijo Kenji—. Buena pregunta.

—Porque antes por lo menos había misiones a la Luna,

¿no?

—Sí.

—¿Y qué pasó? ¿Por qué pararon?

—Igual es que el tiempo va hacia atrás.

Benny puso los ojos en blanco.

—Eso es una tontería.

—¿Quizá ya no hay necesidad de enviar más misiones?

Costó un montón de dinero ir a la Luna y, total, para nada…

En la Luna no hay nada. Nada que llevarse. Nada que vender.

Nada que matar y comerse. En la Luna ya está todo muerto, y si no es para ganar un montón de dinero, ¿qué sentido tiene?

Mejor hacer guerras y matarse los unos a los otros aquí en la Tierra. —Kenji levantó los brazos como si sostuviera un rifle de asalto automático y simuló rociar el cuarto de estar con una andanada—. Ratatatá… —dijo.

Benny se hundió más en los cojines y se mordisqueó el nudillo.

—Eso es una tontería.

—Sí. —Kenji dejó de disparar, le pasó un brazo por los hombros y le dio un apretón—. Matar es una tontería. Mejor seguir vivo.

El niño relajó su cuerpo contra el suyo y jugó con los dedos de su padre. Olían al porro que acababa de extinguirse, dulces y a humo.

—Papá.

—Dime, Benny.

—Cuando tú eras pequeño, ¿estabas vivo cuando los astronautas pisaron la Luna?

—¡Pues claro! Tenía tu edad. Seis años.

—¡Yo tengo siete!

—Vale, pues yo tenía seis. Era 1969 y era un niño pequeño y estaba preocupado porque en Japón tenemos un cuento infantil sobre un conejo que vive en la Luna y me daba miedo que ese astronauta americano gigante hiciera daño al conejo de la Luna. ¡Pero todos me dijeron: no te preocupes! El

astronauta americano es muy bueno. ¡No hará daño a ningún conejo de la Luna! Pero yo me preocupé igual.

—Pero no pasó nada, ¿no?

—No pasó nada. Lo vimos en el televisor viejo en blanco y negro porque en aquella época no teníamos internets. Entonces vemos al primer astronauta, el señor Neil Armstrong, bajar la escalerilla a la Luna y decir unas palabras famosas: «Un pequeño paso para un hombre. Un salto grande para todos los demás» o algo así. ¿Te sabes esas palabras? Son muy famosas.

Entonces decido hacerme astronauta yo también.

—¿En serio?

Kenji asintió con la cabeza.

—Mi sueño era hacer misión lunar. Pasear por la Luna.

—¿Y por qué no lo hiciste? Los astronautas todavía hacían esas cosas en aquella época…

—En Japón no teníamos astronautas aún. Así que practico el clarinete y abandono mi sueño para ir al espacio exterior.

—¿Por el clarinete?

—Por la música. —Kenji cerró los ojos y recostó la cabeza en los cojines. Benny esperó mientras veía una leve sonrisa atravesar el rostro de su padre, como si estuviera escuchando algo agradable y lejano. A veces Kenji hacía eso, se ausentaba, y Benny tenía que darle un codazo y decir: «Tierra llamando a papá. Tierra llamando a papá. ¿Me recibes?» para que volviera. Pero esta vez no hizo falta porque Kenji suspiró y empezó a hablar—. La música es como el espacio exterior, Benny. No hace falta volar a otro sitio. Todo es hermoso aquí mismo.

Pero Benny no estaba convencido. Frunció el ceño.

—Hay un niño en el colegio que dice que su padre dice que lo de la Luna es mentira.

—No —dijo Kenji negando con la cabeza y enderezándose

—. Ese papá se equivoca. Fue real. —Se puso el ordenador en el regazo, hizo una búsqueda rápida y le dio al play. Era una grabación

de la NASA de la misión lunar *Apolo 11*. Miraron la silueta espectral de Armstrong en su traje espacial blanco bajar despacio la escalerilla del módulo de alunizaje y pasar del último peldaño a la superficie de la Luna.

—Se ve borroso —dijo Benny—. No parece real.

—Ssh. Escucha.

Entre los pitidos y el ruido estático oyeron las palabras entrecortadas: «Un pequeño paso para el hombre, un salto gigante para la humanidad».

—¿Lo ves? —dijo Kenji.

Miraron a Armstrong alejarse despacio del módulo de alunizaje e informar del estado de los puntales, el fino polvo bajo sus botas, la primera pisada humana en la superficie de la Luna, y a continuación bajó Aldrin. Instalaron las cámaras, pusieron la placa conmemorativa y la bandera de Estados Unidos. Despacio, aprendieron a ser cuerpos sobre la Luna, a caminar, a girarse, a mantener el equilibrio y a inclinarse, y no pasó mucho tiempo antes de que estuvieran dando saltos por la polvorienta superficie, con el tirón de la gravedad lunar lo bastante potente para mantenerlos erguidos, sujetos y evitar que salieran flotando.

—Vale, mola mucho —dijo Benny de mala gana—. Me gustaría ser astronauta. Me gustaría pisar la Luna.

—A mí también, pequeño Benny. A mí también.

Benny

¡Me acuerdo de eso! Un par de días después mi padre volvió a casa con una caja de cartón enorme, y cuando la abrí, era el globo lunar. Estaba emocionado. ¡Mi propia luna! Dijo que la había encontrado en una tienda de antigüedades, y mi madre se enfadó con él y dijo que yo no era más que un niño y que no debía comprar antigüedades caras a un niño porque los niños no valoran cosas como esa y, además, no podían permitírsela.

Recuerdo que me hizo polvo oírlos discutir así porque me enamoré del globo en cuanto lo vi y no quería que mi madre me obligara a devolverlo.

Pero al nal no lo hizo. Y luego papá me compró un juego completo de

estrel as uorescentes, las pegó en el techo de mi habitación e hizo una constelación especial solo para nosotros que se l amaba Cheery Oh, como los cereales, y para entonces a mamá se le había pasado el enfado, así que aquel a noche apagamos las luces y nos apelotonamos los tres en mi cama a mirar cómo bril aba nuestra constelación en la oscuridad.

A veces nos sentábamos en mi cama con el globo lunar, leíamos todos los nombres de los cráteres de impacto y tenías que elegir uno en el que aterrizar. Mamá siempre elegía la Bahía del Rocío o la Bahía del Arcoíris y a papá le gustaba el Lago de los Sueños. Yo siempre elegía el Mar de los Vapores, que estaba cerca de la Bahía Ardiente, porque me sonaban bien los nombres, sobre todo después de buscarlos y aprenderme lo que signi caban. Ninguno elegíamos el Mar de la Tranquilidad ni el de las Tormentas porque otros astronautas ya habían alunizado en el os. Y

ninguno íbamos al lado oculto de la luna excepto papá, al menos no adrede. Pero a veces hacíamos girar la luna y entonces tenías que cerrar los ojos y poner el dedo para que dejara de girar, y donde hubiera caído el dedo era el sitio que te tocaba y tenías que inventarte una historia sobre él. Era un buen juego, pero entonces un día mamá cayó tres veces seguidas en el Mar de las Crisis y papá no hacía más que caer en sitios

pequeñitos como el Pantano de las Epidemias y el Lago de la Muerte. A él le pareció divertido, pero mamá se asustó, así que dejamos de jugar.

Pero me acuerdo una vez que mamá cayó en el Mar de la Fertilidad y se inventó una historia sobre una mujer astronauta que había alunizado al í y luego volvió a la Tierra y no hacía más que tener hijos. Todos eran unos niños pálidos a los que ponía nombres de cráteres pequeños, así que se l amaban Copérnico, Clavius, Schickard y Humboldt, Bel'kovich y Al Khwarizmi, y teníamos que memorizar los nombres y aprender a pronunciarlos. Ahora no me acuerdo de todos, pero había muchos más, por lo menos veinte niños pálidos, y todos terminaban siendo miniastronautas y la madre tenía que vigilarlos porque la gravedad de la Tierra no era lo bastante fuerte para retenerlos y se iban otando todo el rato. Dentro de la casa no pasaba nada si otaban, porque como mucho tocaban el techo, se daban un golpe en la cabeza y se echaban a l orar, y la madre subía por una escaleril a, los cogía por un pie y los bajaba, pero fuera era un problema y tenía que atarles cuerdas a los tobil os cuando salían a pasear. Decía que todos la miraban cuando iba por la acera con un

montón de niñitos atados con cuerdas, cabeceando igual que un puñado de pálidos globos de helio.

Era una historia buenísima y mamá no dejó de añadirle cosas cada noche durante un par de semanas. No me acuerdo de qué hacía el padre de la historia. Me parece que no había un padre. Creo que la señora astronauta era madre soltera y que los niños nacían simplemente porque había alunizado en el Mar de la Fertilidad, y que de eso trataba la historia, de que no necesitaba ningún padre. El a y sus hijos tenían todo tipo de aventuras chulas, pero luego los niños pálidos empezaron a hacerse mayores, y cuanto mayores eran, más le costaba a la madre sujetarlos en la Tierra y empezaron a tener problemas en el colegio y eso. Al nal la cosa se puso tan fea que tuvieron que hacer una reunión familiar y los niños pálidos le dijeron a su madre que tenían que volver a la Luna. Era importante para su autoestima, dijeron. Tenían que ir a buscar su cráter de impacto para saber quiénes eran. La señora astronauta se puso muy triste

al oír esto, pero entendió que tenía que dejarlos ir porque quería que sus hijos tuvieran identidades sanas y mucha autoestima, aunque sabía que sin el os se encontraría muy sola. Los niños pálidos se ofrecieron a l evarla consigo de vuelta a la Luna, pero el a dijo que no, porque era terrícola y con un viaje a la Luna tenía su ciente. Cuando l egó el día, sacó a todos sus hijos con sus cuerdas y usó sus tijeritas de costura para cortarlas, y uno a uno los hijos subieron otando al cielo azul bril ante y le dijeron adiós con la mano mientras se hacían cada vez más pequeños y pálidos y le prometían que volverían a la Tierra, pero no lo hicieron.

Era un nal tristísimo. No sé dónde estaba papá la noche que mamá terminó de contarlo. Igual tenía una actuación o algo, porque estábamos los dos solos tumbados en mi cama y, cuando l egó al nal, nos quedamos en silencio mirando las estrel as del techo y totalmente deprimidos, y luego mi madre dijo que igual debíamos inventarnos un nal distinto y yo dije: vale, y eso hicimos. Y en el nal nuevo, el hijo más pequeño, cuando se marchaba otando por entre los árboles, miraba al suelo y veía a su madre l orando y en el último minuto se agarraba a la rama más alta de un árbol altísimo y no se soltaba. Y como todavía era pequeño, la gravedad de la Luna no tiraba demasiado fuerte de él y conseguía coger impulso para bajar del árbol hasta l egar a su madre. Y entonces la cogía de la mano y le decía que había cambiado de opinión. Era distinto de los otros niños, decía, tenía los pies más en la tierra y quería encontrar su identidad aquí, en el a. Entonces la madre se ponía contentísima, lo que ayudaba a la autoestima del niño, y lo metía en casa, y al día siguiente iban a una

zapatería y compraban unos zapatos especiales superpesados con suelas bril antes de osmio que lo retendrían en la tierra, y en el colegio todos los niños querían unos zapatos como esos, así que el niño se hacía muy popular.

Era un nal mucho mejor.

El osmio es el material que más pesa del mundo, y ahora que lo pienso es lo que necesitaba mi padre. Necesitaba unos zapatos muy pesados con suelas de osmio que lo sujetaran a la tierra. ¿Eso que dijo de que la música

era como el espacio y que no necesitaba irse volando a otro sitio porque aquí en la tierra ya era todo muy hermoso? Pues estoy seguro de que era una patraña. Puede que se sintiera así alguna vez, pero para cuando yo tenía siete u ocho años, él ya estaba entrando en la dimensión desconocida y mamá y él discutían mucho. Casi siempre era por fumar hierba, aunque nunca lo l amaban así, por lo menos cuando estaba yo delante, pero yo sabía lo que pasaba. Papá quería dejarlo y lo intentaba de verdad, pero no podía, y yo siempre sabía cuándo había vuelto a empezar porque era como si estuviera perdido en el espacio, orbitando en alguna otra galaxia, y no había nada que pudiera sujetarlo aquí. Ni siquiera el osmio. Ni siquiera yo.

Pero me acuerdo de que hubo una época, cuando yo era pequeñísimo, en que no necesitaba la hierba, y la música sí lo era todo —espacio puro—

y bastaba para sujetarnos a los tres. Y yo también lo era todo, y también mamá; en aquel a época los tres lo éramos todo, y recuerdo esa sensación, cuando todo era bonito.

Tengo que decir algo sobre mi padre. Cuando estaba vivo, estaba muy vivo. Lo recuerdo poniendo su tema preferido, *Sing, Sing, Sing (With a Swing),* de la grabación en directo de 1938 en Carnegie Hal . Lo ponía una y otra vez y cada vez que lo oía l oraba, y yo nunca entendía por qué, así que intentó explicármelo.

«¡Es en directo, Benny! ¡Escucha! Ese es Babe Russin al saxo tenor. Y

Harry James a la trompeta. Y Gene Krupa en la percusión. ¡Por favor, escucha ese pam param pam! ¡Si es que lo borda!»

Todavía puedo oír su voz y también verlo, golpeando el suelo al ritmo del sonido de *big band* y moviendo la cabeza y todo el cuerpo. Me parecía lo más e intentaba imitarlo. Oíamos el trío de trompeta y

durante siete minutos cerraba los ojos y empezaba: «¡Espera, espera! ¡Ahora entra Goodman…!». Y entonces oíamos ese solo de clarinete tan sinuoso y puro y mi padre se ponía literalmente a vibrar, esperando ese do imposible detrás del do sobreagudo, y cuando Goodman lo tocaba, gritaba «¡Sí!», y

me abrazaba superfuerte. «¡Eso es, Benny! Ay, chico, eso sí que es jazz del bueno. ¡Brutal!…»

Y entonces, justo entonces, es cuando Goodman le da la entrada a Jess Stacy para su solo de piano, que empieza suave y ligero, y alguien del público, o quizá uno de los músicos de la banda, grita «Yeah, Daddy», y mi padre sonríe de oreja a oreja y me mece y me susurra: «Atento a Debussy.

¿Oyes a Ravel?», intentando hacerme oír con sus oídos; y para cuando Stacy termina y el público estal a en aplausos y Krupa levanta sus baquetas y remata la canción, la cara de mi padre está húmeda de lágrimas, le bril an los ojos y me abraza fuerte mientras me dice: «¡Escucha, pequeño Benny!

¡Eso es música en vivo en estado puro! ¡Como tiene que ser!».

El Libro

47

Pero Kenji no estaba vivo. Había muerto, dejando a Benny atrás.

Benny había vuelto al instituto. Annabelle ya no lo dejaba coger solo el autobús y, aunque le creaba problemas en su ritmo de trabajo diario, insistía en acompañarlo por las mañanas y en recogerlo por las tardes. El primer día, cuando se acercaba al instituto con su madre a remolque igual que un dirigible gigante, oyó a los otros niños reírse de él. En clase los oyó hablar a sus espaldas y más tarde, en el comedor, lo provocaron: «¡Eh, Benny! Tu sándwich te está hablando: "¡No me comas! ¡Por favor, no me comas!"», lo que era cruel, pero a aquellas alturas estaba tan acostumbrado a oír voces diciendo cosas así que apenas se dio cuenta. Si le hubieras preguntado cómo se sentía, se habría encogido de hombros y dicho que bien, pero en realidad estaba aturdido y distanciado, como si en su vida todo sucediera a gran distancia. Es normal que el pasado y el futuro de uno parezcan algo lejano, pero a Benny le ocurría lo mismo con el aquí y ahora. El espacio y el tiempo estaban irremediablemente enredados y el momento presente era cada vez más remoto. A medida que pasaban las semanas se sentía como en una lanzadera espacial intergaláctica,

propulsado a gran velocidad a través de un agujero negro en dirección a otra estrella. Todavía oía las voces de las cosas, pero también eran algo distante, envuelto en un ruido blanco tan espeso y denso que apenas distinguía lo que decían.

Lo que estaba bien, habría dicho. El problema era cuando una persona, como la orientadora o la enfermera del instituto o un trabajador social o su profesora de educación especial, le hablaba y esperaba una respuesta. Ahí era cuando todo se desmoronaba. Y ahora había un montón de personas esperando respuestas, porque lo estaban evaluando como un alumno con

discapacidades, cualificado para recibir un Programa de Educación Individualizada, adaptado a sus necesidades especiales. Annabelle había luchado mucho por conseguirlo.

Poco después de que se descubrieran los novillos de Benny, la habían citado para una reunión con la directora Slater. Se había sentado en una silla rígida mientras la mujer le hablaba de los correos electrónicos falsos.

—Ha debido de acceder a su cuenta —dijo la directora buscando en su bandeja de entrada—. Me sorprende que no se haya dado cuenta. Espero que no le diga a su hijo las contraseñas. No es algo que recomendemos aquí.

Miró la pantalla con el ceño fruncido, tecleó alguna cosa y a continuación giró el monitor para que lo viera Annabelle.

Annabelle se inclinó y estudió el correo que al parecer había escrito su hijo. ¿Cómo podía haber pasado por alto aquel intercambio de correos? ¿Y cómo había conseguido Benny acceder a su cuenta? Pero entonces recordó la facilidad con que había adivinado la contraseña de su teléfono y se le ocurrió que Benny y ella se conocían muy bien y que esto era algo que no muchas madres podrían decir de sus hijos. Sintió una punzada de orgullo ante aquella confirmación inesperada del vínculo entre ambos y fue entonces cuando reparó en la letra faltante.

—¡Mire! —dijo señalando—. ¡Falta la hache! Es la misma dirección que mi correo de verdad, con la diferencia de que falta la hache y no se dieron cuenta.

La directora escrutó la pantalla.

—Muy inteligente —dijo con sequedad.

Annabelle se recostó en su silla. Sí que era inteligente.

Benny había debido crear una cuenta falsa y redirigido allí los correos. Era normal que se le hubiera pasado. Esa hache que faltaba lo cambiaba todo. ¡Qué importantes eran las letras!

La directora abrió otro correo, uno con un adjunto.

—Aquí está la carta de su médico que falsificó. Suponiendo que esta doctora Stack exista de verdad.

—¡Pues claro que sí! —dijo Annabelle—. La doctora Melanie Stack.

La carta estaba escrita con un membrete ridículamente alegre y no pudo evitar sonreír. El logo, un osito de peluche sujetando un globo con una carita sonriente, le iba como un guante a la doctora Melanie. Leyó la carta y se echó a reír sin poder remediarlo.

—¿La ha leído?

La directora Slater frunció el ceño.

—¿Perdón?

—La carta. ¿La ha leído?

La directora giró el monitor hacia ella.

—Ha escrito mal «ingresado» —dijo Annabelle—. Y

«psicoafectivo».

—No estamos hablando de la ortografía de su hijo, señora Oh. Si hubiera venido a clase…

—No, por supuesto. Me doy cuenta. Pero me pregunto cómo ha podido pensar usted que esta carta es de un médico.

La arruga en el ceño de la directora se hizo más profunda.

Respiró hondo.

—Y nosotros nos preguntamos, señora Oh, cómo ha podido usted no darse cuenta de que su hijo de catorce años ha estado semanas sin venir a clase. ¿Cómo ha podido no estar enterada del paradero de Benjamin… —tecleó una serie de comandos de búsqueda— durante veintiséis días, para ser exactos?

Volvió a girar el monitor, se recostó en el respaldo de su silla y esperó.

No le faltaba razón, claro. Annabelle se arrugó en la dura silla igual que un balón con carita sonriente pinchado. ¿Cómo

no se había enterado? La directora había cogido carrerilla y la estaba sermoneando sobre los peligros de hacer novillos.

Sobre los problemas en que podían meterse los niños cuando los padres eran negligentes. Sobre drogas, delincuencia y abusos sexuales. Annabelle se miró las manos mientras escuchaba y se pasó nerviosa el dedo índice por las rugosidades de la uña del pulgar. Todas sus uñas tenían rugosidades, lo que, según había leído, era señal de algún trastorno médico, pero no se acordaba de cuál, solo que probablemente era poco saludable. También tenía un padrastro. Se preguntó si llevaría un cortaúñas en su bolso.

Había tenido alguno en algún momento. Varios, de hecho.

—Señora Oh —estaba diciendo la directora—, ¿tiene usted alguna idea de dónde ha estado Benny? ¿Con quién? ¿De lo que hacía todo el día cuando se suponía que estaba en clase?

—Dijo que estaba en la Biblioteca —dijo Annabelle tocándose el padrastro—. Leyendo libros.

—¿Y usted se lo creyó?

—Sí —dijo Annabelle—. Me lo creí. Me lo creo, quiero decir.

La directora la miró, incrédula.

—En serio —dijo Annabelle—. A Benny le encanta la Biblioteca. Siempre le ha encantado, incluso de bebé.

La directora se quitó las gafas y meneó la cabeza.

—Señora Oh —dijo—, con todos mis respetos, llevo toda mi vida adulta trabajando de administradora de escuela secundaria y nunca me he encontrado un caso de un alumno que hiciera novillos para ir a la biblioteca. Los niños que hacen novillos van a un centro comercial. Van a tiendas de zapatillas y a Starbucks. Pasan el rato en parques, callejones y fábricas abandonadas. No en bibliotecas.

—Huy, ¡pues se equivoca! —dijo Annabelle—. Yo misma lo vi allí. Estuvo yendo a diario durante las vacaciones de

verano y una vez fui a comprobarlo. Estaba sentado en uno de esos cubículos con una gran pila de libros a su alrededor. Se había quedado dormido leyendo…

Pero la directora había dejado de escuchar. Estaba rebuscando en una carpeta y sacó un papel.

—A principios de curso le enviamos una carta, que usted firmó, dándose por enterada de la política del centro en lo referido a asistencia a clase.

Dejó la carta en la mesa delante de Annabelle; era cierto que llevaba su firma y también recordaba vagamente haber firmado, pero no leído.

—De modo que sabe que, como madre, tiene la responsabilidad legal de asegurarse de que su hijo asiste a clase hasta los dieciséis años —continuó la directora—. El incumplimiento de esta obligación se considera negligencia educativa y el distrito puede cursar una denuncia de absentismo escolar en el tribunal de menores. En el caso de absentismo crónico, no nos queda otra opción.

Annabelle levantó la vista de la carta.

—Espere, ¿qué? ¿Me van a llevar a los tribunales?

—Es la ley, señora Oh. —Al ver la expresión de espanto de Annabelle, la directora suavizó su actitud—. Por supuesto, no hemos llegado aún a ese punto y, sinceramente, espero que no lo hagamos, pero tengo que advertirle…

—No —dijo Annabelle negando con la cabeza. Se sentó más recta y apoyó las dos manos en la mesa de la directora—.

No, lo siento, pero eso no es justo.

—¿Perdón?

—Eso no es justo en absoluto. Benny no es un delincuente juvenil que se salta las clases para irse al centro comercial o a Starbucks. Odia los centros comerciales. No soporta Starbucks. Hay demasiado ruido para él, pero no se trata de eso. Lo que quiero decir es que mi hijo tiene una discapacidad

mental, directora Slater, y ustedes lo saben, y si falta a clase es porque el instituto no está atendiendo a sus necesidades especiales. Así que

vamos a hablar de eso, si le parece.

Hablemos de eso.

Siguió una serie de reuniones y valoraciones y encuentros a los que Benny estuvo obligado a asistir. Se formó un equipo compuesto por la profesora de educación especial, la enfermera del instituto, su trabajadora social y coordinadora de su caso. Le hicieron preguntas, querían respuestas, todo lo cual le resultaba tedioso y le producía angustia. El instituto estaba obligado por ley a adaptarse a sus necesidades, pero él no quería adaptaciones. Estaba perfectamente, insistía. Tal y como estaba. Sí, oía hablar a las cosas, ¿y qué? Casi siempre podía hacer caso omiso. ¿Por qué no podían ellos hacer lo mismo con él?

En casa, su madre también quería respuestas. Estaba empeñada en mantener los canales abiertos y en crear oportunidades para el diálogo.

—Benny… ¿Benny?… ¡BENNY!

—¿Qué?

—¿Qué tal hoy en el instituto?

—Como siempre.

—¿Has aprendido algo interesante?

—No.

—¿Has hecho algún amigo?

—No.

—¿Lo has intentado? ¿Has hablado con alguno de los…?

—No.

—¿Qué tal la mano?

—Bien.

La mano se le estaba curando y se le habían caído los puntos, que le habían dejado una cicatriz alargada de furioso color rojo, pero seguía negándose a contar cómo se había hecho la herida. El médico de urgencias se había llevado a Annabelle a un lado después de coserle la

mano a Benny y le había dicho que la herida tenía aspecto de haber sido hecha con un cuchillo muy afilado o incluso una espada. Lo más probable era que el agresor hubiera atacado desde arriba y cortado en un movimiento descendente y que el niño hubiera levantado el brazo para defenderse. El médico levantó el brazo para ilustrar su explicación, pero más tarde, cuando Annabelle preguntó a Benny, este lo negó.

—Eso no es para nada lo que ha pasado.

—Entonces, ¿cómo fue?

—Nada. Fue un accidente.

Se negó a dar más explicaciones y al final Annabelle amenazó con llevarlo a la comisaría a poner una denuncia.

—Mamá —dijo con tono hastiado—, no van a arrestarme.

No he hecho nada.

Annabelle estudió a su hijo desde el umbral de su habitación. ¿Estaba siendo sarcástico? ¿Riéndose de ella? Su tono de voz era neutro y no denotaba emoción alguna. Se limitaba a manifestar un hecho y probablemente tenía razón, la policía no sería de ayuda, y esto también la irritaba.

—¡Pero alguien sí lo ha hecho! Alguien te hizo daño, Benny. ¡Podías haberte quedado sin pulgar! ¡Y el de la mano derecha, encima! Tenemos que llegar al fondo de esto.

Benny negó con la cabeza. Estaba sentado en el borde de su cama jugueteando con su cuchara.

—Ya te he dicho que fue un accidente. Me caí y me corté con algo. Estaba oscuro. No veía nada. No me acuerdo.

—¿En qué quedamos, Benny? ¿No veías nada o no te acuerdas?

—No me acuerdo.

Annabelle frunció el ceño. ¿Estaba mintiendo? ¿Por qué no se acordaba? ¿Había tomado drogas?

—El médico dijo que te habían atacado. Dijo que tenía pinta de haber sido con un cuchillo o una espada.

—Mamá, la gente ya no va por ahí con espadas, por si no te habías enterado.

Aquello era claramente sarcasmo. Benny se estaba golpeando con impaciencia la rodilla con el dorso de su cuchara.

—¿Qué gente? —preguntó Annabelle—. ¿Con quién estabas?

—Con amigos —dijo Benny sosteniendo la cuchara con el dedo índice.

—Estabas con esa chica. Aleph o algo así. Tenías su número en tu móvil…

—¿Qué pasa con ella? —dijo Benny con tono súbitamente receloso.

—¿Quién es?

La cuchara bailó.

—Nadie. Una amiga nada más.

Si Annabelle detectó anhelo en su voz, hizo caso omiso y siguió insistiendo. Tenía una corazonada. Llámalo intuición de madre.

—¿Es la amiga de Mackson? ¿La conociste en el hospital?

La cuchara cayó y Benny la recogió.

—No —dijo—. Es una amiga del instituto.

Ahora lo había pillado.

—En el instituto no tienes amigos, ¿te acuerdas?

Trató de controlar el tono triunfal en su voz, pero se coló igualmente y Benny lo percibió.

—Pues muy bien —dijo—. Te mentí. No existe. ¿Ya estás contenta?

¿Qué clase de madre puede estar contenta cuando sorprende a su hijo diciendo una mentira? ¿Qué clase de madre se regodea en que su hijo no tenga amigos? Annabelle cruzó el umbral de la habitación, se sentó al lado de Benny en la cama y le pasó un brazo por los estrechos hombros. Sintió como el cuerpo de su hijo se ponía rígido.

—Benny, cariño. Solo quiero ayudar. Es bueno que hicieras amigos en el hospital. Mackson tiene pinta de ser un joven muy agradable, pero

es mucho mayor que tú y en realidad no sabemos nada de él…

—Mackson no es amigo mío.

—O esta chica, Aleph. ¿También es mayor?

Notó como los hombros de Benny se encorvaban. Este asintió con la cabeza.

—¿Y por qué quiere ser amiga de un niño como tú?

Benny parecía encogerse bajo el peso de su brazo.

Annabelle le dio un apretón y a continuación otro, con la intención de insuflarle algo de vida.

—No quiero que te hagan daño, Benny. Quiero que tengas amigos, pero de tu edad, ¿vale? Igual ahora que estás en este programa nuevo en el instituto conoces a chicos que estén en tu misma onda.

Le dio otro apretón y a Benny se le cayó la cuchara.

Annabelle se inclinó a cogerla y las palabras de la canción infantil le vinieron a la cabeza. *Tin tirín tin, el gato y el violín, la vaca saltó por encima de la luna. El perrito rio al ver tanta maña y el plato se escapó con la cuchara*.

Era una de las rimas que usaba para ayudar a Kenji con las erres. Se la recitaba y él la repetía, despacio, con torpeza, riendo de lo pésimo de su pronunciación. Era incapaz de decir

«Tirín tin» o «perrito», pero le encantaba la palabra «cuchara».

Cuando Annabelle estaba embarazada y tenía la barriga ya muy abultada, Kenji solía abrazarla desde detrás y acunarla.

«Cuchaaaara», le susurraba al oído. «Cuchaaaara.» Después de que arreglara la mecedora, Annabelle pintó la vaca saltando por encima de la luna creciente en el respaldo, y cuando nació Benny se sentaba en ella y lo mecía mientras le daba el pecho.

Recordó cómo se había sentido, acunando aquella diminuta nueva vida en sus brazos y notando el sorprendentemente firme tirón de sus labios en el pezón. La mecedora había vivido mucho tiempo en la habitación de Benny, hasta hacía pocos años, cuando dijo que ya no la quería. Annabelle había ensanchado demasiado como para sentarse en ella, pero no soportaba la idea de tirarla, así que la llevaron a su

dormitorio.

Ahora, con la cuchara en la mano, sintió un deseo irrefrenable de cantar la canción en voz alta, pero se contuvo. Miró de reojo a Benny, que seguía encorvado a su lado, mirando al suelo, y a continuación le puso el mango de la cuchara encima de la rodilla. Esperó y, cuando Benny no reaccionó, movió la cuchara arriba y abajo varias veces, haciéndola bailar.

— *Tin tirín tin* —susurró.

Benny apartó la rodilla con brusquedad.

—Para.

Benny

Me encantaba esa cuchara. Era vieja y de plata —bueno, quizá no de plata de ley, quizá mezclada con aleación o algo—, pero daba igual, porque quien la fabricó sabía lo que se hacía. Sabía cómo fabricar una cuchara que tuviera la forma exacta para sujetarla con la mano y l evártela a la boca, incluso si tenías las manos demasiado pequeñas aún y la boca chiquitina. Y

estaba convencido de que alguien hermoso comió alguna vez algo riquísimo con esa cuchara, porque notaba el recuerdo de labios bonitos y de delicioso sabor cada vez que me la l evaba a la boca y la oía canturrear de placer. Quien hizo esa cuchara la hizo con ese propósito y la cuchara era feliz. Siempre sería feliz mientras estuviera ayudando a alguien a comer.

Por eso siempre comía con el a y por eso la l evaba siempre encima y me daba miedo que me la robaran. La canción decía que el plato se escaparía con la cuchara y yo antes creía que podía pasar. Lo imaginaba como un secuestro y me acostumbré a no dejar nunca sola a la cuchara cuando le daba la espalda, sobre todo si había un plato cerca. Lo que hacía era lamerla hasta que estuviera limpia y guardármela en el bolsil o.

Tonterías de niño pequeño, lo que daba igual porque entonces yo era un niño pequeño, pero en el instituto ya se torció la cosa. Algunos chicos me vieron guardármela a la hora de la comida, y un gilipol as me la quitó y salió corriendo, y los otros lo siguieron y se divirtieron jugando al balón prisionero con el a, pasándosela unos a otros por encima de mi cabeza y gritando cosas como: Eh, niño-mono, eh, mongolo, ven y quítamela, hasta que sonó la campana y la tiraron al

tejado. Me acuerdo de eso. Me acuerdo de mi cuchara dando vueltas en el aire como una rueda plateada y del sonido que hizo al aterrizar. La cafetería solo tenía dos plantas y el tejado no era muy alto, pero sí inclinado, y oí la cuchara colarse por el canalón y quedarse al í. No la podía ver, pero desde aquel día, cada vez que pasaba junto al edi cio, la oía canturrear. Pensé en decirle a mi profesora de educación especial lo que había pasado e intentar

recuperarla, pero luego decidí que no. Me bastaba con saber dónde estaba. Aunque la comida ya no me sabía igual de bien, y la cuchara no sonaba tan feliz, por lo menos y mientras la oyera canturrear, yo sabía que estaba a salvo.

Y respecto a mi madre, me sentí mal, pero me estaba volviendo loco con todas esas preguntas. Sé que solo quería ayudarme, pero no podía contarle lo que había pasado la noche del Tal er de Encuadernación, lo de las hojas de papel que susurraban y las palabras que otaban en la luz verde. No podía hablarle de ti.

Yo entonces no sabía quién eras. Era demasiado raro, una locura. Ni siquiera podía contárselo a Aleph o al hombre B. Aunque ya no los veía, pero aun así. Me daba miedo que, si le contaba a alguien que había un libro siguiéndome, contando mi historia, me putoencerrarían para toda la vida.

El Libro

48

La doctora Melanie cambió una vez más el tratamiento. La preocupaban el letargo, el aturdimiento, el aumento de peso y la sensación de desapego que dijo tener Benny después de volver al instituto. En opinión de la doctora Melanie, ese tipo de síntomas eran farmacológicos; no se le pasó por la cabeza que pudieran ser efectos secundarios no de su medicación, sino del instituto. En cualquier caso, era cierto que, en cuanto empezó con el nuevo tratamiento, esos efectos secundarios concretos disminuyeron y los reemplazaron otros, a saber: inquietud, agitación y espasmos musculares repentinos imposibles de controlar. Para Benny era como estar masticando un fajo de papel de aluminio, como si su corazón estuviera siempre a punto de explotar, pero eso también podían ser los efectos secundarios del amor.

—Cuéntame —dijo la doctora Melanie nada más empezar la consulta —. ¿Qué tal te sientes?

¿Qué iba a decirle? ¿Que estaba enamorado de Aleph pero ella de él no? ¿Que se le estaba rompiendo el corazón? ¡Tenía catorce años! Nunca se había sentido así y no sabía cómo poner sus sentimientos en palabras, así que lo que hizo fue fruncir el ceño y hundirse en su silla con el pelo cayéndole sobre la cara.

—Siempre me pregunta eso.

La doctora se inclinó hacia él y lo estudió.

—¿Siempre te pregunto cómo te sientes?

—Sí.

—¿Y no te gusta?

—No.

Notaba que se le tensaba la mandíbula y que estaba apretando los dientes.

—¿No quieres que conozca tus sentimientos?

—Desde luego que no.

—¿Qué sentimiento te provoca eso?

Le provocaba enfado. Lo notaba en los dientes. Entrecerró los ojos y la miró con odio.

—Me dan ganas de morder.

—Vale —dijo la doctora retrocediendo, pero con disimulo

—. ¿Morderme a mí?

—¡No! —dijo Benny, exasperado—. Sus palabras.

¡Morderlas y escupirlas!

Empezó a tener pensamientos paranoides. Su madre no lo dejaba ir a ningún sitio después de clase, menos aún a la Biblioteca, y no había visto a Aleph desde que Mackson y ella lo habían acompañado a casa después del incidente en el Taller de Encuadernación. Al principio se habían escrito muchos mensajes. Él le hablaba de cómo le habían pillado y de que ahora tenía clases especiales y de lo horrible que era haber vuelto al instituto, y ella le decía que estuviera tranquilo y

respirara, cosa que era difícil de hacer cuando la mera visión de los bocadillos de texto lo dejaba sin respiración. Pero entonces, de un día para otro, los mensajes se interrumpieron.

Benny siguió escribiéndole y parecía que sus mensajes llegaban, pero Aleph jamás contestaba, y cuando intentaba llamarla recibía una respuesta automática que decía: «El número marcado tiene restringidas las llamadas en este momento». Esta obstinación numérica no lo sorprendió —

sabía lo arbitrariamente volubles que podían ser los números

—, pero, después de una semana entera sin noticias, tuvo que concluir que el problema no era la falta de fiabilidad de los números, sino que Aleph había bloqueado sus llamadas.

Se preguntó si su madre se habría puesto en contacto con ella y le había dicho algo para alejarla de él, pero no tenía sentido. Aleph no dejaría de hablar con él así como así.

Entonces se le ocurrió que quizá era culpa del móvil, que lo estaba bloqueando. Los dispositivos electrónicos no eran de fiar, después de todo, ¡y era posible que Aleph ni siquiera supiera que estaba intentando ponerse en contacto con ella!

Pero puesto que nunca había hecho nada para provocar la enemistad del teléfono de Aleph, tuvo que descartar también esta teoría. Entonces empezó a preocuparse. Se convenció de que le había pasado algo terrible, que se había quedado sin dinero, la habían mandado de vuelta al psiquiátrico o la había atropellado un camión. En el autobús de ida y vuelta al instituto se sentaba al lado de su madre y miraba por la ventana, nervioso, masticando su trozo de papel de aluminio, escrutando las aceras en busca de una chica flaca con botas militares y un mechón de pelo plateado, o un anciano en silla de ruedas bajando por la calle seguido de una nube de plástico blanco.

No lo soportaba más. Tenía que volver a la Biblioteca a buscarla, así que le dijo a su madre que necesitaba documentarse para un proyecto de ciencias y ella le dijo que lo acompañaría después del trabajo. En el autobús de camino le hizo todo tipo de preguntas sobre el proyecto y se ofreció a ayudar, pero Benny se la quitó de encima y, una vez dentro, la dejó en la sección de Publicaciones Periódicas mientras él registraba metódicamente cada nivel, desde la planta baja hasta el superior.

La Biblioteca estaba distinta. Cuando llegó al Nivel Nueve, sus pies,

llevados por la costumbre, lo condujeron hasta el puente vertiginoso y el rincón improbable, pero al acercarse vio que su cubículo estaba ocupado por alguien y que la señora mecanógrafa y el niño astrónomo no estaban. Siempre habían estado allí, pero ahora sus sitios los ocupaban unos desconocidos. Se detuvo en el puente. ¿No se habría equivocado de nivel? Se asomó a la barandilla para

comprobarlo y contó nueve plantas hasta el sótano. Estaba en el último nivel. El frío viento que subía del Taller de Encuadernación le hizo tiritar. Buscó la voz débil y esperanzada que había oído aquella noche, pero solo oyó el viento. Cuando el viento habló, lo siguió.

Bajó por las escaleras hasta el subsótano y empujó las gruesas puertas hasta Procesamiento de Libros. Aquella noche la enorme habitación había estado en completo silencio, pero ahora bullía de actividad, de movimiento y de ruidos. Rodillos que traqueteaban, ruedas que repiqueteaban, bibliotecarios que empujaban carritos hacia delante y hacia atrás, y mientras todo esto ocurría, una intricada red de cintas transportadoras trasladaba un flujo constante de libros de una estación automática a la otra. Este sistema mecánico de clasificación de libros, de última generación, había sido instalado como parte del proyecto de renovación, y los libros estaban fuera de sí de rabia. Anhelaban una mano humana, el contacto humano. Se revolvían furiosos mientras les daban vueltas, los giraban, rotaban, escaneaban, ordenaban, empujaban por desvencijados conductos a cubos o subían a carros con elevadores hidráulicos. Era más de lo que ningún libro podía soportar y sus lamentos se hacían oír por encima del estruendo de las máquinas: *¡No somos piezas! ¡Nosotros, que en otro tiempo fuimos sagrados, tan cercanos a Dios!*

El sonido de sus corazones rotos era casi humano. Benny se tapó los oídos. Tenía que centrarse. Vio el cuarto del personal y se dirigió hacia él, pero una bibliotecaria con un lector de códigos de barras lo interceptó.

—¿Puedo ayudarte en algo? —dijo. Le apuntaba al pecho con el lector. Parecía una pistola láser. O un arma fáser.

¡Atención!

Benny dio un paso atrás y levantó los brazos.

La bibliotecaria hizo un gesto con el arma.

—¿Buscas a alguien?

—No —dijo Benny.

¡Nivel de Alerta naranja! ¿Cómo lo sabía?

—No puedes estar en esta zona —dijo la bibliotecaria—.

Está cerrada al público.

Benny pensó a gran velocidad. La mujer le resultaba familiar. No era una bibliotecaria demasiado grande. Tendría su estatura o incluso menos. Quizá, si se daba prisa, podría desarmarla y correr al cuarto del personal. Quizá Aleph y el hombre B estaban allí, e incluso, si no era así, seguramente en aquella nevera habría comida suficiente para varios días, y con la pequeña arma fáser de la bibliotecaria, podría cogerla como rehén y retenerla allí hasta que la Biblioteca estuviera dispuesta a negociar, y entonces podría ofrecer entregarla a cambio de Aleph, a quien debían de tener escondida en alguna otra parte. ¿Dónde? ¡En el Taller de Encuadernación! ¡La tenían presa en el Taller de Encuadernación! La pierna tuvo un espasmo y dio un paso adelante.

La bibliotecaria bajita retrocedió.

—Oye —dijo—. ¿Estás bien? Voy a llamar para que baje alguien a ayudarte. Tú estate tranquilo Espera aquí.

¡Peligro! Nivel de Alerta: ¡ROJO! ¡ROJO! ¡ROJO!

La bibliotecaria fue rápida, pero no tanto como Benny.

Cuando fue a coger su dispositivo para comunicarse, este se giró y echó a correr hacia la salida. Una fracción de segundo después, subía las escaleras hacia un lugar seguro. Subió los escalones de dos en dos. Ya no podía ir tan deprisa como de costumbre, pero sí lo bastante para dejar atrás a una bibliotecaria bajita. Llegó a la planta baja y siguió subiendo niveles —Dos, Tres, Cuatro— hasta que se quedó sin aliento y entonces se detuvo en la escalera, jadeando, pero tratando de hacerlo en silencio porque también estaba escuchando, atento a posibles pisadas detrás de él, a Alertas y Llamadas de Atención, pero no oyó nada, solo su respiración,

normalizándose, y unas pocas palabras débiles que flotaban detrás de sus pensamientos, como un eco, *como un eco*…

Estaba solo. El letrero en la puerta de la escalera rezaba

«NIVEL CINCO», así que la cruzó y fue en busca del lavabo de los viejos donde el Botellero bebía vodka con sus amigos.

¿Cómo no se le había ocurrido antes? ¡Allí los encontraría!

Estaba seguro de recordar cómo se iba. Siguió el mismo camino que Aleph había seguido, atajando por los 331.880, pero, de nuevo, todo parecía cambiado. Las estanterías de la sección de Sindicatos y Derechos de la Clase Trabajadora estaban casi vacías, y cuando llegó adonde debía estar el aseo de los señores mayores, solo encontró una pared desnuda y ni rastro de un baño.

¿Era el baño real o se lo había inventado? ¿Qué es real? Esa era su pregunta filosófica, la que el Botellero le había ayudado a descubrir, y había estado practicando. En clase, cuando una profesora decía alguna cosa, se preguntaba: «¿Es real esta persona?». Y si decidía que no lo era, ni se molestaba en contestar. Cuando volvía a casa desde la parada de autobús y la acera empezaba a hablarle, preguntaba: «¿Eres real?», y si la acera contestaba, contemplaba su naturaleza de cemento y valoraba todo el trabajo que hacía soportando tanto peso.

Ahora, delante de la pared desnuda, le preguntó: «¿Eres real?». Cuando la pared no contestó, fue hasta ella y la tocó.

Parecía tan sólida y real como una acera. Si la pared era real y ocupaba el sitio en el que debería estar la puerta del baño, ¿qué pasaba con el baño? Las dos cosas no podían ser reales.

Meneó la cabeza para despejarse. ¿Sería la medicación? A veces le estorbaba para pensar de manera lógica y ahora necesitaba concentrarse porque, si el baño era irreal, entonces nada de lo que recordaba de aquella tarde en el baño podía ser real. Los gemelos eslovenos celadores no eran reales. El vodka no era real. El mismo Botellero podía no ser real y, en ese caso, su pregunta filosófica tampoco. Y por supuesto esto no

tenía sentido, porque su pregunta le parecía de lo más real —

era lo más real que conocía—, así que ¿de dónde salía?

Pegó la oreja a la pared y escuchó. Oyó el gorjeo de la cañería de agua y cayó en la cuenta de que estaba abordando el asunto al revés. Puesto que su pregunta era real, entonces el baño también debía serlo. Tenía que estar al otro lado de aquella pared. La pared tenía que estar ocultando el baño y quizá también a Aleph, reteniéndola contra su voluntad.

—¿Está ahí dentro? —exigió saber—. ¿La tienes tú? —

Esperó una respuesta, pero la pared no habló.

Retrocedió por el pasillo todo lo que pudo y se detuvo a la altura de Distribución de Riqueza y Macroeconomía de Clase.

Desde allí podía coger carrerilla. Si por lo menos tuviera un fundíbulo, un ariete o al menos una lanza… Se agachó como le habían enseñado a hacer en clase de gimnasia y miró la pared, y justo entonces una vocecilla exclamó:

¡No, Benny, espera…!

¿Era la pared suplicando clemencia? Pero era demasiado tarde, porque Benny ya iba corriendo a la altura de los 339 y cogía impulso.

¡Pam!

Chocó con fuerza contra la pared, pero esta lo rechazó y Benny cayó de rodillas. Aturdido, se frotó el hombro, estudió la pared y a continuación se puso de pie para intentarlo otra vez. Cuando se agachó para adoptar la posición de salida oyó la vocecilla, hablándole.

Ay, Benny. No…

¡Tenía que ser la pared! La pared se debilitaba, estaba cediendo a su ataque, de modo que embistió de nuevo, esta vez con el hombro, pero de nuevo la pared lo repelió. Empezó a darle patadas, animado por el sonido hueco que confirmaba sus sospechas. Al otro lado del yeso se ocultaba el baño donde Aleph esperaba a que fuera a rescatarla.

—¡Ya voy! —gritó golpeando con los puños y dando patadas, y justo cuando la pared empezó a rendirse y a ceder, llegó el guarda de seguridad de la Biblioteca para llevárselo de allí.

La bibliotecaria bajita estaba en la oficina de seguridad cuando llevaron a Benny. Este ahora parecía dócil, pero cuando le vio el arma fáser dentro de una funda en la cadera se puso rígido.

—Tranquilízate, chico —le dijo el guarda de seguridad, y eso hizo.

A aquellas alturas, Benny solo se fiaba del guarda de seguridad. Se llamaba Jevaun. Llevaba rastas y se parecía a los músicos con los que solía relacionarse su padre.

—Siéntate —dijo Jevaun señalando una silla giratoria.

Benny se sentó. Jevaun se volvió a la bibliotecaria bajita.

—¿Es este?

—Este es —dijo la bibliotecaria, que a continuación se volvió a Benny —. ¿Estás bien?

La silla giratoria en la que estaba sentado tenía delante un panóptico formado por una serie de monitores de vídeo que le recordaron al Centro de Control de su madre. En todos parpadeaban imágenes borrosas en blanco y negro de cámaras de seguridad. Benny los miró, pensando que igual veía pasar a Aleph o al Botellero, pero la inestabilidad de las imágenes le hizo daño en los ojos y tuvo que apartar la vista. En la mesa metálica delante de él había un sándwich de jamón a medio comer y un libro abierto titulado *Babel 17,* y ambas cosas parecían irritadas por que Benny estuviera allí sentado. No les gustaba que las interrumpieran, y también la mesa estaba molesta, pero Jevaun le había dicho que se sentara allí, así que Benny no podía irse. Tenía que hacer lo que le dijeran. Se miró las zapatillas. Le dolían los dedos de los pies de dar patadas.

Las Air Max no habían hecho nada para protegerlo. Ya no eran de fiar. También tenía los nudillos arañados, de los puñetazos, así que se los metió en la boca y empezó a chupárselos. Sabían

a hierro, pero estaban calientes, como la sangre. Todos en la habitación estaban callados y mirándolo, así que se sacó los nudillos de la boca.

—¿Qué? —dijo mirando a su alrededor.

—¿Estás bien? Siento haber llamado a Seguridad, pero estaba preocupada. ¿Ha venido tu madre o alguien contigo?

Quien hablaba era la bibliotecaria bajita. Benny se había distraído con el sabor de sus nudillos y se había olvidado por completo de ella. ¿Qué hacía allí? La miró de soslayo. Llevaba unas gafas raras. Le miró los tobillos.

— *Wang, wang* —dijo.

—¿Perdón?

— *¡Kokekokko!* —dijo

—Perdona, no…

—*¡Gaggalo! ¡Grunz grunz! ¡Grok!*

Benny había cerrado los ojos y estaba sentado en la silla giratoria con el cuello estirado mientras ladraba, gruñía y graznaba. La bibliotecaria se le había quedado mirando y el guarda de seguridad dio un paso hacia él.

—Oye, chico —dijo—. Tienes que tranquilizarte…

Justo en ese momento entró Annabelle como una exhalación. Había estado en la sección de Publicaciones Periódicas, ojeando un montón de revistas de manualidades, cuando cayó en la cuenta de que se hacía tarde. Miró la hora.

¿Por qué tardaba tanto Benny? Leyó por encima otro artículo sobre impresión en gelatina y luego otro sobre afieltrado con aguja. Al final fue al mostrador de información a preguntar si podían llamarlo o ayudarla a localizarlo. Ya lo habían hecho.

—¡Benny! —gritó apartando al guardia de seguridad.

Corrió hasta su hijo y le enterró la cara en su estómago.

—Shh —dijo—. Shh, cariño, tranquilo. —Miró al guarda y a la bibliotecaria bajita—. ¿Qué ha pasado?

—Lo encontré en el Nivel Cinco —dijo el guarda—. Dando patadas y aporreando la pared y vociferando sobre un baño. Le dije que allí no había baño, que si necesitaba uno tenía que ir al Nivel Cuatro, pero siguió aporreando.

—Pobre cariñito mío —canturreó Annabelle a la coronilla de su hijo —. ¿Tenías pipí?

Benny

Juro por Dios que mi madre está como una regadera. Está más loca que yo. Sí, vale, lo de la pared fue una locura, pero la medicación nueva me estaba afectando a la cabeza y me había convencido de que Aleph estaba retenida en aquel baño de los señores mayores y de que la malvada pared era lo único que se interponía entre los dos. Luego resultó que me había equivocado con lo de la pared y que el baño estaba en el Nivel Cuatro, justo lo que dijo Jevaun. Debí de recordarlo mal.

Y también estaba equivocado en lo de la vocecil a. No era la pared

para nada, ¿verdad? Eras tú. Intentabas avisarme, pero ¿cómo iba yo a saberlo?

Al nal probablemente fue una suerte que toda aquel a locura terminara como terminó, porque, gracias a que yo me puse a ladrar y a graznar, mi madre conoció a Cory. Cory es la bibliotecaria bajita que nos leía en la Hora de los Niños. Al principio no la reconocí. Estaba demasiado asustado por su lector de códigos de barras y concentrado en pensar cómo desarmarla y secuestrarla. Pero después, en el cuarto de seguridad, se me encendió la bombil a, y entonces mamá hizo ese comentario totalmente inaceptable sobre tener pipí y Cory también nos reconoció.

Miró jamente a mi madre y luego a mí y empezó en plan: ¡Hola, yo os conozco! ¡Tú eres el niñito que se sentaba debajo de mi taburete y me cogía el tobil o! ¡Qué cosa tan monísima! Y mi madre dijo: ¡Ay, tú eres la bibliotecaria infantil! Y Cory dijo: Pero bueno, ¡qué mayor se ha hecho! Y

mamá se puso en plan: ¡Huy, qué va, todavía no ha dado el estirón!

Y mientras yo ahí, muerto de vergüenza, con todos aquel os signos de exclamación volando como agujas hacia mis oídos, y al mismo tiempo me acuerdo de otras cosas, de estar debajo del taburete y de la falda esponjosa de la bibliotecaria, de su olor cálido y femenino y de lo agradable que era cogerle el tobil o mientras leía, como un pervertido en

miniatura o algo así. ¿Se puede ser más siniestro? Pero, aunque suene siniestro, en su momento yo no lo sentí así en absoluto. Era demasiado pequeño para ser un pervertido. Solo recuerdo lo calentito y seguro que me sentía al í debajo, con todas las voces rodeándome.

Así que en realidad hay dos razones por las que es bueno que aquel o pasara como pasó. Una, Cory lo arregló para que no me detuvieran ni me prohibieran ir a la Biblioteca. Solo tuve que prometer que me presentaría a un bibliotecario cada vez que fuera para que supieran que estaba al í. Esa fue la primera cosa buena. La otra fue que, a raíz de que yo intentara tirar esa pared, Cory y mi madre se hicieron amigas, más o menos. Con el tiempo. Mi madre no tenía amigos desde que murió mi padre y necesitaba uno más que nunca.

El Libro

Cuando por fin llegó el mensaje de Aleph, Benny estaba en clase de matemáticas. Era a tercera hora, en la tercera planta, en el aula 332, una que no le gustaba porque el dos no pegaba con los treses, lo que le dificultaba concentrarse. Le vibró el teléfono en el bolsillo y lo miró a hurtadillas, y el corazón se le puso en la garganta y allí se quedó. El mensaje decía: Pide que te dejen salir. Ve al baño.

Acababa de ir, pero levantó la mano y, cosa asombrosa, la profesora le dio permiso. Salió del aula y se dirigió al baño del tercer piso.

El baño del primer piso. Cerca de la salida de la cal e West.

Corrió escaleras abajo. Los pasillos estaban vacíos y su deportiva chirriaba. Entró en el baño y se detuvo a esperar. Se abrió la puerta y se metió a toda velocidad en un cubículo.

Oyó una cremallera que se abría y el sonido de pis, y a continuación le vibró el teléfono.

Sal. No hay nadie.

Pero sí había alguien. La persona seguía haciendo pis. Era el pis más largo de la historia del universo. Nadie podía estar tanto rato haciendo pis. Benny pegó la cabeza al lateral del cubículo. Date prisa, pensó.

¡Date prisa!

¿O es que estaba oyendo cosas? Igual la persona ya había terminado y se había ido y lo que oía era un eco. Una impresión auditiva. Del sonido de hacer pis. Flotando en la memoria del urinario, o de su propia mente. Oyó a la doctora Melanie diciendo: «Es una alucinación, Benny. La causa tu cerebro. No es real». ¡Pero suena muy real!

«¿Qué es real?», preguntó el viejo poeta. Benny se agachó y miró por debajo de la puerta del cubículo en el momento exacto en que el calzado del hombre que hacía pis se giraba mientras este se subía la cremallera y salía. Deportivas Nike.

Esas sí eran reales. No estaba alucinando.

¡Date prisa!

Salió del cubículo y se lavó las manos. El pasillo seguía desierto y el camino estaba despejado. Intentó aparentar que iba a alguna parte mientras se dirigía a la salida, como un niño normal que tiene una cita importante, con el médico o algo así.

Un niño normal con una madre normal que lo espera sentada en el coche con el motor en marcha. Solo que su madre no tenía coche y no conducía, y el único vehículo aparcado cerca era una furgoneta blanca abollada con una cucaracha gigante pintada en un lateral. Encima de la cabeza de la cucaracha, unas palabras decían: «SERVICIOS DE FUMIGACIÓN AAA ».

Debajo, las palabras: «¡ADIÓS, CUCARACHAS!». La cucaracha volvía la cabeza con expresión asustada.

Busca la furgoneta blanca.

No hacía falta. Ya la había visto y ahora la vio a ella.

Estaba recostada contra el parachoques, mirando su teléfono.

Era un hermoso día de otoño, frío y limpio; un viento fresco había disipado el humo del aire y el sol brillaba y hacía relucir su extravagante pelo blanco igual que una luz led. Cuando Benny llegó a la acera, Aleph levantó la vista y le saludó con la mano. Era tan brillante y tan bella que Benny se quedó sin respiración.

—¿Cómo has tardado tanto? —dijo Aleph mientras le abría la puerta del pasajero.

—Me quedé atrapado en el baño.

—Ya —dijo Aleph—. Suele pasar.

Se sentó al volante, arrancó el motor y salió por la entrada principal del instituto. Instintivamente Benny se escondió,

hundiéndose en el asiento, pero, cuando dejaron atrás la cafetería, en cuyo canalón seguía canturreando su cuchara, asomó la cabeza y prestó atención. Aquel día el canturreo era más tristón. Amortiguado y solitario. Se hundió de nuevo en el asiento y miró por la sucia ventanilla. Seguían la ruta de autobuses en sentido este que bordeaba Chinatown, la misma que cogía Benny para ir a casa. No quería ir a casa. Pensó que el instituto probablemente llamaría a su madre cuando no volviera del baño y que esta se asustaría.

—Igual deberías mandar un mensaje a tu madre —dijo Aleph—, para que no se preocupe.

¿Cómo lo sabía?

—Sí —dijo, pero luego no lo hizo. En lugar de ello se oyó a sí mismo decir—: ¿Dónde has estado? —Le salió fatal la voz, quejumbrosa como la de su madre, pero una vez hubo empezado no fue capaz de parar—. Te mandé un millón de mensajes, pero jamás me contestaste. — *¡Cállate de una vez!*

—. Pensé que te habías muerto o algo…

Era como si sus palabras tuvieran vida propia. Se giró para ocultar su vergüenza. Pasaron delante de un albergue, de una tienda de *dim sum* y de una carnicería china. En el escaparate había patos desplumados y colgados por sus largos cuellos.

Vio a un anciano chino tirando de un doguillo. Notó la mano de Aleph en el antebrazo.

—A veces necesito desaparecer —dijo. Su voz estaba cargada de algo que Benny no entendía, pero entonces le apretó el brazo y sonrió—. Nosotros también te hemos echado de menos, Benny Oh.

El corazón le dio un salto de alivio, tuvo un arrebato de felicidad, justo cuando otra mano le cogió el hombro desde detrás.

—Sí, hemos venido a rescatarte.

—¡Joder! —dijo Benny. Se giró en el asiento y olió el vodka—. Me has asustado.

El hombre B rio. Estaba inclinado hacia delante en su silla de ruedas, que iba sujeta a los laterales de la furgoneta mediante correas. Apretó con fuerza los hombros de Benny con ambas manos y sonrió con su sonrisa desdentada. En el coche, detrás del asiento del conductor, había un par de mochilas y una bolsa de lona.

—¿Dónde vamos? —preguntó a Aleph.

—Vamos a la montaña —contestó Slavoj.

Salieron de la ciudad por el este, siguiendo las vías de tren que atravesaban el extrarradio industrial. Era la misma carretera que había recorrido en autobús cuando visitó el estudio de Aleph, y cuando pasaron junto a la fábrica tapiada la señaló.

—¿No es ese tu estudio?

—Era —dijo Aleph sin apartar la vista de la carretera—.

Hemos tenido que trasladarnos.

Había tensión en su voz, tristeza en su perfil. Benny apartó la vista. La carretera desembocaba en un largo puente que abarcaba la ensenada entera. Abajo, los muelles sobresalían igual que colmillos en las mandíbulas del estuario. Largas grúas rojas extendían sus dedos a modo de saludo a las barcazas y los cargueros que hacían cola como vacas pacientes esperando a ser ordeñadas. En la playa de vías gemían trenes de carga. Después del puente, la carretera giraba al norte y abrazaba la costa, y pronto empezaron a ascender. Aleph puso la radio y una riada de palabras se derramó y llenó la furgoneta de chhh y dzzz guturales que Benny no entendía, pero que supo que provenían del mismo idioma, sinuoso y apasionado, que usaba el Botellero cuando hablaba de poesía con los celadores. Aleph fue moviendo el dial y el viejo empezó a protestar, hasta que Aleph sintonizó una emisora de jazz y se tranquilizó. Sonó *Blue Monk*. Era uno de los temas preferidos de Kenji. Detrás de Benny, el Botellero empezó a roncar.

Benny cerró los ojos y escuchó el *riff* de clarinete, y para cuando entró el piano, también él se había quedado dormido.

Se despertó cuando la furgoneta se detuvo.

—Hemos llegado —dijo Aleph, y apagó el motor.

Estaban en un claro al final de un camino de tierra y rodeado de árboles oscuros y verdes, tan altos que Benny no veía las copas. El sol de otoño se colaba por entre las ramas y atrapaba el polvo en el sucio parabrisas, formando diminutos arcoíris. Se frotó los ojos. ¿Cuánto tiempo llevaban en la carretera?

Aleph bajó de la furgoneta y Benny la siguió, adentrándose en un fresco remanso de silencio. Nunca había oído algo parecido. El mundo clamoroso estaba completamente detenido y en la quietud empezó a oír los susurros del viento en las altas copas y un ocasional crujido y suspiro de la madera, y también pequeños sonidos circulares que eran los pájaros en el bosque, cantando notas como minúsculos guijarros de colores que atrapaban la luz y destellaban en la silenciosa penumbra.

Entonces hubo pisadas en la grava, el chasquido de bisagras oxidadas y la voz de Aleph que decía: «Benny, te necesito»

desde la parte de atrás de la furgoneta.

«Me necesita», pensó, y dio media vuelta y corrió hacia ella.

Estaba forcejeando con una rampa de metal que había en la furgoneta. Benny la cogió por el lado opuesto y tiró. El arañazo del metal hizo mucho ruido, pero no le molestó. Miró a Aleph con atención para sincronizar mejor su tirón con el de ella y vio los nervios fibrosos en sus brazos y el hueco en la axila que se curvaba hacia el bulto de su pecho debajo de la camiseta sin mangas. Vio las marcas diminutas del tatuaje, igual que mordeduras de pulga recorriéndole el antebrazo. El extremo de la rampa tocó el suelo con estrépito.

En el interior en penumbra de la furgoneta, el Botellero estaba alineando las ruedas de su silla con el principio de la rampa igual que un esquiador de competición que comprueba la textura de la nieve. La silla no era la eléctrica de siempre.

Esta era plegable, compacta y ágil. Se preparó, moviendo el peso hacia atrás y adelante, se colocó el maletín en el regazo y a continuación esbozó una sonrisa de loco.

—A sus puestos —dijo—. Preparrados…

Y luego, con un aullido que llegó hasta más arriba de las copas de los árboles, se dio impulso. La silla bajó disparada por la rampa y patinó por el camino, ladeándose y derrapando hasta volcar, y tiró al viejo al suelo.

—No puede ser, joder —dijo Aleph.

Corrió por el camino hacia él y Benny la siguió. La silla estaba volcada con las ruedas girando. El hombre B estaba tumbado junto a ella, inmóvil, el maletín se había abierto y su contenido se había desperdigado.

—Oye —dijo Aleph arrodillándose a su lado—, ¿estás bien?

El hombre B abrió los ojos y asintió avergonzado. Aleph se enderezó, se cruzó de brazos y lo miró.

—Menuda tontería has hecho —dijo antes de dar media vuelta y alejarse.

Benny ayudó al anciano a sentarse en la silla, recogió las hojas desperdigadas y lo empujó hasta la furgoneta. Aleph estaba dentro, arrastrando una gran bolsa de lona.

—¿Está bien la silla?

—Más o menos. Se ha torcido una rueda.

—Genial. —Le dio a Benny la bolsa y un puñado de cuerdas elásticas —. Ata esto al respaldo, por favor.

—¿Qué es?

—Material de acampada. —Aleph bajó de la furgoneta de un salto, se colgó una mochila al hombro y señaló otra—. Esa es para ti. —Miró al hombre B, quien se había puesto a ordenar los papeles de su maletín —. ¿Te vas a traer eso?

—Clarro —dijo—. Necesito tener mis poemas.

—Como quieras —dijo Aleph—. Vamos.

Los condujo hasta una vieja carretera asfaltada que subía por la montaña y pronto los dejó atrás. El Botellero iba segundo y Benny cerraba la comitiva. No pasó mucho tiempo antes de que las fuerzas del hombre B empezaran a flaquear, así que Benny lo empujó. El anciano descansó con las manos apoyadas en el maletín.

—Es buena carretera, ¿sí? —dijo volviendo la cabeza—.

Mucho mejor que el paso alpino de los Pirrineos que cruzó Valter Benllamiin cuando huía de los nazis. ¿Has aprendido ese episodio trágico en la historria, joven colegial?

—No —dijo Benny—. Ese era el filósofo que se suicidó,

¿verdad?

—El mismo. Es una historria muy triste. Era un judío alemán que vivía exiliado en Parrís. Cuando Hitler invadió Francia, Benllamiin quiso escapar a Amérrica, pero erra un refugiado apátrida, así que no conseguía los papeles necesarrios. Su única esperranza erra cruzar los Pirrineos hasta España e intentar huir desde allí.

La carretera se estrechaba. Gruesas ramas de cedro colgaban de los árboles y tapaban el cielo. Debajo de la carretera crecían fuertes raíces que creaban un caos de desniveles sinuosos y grietas en el asfalto.

—Erra un viaje arduo y Benllamiin no era un hombre robusto. Solo tenía cuarrenta y ocho años, pero sufría del corrazón. Y llevaba un maletín pesado. Contenía el manuscrito de un libro. Su último libro.

La rueda torcida de la silla del anciano se bamboleaba sobre el terreno

desigual.

—Viajaba con varrias personas. La caminata durró dos días porque tenía que parrar muchas veces. Cada diez minutos dejaba el maletín en el suelo y descansaba durrante un minuto

exacto (lo cronometraba con su reloj de bolsillo), hasta que por fin llegó a la cumbre. Desde allí podía ver la costa española y las aguas azul intenso del Mediterráneo. ¡Imagina! ¡Qué sensación de triunfo debió de tener! Perro cuando bajarron al pueblo costerro e intentarron comprar un billete de tren, los detuvo la policía española. Le dijerron a Benllamiin que había entrado en España ilegalmente y que lo iban a deportar a Francia al día siguiente.

Doblaron una curva y se terminó la carretera asfaltada.

—La policía los escoltó hasta un pequeño hotel. Aquella noche, en su míserra habitación, Valter Benllamiin tomó morfina y murrió.

Benny se inclinó hacia delante, empujó con más fuerza y la silla avanzó con una sacudida.

—¿A los demás los mandaron de vuelta?

—No, esa es la terrible irronía. Al día siguiente las autorridades españolas reabrierron la frontera y dejarron salir a sus amigos. Una semana más tarde embarcarron rumbo a Amérrica. Benllamiin se tomó las pastillas demasiado pronto.

Si hubierra esperrado…

Bajo las ruedas solo había ahora tierra y grava, un camino lleno de baches. El hombre B asió con fuerza el maletín para que no se le cayera.

—Joder —dijo Benny—. Vaya mierda. —La rueda se atascó en un bache. Inclinó el peso del cuerpo contra las asas de la silla—. ¿Qué pasó con su maletín?

El hombre B estaba mirando hacia donde estaba Aleph, cruzada de brazos, mirándolos, sin hacer ademán alguno de ayudarlos.

—Está furriosa conmigo —dijo Slavoj en voz baja. Se dobló y cogió las ruedas para intentar girarlas—. Dice que soy un irresponsable. ¡Pues clarro que tiene razón! Dice que soy tonto porque corro riesgos tontos. Perro ¿qué elección tengo?

Los poetas tienen que arriesgarse. Y yo soy tonto, por lo que mis riesgos también. No le veo solución, ¿estás de acuerdo?

Benny no contestó. Empujó más fuerte y la silla avanzó un poco. Aleph se dio la vuelta y siguió andando.

—¿Está enfadada también conmigo? —preguntó—. Dejó de contestar mis mensajes. Y yo tampoco podía escribirle. Lo intenté.

El Botellero negó con la cabeza.

—Contigo no es nada personal. Solo una complicación relativa a su dispositivo de comunicación, que le confiscó una enfermerra de admisión.

Se movían otra vez, despacio.

—¿Ha vuelto al hospital?

El viejo se encogió de hombros. Estaba sudando y tenía la cara roja. Unos mechones de pelo gris se le habían pegado a la frente.

—Eso tienes que preguntárselo a ella.

Siguieron avanzando despacio y con dificultad hasta llegar a un gran caos de árboles caídos que bloqueaban el camino.

Aleph se había detenido y estudiaba los daños. Los altos árboles yacían entrecruzados y dispersos, algunos arrancados de raíz, otros con los gigantescos troncos rotos en dos. Aleph se subió a uno y caminó por él igual que un gato. Benny la siguió. Miraron el extremo herido y astillado.

—Un vendaval —dijo Aleph.

—Seguramente fueron las tormentas del invierno pasado —

dijo Benny.

Estaba muy informado sobre fenómenos meteorológicos extremos gracias a Annabelle. Esta le había hablado de las tormentas invernales y de los incendios de verano, de las sequías, de la contaminación por ozono y de la sobreexplotación forestal. El suelo estaba seco. Los árboles

estaban debilitados. Los vientos los azotaban o los incendios los quemaban. En verano, cuando llegaban las tormentas, las lluvias

torrenciales causaban desprendimientos de tierra que desgastaban el suelo. Y luego estaban los escarabajos. La subida de las temperaturas provocaba una explosión de la población de escarabajos de la corteza, que mataban los árboles.

Le contó todo esto a Aleph. Era la primera vez que le hablaba tanto rato seguido.

—Dice mi madre que es la muerte de los bosques.

—Guau —dijo Aleph—. Cuánto sabes.

—No tanto como ella. ¿Sabías que existen como quinientas cincuenta especies distintas de escarabajos de la corteza en Norteamérica? Más incluso.

—No me digas.

Benny se sonrojó. Hablaba como un sabelotodo.

—Mi madre hace seguimiento de esta información para empresas forestales. Es su trabajo.

—Guau —repitió Aleph.

Volvieron al camino, donde el Botellero los esperaba sentado en un tocón. Había abandonado la silla de ruedas e intentado reptar por debajo de los troncos caídos, pero había sido demasiado para él. Tenía la cara cubierta de barro, y ramitas y agujas de pino en el pelo. Estaba pálido. Aleph le ofreció una botella de agua. El viejo dio un largo trago y asintió con la cabeza mientras se pellizcaba la nariz y se secaba el sudor de la cara.

—Es imposible. He fracasado. No voy a llegar a la cima. Si fuerra Valter Benllamiin, los nazis ya me habrían capturado.

—Pues menos mal que no lo eres, entonces —dijo Aleph con sequedad. Señaló un claro que había a un lado—. Vamos a acampar ahí.

Empujaron al hombre B en su silla hasta un trozo de piedra lisa, a una distancia segura del borde de un promontorio rocoso. Aleph puso el freno a la silla y caminó hasta el extremo, seguida de Benny. Este se miró los dedos de los pies.

El precipicio al que se asomaban terminaba en una caída totalmente

vertical. Abajo, al fondo, había un dosel de árboles diminutos y a continuación estaba el mar. Aleph dio media vuelta, fue hasta la silla de ruedas y la alejó más del borde.

—Y no se toca —dijo, y el anciano asintió dócil.

Aleph sacó una bolsa de plástico de la de lona y se interrumpió un momento para rozarle la mejilla sucia y sin afeitar. Benny miraba, deseando ser esa vieja mejilla.

—Gracias, querrida —dijo el Botellero. Buscó la mano de Aleph y besó el grupo de estrellas tatuado en la cara interna de la muñeca. Con un hilo de voz, añadió:

—Lo siento mucho.

—No pasa nada.

Aleph se acuclilló en la roca a sus pies y empezó a sacar comida de la bolsa. Había preparado sándwiches enrollados, envueltos en papel de aluminio. Le dio uno al Botellero y otro a Benny, quien se sentó a su lado.

—Ha sido culpa mía —dijo el viejo mirando el sándwich con tristeza —. Fui descuidado. —Meneaba su gran cabeza de un lado a otro—. No deberría haber sido tan descuidado.

—Cierto —dijo Aleph—, pero no puedes evitarlo.

—No deberría haberle dejado salir.

—Yo debería haberlo organizado de otra manera.

El viejo miró a Aleph suplicante.

—No pensé que me morderría. Creía que le caía bien.

Un destello de dolor atravesó las facciones de Aleph igual que las ondas en la superficie de un estanque.

—En realidad solo le caía bien yo —dijo mirando hacia las montañas —. Era une hurone de una sola mujer.

TAZ, pensó Benny. Estaban hablando de TAZ.

—¿Qué pasó?

Aleph retiró el papel de aluminio a su rollo, dio un mordisco y masticó despacio. Benny miró el movimiento de su delicada mandíbula, la suave contracción de su garganta al tragar. Tenía un trozo de tortilla pegado al labio inferior. Quiso quitárselo. Se lo habría comido de haber podido. Habría estado delicioso.

Aleph debió de darse cuenta de que la miraba.

—Come —dijo.

El rollo estaba relleno de aguacate, lechuga y queso. Hasta que Benny no dio un mordisco, Aleph no empezó a hablar.

—Yo estaba en rehabilitación —dijo—. Pasaron unas cosas y terminé otra vez en el hospital.

No dio explicaciones. Nunca había hablado de su diagnóstico y Benny nunca le había dicho el suyo. No hablaban de temas médicos.

—Vaya mierda —dijo Benny.

—Mierda, sí —repitió el Botellero—. Me pidió que cuidarra de TAZ. Estaba en su jaula en la vieja fábrica, pero no es agradable ver animales enjaulados, ¿entiendes? Así que una noche le solté. Intenté cogerle y me mordió y entonces… —

Dio una única palmada, como una breve explosión, y a continuación se abrazó—. Querría cogerle.

—¿Se escapó?

—Ya —dijo el Botellero. Apretó el puño y golpeó el espacio vacío de su silla, donde debía haber estado su pierna

—. Y no podía perseguirle.

—¿Sigue en la fábrica?

—No —dijo Aleph—. En la fábrica había ratas y el gerente llamó a un exterminador. Pusieron veneno. Lo sabíamos. Por eso TAZ tenía que estar en la jaula.

—¿TAZ comió veneno?

Aleph asintió con la cabeza.

—Odiaba las ratas. Debió de odiar morir como una.

—El exterminador también es compatriota mío —dijo el Botellero—. Encontró a TAZ y me le trajo. TAZ había muerto.

Mi amigo se sentía fatal. Llorró.

—Es un buen tipo —dijo Aleph después de terminarse su rollo—. Nos dejó su camioneta para poder celebrar aquí el funeral. —Arrugó el papel de aluminio y lo metió en la bolsa de plástico, luego empezó a rebuscar dentro de su mochila—.

No sé por qué me importa tanto. TAZ era une hurone domesticade, pero también indómite. Quería honrar eso.

Benny asintió con la cabeza. Nunca le había gustado le hurone. Siempre había tenido la sensación de que el animal de Aleph le tenía manía, pero estaba dispuesto a sentirse triste si Aleph lo estaba. La miró sacar otro rollo y quitarle el envoltorio, contento porque seguía teniendo hambre.

—Por eso le llamé TAZ —dijo Aleph—. Había estado leyendo cosas sobre vida salvaje y zonas temporalmente autónomas y el nombre se me quedó. Quería traerle de vuelta a la naturaleza. Me pareció que se merecía una zona autónoma más permanente, por ejemplo, en la cima de una montaña.

Benny se quedó pensativo.

—Igual podías cambiarle el nombre —dijo—. ¿A PAZ?

Aleph sonrió con tristeza.

—Es una bonita idea, pero TAZ no era permanente. Nadie lo es. —Miró a Benny y le brillaban los ojos—. Sé que tú también le querías.

Benny asintió con la cabeza, aunque aquello no era verdad.

—Por eso te mandé el mensaje —dijo Aleph mientras le ofrecía el rollo.

Benny lo cogió, esperando otra tortilla. Pero lo que vio fue el cuerpo alargado y rígido de le hurone boca arriba, en un ataúd de papel de aluminio. Tenía el pelo apelmazado y sucio y un ojo abierto, mirando, apagado y resentido, a Benny.

—Habría querido que estuvieras —dijo Aleph—. Y yo también quería.

¡Lo quería allí! Benny la oyó decirlo, oyó las palabras y quiso decir

algo en respuesta que fuera inteligente y profundo y trascendental. Miró el paquete de papel de aluminio. Las manitas y los piececitos de le hurone estaban enroscados, y el hocico puntiagudo parecía reseco y arrugado y más afilado que antes. El cuerpo era sorprendentemente ligero, más aún que el sándwich que acababa de comerse.

—Pensaba que era una tortilla —dijo.

¡No me lo puedo creer! ¿Se puede ser más lerdo?

Aleph sonrió con tristeza.

—El exterminador me le congeló hasta que me dieron el alta.

—¿Qué vas a hacer con elle?

¿Cuántas preguntas tontas más vas a hacer, puto cretino?

—Quería hacer una pira funeraria y cremarle, pero sigue estando prohibido hacer fuego, así que tenemos que enterrarle.

—Mejor —dijo Benny.

Mira tú, el experto.

—Supongo —dijo Aleph—. Así regresa a la tierra y es más orgánico. Pero me gustaba la idea de que formara parte del viento y el aire.

Benny miró el viento en las copas de los árboles.

—Nunca lo había pensado.

Pero ¿tú piensas alguna vez?

—Y, de todas maneras, ya hay demasiado humo en el aire

—dijo Aleph—. No quiero añadir más. —Se puso de pie y se desperezó —. Vamos.

—¿Qué hago con elle? —preguntó Benny.

¿Qué tal si te metes esa tortilla de hurone por el culo, so lerdo?

—Envuélvele y nos le llevamos.

Aleph miró al Botellero, que se había dormido en la silla con la cabeza doblada hacia delante igual que un pesado saco de arena.

—Tendremos que ir sin él.

50

Annabelle arrastró dos bolsas más a la acera y las puso en lo alto del montón junto al bordillo. Ya había sacado todo lo no reciclable del porche delantero. Ahora solo quedaba lo del porche trasero y el jardincito, y todo el papel para reciclar de dentro de la casa. Se sacó el inhalador del bolsillo y lo usó. Le dolía la cadera. Tenía que proponerse de verdad salir y hacer algo de ejercicio. Quizá cuando mejorara la calidad del aire.

Pronto llegarían las lluvias y se llevarían el humo que quedaba en el cielo. Estaba deseando que llegara el invierno, los largos días grises y el frío suave y húmedo que te quitaba los remordimientos por quedarte en casa abrigada y calentita.

Miró su reloj. El Inútil iría aquella noche a hacer su inspección y todavía tenía tarea por delante. Benny había prometido que la

ayudaría al volver del instituto, pero necesitaba seguir centrada.

Un cuervo graznó desde el cable de alta tensión y Annabelle levantó la vista. El pájaro la observaba con su ojillo negro brillante.

—Vale, vale —dijo Annabelle—. Qué impaciencia…

Rodeó cojeando la casa hasta el comedero de la parte de atrás. El cuervo la siguió mientras llamaba a sus amigos.

Vinieron uno a uno, volando de un tejado a otro, de una rama a otra, en un remolino de alas y plumas negras relucientes, y se posaron en la valla que daba al callejón. Desde allí observaron a Annabelle subir los peldaños hundidos hasta la cocina.

Ladearon la cabeza y esperaron. Cuando reapareció con un pastel de luna en la mano, uno de los pájaros jóvenes más grandes y atrevidos voló hasta la barandilla del porche y fue dando saltitos hasta la plataforma.

—Pero bueno, cada vez estás más descarado —le dijo Annabelle—. ¿Crees que te vas a ir de rositas? ¿No te ha enseñado modales tu mamá?

El joven cuervo cabeceó y ahuecó las plumas. «Cra», dijo, y Annabelle rio. Había visto a ese cuervo en particular salir volando con un pastel entero en el pico, de manera que lo partió en trocitos y le ofreció uno.

—Toma. ¿Lo quieres?

Esperó. El joven cuervo ladeó la cabeza y su ojillo negro brillante fue mirando alternativamente el pastel y la cara de Annabelle. Esta había intentado enseñarle a comer de su mano, aunque sabía que no debía. Hacía seguimiento de las noticias relativas al Servicio de Parques, así que sabía que a los animales salvajes no les convenía aclimatarse a los humanos, pero aquel cuervo era tan mono… Y tan listo además…

—Venga —le dijo—. No te voy a hacer daño.

El cuervo se acercó un poco más y estiró el cuello mientras batía las alas para no caer de la barandilla. Sacó más y más el pico largo y afilado hasta que la punta estuvo a milímetros de los dedos de Annabelle y entonces, en el último minuto, retrocedió y se alejó volando.

—Así que no eres tan valiente después de todo —dijo Annabelle. Dejó

caer el trozo de pastel en la plataforma y esparció el resto—. Que no se te olvide repartirlo con tus

hermanos. —Se separó y, al instante, el joven cuervo regresó, cogió el trozo más grande de pastel y se fue volando; el resto lo siguió, en grupos de dos y tres.

Durante los meses siguientes a la muerte de Kenji, Annabelle se olvidaba algunos días de darles de comer y, cuando así era, los cuervos protestaban junto a su ventana. A algunas personas les habría irritado aquel jaleo, pero nunca a Annabelle. Los pájaros la saludaban con graznidos y aleteos.

La estudiaban. Conocían sus hábitos. Podía incluso decirse que, a su córvida manera, le tenían cariño, o al menos esa era la impresión que le daba, y lo agradecía.

Cuando hubieron comido todos los cuervos, inspeccionó el jardín trasero. Había avanzado algo, pero aún quedaba mucho por hacer y no podía sacar más basura a la acera sin arriesgarse a que la multaran. Debería haber empezado semanas atrás. Bueno, ya no tenía remedio. Tendría que usar el contenedor de la Tienda de Segunda Mano y confiar en que nadie la viera. Sacó como pudo dos bolsas grandes por la cancela y, cuando vio que no había nadie en el callejón, las arrastró hasta el contenedor y las colocó encima, en un lado.

En la acera había desperdigados algunos artículos infantiles —

una silla de coche para bebé, un moisés— y se detuvo a inspeccionarlos. El cochecito de Benny estaba en algún lugar de la casa, pero llevaba años sin verlo. ¿Estaría en el armario del pasillo? Recordaba vagamente verlo allí, pero hacía tiempo que no visitaba ese armario. Bueno, ahora tenía la ocasión de desembarazarse de él. No era momento de sentimentalismos, pensó, mientras volvía a la casa. Era momento de pasar página.

51

Dejaron al Botellero durmiendo con su maletín, una bolsa de frutos secos y una botella de agua. Le prendieron una nota en el pecho, donde estaban seguros de que la vería al despertar.

«Hemos ido a la cima —decía la nota—. Si nos necesitas, mándanos un mensaje. ¡No toques el freno!»

Treparon por los árboles caídos y, mientras subían por la pendiente

cubierta de roca desprendida, los árboles empezaron a escasear y el cielo azul se hizo más grande, creciendo sobre sus cabezas y después ensanchándose en todas las direcciones igual que un gran tazón, de modo que, cuando salieron al pináculo rocoso que señalaba la cima, era tan grande que parte de él quedaba bajo sus pies. Benny nunca había estado más alto que el cielo y el panorama le dio vértigo. Miró hacia las crestas de las montañas que ondulaban en dirección al cielo.

Vio rectángulos secos y muertos que delimitaban los bosques talados, y franjas ennegrecidas allí donde se había quemado la chavasca, pero, en su mayor parte, las montañas estaban cubiertas de árboles verdes, los más cercanos de un tono oscuro, los distantes atenuados por el rocío, el humo y la bruma. A continuación de la línea más pálida de árboles veían el mar, y los cargueros que llevaban residuos electrónicos a China no eran más que motas en el agua color gris apagado.

Una fuerte brisa llegaba del mar y transportaba un leve olor a sal, a humo y a madera quemada.

Era como estar en la cima del mundo. Se quedaron allí, juntos, con la cara al viento. Aleph se puso de puntillas y se inclinó hacia delante con aspecto de ir a caerse, pero el viento la sostuvo. Su pelo color blanco hielo, alborotado por el viento, se despegaba de su cabeza como si fuera algo vivo.

Cerró los ojos. Cuando tomó aire se le hincharon las aletas de la nariz, y cuando lo soltó, sus palabras viajaron en el flujo de su suspiro.

—Bonito, ¿eh?

—Sí —dijo Benny, consciente de que debía estar admirando el paisaje, pero incapaz de apartar los ojos de Aleph. Estaba tan precariamente bella, allí en el borde…

Aleph sonrió como si presintiera que Benny no estaba mirando el paisaje.

—Cierra los ojos tú también —dijo—. Cierra los ojos y escucha con atención.

Así que eso hizo Benny.

Fue una sensación extraña. Desde que empezó a oír voces, había perdido la costumbre de escuchar con atención. No podía evitar oír las voces porque estaban allí, pero después descubrió que no tenía que

escucharlas, y la mayor parte del tiempo no lo hacía. Esto era distinto. Oía el viento y nada más

—¡nada más!—, y era sencillo y hermoso, subiendo y bajando de volumen, silbando y amainando para volver a arreciar. Era real. Era la cosa más real que había oído nunca, y cuando abrió los ojos se encontró con la mirada de Aleph.

—¿Lo has oído?

—¿El viento?

—El mundo, respirando.

Lo condujo hasta un bosquecillo de abetos enanos y se sentaron a la sombra, mirando al mar. No hablaron, pero no hacía falta. Benny estaba acalorado después de la subida y a la sombra se estaba bien. Cerró los ojos y trató de escuchar otra vez, y oyó un pequeño sonido procedente del musgo, a su espalda.

—¡Anda! —dijo. Abrió los ojos y se giró para mirar.

Aleph siguió su mirada.

—¿Qué?

Benny vaciló. No quería parecer tonto.

—Mi sombra.

—No tienes sombra, estamos en la sombra.

Benny asintió.

—Ya lo sé. Por eso casi no la he oído.

Miró a Aleph para ver si lo creía loco, pero estaba estudiando un montículo de musgo con forma de almohada que había detrás de él.

—¿Qué ha dicho?

—Nada. Solo que estaba cansada. De escalar la montaña al sol. Le gusta la sombra de los árboles porque así puede descansar. ¿Te parece raro?

—No —dijo Aleph, seria—. Tu sombra tiene razón. Este es un sitio perfecto para descansar.

Abrió su mochila y sacó una botella de agua y el papel de aluminio que contenía el animal muerto, que dejó en el suelo.

Le quitó el tapón a la botella y bebió, y Benny estudió las ondulaciones de su garganta mientras tragaba. Aleph se secó la boca con el dorso de la mano y le pasó la botella. Benny dio un sorbo, asombrado de que sus labios tocaran el mismo borde que habían tocado los de ella un momento antes. Pasó la lengua por el interior del cuello de la botella con la esperanza de probar su sabor. Tenía ganas de seguir bebiendo, pero se contuvo y le puso el tapón.

Aleph se giró para arrodillarse a su lado y apartó ramitas de la almohada de musgo. Desenvolvió a le hurone muerte y separó el rígido cuerpo del papel de aluminio.

—¿Crees que a tu sombra le importará compartir este sitio?

Benny negó con la cabeza. Estaba bastante seguro de que su sombra se había ido, pero era difícil saberlo. Aleph dejó le hurone en la almohada musgosa. Le limpió una mancha de tierra.

—Ya está —dijo sentándose sobre sus talones—. Aquí estás bien.

Se puso de pie y estiró los brazos por encima de su cabeza, arqueando la espalda y dejando ver una esquirla de piel plateada y el hueso afilado y tatuado de su cadera. A continuación volvió a sentarse, cerca de Benny, pero con le hurone todavía entre los dos. Benny miró el animal muerto.

Incluso estando muerto…

—¿Le vas a dejar ahí y ya?

Aleph estaba mirando al mar y al principio Benny creyó que no le había oído, pero entonces habló.

—Es un entierro a cielo abierto. Lo hacen en el Tíbet cuando alguien muere, pero con un animal tiene aún más sentido. Porque, a ver, ¿para qué meterlos bajo tierra? Estamos aquí, en la cima del mundo. Para ellos es mejor estar al aire libre. Hasta que dejan de estar.

—Pero es une hurone.

—¿Y?

—¿No viven bajo tierra?

Aleph frunció el ceño.

—Bien visto. Pero a TAZ le gustaba estar sobre el nivel del suelo. Era bastante sociable. Y podemos taparle con un poco de musgo. —Cogió unos cuantos trozos largos y fibrosos de liquen de pelo de bruja y los puso sobre el animal a modo de manta—. Ojalá estuviera aquí el hombre B. Le ha escrito un poema a TAZ. Quería leerlo. —Alisó el liquen—. ¿Crees que se disgustará?

Benny no le veía la cara, pero sí oyó el dolor en su voz y esto lo sorprendió. Estaba acostumbrado a oír dolor en las voces de las cosas, y a menudo sabía enseguida cómo se sentían. Pero los seres humanos eran más opacos. Y luego estaba la pregunta esa. ¿Por qué iba a saber él lo que sentía el hombre B? Aleph lo conocía mucho mejor que él.

—No —dijo, pero no tenía ni idea de si esto era o no cierto.

Aleph se había puesto a mirar el mar de nuevo.

—Me enseñó la historia que escribiste. La de la pata de la mesa.

—Ah —dijo Benny—. Eso. —Se había olvidado de la pata de la mesa —. Era una estupidez.

—Era triste.

—Lo siento —dijo, porque no quería entristecerla.

—No, triste, pero en el buen sentido.

—Ah, qué bien —dijo porque quería complacerla, pero entonces cayó en la cuenta de que no entendía—. Espera, ¿se puede estar triste en el buen sentido?

—Claro. El arte te puede poner triste. O la música. O un libro.

—¿Un libro?

—Claro. ¿Nunca te ha puesto triste un libro?

Benny pensó en *Escudos y armamento medievales* y *Diseño de jardines bizantinos*.

—No.

—Pues vaya. Igual deberías probar a leer otra clase de libros.

Benny se quedó callado. Esos libros era lo que leía para no estar triste. Pensó en el libro que estaba leyendo su madre, *Magia ordenada*. Lo había visto abierto encima de su cama.

Aquel librito parecía triste, o quizá simplemente estaba desanimado.

—Mi madre lee libros —dijo—. Creo que está siempre triste, pero no en el buen sentido.

—Eso debe de ser duro.

Benny se encogió de hombros.

—Mi madre está bien.

—Duro para ti, quiero decir.

Benny nunca se había parado a pensar si la tristeza de Annabelle era dura para él o no.

—Intenta ser feliz. Y yo ya me he acostumbrado.

—Al hombre B le pasa igual —dijo Aleph—. Intenta ser feliz. Por eso bebe.

Benny consideró esto unos instantes.

—¿Sabes las voces esas que oye el hombre B?

—Sí.

—¿Y sabes que yo también las oigo?

—Sí.

—Entonces, crees que… —Vaciló—. Ya sabes…

—¿Qué?

Había un filo de dureza en su voz.

—Nada.

—Dilo —dijo Aleph—. ¿Que si creo que porque oyes voces vas a terminar como el hombre B, convertido en un viejo anodino sin hogar y en silla de ruedas, sin una pierna, con los dientes podridos, que necesita una ducha, bebe demasiado y recoge botellas y pide limosna

para sobrevivir?

El filo de su tono se estaba convirtiendo en una cuchilla.

¡Peligro!

—Es lo que quieres decir, ¿verdad? —preguntó Aleph. Con los ojos entrecerrados. Mirando a Benny.

Este asintió, triste.

Aleph lo miró con atención. Benny contuvo el aliento; su vida entera estaba en ascuas, esperando su veredicto.

—No, Benny —dijo por fin Aleph—. Para nada.

Benny sintió una oleada de alivio, pero Aleph no había terminado.

—Porque el hombre B tampoco es eso. Te crees que es un viejo vagabundo chiflado, pero no es verdad. Es un poeta. Y

un filósofo. Y un maestro. Y él no es el loco, Benny Oh. Loco es este puto mundo en el que vivimos. Loco es el capitalismo.

El neoliberalismo, el materialismo y nuestra mierda de cultura del consumo. La puta meritocracia que te dice que es malo estar triste y que, si estás roto, es culpa tuya, pero, oye, no te preocupes ¡porque el capitalismo te puede curar! ¡Tómate

estas pastillas milagrosas, vete a una tienda y cómprate cualquier mierda nueva! Son los médicos y los psiquiatras y la medicina corporativa y las grandes farmacéuticas, que ganan miles de millones de dólares diciéndonos que estamos locos y después vendiéndonos sus supuestas curas… Eso sí que es una puta locura…

Estaba jadeando. El sol había desaparecido en el horizonte detrás de un espeso banco de nubes y el cielo empezaba a oscurecerse.

—Perdona —dijo Aleph.

Benny no entendía, pero intuía que Aleph tenía razón. O

más bien intuía que, puesto que estaba tan convencida, entonces él también. Quería desesperadamente creer en lo mismo que ella. Aleph estaba mirando más allá de las montañas, hacia el mar.

—El hombre B es un puto revolucionario, Benny. Y

también el hombre más bueno que ha existido. Me encontró en la calle cuando yo tenía catorce años y me cuidó. Cada vez que me escapaba del hogar de acogida en que me metían, o volvía a las drogas, allí estaba él para recogerme. Me enseñó cosas, sobre arte y sobre libros. Me protegió de la escoria… O por lo menos lo intentó.

Se giró hacia Benny. Se acercó a él por encima de le hurone muerte y a continuación le cogió la mano y tiró de ella hasta colocársela entre las rodillas.

—Y qué si oyes voces. Mucha gente lo hace. Eso no te convierte en él, pero ¿quién sabe? Igual terminas siendo un poeta o un filósofo o un revolucionario tú también. —Le apretó la mano y luego se la soltó—. Eres quien eres, Benny Oh. No dejes que nadie te diga que eso es un problema.

La mano de Benny remoloneó en la rodilla de Aleph, reacia a volver a él. Hubo un momento incómodo.

—Se va a hacer de noche —dijo Aleph—. Será mejor que volvamos. — Se giró y se arrodilló junto a su animal muerto y

se agachó hasta que sus labios tocaron su oreja—. Adiós, queridísime TAZ —susurró—. Te quiero. Siempre te llevaré conmigo.

Benny la miró, deseando una vez más ser le hurone muerte.

Aleph se enderezó, se desperezó de nuevo y sacó su teléfono.

—Voy a decirle al hombre B que ya volvemos. Oye, ¿has escrito a tu madre?

52

Estoy con amigos. No te preocupes!

Su teléfono hizo *ping* cuando apareció el mensaje en la pantalla. Alrededor de un minuto después volvió a hacer *ping,* en un débil intento de llamar su atención, pero en vano.

También había notificaciones del instituto, pero, sepultado bajo un

montón de correo basura en la mesa de la cocina, el teléfono estaba en silencio e impotente.

En aquel momento Annabelle estaba sacando al porche el viejo cochecito de Benny por la puerta trasera. En equilibrio sobre el cochecito había una caja de cartón llena de libros viejos, botas y pequeños electrodomésticos rotos. Encima de la caja había un gran ventilador de plástico manchado de excrementos de mosca y un juego mohoso de palos de golf que Kenji había comprado y nunca usado y que había aparecido en el armario junto con el cochecito. Estaba contenta. El cochecito era un medio de transporte perfecto. Los libros los iba a llevar a la Tienda de Segunda Mano, y estaba segura de que también se quedarían con el cochecito, el ventilador y los palos de golf. Quizá no con las botas, que estaban gastadas y cubiertas de telarañas, aunque había hecho lo posible por limpiarlas. Tal vez alguien pudiera arreglar los electrodomésticos rotos, pero, si resultaba que la Tienda de Segunda Mano no los quería, siempre podía tirarlos al contenedor a la vuelta.

Se paró en el porche y examinó el cochecito cargado y los maltrechos escalones. En lugar de empujarlo, sería más fácil bajar los peldaños de espaldas tirando de él. Se colocó en posición y tiró del reposapiés que había acomodado los piececitos de Benny. La madera astillada del escalón se hundió bajo su peso y la pesada caja se balanceó sobre su cabeza.

Aquello iba a ser más difícil de lo que parecía, y por un momento consideró la posibilidad de vaciar el cochecito y bajar las cosas poco a poco, pero se hacía tarde, la Tienda de Segunda Mano iba a cerrar y tenía que recoger a Benny del instituto. Bajó otro peldaño y tiró del cochecito hacia ella. Las ruedas delanteras giraron en el aire mientras Annabelle sujetaba el eje en un intento por soportar el peso del coche con una mano y estabilizar la carga con la otra, pero era mucho pedir. Tiró con demasiada fuerza y las ruedas traseras se salieron del peldaño y la montaña de cosas tembló, se balanceó y volcó. Rodó por las escaleras con un grito y cuando el cochecito y su carga le cayeron encima con estrépito, se golpeó la cabeza con el cemento del suelo.

Se quedó bocarriba y perdió el conocimiento de forma intermitente. Era vagamente consciente del dolor que migraba por su cuerpo. Iba desde la base de la cabeza, bajaba por la columna y la cadera para, a continuación, saltar a la muñeca y el brazo, y ahora había algo afilado que se le clavaba y algo pesado que le impedía moverse. Pestañeó, abrió los ojos, vio la suela de una bota y los bordes del cielo oscureciéndose. Trató de desplazar el ventilador cuadrado que tenía

encima del pecho, pero el movimiento le causó dolor, así que paró. Era tarde, Benny estaría a punto de volver de clase. Eso era bueno.

Podría ayudarla. Pero había algo más. Se estremeció, de pronto sentía frío. ¿Acaso era ya invierno? Benny estaba en el instituto. Estaría llegando a casa…, ¡pero no! ¡Ya no podía coger solo el autobús! ¡Tenía que ir ella a buscarlo y la estaba esperando! Movió el brazo, ahuyentó el dolor y empujó el peso hasta que se desplazó. Algo cayó a su lado. Un horno tostador de sobremesa. ¿Dónde tenía el móvil? Oyó un gemido

procedente de su garganta a medida que el dolor empeoraba y entonces algo se movió en los contornos de su campo visual.

Una ráfaga de oscuridad, una mancha negra y luego otra.

Cerró los ojos y el mundo desapareció.

¿Cuánto tiempo estuvo allí tumbada? ¿Unos minutos? ¿Unas horas? Era finales de octubre y los días se acortaban, el tiempo era frío y desabrido y las lluvias de otoño eligieron aquel momento para hacer su aparición. Qué oportunas. Cuando cayeron las primeras gotas, seguía allí tumbada.

Dentro de la casa, bajo el montón de correo basura, su teléfono móvil hizo *ping* y la pantalla se iluminó.

Vuelvo mañana por la mañana. No te enfades, vale?

Un cuervo se posó en el tejado. Ladeó la cabeza y fijó su ojillo saltón en Annabelle. Llegó un segundo cuervo, y un tercero, y siguió la bandada entera. Uno a uno bajaron volando y se posaron en el suelo, a su lado. Con cautela al principio, y después más confiados, se acercaron a ella, aletearon y se instalaron encima, extendiendo las alas para mantenerla abrigada y seca.

Benny

No lo sabía. No sabía que se había caído. Solo quería decirle que estaba bien para que no se pusiera nerviosa. No me devolvió el mensaje, así que pensé que estaría cabreada, pero que se le pasaría. De haber estado preocupada de verdad, me habría contestado. Por lo

menos eso fue lo que pensé. No sabía que se había caído. No sabía lo de los cuervos.

El Libro

53

Bajaron hasta la roca, donde los esperaba el hombre B. Estaba leyendo un libro y garabateando poemas en los márgenes y se las había arreglado para que en la botella de agua que le habían dejado hubiera ahora vodka. Aleph no dijo nada, solo apretó los labios y empezó a sacar cosas de las bolsas de lona y a alejar el material de acampada del barranco, hasta un área despejada junto a los árboles que estaba cubierta de musgo crujiente. Los sacos de dormir eran viejos y olían a sótano húmedo y a pelo sin lavar, pero a Benny no le importó. Le hacía feliz que Aleph hubiera llevado uno para él y también que hubiera llevado más comida; más sándwiches enrollados , patatas fritas y un contenedor de plástico con salsa para mojar.

Aleph le dijo que los rollos se debían a que Mackson había rescatado una caja sin abrir de tortillas quemadas por congelación del cubo de basura de un restaurante mexicano.

Mackson es un espigador increíble, dijo. Las patatas y la salsa para mojar eran del mismo sitio. Benny no sabía lo que era un espigador, pero quería serlo.

—¿Viene Mackson?

Quizá el saco de dormir de sobra era para él, o quizá Aleph y él iban a compartir uno, lo que sería aún peor.

—¿Que si viene dónde?

—Aquí.

Estaban desenrollando la tienda y Aleph se detuvo y se sacudió el pelo de la cara.

—No, ha vuelto a la universidad.

Aquello no tenía sentido. Mackson no tenía más que dieciséis años. En Pedipsi había estado en el Equipo Azul, que

era para los chicos mayores, pero no lo bastante para ir a la universidad.

—Se graduó en el instituto a los quince y empezó la universidad inmediatamente después —dijo Aleph—. Es superlisto, en plan genio o algo así, pero tiene demasiada presión.

A Benny le cabreó que Mackson fuera un genio, pero no dijo nada.

—A mitad del segundo año se le fue la pinza y sus padres le hicieron volver a casa.

Qué raro. Benny nunca había pensado que Mackson tuviera padres. Se lo dijo a Aleph y esta rio, pero sin mala intención.

—Todo el mundo tiene padres, Benny.

A este le vinieron dos cosas a la cabeza. Una era que tampoco lograba imaginar a Aleph con padres. Decía que se había escapado de casa, pero, incluso antes de eso, que hubiera crecido en un hogar con una madre y un padre y tal vez un perro era una imagen que, sencillamente, no le encajaba. Le parecía más probable que fuera una extraterrestre nacida de un hermoso huevo alienígena, y no lo decía con mala intención.

Sencillamente parecía salida de un sueño.

La segunda cosa que pensó era que tampoco se imaginaba a sí mismo teniendo padre y madre. Las dos cosas no. Ya no.

—¿Dónde están tus padres? —preguntó.

Aleph estaba husmeando el forro de franela del saco de dormir y arrugó la nariz.

—No tengo.

—Pero has dicho…

—Todo el mundo menos yo.

Así que quizá lo del hermoso huevo alienígena era verdad.

Estaba claro que Aleph no quería hablar del tema y a Benny le interesaba más saber otra cosa.

—¿Mackson y tú estáis…? —Se interrumpió a mitad de frase.

¡Venga ya! ¡No me digas que le vas a preguntar eso!

—¿Que si estamos qué?

—Nada.

Pregunta, caraculo. O no preguntes. Porque la verdad es que no es tu puto asunto.

Aleph estaba acuclillada en el musgo extendiendo las mantas. Miró a Benny y entrecerró los ojos. Un último rayo de sol atrapó su pómulo y el brillo dorado dio valor a Benny.

—Que si estáis…, no sé…, juntos.

—¿Que si somos pareja? —Aleph frunció el ceño, pero Benny presintió que se estaba divirtiendo—. No. Mackson es genial, pero solo somos amigos. Además, los dos estamos convalecientes, así que lo del rollo romántico no es una posibilidad, ¿entiendes?

—Sí, claro.

No sabía de qué le estaba hablando Aleph, pero por dentro se sentía loco de felicidad.

Qué pena das, tío.

—Nos conocimos en Pedipsi y, cuando salimos, Mackson nos pidió a unos cuantos que lo ayudáramos con un grupo. El KSP.

—Ah, vale —dijo Benny.

Mentiroso. Gilipollas.

—¿Ese grupo no es para proteger animales?

Aleph rio.

—No. Es un grupo de apoyo entre pares.

Bruja, murmuró la voz, pero Aleph tenía tan poco aspecto de bruja, acuclillada en el musgo con la cabeza ladeada y

explicando cosas, que la voz se rindió y se quedó callada.

—Para personas jóvenes que han sido etiquetadas como locas o diagnosticadas con alguna enfermedad mental. El grupo sigue funcionando, pero Mackson ha vuelto a clase.

—¿Qué significa KSP?

—Colectivo Socialista de Pacientes.

Benny seguía sin entender, pero esta vez no pensaba disimularlo.

—Colectivo se escribe con ce.

—En alemán se dice *Kollective,* con ka. Nos estaba hablando de él el hombre B. Estuvo en ese grupo de estudiantes y pacientes psiquiátricos en Heidelberg en la década de los setenta, cuando iba a la universidad. Ellos sí que sabían lo que hacían. Sabían que no eran ellos los locos. Ellos estaba cuerdos. El capitalismo era lo que había vuelto locos a todos los demás.

Benny miró hacia la cima de la montaña.

—Como lo que me has dicho cuando estábamos arriba.

—Exacto.

Llevaron los bocadillos y la comida de vuelta a la roca. El hombre B estaba sentado en su silla con el cuaderno en el regazo, mirando la puesta de sol, y se sentaron en el suelo a su lado. Parecía tranquilo, sumiso y no demasiado borracho, pero Aleph seguía pareciendo irritada. Le preguntó con cierta sequedad si estaba bien y él se limitó a asentir con la cabeza, a suspirar y a señalar el horizonte con su bolígrafo.

—Qué belleza —dijo—. Pronto llegarrán las lluvias.

Y así era. Sobre la ciudad ya se habían formado oscuros nubarrones, pero en el mar el cielo era de un azul índigo intenso. Una delgada línea anaranjada flotaba en el horizonte donde antes había estado el sol y un fulgor rosáceo, como un recuerdo, centelleaba en la superficie del agua. En primer

plano, las formas oscuras y amenazantes de las islas parecían bestias gigantescas preparándose para dormir. Incluso el viento había amainado. El hombre B habló con suavidad al viento.

—Cuando yo erra joven y aún tenía dos piernas, me gustaba esquiar y escalar montañas. Ahorra casi nunca salgo de la ciudad y escalar montañas es imposible. —Miró a Aleph, sentada junto a su silla de ruedas, abrazándose las rodillas—.

Gracias, querrida mía.

El tono de su voz hizo que Benny levantara la vista. Vio tristeza en la cara del anciano y quiso que hicieran las paces.

Aleph al principio no dijo nada, y Benny pensó que seguía enfadada por el vodka, pero entonces, con un hilo de voz, como un niño que ha hecho algo malo, Aleph dijo:

—He dejado a TAZ arriba.

El anciano cerró los ojos y por un momento su gran cabeza pareció demasiado pesada para que el cuello la sostuviera, pero entonces se enderezó en la silla.

—Entiendo —dijo asintiendo despacio—. Un entierro a cielo abierto.

—Debería haber esperado a que estuvieras tú.

—Yo no puedo subir tan alto.

—Entonces, deberíamos haberlo hecho aquí abajo.

—No, no. Es perfecto. En la cima del mundo.

—Pero habías hecho un poema…

El viejo le puso una mano áspera en la coronilla con suavidad, como si quisiera mantenerla pegada a la tierra con el peso.

—A los hurrones no les interresa la poesía. Has hecho lo correcto, querrida mía. No hace falta nada más.

Aquella noche durmieron en la montaña como gusanos dentro de sus capullos, los tres en hilera. Sobre ellos, el oscuro cielo nocturno suspiraba y, debajo, Benny oía la respiración de la

tierra y el crujido del musgo cada vez que se movía, algo que intentaba evitar, pero tenía a Aleph a su lado, tan cerca que casi se tocaban, y Benny estaba temblando, vibrando literalmente, no de frío, sino por la proximidad. Estaba seguro de que se daría cuenta y diría algo, pero no fue así. Estaba charlando con el hombre B y Benny se tumbó boca arriba, con los brazos rígidos pegados a los costados, y trató de no temblar mientras miraba a un vacío que era más grande y más negro que nada que hubiera visto antes. Había estrellas, pero estaban a millones de años luz, y estaba la luna, pero no era más que un agujero pequeño y pálido en la negrura. A veces pasaban aviones

con las luces de navegación apuntando hacia Asia, y también había satélites: satélites meteorológicos de órbita baja, satélites de telecomunicaciones, satélites GPS, satélites militares de reconocimiento que daban vueltas alrededor del globo en megaconstelaciones igual que brillantes planetas en una misión espacial. Benny pensó que molaban, pero el Botellero echaba pestes de ellos en voz baja. Se acabaron los cielos oscuros, decía. Se acabó la astronomía. Ptolomeo, Copérnico y Galileo llorarían si lo vieran. Y luego toda esa basura espacial girando alrededor de la Tierra igual que una nube gigante de mosquitos: cohetes aceleradores antiguos, satélites y armas estropeados; las bolsas de basura rusa de la estación espacial Mir; por no hablar de todas las cosas que pierde la gente en la tierra, como un guante, un reloj, una llave inglesa o un cepillo de dientes. El espacio era un vertedero, decía el hombre B. Cuando él era un niño en Eslovenia no había basura en el espacio exterior. El espacio estaba limpio como una patena.

Benny se asustó. La basura espacial era algo en lo que nunca había pensado cuando miraba el cielo por las noches, porque el espacio le parecía algo enorme y vacío, pero ahora, mientras escuchaba y miraba hacia arriba, sintió la presencia del Cometa Oscuro acechando en los contornos de su percepción. El Cometa Oscuro siempre empezaba igual, como una minúscula mota de materia en su cabeza, emitiendo ondas

de densa energía que oscilaban a través de él, vibrando y haciéndose más y más grandes, aplastándolo hasta que…

«¡No!», pensó buscando a tientas su Tarjeta de Afrontamiento, pero no existían técnicas de afrontamiento cuando estabas en lo alto de una montaña al lado de la chica de la que estás enamorado y con el Cometa Oscuro dirigiéndose hacia ti a gran velocidad.

Entonces la voz de Aleph, igual que una brisa leve, le rozó la oreja.

—¿Estás bien?

Benny no podía contestar, así que asintió con la cabeza, aunque ella no podía verlo.

—¿Tienes el inhalador?

Entonces se acordó. Lo tenía en el bolsillo. Lo sacó, lo usó y se sintió mejor.

La voz del hombre B viajó por la oscuridad.

—¿Te da miedo, joven colegial?

Hablaba del espacio. Hablaba del vacío y del silencio.

—No… —dijo Benny.

¡Mentiroso!

—Puede. Un poco. Nunca había dormido al raso.

La mano de Aleph se arrastró por el musgo igual que un animalillo subterráneo que busca calor. Benny la oyó acercarse, la notó rozarle el brazo y bajar por su saco de dormir, más abajo de la muñeca, hasta la palma de su mano.

Notó los dedos de Aleph entrelazar los suyos mientras tiraba de su mano por el musgo, hacia ella. Se llevó los nudillos de Benny a los labios y luego le cogió la mano entre las suyas y se la puso bajo el mentón, como en una plegaria. Benny dejó de temblar.

Le daba igual que Aleph supiera que tenía miedo. Quería que lo supiera, y también el hombre B. Quería que lo supieran todo, pero las palabras no le salían, y en el largo silencio que siguió, uno a uno se fueron quedando dormidos.

54

Lo primero que vio el Inútil cuando dobló la esquina en su Nissan fue la silueta negra y brillante de las bolsas de basura amontonadas en la acera mojada de lluvia delante de la casa de su madre. Aparcó y se quedó mirando, apoyado en el volante, con el motor en marcha. En la luz fría y brillante de los faros, vio la lluvia caer en el plástico húmedo. Apagó el motor, salió del coche, cerró de un portazo y dio una patada a una bolsa que bloqueaba la acera. Sucia y estúpida *gweipo*. Esto sin duda les costaría una multa, pero que la pagara ella. Encendió un cigarrillo, expulsó el humo y se subió el cuello de la chaqueta.

El porche delantero tenía mejor aspecto. No se lo había esperado. Entrecerró los ojos y estudió la mitad del edificio en la que vivía su madre. También estaba descuidada, pero con una mano de pintura quedaría como nueva. Ya no faltaba mucho. El agente inmobiliario estaba preparado para poner la casa en venta, solo quedaba sacar a la *gweipo,* decía Fung, así que ¿a qué coño esperaba? Apagó el cigarrillo con el tacón, subió los escalones del porche de dos en dos y llamó fuerte.

Cuando nadie abrió, miró por la ventana delantera. Por una abertura de las cortinas vio el resplandor de uno de los ordenadores de la señora. Su madre decía que su trabajo consistía en leer periódicos, pero eso era evidentemente una patraña, puesto que a nadie podían pagarle por eso. Con todo ese equipo informático, tenía que estar metida en algo gordo.

Cuando la desalojara, quizá se lo quedaría él. Con un equipo así se podían hacer negocios importantes. Fung lo arreglaría.

Llamó en el cristal, primero con los nudillos y luego con el puño, pero siguió sin haber respuesta, así que se dirigió a la parte trasera. La mujer estaba avisada de su visita y estaba decidido a encontrarla. No podía esconderse de él, ni hablar.

Apenas había despejado la basura que había apilada en el lateral del edificio. Bien, pensó al pasar. Tú dame excusas, bonita, no necesito más, y entonces dobló la esquina y se paró en seco.

Al pie de las escaleras del porche, debajo de un carrito de niño volcado, estaba el cadáver de la enorme mujer *gweipo*.

Estaba tendida en el suelo, rodeada de cosas. Botas. Libros.

Una tostadora. Un ventilador compacto. Basura. Se quedó mirando, incapaz de reaccionar. También había encontrado a su madre en el suelo, pero ella era menuda y estaba viva y le chillaba incluso con la cadera rota. Esta *gweipo* era grande, gorda y estaba mortalmente callada, y había algo más, algo reluciente y negro cubriéndole el cuerpo. Dio un paso adelante y entonces lo vio, vio la cosa verdaderamente jodida que lo llenó de espanto y que lo perseguiría en sueños: estaba cubierta de cuervos. Estaba cubierta de cuervos que se la estaban comiendo.

Nadie merecía eso.

En el suelo había unos palos de golf tirados de cualquier manera. Cogió un hierro nueve y corrió hacia los cuervos, blandiéndolo y gritando:

—¡Apartaos de ella, cabrones!

En un remolino de alas batientes y plumas negras, la bandada se separó del cuerpo igual que una capa oscura y voló hacia el callejón. El Inútil la miró irse mientras soltaba maldiciones, y allí seguía, con el hierro nueve levantado sobre su cabeza, cuando los párpados de la

señora temblaron y esta pestañeó y abrió los ojos.

—Huy —dijo mirándolo, desconcertada.

El Inútil bajó la vista y dio un respingo.

—Joder, señora, ¡está viva!

Annabelle levantó un poco la cabeza con una mueca de dolor y se miró el resto del cuerpo.

—No —dijo débilmente. Volvió a mirar al Inútil y vio el hierro nueve —. ¡Huy! ¿Estaba intentando matarme?

Le parecía tan claro, tan obvio. No recordaba haberse caído, de modo que cuando volvió en sí y sintió el dolor que le recorría el cuerpo y vio al Inútil de pie junto a ella con el palo de golf levantado, ¿qué otra cosa iba a pensar? Le pareció recordar que no le caía bien. ¿O era él quien no le caía bien a ella? Sí, era eso. No le gustaba el Inútil porque le daba miedo, porque estaba intentando matarla. Todo encajaba. Trató de sentarse, pero el dolor era demasiado intenso. No podía hacer nada. Era el fin. Cuando el Inútil soltó el palo, llamó a Emergencias y empezó a quitarle el cochecito de encima, Annabelle siguió tendida con los ojos cerrados esperando la muerte. ¿Por qué no lo hacía de una vez? Por favor, pensó, y entonces, milagrosamente, como en respuesta a una plegaria que no había formulado, oyó sirenas que se acercaban, chirrido de frenos y puertas que se cerraban de golpe. ¿Qué ha pasado?

¿Se ha caído por las escaleras? Annabelle abrió los ojos. Ah, no, agente, explicó. Ese hombre ha intentado matarme.

Los paramédicos la examinaron. Annabelle oyó los chasquidos de los *walkie-talkies* y al Inútil explicando que no había habido ningún ataque, que no estaba intentando matar a la señora, que había llamado él a Emergencias, ¡le había salvado la vida! La había salvado de terminar devorada por unos asquerosos cuervos que habían trepado por su cuerpo y estado a punto de comerse su carne y picotear sus huesos.

Annabelle sabía que esto no era cierto. Los cuervos de Kenji jamás se la comerían, y estaba segura de lo que había visto: al Inútil Wong encima de ella blandiendo un palo de golf.

Pero sus heridas contaban una historia distinta. No se las podían haber hecho con un hierro nueve, explicaron los paramédicos. Debía de

haber tropezado y caído por los escalones, y señalaron las botas, los libros y los palos de golf esparcidos por el suelo. Ya en la camilla, Annabelle se dio cuenta de que debían de tener razón. Intentó explicarse. Eran las cosas de mi marido. Está muerto. Estaba haciendo limpieza

en el armario. Ha sido un accidente. Lo siento. Me he equivocado. Convencidos, los policías volvieron a su coche.

Los paramédicos la subieron a la parte trasera de la ambulancia. El Inútil acechaba en las sombras fuera de la casa.

—Lo siento —dijo Annabelle—. Gracias por encontrarme.

El Inútil se encogió de hombros.

—Está bien, no pasa nada.

Había algo más, pero Annabelle no lograba recordar. Miró al hijo de su casera, recostado contra el lateral de la casa de dos plantas, con una mano tapando la marca de nacimiento, algo que le había visto hacer desde que era adolescente.

Siempre había sido un niño nervioso y lleno de tics, y ahora era un hombre nervioso y lleno de tics. La policía se había ido, pero él parecía estar esperando. ¿El qué? Entonces recordó.

Había ido a inspeccionar su casa. No había terminado de ordenar y ahora era demasiado tarde. El paramédico fue a cerrar la puerta y el Inútil metió la cabeza.

—Oiga, señora Oh, ¿necesita que haga alguna cosa?

—Ah, no, gracias —dijo Annabelle. Henry. Se llamaba Henry. Quizá no fuera tan mal hijo, después de todo, pero entonces recordó—. ¡Espere! —gritó—. ¿Ha visto a Benny?

¿Dónde está? —Intentó incorporarse, pero estaba sujeta a la camilla—. Por favor —le dijo al paramédico, cogiéndole el brazo—. Tengo que recoger a mi hijo del instituto. Me está esperando. No está bien. ¿Dónde está mi teléfono? Henry, ¿lo puedes buscar? Creo que lo dejé en la mesa de la cocina. Por favor, no podemos irnos todavía. Necesito mi teléfono. ¡Tengo que llamar a mi hijo!

Mientras miraba al Inútil subir los escalones, abrirse paso entre la basura del porche y empujar la puerta, una imagen de la cocina —del

estado en que la había dejado— se formó en su cabeza. Su intención había sido limpiarlo todo antes de que el Inútil viniera a inspeccionar. Nunca le había dejado entrar en

la casa y ahora lo vería todo. Dejó caer la cabeza y se tumbó de nuevo en la camilla.

—Ay, Dios mío —susurró—. ¿Qué he hecho?

55

En la cima de la montaña, el viento se había calmado y una espesa niebla había llegado desde el mar y tapado la luna y las estrellas. Benny se despertó y vio que la mano de Aleph ya no estaba. ¿De verdad la había tenido cogida o había sido un sueño? Oyó los ronquidos del Botellero y la respiración callada de Aleph. Parecían estar muy cerca, como si los tres estuvieran tumbados bajo la misma manta, solo que las mantas dan calor, y la niebla era fría. Tenía la nariz como un trocito de hielo. Necesitaba hacer pis, pero no quería salir del saco, así que esperó todo lo que pudo y entonces salió y echó a andar.

Las rocas eran afiladas y el musgo crujía bajo sus calcetines.

Se detuvo y escuchó. No quería que lo oyeran hacer pis, así que caminó un poco más. Sin la luz de la luna, la noche era tan oscura que apenas distinguía los árboles hasta estar casi encima de ellos. Pisó unos arbustos y retrocedió. Ya no aguantaba más. El chorro de pis salpicó ruidosamente los matorrales. Cuando terminó, se subió la cremallera, se giró y dio un paso, pero se detuvo. *¡Peligro!* La oscuridad era total.

Un vacío espeso, frío y negro que lo envolvía de silencio.

Intentó oír los ronquidos del hombre B, pero se había alejado demasiado.

Dio un paso más y la roca se alisó bajo sus pies. El pico escarpado donde habían comido estaba allí cerca, en algún lugar. Debería haber cogido el teléfono para iluminarse, pero se había quedado sin batería. *¡Estúpido!* Caminó despacio con las manos delante del cuerpo, esforzándose por escudriñar en la oscuridad y escuchando con más atención de lo que había escuchado jamás. ¿Dónde estaba el precipicio? Recordaba la caída vertical y los árboles diminutos abajo del todo. Dio medio paso más y su pie resbaló en un tramo de esquisto

desprendido. Se levantó una corriente de aire caliente igual que un susurro.

Para.

Se paró. La voz era callada y firme y parecía proceder de la corriente de aire ascendente.

Retrocede dos pasos.

Eso hizo.

Bien. Ahora, despacio, agáchate.

Se acuclilló y tocó la roca caliente con las dos manos, como si eso pudiera mantenerlo sujeto al suelo. Oía la sangre latirle en los oídos.

No te muevas. Estate muy quieto. Espera…

Esperó, aguzando el oído, a que llegaran más instrucciones.

La corriente de aire soplaba a su alrededor y le hacía cosquillas en la cara. ¿Cuánto tiempo estuvo así? No tenía forma de saberlo. Encorvado, dormitó a ratos.

Entonces, a lo lejos, oyó su voz. Procedía de algún punto situado a su espalda, de los pliegues más lejanos de niebla y de silencio.

—¿Benny?

Un delgado haz de luz parpadeó sobre la roca húmeda que había a su lado.

—Estoy aquí —gimoteó girándose hacia la luz.

El haz se acercó. Benny se puso de pie, pero tenía las piernas temblorosas, acalambradas de estar en cuclillas. Se le doblaron las rodillas y empezó a caer, pero Aleph ya había llegado y lo sujetó por la muñeca.

—Joder —dijo, y lo abrazó con fuerza, luego lo soltó y le alumbró la cara con la linterna—. ¿Tú estás loco o qué te pasa?

Benny parpadeó y levantó la mano para protegerse de la luz.

—¿Qué pasa?

Aleph enfocó con la linterna el lugar donde había estado agachado. El haz de luz recorrió el escarpado borde del precipicio antes de desaparecer en la oscuridad que había a continuación. Un paso más y se habría caído. Aleph volvió a enfocar a Benny.

—¿Qué estabas haciendo?

—Necesitaba hacer pis —dijo Benny—. Estaba oscuro. Me perdí.

Aleph respiró hondo y exhaló.

—Vamos. Hace frío.

Benny la siguió de vuelta al campamento. El hombre B

seguía roncando. Benny se metió en su saco y se tumbó de espaldas. Oía a Aleph respirar a su lado y tuvo la impresión de que estaba esperando a que dijera algo más.

—No iba a hacerlo, de verdad —susurró—. Saltar, digo.

Hubo una larga pausa.

—Vale.

—No vi el precipicio. No sabía que estaba ahí. Casi me caigo… —Se estremeció al recordar la corriente de aire cálido ascendente. Hubo un rumor cuando Aleph se puso de espaldas y Benny notó sus ojos en él, mirándolo en la oscuridad—. Pero entonces oí algo.

—¿El qué?

—Una voz. —Vaciló—. Pero no como las que oigo normalmente.

—¿Cuáles oyes normalmente?

—Cosas sueltas, sin más. Algunas son personales, como mi crítico interior o mi robot.

—¿Tienes un robot interior?

Benny asintió con la cabeza.

—Guau. Yo solo tengo demonios. Demonios y monstruos.

La cara de Aleph estaba tan cerca que Benny notaba su aliento en la mejilla. Se puso de lado de manera que estuvieran los dos cara a cara,

nariz con nariz.

—Menuda mierda —dijo.

—Pues sí. Entonces, ¿qué voz era la del precipicio?

—Era nueva. La oí por primera vez en el Taller de Encuadernación.

—¿Es una cosa?

—En realidad no. Pero tampoco una persona. Es como algo a medio camino.

—¿Qué dijo?

—No mucho. La noche en el Taller de Encuadernación fue algo sobre libros. Creo que quería decir más. Se lo noté.

—Supongo que eso tiene sentido porque era el Taller de Encuadernación. ¿No te asustaste?

—No. —Estaba mintiendo, así que se calló—. Bueno, un poco. Pero esta noche creo que me ha salvado. Estaba totalmente oscuro y no veía nada. Me habría caído por el precipicio, pero me dijo que me parara y te esperara.

—¿Sabía que yo iba a venir?

—Sí, creo que sabe cosas.

—¿Qué cosas?

—Pues lo que va a pasar. En mi vida.

—¿Lee el futuro?

—Más o menos. Pero también el pasado. Y creo que puede hacer que pasen cosas.

—¿Qué clase de cosas?

—No sé. Cosas en mi vida. No puedo explicarlo, pero es como poderosa…

—Como Dios o algo así.

—Puede ser. Es como si tuviera planes para mí. Eso es lo que dice la

gente de Dios, ¿no?

—La verdad es que cuando he dicho lo de Dios estaba de broma.

—Ah.

—¿En serio crees que hace que pasen cosas?

Sonaba disparatado.

—No sé. Es una sensación.

—¿Te da miedo?

—Un poco.

—Si te salvó la vida, igual es una voz buena. Amiga. Igual te está protegiendo.

—Igual.

—Los amigos están bien —dijo Aleph—. Es bueno tener amigos. —Su mano reptó de nuevo por el musgo y su palma descansó en el pecho de Benny—. Duerme un poco, ¿vale?

El corazón de Benny le latía con fuerza bajo la palma de Aleph. Puso una mano encima de la de ella y la cogió.

Hazlo, susurró una voz. *Lo estás deseando…*

Se incorporó hasta apoyarse en un codo. Aleph se colocó boca arriba.

¡Hazlo! ¡Ahora!

Así que lo hizo.

No fue un beso largo ni tampoco bueno. Apuntó mal y erró y terminó besándole la comisura de la boca, o más bien la

mejilla, en realidad, y en ese momento el beso podía haberse convertido en algo inocuo y nada sexi, la clase de beso que le darías a tu tía, pero no fue así. En lugar de eso, Benny cambió el peso del cuerpo de modo que los labios de ambos coincidieran por completo. Los labios de Aleph eran suaves y jugosos como frambuesas, y salados como una tortilla de maíz.

Un sabor a levadura y que, en cierta manera, le resultó familiar, como

si lo hubiera soñado. Benny jamás había besado a nadie, excepto a su madre y a su padre, y no sabía qué hacer a continuación, pero entendió que algo más tenía que ocurrir. Aleph no le estaba ayudando exactamente, pero tampoco lo estaba rechazando, así que aumentó un poco la presión. Notaba la dureza de los dientes de ella bajo la piel y a continuación sus labios moviéndose contra los su…

—¿Benny…?

Los labios de Aleph estaban formando su nombre. Benny detectó su nombre en el aliento de ella e inhaló profundo. ¡Sí!

¡Benny era él! Quizá por primera vez en su vida era completamente él. Notó las manos de Aleph contra su pecho, justo encima del corazón, empujando, de modo que se apartó.

Su cuerpo estaba vivo y el de Aleph también. Detrás de sus párpados centellearon estrellas. Arqueó la espalda e hizo ademán de incorporarse, de tocar…

—Benny, no…

¿No?

Vaciló. Algo iba mal. ¿Qué era eso de no cuando todo, incluso las estrellas, decía *¡Sí, sí, sí!?* ¿Cómo podía no entenderlo? Que la besaba porque la quería y el amor era bueno, ¡y la voz le había dicho que lo hiciera! Las palabras no eran de fiar. El «no» de Aleph debía de ser una equivocación.

Su «no» estaba confundido y no quería decir lo que decía.

Presionó más fuerte con los labios y durante un largo instante Aleph se relajó e incluso pareció devolverle un poco el beso antes de suspirar y girar la cabeza.

—No, Benny. No podemos…

Benny se tumbó de espaldas y miró al cielo. Esta vez no había confusión posible. El significado estaba claro. El «no»

de Aleph significaba «No». Él era el confundido, el que no entendía. Porque era estúpido. Porque era un cretino. Porque era demasiado joven. Sabía que tenía que disculparse, pero no le salían las palabras. Quería desaparecer, pero no podía.

Aleph le puso una mano en la mejilla ardiente.

—Lo siento —dijo, que eran las palabras que tenía que haber dicho él, y a continuación se giró y le dio la espalda. La oyó exhalar, despacio y con cuidado, a la noche.

Benny

Fuiste tú, ¿verdad? Sabías que quería besarla ¡y me dijiste que lo hiciera!

Pasó todo tan deprisa que no estaba seguro, pero ahora lo entiendo. Era tu voz. *¡Hazlo!,* dijiste. Así que lo hice.

¿Estabas de puta coña? Sabías que era una estupidez. ¡Eres un libro!

Tenías que saber cómo terminaría, pero aun así me obligaste a hacerlo…

¿Por qué? ¿Porque era más interesante, más romántico o alguna otra gilipol ez? ¡Igual es que querías mirar! ¡Menuda mierda! Me estabas usando, me hiciste hacer cosas para poder contar una historia mejor.

Putos libros.

Deberías haber dejado que me cayera por el precipicio y que me muriera.

El Libro

Ay, Benny, no. Nosotros no te mandamos besarla. No fue nuestra voz la que obedeciste. Era la voz de un impulso mucho más primario y apremiante del que ningún libro es capaz de despertar.

Pero algo de razón sí tienes. Porque, si bien no te obligamos a hacerlo, tampoco te habríamos detenido, de haber tenido la capacidad. A los libros siempre nos gusta el romanticismo, el melodrama, esa es la verdad. Llámanos lascivos (y muchos lo han hecho), pero necesitábamos que probaras sus labios para así probarlos también nosotros.

Queríamos esas palabras para describir vuestro beso. Las personas os dejáis llevar por vuestras pasiones corporales, pero para los libros la pasión por las palabras es igual de innegable.

Así que te equivocas en lo de que te hicimos besarla —los libros no somos omnipotentes, tampoco somos ni chulos ni alcahuetes—, pero sí

somos culpables de haberlo querido, y si te sientes utilizado, entonces lo sentimos. De hecho, ya lo sentíamos mientras ocurría.

No nos crees. Lo sabemos. Y ahora estás intentando reprimirnos, como se reprime el recuerdo de cosas que queremos olvidar.

Así que no nos dejas elección. Nosotros no somos otra de tus voces aleatorias, Benny. Somos tu Libro y este es nuestro trabajo. Tenemos que contártelo.

56

Después de aquello, casi no dormiste. Seguiste tumbado, con las mejillas ardiendo en el frío aire nocturno, escuchando la sangre latirte en los oídos. El sonido de la sangre era un sonido interno, procedente de las profundidades de tu cuerpo, pero también había sonidos externos; oías la respiración de Aleph y los ronquidos del viejo y, en algún lugar de la montaña, el

grito de un ave nocturna. Y luego estaban los sonidos nuevos, que nunca habías oído. Variables y discordantes, parecían llegar de muy lejos, de toda la basura perdida que flotaba en el espacio.

En algún lugar ahí fuera, el Cometa Oscuro esperaba.

Cuanto más pensabas en lo que habías hecho, más nervioso te ponías. La habías cagado a base de bien. Porque por supuesto Aleph no quería besarte. ¿Por qué iba a querer? ¿Por qué iba nadie a querer besarte? *Porque es una zorra y tú no eres más que un puto crío, un idiota, un cretino, un niñato pringado que merece morir, así que muérete, ¿vale? ¡Tírate por el puto precipicio de una vez y haz que se arrepienta! ¿A qué esperas?*

Pero esperaste. Recordaste la Tarjeta de Afrontamiento.

Seguiste allí respirando y contando, contando y respirando, hasta que por fin, justo antes del amanecer, te quedaste dormido.

Cuando te despertaste, el sol había salido y los otros dos ya estaban levantados. Aleph preparaba café en un hornillo que había hecho con unas latas viejas. Te preguntó si querías.

Parecía de buen humor. Como si no hubiera pasado nada.

Negaste con la cabeza. El hecho de que no bebieras café te hizo sentir como un niño pequeño, pero el hornillo hecho de latas molaba y en

otras circunstancias le habrías preguntado cómo funcionaba, pero ahora te fuiste a hacer pis. Cuando volviste estaban sentados al borde del precipicio por el que casi te habías caído la noche anterior, sorbiendo café y hablando tranquilamente, mirando al mar. Cuando Aleph te vio, te ofreció una taza. Era chocolate caliente. Una bebida de niños. Diste un sorbo y estaba delicioso, pero en ese momento la odiaste.

La bajada de la montaña fue mucho más dura que la subida.

Aleph y tú tuvisteis que unir fuerzas para evitar que la silla de ruedas del hombre B se saliera del camino. A menudo, al estar tan juntos, vuestros codos se rozaban, o vuestros hombros,

caderas, manos, y cuando eso ocurría te apartabas. En una ocasión, en un tramo empinado y cubierto de grava, la silla de ruedas patinó en una roca que se deshizo bajo vuestros pies y soltaste las empuñaduras para no tocar el brazo de Aleph.

Entonces se volvió a mirarte con la cara roja por el esfuerzo de frenar las ruedas.

—Estás muy raro y necesito que pares.

Volviste a coger las empuñaduras, pero después de aquello no te dirigió la palabra durante todo el descenso y tú a ella tampoco.

El Botellero presintió que algo pasaba. Iba en su precaria silla, sujetando el maletín y hablando otra vez de Walter Benjamin, de la tragedia de su muerte y de la conspiración que se había formado alrededor de esta. Había quienes negaban su suicidio e insistían en que había muerto de un ataque al corazón. Otros afirmaban que lo habían matado agentes estalinistas. El certificado de defunción español atribuía la muerte a una hemorragia cerebral. El maletín que contenía el misterioso manuscrito desapareció y, a pesar de los esfuerzos de los amigos de Benjamin, nunca se encontró.

—Ahorra nadie lo leerrá —dijo con tristeza el hombre B—.

Erra su último libro. Le dijo a sus amigos que había que salvarlo, que no podía caer en manos de la Gestapo. Dijo que erra más importante que su vida.

Aquella afirmación te puso furioso.

—No creo que los libros sean más importantes que la vida de una

persona —dijiste. La rueda de la silla se enganchó en una raíz, así que le diste un fuerte empujón.

—Ah —dijo el hombre B—. Eso es porque todavía no has escrito ninguno. Cuando hayas escrito un libro, verrás.

—Menuda gilipollez —dijiste mientras la silla volvía a avanzar—. Yo nunca voy a escribir un libro.

—Tú esperra —dijo el viejo—. Y verrás. Todos llevamos un libro dentro, Benny.

En aquel momento, la idea de llevar un libro dentro de ti te resultó monstruosa.

—Yo no —dijiste, pero, o bien el anciano no te oyó, o no te hizo caso. Se había puesto otra vez a hablar de Walter Benjamin.

—Qué gran tragedia —dijo moviendo la cabeza—. No hay nada más triste que un libro perdido.

Y, dicho esto, se sumió en un silencio alicaído.

En el trayecto de vuelta a la ciudad ninguno hablasteis. Te dejaron delante de tu casa. Aleph aparcó la furgoneta junto a un montón de basura y bolsas de reciclar. Con el motor en marcha, alargó la mano y te estrechó la tuya. El cuerpo se te puso rígido. *¡Peligro!*

—Lo siento —dijo en voz baja—. Te quiero, Benny. Pero no de esa manera, ¿vale?

Zorra, dijo una voz. Pues vale.

Te quedaste en la acera viendo la camioneta alejarse, y cuando desapareció de la vista te diste la vuelta y tropezaste con una bolsa de basura. Le diste una patada, fuerte, y otra y otra, hasta que se hizo un agujero y salieron algunos discos, y entonces te acordaste. Habías prometido a tu madre ayudarla a ordenar cuando volvieras del instituto. Eso había sido el día anterior. No te había contestado al mensaje, pero te habías quedado sin batería en la montaña. Probablemente había estado intentando localizarte toda la noche y ahora la habías cagado a base de bien.

Volviste a meter los discos en la bolsa con el pie. En el cielo, los cuervos de tu padre te observaban. Estaban posados en el tendido eléctrico, graznando como hacían cuando querían que les dieran de

comer. Fuiste hacia la parte de atrás de la casa y, uno a uno, te siguieron. Cuando doblaste la esquina

bajaron y se posaron en la barandilla, cerca del comedero vacío. ¿Por qué no les había dado de comer tu madre? El suelo en el arranque de los escalones estaba cubierto de basura. El cochecito de cuando eras pequeño estaba volcado. ¿Qué hacía ahí? Pasaste por encima de él y entraste. La casa estaba en silencio. Seguía hecha un desastre. Fuiste al cuarto de estar. El Centro de Control estaba vacío, pero caíste en la cuenta de que era sábado. El día libre de tu madre.

Volviste a la cocina, te serviste un tazón de cereales y pusiste el teléfono a cargar. La Melita de tu madre estaba en la encimera, así que decidiste prepararte un café. Colocaste el filtro en el cacillo y echaste una cucharada colmada y después otra. Herviste agua, la añadiste y dejaste que se filtrara. Diste un sorbo y a continuación escupiste en el fregadero.

Ya en el piso de arriba, te detuviste delante de la puerta de Annabelle y prestaste atención. Debe de seguir durmiendo, pensaste, lo que quizá significaba que no estaba tan enfadada después de todo. Aliviado, fuiste a tu cuarto, te quitaste la ropa y te metiste en la cama. En la mesa junto a la almohada estaban los *Cuentos* de los hermanos Grimm que habías cogido en la Biblioteca. La maraña de apariencia venosa de raíces y ramas en relieve de la cubierta rojo sangre te recordó la montaña, y pensaste en lo que había dicho el hombre B

durante el descenso, que todo el mundo tiene un libro dentro.

Te levantaste y llevaste el libro de los Grimm a la otra punta de la habitación, lejos de tu cabeza, luego te tumbaste otra vez, te tapaste los oídos con los Grundig y te quedaste dormido.

Te despertó el débil sonido del timbre de la puerta. Había una mujer tocándolo, pero se detuvo cuando abriste.

Retrocedió asustada al verte, como si fueras un marciano del espacio exterior, pero tenías puestos los Grundig, así que no era de extrañar.

—¿Eres Benny? —Se presentó. Se llamaba Ashley algo.

Era trabajadora social del hospital—. Tu madre tuvo un accidente anoche.

Hizo una pausa y te miró. Los Grundig hacían que sonara desde muy lejos.

—Se cayó por las escaleras y se la llevaron al hospital. —

Se interrumpió de nuevo. Esperando. Estudiando tu cara. Tal vez parecías confuso porque dijo—: ¿No quieres saber si está bien?

Asentiste con la cabeza.

Está muerta, dijo una voz. *Y es solo culpa tuya.*

—Sufrió heridas bastante graves. Se recuperará, pero está preocupadísima por ti. Vamos.

De camino al hospital, te hundiste en el asiento del pasajero de su coche, con los Grundig puestos y tratando de no escuchar sus preguntas: dónde habías estado, por qué no avisaste a tu madre. Supusiste que no le gustabas demasiado, lo que estaba bien porque tú tampoco te gustabas a ti mismo, y la voz no dejó en ningún momento de murmurar: *Culpa tuya, culpa tuya, culpa tuya…*

¿Cuánto de esto recuerdas, Benny?

¿Benny?

¿Estás ahí?

¿Nos oyes?

¿Estás escuchando?

57

Annabelle apenas recordaba su caída, pero nunca olvidaría la larga noche que pasó en urgencias después. El Inútil no había sido capaz de encontrar su móvil debajo de todo lo que había en la mesa de la cocina, aunque dudaba que se hubiera esforzado mucho. Había llamado a la policía desde el teléfono de pago de la sala de espera de urgencias y solicitado poner una denuncia de desaparición, pero se había topado con la misma burocracia de la primera vez. Había pedido hablar con el agente Hooley, pero no estaba de servicio. Al final se había

alterado tanto que las enfermeras le habían dado un sedante y fue entonces cuando entró en escena la trabajadora social.

Ashley era una chica encantadora, alegre y llena de energía, con una melena rubia hasta los hombros y una voluntad de escuchar intensamente sincera. Hizo muchas preguntas sobre el accidente de

Annabelle, su trabajo y su situación en casa.

Preguntó también por Benny y Kenji. Pareció consternada por el hecho de que Annabelle no tuviera a quien llamar para pedir ayuda excepto a su hijo adolescente. Se sentó en el borde de la silla, junto a la cama, y dio palmaditas a Annabelle en la mano, acercándose de vez en cuando para ofrecerle un pañuelo de papel y emitiendo pequeños gruñidos de apoyo. Su mirada azul era como un vacío capaz de succionarte todo el dolor, y a Annabelle le gustó desde el primer momento, pero hablar tanto la agotó, de manera que Ashley le dijo que tratara de descansar y se marchó. Cuando Annabelle se despertó horas más tarde, Benny estaba sentado en la silla con esos auriculares ridículos que habían sido de su padre, viendo un noticiario matinal sobre las inminentes elecciones en el televisor sin sonido.

Se había ido de acampada con amigos, dijo. Estaba perfectamente. Sentía haberse ido del instituto sin decírselo a nadie. Sentía no haber llamado. Se le había muerto el teléfono.

El hecho de que pidiera disculpas era todo un logro, decidió Annabelle. Parecía alicaído, distante pero colaborador, y con ayuda de Ashley, elaboraron un plan para cuando dieran el alta a Annabelle. Hasta que pudiera subir las escaleras a su habitación, dormiría en el sofá cama del piso de abajo, así que aquella tarde Benny despejó caminos en el cuarto de estar, el pasillo y el baño de abajo para que Annabelle pudiera ir de un lugar a otro con las muletas. No podía ni cocinar ni ir a la compra, pero pedirían comida a domicilio para cenar. Benny le haría el desayuno y el café y, de camino a casa por las tardes, podía hacer la compra en la tienda de la esquina. Se compraría leche. Tendría que ir solo en el autobús al instituto, pero pareció estar de acuerdo con eso. Aliviado incluso.

El esguince de muñeca era incómodo, y el tobillo roto, doloroso. Annabelle tenía síntomas propios de la conmoción cerebral: jaquecas, náuseas, pérdida de memoria, mareos cuando trataba de ponerse de pie. Lo único que recordaba del accidente era estar tendida en el suelo mirando al Inútil con el palo de golf levantado encima de ella. Había estado convencida de que intentaba matarla. Pero se había equivocado y después el hombre se había mostrado sorprendentemente compasivo, incluso se había ofrecido a posponer la inspección. ¿Estaba intentando hacerle la pelota mientras en secreto planeaba desahuciarlos?

Cada vez que pensaba en esto, sus jaquecas empeoraban.

No piense, había dicho el médico. No piense, no beba, coma sano, descanse, evite el estrés y, sobre todo, nada de ordenador. Por supuesto, lo primero que hizo al llegar a casa del hospital fue ir cojeando hasta el Centro de Control y mirar su correo, pero al cabo de unos minutos las palabras en la pantalla se pusieron traviesas; perdieron nitidez y el brillo del monitor le daba dolor de cabeza, así que no tuvo más remedio que parar. Siguiendo el consejo del médico, llamó a su supervisor y le dijo que había tenido un accidente y tendría que estar unos días sin trabajar. Charlie se había mostrado sorprendentemente comprensivo también, le había dicho que se cuidara y que no se preocupara. ¿Estaba siendo amable para más adelante despedirla?

La casa estaba silenciosa sin el zumbido de los discos duros, y lo mismo le ocurría a su cabeza sin la continua cháchara de noticias. Era agradable tener tiempo para ponerse al día con sus otros proyectos. Abrió su libro. Estaba leyendo *Magia ordenada* e intentando seguir algunos de los consejos para hacer limpieza. Benny le había bajado el cajón de los calcetines de su dormitorio y recogido los que había sueltos por el suelo y en la colada para que Annabelle pudiera ordenarlos. Era un trabajo calmante, la tarea perfecta para una convalecencia. Estaba revisando la montaña de calcetines, cogiéndolos uno a uno y examinándolos para determinar cuál

le levantaba el ánimo y cuál le hacía sentirse triste. Los tristes estaban raídos o desparejados, y Annabelle se los acercaba al pecho antes de desecharlos respetuosamente. Los pares intactos los doblaba y disponía en el cajón ordenados por colores, creando un arcoíris perfecto de pulcros calcetines.

Aikon tenía razón. Había felicidad en las cosas sencillas y pequeñas hechas con amor y, una vez empezabas, una te llevaba a la otra. Pronto estaría preparada para pasar a las camisetas, y también había una manera correcta de doblarlas.

Dejó el libro y cerró los ojos. Hacía años que no descansaba así en mitad del día. La última vez había sido justo después de nacer Benny. Recordaba vívidamente estar en aquel sofá con su flamante recién nacido a su lado, dormitando y despertándose de vez en cuando para darle el pecho, mientras Kenji cocinaba y le llevaba tazas de té, le masajeaba los pies, los hombros y la barriga.

—Tan vacía —decía frotando la piel suelta que se acumulaba en la pelvis de Annabelle—. Tenemos que llenarte otra vez.

Era una broma, claro, pero dedicaba los días a prepararle toda clase de platos japoneses de lo más nutritivos —sopa miso y sabrosas natillas, fideos y arroz donburi con sus ingredientes preferidos— y después se sentaba en la esquina del sofá con las piernas de Annabelle en el regazo y rasgueaba el ukelele o tocaba suavemente la ocarina mientras miraba al niño mamar y dormir. Por la noche se iba a actuar, pero después del último número volvía derecho a casa, en lugar de colocarse con la banda. Aquellos habían sido buenos tiempos.

Tiempos de esperanza.

Y seguían siéndolo, pensó. Porque ¿de qué servía desesperarse? Las cosas podrían ir mucho peor. Podía haberse partido el cuello al caerse por las escaleras. Y algo horrible podía haberle ocurrido a Benny. Pero en lugar de ello estaba sano y salvo y acostumbrándose al instituto. Buscó su teléfono

y miró la hora. Todavía estaba en clase. Tendría hambre cuando volviera a casa.

Fuera, los cuervos graznaban reclamando su cena.

Annabelle mandó un mensaje a Benny diciéndole que comprara una pizza. Benny no contestó, pero Annabelle no contaba con ello. Se puso de pie y esperó a que se le pasara el mareo. En la cocina ya no quedaban pastelitos de luna, pero encontró una bolsa de Doritos rancios en el cuarto de la lavadora y salió cojeando al porche.

En el comedero había pequeños objetos, un pendiente de perla brillante, un trozo de vidrio marino verde pálido y un tornillo hexagonal. ¡Los cuervos le habían traído más regalos!

Cogió la perla. Por supuesto no era de verdad, pero sí brillante y bonita. El tornillo pesaba, demasiado para que lo transportara un cuervo. El vidrio marino le recordó a Kenji.

Levantó la vista y vio a los cuervos vigilándola con atención.

—Gracias —dijo, y esparció los Doritos por el comedero

—. ¡Gracias!

Uno a uno fueron hacia ella, con las anchas alas negras desplegadas como dedos, acercándose tanto que el aire polvoriento y desplazado le hizo cosquillas en la cara.

Entonces recordó cómo había sido el accidente. Recordó tratar de manipular el cochecito cargado. Recordó el terror de caer de espaldas al vacío, y el frío, y el dolor espantoso. Había empezado a llover. Entonces, como por arte de magia, había llegado una ráfaga de aire y, uno a uno, los cuervos se habían posado, y recordó el cosquilleo de sus garras y el peso de sus cuerpecitos cuando se movieron e instalaron encima de ella, ahuecando las plumas para empollarla como a un huevo gigante.

Los miró picotear y disputarse los Doritos y se le llenaron los ojos de lágrimas de gratitud. Los cuervos la habían mantenido abrigada y seca. La habían salvado.

58

Estimada señora Ai Konishi:

Es la primera vez que escribo una carta a alguien famoso, pero quería darle las gracias por su libro, que está revolucionando mi vida, ¡por no hablar del cajón de mis calcetines! En cuanto empecé a leer *Magia ordenada,* sentí una conexión especial con usted por varios motivos.

En primer lugar, me sentí identi cada con lo que escribe sobre su padrastro porque yo también tuve uno. No era directivo de una multinacional, sino un simple albañil, pero nos trataba mal a mí y a mi madre de maneras en las que no quiero profundizar, pero que creo que usted entendería.

Y luego está el hecho de que usted es una monja zen japonesa y mi marido, Kenji, era japonés y vivió un tiempo en un templo zen. Era músico de jazz y una persona de lo más zen, pero lo perdí en un trágico accidente cuando lo atropel ó un camión. Nuestro hijo, Benny, quedó traumatizado. Entonces acababa de cumplir doce años y quería mucho a su padre, y desde aquel día ha tenido una serie de problemas emocionales. Ahora tiene catorce años y ha cambiado muchísimo. Hay momentos en que ni siquiera lo reconozco. Entiendo que a veces los padres tenemos esa sensación con nuestros hijos adolescentes, pero antes estábamos tan unidos que no puedo evitar sentir que es todo culpa mía, que no hago nada bien.

Antes las cosas no eran así. Cuando Kenji vivía, hacía que todo fuera bien. Los tres salíamos a la cal e y la gente nos miraba a Kenji y a mí y deducían que Benny era nuestro hijo y que éramos una familia. Pero ahora es distinto. La gente nos mira a Benny y a mí y no ven el vínculo, ¿sabe? Piensan que es adoptado. Esto pasaba a veces cuando

Benny era un

bebé y salía sola con él. Se me acercaba gente y me decía

¡Ay, qué niñita tan mona! ¿De dónde es? Nadie cometía esas equivocaciones cuando Kenji nos acompañaba, y ahora que ha muerto tengo la sensación de no ser ya la madre de Benny.

Lo siento, no era mi intención contarle todas mis penas. La verdadera razón por la que quería escribirle es porque tenemos otra cosa más que nos une: los cuervos. ¡Los cuervos son increíbles! Me encantó su historia sobre cómo su maestro cuervo le salvó la vida, y quería contarle una pequeña historia sobre unos cuervos especiales que me salvaron la mía…

59

La mosca en la pared te observaba, te mantenía en el mundo real. Estabas sentado en tu pupitre en tu clase de educación especial. Delante de ti estaba el libro de la Biblioteca que se suponía que estabas leyendo y en el bolsillo llevabas una chincheta que habías robado del tablón de anuncios. La habías hundido en un chicle seco para que no se te clavara al llevarla en el bolsillo. Las chinchetas eran peligrosas, pero no tanto como los libros.

La mosca en la pared sabía lo de la chincheta. La mosca no te quitaba el ojo de encima, te ayudaba a que no se te fuera la olla y, cuando se te empezaba a ir, la mosca hablaba: Benny está inclinado sobre la página, pero sin leer. Está poniendo la mente en blanco para que las palabras no puedan entrar. Benny ya no se fía de los libros, porque los libros son traicioneros. Los libros siempre te están vigilando, tratando de leerte el pensamiento. Te obligan a hacer cosas, incluso algunas que no deberías hacer.

Escriben cosas malas en tu vida y luego se van de la lengua y se las cuentan a todo el mundo.

Que la mosca en la pared supiera tanto de libros te reconfortaba.

Estaba claro que era una mosca lista, y eras afortunado de tenerla. La mosca te leía el pensamiento, pero no te obligaba a hacer cosas. Solo te observaba y contaba lo que pasaba.

Mientras mirabas la página fijamente, las palabras empezaban a desenfocarse, a disolverse en letras que flotaban indefensas en el papel blanco igual que hormigas en un fregadero lleno de agua jabonosa. Intentaban nadar para ponerse a salvo y tú querías ayudarlas. Cuando la profesora no miraba, te metías una mano en el bolsillo y sacabas la chincheta. La punta era afilada y pinchabas sobre el punto al final de una frase hasta que se abría. El punto se convertía en un agujero. Pinchabas otro punto, hacías otro agujero.

Benny se siente mejor ya. Oye a las letras emitir pequeños suspiros de alivio. La página está llena de agujeros, así que la pasa y empieza otra nueva. Cuando cierre las tapas del libro, las letras serán libres de cruzar nadando los agujeros y escapar. Está liberando las letras de sus frases. Una pequeña revolución. Estarán agradecidas.

Oye a las palabras alabándole, como en un himno.

Se imagina lo mucho que se sorprenderá la profesora cuando abra el libro y encuentre páginas vacías, blancas, perforadas. Este pensamiento le hace sonreír, pero entonces se contiene. Es probable que el Libro le esté leyendo el pensamiento, piensa. Mejor no pensar. Abre la mente y deja ir los pensamientos hasta que su mente está tan limpia y vacía como una página en blanco.

Mejor dejar que sea la mosca en la pared la que piense, piensa. Así es más seguro.

Después de clase compraste una pizza hawaiana, la que le gusta a tu madre, y fuiste derecho a casa. Le preguntaste si necesitaba alguna cosa y a continuación ordenaste la cocina y subiste al piso de arriba. Se suponía que tenías que hacer deberes, pero en lugar de ello te sentaste en la cama con los Grundig en las orejas y la manga subida, dejando al descubierto la cara interna del antebrazo izquierdo.

Examinaste la piel pálida, tratando de recordar el trazado de los agujeros en el brazo de Aleph. Sabías que era una constelación porque te lo había dicho ella. Te parecía recordar que había dicho que era Andrómeda. Pero los agujeros en su brazo no eran solo eso. Eran marcas de pinchazos que se había tapado con un tatuaje. Esto no tuvo que decírtelo. Lo habías deducido tú solo.

Encontraste un poco de algodón y una botella de agua oxigenada en el

botiquín del baño y te los llevaste a tu cuarto.

Buscaste Andrómeda en Google y apareció en la pantalla una fotografía de la constelación. Había también un dibujo, que parecía una mujer cayendo por el espacio. Reconociste la forma de las estrellas del brazo de Aleph, así que empezaste a leer. Andrómeda era una hermosa princesa cuyo reinado estaba siendo asolado por un horrible monstruo llamado Ceto, de modo que su padre, el rey, decidió ofrecerla en sacrificio. Hizo que la encadenaran a una roca en el océano para que el monstruo marino se la comiera, pero entonces llegaba un héroe llamado Perseo y mataba al monstruo con una espada de diamante, así que Andrómeda se casaba con él y tenían varios hijos, y cuando Andrómeda moría la diosa Atenea la convertía en estrellas.

Estudiaste las estrellas. Tu madre te llamaba desde el cuarto de estar. Quería que bajaras a calentar la pizza, pero te hiciste el sordo. Copiaste las estrellas en la cara interna de tu antebrazo con un rotulador, luego colocaste la punta de la chincheta sobre la primera estrella, más cercana a la muñeca, y te la clavaste en la piel. El dolor te pareció real y necesario. De haber sido un héroe, podrías rescatar a Aleph de los demonios

y monstruos de su cabeza. De tener una espada de diamante, tal vez incluso se casaría contigo. Del punto brotó una gotita de sangre roja y mientras la mirabas crecer le pusiste un nombre: Alfa Andrómeda, la primera estrella y la más brillante de la constelación, la cabeza de la mujer encadenada.

Mientras limpiabas la sangre con algodón empapado en agua oxigenada, recordaste los dedos manchados de pintura de Aleph sosteniendo tu mano herida, aplicando presión al corte para detener la hemorragia. Esa imagen te calmó. El olor a agua oxigenada te calmó. Quizá, si te hacías agujeros suficientes en la piel, las voces de tu interior los encontrarían y se irían. Quizá era ese el problema. Las palabras estaban atrapadas dentro de ti buscando una salida. Es lo que tienen las palabras. Quieren ver mundo.

60

Benny estaba calladísimo en el piso de arriba. Lo había llamado ya dos veces para que bajara, pero no había contestado. Debía de estar haciendo los deberes, pensó Annabelle, y con esos auriculares puestos probablemente no la oía. Se recostó en la silla. Delante de ella, el monitor brillaba en la oscuridad. Se suponía que no tenía que usar el

ordenador, pero era agradable escribir y enviar por fin la carta de admiradora, incluso si iba dirigida a una completa desconocida que seguramente no llegaría a leerla. También era agradable estar de vuelta en el Centro de Control. Llevaba sin conectarse desde el accidente y había perdido la noción de los días. El tiempo se movía de manera distinta sin sus canales de noticias, y aunque el descanso le había resultado grato, ahora sentía el tirón del mundo. Le gustaba estar al tanto de los acontecimientos, como si con ello ayudara de alguna manera.

Sabía que era una tontería. El mundo no se iba a ir al garete solo porque ella no lo estuviera viendo. Aun así, no estaría de más echar un vistazo a las noticias. Las elecciones acechaban y los incendios forestales seguían activos. Tendría que volver al trabajo y le vendría bien no quedarse demasiado atrás.

Oyó un ruido en el pasillo y levantó la vista en el momento exacto en que la luz del techo se encendió. Desde el accidente era más sensible a la luz y el repentino resplandor la sobresaltó y cerró los ojos. Cuando los abrió, Benny estaba en el umbral.

—Se supone que no tienes que usar el ordenador. Es malo para ti pasar demasiado tiempo delante de la pantalla.

Su voz sonaba rara, plana y sin emoción, como un autómata repitiendo las palabras que solía decirle ella cuando lo pillaba jugando a videojuegos, antes de que Benny renunciara a ellos.

—Tienes razón —dijo—. Ya lo dejo. —Puso el ordenador en modo descanso y se giró—. Oye, ¿tienes hambre? Yo sí.

Hazme un favor y llévate el cajón de los calcetines arriba y luego podemos calentar la pizza.

Benny fue hasta el sofá y señaló el cajón en el suelo.

—¿Este?

—Sí —dijo Annabelle. Y añadió, orgullosa—: ¿Qué te parece?

Benny se encogió de hombros.

—Está bien.

—¿A que queda bonito con todos esos colores? —Le enseñó *Magia ordenada*—. Estoy aprendiendo unos métodos japoneses geniales para

doblar cosas. Ven, te lo voy a enseñar.

Se puso de pie. Esperó un poco a que se le pasara el mareo y luego cojeó hasta el sofá.

—La mujer que escribió el libro es una monja zen, como tu padre. Dice que en Japón creen que todo tiene un espíritu, incluso cosas normales y corrientes como los calcetines y la ropa interior. Tienes que tratarlas bien para que sean felices.

Tus calcetines trabajan mucho para cuidar tus pies y, cuando no están trabajando, les gusta estar bien dobladitos, así, y guardados en un cajón para que puedan descansar y relajarse.

—Eso es un poco raro. —Benny miró a su madre volver a meter los calcetines en el cajón y señaló el montón de desparejados en el suelo —. ¿Qué pasa con esos?

—Esos son los que están muy gastados. Los voy a tirar.

—No les va a gustar.

—Huy, no les importa. Les he dado las gracias. Tienes que darles las gracias primero. Tráeme una bolsa de basura de debajo del fregadero, cariño, y así te enseño la técnica para doblar camisetas. A ti te resultará fácil. Eres ordenado por naturaleza, igual que tu padre. Siempre cuidaba muy bien de sus cosas…

Oyó a Benny trajinar en la cocina.

—… le faltaba cuidarse él. —Miró el cajón—. Bueno, por lo menos sus cosas eran felices. —Levantó la vista cuando Benny entraba en el cuarto de estar—. Y tus cajones siempre están ordenados —añadió alegre—. ¡Así que tus cosas también deben de ser felices!

Benny se agachó junto al triste montón de calcetines arrugados y empezó a meterlos en la bolsa de basura.

—No lo hago para que sean felices —dijo—. Lo hago para que se callen.

El Libro

¿Benny? ¿Me oyes? ¿Sigues enfadado?

Sabemos lo que estás haciendo. Nos damos cuenta de que nos estás bloqueando. De que no piensas, pero es demasiado tarde para eso.

Una cosa es bloquear a tu libro la primera vez que te llama, pero nosotros ya llevamos juntos tantas páginas que, llegados a este punto, no puedes parar y punto. Los libros también tenemos vida propia, Benny. No puedes esconderte de nosotros, y no nos puedes dar la espalda.

Pero no te preocupes, lo entendemos. Es algo difícil de asimilar y tú has trabajado duro y te mereces un descanso, así que tomémonos un pequeño respiro, ¿te parece? Hagamos girar el globo y viajemos en la red rizomática hasta el lado opuesto del planeta, por una estrecha calle lateral hasta un diminuto templo de madera situado en el corazón palpitante de Tokio. Hagamos una visita rápida a la monja.

¿Por qué hacemos esto?, te preguntarás. La respuesta es sencilla. Porque podemos. Porque cuando Annabelle se puso en contacto con Aikon, le escribió aquel correo y le dio a Enviar, su acción completó el circuito de palabras y ahora podemos viajar por él.

61

El correo era largo, estaba en inglés, y le había llevado casi una hora leerlo. Con los de lectores japoneses tardaba menos, claro, pero desde la publicación internacional de *Magia ordenada* llegaban correos de admiradores de todo el mundo.

La mayoría estaban en inglés, una asignatura que nunca había sido el fuerte de Aikon en el colegio, y a menudo tenía que consultar su gastado diccionario inglés-japonés para entender lo que decían. Muchos eran meras notas de agradecimiento de mujeres que habían disfrutado con su libro, pero otros eran misivas más largas y confesionales, llenas de esa alegre

determinación que enmascara un desesperación profunda.

Cuando sacaba tiempo para leerlas, le rompían el corazón a Aikon.

Como esta, de una mujer a cuyo marido había atropellado un camión. Su joven hijo había quedado traumatizado por la muerte de su padre. Había un largo relato sobre cuervos que llevaban regalos a la señora y se sentaron encima de ella cuando se cayó. Había una fotografía, tomada en una playa, de una mujer rubia de dulces facciones en bañador, de pie junto a un hombre japonés menudo con pantalón corto de surf.

Delante de ellos, un niño de cuatro o cinco años posaba para la cámara con una mirada de ojos claros que dio que pensar a Aikon.

Debía de ser el hijo de la pareja, un adolescente ya, con problemas emocionales. Triste.

Aikon archivó el correo y comprobó la bandeja de entrada.

Quedaban todavía centenares de correos de admiradores sin leer y el número crecía por momentos. Cerró los ojos, descansó un instante y a continuación abrió el siguiente, que era de la misma mujer.

¡Hola de nuevo! Siento molestarla otra vez, pero he encontrado una fotografía de mi marido, Kenji, de cuando vivía en el templo zen, y la he escaneado para no volver a perderla, y la adjunto. Y se me había olvidado

completamente otra conexión más, que es que resulta que la madre de mi marido se l amaba Konishi, y se me ha ocurrido que quizá sea pariente suya. ¿No tendrá usted por casualidad un hermano l amado Kenji al que perdió de vista hace mucho tiempo?

Aikon suspiró, se quitó las gafas de cerca y encendió la lámpara de mesa. Konishi era un nombre bastante común y no tenía ningún hermano llamado Kenji al que no veía hacía tiempo. En realidad no tenía hermanos. Quería contestar a la mujer… Quería contestar a todas las mujeres que le escribían, pero eran muchas, y le daba miedo escribir sin querer alguna

cosa en su torpe inglés que hiciera daño en lugar de ayudar, de manera que se limitaba a añadir sus nombres a la lista para la ceremonia del bienestar y a archivar los correos.

Un fuerte repiqueteo resonó en el jardín y levantó la vista.

La encargada de marcar el tiempo, una novicia que acababa de hacer los votos, estaba en el sendero con el mazo de madera, preparada para golpear de nuevo el tambor que señalaba la hora del *zazen* y la plegaria vespertina. Aikon oyó llegar a gente que se quitaba los zapatos y se dirigía hacia el *zendo*.

Desde que su libro entró en las listas de más vendidos en Japón, no cesaban de llegar visitantes al pequeño templo.

Algunos solo iban un par de veces llevados por la curiosidad, pero otros, en su mayoría oficinistas de empresas cercanas, habían empezado a acudir regularmente al *zazen,* a oír sus charlas sobre el *dharma* y a asistir a retiros de un día de duración. Unas pocas mujeres, refugiadas como Aikon del mundo empresarial, pedían quedarse,

ordenarse monjas y vivir allí como sus alumnas, de manera que ahora tenían tres monjas residentes. El templo iba bien, pero, por desgracia, el maestro no había vivido lo bastante para verlo.

Apagó el ordenador. El resto de los correos tendrían que esperar. Se puso de pie despacio, estiró las piernas y se vistió con una túnica más formal. En el altar, encendió velas y una vara de incienso. Junto a Senju Kannon había un retrato enmarcado del maestro. Vestía su mejor túnica ceremonial, que Aikon le había remendado muchas veces porque no podía permitirse una nueva. La miraba desde el marco y, aunque su rictus era severo, sus ojos sonreían, como por efecto de una broma privada que esperaba que Aikon conociera. Esta se acercó la vara de incienso a la frente, pero antes de hacer la ofrenda se detuvo y lo miró, buscó su mirada y la sostuvo, algo que no había hecho jamás mientras el maestro vivía.

Y bien, le preguntó en silencio, ¿estás satisfecho?

Nunca había sabido si su maestro creía o no en ella.

Cuando, rebosante de emoción, le había expuesto su idea de

escribir un libro, se había limitado a seguir sentado con los ojos cerrados y a escucharla pacientemente mientras ella le explicaba que ordenar estaba de moda y que la revista para la que solía trabajar publicaba muchos artículos de estilo de vida sobre hacer limpieza, y que incluso había libros sobre el tema que se habían convertido en superventas internacionales, y cuando por fin terminó, el maestro solo suspiró. Si crees que tu libro ayudará a unas cuantas personas, debes escribirlo, dijo.

Recordó lo apagados que estaban entonces los ojos del maestro, cómo habían perdido todo el brillo y cómo su cabeza estaba gacha, igual que una camelia en un tallo marchito.

Ahora necesito echarme, dijo. Estoy muy cansado.

Aquella fue la última vez que pudo sentarse. En los meses siguientes Aikon había estado pendiente de él mientras trabajaba febrilmente en su libro y escuchaba el sonido de su respiración fatigada. Sabía que no le quedaba demasiado tiempo y quería terminar el libro, de modo que su espíritu estuviera en paz cuando muriera, sabiendo que su templo estaba a salvo. Cada mañana, mediodía y tarde hacía tareas en las dependencias del abad, encendía incienso en el altar, recitaba sutras y hacía postraciones. En ocasiones, mientras recitaba, los labios del maestro se movían. A veces juntaba las palmas de las manos a la

altura del corazón. Y durante todo ese tiempo Senju Kannon lo cuidó. Estaba muy hermosa, sentada en posición de loto, la representación de la bodhisattva de la compasión, cuyo trabajo era cuidar el Reino de los Espíritus Hambrientos. Aikon, que había quitado el polvo a cada uno de sus brazos y cabezas, se sentía muy cercana a ella, y cuando se quedaba escribiendo hasta tarde al lado del maestro, miraba a Senju Kannon y pensaba en los Espíritus Hambrientos, con sus barrigas grandes e hinchadas siempre vacías, sus apetitos insaciables y su infinito deseo de más.

Tenían bocas tan diminutas como cabezas de alfiler y gargantas delgadas como un hilo, de manera que nunca podían consumir lo suficiente para saciarse. Aikon conocía ese tormento.

«Venerada Senju Kannon —rezaba—, por favor, ayúdame a escribir este libro. Por favor, permite que mi libro ayude a otros que sufren como sufrí yo. Por favor, deja que mi libro sea un gran superventas para que pueda costear un tejado nuevo.»

El día que murió su maestro, los techadores no habían cobrado aún. Con gran pesadumbre, Aikon se sentó a su lado y miró cómo luchaba por respirar. Había fracasado en su intento de terminar el libro a tiempo y también en su promesa de llevar dinero al templo. El maestro debía de estar terriblemente decepcionado conmigo, pensaba. Si moría decepcionado, ¿se convertiría en otro espíritu hambriento? Era una idea espantosa. ¿Y qué sería del viejo templo? ¿Se vendería el terreno y el templo sería derribado para levantar edificios de oficinas y rascacielos residenciales? Durante el último mes de su vida, su maestro le había transmitido el *dharma* y la había nombrado su heredera de este, pero sin el templo había poco que heredar o legar. ¿Moriría la estirpe del maestro con él?

¿Y qué sería de ella? ¿Adónde iría?

Fue como si su maestro la oyera. Llevaba días sin responder a estímulos a medida que su respiración se ralentizaba y el silencio entre cada inhalación se hacía más largo. Pero en aquel momento abrió los ojos, la miró y tenía los ojos brillantes y ardiendo de intensidad. No dijo nada, pero no hizo falta. Aikon supo lo que estaba pensando.

—De acuerdo —susurró—. No me voy a rendir. Me las arreglaré para mantener abierto el templo. Lo prometo.

El maestro dio la impresión de haberla oído. La luz en sus ojos pareció

parpadear a modo de respuesta y a continuación pestañeó y los cerró para siempre.

Ahora seguía notando sus ojos mirándola con esa expresión inescrutable desde la fotografía enmarcada. El bucle de humo siguió la punta de la vara de incienso cuando Aikon se inclinó

para hacer la ofrenda y la clavó con firmeza en el cuenco con cenizas.

—Pensabas que no lo conseguiría —dijo—. Pero yo sí.

Su ayudante, otra novicia llamada Kimi, abrió la puerta corredera, inclinó la cabeza y se hizo a un lado para dejarla pasar. Aikon salió al pasillo que llevaba al *zendo,* saludó con una inclinación de cabeza a la encargada de marcar el tiempo y miró de reojo la elegante caligrafía pintada en el tambor de madera. Era un viejo poema zen escrito por su maestro, que, traducido, decía:

Grande es la cuestión del Nacimiento y la Muerte.

La vida pasa. El tiempo no espera.

¡Despierta! ¡Despierta!

¡No hay momento que perder!

El poema, aunque admonitorio, siempre empujaba a Aikon a erguirse y prestar atención. En el *zendo,* se instaló en el antiguo asiento de su maestro y miró las hileras de personas que se acomodaban en sus cojines y se giraban hacia las paredes tersas y blancas mientras se preparaban para la meditación. A un lado estaban los visitantes y feligreses, y en el opuesto, las monjas. Paseó la vista por la fila, revisando la postura de sus alumnas, complacida al comprobar que tenían la espalda recta y la cabeza recién afeitada y brillante en la débil luz crepuscular. Una estirpe de mujeres, pensó Aikon.

Era lo que había conseguido el maestro. Ninguna de ellas la miraba. Estaban sentadas con los ojos bajos, absortas en su meditación, pero, de haber estado mirando, habrían visto una leve sonrisa, como una sombra, parpadear en su cara. Mujeres fuertes, competentes, pensó la abadesa. El anciano había recibido lo que merecía.

62

Estimada señora Konishi:

Espero que no le importe que siga enviándole correos. En cualquier caso, supongo que no los lee, así que no tiene demasiada importancia. Últimamente no tengo lo que se dice una red social y escribirle me ayuda a controlar mis emociones, así que me está ayudando aunque no me conteste.

Pero si resulta que lee este correo y le apetece contestarme, tengo una pregunta concreta sobre mi proyecto de hacer limpieza en casa, que, por cierto, va mejor, porque mi hijo ha empezado a ayudarme. En mi primer correo le contaba que Benny tiene problemas psíquicos, pero la realidad es más grave. Tiene alucinaciones auditivas y cree que las cosas, como por ejemplo sus deportivas, le hablan, lo que no es real (las deportivas sí son reales, me re ero a que no le hablan). Está tomando medicación antipsicótica y pasó un par de meses ingresado en una unidad de psiquiatría infantil, pero, cuando le dieron el alta, sus problemas de comportamiento fueron a peor. Empezó a mentirme y a faltar a clase para irse con unos chicos mayores que conoció en el hospital, y me preocupaba que estuviera tomando drogas. Ahora dice su doctora que puede ser esquizofrénico, pero es difícil saberlo porque no hace más que cambiar de diagnóstico.

Por supuesto, es ya un adolescente, así que parte de su mal comportamiento puede achacarse a las hormonas, pero el caso es que he estado preocupadísima.

Estos días, en cambio, me siento algo más esperanzada, porque desde mi pequeño accidente, cuando me caí por las escaleras y los cuervos me salvaron, Benny ha estado ayudándome en la casa, haciendo la compra y ordenando.

No sé qué haría sin él. Sigue muy introvertido, pero su doctora cree que está mejorando, de manera que es un

avance. Su padre tenía un problema con el alcohol y las drogas, y a veces me preocupa que Benny lo haya heredado. Kenji casi nunca consumía drogas duras, pero le encantaba beber y fumar hierba con sus amigos. Al principio no me molestaba, porque era músico y ese era su estilo de vida, pero más adelante, cuando me quedé embarazada, le pedí que lo dejara y lo hizo. Quería con todo su corazón ser un buen padre y los dos convinimos en que teníamos que dar ejemplo a nuestro hijo. Sabíamos que nunca seríamos ricos ni podríamos darle a Benny demasiadas cosas materiales, pero no nos importaba.

Con ábamos en poder proporcionarle un entorno familiar amoroso, estable y creativo, y durante un tiempo lo conseguimos.

Pero cuando Benny tenía seis o siete años, Kenji volvió a las andadas. Creo que igual estaba frustrado porque su banda no acababa de tener éxito y él empezaba a hacerse mayor y se sentía estancado, pero en realidad no hablaba de el o.

Empezó a volver a casa cada vez más tarde después de las actuaciones y, como por mi trabajo yo tenía que acostarme temprano, al principio no me di cuenta. Pero entonces encontré una bolsa con hierba en uno de sus bolsil os y aquel o l evó a nuestra primera gran discusión. Yo estaba enfadadísima con él por haber faltado a su promesa y por mentirme, y al nal me pidió perdón y me juró que volvería a dejarlo, y lo intentó. Lo intentó de verdad.

En n, no era mi intención entrar en tanto detal e. Solo quería decirle que Benny está mejor, y lo de ordenar la casa va fenomenal también, o al menos así fue al principio. La sensación de éxito que experimenté al ordenar el cajón de los calcetines me dio con anza y me demostró que puedo cambiar, pero el resto de la casa todavía necesita mucho

trabajo. En su libro usted decía que lo importante no es terminar una tarea, sino hacerla con total dedicación. Por desgracia, yo necesito terminarla, porque el hijo de mi casera ha alquilado un contenedor, que me va a deducir de la anza, y me ha ordenado despejar mi mitad de la casa o, de lo contrario, iniciará un proceso de desahucio. Y no puedo entregarme de l eno a esta tarea porque tengo el tobil o roto, conmoción cerebral y un trabajo.

No es mi intención quejarme. La buena noticia es que el tobil o se me está curando y también estoy mejor de la conmoción, y ha dicho el médico que puedo volver a usar el ordenador siempre que me lo tome con calma, pero con las elecciones dentro de una semana hay tantas noticias que tengo que hacer horas extra ¡y me falta tiempo! Así que esa es mi pregunta: ¿cómo voy a dedicarme por completo a ordenar, con amor y compasión, con un tobil o roto, un hijo enfermo y un país al borde del desastre? Y si no puedo terminar de ordenar y nos desahucian, ¿dónde iremos?

Nuestra casera, la señora Wong, tenía cariño a mi marido y nunca nos subió el alquiler, pero yo apenas gano lo bastante para pagarlo y los alquileres en esta ciudad se han puesto por las nubes, así que no podremos permitirnos seguir viviendo aquí.

Supongo que podríamos trasladarnos a otra ciudad, pero está el problema de Benny. Por n empieza a adaptarse al instituto con un programa nuevo de Educación

Individualizada, aunque hace poco…

63

Durante toda la noche, mientras las monjas dormían a pierna suelta, los correos electrónicos seguían llegando. Los incesantes sonidos del mundo exterior rompían igual que olas contra las paredes del pequeño templo, pero por algún motivo

el estruendo no las despertaba. El retumbar y los gemidos del tráfico, el chirrido de las sirenas de policía y las ambulancias, los *salarymen* borrachos cantando y vomitando en las aceras…; nada de esto penetraba en las habitaciones donde dormían las monjas.

Pero Aikon sí lo oía. En las dependencias de la abadesa yacía despierta, preocupada. Se había habituado a dormir en su estudio para poder trabajar durante sus frecuentes ataques de insomnio. Aquellos días siempre había demasiadas cosas que hacer. El grupo multimedia que había publicado su libro en Japón la presionaba para que grabara un programa de televisión, los editores estadounidenses querían organizar una gira promocional, su congregación creciente necesitaba atención y había firmado un contrato para un nuevo libro que no tenía tiempo de escribir. Había dejado la vida empresarial para escapar de esta clase de presiones, pero el estrés la había perseguido hasta allí.

Sin pensar, miró el altar en el que Kannon estaba sentada serenamente en posición de loto, con la luz de la luna iluminando sus once cabezas. Sus mil brazos emanaban de su cuerpo como una aureola de pétalos de crisantemo, cada uno con un ojo en su palma o sosteniendo un implemento de iluminación. Cuando Aikon era todavía una novicia, mientras quitaba el polvo a todas esas herramientas talladas —espejos, hachas, joyas, cuentas, flores, campanas, varillas, espadas, arcos y flechas—, a menudo se preguntaba por qué necesitaba Kannon tantas cosas para salvar a todos los seres del sufrimiento. ¿Por qué no podía ahuyentar la avaricia, el odio y el engaño sin tanto cachivache? Le había hecho esta pregunta a su maestro una vez antes de que este muriera, cuando estaba escribiendo un capítulo sobre el hambre de posesiones materiales. Su maestro estaba echado en su futón y al principio no contestó, y Aikon se preguntó si la habría oído, pero entonces el maestro se rebulló y volvió la cabeza para mirar la estatua. Cuando habló, lo hizo en una voz tan débil que Aikon tuvo que hacer esfuerzos para oírla.

—Kannon es una dama —dijo el maestro—. A las damas les gustan las cosas bonitas.

La vieja chispa de ira prendió en el pecho de Aikon e hizo que le ardieran las mejillas. El maestro era un anciano, un maestro zen, y se estaba muriendo, pero eso no era excusa para aquella muestra de sexismo. Inspiró hondo y estaba a punto de protestar cuando el maestro volvió la cabeza y vio que sonreía.

Exhaló. Pues claro. Sabía perfectamente cómo provocarla.

—¿Sabes cómo consiguió Kannon sus mil brazos? —

preguntó el maestro, y cuando Aikon dijo que no, asintió despacio—. Pues bien —dijo cerrando los ojos—, te lo voy a contar. Hace mucho tiempo, Kannon, la bodhisattva de la compasión, hizo el solemne juramento de liberar a todos los seres y ayudarnos a ver nuestra verdadera y luminosa naturaleza.

Las palabras del maestro eran como cuentas de un *mala;* escapaban de sus labios en pequeños soplos de aire.

—Kannon era como tú. Trabajaba mucho, pero siempre había más seres atrapados en falsas creencias. Oía sus llantos lastimeros y le afectaban tanto que un día le explotó la cabeza.

—Se interrumpió, abrió mucho los ojos y miró a Aikon—.

¿No me crees? Pues así fue. Se rompió en once pedazos, así que ahora tiene once cabezas. ¡Qué maravilla!

Sonaba más animado, casi como era antes.

—Pero once cabezas no bastaban. Había demasiados seres a los que abrazar, y los fue buscando uno a uno hasta que también los brazos le explotaron. Se dividieron en mil pedazos, de manera que ahora tenía mil brazos nuevos y mil manos nuevas, y en la palma de cada una de las manos había un ojo.

Cerró otra vez los ojos.

—Por eso se la llama «la que Contempla el Sonido» —dijo suspirando —. «La que Oye el Llanto del Mundo…» —Su voz se apagó, pero las palabras quedaron suspendidas en el aire

igual que la fragancia de una vara de incienso, de tal modo que, dos años después, Aikon aún oía su eco en la oscuridad.

Ella comprendía a Kannon. Lo mismo que todas sus monjas. Todas

eran mujeres dedicadas a su trabajo, con cabezas que les explotaban, y eso no era bueno… ¿O quizá sí?

Su asistente, Kimi, había trabajado en una agencia publicitaria internacional en la que echaba tantas horas que, a los treinta y dos años, tuvo un ataque al corazón y se desplomó en su mesa.

Quizá en ese momento su corazón estalló en mil pedazos, en mil corazones, para así poder amar mejor al mundo. Sí, pensó Aikon. Kimi era una auténtica bodhisattva, y su inglés era excelente. Había llegado el momento de darle más responsabilidad.

Notaba la presencia del maestro en la habitación. Adelante, pensó. Ríe cuanto quieras. Estoy salvando el templo, ¿o no?

Miró a Kannon, juntó las palmas a la altura del corazón y acto seguido cerró los ojos y durmió.

El Libro

Benny, ¿estás ahí? ¿Sigues sin hablarnos?

Puedes intentar bloquearnos, pero los recuerdos siguen dentro de ti y sabemos dónde encontrarlos.

Vale, muy bien. No nos dejas elección. Tendremos que continuar sin ti.

64

Tu profesora encontró el libro de la Biblioteca que habías estropeado. Vio todos los puntos agujereados, las páginas perforadas y te pidió explicaciones. Al principio fingiste no saber de qué te hablaba, pero entonces acercó la página a la ventana.

—¡Mira! —dijo.

La luz oblicua del sol de finales de otoño atravesaba los agujeros en haces brillantes y delgados como alfileres que se colaban por los diminutos orificios. Era hermoso. ¿Por qué no eran todas las páginas así de hermosas? Pero entonces, cuando la observaste de cerca, te desconcertó. Habías esperado que la página no tuviera texto, que estuviera en blanco, vacía, pero las palabras seguían ahí. Pensabas que las habías liberado, pensabas que a esas alturas habrían escapado, y sin embargo allí estaban todas aquellas palabras y letras, perfectamente alineadas y cumpliendo su función en las frases,

mientras la página gritaba de dolor. Era demasiado. ¿Cómo podían las palabras ser tan serviles? ¿Tan respetuosas del *statu quo* y tan ciegas a las convenciones que las aprisionaban?

Bajaste la cabeza. Empezaste a golpear la frente contra el pupitre. La profesora llamó a los servicios sanitarios.

En la consulta de la doctora Melanie, decidiste confesar y contárselo.

—Es por un libro —susurraste.

La doctora Melanie se inclinó hacia delante. Aquel día llevaba esmalte de uñas azul pálido.

—No te oigo, Benny. ¿Por qué susurras? ¿Puedes hablar más alto?

—No. Me oirá.

—¿El qué te oirá?

—El Libro. Se mete en mi cabeza. Me lee los pensamientos. Hace que pasen cosas malas.

—¿Qué tipo de cosas malas?

No pensabas contarle que habías besado a Aleph en la montaña. Eso no podía saberlo nadie. Te abrazaste y empezaste a columpiarte de atrás adelante.

—¿Benny? ¿Puedes contármelo?

—Pues cosas. Yo qué sé. Hace que pasen cosas y le habla a todo el mundo de mi vida y no puedo hacer que pare. ¡No puedo escapar!

—¿Este libro es una de tus voces?

—¡Pues claro! —gritó—. ¡Es la Voz de todas las Voces, como el puto Dios todopoderoso! Lo sabe todo de mí y de mi madre y de más gente. Incluso de usted.

—¿De mí?

La miraste de soslayo.

—También se mete dentro de su cabeza. Sabe lo que está pensando y se lo contará a todo el mundo. ¿No lo nota?

La doctora se pegó al respaldo de la silla, sobresaltada.

—No noto nada, Benny.

No tenía sentido discutir, así que apoyaste la cabeza en la mesa.

—Benny. Habla conmigo.

—¿Para qué? —Notaste que te miraba con ojos amables, preocupados, así que lo intentaste otra vez—. ¿Por qué no puede creerme y ya está? ¿Y si lo que digo es verdad?

—¿Que hay un libro dentro de mi cabeza que sabe lo que estoy pensando?

—Sí.

—Porque no creo que sea verdad, Benny. ¿Por qué iba a creerlo?

—¡Pues porque está ahí! Lo ve todo y la puede obligar a hacer cosas también si no tiene cuidado.

—¿A ti te obliga a hacer cosas?

—¡Sí! ¡Ya se lo he dicho! ¿Por qué no escucha?

—Benny, tranquilízate. Respira. Ahora intenta contarme exactamente qué es lo que crees que te está obligando a hacer este libro.

Empezaste a contar tus respiraciones.

—¿Te manda el libro que te hagas daño?

Llevabas manga larga para que no viera las constelaciones secretas de costras en tus antebrazos. Se te estaban curando bien y dejando unas bonitas cicatrices. Te tiraste de las mangas y negaste con la cabeza.

—No.

—¿Te dice el libro que hagas daño a otras personas?

—Pues claro que no —dijiste, exasperado—. Es un libro.

¡No son unas tijeras!

Qué seguro estabas. Porque, aunque parecía razonable pensar que un libro pudiera leerte el pensamiento, la idea de que pudiera obligarte a

hacer daño a alguien nunca se te había ocurrido. Pero entonces, con la pregunta de la doctora Melanie suspendida en el espacio entre los dos, te entró la duda.

—No creo que los libros puedan hacer eso… —dijiste—.

¿O sí?

Una sombra te cruzó la cara y en aquel momento algo cambió. Notamos cómo sucedía. Por fin entendiste el poder de los libros y de lo que somos capaces, y tuviste miedo. Una vez se piensa un pensamiento, ya no se puede despensar. Una vez rota, ¿cómo se recupera la confianza? Son preguntas de difícil respuesta.

65

«¿Por qué no puede intentar creerme?»

Estaba sentada a su mesa con los ojos cerrados y los auriculares puestos, tratando de despejar su cabeza antes de que llegara el siguiente paciente, pero la pregunta del niño seguía reproduciéndose como en una cinta sin fin y la nueva app de meditación no estaba sirviendo de nada. La música ambiente que había elegido era *Gotas de lluvia en las hojas,* pero las gotas de lluvia sonaban muy parecidas a interferencias en una radio y eso la estaba poniendo nerviosa. Abrió los ojos y se desplazó por el menú en busca de un entorno más relajante. Había muchas clases distintas de precipitación para elegir. ¿Sería mejor *Lluvia a cántaros?* ¿O *Llovizna?* ¿Qué tal *Tormenta de truenos?* No, demasiado estruendoso. Tal vez la nieve sería más suave. *Copos de nieve a la luz de la luna* sonaba agradable.

Antes era capaz de sentarse y meditar sin necesidad de música, pero últimamente tenía la mente demasiado inquieta y pensamientos demasiado incesantes. Una vez su mente se detenía en un pensamiento concreto, se negaba a soltarlo. ¿Era aquello un pensamiento perseverante? ¿Indicaba una disminución de la flexibilidad cognitiva? Ella nunca había sido así. ¿Se estaba haciendo mayor?

«¿Por qué no puede intentar creerme?» «¿Y si lo que digo es verdad?»

Por supuesto, no había ningún libro dentro de su cabeza, narrando sus pensamientos y obligándola a hacer cosas. Eso era un disparate, pero algo en las preguntas de Benny la atormentaba. ¿Por qué no podía intentar creerle? ¿Qué le impedía imaginar lo que sería oír la voz de un libro dentro de la cabeza y considerarlo real?

Eran buenas preguntas, dignas de consideración, y deseó poder explorarlas en sus notas sobre las sesiones con Benny Oh. Porque, si bien no pensaba que hubiera un libro dentro de su cabeza, a menudo tenía la impresión de que su cabeza era un libro, atestado de historias de sus jóvenes pacientes, y nada le gustaría más que que salieran de ahí. Escribir sin duda ayudaría —al fin y al cabo, Freud puso por escrito las historias de sus pacientes, y leer sus libros era lo que la había empujado a ella a la psiquiatría—, pero esto ya no era posible. Los días de las historias psicoanalíticas largas y narrativas habían quedado atrás y ahora apenas tenía tiempo de anotar una breve valoración y el tratamiento recomendado. El hospital, por razones que tenían que ver con posibles litigios, desaconsejaba algo más detallado, pero que no fuera aconsejable poner sus dudas por escrito no quería decir que no las tuviera. El caso de Benny Oh la desconcertaba. Si bien el niño presentaba algunos síntomas de esquizofrenia, tenía dudas sobre su diagnóstico, y ahora que parecía estar entrando en una fase psicótica aguda, necesitaba encontrar un tratamiento que funcionara. Seguía siendo una médica joven, con pocos años de experiencia clínica. Era seria y diligente y les había tomado cariño al niño y a su madre. Estaban sufriendo y quería ayudar. Cuando nos dimos cuenta de esto, nos sentimos cerca de ella. Su deseo no era tan distinto del nuestro.

Respiró hondo mientras las preguntas de Benny regresaban a su cabeza. Tenía razón. Debería intentar creerle y, si no podía creer, entonces al menos podía imaginar. ¿Y si de verdad había un libro en su cabeza leyéndole los pensamientos? ¿Y si un lápiz pudiera hablar? ¿Y si los objetos parlantes eran reales? Y, en cualquier caso, ¿qué significaba «real»?

Justo entonces resonó en sus oídos un fuerte trueno y la sacó de sus pensamientos en bucle. ¿Un trueno? ¿Por qué había truenos en *Copos de nieve a la luz de la luna?* Molesta, se quitó los auriculares y abrió los ojos. La lluvia golpeaba la ventana. La campanilla de la sala de espera tintineó. Un fogonazo de luz de relámpago iluminó el cielo oscurecido.

66

Estimada señora Konishi:

Ojalá tuviera mejores noticias. Debe de pensar que soy una auténtica quejica, cuando en realidad soy una persona bastante optimista. Solo estoy pasando un bache, pero estoy segura de que mi suerte cambiará y le estoy agradecida por estar ahí y ser alguien a quien escribir. Al principio tenía ciertas esperanzas de que me contestara, pero ahora

me doy cuenta de que es mejor así. A ver, me emocionaría muchísimo recibir una carta suya, pero, si me escribiera, se volvería usted real en mi cabeza y me sería mucho más difícil con ar en usted. Pero de esta manera no la siento como real y puedo contarle todo lo que quiera, así que, por favor, siga sin contestar mis correos, y hasta le diría que ni se moleste en leerlos tampoco.

Mi principal problema es que mi hijo, Benny, no está demasiado bien y su psiquiatra quiere ingresarlo otra vez.

Le ha vuelto a cambiar la medicación, lo que siempre es un lío porque no sabemos cómo le va a sentar. Benny no está contento con nada de esto y yo estoy muerta de

preocupación. Si le soy sincera, me rompe el corazón.

Y luego hace poco ocurrió algo que fue raro y tristísimo. ¿Se acuerda de que le hablé de los cuervos de mi marido y de que solían traerme regalitos? Nada demasiado valioso, pero yo siempre tenía la sensación de que eran de Kenji. Benny se ríe de mí, pero sé que también les tiene cariño a los

cuervos de su padre. Cuando salimos se posan en el comedero, y la semana pasada por n conseguí que mi cuervo preferido, Mister, cogiera un pastelito de luna de mi mano. Estaba emocionada. Pero ayer, cuando salí, no se acercaron. Siguieron posados en la val a, cal ados y quietos, mirándome. Era inquietante. Dejé los pastelitos de luna en el comedero y, cuando entraba en la casa, miré el suelo de casualidad y vi los cuerpos. Había dos, tendidos a los pies de las escaleras, y enseguida supe que uno era Mister. ¡Qué disgusto me l evé! Ya sé que se supone que no hay que dar de comer a los cuervos para que no se acostumbren a los humanos, y eso lo veo lógico para los osos y los lobos del bosque, pero los cuervos viven aquí mismo, en la ciudad, así que ya están aclimatados, ¿no? Pero lo primero que pensé fue que todo era culpa mía. En mi intento de cuidarlo, había matado sin querer a mi cuervo favorito.

Escondí los cadáveres debajo del porche para que Benny no los viera y me dije que más tarde los enterraría.

Los cuervos no se acercaron al comedero en todo el día, pero yo sabía que estaban ahí fuera. Cada vez que miraba por la ventana los veía, encorvados, observando en silencio.

Quería enterrar a Mister y a su amigo, pero no encontré la pala y luego me lie con el trabajo y l egó Benny del instituto. Venía muy

alterado. Normalmente, cuando los cuervos lo ven l egar desde la parada del autobús, vuelan hasta él y le hacen compañía, pero esta tarde, como a una manzana de casa, uno cayó del cielo y aterrizó a sus pies. Se veía que estaba enfermo, pero se movía, así que Benny lo cogió y, en cuanto lo hizo, los otros cuervos empezaron a graznar y a volar hacia él. Echó a correr, pero siguieron lanzándose en picado hacia él y uno de el os incluso le dio

un picotazo en la cabeza. Me enseñó el cuervo enfermo que había envuelto en su sudadera, pero ya estaba muerto.

De verdad, señora Aikon, si en cualquier otro momento mi hijo me dice que están cayendo cuervos del cielo, por muchas ganas que tuviera de creerlo, parte de mí siempre se preguntaría si no estaría mintiendo o sufriendo alucinaciones, pero había visto a esos dos cuervos con mis propios ojos esa misma mañana, así que le creí. En una situación como la mía aprendes a dar gracias por las pequeñas cosas. Aunque seguimos sin saber qué les está pasando a los cuervos.

67

Enterraron los tres primeros cuervos en el jardín trasero después de cavar un agujero en la tierra con un destornillador y un cucharón. Era difícil cavar y a Annabelle le preocupaba que, si el agujero no era lo bastante profundo, los cuervos acabaran desenterrados y comidos por las ratas. Benny no dijo nada, pero, después de cavar un poco más, preguntó:

—¿Por qué hacemos esto?

Annabelle levantó la vista, sorprendida. Era evidente. ¿A qué venía la pregunta?

—Los cuervos están muertos, cariño. Tenemos que cavar una tumba para enterrarlos.

Benny suspiró.

—Eso ya lo sé. He preguntado por qué.

—Porque es lo que se hace cuando las cosas mueren.

—A papá no lo enterraste. Lo quemaste.

—Lo incineramos, Benny. Para los humanos se usa la palabra «incinerar». Y elegimos hacer eso porque es la costumbre en Japón.

—Yo no lo elegí.

—Sí, es verdad. Entonces eras pequeño…

Benny se limpió la nariz con la manga y miró los cuervos muertos.

—Entonces, cuando son pájaros, ¿se llama barbacoa?

—¿Se supone que es un chiste?

—No.

Benny guardó silencio y siguió cavando, picando en la dura tierra con el destornillador mientras Annabelle la retiraba con el cucharón y, cuando el agujero fue lo bastante profundo, pusieron dentro los tres cuervos. Sus cuerpos, que Annabelle nunca había sostenido cuando estaban vivos, eran ligeros y casi ingrávidos. Entonces tuvo una idea. Cojeó hasta la casa y volvió con un puñado de baratijas: el tornillo, un tapón de botella, un guijarro brillante. Se agachó y los dejó sobre los cuerpos.

—Ahí tienes, Mister —dijo mirando el agujero con tristeza

—. Algo para que juegues. Adiós. Te voy a echar de menos.

Eras un cuervo muy gracioso. —Se volvió hacia Benny—.

¿Quieres decir algo?

—¿A los cuervos?

—Sí. Unas últimas palabras.

—La verdad es que no.

—Vale. Bueno, pues será mejor que los cubramos. —

Empujó un poco de tierra al agujero, sobre los cuerpos de los cuervos —. Polvo eres y al polvo volverás.

—Eso no les va a gustar —dijo Benny.

—¿El qué?

—Estar debajo del suelo y cubiertos de tierra. Son pájaros.

Les gusta estar en el cielo. Deberíamos haber hecho un enterramiento

a cielo abierto.

Annabelle se retiró el pelo de la frente con el dorso de la mano.

—¿Un enterramiento a cielo abierto? ¿Eso qué es?

—Pues eso mismo. Enterrarlos en el cielo. Lo hacen en el Tíbet y en otros sitios. Llevas el cuerpo a una montaña y lo dejas ahí para que pueda estar al aire libre hasta que no queda nada.

—¡Qué idea tan interesante!

—Se suele hacer con las personas, pero con animales también se puede.

¿Dónde había aprendido eso Benny? ¿Era morboso?

¿Debería preocuparse?

Aquella noche Annabelle no podía dormir pensando en Mister. No estaba segura de cómo lo sabía, pero tenía el convencimiento de que era el cuervo que la encontró la noche de su caída. Había aterrizado en su estómago, envuelto en un remolino de plumas negras, y se había ido acercando, primero a su pecho, después a su cuello, hasta instalarse justo debajo de su barbilla, donde ladeó la cabeza y la miró a los ojos.

Recordaba que sus garras afiladas se le habían clavado en la piel, pero enseguida se había quedado quieto y las había escondido dentro de las plumas. «Cra, cra», había graznado y, uno a uno, los otros cuervos se habían unido a él y la habían cubierto de pies a cabeza, hasta que solo notó el suave calor de sus cuerpos que la resguardaban de la lluvia y del frío aire de la noche con sus alas protectoras. Eran sus cuervos. La habían salvado y ahora se estaban muriendo. ¿Por qué? ¿Sería algún tipo de gripe aviar? Había hecho el seguimiento de la propagación del virus H5N1 varios años antes para un conglomerado empresarial de seguros médicos, cuando las noticias estaba llenas de historias sobre matanzas masivas de aves de corral, acopio de antivirales y la amenaza creciente de una pandemia humana, pero entonces el virus desapareció de la actualidad informativa. ¿Qué había sido de él? ¿Había

mutado? ¿Era contagioso? ¿Se transmitía a los humanos?

Tanto ella como Benny habían tocado los cadáveres de los cuervos. ¿Debería estar preocupada?

De madrugada se quedó dormida. A la mañana siguiente, una búsqueda rápida de #cuervos, #muertesúbita, #gripeaviar en su canal de noticias de Twitter no dio ningún resultado.

Aliviada, inició sesión en su cuenta de trabajo y revisó la primera tanda de noticias. Cuántas cosas habían pasado en el mundo mientras ella convalecía. Faltaban pocos días para las elecciones, y las extrañas vicisitudes de la carrera presidencial estaban teniendo un gran impacto en las campañas municipales que había estado siguiendo. Las tensiones raciales se agudizaban, los mítines se convertían en disturbios y los incendios costeros seguían activos, pero no tenía tiempo de leer todo lo que se había perdido. Miró las caras brillantes y serias de los presentadores de las noticias. Le costaba concentrarse. ¿Seguía bajo los efectos de la conmoción?

Necesitaba un descanso. En la cocina encontró un pastelito de luna

rancio que se había caído en el cesto de la ropa y lo partió en trocitos. Mister solía intentar llevarse volando un pastelito entero. Era un pequeño glotón. Annabelle salió al porche con la esperanza de oír los viejos graznidos, pero no había nada. No había movimiento ni en los árboles ni en los tejados. Solo silencio y ausencia de cuervos.

Oyó un «shh» procedente de la parte delantera. Bajó cojeando las escaleras y empujó el cochecito volcado con la muleta. El sonido procedía del contenedor que había alquilado el Inútil. Dobló la esquina de la casa y vio al Inútil barriendo la acera con una escoba vieja. En el suelo había un recogedor grande y en él, algo reluciente y negro. Con plumas. El Inútil dejó la escoba a un lado y soltó el cierre de la puerta del contenedor. Esta se abrió y el lento gemido del metal le dio un escalofrío a Annabelle. El Inútil cogió el recogedor y echó dentro el contenido.

—¡Oiga! —lo llamó Annabelle mientras cojeaba hacia él.

Entonces el Inútil se volvió y el contenedor se cerró con un golpe metálico.

—Se lo avisé —dijo cerrándole el paso con el palo de la escoba—. Le dije que se deshiciera de ellos.

Annabelle lo obligó a hacerse a un lado y abrió el contenedor. Dentro estaban desparramados los cuervos muertos entre bolsas de basura. Sus pulcros cuerpecillos eran como pares de manos juntas en una plegaria. Sus plumas, antes brillantes, estaban polvorientas, y la muerte había apagado sus ojos. Annabelle dejó una muleta a un lado, se metió en el contenedor y empezó a recogerlos.

—¡Oiga! —dijo el Inútil—. ¿Qué se cree que está haciendo?

Annabelle hizo caso omiso. Estiró la parte delantera de su sudadera hasta formar un bolsillo y puso en él los cuervos muertos.

—No puede hacer eso —dijo el Inútil acercándose con la escoba.

Annabelle se volvió a mirarlo.

—Los ha asesinado. Eso no quiere decir que le pertenezcan.

Una matanza de cuervos. Un corvicidio.

—Son unos pájaros asquerosos. Le dije que dejara de darles de comer.

—¿Cómo lo ha hecho?

El Inútil se encogió de hombros.

—Veneno para ratas —dijo—. La idea me la dio usted. Me refiero a usar pastelitos de luna. Se los comieron todos.

Sonaba orgulloso.

—Me da asco —dijo Annabelle dándole la espalda—. Es usted una persona horrible.

Puso el último de los cuervos en su sudadera y la cerró formando un paquete.

—No tiene derecho a hablarme así. ¿No se acuerda de que le salvé la vida?

—No —dijo Annabelle—. Fueron ellos. Ellos me salvaron la vida. Se posaron encima de mí y me dieron calor. Como si yo fuera un huevo.

El Inútil resopló.

—Estará de broma. ¡Se la iban a comer! Iban a empezar por los ojos y comérsela entera a trocitos. Estaban haciendo tiempo, esperando a que estuviera calentita y apetitosa.

—No —dijo Annabelle acunando a los cuervos que llevaba en brazos —. Eran mis amigos.

El Inútil negó con la cabeza.

—Mire, señora —dijo retirándose a su lado de la casa—.

Podría desahuciarla por tener cuervos muertos en casa. —Y

acto seguido, cuando Annabelle no contestó, dijo—: Está usted loca, ¿lo sabía? No me extraña que su hijo esté como una puta cabra.

Annabelle notó la sangre en las mejillas.

—¿Cómo se atreve a decir eso de mi hijo? Debería darle vergüenza, Henry Wong. ¿Qué pensaría su madre?

Una mirada sombría atravesó el rostro cetrino del Inútil igual que un nubarrón y la marca de nacimiento se le puso rojo intenso. Dio un paso hacia Annabelle blandiendo el palo de escoba.

—¡Ni se le ocurra! —gritó con voz repentinamente aguda

—. ¡Ni se le ocurra decir nada de mi madre!

Annabelle buscó a tientas su muleta y la sostuvo delante de ella mientras abrazaba los cuervos contra su vientre. El Inútil se detuvo, vacilante, y a continuación bajó el brazo y encogió sus estrechos hombros. Parecía a punto de echarse a llorar.

—Henry, ¿qué pasa? —dijo Annabelle—. ¿Está bien su madre? Creía que se estaba recuperando.

El Inútil le dio la espalda y sujetó el palo de escoba con las dos manos. Era la escoba de su madre. La señora Wong acostumbraba a barrer la acera con ella casi a diario.

—Dicen que ha cogido una infección. Dicen que se va a morir.

—Ay, Henry, cuánto lo siento.

El Inútil se volvió de nuevo hacia ella.

—Ah, ¿sí? Pues como debe ser. Los cuervos le echaron una maldición y por eso se cayó por las escaleras. Usted también se cayó por las escaleras. ¿Cree que ha sido mala suerte?

Debería darme las gracias, señora. Por salvarle la vida en el último momento.

Annabelle quiso discutir con él, quiso defender a sus cuervos, pero se contuvo. El Inútil estaba enfadado. El duelo adoptaba muchas formas y atravesaba muchas etapas. Ella entendía de eso.

—Henry, ¿puedo ayudar en algo?

Por un breve instante atisbó en la hosca cara del hombre al niño que había sido, pero enseguida desapareció.

—Sí —dijo el Inútil entrecerrando los ojos y señalando hacia el jardín con un movimiento de cabeza—. Puede limpiar toda esa mierda ahora mismo para que no tenga que desahuciarla.

—No creo que acoger cuervos muertos sea motivo de desahucio, Henry.

—Puede que no —dijo este—. Pero acumular basura sí. Mi abogado está en ello. Voy a renovar este vertedero y a venderlo y no pienso

permitir que su basura lo desvalorice. Le he dado una oportunidad, señora. No ha superado usted la inspección.

Se tiene que largar.

68

—Qué cantidad de historias tristes. Como la de esta pobre mujer. —Aikon giró el portátil para que Kimi pudiera ver la pantalla—. Su marido murió en un accidente de coche y su hijo quedó traumatizado y empezó a oír cosas. Me manda fotografías.

Estaban sentadas las dos en el escritorio bajo del estudio de la abadesa. En el minúsculo jardín al otro lado del porche caía una fina llovizna que teñía las hojas del arce de brillante carmesí. Estaban tomando té y Aikon había ofrecido a Kimi la taza que solía usar ella, una antigua que se había roto y había sido meticulosamente reparada con oro. Tenía un poema con una hermosa caligrafía en uno de los lados, y la filigrana sinuosa del oro que remendaba la taza se entrelazaba igual que un hilo con los delicados caracteres chinos. Kimi sabía que era la taza preferida de Aikon y se sentía honrada. Le encantaban aquellos momentos con su maestra. Eran valiosos, tranquilos y a la vez nada especiales.

—Entiendo que a Senju Kannon le estallara la cabeza —

dijo Aikon—. Con tanto sufrimiento…

Kimi dio un sorbo al té y estudió la fotografía de la familia en la playa.

—Parece un niño adorable —dijo—. Me pregunto qué es lo que oye.

—La madre no lo dice. Solo que oye cosas, como su zapatilla deportiva, hablarle.

En Japón los objetos a menudo hablaban, sus espíritus al menos. Farolillos, teteras, espejos, relojes. Los zapatos también hablaban, pero solían ser zapatos japoneses, como sandalias de paja.

Kimi vaciló.

—¿Quizá el zapato es *tsukumogami?*

Aikon pareció escéptica.

—¿Tienen *tsukumogami* en Estados Unidos? Nunca he oído hablar de

una zapatilla deportiva con un espíritu inquieto.

¿Tú?

—No… —dijo Kimi.

—Para el caso es lo mismo —dijo Aikon recuperando el portátil—. Dice que el trastorno de su hijo está empeorando y que el casero los va a echar porque ella es una desordenada. Es una situación terrible, ¿no te parece?

—Sí lo es —dijo Kimi—. ¿Hay alguna manera de ayudarlos?

—¿Qué podemos hacer?

La pregunta de su maestra le pareció a Kimi un examen.

—¿Recitar mantras por ellos?

—Lo hemos hecho —dijo Aikon—. Y debemos seguir haciéndolo. La madre se llama Annabelle, y su hijo, Benny.

Por favor, ponlos en la lista de la ceremonia del bienestar para esta semana.

Kimi presintió que no había acertado con la respuesta.

Repitió los nombres en voz alta y a continuación los escribió en la libretita que llevaba encima. Notaba los ojos de su maestra puestos en ella.

—Pronuncias muy bien el inglés —dijo Aikon.

Kimi se sonrojó. Había hecho el bachillerato en Estados Unidos y se había graduado en Estudios Ingleses en la universidad.

—Qué va —dijo—. Debería hacerlo mucho mejor…

—Pero sabes leer y escribir, ¿no?

Kimi asintió con la cabeza.

—Y eres muy trabajadora. Meticulosa. ¿Dirías que eres perfeccionista? ¿Sientes la necesidad de terminar todo lo que empiezas?

Kimi asintió de nuevo, esta vez más segura de sí misma.

—¡Excelente! —dijo Aikon. Cogió la tetera y volvió a llenar la taza de Kimi—. Tengo un trabajo perfecto para ti. Me gustaría que gestionaras los correos de admiradores internacionales y los perfiles de las redes sociales y luego que vinieras de asistente e intérprete mía a la gira de promoción por Estados Unidos. ¿Qué te parece?

Kimi dejó su taza e hizo una inclinación de cabeza.

—Me siento honrada, pero no creo que pueda hacer un trabajo como ese…

—Precisamente —dijo Aikon—. El trabajo es imposible.

No tendrás tiempo de ser meticulosa. Por eso es perfecto para ti. Nunca terminarás. La vida seguirá. ¡Te curarás de tus aflicciones en un periquete!

A Kimi le pareció detectar un atisbo de risa en la firme voz de su maestra.

—De acuerdo —dijo—. Lo intentaré.

—Pero, por favor, no te esfuerces demasiado. Debes ocuparte de tu corazón.

Kimi miró los nombres que había escrito en su libreta.

—¿Debo contestar los correos también? ¿Y los mensajes de Twitter?

—Buda dijo que contestar mensajes de correo electrónico y Twitter es como barrer la arena de las orillas del Ganges.

—¿Dijo eso Buda?

—Bueno, puede que no. Pero el mensaje sirve igual. Hay tareas imposibles, incluso para Buda. Incluso si tienes once cabezas y mil brazos…

—Entonces, ¿no debería tratar de contestar?

—Solo si va a ser de ayuda.

—¿Cómo lo sabré?

Aikon dio el último sorbo al té que quedaba en su taza.

—Sí —dijo dando vueltas a la taza y admirando el esmaltado—. Es

una buena pregunta.

69

Eras consciente de que las elecciones estaban a la vuelta de la esquina, pero las vivías en gran manera como un ruido de fondo que subía por entre los tablones del suelo. Cuando por fin llegó el día, te despertaste con dolor de oídos, de garganta y fiebre lo bastante alta para que Annabelle, después de ponerte el termómetro, te dejara quedarte en casa.

—Yo saldré luego a votar —dijo apoyándose en la muleta

—. Iré en taxi. Si te encuentras mejor, puedes venir conmigo.

—Yo no puedo votar —dijo Benny.

—Ya lo sé. He pensado que igual te gusta ver la democracia en acción. En las últimas elecciones no tenías más que diez años y estas son históricas, por no hablar de que para las siguientes sí tendrás edad de votar. —Te miró como si fueras un bicho raro o un milagro—. Es increíble la velocidad a la que estás creciendo. ¿Qué me dices, entonces?

—¿Sobre crecer?

—No, bobo. Sobre acompañarme a votar.

—Pues… —dijiste simulando sopesar la pregunta—. No.

Tu madre suspiró y se acomodó la muleta bajo la axila.

—Descansa un poco —le dijo—. Luego, si estás mejor, te subiré algo de comer.

Durante toda la mañana llegaron voces del Centro de Control, las voces estridentes de los candidatos, las voces rápidas y animadas de los reporteros y las vibrantes de los comentaristas, intercaladas con atronadores introducciones musicales. Con el oído para la música que habías heredado de tu padre habías aprendido a distinguir las intros de los cierres: los oscuros temas épicos para conflictos de Oriente Medio; los

himnos apremiantes y patrióticos para las noticias nacionales de última hora. Seguiste acostado en tu cuarto en penumbra y escuchaste la música subir y bajar de volumen hasta que por fin te sumiste en un

sueño apacible.

Hacia mediodía, Annabelle te despertó con galletas saladas y un poco de sopa de pollo en un termo. Se sentó en el borde de tu cama con los pies colgando y se apoyó en la muleta mientras te miraba comer.

—¿Qué tal te encuentras?

—Me duele la cabeza.

Te puso la mano en la frente.

—Te ha bajado la fiebre.

—Me duele mucho. Como si me fuera a explotar.

Le devolviste el vaso medio lleno y te tumbaste.

—¿No vas a comer nada más?

—No tengo hambre.

Se bebió lo que quedaba, encajó el vaso en el termo y se puso de pie.

—Me voy dentro de un par de horas. ¿Seguro que no quieres venir?

Negaste con la cabeza, lo que hizo que te doliera más, así que te llevaste las manos a las orejas y apretaste para sujetártela.

Aquella tarde algo cambió en los canales de noticias, como si alguien estuviera tensando las cuerdas. El timbre subió y la oscilación aumentó, convirtiendo los sonidos en esquirlas nerviosas que se colaban por las grietas del suelo y por debajo de las puertas, destellando y cortando. Te pusiste los auriculares, pero no sirvió de nada. Te tapaste la cabeza con la almohada y probaste a tararear, pero las esquirlas se hacían oír por encima del gemido trémulo que era todo lo que tu garganta irritada era capaz de emitir. «Callaos», susurrabas. «Callaos,

por favor. Callaos.» Al final, cuando no pudiste soportarlo más, tuviste una idea. Te levantaste y fuiste al dormitorio de Annabelle.

Su cubil estaba triste y abandonado desde que dormía en el piso de abajo. Había pasado más de un año desde que comisteis comida china y te tumbaste boca abajo y le dejaste que te rascara la espalda. Entonces eras distinto. Un niño distinto. Ahora el aire estaba cargado y rancio. Aquí y allí viste asomar la manga de franela de cuadros de

una de las viejas camisas de tu padre desde debajo de la húmeda y sucia maraña de ropa de cama igual que un náufrago que se ahoga.

A la cómoda del rincón le faltaba un cajón y el agujero parecía una boca abierta y oscura. El ruido de las noticias se oía aún más aquí, lo que te recordó a qué habías ido, así que pasaste por encima de un montón de libros y fuiste al armario. Dentro de la caja con la vieja mesa de mezclas de tu padre encontraste el cable de audio para tus Grundig. Enchufaste un extremo en los auriculares y el otro en el estéreo y seleccionaste el disco primero del famoso concierto de Benny Goodman de 1938 en Carnegie Hall.

Con las primeras notas de viento de *Don't Be That Way,* tu cuerpo se relajó igual que un suspiro. ¿Cómo no se te había ocurrido antes? La música subió de volumen y te llenó los oídos, y cuando llegó el *swing* de compás alegre de la melodía, empezaste a seguir con la cabeza ese ritmo que conocías tan bien. Cuando comenzó la lenta y sensual *Sometimes I'm Happy,* levantaste la cabeza y viste tu reflejo en el espejo de tu madre. Un chico de aspecto solemne con auriculares gigantes te miraba, un pequeño astronauta. Te subiste las mangas y el astronauta te imitó. Le enseñaste el antebrazo, donde la constelación de estrellas había cicatrizado y dejado diminutas costras fruncidas. Tu brazo se parecía ahora al de ella. Te lo llevaste a los labios y besaste las estrellas, sentiste el dolor en tu corazón. Le diste la espalda al espejo y te tumbaste, escarbaste un agujero en el cubil, cerraste los ojos y te abandonaste al dulce y chasqueante jazz.

Te despertó el ruido de la aguja dando vueltas y vueltas por el último surco. La habitación estaba a oscuras y Annabelle estaba de pie, mirándote con una expresión tan apenada que te incorporaste, presa del pánico.

—¿Qué ha pasado? —Te quitó con suavidad los auriculares

—. Lo siento mucho, cariño —dijo—. No quería despertarte.

Apagó el tocadiscos y te puso una mano fresca en la frente.

—¿Qué hora es?

—Tarde. Sigue durmiendo.

Oíste el sonido amortiguado de un único canal de televisión que llegaba del piso de abajo y entonces te acordaste.

—¿Se ha terminado ya? ¿Has votado?

—Sí —dijo tu madre—. Ya se ha terminado.

Intentaste levantarte, pero te empujó con suavidad.

—Quédate —dijo—. Yo voy a trabajar toda la noche.

Cuando te despertaste otra vez, fuera había luz y te había bajado la fiebre. Los canales de noticias estaban mudos, pero percibiste tensión en el aire, como si el aire mismo estuviera agitado. Te levantaste y volviste a tu cuarto. La agitación parecía venir del exterior, pero, cuando miraste por la ventana, el callejón estaba vacío. ¿Qué era ese ruido? Parecía una turbulencia, como el zumbido furioso de un millón de abejas.

¿Estaba en tu cabeza?

No. Era real. Procedía del mundo.

Te pusiste la sudadera negra y las viejas zapatillas Nike. En el piso de abajo, Annabelle dormía en el sofá. Te detuviste en la puerta. Dormida, su pálida cara era tersa y las arrugas de preocupación que solían atravesarle la frente desaparecían.

Parecía una princesa durmiente, una madre joven y despreocupada. Un sentimiento espeso y triste te subió por la garganta y te lo tragaste. Alrededor del sofá, en el suelo, había camisetas repartidas en desordenados montones de descartes y

donaciones. Junto a los montones estaba el cajón vacío de la cómoda, que tu madre había empezado a llenar con las camisetas que iba a conservar. Pero no había avanzado mucho y las prendas dobladas del cajón se habían desplomado hacia uno de los lados, desalentadas por la falta de progreso. Te acuclillaste y, en silencio, empezaste a doblar. Se te daba bien, y poco después las tuviste todas en el cajón, derechas y formando columnas.

Examinaste el surtido de prendas. «¿Mejor?», preguntaste mentalmente a las camisetas, pero eran camisetas, no adivinas, así que no contestaron. Sospechaste que en realidad les daba igual, pero por lo menos el cajón quedaba bien. Quizá cuando tu madre se despertara y lo viera, pensaría que las camisetas se habían doblado solas. O quizá adivinaría que habías sido tú y te perdonaría por salir a hurtadillas.

Afuera, en la calle, el zumbido era más intenso, como si las abejas se estuvieran preparando para atacar. Echaste a andar por el callejón en dirección al sonido y, cuando llegaste al tramo ajardinado y viste el

mar de cuerpos que llenaba el parque, supiste que habías llegado a la fuente. Nunca habías visto a tantas personas en aquel césped; daban vueltas alrededor de las tiendas del campamento de los sintecho, blandiendo pancartas con palabras furiosas. Alrededor del parque había aparcados coches policía con las luces de emergencia encendidas y agentes antidisturbios con escudos y armas preparados para intervenir. Las armas quieren matar, de manera que te subiste la capucha y te mezclaste con el gentío.

En el centro del parque viste a Jake y a los demás, todos vestidos de negro, y cambiaste de dirección, pero los perros te vieron. El macho pálido llamado Riker empezó a ladrar y entonces Jake levantó la vista y también te vio.

—¡Eh, niño Benny! —gritó—. ¡Estamos aquí!

Justo entonces un brazo vestido de cuero te asaltó por la espalda y te hizo una llave de cabeza, estrujándotela y restregándote la cara contra el olor dulzón a hierba y cuero

negro. Una cremallera metálica te arañó el pómulo. Clavaste las uñas y te retorciste en un intento por liberarte, pero la llave se tensó y una voz te gruñó al oído:

—Relájate, niño Benny. No me guardas rencor, ¿verdad?

—No veías la cara detrás de la voz. Pero sabías quién era.

Asentiste con la cabeza, pero no bastó—. ¿Verdad? —repitió la voz, esta vez más fuerte—. ¡Dilo!

—Verdad —dijiste sin resuello, y el brazo aflojó.

Tosiste y, cuando te diste la vuelta, era Freddy. Llevaba un pasamontañas subido hasta la frente. Tenía los ojos rojos y girando en las cuencas y empuñaba el bate de béisbol.

—Así me gusta —dijo, con un puñetazo en el hombro, y a continuación te abrazó—. Ahora somos amigos, ¿entendido?

Olvido y perdón. Pero no vuelvas a montarme un número.

Y cuando la multitud se puso en marcha, avanzando igual que una ola en dirección al centro de la ciudad, te dio el bate.

Ay, Benny. No.

Sabíamos que esto iba a pasar, pero ¿no podemos recapacitar? ¿Devolverle el bate y rebobinar la parte del callejón hasta la seguridad del cubil de Annabelle, de manera que, cuando te baja la fiebre, te despiertas hambriento? ¿Y

bajas a buscar algo de comer y ves a tu madre dormida en el sofá? ¿Y se despierta mientras tú sigues doblando sus camisetas y está tan agradecida y feliz que llora lágrimas de alegría y luego pide comida china, y cuando estáis a punto de comer oyes algo en la puerta de atrás y es Kenji, que llega a casa de ensayar justo a tiempo para la cena? Se quita el sombrero, deja el clarinete en su sitio, en la estantería, y se sienta con vosotros a la mesa de la cocina y los tres os dais un festín de *dim sum* y *chow fun* y cerdo *mu shu,* sin olvidaros de reservar un pastelito de luna para la nueva nidada de cuervos.

¿No podemos contar eso? ¿Es demasiado tarde?

Pues claro que lo es. Por favor, perdona la arrogancia de este libro, que piensa que solo con desearlo puede revertir el argumento de tu vida…

Annabelle sí se despertó. Había trabajado toda la noche haciendo el seguimiento de la primera oleada de protestas que, para la mañana, ya recibían el nombre de disturbios. Se había quedado dormida después de las noticias matutinas y al despertar encontró sus camisetas primorosamente dobladas y ordenadas por colores en filas, y fue algo mágico, como si uno de los elfos de Santa Claus hubiera estado trasteando en su cajón. Se levantó del sofá, cojeó hasta el pie de las escaleras y lo llamó.

—¡Benny! ¡Cariño, muchísimas gracias! ¡El cajón está precioso! ¡Eres una maravilla! —Esperó—. ¿Benny?

Debe de seguir dormido, pensó con inquietud. Sigue malo, pobrecito mío. Debería ponerle otra vez el termómetro.

Empezó a subir las escaleras y entonces se dio cuenta de la hora que era. Pasaba del mediodía, y Benny enseguida tendría hambre. Le prepararía algo rico de comer y se lo subiría. Algo que lo reconfortara. ¿Macarrones con queso? Cojeó hasta la cocina, encontró una caja de pasta en el estante y, cuando miró en la nevera, vio que Benny había comprado leche. Encendió el horno y puso una cazuela de agua a hervir.

Alrededor de una hora después, los macarrones con queso estaban solidificados en el fondo de una fuente de horno, pero a aquellas alturas el almuerzo de Benny era la menor de las preocupaciones de Annabelle. Estaba en la puerta de su dormitorio vacío. La mochila colgaba del respaldo de la silla y los libros de texto estaban cuidadosamente apilados sobre la mesa. Fue al cuarto de baño y vio el móvil de Benny enchufado al cargador junto al lavabo. Volvió cojeando a la cocina, vaciló un momento y a continuación llamó al instituto.

—No. Benny no ha venido hoy —la informó la secretaria

—. Hemos enviado un correo electrónico. ¿No le ha llegado?

—Sí, claro —dijo Annabelle—. Lo que pasa es que…

Entonces se interrumpió. No sabía cómo terminar la frase:

«Tenía la esperanza de que por obra de algún milagro se hubiera presentado allí, estuviera sentado en su aula, estuviera estudiando álgebra, estuviera a salvo». Colgó enseguida, antes de que a la secretaria le diera tiempo a hacerle más preguntas, y a continuación se sentó en la mesa de la cocina y se abrazó a sí misma para evitar que se le saliera el corazón. *Usted no lo entiende. La gente como usted no entiende lo que es esto.* Se enderezó y volvió a llamar a la mujer.

—Perdón —dijo con tono enérgico—. Se ha cortado.

Llamaba para decir que Benny estaba enfermo, pero ya se encuentra mejor. Va camino del instituto, así que ¿le pueden decir que me llame? Se ha dejado el móvil y no puedo ponerme en contacto con él. ¡Estos chicos!

La siguiente fue la doctora Melanie. Le dejó un mensaje en el buzón diciendo que Benny había vuelto a desaparecer y miró la hora. ¿Qué más? Sacó el número de la comisaría del distrito, pero no tenía sentido llamar todavía. Era demasiado pronto y tal vez Benny sí estaba camino del instituto. Era una posibilidad, aunque sin la mochila y sin libros… Meneó la cabeza, exasperada, y se puso de pie con esfuerzo. Ni siquiera podía salir a buscarlo con el tobillo así. Cojeó hasta el porche trasero, se recostó contra el comedero vacío y escuchó las sirenas lejanas. No, pensó. Ten paciencia. Siempre vuelve a casa. Estás reaccionando de manera exagerada. Pasó un helicóptero en vuelo rasante y sintió la reverberación de sus rotores en la desvencijada baranda de madera.

Había enfado en el aire. Indignación y desconcierto.

Incredulidad. Arriba planeaban helicópteros y, abajo, los manifestantes inundaban las calles, bloqueando el tráfico y coreando contra el ruido de cláxones.

«¡La GENTE UNIDA jamás será VENCIDA!»

Su furia te daba energía, era una droga poderosa. Estaba Freddy. Estaba Jake. Estaba Dozer. Estaban T-Bone y varios más, tipos de aspecto sospechoso, vestidos de negro y que llevaban mochilas. ¿De dónde salían? Llegaban de todas partes y su sombría y nutrida presencia te hacía sentir poderoso, como si formaras parte de una banda especial. Pero no

«especial» en el sentido que le daban en el instituto, donde la palabra era sinónimo de perdedor. Especial como en tropas especiales o fuerza de operaciones especiales o batallón especial. Distinto de aquellos honrados ciudadanos que blandían pancartas escritas a mano.

«¿QUÉ es democracia? ¡Democracia es ESTO!»

—¡A tomar por culo la democracia! —te gritó Freddy al oído, y asentiste con la cabeza porque en aquel momento Freddy era tu amigo, tu líder y tu superior, y cualquier cosa que dijera te parecía bien.

«¡Sin JUSTICIA no hay PAZ!»

—¡A tomar por culo la justicia! —gritó Freddy—. ¡A tomar por culo la paz!

«¡El cambio climático es REAL! ¡Nuestro planeta hay que SALVAR!»

—¡A tomar por culo el planeta! —Te dio una bandana sucia y se bajó el pasamontañas hasta que le cubrió la boca y la nariz. Solo se le veían los ojos rojos y desorbitados, pero supiste que sonreía—. Tápate la cara —dijo—. No te separes de mí.

Y le obedeciste. Los demás, también enmascarados, siguieron al gentío que avanzaba en dirección al centro de la ciudad.

«¡Sí a AMAR! ¡No a ODIAR!»

Caminaste con ellos siguiendo la ruta del autobús, hacia Library

Square. En las medianas había hileras de árboles

desnudos. Dejasteis atrás edificios de oficinas, bancos y cafeterías.

«¡La violencia POLICIAL ya se tiene que ACABAR!»

En la acera frente a los estudios de televisión locales había aparcada una larga limusina negra. Cuando la vio, Freddy hizo una seña y tu grupo se separó del resto de la gente.

«¡Dilo

ALTO!

¡Dilo

SEGUIDO!

¡Inmigrantes,

BIENVENIDOS!»

Dozer dio una patada a un cubo de basura de acero con su bota y el contenido se espació por la calle. «¡Dale!», gritó Freddy, y T-Bone se sacó una palanca de debajo del abrigo y la dejó caer con fuerza en el capó de la limusina. El metal se arrugó y la alarma empezó a aullar. Te tapaste los oídos.

«¡Usa el bate!», te gritó Freddy dándote un empujón hacia el coche que aullaba. Un bate quiere pegar, quiere estrellarse contra parabrisas, quiere hacer añicos el cristal, pero, antes de que te diera tiempo a usarlo, el coche empezó a arder.

Retrocediste de un salto, asiendo fuerte el bate furioso. Viste la lata de gasolina en la mano de Jake y a Dozer sosteniendo la antorcha, y a Freddie entrando y saliendo a toda prisa del espeso humo negro que despedía el motor de la limusina. La gente rodeó el vehículo, sosteniendo sus móviles en alto igual que pequeños ojos cuadrados al final de largos tallos, imperturbables. Del motor subió una columna de llamas color naranja. Un bate quiere pegar. Los fuegos quieren arder.

«¡Atrás!», gritó Freddy, y entonces oíste el sonido de botas desfilando. Aulló un megáfono —«¡Despejen la calle!

¡Despejen la calle!»— mientras las primeras filas de agentes antidisturbios avanzaban hacia los manifestantes. Con los escudos en alto y los visores bajados, eran una falange de caballeros oscuros

protegidos con corazas, guanteletes y casco, con las porras levantadas en posición de ataque. Los miraste, fascinado. Nada podía detenerlos.

«¡Tienen gases lacrimógenos! —gritó alguien—. ¡Hay que retroceder!» La gente tiró las pancartas y se dispersó para, a continuación, ponerse a trazar círculos como perros hambrientos y grabar, siempre grabando. Freddy se reunió contigo y señaló el enorme escaparate de la megatienda de Nike al otro lado de la calle.

«¡Vamos! —gritó—. ¡Usa el bate!», y tus zapatillas reaccionaron. Las zapatillas quieren correr. Los bates quieren pegar. Los maniquíes del escaparate estaban detenidos a media zancada. Grabadas en el cristal, grandes palabras negras te ordenaban: «¡HAZLO Y PUNTO!», así que lo hiciste. Corriste hasta el escaparate, agarraste el bate y pegaste. El cristal se arrugó, la madera se estremeció. Golpeaste de nuevo, esta vez haciendo añicos el cristal, y lo miraste deslizarse hasta el suelo en una cortina de diamantes centelleantes. El boquete irregular en el escaparate parecía satisfecho de sí mismo, pero el montículo de cristal en el suelo gritó de dolor, y a tu espalda las botas seguían acercándose. Te arrodillaste, recogiste el cristal con las dos manos como si fueran lágrimas congeladas que se te derramaban por entre los dedos.

«Lo siento», susurraste, y tu disculpa era sincera, pero un trozo de cristal, alargado y como un cuchillo, se negó a dejarse aplacar. Quería apuñalar y lo cogiste, y justo en ese momento algo te tocó el hombro.

¡Alerta roja! ¡Alerta roja!

Con el cristal en la mano, te pusiste en pie de un salto y echaste a correr. Delante de ti había un alien del espacio exterior, un monstruo con espantosos ojos de insecto y un hocico alargado como el de un cerdo. *¡Peligro!* Levantaste el brazo y el cristal destelló. Una voz amortiguada gritó: «¡No, Benny. Soy yo!», y entonces la reconociste, pero el cristal era ya un objeto en movimiento que cortaba el aire. Horrorizado, lo miraste, pero ella también lo vio. Retrocedió de un salto y oíste el cristal caer al suelo con un repiqueteo, o quizá el repiqueteo lo hizo el bote de gas lacrimógeno que rebotó en la

acera y rodó detrás de ella. A ti te sangraba la palma de la mano, pero ella estaba bien. Buscó tu muñeca mientras la espesa nube subía y se esparcía. Lo primero que notaste fue el olor, acre y ácido, y a continuación te ardieron los ojos y, cuando intentaste tomar aire, fue como si te hubieran clavado un hacha en el pecho. Te llevaste las manos a la cara y caíste de rodillas, entre arcadas, pero ella te ayudó a

ponerte de pie.

«¡Vamos!», gritó, y la seguiste ciegamente.

Te arrastró manzana abajo hasta un portal y te separó las manos de la cara. El aire era más limpio allí, pero no podías dejar de toser, te escocían los ojos y tenías la cara cubierta con sangre de la palma de la mano herida.

—No te toques —dijo después de quitarse la máscara antigás. Se quitó el pañuelo que llevaba al cuello y te lo ató deprisa alrededor de la mano que te sangraba. Se pasaba la vida vendándote las manos. Te agarró de la muñeca y examinó las pequeñas perforaciones. Te miró con el ceño fruncido, pero seguías con los ojos firmemente cerrados, así que sacó un frasco de su mochila. «Mírame», dijo, pero no podías abrir los ojos de lo mucho que te escocían. Te echó un líquido blanco en la cara. Es posible que fuera leche.

—Esto se está poniendo feo —dijo, sujetándote la cara con las dos manos. Te limpió las mejillas mientras tú intentabas respirar y entonces se acordó—. Mierda. Tienes asma. Vale, tenemos que sacarte de la calle. ¡Vamos!

Abriste los ojos. A través de la leche y de las lágrimas viste dos agentes con uniforme antidisturbios acercándose a ella, quien se giró y también los vio. Te puso las manos en el pecho y te dio un fuerte empujón para alejarte de ella.

—Vete… —gritó justo cuando los policías la agarraban.

Tropezaste y echaste a correr, y cuando volviste la cabeza se estaba enfrentando a ellos, sacudiéndose y pataleando, pero sin dejar de mirarte. Vuestros ojos se encontraron, su cuerpo se quedó flácido, y mientras los policías se la llevaban cogida por

las axilas, siguió mirándote. Quisiste seguirla y rescatarla, pero negó con la cabeza.

«Vete…», dijo sin hablar, y miraste moverse sus labios mientras una voz distinta, tranquila y conocida, terminaba su frase.

«… a la Biblioteca.»

72

Por todo el país, tan pronto como se confirmaban los resultados, la

gente se echaba a las calles. Surgían protestas en todas las grandes ciudades, y los canales de información nacional retransmitían en directo a medida que saltaban las noticias. En el Centro de Control, Annabelle grababa la cobertura sentada delante de los monitores encendidos. Benny no había vuelto todavía. La doctora Melanie no le había devuelto la llamada.

¿Cómo puede saltar una noticia, por cierto? Si una noticia salta, ¿se puede caer y romper? Las multitudes bloqueaban calles y carreteras. Había muchísima gente. Miró la hora.

Seguía siendo temprano para llamar a la comisaría.

¿Y qué aspecto tiene una noticia rota, por cierto? El informativo local retransmitía desde el centro de la ciudad, donde ardía un vehículo. Alborotadores vestidos de negro con pasamontañas volcaban cubos de basura, hacían añicos ventanillas de coches de la policía, destrozaban escaparates.

Inclinada hacia el monitor, Annabelle escudriñó las precarias imágenes en busca de Benny. ¿Era ese? Congeló el plano. No.

Otro chico. Oyó los megáfonos: «¡Despejen la calle!

¡Despejen la calle! Todo el mundo debe abandonar la zona inmediatamente!».

Llegaban

agentes

con

uniformes

antidisturbios. Usaban cañones de agua y gas lacrimógeno para dispersar a los manifestantes. Annabelle seguía oyendo ruido de helicópteros, pero no supo con seguridad si procedía del televisor o de fuera de su casa. Lo mismo le ocurría con las sirenas. ¿Dentro o fuera? ¿Cerca o lejos?

Estimada señora Konishi:

Estoy sentada en la oscuridad. La gente se ha echado a las cal es a protestar, el país está roto y en l amas, mi hijo se ha vuelto a escapar y no puedo hacer nada al respecto, solo esperar. Así que se me ha

ocurrido escribirle otra vez.

Probablemente sabe que acabamos de tener elecciones. Sé que Japón es una democracia como se supone que es la nuestra. ¿Se comportan sus políticos igual que matones en el patio del colegio? ¿Se amotinan después los ciudadanos en las cal es? No me acuerdo si se lo he contado ya, pero me gano la vida haciendo resúmenes de prensa. No es un gran trabajo, pero puedo hacerlo desde casa y tengo seguro médico, que me parece que en Japón es

automático, ¿verdad? Debe de ser agradable. Normalmente no sigo noticias internacionales, así que en realidad no sé gran cosa sobre su país. ¿Los alumnos de instituto se disparan los unos a los otros al í? ¿Se están quemando sus bosques?

No elegí ganarme la vida siguiendo noticias. Es de lo más deprimente. Desde que era niña siempre he querido ser bibliotecaria infantil. De hecho, estudié Biblioteconomía durante un tiempo, pero tuve que dejarlo cuando me quedé embarazada de Benny. No me importó porque quiero a mi hijo. Es lo mejor que me ha pasado en la vida, pero me gustaría haber podido ser bibliotecaria y madre. Y

esposa, porque esa experiencia también me la estoy perdiendo. Echo mucho de menos a Kenji. No dejo de pensar que, si estuviera aquí, Benny no tendría todos estos problemas. No dejo de pensar que es todo culpa mía.

Bueno, pues acabo de l amar a la comisaría y he conseguido que me dejen poner una denuncia. Ya he

aprendido cómo hacer estas cosas y se me dan bien.

Dentro de poco me sabré el nombre de todos los agentes.

Esta noche he hablado con una señora que me ha

preguntado si habíamos discutido. Le he dicho que no, que esta vez no. Las primeras dos veces estaba enfadado conmigo, pero esta vez yo estaba dormida cuando se ha ido, y primero me ha doblado las camisetas. ¡Ha sido como un regalo! Las ha doblado siguiendo el método suyo japonés que le enseñé y cuando me desperté las camisetas estaban ordenadas por colores en el cajón. Qué rico,

¿verdad? ¿Qué clase de niño hace algo así? Pero eso no se lo he contado a la agente.

La noche que murió Kenji, antes de que saliera de casa, tuvimos una pelea. Ni siquiera me acuerdo de cómo empezó. Con alguna tontería. Estábamos en la habitación y él se estaba preparando para una actuación. Igual me dijo que volvería tarde y que no lo esperara levantado. Es cierto que yo estaba harta de esperarlo por las noches, pero no quería que me diera órdenes al respecto, ¿me explico? Lo único que quería era que se quedara en casa. Quería que quisiera quedarse en casa con su mujer y su hijo; pienso que una parte de mí debía de saber que había vuelto a las drogas. Y recuerdo mirarlo abotonarse su camisa de franela y decirle algo como te pasas el día fuera de casa o ya no te vemos nunca, y él me sonrió con tristeza y se puso su absurdo sombrero *porkpie*. Aquel sombrero le sentaba tan bien que creo que fue lo que me hizo saltar, lo guapo que estaba y lo triste de su sonrisa. Fue como si me diera la razón, como si ser guapo e ir al club y colocarse con su banda fuera algo que no podía evitar, lo que por supuesto era una patraña. Estaba de pie delante del espejo, ladeándose el sombrero, y me puse furiosa. No dije nada.

Yo estaba sentada en la cama y él me besó en la frente y bajó. Lo oí coger el clarinete del cuarto de estar y ponerse la chaqueta.

Me levanté y bajé a la cocina. Kenji estaba delante de la puerta de la nevera, cambiando los imanes de sitio.

Entonces yo no lo sabía, pero me estaba escribiendo un poema. «Volveré a casa pronto», dijo, pero los dos sabíamos que no era verdad.

«No te molestes», dije con toda la frialdad del mundo, y cuando salió por la puerta de atrás cogí mi tetera rosa favorita de encima de la mesa y la tiré. Se estrel ó contra la puerta. Estoy segura de que Kenji lo oyó.

Este el poema que me dejó en la nevera:

Mi exuberante mujer madre diosa amante

juntos somos una sinfonía

estoy loco por ti

Lo encontré más tarde aquel a noche cuando volví del hospital, pero para entonces Kenji ya estaba muerto.

Se recostó en el respaldo de la silla y miró la pantalla. Había querido terminar con un tono más optimista; por eso había incluido el poema.

Ni siquiera era un buen poema. Solo unos versos tontos hechos con imanes de nevera. Releyó lo que había escrito. El correo se había convertido en un culebrón lacrimógeno y le dio vergüenza enviarlo, pero, justo cuando se disponía a borrarlo, su mirada se detuvo en las palabras

«bibliotecaria infantil» y el recuerdo del Incidente del Cuarto de Baño le vino a la cabeza. Recordó la oficina de seguridad, el guarda y a la bibliotecaria menuda. ¿Cómo se llamaba? Le había dado su tarjeta de visita a Annabelle y le había dicho que la llamara si necesitaba alguna cosa. Era tan simpática…; ¿la convertía eso en amiga? ¿En un contacto? ¿Dónde estaba la tarjeta?

Le dio a Enviar y empezó a rebuscar entre las pilas de revistas y cartas, levantando cada una con cuidado para mirar debajo. Debería haber escaneado la carta, o al menos añadido el nombre y el número de la mujer a sus contactos de emergencia. ¿Por qué no podía ser más organizada? Encontró un montón de cupones caducados sujetos con una pinza sujetapapeles y los tiró. Encontró una factura que había que pagar y un plato con migas de *bagel* y restos de queso de untar reseco. Encontró las cartas del abogado del Inútil: había estado buscándolas, pero ahora tendrían que esperar. La prioridad número uno era encontrar a Benny y la asaltó el presentimiento —podía ser intuición de madre— de que la bibliotecaria menuda podía ayudarla. Solo necesitaba encontrar esa tarjeta.

Exasperada ya, fue a la cocina, pensando que tal vez la había dejado allí. La fuente de macarrones con queso estaba intacta encima de los fogones. No tenía hambre, pero quizá Benny sí cuando volviera a casa, de manera que la tapó y la metió en la nevera. Al cerrar la puerta del frigorífico, algo llamó su atención. Era algo sutil, una leve pero novedosa reorganización de los imanes. La palabra «madre» se había despegado de «dolor» y había migrado del poema anterior y trepado por encima de él hasta la cercana «luna». Al lado de

«luna» había otros dos imanes que casi daban la impresión de querer ser parte de una nueva constelación de palabras que, tomadas juntas, casi se podían leer así:

tú tranquila madre luna

Pegada a la puerta, debajo de «tú tranquila», estaba la tarjeta de la bibliotecaria bajita.

Cory.

Cory Johnson.

73

Cruzaste las puertas y los controles de seguridad y llegaste a la escalera mecánica en el preciso instante en que anunciaban por

megafonía: «La Biblioteca cerrará dentro de diez minutos».

Fuiste subiendo niveles, evitaste sin dificultad la marea descendente de usuarios con la capucha de la sudadera subida y la mirada desviada porque los ojos todavía te escocían y lagrimeaban. Nivel Dos. Nivel Tres. Nivel Cuatro. El baño de los señores mayores estaba donde debía estar, así que entraste y pusiste la cara bajo los grifos hasta que dejó de escocerte.

Nivel Cinco. Nivel Seis. Te vibraba el cuerpo y el tiempo hacía cosas extrañas: transcurría y se detenía, se aceleraba y se enlentecía. Tal vez eran efectos del gas lacrimógeno. Nivel Ocho. Nivel Nueve. Una vez arriba del todo, dejaste las escaleras y cruzaste el puente vertiginoso en dirección a los cubículos. El estudiante de intercambio no estaba, pero la mujer mecanógrafa estaba allí, guardando su portátil. Te giraste, pero ya te había visto.

—Hola —dijo—. Has venido. Cuánto tiempo. —Te estudió mientras seguías allí parado, algo jadeante aún y preparado para escapar, y reparó en tu cara hinchada y tus ojos enrojecidos, luego se encogió de hombros y cerró la cremallera de su mochila. Se encajó las correas en sus huesudos hombros, pero, al pasar a tu lado, vaciló—. ¿Vas a pasar la noche aquí?

Miraste al suelo, no querías contestar.

—¿Sabe tu madre que estás aquí? —Y, a continuación, antes de que te diera tiempo a decir nada, añadió, más para sí que otra cosa—: No, supongo que no. Pobrecita. Va a estar preocupada… —Te estudió durante un momento más y luego te dio unas palmaditas en el brazo —. Bueno, pues cuídate.

Sabes que hay cosas de comer en el cuarto del personal, junto al Taller de Encuadernación. Imagino que es adonde vas…

No se te había ocurrido ir al Taller de Encuadernación, pero por alguna razón tenía sentido, de manera que asentiste con la cabeza.

—Entonces, ten cuidado. En el Taller de Encuadernación puede pasar

cualquier cosa, no sé si lo sabes. No te conviene

quedarte allí demasiado rato. —Y, acto seguido, al ver en tu rostro una sombra de preocupación, te dio otra palmadita en el brazo y añadió—: No pasa nada. Sobrevivirás.

Aquello no era demasiado tranquilizador.

Cuando se marchó te arrodillaste y te metiste a gatas debajo de la mesa, te hiciste una bola y te abrazaste las rodillas.

Todavía te vibraba el cuerpo. Oías sonidos: pisadas, voces lejanas, el traqueteo acompasado de los carritos y el poderoso zumbido de una abrillantadora de suelos cada vez más cerca.

¿Sería este celador uno de los amigos del Botellero? Puede que hubiera estado bebiendo. Había algo en su manera de manejar la vieja máquina, moviendo las pesadas cabezas rotadoras en arcos lentos y calculados que cubrían cada centímetro de suelo, que dio a Benny la impresión de estar oyendo música…, un vals tal vez. Esto lo supiste de alguna manera, como también supiste que, cuando por fin cruzara el puente hasta tu rincón y metiera el hocico romo de la máquina debajo de tu cubículo y chocara con tu muslo, se agacharía para ver qué le obstruía el paso y no te vería allí hecho un ovillo, pero no porque estuviera borracho, sino porque eras invisible.

O eso te dijiste mientras esperabas a que el zumbido de la máquina se apagara y a que los sonidos amainaran. Esperaste a los últimos chasquidos que indicaran que el último humano había cerrado las puertas y abandonado el edificio. Esperaste a que la Biblioteca quedara sumida en el silencio profundo y oscuro de los libros dormidos y de las palabras acostadas entre sus tapas. Y cuando por fin ocurrió, saliste a gatas del cubículo y te dirigiste al Taller de Encuadernación.

74

Cory Johnson seguía en la Biblioteca cuando telefoneó Annabelle. Nunca conseguía salir a las nueve en punto, cuando cerraba el lugar, y aquel día estaba tardando todavía más.

Había sido un día complicadísimo y se encontraba exhausta.

La noche anterior se había quedado levantada hasta tarde

viendo la información sobre las elecciones y esperando un milagro,

pero para las tres de la madrugada el resultado estaba claro y se fue a la cama. En el autobús, a la mañana siguiente, los pasajeros estaban serios e inexpresivos y se miraban los unos a los otros con desconfianza. El cuarto del personal de la Biblioteca parecía una funeraria. La trabajadora social había enviado un correo ofreciendo apoyo a quienes se sintieran estresados.

—¿Cómo que estresados? —había dicho su amigo Julio, de pie delante del microondas—. Querrá decir aterrorizados. Es como despertarte y descubrir que estás dentro de una novela de Philip K. Dick.

La Biblioteca siempre había sido un espejo del mundo, y aquel día lo parecía más que nunca. Los bibliotecarios iban de un lugar a otro igual que zombis, perplejos y somnolientos, y los usuarios estaban nerviosos. A mediodía ya habían tenido dos sobredosis en el baño de señores. Los bibliotecarios de servicio les habían puesto las inyecciones de Narcan —habían recibido formación para hacerlo, aunque a ninguno le gustaba

— y durante un rato estos incidentes les habían proporcionado una distracción, pero luego volvió el recuerdo de las elecciones. ¿Cómo había ocurrido algo así? ¿Cómo era posible? Es como cuando muere alguien, pensó Cory. Un día todo está bien y estás pensando en ligar con alguna chica guapa en Tinder, y al siguiente te enteras de que se ha muerto tu abuela y ya nada está bien, y no hay más que un enorme agujero en el lugar que antes ocupaba la abuela Dee en tu vida.

Cory recordaba el miedo vertiginoso que había sentido cuando su madre la llamó desde el hospital, y a continuación el duelo en todas sus fases, y aquel día no era distinto. Para cuando llegó la hora de cerrar la Biblioteca, había experimentado conmoción, incredulidad, negación y furia y pasado varias horas investigando la posibilidad de solicitar la ciudadanía canadiense antes de sumirse directamente en una depresión.

Para cuando llegó la hora de cerrar, no había indicio alguno de la fase aceptación.

Cuando sonó el teléfono estaba lejos de su mesa, tratando de consolar a Naheed, una joven doctoranda en Archivos y Bibliotecas iraní cuyos padres le exigían que volviera a casa.

Luego fue al Rincón Infantil Multicultural para ordenar y reparó en la luz parpadeante que indicaba que tenía un mensaje. Vaciló, pero la fuerza de la costumbre pudo más que ella, así que comprobó el buzón

de voz y enseguida se arrepintió. El mensaje era de la madre de aquel niñito extraño que solía sentarse debajo de su banqueta. Ahora era adolescente. Una monada. Aunque seguía siendo raro. Tal vez era del espectro autista. Se había sobresaltado muchísimo cuando lo encontró en Procesamiento de Libros y más tarde Jevaun lo había encontrado en el Nivel Cinco aporreando una pared, buscando un cuarto de baño. La madre siempre le había parecido agradable, interesante, pero algo infeliz. Cory sentía lástima de ella; lamentaba que su hijo hubiera desaparecido, pero el hecho de que hubiera llamado para preguntar si no estaría escondido en el Rincón Infantil Multicultural era irritante. Pues claro que no estaba. Cory acababa de pasar por allí. Guardó la botella de agua y las llaves en la mochila y revisó su mesa por última vez. Estaba harta de que la gente hiciera bromas sobre espíritus y que recurriera a ella cada vez que desaparecían cosas. No tenía nada en contra de los espíritus, en especial si eran multiculturales, pero no le hacía gracia. Era una leyenda urbana racista. Eso no quería decir que la madre del niño fuera racista o estuviera intentando ser graciosa, pero aun así. Se colgó la mochila y caminó hasta la parada de autobús.

Su autobús llegó tarde y luego se vio obligado a hacer un desvío para evitar la manifestación del centro. Los otros pasajeros estaban molestos y ella también, pero cuando unos chicos blancos empezaron a hacer comentarios despectivos sobre los manifestantes, sintió que su irritación daba paso a la furia. Echando humo, apretó el botón y se bajó en la siguiente parada. Un día antes habría dicho algo, pero ahora había mantenido la boca cerrada, y esto la molestaba. ¿Era miedo?

Pasó junto a un grupo de personas que se dirigían hacia el centro con pancartas. Estuvo tentada de unirse a ellas, y un día antes lo habría hecho, pero ahora fue andando a casa, se dio una ducha y se metió en la cama.

Se despertó en mitad de la noche y le vino a la cabeza el recuerdo del mensaje de voz de la madre. Era irritante cuando el trabajo la seguía a casa y perturbaba su sueño. ¿Por qué no era capaz de establecer unos límites sanos? La mujer había sonado tímida y compungida por tener que molestarla. Su hijo había desaparecido. Si necesitaba ayuda, ¿por qué no la pedía directamente?

Pues claro que lo había hecho. Ese era el motivo de la llamada de teléfono, y Cory había hecho caso omiso. ¿Por qué no había devuelto la llamada a la mujer? ¿Por qué no había dicho algo a aquellos hombres blancos del autobús? ¿Por qué no se había unido a las protestas? ¿Qué le pasaba?

Miró su teléfono. Pasaban unos minutos de las dos.

Demasiado tarde ya para llamar. Se preguntó si el chico habría vuelto a su casa. Pobre mujer, Annabelle se llamaba. Un nombre relamido. Estaría levantada, esperando. Preocupada.

Enferma. Quizá el niño estaba escondido en alguna parte.

Había ocurrido antes, gente que se colaba en la Biblioteca por la noche y robaba comida del cuarto del personal. La gente siempre culpaba a los fantasmas. Cogió el teléfono y llamó a Seguridad. Jevaun tenía turno aquella noche y sabía que a esa hora estaría dando cabezadas delante de su consola de monitores.

—Oye, despierta. Necesito que me hagas un favor. —

Desoyó las protestas y siguió hablando—. ¿Te acuerdas de aquel chico que intentó romper una pared?

—¿En el Nivel Cinco? Pues claro. Un chico majo. Un poco raro. ¿Qué pasa con él?

—Creo que puede estar en la Biblioteca.

—Imposible. Lo habría visto.

—Se llama Benny. Benny Oh. ¿Puedes mirar en Multicultural Infantil?

—Las cámaras de seguridad sirven para algo, no sé si lo sabes.

—Puede estar escondido debajo de la mesa o algo así.

—Sí, claro.

Cory oyó crujir la silla de Jevaun cuando este se puso de pie.

—Y me llamas, ¿vale? No puedo dormir.

Cuando le sonó el teléfono, estaba levantada haciéndose un té.

—¿Has encontrado algo?

—Pues claro que no.

Se llevó el té al cuarto de estar.

—Escucha, Jevaun, ¿te importa echar un vistazo en el Nivel Nueve?

Había visto allí al chico un par de veces cuando estuvo haciendo una suplencia arriba, sentado en un cubículo, parapetado detrás de una fortaleza de libros. Tenía un aspecto tan serio, con los hombros a la altura de las orejas, balanceándose atrás y adelante mientras estudiaba el libro abierto delante de él. En una ocasión, cuando salió del cubículo, Cory se había acercado a mirar qué estaba leyendo y lo que encontró la sorprendió: libros sobre armamento medieval, sobre cine alemán, sobre arte surrealista, sobre Walter Benjamin, así como una recopilación de cuentos infantiles. También había otros, pero esos eran los que recordaba. Sentada en un cubículo vecino había otra usuaria habitual, una escritora, que levantó la vista de su teclado al ver a Cory.

—La semana pasada eran la novela argentina y la cría de hurones —le había dicho la mujer—. Jorge Luis Borges. ¿Tú

te crees? ¿Qué clase de niño lee a Borges?

Cory se quemó la lengua al dar un sorbo de té y entonces le volvió a sonar el teléfono.

—Nada en Nueve. ¿Dónde más quieres que mire?

Cory pensó un momento.

—¿Puedes probar en el Taller de Encuadernación?

Hubo un largo silencio. Oyó un leve sonido de fondo.

Como a hueco, a viento soplando encima de la boca de una botella.

—¿Sigues ahí? —preguntó.

—Calipso está muy activo hoy —contestó Jevaun.

Cory lo imaginó en el precario puente mirando hacia abajo, pasando por los distintos niveles hasta el oscuro subsótano.

—No es más que aire ascendente —dijo.

—Eso es lo que tú dices.

Cuando volvió a sonarle el teléfono, el té se había quedado tibio. La voz de Jevaun era un susurro.

—Tenías razón —dijo—. Estoy justo fuera del Taller de Encuadernación. Está dentro.

Cory dejó la taza.

—¿Está bien?

—Eso parece. Está sentado en esa guillotina antigua, cantando solo. Con una sonrisa rara. Le he llamado, pero no contesta.

—Vale, escucha. Cojo un Uber y…

—Está desnudo, Cor. No lleva nada de ropa.

—Vaya por Dios. ¿Le habrá pasado algo?

—No sé decirte. Pero sabes que tengo que informar de esto,

¿verdad?

—Espera. Espera un poco solo. Por favor.

—Date prisa.

Estaba sentado en el borde de la vieja Quintilio Vaggelli, con la larga cuchilla curva pendiendo sobre su cabeza igual que una cimitarra. Cory se quedó en el umbral, observando. No parecía estar herido ni en peligro de autolesionarse, y no iba desnudo del todo. Llevaba calzoncillos y su ropa cuidadosamente doblada formaba un montón en el suelo.

Parecía estar en alguna clase de trance, sentado con las palmas ahuecadas en el regazo, meciéndose con suavidad y cantando para sí. ¿Una nana? No, era una ronda. «Rema, rema en tu barquito.» Los pies se le balanceaban suavemente al ritmo de la canción y sus ojos enrojecidos parecían escudriñar cosas invisibles y lejanas. En el aire flotaba un olor raro, vagamente químico, y a algo más, a leche agria mezclada con el tufo de papel viejo y cola. Repartidos a su alrededor, en la superficie a modo de mesa de la guillotina y en el suelo de debajo, había cientos de trocitos de papel que parecían copos de nieve.

Había estado jugando con la Vaggelli.

—¿Benny? —lo llamó Cory.

Benny parpadeó, pero no dijo nada.

Conservaba la cara y el cuerpo de un niño, un torso delgado y estrecho, una barriga redondeada, tersas mejillas que estaban

húmedas de lágrimas. Su piel era de color dorado y llevaba el pelo tieso en mechones puntiagudos, como si se lo hubiera ensuciado con algo pegajoso. Seguía teniendo la voz aguda y sin gallos. «Suavemente río abajo…»

—Benny, ¿me oyes?

Cory dio un paso adelante. Los labios de Benny apenas se movían y era casi como si la canción proviniera de otra parte, de los confines últimos del Taller de Encuadernación o incluso de más lejos, de fuera de la Biblioteca. Cuando escuchó con mayor atención, Cory distinguió un eco, de modo que parecía

haber dos voces, o diez, o mil, todas cantando en melancólica armonía los versos de la canción.

«Rápido, rápido, rápido, rápido, la vida no es más que un sueño…»

75

¿Cuánto recuerdas de todo esto, Benny? ¿O también lo has reprimido?

Primero fue el vigilante nocturno, que llegó y se fue. Luego la bibliotecaria bajita, quien se quedó e intentó hablar contigo.

Por último, el guarda de seguridad volvió con la policía.

Entraron en el Taller de Encuadernación uno a uno, moviéndose despacio para que su presencia no te alterara.

Hablaban en susurros cautelosos. No sabían qué esperar, por qué estabas allí o qué sentías. Solo veían a un niño semidesnudo con calzoncillos blancos, encaramado a una guillotina industrial, con las manos ahuecadas encima de sus partes íntimas y una cuchilla larga y curva pendiendo sobre su cabeza.

Podías haberles explicado que tus manos solo intentaban reconfortarte y mantenerte a salvo. La expresión de tu cara, la media sonrisa de satisfacción y la mirada perdida en algún punto lejano deberían haberlos tranquilizado, pero no fue así.

Se supone que los niños no deben sentarse en guillotinas ni tocarse las partes íntimas en público. Se supone que no deben desnudarse en bibliotecas en plena noche. Podrías haberles explicado que te habías quitado la ropa porque apestaba a gas lacrimógeno y leche agria, y que el gas picante te había irritado los ojos. Podrías haberles dicho

que las cuchillas quieren cortar y que, aunque te habías hecho amigo de esta, habías tomado las precauciones debidas. Pero no explicaste nada, así que no entendieron. Quizá debíamos haberte urgido a hablar con ellos y explicar tu comportamiento, pero no lo hicimos. La verdad es que ni se nos ocurrió. A los libros no nos parece mal lo que hagan los niños. Los libros valoramos las excentricidades y, además, estábamos ocupados, ¿no es

verdad? Estábamos teniendo nuestra primera conversación como es debido. Estábamos muy muy lejos.

Uno a uno los intrusos entraron y nos oyeron cantar. ¿Te acuerdas? Estábamos cantando la ronda, el mismo *canon perpetuus* que tus padres acostumbraban a cantar y que tú oías desde dentro del vientre de tu madre. Mientras nuestras voces se fundían con todos los libros sin encuadernar que iban y venían igual que espectros por el Taller de Encuadernación, los versos que se solapaban desconcertaron a los intrusos, y de eso se trataba. Cantamos para que debajo de la letra de esa nana eterna no pudieran discernir nuestra conversación murmurada. Nuestras palabras eran para nosotros. Cada niño lleva un libro dentro, Benny, pero no todos los niños lo oyen cuando les habla. No todos los niños están dispuestos a escuchar.

Aquella noche tú escuchaste. Tal vez fue el poder del Taller de Encuadernación, o tu encontronazo con un bate furioso, o la indignación y el caos de la gente por las calles. Quizá en ese momento necesitabas un libro para entender el mundo. Pero, fuera cual fuera la razón, escuchaste de verdad, y te estamos agradecidos.

¿Recuerdas nuestra conversación? ¿Recuerdas los lugares a los que fuimos y las cosas que vimos? El Taller de Encuadernación era nuestro acceso, el lugar en el espacio que contiene todos los otros lugares, y aquella noche tú eras un niño libre, un pequeño astronauta que daba su primer salto a un universo infinito e inescrutable. Por vez primera percibiste, con total claridad, las formas y los contornos sinuosos de los sonidos que hace la materia al moverse a través del espacio, el tiempo y la mente. Algunos de estos sonidos eran tan hermosos que te hicieron reír a carcajadas y aplaudir encantado, otros eran tan tristes que te rodaron lágrimas por la cara. ¡Ah, y qué cosas vimos! ¡Qué visiones tuvimos!

Cargueros que centelleaban en la noche con luna frente a la costa de Alaska. Pirámides de sulfuro alzándose amarillas en

la bruma. La expoliada luna y todos sus cráteres; globos y estrellas y

asteroides; un cuervo negro azabache con una diadema de diamantes; una bandada de patos de goma girando succionados en los remolinos del Pacífico. Al oír pisadas, una muchacha se detiene en seco y Andrómeda destella en el firmamento. Los incendios se propagan a medida que arden secuoyas, y en alta mar, una ballena piloto lleva su cría muerta en la boca mientras tortugas marinas lloran lágrimas salobres que caen en redes de plástico.

¡Qué imposible es expresar en palabras esta infinitud de lo No Encuadernado! En un único instante vimos constelaciones a punto de constelarse, conjuntos en movimiento. Percibimos el flujo dinámico de la materia vibrante que se materializaba en una canica o un bate de béisbol, en una zapatilla deportiva o un cuento, un *riff* de jazz o un contagio viral, un óvulo o una cuchara de plata antigua.

Vimos la rica plata del Cerro de la Bufa, extraída por esclavos zacatecos para enriquecer a la Corona española, luego fundida y forjada en esa cuchara que dio de comer a mil bocas

—abiertas, hambrientas, jóvenes y viejas, rojas y lozanas, hediondas y desdentadas— antes de regresar por el océano de vuelta al Nuevo Mundo, en el fondo del fardo de un inmigrante. En el Bronx, la cuchara formó parte del botín de un ladrón de poca monta. En Hoboken, visitó una casa de empeños y en Reno otra, antes de viajar en dirección oeste hasta el confín del continente, hasta su lugar de descanso actual, en el canalón atascado del alero de un instituto público falto de fondos en algún punto de la costa del Pacífico noroccidental de las Américas.

Y de paso te dio a ti de comer. Desde tu atalaya en la guillotina, viste a tu madre metiendo plátano triturado en tu boca de meses. Meciéndose en su mecedora. Cantándote la canción de la vaca y la luna. *Tin tirín tin.* Al ver esto, te echaste a llorar.

Todas estas cosas las viste y las sentiste al mismo tiempo.

¿Cómo es posible? Porque en el Taller de Encuadernación, donde los fenómenos no han sido encerrados aún entre dos tapas, las historias no han aprendido todavía a comportarse de manera lineal, y la miríada de cosas que componen el mundo surgen de forma simultánea, ocurren en el momento presente, coetáneamente a ti. En ese estado Sin Encuadernar viste el universo nacer, nubes de polvo estelar, emanaciones de ese pequeño estanque de aguas cálidas de cuyo gaseoso burbujeo nace toda la vida. En este estado Sin Encuadernar aquella noche conociste todo lo que fue y sería jamás:

forma y vacío, y ausencia de forma y de vacío. Sentiste lo que era abrirse por completo, fundirse con la materia y dejar entrar todo.

También a nosotros. Nos dejaste entrar y, una vez dentro, pudimos acceder a las puertas de tus sentidos y saber por fin lo que es ver con ojos, oír con oídos, saborear con una lengua y tocar con piel, y eso, después de todo, es lo que todo libro quiere. Queremos un cuerpo y, por primera vez, nos imaginamos lo que podía ser tenerlo. Pudimos percibir esa conciencia que nace de tener un cuerpo. Nosotros te dimos el mundo sin encuadernar; tú nos regalaste eso.

Parte cuatro

El pabellón

La niño sigue sus huellas medio borradas. Se tapa los oídos al leer; el libro está encima de una mesa demasiado alta y siempre tiene una mano en la página. Aún lee las aventuras del protagonista en el remolino de letras como figura y mensaje entre copos que caen. Su aliento forma parte de los acontecimientos y todos los personajes lo respiran.

Se pierde en ellos con mucha más facilidad que un adulto.

Los hechos ocurridos, las palabras intercambiadas lo afectan de manera indecible, y cuando se levanta, la nieve de lo leído lo cubre de pies a cabeza.

WALTER BENJAMIN, *Dirección única*

MAGIA ORDENADA

Capítulo 3

Ya está rota

Un día, mientras servía té a mi maestro, la taza se resbaló por la bandeja y cayó al suelo. Era una taza antigua, muy vieja y muy hermosa, con un poema inscrito. Mi maestro la había recibido de su maestro a modo de regalo; era su taza de té preferida y le tenía mucho

aprecio.

Cuando llegó al suelo, grité. Mi maestro levantó la vista de su libro y dijo: «Ya está rota», y siguió leyendo.

Me quedé desconcertada. La taza no estaba ya rota y, por fortuna, sobrevivió a la caída. La cogí y la examiné y, al no encontrar ni una sola mella o grieta, la lavé, volví con ella y le serví con cuidado su té al maestro.

Cuando me pidió que me uniera a él, esperé a que hiciera algún comentario sobre mi torpeza, pero no fue así. Se limitó a sorber su té en silencio y a mirar al jardín como si no hubiera pasado nada. Al final no lo resistí más.

—Hojo-san —dije apoyando mi taza—, su taza no se ha roto. ¿Por qué ha dicho que estaba ya rota?

Sostuvo la taza en alto y la admiró.

—Es bastante antigua, no sé si lo sabes. Tal vez tiene doscientos años.

La hizo Regentsu. ¿Sabes quién era Regentsu? Fue una gran belleza, pero tuvo una vida muy triste. Era hija ilegítima y fue dada en adopción al poco de nacer. Más tarde se casó dos veces, pero sus dos maridos y los cinco hijos que tuvo murieron, así que se afeitó la cabeza y se hizo monja budista. Era pobre pero creativa, así que empezó a hacer cerámica y a escribir poemas en las tazas y los cuencos. Se hicieron muy populares y ganó mucho dinero, pero lo dio todo a los pobres.

Yo lo escuchaba con impaciencia. El maestro hacía eso a menudo. Se iba por la tangente y se olvidaba de mi pregunta, pero esta vez yo estaba decidida a obtener una respuesta. Estaba leyendo el poema de la monja en uno de los lados de la taza.

«El polvo del mundo barrido fuera de mi ermita. Tengo todo lo que necesito, el viento en los pinos…»

—Pero, Hojo-san, ¡la taza no está rota!

Levantó la vista, sorprendido.

—Para mí sí lo está —dijo—. Estar rota forma parte de la naturaleza de una taza. Por eso es tan hermosa ahora, por eso la valoramos cuando aún podemos beber en ella. —Miró la taza con cariño, dio un

último sorbo y la depositó con cuidado, ya vacía, en la bandeja—. Cuando se va, se va.

Aquel día mi maestro me dio una lección valiosísima sobre la impermanencia de la forma y la naturaleza vacía de todas las cosas.

Años más tarde, después de la muerte del maestro, la taza de té me dio una segunda lección. El 11 de marzo de 2011, a las 14:46, un terremoto de magnitud 9 originado en el mar asoló la costa nororiental de Japón. Yo estaba en la cocina del pequeño templo en Tokio, a 373 kilómetros del epicentro, haciendo té, cuando de pronto me caí de lado y la taza Regentsu salió volando de mis manos.

Mi maestro me había regalado la taza cuando me hizo heredera de su *dharma* y la cuidaba como un tesoro. Cuando voló de mis manos, me lancé a cogerla, maldiciendo mi torpeza, y al momento siguiente me encontré en el suelo. Solo entonces caí en la cuenta de lo que pasaba. Las sartenes y las cazuelas resbalaban por la encimera. Los platos se hacían añicos y se estrellaban contra el suelo. Me tapé la cabeza y me puse a cuatro patas.

Debajo de mí, el suelo subía, zarandeándome de un lado a otro, y por todas partes había comida volando. No sé cómo me las arreglé para gatear hasta la cocina y apagar el gas.

El terremoto duró seis largos minutos, y cuando hubo pasado y me puse a limpiar la cocina, encontré la taza Regentsu hecha pedazos en el suelo. Recogí los trozos, los llevé a mi estudio y los dejé en el altar, delante del retrato de mi maestro.

—Tenías razón —dije—. Ya está rota.

Lo que vivimos en Tokio no fue nada comparado con lo ocurrido en el norte, donde se estaba formando un terrible tsunami que destruiría todo lo que se cruzaba en su camino y arrastraría y mataría a más de quince mil personas. En los días que siguieron, el mundo enteró vio la ola mortal de agua oscura romper las escolleras, inundar ciudades y pueblos y reducirlos a escombros. Vimos personas cruzando los campos como podían, tratando de ponerse a salvo en promontorios. Vimos coches y camiones arrastrados por la ola, con los conductores y pasajeros atrapados dentro, sus caras de terror pegadas a los cristales. Edificios de apartamentos enteros fueron arrancados de sus cimientos y arrastrados tierra adentro por la ola negra, mientras las familias que vivían en ellos se aferraban a los tejados y gritaban desde las ventanas implorando ayuda.

Cuando la ola cambió de dirección, el mar las engulló.

Murió mucha gente. Muchas personas desaparecieron. Otras lograron escapar con vida y solo perdieron sus posesiones —casas y coches, ropa y joyas, dispositivos electrónicos y electrodomésticos—, todo aquello que habían comprado con su esfuerzo, por no hablar de sus pertenencias de valor sentimental: álbumes de fotos, cartas, recuerdos, objetos personales y todos los tesoros familiares cuidadosamente conservados de generación en generación.

Aquello fue otra valiosa lección sobre la impermanencia de todas las cosas. Japón se encuentra en una zona sísmicamente activa, de modo que los terremotos no son infrecuentes. El desastre puede sobrevenir en cualquier momento, pero lo olvidamos, distraídos como estamos por el brillo superficial de las comodidades de nuestra vida cotidiana. Envueltos en una falsa sensación de seguridad, nos dormimos y, en este sueño, se nos pasa la vida.

El terremoto nos despertó y el tsunami se llevó nuestra falsa sensación de seguridad. Nos hizo cuestionarnos nuestros valores y nuestro apego a las posesiones materiales. Cuando todo lo que considero mío —mis pertenencias, mi familia, mi vida— puede desaparecer en un instante, tengo que preguntarme «¿Qué es real?». La ola nos recordó que la impermanencia es real. Nos hizo enfrentarnos a nuestra verdadera naturaleza.

Ya estamos rotos.

Sabiendo esto, podemos valorar cada cosa por lo que es y amarnos los unos a los otros tal y como somos, completa e incondicionalmente, sin expectativas ni decepciones. De esta manera la vida es más bella aún, ¿no os parece?

Mucho más tarde encontré un artesano capaz de reparar la taza Regentsu empleando oro y laca para juntar los pedazos. Ahora, en las grietas, hay delicadas costuras de oro, que rinden homenaje a la naturaleza rota de la taza. A mis ojos, ahora es más bella que nunca.

Benny

Fue el mismo terremoto, ¿a que sí? El del globo de nieve catastró co de Aleph que regalé a mi madre por su cumpleaños. Nunca me había parado a pensar en lo que debió de ser estar dentro. No me re ero a dentro del globo de nieve, porque el globo de nieve no es real. Hablo de dentro del terremoto y del tsunami y del accidente nuclear. Esas cosas fueron reales, y estar dentro de el as debió de ser una auténtica

putada.

¿Y todo eso que decía Aikon sobre que la vida es como un sueño? Lo entiendo perfectamente. Es como en la nana que cantamos en el Tal er de Encuadernación, solo que lo de aquel a noche fue más como despertarse o quizá escapar. Tú lo l amaste Desencuadernar, pero eres un libro y es lógico. Yo no sé cómo describirlo, pero recuerdo la sensación. Desde que murió mi padre también me he sentido como si estuviera atrapado dentro de un globo de nieve catastró co y el cristal se cerrara a mi alrededor y se hiciera más y más pequeño con cada cosa mala que pasaba. Pero la noche que pasé con vosotros en el Tal er de Encuadernación, el globo de nieve de mi vida se abrió y lo vi todo, y cada una de las cosas era perfecta y real, sin más. En aquel momento esto no lo entendí —todo se volvió un poco raro cuando apareció la policía y a todos se les fue la ol a—, pero ahora creo más o menos que sí. ¿Es a lo que se re ere Aikon cuando habla de estar roto? Yo sí tuve la sensación de que me iba a explotar la cabeza, pero no en un mal sentido, no sé si me explico.

Es curioso que la pregunta que se hacía Aikon —«¿Qué es real?»—

fuera la misma que la mía. Es como si lo supiera, aunque es posible también que todos tengamos la misma pregunta.

En cualquier caso, está bien recordar todo esto. Así que gracias, supongo. Por enseñármelo entonces y por recordármelo ahora.

El Libro

Sí, recordar es bueno.

Muchas personas se han hecho tu pregunta, Benny.

Probablemente es la pregunta más antigua del libro, pero eso no significa que no sea especial para ti. Cada persona está atrapada en su particular burbuja de autoengaño, y su tarea en la vida es escapar de ella. Los libros pueden ayudar. Podemos traer el pasado al presente, transportarte en el tiempo y ayudarte a recordar. Podemos enseñarte cosas, cambiar tu perspectiva de la realidad y ensanchar tu mundo, pero el esfuerzo de despertar debes hacerlo tú.

Es agradable oír de nuevo tu voz. Es agradable tenerte de vuelta, y llegas justo a tiempo, porque todavía nos quedan cosas que hacer antes de terminar. Los finales son complicados y necesitamos tu ayuda. ¿Estás preparado?

Los agentes de policía vieron marcas de pinchazos en el brazo desnudo del chico cuando lo llevaron del Taller de Encuadernación al hospital. Se lo mencionaron a la enfermera de admisión, quien informó al médico de guardia, el cual informó a la doctora Melanie, quien a la mañana siguiente se reunió con Annabelle en el pabellón de Psiquiatría Pediátrica.

La doctora Melanie se fue desplazando por la historia médica de Benny en busca del informe de la policía.

—Todavía no tenemos los resultados de la analítica, pero me ha sorprendido. ¿Ha visto alguna vez indicios de drogas intravenosas?

Estaban en una pequeña consulta en el pabellón de Psiquiatría. Annabelle estaba exhausta. Se había pasado la noche despierta, temiendo una llamada de la policía, que llegó sobre las seis de la mañana. Corrió al hospital, donde le

permitieron ver a Benny un momento, antes de llevárselo para examinarlo, y luego esperó varias horas para hablar con la doctora Melanie. Necesitó pensar un momento, pero cuando por fin asimiló el significado de la pregunta de la doctora, negó vigorosamente con la cabeza.

—¡No! ¡Claro que no!

La doctora Melanie se acercó a la pantalla del ordenador.

—Según el informe, cuando lo pusieron bajo custodia policial parecía estar bajo la influencia de narcóticos. En el coche patrulla camino del hospital, confesó haber roto el escaparate de una tienda. Su habla era incoherente. Algo sobre béisbol. Parecía delirar, algo que confirmó el médico que lo ingresó. —Se desplazó hacia arriba por la pantalla—. ¿Ha detectado cambios en su comportamiento últimamente? ¿Algo distinto o sorprendente…?

De nuevo, Annabelle no fue capaz de responder enseguida.

El comportamiento de su hijo siempre era distinto y sorprendente, y la doctora lo sabía. ¿Qué podía añadir?

—No, la verdad es que no. —Miró por encima de la mesa metálica a la doctora, quien esperaba para teclear su respuesta

—. A ver, estamos hablando de Benny… —dijo, como si eso fuera una explicación.

—Entonces, ¿nada fuera de lo normal? ¿Una agitación inusitada? ¿Irritabilidad?

Annabelle negó con la cabeza.

—¿Fatiga? ¿Somnolencia súbita? ¿Se queda dormido?

—El día de las elecciones estuvo enfermo —fue lo que dijo Annabelle —. Se despertó resfriado y tenía unas décimas, así que le dejé quedarse en casa. Durmió mucho. Iba a quedarse en casa al día siguiente también, pero entonces se marchó.

—¿Fue al instituto?

—No. Llamé, pero no estaba allí. No sabía dónde estaba.

¡Qué preocupación! Estuvo desaparecido toda aquella tarde y gran parte de la noche, y luego apareció en la Biblioteca… —

Hizo una pausa y le vino a la cabeza un pensamiento—. Sí que hubo algo un poco raro —dijo—. Antes de irse me dobló todas las camisetas…

La doctora Melanie la miró.

—¿Le dobló sus camisetas?

Animada, Annabelle se inclinó hacia delante.

—Sí, mientras me echaba una siesta —dijo—. He estado ordenando en casa y tenía todas las camisetas fuera del cajón, en montones. Debió de verlas al salir y las dobló y las colocó en el cajón, clasificadas por colores, ¡igual que un arcoíris!

¿No es adorable? Esas cosas se le dan fenomenal.

La doctora asintió y volvió a la pantalla.

—¿Ha mencionado amigos nuevos? ¿Del instituto o del vecindario?

—No —dijo Annabelle sintiéndose impotente otra vez—.

En el instituto no. Hay una chica, pero creo que la conoció aquí…

La doctora volvió a levantar la vista.

—¿Una paciente?

—Eso supuse, sí.

—¿Sabe cómo se llama?

—Benny la llama Aleph, pero no creo que sea su verdadero nombre, ¿verdad?

La doctora frunció el ceño y empezó a desplazarse por la historia médica de Benny.

—¿No es esa su amiga de la Biblioteca? ¿La que lo rescató del cuarto de baño imaginario? Me habló de ella. Ah, aquí está. —Leyó en silencio y a continuación se giró en su

taburete para mirar a Annabelle—. No es real, señora Oh. Eso lo sabe, ¿verdad?

Annabelle miró a la doctora sin entender.

—¿No es real?

—Es el personaje de un cuento de un escritor sudamericano. No me acuerdo de su nombre…

—Borges —dijo Annabelle—. Jorge Luis Borges. Es argentino.

—Sí, exacto. No lo conocía. En una de nuestras sesiones, Benny mencionó que tenía una amiga llamada Aleph y el nombre me chocó, así que lo busqué en Google.

—Yo también, pero…

—La verdad es que es fascinante —dijo la doctora consultando de nuevo la pantalla—. En el cuento, el aleph ni siquiera es una persona. Es un pequeño objeto del tamaño aproximado de una pelota de golf…

—«Una pequeña esfera tornasolada, de casi intolerable fulgor.» Sí, lo sé, pero…

—«El lugar en que están…

—«… todos los lugares del orbe.» Sí, eso también lo he leído. ¿Qué quiere decir con que no es real?

La doctora sonrió.

—Veo que se ha documentado. Lo que quiero decir es que la Aleph de Benny es un personaje de ficción. Su hijo tiene una vida imaginaria muy activa…

—¡Pues claro! Es muy creativo.

—… lo cual es compatible con la sintomatología de una psicosis. No es solo lo de Aleph. Tiene varios amigos imaginarios con los que conversa.

—¿Amigos imaginarios?

—Bueno, llámelos «seres» si prefiere —dijo la doctora—.

Entes a los que habla y muchos más que le hablan a él. Aleph es uno de ellos. Dice Benny que vive en los árboles. Y luego hay algo a lo que se refiere como… —hizo una pausa y comprobó sus notas— un Robot de Control Ambiental no Teorizante de Utilidad General B-9 Clase M-3, para ser exactos, que lo avisa cuando hay peligro. Y otro al que llama hombre B, o a veces el Botellero, a quien describe como un vagabundo con una pierna protésica. Parecen ser alucinaciones visuales complejas que Benny es capaz de ver y de describir con cierto grado de detalle. Luego está un número aún mayor de alucinaciones auditivas elementales, incluidos objetos varios como teteras, patas de mesa, alcachofas de ducha, tijeras, deportivas, grietas en la acera, cristales de las ventanas, por nombrar unos cuantos. Pero hay una que es distinta, una alucinación auditiva compleja, una entidad a la que llama el Libro.

La doctora Melanie hizo otra pausa y, cuando siguió hablando, lo hizo eligiendo con cuidado las palabras.

—La relación entre los dos parece ser algo conflictiva. Al principio Benny mostraba síntomas de paranoia y atribuía malas intenciones al Libro y decía que lo espiaba, que se metía en su cabeza y lo «obligaba a hacer cosas» para así poder

«contar su vida». Esas son las palabras que usó. Esta mañana, cuando hablamos, me dijo que el Libro le había mandado ir al Taller de Encuadernación para poder «enseñarle cosas». Le pregunté qué cosas y no quiso contestar, pero luego, cuando le insistí, solo dijo: «Todo».

La palabra quedó flotando entre las dos y el ruido del pabellón pareció desaparecer. Annabelle nunca había oído a la doctora hablar así, como

si estuviera de verdad interesada.

Parecía saber mucho más de Benny que ella. ¿De verdad le había contado todas esas cosas?

—Su actitud era tranquila —continuó la doctora—, sin indicios de la conducta paranoide que había mostrado antes.

Es más, si tuviera que describir su estado afectivo, la palabra que me viene a la cabeza es «deslumbrado». Decir que era como un místico que ha visto a Dios quizá sea grandilocuente, pero, en realidad, es una comparación que ha hecho el propio Benny, y me indicó que ahora mismo está experimentando el Libro como una presencia fundamentalmente benévola.

Entonces soltó una risita y negó con la cabeza.

—Tiene usted un hijo muy interesante, señora Oh.

Annabelle carraspeó.

—Perdone, pero creo que se equivoca.

La doctora pareció sorprendida.

—¿Sobre el Libro?

—Sobre Aleph. —Annabelle asió el bolso en su regazo y se inclinó hacia delante—. No es imaginaria. Es real. Benny también me dijo a mí que se la había inventado, pero creo que mentía.

—Sé que esto es difícil, señora Oh, pero…

—Aleph es amiga de ese chico chino tan agradable.

Mackson. El que Benny conoció aquí, en el pabellón.

—Ah, Mackson Chu. Sí. Ha vuelto a la universidad.

Stanford, creo.

—Bueno, pues él la conoce. ¡Pregúnteselo!

—Mackson era compañero de habitación de Benny,

¿verdad? Me suena un poco a alucinación compartida, a *folie à deux*. Algo inusual, pero…

—Tiene que estar en las historias clínicas. ¿No puede comprobarlo?

La doctora Melanie apoyó las palmas de las manos en la mesa.

—Señora Oh, le aseguro que aquí no hemos tratado nunca a nadie llamado Aleph. Con ese nombre creo que me acordaría.

—Pero es que yo he hablado con ella —dijo Annabelle con voz temblorosa, cada vez más aguda—. Y también la he visto.

¡Era la chica que estaba dentro del contenedor con el pato de goma! ¡Estaba en el callejón con Mackson la noche de luna llena! ¡Encontré su número en el teléfono de Benny y la llamé y contestó!

La doctora la miraba con atención.

—¿Habló con ella?

—En realidad no, pero oí su voz. ¡Clara como el agua!

—Entiendo —dijo la doctora en voz baja. Cogió un bolígrafo y tomó un rápido apunte en su libreta, a continuación respiró hondo, bajó los hombros y se inclinó hacia delante—.

Eso es muy interesante, señora Oh. ¿Le gustaría hablarme un poco más sobre eso que cree que oyó?

El apunte en la libreta de la doctora decía «SPM».

La semana siguiente Annabelle recibió la visita de una trabajadora social, no la amable Ashley que había sido tan simpática con ella cuando se cayó por las escaleras, sino otra que se plantó en el porche delantero y dijo que era de los Servicios de Protección al Menor. A Annabelle ni se le ocurrió no dejarla pasar. Una vez dentro, la mujer dijo que necesitaba inspeccionar toda la casa, de manera que Annabelle se la enseñó, empezando por el cuarto de estar.

—Esto es el Centro de Control —dijo con cierto orgullo y, cuando la mujer pareció desconcertada, añadió—: Así es como lo llamamos. Es como una broma. En realidad, es donde trabajo.

La mujer le preguntó por su trabajo y Annabelle se lo describió. La mujer señaló las bolsas de basura cubiertas de polvo, apiladas del suelo al techo igual que sacos de arena, que apuntalaban las paredes.

—¿Qué es todo eso?

Annabelle rio.

—Ah, no son más que noticias atrasadas.

—¿Es otra broma?

—No —dijo Annabelle. Le explicó la política de archivos de la compañía y cómo desde el accidente iba un poco retrasada en el reciclaje—. Las cosas se van amontonando —

dijo contrita.

Señaló los motones de ropa y mantas en el sofá para ilustrar su explicación. Había estado durmiendo en el piso de abajo, explicó, por el tobillo, pero se estaba recuperando muy bien y pronto podría volver al piso de arriba, a su habitación.

—¿Podemos echar un vistazo? —preguntó la mujer.

—Por supuesto, pero tenga cuidado por dónde pisa. —

Annabelle la guio por entre las pilas de basura en el pasillo y después por el estrecho pasillo entre las que atestaban la escalera.

La mujer la siguió sin decir palabra. Cuando llegaron al dormitorio, se quedó en la puerta, examinando la habitación.

—¿Esa es la cama? —preguntó.

No estaba siendo maleducada ni sarcástica; era una petición de información. Annabelle se asomó por encima del hombro de la mujer. Vista con los ojos de un desconocido, la acumulación de cosas en la habitación la inquietó. Miró la cara de la mujer. ¿Qué estaría pensando? Se había puesto a sacar fotografías y a apuntar cosas en un cuaderno con un bolígrafo pequeño que llevaba colgado al cuello de una cadena plateada.

Para llenar el silencio, Annabelle hizo un comentario sobre el bolígrafo, diciendo cuánto le gustaba, lo socorrido que debía de ser tener un bolígrafo como ese siempre a mano y cómo ella nunca conseguía encontrar uno cuando lo necesitaba.

—Sí —dijo la mujer—. Me lo imagino.

A continuación preguntó por el cuarto de baño y después por la habitación de Benny. Cuando abrió la puerta de esta, exhaló de forma audible.

—Vaya —dijo.

Entró en el dormitorio y se fijó en la cama pulcramente hecha con el edredón de astronautas y planetas, el armario con las prendas cuidadosamente colgadas en perchas, los libros alineados en las baldas junto con el globo lunar, la canica y el pato de goma.

—Veo que a su hijo le gusta leer.

—Sí —dijo Annabelle con orgullo—. Le encantan los libros. Lo ha heredado de mí.

—Y sin embargo parece que ha faltado mucho al instituto este año. —La mujer señaló la caja que contenía las cenizas de Kenji—. ¿Qué es eso?

Annabelle se lo explicó y la mujer asintió con la cabeza.

—La acompaño en el sentimiento —dijo. Calló un instante para dar algo de peso a sus condolencias—. Quizá deberíamos hablar aquí, donde hay espacio. —Señaló la cama con un gesto, invitando a Annabelle a sentarse en el dormitorio de su propio hijo. En su propia casa. Luego empezó a hablar.

Hasta entonces había estado muy callada, pero, cuando empezó a hablar, a Annabelle no le quedó otra elección que escuchar. La mujer no se mostró insensible mientras le hablaba a Annabelle del informe que haría para los Servicios de Protección al Menor, con su valoración. La acumulación de cosas en la vivienda, y en concreto la acumulación de desechos de papel y electrónicos que Annabelle llamaba sus archivos, constituía un serio peligro de incendio y una amenaza a la seguridad de su hijo y, dado el historial psiquiátrico de este, también a su salud mental. Iba a recomendar que los SPM asumieran la tutela de Benny si Annabelle no limpiaba la casa y la convertía en un entorno con niveles de seguridad aceptables. Que Benny estuviera en el hospital les daba un poco de tiempo, dijo. Volvería al cabo de dos semanas para una segunda inspección con el fin de

comprobar los progresos que había hecho Annabelle. Por último, le preguntó si tenía alguna pregunta.

A Annabelle no se le pasó por la cabeza preguntar cómo conocía la mujer el historial psiquiátrico de Benny. Lo que hizo fue preguntar:

—¿Cómo voy a poder limpiar con un tobillo roto?

—Bueno, la gente suele recurrir a familiares y amigos o a su red de contactos.

Otra vez con lo mismo.

—No tengo amigos —dijo Annabelle con voz cansada—.

Ni familiares. Ni red de contactos.

—Entiendo. —La mujer escribió algo más en su cuaderno

—. Me ha dicho que están de alquiler, ¿verdad? Igual su casero le puede echar una mano. He visto que hay un contenedor fuera.

—Es el hijo de mi casera. Quiere vender la casa. Está intentando rescindir el contrato de alquiler y echarnos.

—Entiendo. —La mujer tomó otra nota y miró a Annabelle

—. Esto es serio, señora Oh. Lo entiende, ¿verdad?

Annabelle asintió con la cabeza.

—Voy a sugerirle que vaya también usted a tratamiento.

Hay terapeutas y grupos de apoyo para personas con problemas de acumulación compulsiva, y otros recursos que puedo darle…

¿Acumulación compulsiva? La doctora Melanie también le había sugerido que hiciera terapia y le había recomendado algunos nombres, pero lo que ella tenía era más un problema de ansiedad.

—Un grupo de apoyo no me va a ayudar a limpiar la casa.

—Sí, bueno, puede ayudarla con los problemas de fondo, pero, de momento, existen servicios de limpieza profesionales.

También puedo darle una lista.

—¿No son muy caros?

—No soy limpiadora profesional, así que no puedo decírselo, pero la casa es pequeña y no hay animales, ni plagas ni suciedad más allá de moho y polvo, y la mayor parte de la basura está en bolsas. Supongo que podrían mandar un equipo y tener la tarea terminada en una semana aproximadamente.

Annabelle guardó silencio y se concentró en el edredón, siguiendo los coloridos anillos de Saturno con el dedo índice.

Le había comprado el edredón a Benny en eBay. Los astronautas en miniatura eran una monada, flotando en el espacio entre las estrellas y los planetas. Cuando levantó la vista, comprobó que la trabajadora social seguía mirándola y respiró hondo.

—Esto no es una tarea —dijo poniéndose en pie despacio

—. Es mi vida.

Cuando su supervisor la llamó a la mañana siguiente supo que algo iba muy mal. Que la llamara por teléfono ya era una pésima señal. Que primero le enviara un mensaje para preguntarle si podía hablar era aún peor. Empezó por preguntarle qué tal se encontraba, qué tal iba su tobillo, si se le habían pasado los dolores de cabeza, y Annabelle contestó con el tono más alegre y optimista del que fue capaz. Al final no lo soportó más y le preguntó por el motivo de la llamada. Lo oyó tomar aire profundo y a continuación se lo dijo. La agencia de seguimiento de medios iba a modernizar su modelo corporativo para alinearlo con las nuevas tendencias del sector.

Las redes sociales estaban transformando el paisaje de los medios de comunicación. El *software* de reconocimiento de texto hacía innecesario el monitoreo de noticias. Recursos Humanos iba a hacer recortes en el Departamento de Prensa, y el trabajo que Annabelle llevaba quince años haciendo, toda su vida adulta desde que se graduó en la universidad, iba a desaparecer.

—¿Es por haberme cogido unos días? —preguntó—. Me dijiste que podía, ¿te acuerdas? Para recuperarme de la

conmoción cerebral, y te lo agradecí mucho, y ahora ya estoy recuperada, ¡del todo! Ya llevo trabajando dos semanas. Ha sido una locura con lo de las elecciones y eso, pero he cubierto las noticias sin dolores de cabeza ni visión borrosa ni nada.

¿Ha bajado la calidad de mi trabajo? ¡No! ¿Estoy cometiendo equivocaciones o cagándola? ¡No!

—No me estás escuchando, Annabelle. No es un problema de tu rendimiento. Es el trabajo en sí. Tu puesto ya no existe.

Con la reestructuración, nuestra división se ha eliminado completamente.

—Pues entonces formadme para otra cosa. Me puedo reciclar. Ya lo has visto. Sabes que puedo.

—Sí, pero no depende de mí. Cuando termine de hacer estas llamadas, yo también estaré sin trabajo. No hay nada que hacer, Annabelle. Lo siento.

Más tarde aquella misma mañana, los técnicos fueron a llevarse el Centro de Control. Envolvieron los equipos en mantas para mudanzas como si fueran recién nacidos de los que colgaban cables como cordones umbilicales y se los llevaron al camión. Luego volvieron y desmontaron la mesa en forma de U. Annabelle se sentó en un montón de ropa para lavar en el sofá y miró crecer el hueco en el centro de su cuarto de estar. Cuando volvieron a por la silla ergonómica, protestó. Le había cogido tanto cariño que les suplicó que la dejaran.

—Lo siento, señora —dijo el transportista.

Fue bastante amable, pero la silla estaba incluida en su albarán, así que tenía que llevársela. Desde el porche delantero Annabelle lo miró empujar la silla por el camino de entrada y meterla en la parte de atrás de la caja del camión. Hasta que no se dio la vuelta y entró en la casa no cayó en la cuenta de que no se habían llevado ninguna de las bolsas de basura ni las cajas con noticias archivadas que llevaba tanto tiempo guardando cuidadosamente. Se sentó en el sofá otra vez. El

cajón de las camisetas seguía en el suelo, a sus pies, y junto a él estaba *Magia ordenada,* abierto por un capítulo sobre terremotos, tsunamis y desastres naturales al lado de los cuales los problemas de Annabelle parecían pequeños e insignificantes. Por supuesto, la monja no había contestado a sus correos. Tenía desastres más desastrosos de los que preocuparse. Annabelle empujó el librito con el pie. Luego lo cogió del suelo y lo lanzó al otro extremo de la habitación en dirección a la caja de cosas para tirar. Nunca había tirado un libro a la basura. Voló por el aire con las páginas agitándose igual que plumas, igual que alas rotas.

77

Aikon apoyó la frente en la ventana y miró el borrón de asfalto a sus pies. Estaba esperando ese momento tan emocionante del despegue y, cuando llegó, se asombró una vez más. Que treinta toneladas de metal propulsadas por petróleo y cargadas de carne humana pudieran separarse del suelo y subir al cielo nunca dejaba de impresionarla. La pista de despegue se alejó y vio las torres de control y los aviones en

miniatura estacionados en pulcra formación. La ciudad de Narita se extendía bajo ella, un inmenso mosaico en crecimiento de vecindarios densamente poblados y tierras de cultivo, atravesado por autovías e interrumpido por bosques pequeños y rectilíneos. Divisó la diminuta sombra del avión, siguiendo fielmente su ruta y proyectándose sobre tejados de fábricas con muda indiferencia hacia carreteras, ríos y demás obstáculos terrestres. Cuanto más subían, más vasto se hacía el paisaje, se extendía más y más hasta desparecer en la bruma gris azulada del horizonte, y entonces la sombra se esfumó.

Aikon se recostó en su asiento e inspeccionó la cabina de pasajeros. A su lado, Kimi tenía los ojos cerrados y la cabeza en el reposacabezas. Iba a ser un vuelo largo y a Kimi no le gustaba volar. Empezarían la gira en Nueva York y después cruzarían el país en zigzag, con paradas en las principales ciudades para charlas y encuentros con los medios. Un equipo de televisión se reuniría con ellas para rodar el programa

piloto de un nuevo *reality* de cambio de imagen sobre familias americanas que quieren hacer limpieza en sus casas. Kimi le había enseñado fotografías del «antes» que le habían enviado los productores de Estados Unidos. Aikon había visto muchas imágenes de hogares atestados en Japón, pero las casas y los apartamentos japoneses eran pequeños. Los hogares estadounidenses eran grandes y generosos, igual que los paisajes y también las personas, con todas sus grandes y generosas esperanzas y sueños. Era hermoso, pero toda esa esperanza tenía un lado oscuro que se hacía patente en las licuadoras, las máquinas para hacer abdominales, la ropa vieja y los juguetes rotos que llenaban garajes, armarios y también el hueco debajo de las camas. Tanta esperanza, tanto arrepentimiento, tanta decepción. Era más de lo que los pobres objetos podían soportar.

Por supuesto la solución era sencilla: la gente tenía que dejar de comprar tantas cosas, pero cuando Aikon lo mencionó en una conversación telefónica reciente con los productores estadounidenses, su respuesta no había sido demasiado entusiasta, y más tarde le enviaron un memorando pidiéndole que no hablara de «ese tipo de temas» en el programa piloto.

Cuando Kimi preguntó a qué se referían con «ese tipo de temas», le enviaron una lista: consumismo, capitalismo, materialismo, fetichismo de la mercancía, compras en línea y deuda de las tarjetas de crédito. Hablar en tono crítico de estos temas era antiamericano, explicaron. Las audiencias americanas querían soluciones proactivas. No comprar no era proactivo.

El avión había alcanzado la altitud de crucero y el piloto apagó la señal luminosa de abróchense el cinturón. Kimi abrió los ojos y cogió su maleta de cabina. Aikon sabía que seguía esperando noticias de la madre del chico que oía voces. En su último correo, la mujer había hablado de una discusión que había tenido con su marido la noche que este murió. El correo se había interrumpido de forma abrupta y no habían vuelto a saber nada de ella.

—¿Ha escrito?

Kimi levantó la vista, sorprendida, y negó con la cabeza.

—No. —Vaciló, y cuando volvió a hablar, las palabras le salieron a borbotones—. ¿Cree que tal vez el espíritu del marido está agitado por la pelea? Quizá se ha convertido en un *yurei* y se está manifestando a la familia. Intenta volver para pedirles perdón y eso está impidiendo que la mujer deje ir la pena y pase página.

—¿Tienen *yurei* en América?

—Tienen espíritus. Y, además, el marido era japonés…

—Cierto. ¿Qué propones?

—Me preguntaba si no deberíamos contestar su correo.

Puede ser la ocasión de prestar nuestra ayuda.

78

Benny no sabía lo del despido de su madre. No estaba enterado de la visita de los SPM ni de las cartas amenazadoras del Inútil Wong, ni tampoco de los miedos a los que se enfrentaba Annabelle, sola en la casa, de noche, insomne y preocupada. ¡Muy pero que muy preocupada!

De vuelta en el pabellón, Benny estaba en observación. Los análisis confirmaron que no estaba consumiendo drogas.

Ahora lo vigilaban por posibles autolesiones, lo observaban cada vez que se miraba el antebrazo y acercaba los labios a las minúsculas cicatrices. Su brazo ya se parecía al de Aleph, pero el personal médico esto no lo sabía y Benny no se lo podía explicar. Había dejado de explicarse, había dejado de hablar por completo. Mutismo selectivo, era como lo describía la doctora Melanie en sus notas, pero esto Benny no lo sabía, claro. Cuando nadie lo veía, birlaba un clip del control de

enfermería, por si acaso.

Y además a su cuerpo le estaban ocurriendo cosas extrañas e incontrolables. Ya había sufrido efectos secundarios en el pasado, cuando la doctora Melanie le cambió la medicación,

pero esto era distinto. Sentía como si se desencuadernara, como si las diferentes partes de su cuerpo se estuvieran de pronto afirmando, descubriendo su independencia y actuando por cuenta propia encantadas de la vida. Debido a su inexperiencia y a su falta de coordinación, Benny se volvió torpe y empezaron a caérsele cosas. Prácticamente de un día para otro le asomó un suave vello en la entrepierna y en las axilas. El pene y los testículos se agradaron y parecieron satisfechos de ello. También le estaban creciendo los pies, solo que a estos el cambio no les hacía tanta gracia, y una mañana, poco después de su reingreso, Benny se despertó y comprobó que se negaban a moverse. Salió de la cama, se puso de pie y, cuando descubrió que no podía andar, se sentó. Era un paciente —un paciente paciente— preparado para esperar a que sus pies cambiaran de opinión, pero la enfermera no tenía esa misma resignación. Quería que Benny se vistiera, fuera al comedor y desayunara con los demás y, puesto que no hablaba, Benny no podía explicarle lo que ocurría. Se limitó a seguir sentado en la cama, oyendo a la enfermera regañarlo y camelarlo. Aceptó su ayuda y se puso de pie, pero, cuando la enfermera intentó animarlo a andar con un empujoncito del codo, sus pies clavaron los talones en el suelo y se cayó. Esa mañana desayunó y también almorzó en la cama, pero para la hora de la cena había encontrado una solución alternativa, una manera de engañar a sus pies. Era muy ingeniosa. Descubrió que, si dejaba caer un trozo de papel arrugado delante de su dedo gordo, le daba un objetivo al pie, un incentivo para moverse. Para dar un paso. A continuación tiraba otro.

Llevaba las bolas de papel en el bolsillo para usarlas de cebo.

Los objetivos son importantes. Era lo que le decía su *coach,* y cada trozo de papel tenía algo que decir, una frase motivadora para darle ánimos.

Pon primero un pie y luego el otro, se leía en uno.

Ve paso a paso, decía otro.

Un pequeño paso para el hombre, un gran salto para la humanidad, ponía en un tercero. Y era cierto que Benny era

igual que Armstrong cuando pisó la Luna por primera vez.

Igual que Hansel dejando migas de pan en el bosque. Cuando uno de los papelitos se puso bromista y susurró *Un pasito adelante, dos pasitos atrás,* para confundirlo, Benny consiguió ser más listo que él al darse la vuelta y caminar hacia atrás.

Esto requirió pensar bastante, pero logró llegar adonde tenía que ir, aunque al cabo de un rato esta técnica dejó de funcionar. Sus pies se negaron a estar de pie y tuvo que usar una silla de ruedas, y así lo encontró Annabelle cuando llegó de visita, en una silla de ruedas junto a la ventana, en un rincón de la sala común, observando el trajín de la calle, más abajo.

Annabelle iba a visitarlo cada tarde. Llegaba pronto, esperaba a que empezara el horario de visitas y se quedaba hasta el último minuto. Benny tenía la sensación de que el personal también vigilaba a su madre y quería advertirle de que tuviera cuidado, pero su voz no hablaba, así que era Annabelle la que tenía que llenar los silencios. Le contó que había estado pensando que era momento de hacer un cambio.

Dijo que, después de las últimas elecciones, se había cansado de hacer dosieres de prensa y que quizá tenía que buscar otro tipo de trabajo. Tal vez podría volver a la Facultad de Biblioteconomía y sacarse un título, ahora que Benny se hacía mayor y más independiente, ¿no estaría bien? ¿Tener una madre bibliotecaria? Además, se estaba cansando de vivir en la ciudad, estaba harta de la gentrificación, de esa gente que no hacía más que llegar al barrio con todo ese dinero, con sus coches de lujo y aspiraciones de clase. Era el momento de empezar de nuevo. Tal vez los dos podían irse a vivir al campo. A un lugar que tuviera una pequeña biblioteca pública y una comunidad hospitalaria, unida, con zonas verdes y aire puro, y pájaros y árboles y mariposas. Podrían mudarse a una casa con jardín y plantar guisantes y judías. Podrían cultivar patatas y hacer mermeladas y pasteles. Incluso podrían criar gallinas, de esas especiales que ponen huevos azules. En la casa habría sitio de sobra. Ella podría tener un estudio, un

espacio dedicado a sus sueños, y no tendría que guardar su material de manualidades en la bañera. Y Benny podría tener un dormitorio más grande, con claraboya y una buena vista de las montañas y del cielo nocturno, en lugar de con vistas a cubos de basura en un callejón lleno de drogadictos y de trabajadoras sexuales en busca de clientes. Le haría unas cortinas. Una alfombra trenzada. Le compraría un

telescopio y podría observar las estrellas, ¡y quizá un día se haría astrónomo o incluso astronauta!

Benny seguía sentado en la sala común y escuchaba.

Cuando se terminaba el horario de visitas, Annabelle se contenía y, en vez de dar a su hijo el gran abrazo que tanto deseaba, se conformaba con una palmadita en el hombro antes de pedir a la enfermera que la dejara salir. Cuando las gruesas puertas se cerraban con llave detrás de ella, necesitaba recostarse un momento en la pared del pasillo y recuperarse. A veces tenía que sentarse en un banco y llorar un poco. Eso Benny tampoco lo sabía.

Pasaron los días. Había formularios de COBRA que cumplimentar para la cobertura sanitaria y una prestación por desempleo que solicitar. Había una notificación de desahucio que recurrir y correos electrónicos del instituto que contestar.

En casa, Annabelle se sentaba en el sofá envuelta en un edredón y miraba fijamente el hueco donde había estado el Centro de Control. La fuente de todo el estrépito ya no estaba y solo quedaban silencio y espacio vacío. La mujer de los SPM volvería dentro de una semana y Annabelle tenía que empezar a limpiar. Podía empezar por lo más sencillo, quizá el cuarto de baño del piso de arriba, y tirar todo el material de manualidades viejo, pero la idea de deshacerse de todos sus proyectos sin hacer la llenaba de un sentimiento de pérdida tan abrumador como la muerte misma. Se tapó la cabeza con el edredón y siguió mirando el hueco hasta sumirse en un sueño inquieto.

79

El alegre campanilleo del tono de llamada *A la orilla del mar* la despertó. ¿Sería del hospital? ¿Del instituto? ¿La trabajadora social? ¿Su jefe? No, no podía ser su jefe. Ya no tenía. El teléfono se había caído entre los cojines del sofá. Lo recuperó y miró la pantalla. ¿La Biblioteca Pública? ¿Se había metido Benny en más problemas? ¿Habían descubierto que había hecho alguna otra cosa terrible?

Pero no era más que la bibliotecaria bajita. Annabelle reconoció la voz cantarina de cuentacuentos.

—Solo llamaba para preguntar qué tal va todo —dijo Cory

—. ¿Cómo está Benny?

—Bien —dijo Annabelle—. Benny está bien. Yo también.

—Se le había olvidado cenar y le rugió el estómago. Se había olvidado de lavarse los dientes y los notaba pastosos. ¿Qué quería aquella mujer?—. Sí, estamos bien los dos, gracias —

dijo, pero las palabras que salían de su boca aún adormilada eran cosas vacías de significado que no tenían nada que ver con lo que sentía en su interior. Lo que sentía en su interior era rabia, y esto la sorprendió. ¿Por qué estaba enfadada? La bibliotecaria solo intentaba ayudar. Solo intentaba ayudar cuando llamó por teléfono al guarda de seguridad en plena noche y le pidió que registrara la Biblioteca. El guarda de seguridad solo estaba siguiendo el protocolo cuando llamó a la policía, y la policía, al ver a Benny desnudo con las manos manchadas de sangre y marcas en los brazos, no tuvo otra elección que detenerlo y llevarlo al hospital.

Cory preguntó cuánto tiempo se quedaría ingresado.

Annabelle no lo sabía. Cory preguntó si lo podía visitar y Annabelle dijo que todavía no. Cory preguntó a Annabelle si necesitaba ayuda o simplemente un hombro en el que llorar y Annabelle le colgó el teléfono. Cotilla, pensó mientras cortaba la comunicación.

A última hora de la tarde, cuando llamaron al timbre, Annabelle hizo caso omiso, pero insistieron. Armándose de valor para un nuevo enfrentamiento con el Inútil, se levantó

del sofá y abrió la puerta. La bibliotecaria bajita estaba en el atestado porche delantero con un libro en la mano, que le tendió a modo de ofrenda. Había encontrado la dirección de Annabelle en la base de datos de la Biblioteca, explicó. No quería entrometerse, pero tenía una cosa para Benny, un libro que le había visto leer en la Biblioteca…

Era un ejemplar de biblioteca de *El Aleph y otros cuentos,* de Jorge Luis Borges.

—¡Huy! —dijo Annabelle—. ¡Así que estaba leyendo esto!

Fue a cogerlo, pero el libro se cayó al suelo. Se agachó para recuperarlo y, cuando se enderezó, vio que la bibliotecaria bajita miraba el cuarto de estar a su espalda con ojos como platos y la boca abierta de par en par.

—¡Joder! —dijo la bibliotecaria—. ¿Qué ha pasado aquí?

La franqueza de la pregunta desarmó a Annabelle. Fue hundiéndose poco a poco hasta quedar sentada en un montón de periódicos. Le

temblaban las piernas y tenía la respiración entrecortada.

—Por favor —dijo llevándose las manos al pecho.

Por favor ¿qué? No lo sabía.

—¿Es asma? —preguntó Cory—. ¿Tienes inhalador?

Ayudó a Annabelle a ponerse de pie y la guio por el camino hasta el cuarto de estar. El inhalador se había caído debajo del sofá. Annabelle se arrodilló y lo recuperó, y acto seguido se sentó en el sofá y lo usó.

—Lo siento —dijo—. Soy muy alérgica.

Cory asintió con la cabeza. La habitación olía a moho.

—¿Te traigo algo? ¿Un vaso de agua?

Annabelle negó con la cabeza.

—No, gracias. Ya estoy bien. Siéntate, por favor.

Cory paseó la vista por la habitación. No había dónde sentarse.

—Es un desastre, ya lo sé —dijo Annabelle—. No suelo tener visitas…

Cory vaciló. Apartó un montón de ropa y se sentó en el borde del sofá. La habitación estaba tranquila y en silencio, a excepción del suave silbido de la respiración de Annabelle y una nube fantasmal de motas de polvo que flotaban en un haz de luz del final de la tarde. Ninguna de las dos habló. Luego fue Cory quien rompió el silencio.

—¿Hace mucho que vivís aquí?

La pregunta parecía de lo más inocua, pero era la que necesitaba Annabelle. Le habló a Cory de todo: de cómo Kenji y ella habían encontrado la casa y lo felices que habían sido al principio; de la amable señora Wong y su hijo el Inútil; del nacimiento de Benny y la muerte de Kenji; de que se había quedado sin trabajo, de la notificación de desahucio y la visita de los SPM. Me van a quitar a Benny si no hago limpieza, dijo, y a continuación habló de los problemas de Benny. Habló durante largo rato y Cory escuchó. A menudo pasaba tiempo escuchando a madres, madres desconsoladas, madres furiosas, madres deprimidas, madre llorosas, madres que despotricaban y madres claramente trastornadas. Cuando por fin a Annabelle se le terminaron las palabras, Cory asintió con la cabeza y, con la precisión sucinta de una bibliotecaria, resumió la situación.

—Entonces, lo más urgente es despejar esta casa, ¿verdad?

—Señaló el cajón con las camisetas cuidadosamente dobladas

—. Parece que ya has empezado.

Annabelle miró el cajón en el suelo. Dos de las camisetas habían empezado a desdoblarse, despegándose y asomándose al borde como si intentaran huir.

—Eso lo ordenó Benny —dijo—. Justo antes de escaparse…

Un sollozo le subió por la garganta, pero Cory fingió no darse cuenta. Señaló un gran montón de ropa que había en el suelo.

—¿Eso es para tirar?

Annabelle se limpió la nariz con el dorso de la mano.

—Esa es mi colada. Lo que es para tirar está ahí.

Señaló una caja de cartón medio llena a los pies de Cory.

Magia ordenada estaba encima, donde había aterrizado. Cory reconoció la cubierta.

—¿No es una de esas señoras japonesas que hacen limpieza? Esos libros se prestan mucho en la Biblioteca.

Lo rescató de la caja y empezó a hojearlo.

—¿Por qué lo tiras?

—No lo sé. Me enfadé con él. Jamás tiro libros —añadió Annabelle a modo de disculpa—. Quédatelo si quieres.

— *El antiguo arte zen de despejar tu casa y revolucionar tu vida* —leyó Cory—. Suena maravilloso, pero ¿cómo se hace?

—Ah, pues tiene toda una filosofía sobre ello, y también un método. Se supone que tienes que coger cada cosa, sostenerla delante de ti y hacerte una serie de preguntas. A mí no me funcionado demasiado bien.

—¿Qué preguntas?

—No me acuerdo muy bien. Si te da felicidad y energía, es algo útil.

Cosas así.

Cory cogió un CD del suelo.

—¿Qué te hace sentir eso?

—No me hace sentir nada.

—Ah, espera. Tienes que cogerlo tú, ¿no? —Le dio el disco a Annabelle—. ¿Y ahora? ¿Te transmite algo?

—Nada.

—¿Ni energía positiva ni buenas vibraciones? ¿Alegría?

Annabelle le dio la vuelta al CD. Llevaba la etiqueta

«04/16/2007 VIRGINIA TECH, CHO, BLACKSBURG, VA».

—¿Estás de broma? Me dan ganas de vomitar.

Le devolvió el disco a Cory.

—Bueno, pues por algo se empieza. ¿Sirve para algo?

—En realidad, no. Es una copia de seguridad del trabajo del que me despidieron. —Annabelle vaciló. Había visto un método muy chulo de espantar pájaros usando discos, colgándolos de los árboles igual que adornos de Navidad de forma que giraban al sol y formaban pequeños arcoíris. Nunca había querido espantar a sus cuervos, pero quizá debería haberlo hecho. Por suerte, no todos habían muerto, y quizá los que quedaban empezarían a venir otra vez y entonces podría ahuyentarlos con discos colgados con cordel y así mantenerlos a salvo. Alargó la mano—. La verdad es que me serviría para…

—Lo tiramos y ya está —dijo Cory, e hizo ademán de meter el CD en la caja de cosas para tirar.

—¡Espera! —dijo Annabelle—. Se supone que primero tienes que darle las gracias.

—¿Que le dé las gracias?

—Tú no. Yo. Es mío, así que se supone que tengo que mostrarle mi gratitud por el apoyo que me ha dado antes de tirarlo.

Cory miró el disco que tenía en la mano.

—¿Te sientes apoyada por este CD?

—No.

—¿Te sientes agradecida?

—No.

—Pues ya está. —Con un giro de muñeca envió el disco girando igual que un frisbi a la caja y a continuación inspeccionó la habitación—. ¿Todo esto es basura de tu trabajo?

—Son mis archivos. Pero sí.

—Entonces, ¿podemos tirarlo?

De nuevo Annabelle vaciló.

—Probablemente debería llamar a mi supervisor y pedirle permiso. Son muy estrictos en todo lo de archivar.

Cory depositó un montón de cintas de casete viejas en la caja para tirar.

—Te han despedido, Annabelle. No les debes nada. Se llevaron lo que querían y te dejaron toda esta basura.

Toda esta mierda, pensó Annabelle. ¿Eso era aquello?

Paseó la vista por las bolsas apiladas contra las paredes, las torres de periódicos que llegaban hasta el techo, las cajas que no dejaban pasar la luz.

—No puedo tirarlo todo.

—¿Por qué no?

—¡Porque es todo! Es mi trabajo, mi vida…

—¿Tu vida?

Annabelle pensó en todos los años que había pasado leyendo, escuchando y mirando, en la cantidad de noticias, en todas las cosas que había aprendido y grabado cuidadosamente.

—Sí —dijo—. Mi vida.

—¿De verdad? ¿Tu vida es solo eso? ¿No hay nada más?

—Bueno, claro que sí —dijo Annabelle—. Está Benny…

—Se interrumpió—. Ah, ya entiendo lo que quieres decir.

Cory se sentó en el brazo del sofá.

—Escucha —dijo—. Esto no puedes hacerlo sola. Es demasiado. ¿No puedes llamar a alguien?

—No. La verdad es que no.

—¿No tienes amigos en Facebook?

—¿Te refieres a las redes sociales? Venga ya.

—¿Y qué hay de los amigos de Benny? ¿Unos cuantos adolescentes fornidos que necesiten sacarse unos dólares a cambio de cargar cosas?

Annabelle negó con la cabeza.

—No tiene amigos. Reales no. Todos sus amigos son inventados.

—Qué imaginativo.

—Su psiquiatra no opina así. Dice que es inadaptación.

—Ah, vaya —dijo Cory—. Qué putada.

Cory se marchó poco después, llevándose el ejemplar de *Magia ordenada,* y Annabelle se sintió algo más ligera.

Recordó que llevaba tiempo sin comer, así que se quitó el edredón y fue a la cocina. Por el camino vio el CD encima de la caja de cosas para tirar. Recordaba el tiroteo de Virginia Tech como si hubiera sido ayer. Fue la primera matanza que le tocó cubrir. El asesino, un chico coreano llamado Cho, era alumno de la universidad. Había comprado dos pistolas semiautomáticas y las había usado para disparar a cuarenta y nueve personas, treinta y dos de las cuales murieron. Entonces Benny tenía cinco años. Acababa de empezar la escuela infantil. Aquello había sido antes del terrible tiroteo en la Escuela Elemental Sandy Hook, pero a Annabelle la había aterrorizado perderlo de vista. El apellido Cho sonaba parecido a Oh, y temía que otros niños se metieran con él. Se lo había mencionado a Kenji, pero este se había limitado a abrazarla y a reírse de sus temores, y lo cierto era que no había pasado nada. Las cosas eran mucho más fáciles

cuando Kenji estaba vivo. Todos aquellos recuerdos angustiosos estaban contenidos

en el pequeño y reluciente disco que tenía en la mano y estaba encantada de dejarlos ir, pero tampoco había nada malo en sentir un poco de gratitud. El CD no tenía culpa de nada. Lo sostuvo delante de ella.

—Gracias —le dijo, y notó que se animaba un poco.

Quizá el método de *Magia ordenada* no era tan disparatado. Quizá no debería haberle dado el librito a Cory.

Ese era el problema de deshacerte de las cosas. Nunca sabías cuándo podías necesitarlas.

80

«Gracias», dijo Aikon con una inclinación de cabeza, y se separó del atril en San Luis. Mientras crecían los aplausos, miró el mar de caras resplandecientes y ambiciosas. Unas cuantas almas entusiastas se levantaron. Otras agitaron los brazos y, para no ser menos, se alzaron también, y pronto estuvo todo el público en pie, como si aquella manifestación sincera de gratitud fuera a traducirse después en calcetines mejor doblados en cajones más ordenados. Repentinamente cansada, Aikon hizo otra inclinación de cabeza y juntó las palmas en una plegaria silenciosa. Que todos los seres sean felices.

De vuelta en la habitación del hotel, Kimi la informó de la agenda de los siguientes días.

—De aquí vamos a Wichita, que está en Kansas. El equipo de rodaje se reunirá allí con nosotras. Kansas es el escenario de *El mago de Oz,* así que los productores han sugerido el tema de Oz para el episodio piloto. Grabaremos la visita a la casa y haremos dos encuentros en librerías. Luego nos iremos a la costa oeste.

Aikon estaba sentada en una cama *king size,* que le parecía tan interminable como las praderas que habían sobrevolado.

Kimi estaba sentada en el extremo opuesto y parecía muy pequeña y cansada. Aikon también estaba cansada. Reprimió un bostezo y asintió con la cabeza.

—¿Y esa es nuestra última parada?

—Sí. Luego ya volvemos a casa.

—Bien —dijo Aikon juntando los talones—. En ningún sitio se está tan bien como en casa.

—Claro que este es el segmento de Antes. Tendremos que volver dentro de seis semanas para rodar el Después.

—Sí, claro.

Aikon cerró los ojos y respiró hondo. Visualizó su mente como un puño cerrado y a continuación permitió a los dedos relajarse y abrirse. Siguió sentada, disfrutando de la quietud y el vacío de su mente, cuando surgió un pensamiento. ¿Por qué había accedido a hacer aquel episodio piloto? Siguieron varios pensamientos más en rápida sucesión. ¿Qué bien hacía a nadie? ¿Cómo podía ser de ayuda? ¿Qué sentido tenía?

Suspiró y abrió los ojos. Kimi la miraba.

—Todo suena muy bien —dijo—. ¿Están contentos los editores?

—Sí —dijo Kimi—. Creo que sí.

—Qué bien. —Aikon estudió la cara de Kimi—. Pareces cansada. — Pensó en las mujeres del público. Eran todas mujeres buenas y trabajadoras y bajo sus caras sonrientes también parecían cansadas.

Kimi se sentó más recta.

—Qué va, estoy bien.

—Estás trabajando el doble de duro que yo —dijo Aikon, lo que no era del todo verdad. La cola de la firma de libros después de la charla había sido larga; mujeres con el libro en la mano esperando pacientemente para explicarle cómo *Magia ordenada* había revolucionado sus vidas.

—No, no —decía Kimi—. ¡Usted hace mucho más de lo que podría hacer yo! Ayuda a mucha gente.

¿Por qué las mujeres nunca trabajaban lo bastante duro para aplacar su persistente sensación de no ser nunca suficientes?

¿De estar quedándose atrás? ¿De que podían y debían ser mejores? No era de extrañar que quisieran reglas sencillas que les dictaran cómo doblar camisetas, educar a los hijos, enfocar carreras profesionales, vivir la vida. Necesitaban creer que había una manera correcta y una incorrecta. ¡Tenía que ser así!

Porque, si había una manera correcta, entonces quizá la encontrarían, y si la encontraban y se aprendían las reglas, entonces todas las piezas de su vida encajarían y serían felices.

Menudo engaño.

¿Estaba *Magia ordenada* alimentando ese engaño?

¿Creando un estándar falso de imposible perfección más?

Quería decirles: ¡Vuestra vida no es un proyecto de automejora! ¡Sois perfectas tal y como sois!

Sonrió a su asistente.

—Yo lo único que hago es sonreír y decir lo primero que me viene a la cabeza, pero tú tienes que traducir todas mis tonterías. Debe de ser agotador.

—¡Qué va! ¡Estoy aprendiendo muchísimo de usted! Son tantas las cosas que ignoro…

«Eres perfecta tal y como eres.» Su viejo maestro le había dicho esto en una ocasión. Lo había pronunciado sin aspavientos, como si no tuviera importancia, pero ella se dio cuenta de que lo decía de corazón y se quedó atónita. Su maestro la veía tal y como era ¡y la encontraba perfecta! ¡Qué maravilla! Todas estas cosas le habían pasado por la cabeza a toda velocidad, pero entonces el maestro siguió hablando.

«Y también podrías mejorar un poco…»

Pues claro. Esto también era cierto. Ambas cosas lo eran, y aunque Aikon sintió que su euforia se desinflaba igual que el globo de un niño, no pudo evitar sonreír. ¡Con qué facilidad se envanecía! ¡Con qué rapidez se desinflaba! En realidad, era divertido. Y triste, también, el hecho de que la segunda verdad

borrara por completo la primera, dejándola solo consciente de sus carencias. Era lo que sentían las mujeres del público y no tenían la culpa. Las habían enseñado a creer que no bastaban, y estaban tan obsesionadas con mejorar que se olvidaban de su perfección innata. Quería decirles: «¡Relajaos! ¡Dejad de esforzaros! ¡Dejad de comprar! Vamos a sentarnos y a estar un rato sin hacer nada». Pero aquello ni era espectáculo televisivo ni vendía libros.

—¿Has sabido algo de nuestra amiga, la señora Oh?

—No. Le escribí, pero no me ha contestado.

—Descansa un poco, Kimi.

Kimi se puso de pie, fue hacia la puerta y entonces dudó.

—Hay otra cosa…

—¿Sí?

—En realidad, no es nada. Pero he pensado que debía saberlo. Últimamente ha habido algunas críticas. En Twitter.

Sobre lo que dijo de los libros.

—Ah, ¿sí? ¿Qué dije sobre los libros?

—Que solo conserva los que la hacen feliz.

Aikon pensó en sus estanterías en las dependencias de abadesa en el monasterio. Visualizó su querida colección de libros, todos los cuales, aproximadamente una vez al mes, sacaba del estante y les limpiaba el polvo, los abría y leía unas cuantas frases solo para oír de nuevo sus voces y que estas no se sintieran abandonadas. Qué felicidad le proporcionaban. Lo que daría por estar de vuelta con ellos.

—Es cierto —dijo—. ¿Eso es malo?

—No. Pero sus detractores dicen que los libros no tienen la obligación de hacer felices a las personas. Que algunos libros producen tristeza o desconcierto y que eso también está bien.

—¡Pues claro que sí! Estoy de acuerdo con eso. —Pensó en sus viejas ediciones universitarias de Kafka, Mishima,

Nabokov, Abe y Woolf, en el estante contiguo al del Maestro Dogen y Mumon Ekai.

—Están diciendo que es usted una nazi de los libros. Como Goebbels, ordenando quemar libros a la gente.

—Entiendo —dijo Aikon. Volvió a cerrar los ojos—. ¿Y

todo eso está ocurriendo en Twitter?

—Sí —dijo Kimi—. Los productores están preocupados, y también los libreros. Se ha convertido en un meme. Resulta que las damas japonesas de la limpieza son antilibro.

Cuando todo lo que crees poseer —tus pertenencias, tu vida— puede desaparecer en un instante, tienes que preguntarte: «¿Qué es real?».

Cory levantó la vista del libro y dio otro mordisco a su sándwich de tempe y aguacate. Estaba en su rato de descanso, sentada al aire libre en el Atrio de la Biblioteca. Había sido un lugar popular a la hora del almuerzo y muchos empleados de las oficinas cercanas solían reunirse allí, pero en los últimos años lo habían ocupado personas sin hogar que llegaban a primera hora de la mañana, cuando cerraban los refugios, aparcaban sus carritos junto a las mesas de café y convertían el espacio en una zona temporalmente autónoma donde sentarse y descansar. Cory apoyaba el derecho de reunión de los sintecho y se esforzaba por comer allí, a pesar del olor y la basura. Como bibliotecaria infantil, no tenía tanto contacto con los clientes sin hogar como sus colegas de Publicaciones Periódicas o Ficción. Aun así, conocía a unos cuantos por su nombre.

En la mesa más alejada estaba Jenny, exmaestra, con una perrita llamada Tinkerbelle. A su lado estaba Gordon, un veterano de la guerra de Irak con barba sucia de nicotina y manos temblonas. Al otro lado estaba Maisie, de ojos saltones, con su sonrisa ancha y fácil y una colección de animales de peluche zarrapastrosos que le gustaba morder. El amable y tímido Dexter estaba sentado a la esquina de la mesa con la

cabeza gacha y mirando el mundo de soslayo, como si esperara una patada o un puñetazo. Slavoj, el viejo poeta marxista, estaba sentado en su silla de ruedas en la mesa situada justo enfrente de la de Cory. Era un habitual de la Biblioteca, una especie de grano en el culo, pero muy sabio.

Estaba hablando con la chica que se llamaba a sí misma Aleph, aunque su carné de la biblioteca decía que se llamaba Alice No-sé-qué. Su nombre había salido a relucir en una de las últimas reuniones de personal, después de que la trabajadora social la encontrara chutándose en el baño de mujeres. Era una artista, una vagamunda y espigadora que vivía en la calle cuando no estaba en rehabilitación, y la dirección que había usado para sacarse el carné de biblioteca era de un albergue municipal. El seudónimo, su nombre artístico, tenía cierto sentido. Tenía mala fama entre los bibliotecarios por una instalación no autorizada que había hecho el año anterior, una intervención consistente en senderos laberínticos que recorrían las colecciones de la Biblioteca. La llamaba «Senderos que se bifurcan », lo que Jevaun había dicho que era muy borgiano. Aunque a algunos bibliotecarios les molestaba encontrar cosas extrañas dentro de los libros, Cory

siempre experimentaba cierta emoción al tropezarse con los extraños trozos de papel y restos de objetos de la chica.

Eran como pistas en la búsqueda de un tesoro: notas crípticas, postales, envoltorios de chicle, polaroids desvaídas, flores prensadas, entradas de cine, recortes de ofertas de trabajo y más cosas. A primera vista parecían aleatorias y accidentales y, sin embargo, percibías un sutil patrón subyacente, una intención narrativa o un propósito que determinaba la elección de ese libro en vez de otro. Cory nunca había seguido ninguno de los caminos de principio a fin —suponiendo que hubiera un principio y un fin—, pero sentía curiosidad. Los caminos encerraban la promesa de un viaje emprendido o de un significado comprendido. En una ocasión se había encontrado un trozo de papel escrito a mano que simulaba letra mecanografiada dentro de una edición antigua de los *Cuentos* de los hermanos Grimm. Devolvió el libro a su sitio y más

tarde, cuando quiso recuperarlo, se encontró con que alguien lo había cogido prestado. Sintió una punzada de envidia y se preguntó quién habría encontrado la pista y si estaría haciendo un viaje que podría haber sido suyo.

Dio otro mordisco a su sándwich y volvió a leer el subtítulo del libro: *El antiguo arte zen de despejar tu casa y revolucionar tu vida*. No todos los libros habían sido creados iguales, pensó. Había muchos que convendría eliminar, en especial del género de la autoayuda, pero este parecía distinto.

El librito era consciente de lo jodidamente dañino que era para el planeta el capitalismo de consumo basado en la emisión de carbono. El problema era sistémico, parecía decir el libro. La acumulación de objetos que hacían unas personas no se debía a la desidia, la procrastinación, a trastornos psicológicos o defectos de carácter. Era un problema socioeconómico, filosófico incluso, de alienación marxista y fetichismo de la mercancía, que requería nada menos que una revolución espiritual en la visión del mundo de esa persona y una reevaluación radical de lo que era real e importante. Le dio la vuelta al libro y miró la fotografía de la monja de cabeza afeitada. La mujer le sostuvo la mirada, con ojos claros y directos y en cierto modo expectantes, como si estuviera esperando, y, justo entonces, el recuerdo del lamentable cuarto de estar de Annabelle se coló en sus pensamientos.

—¿Qué? —le dijo Cory a la monja—. ¿Qué quieres que haga yo?

Se sorprendió a sí misma esperando una respuesta.

¿Fetichismo de mercancía? ¿Capitalismo de consumo basado en la emisión de carbono? ¿Alienación marxista? ¿Podía ser este el mismo libro que leyó Annabelle sobre una joven monja y su tiara de cristal?

Pues sí. Y no. Después de todo, los libros no existen en estado singular. La noción de «un libro» es una ficción útil que los libros aceptamos porque se ajusta a las necesidades de los que cuentan el dinero, por no hablar del ego de los escritores.

Pero la realidad es mucho más compleja. Por supuesto que hay libros individuales —es posible que hasta tengas uno en la mano ahora mismo—, pero no es lo único que somos. A riesgo de parecer engreídos, los libros somos Uno y Muchos, una pluralidad siempre cambiante, un flujo incorpóreo. Mutando y cambiando de forma salimos al encuentro de tu ojo en forma de marcas negras en una página, o de tu oído en forma de explosiones de sonido. A partir de ahí viajamos por vuestra mente y, por el camino, nos fusionamos y multiplicamos.

¿Y qué pasa entonces con el escritor? Pues, como todo libro sabe, los escritores son fundamentalmente una figura retórica, lo que no significa que no sean necesarios. Al contrario. Los libros necesitamos a los escritores. ¡Pues claro que sí! No tenemos dedos, no podemos teclear. Vuestros grandes cerebros humanos son nuestros vectores, vuestros sensuales cuerpos son nuestros vehículos y vuestras ambiciones son el combustible que necesitamos para llegar a ser. Los escritores son nuestra interfaz y nuestros interdedos.

De manera que, por supuesto, los escritores son necesarios, incluso si lo único que hacen son giras promocionales por el país, como Aikon, o dormitar en el cubículo de una biblioteca delante de su portátil, como la señora mecanógrafa rodeada de una pila de obras de referencia, las cuales, si le preguntaras, afirmaría haber elegido cuidadosamente. Pero, por supuesto, tal y como hemos visto, la agencia es cuestión de perspectiva, y si le preguntaras a esos libros, te dirían que la elegida es la escritora que dormita. Ellos la eligieron y, mientras ella dormita, ellos trabajan, colonizando sus redes neuronales, ese oscuro submundo alojado en el subconsciente que ella llama su imaginación. Allí se entregan a su modo particular de combinarse, mezclando su ADN con los recuerdos y la experiencia de la escritora y trayendo al mundo a otro de nosotros. Pronto la mujer se despertará, se desperezará, se reprochará haberse quedado dormida otra vez y volverá al trabajo, a la ardua tarea de trasladar, palabra por palabra, un nuevo libro a la

página. Los libros que ha leído son los padres

del libro que está escribiendo y ella será la comadrona que asistirá en su nacimiento.

Y después, cuando lo haya terminado y el libro se aventure al mundo, será el turno de los lectores, y aquí se da una nueva combinación. Porque el lector no es un receptáculo pasivo del contenido de un libro. En absoluto. Sois nuestros colaboradores, nuestros conspiradores, nos insufláis nueva vida. Y puesto que cada lector es único, cada uno de vosotros nos dais un significado distinto, con independencia de lo que esté escrito en nuestras páginas. Así, un libro leído por lectores distintos se convierte en libros distintos, en un catálogo siempre cambiante que fluye por la conciencia humana igual que una ola. *Pro captu lectoris habent sua fata libelli.* Según la capacidad del lector, los libros tienen un destino u otro. De la capacidad del lector depende el destino del libro.

De manera que sí. El *Magia ordenada* que leyó Cory era distinto del *Magia ordenada* que leyó Annabelle, y también del libro que Aikon creyó escribir y que sus detractores en Twitter condenaron. Y, sin embargo, todos esos libros eran auténticos, completos y perfectos tal y como son.

De esta manera, fluida y de formas cambiantes, nos dividimos y multiplicamos y nos desplazamos por el tiempo y el espacio.

Un ruido procedente de la mesa de café contigua le hizo levantar la vista. Aleph y Slavoj estaban enfrascados en una conversación. Cory no oía muy bien lo que decían, pero reparó en que la chica no tenía muy buen aspecto. Estaba pálida y tenía la mandíbula roja e hinchada. También hematomas en los brazos y costras en las rodillas. Tenía aspecto de haber recibido una paliza. El viejo poeta le cogió la mano por encima de la mesa, la retuvo un momento para calmar su temblor y luego le dio la vuelta y estudió la palma, como si fuera a leerle el futuro. Pasado un instante la soltó y empezó a rebuscar dentro de las bolsas de supermercado que colgaban

de su silla. Sacó un frasco medio lleno de encurtidos, que abrió y le ofreció. Los dos se pusieron a comer encurtidos.

Cory los observó. Había visto escenas como esa antes.

Siempre compartían. Todos lo hacían. Y fue entonces cuando le vino, la chispa diminuta de una idea que encendería la transformación radical del mundo de Annabelle y revolucionaría su vida.

Bueno, tal vez. Ojalá.

MAGIA ORDENADA

Capítulo 4

Todos estamos contectados

Nuestro bello planeta azul está intricadamente vivo. Esto los astronautas lo saben porque se han alejado lo suficiente para ver la Tierra entera como un único organismo vivo que flota en la oscuridad del espacio. Pero aquí abajo no tenemos esa perspectiva. Inmersos en los minúsculos detalles de la vida cotidiana, pensamos que nuestras vidas son independientes y nuestro ser también. Pero esto es un grave engaño. Lo cierto es que todo depende de todo lo demás. Una flor depende del sol, del suelo, de la lluvia y de la abeja que la poliniza. No puede sobrevivir separada de estas cosas y sin ellas moriría. Lo mismo ocurre con los humanos. Necesitamos el sol, el suelo, la lluvia y las plantas que comemos. Necesitamos a nuestro padre, a nuestra madre y a todos nuestros antepasados. Somos una continuación de ellos y sin ellos no estaríamos vivos. Y todos —flor y abeja, tú y yo— somos partes microscópicas del organismo vivo que es el planeta.

En el zen a esto lo llamamos interconexión, interser u originación interdependiente. En ocasiones lo llamamos «vacío», que se escribe con el carácter chino para «cielo». Uno de los astronautas que pisaron la Luna, el señor Edgar Mitchell, tuvo una profunda conciencia del vacío mientras flotaba en el cielo. Miró la Tierra y de pronto entendió que las moléculas de su cuerpo, de los cuerpos de sus compañeros e incluso de la nave espacial misma procedían de una generación ancestral de estrellas, y en ese momento experimentó una sensación de ser uno con el universo. Dijo:

«No había un ellos y un nosotros, lo que había era: eso soy yo, eso es todo, es una sola cosa». Esto en zen lo llamamos iluminación.

Visto desde el espacio, un terremoto parece insignificante. Uno de baja intensidad ni siquiera es visible. Uno fuerte puede dejar una cicatriz tan pequeña como una grieta finísima en el esmalte de una taza de té. En la tierra, por supuesto, lo vivimos de otra manera. Después del gran

terremoto de Japón, me entregué de lleno a labores humanitarias, viajé a las provincias del norte con otras monjas para ayudar a proporcionar alimento, refugio y apoyo espiritual a las víctimas, cuyas vidas habían sido hechas añicos. Nunca olvidaré aquellos paisajes

devastados.

Poblaciones enteras destruidas. Vecindarios borrados del mapa.

Pintorescos pueblos pesqueros enterrados bajo un lodo negro. Personas con hogares arrasados y sus vidas reducidas a un montón de cascotes en una vasta extensión de sedimentos y escombros. Y aun así las personas se ayudaban las unas a la otras.

Dondequiera que fui vi personas que habían perdido a sus familias calzarse las botas y ayudar a otras a buscar los cadáveres de sus hijos.

Limpiaban las calles y se ayudaban mutuamente a recuperar tesoros familiares en el barro. Cada vez que se desenterraba algo especial, como una fotografía de bodas o el bolso de una mujer o el cuaderno de redacciones de un niño, todos se congregaban alrededor del objeto, le limpiaban el barro con cuidado y se lo iban pasando para identificarlo y honrarlo. Pero no todo el barro es tan fácil de limpiar. La contaminación radiactiva de los accidentes nucleares durará siglos, y aun así, a la sombra de los reactores de Fukushima había gente ayudando. A esto se le llama interconexión.

En el zen tenemos una historia. Si tu mano izquierda se clava una astilla que le hace daño, ¿qué hace tu mano derecha? ¿Acaso dice: «Huy, qué mala suerte, pero no es mi problema»? Por supuesto que no. La mano derecha saca la astilla. Eso es interconexión.

Cuando pregunté a una de las víctimas del terremoto por qué salía cada día a ayudar, me miró y meneó la cabeza. «Esto es real —dijo—. Esto está ocurriendo y tenemos que ayudarnos los unos a los otros. No podemos hacerlo solos.»

82

—Lo intenté —dijo Annabelle, y sus manos aletearon de forma imprecisa en dirección a los montones—. Cuando dijiste que venías. Sé que no lo parece, pero…

Sus palabras se fueron apagando, como si hubieran perdido la voluntad de continuar.

—¡Maravilloso! —exclamó Cory.

Había llamado unos días antes para decirle que había convocado a varios amigos para que ayudaran, pero ahora el lugar estaba peor que antes. El espacio vacío del centro estaba ahora ocupado, y el sofá

había desaparecido bajo un sedimento

formado por revistas, libros, cajas y ropa. ¿De dónde salía todo aquello? Era como si la amenaza de la limpieza hubiera sembrado el terror en el corazón de las pertenencias de Annabelle, desatado su poder material latente, y ahora proliferaban furiosas en un intento por salvarse de la extinción.

—Vamos fuera —dijo Cory. Le puso las manos a Annabelle en los hombros, la guio hasta el porche delantero y la hizo sentarse en los escalones, desde donde se veía el contenedor del Inútil.

—¿Sabes una cosa? —dijo—. Ese contenedor enorme me recuerda una historia. Es sobre mi abuela Dee…

Cory entendía de historias y de cómo usarlas. Habló con la misma voz tranquila y solemne que empleaba para leer a los niños. Era una voz que exigía nada menos que atención plena, de modo que Annabelle escuchó. Escuchó casi en silencio. A veces asentía con la cabeza y, de tanto en tanto, una expresión afligida le cruzaba la cara igual que la sombra oscura que proyecta una nube pasajera. En alguna ocasión intentó hablar, pero, cuando lo hizo, Cory levantó una mano. «Shh», le dijo.

Era bibliotecaria. Sabía mandar callar.

Su abuela Dee había sido acaparadora compulsiva que se describía a sí misma, con cierto orgullo obstinado, como una urraca. Había crecido siendo muy pobre durante la Gran Depresión y tenía armarios y roperos llenos de trastos inútiles; al menos así los llamaba la madre de Cory. En cambio, a ojos de Cory, las cosas que guardaba su abuela eran tesoros, y cada vez que la visitaba volvía a casa cargada de regalos, que su madre inmediatamente le quitaba y tiraba. La abuela Dee murió cuando Cory tenía doce años y la madre de esta experimentó una suerte de placer vengativo al llenar dos contenedores gigantescos con todos sus tesoros. Cory ayudó, pero, antes de que la empresa de recogida viniera a llevárselos, trepó al interior y rescató unas cuantas cosas: un viejo jersey tejido a mano, una pelota hecha de gomas elásticas, una fuente conmemorativa de JFK, rota y pegada con celo y pegamento.

Su tesoro favorito era una cajita vacía pulcramente etiquetada como «CAJITA VACÍA» en la cuidada caligrafía de su abuela.

Cory la puso en su estantería. No podía guardar nada dentro de la caja sin convertirla en precisamente lo que no era, y eso la hacía reír, a

pesar de recordarle lo mucho que echaba de menos a su abuela. La abuela Dee le tenía cariño a todo. Cada jarrón roto, cada trozo de lana tenía una historia, y cada pedazo de papel de aluminio usado y bolsa de bocadillo tenía una utilidad, de manera que honraba a todas las cosas.

Annabelle también era así, dijo Cory. Annabelle era igual que su abuela Dee en cuanto a su capacidad de amar las cosas y encontrarles una utilidad. Y aunque esto era algo bueno y admirable, el problema era que ahora tenía demasiadas cosas que cuidar. Pero, dijo, había una solución.

—A fin de cuentas, es un problema de distribución. Tú tienes demasiadas cosas, y otros, demasiado pocas. Así que tenemos que encontrar la manera de redistribuir tus cosas y encontrarles hogares en las que sean queridas y usadas. Si conseguimos liberarlas, te liberaremos a ti. Todo son ventajas,

¿no te parece?

Annabelle asintió distraída. Se había obsesionado con un trozo de gacha seca que se le había pegado a la rodilla del chándal y lo estaba raspando con la uña.

Cory la miró y esperó. Sabía cómo enfrentarse a la distracción. Dejó que el silencio se alargara y luego se volvió hacia Annabelle. Cuando habló de nuevo, su voz era seria y apremiante, la misma que usaba cuando había niños perdidos en el bosque y la bruja malvada esperaba en su casa hecha de azúcar o el gran lobo malo acechaba entre los arbustos en un recodo del camino.

—Van a venir a por ti, Annabelle. Ya te has quedado sin trabajo. Te van a desahuciar y te quedarás también sin casa. Lo siguiente será tu hijo. Los Servicios de Protección al Menor volverán y, si no has hecho limpieza, te quitarán a Benny y el

estado se quedará con su tutela. Lo meterán en un hogar de acogida. Lo perderás. Lo perderás todo.

La avena había empapado las fibras de la felpa. ¿Cómo había llegado hasta allí? Annabelle no recordaba la última vez que había comido gachas. Tenía la visión borrosa —¿estaba llorando?—, y entonces notó una mano leve en la espalda.

—No es momento de llorar —dijo Cory—. Tienes que ser proactiva.

Los copos de avena habían salido y dejado un residuo pálido y almidonado en las fibras.

—¿Annabelle?

Annabelle suspiró y se limpió la nariz con el dorso de la mano.

—Vale —dijo—. Vamos a ello.

—Genial.

Cory se puso de pie y se quitó la chaqueta. Debajo llevaba una camiseta donde estaba escrito:

BIBLIOTECARIA…

PORQUE SER LA PUTA AMA

NO ES UNA PROFESIÓN RECONOCIDA

Justo en ese momento una camioneta blanca se detuvo junto a la acera. En uno de los laterales llevaba un logo con una abeja de aspecto presumido y las palabras:

EMPRESA DE PORTES EL ABEJÓN

TRANSPORTAR BASURA ES NUESTRA PASIÓN

Se abrió la puerta del pasajero. Bajó un hombre de un salto y Annabelle lo reconoció. Era el guarda de seguridad con rastas que había encontrado a Benny en la Biblioteca. Saludó con la mano y a continuación fue a la parte trasera de la camioneta. El conductor, un tipo pálido y rechoncho con uniforme de celador, estaba abriendo las puertas dobles.

Apareció una rampa y un hombre flaco y con barba bajó con

paso vacilante, seguido de una señora bajita y redonda de ojos saltones y de una mujer más alta con un perro que tenía pinta de sarnoso. Se quedaron en la acera mientras alguien desde dentro de la camioneta empezó a pasarles cubos, escobas y productos de limpieza. El celador dijo algo en un idioma que Annabelle no entendió, luego subió por la rampa y reapareció un momento después tirando despacio de una silla de ruedas.

Sentado en la silla había un hombre mayor. Cuando llegó a la acera, se giró hasta quedar frente a la casa.

—¡Es el pordiosero! —susurró Annabelle a Cory—. El del autobús que ha estado acosando a Benny.

—Es Slavoj. La gente lo llama el Botellero.

—¿El Botellero?

—Sí. Recicla botellas. Es usuario de la Biblioteca. Todo el mundo conoce a Slavoj.

El viejo se impulsó por el camino de entrada seguido de los demás. Cuando llegó a los escalones en los que estaba sentada Annabelle, extendió los brazos como para abrazarla a ella, el porche y la casa entera.

—¡Ya estamos aquí! —anunció triunfal.

—¿De verdad es usted el Botellero? —preguntó Annabelle.

—A su servicio —contestó él.

—Entonces, es usted real.

—Bueno

—dijo

con

modestia

el

Botellero—.

Filosóficamente hablando, serría un tema objeto de debate, perro sí, a efectos prácticos, soy suficientemente real.

—No le tires de la lengua —dijo Cory tendiendo una mano a Annabelle—. Ya filosofaremos más tarde. Ahora hay que trabajar.

Annabelle permitió que la bibliotecaria bajita la ayudase a ponerse de pie, pero, de camino a la casa, se detuvo y se volvió:

—Muy gracioso —dijo señalando las palabras en el costado de la camioneta—. Pero mis cosas no son basura. Son un archivo.

El debate que circulaba por Twitter, sobre si las damas de la limpieza japonesas eran o no antilibro, también se debatió acaloradamente en nuestras estanterías. Muchos opinábamos que exigir a los libros ser gratificantes o deleitar era extremadamente absurdo, y coincidíamos con los detractores en que hacer feliz a la gente no es nuestro trabajo. Otros pensamos que la polémica se debía en realidad a un error de traducción cultural y lingüístico, un problema con el que los libros estamos por desgracia familiarizados. Y todos conocíamos los volúmenes de la biblioteca personal de Aikon, el amor que sentía por ellos y la cuidadosa atención que prestaba a su bienestar, porque les encantaba contárnoslo. En secreto, incluso el más duro de los detractores de Aikon en nuestras filas sentía cierta envidia. Nos gusta que nos quiten el polvo y nos cuiden. El abandono nos desagrada.

Visualiza por un momento tu mesilla de noche. Imagina cómo debe de sentirse el primer libro del montón, ocupando el lugar de honor y disfrutando de tu atención nocturna. De acuerdo, los días son largos, pero esperamos con ilusión el momento en que te metes en la cama, te recuestas en las almohadas y enciendes la lamparita de noche. Ese pequeño susurro que oyes al abrir las tapas y pasar una página es un suspiro de alivio. A continuación imagina nuestra consternación cuando aparece otro libro y se pone encima de nosotros, ¡a menudo antes de que te hayas leído nuestra última página! Imagina la humillación que sentimos a medida que, libro a libro, vamos descendiendo puestos hasta el final de la pila, conscientes de que no hemos logrado retener tu atención y de que hemos sido reemplazados, a menudo por lecturas más ligeras y “cercanas”. ¿Es de extrañar que algunos de los que hemos sufrido este sino nos volvamos un pelín bruscos? Por desgracia, la obsesión por los géneros literarios es una forma

de intolerancia endémica en bibliotecas y librerías, en cualquier sitio donde se reúnan libros. Esto explica por qué, cuando varios críticos de prestigio e *influencers* de las redes sociales unieron fuerzas para arremeter contra Aikon por ser antilibro, llegando incluso a burlarse de su incapacidad de hablar inglés, hubo muchos en nuestras filas que aplaudieron.

A pesar del creciente clamor en línea, las firmas de libros en Wichita transcurrieron con normalidad, aunque desde nuestro punto de vista no fueron idóneas. El club de fans de Aikon había crecido tanto que sus lectores ya no cabían en las librerías, y los actos se trasladaron a auditorios de mayor capacidad. Esto provocó no poco resentimiento,

en especial entre los No Comprados de los estantes de las librerías, que se quejaron de que se llamara «fan» al lector y «público» al conjunto de lectores. ¿Y por qué recibían los autores toda la atención cuando no eran más que comadronas famosas con dedos? Las librerías no eran «recintos», pero al menos, cuando los llamados «eventos con autores» se celebraban en ellas, los No Comprados podían albergar esperanzas de que, cuando un lector de *Magia ordenada* pasara junto al estante de Ficción, un ejemplar de *Grandes esperanzas* o de *Jane Eyre* reuniera fuerzas suficientes para desafiar la gravedad y saltar a sus brazos. Los libros jamás perdemos la esperanza. Está en nuestra naturaleza.

Pero los libros no fueron los únicos decepcionados. Los organizadores de la gira no estaban satisfechos con los números. Buscaban excusas. «Es por las elecciones», dijo uno de los comerciales. «Las ventas de libros han bajado. La gente está o celebrando o en shock. Con pocas ganas de leer.»

También se retrasó la grabación del programa piloto debido a divisiones partidistas en la familia protagonista. La mujer, admiradora de Aikon, había solicitado estar en la serie y el marido había accedido de mala gana, pero después de las elecciones se puso firme y dijo que no quería que una señora japonesa hiciera limpieza en su casa, revolviera en sus cosas y

le dijera lo que tenía que hacer. Kimi explicó estos pormenores en el taxi de camino al aeropuerto.

—Así que nos olvidamos del tema de Oz. Estamos buscando otra familia en la costa oeste…

—Entiendo —dijo Aikon mirando por la ventanilla del taxi.

La carretera al aeropuerto estaba flanqueada de centros comerciales. Nunca había visto tantas tiendas enormes: Best Buy, Party City, Dollar Store, Walmart Supercenter.

—¿Y qué hay de la señora Oh y su hijo? Igual podías proponerlos.

—Ya lo hice —dijo Kimi—. Lo siento, tenía que haberle pedido permiso a usted primero. Espero que no le importe…

—En absoluto. ¿Qué han dicho los productores?

Kimi suspiró.

—Que querían una familia más feliz, una con la que la gente se pueda identificar.

—Entiendo —dijo Aikon. Se había puesto a contar los restaurantes. Denny's, Wendy's, White Castle, McDonald's, Texas Roadhouse, Golden Corral, Red Lobster.

—En cualquier caso, es probable que no hubiera funcionado —estaba diciendo Kimi—. La señora Oh nunca nos contestó. Ni siquiera sabemos dónde vive.

—Cierto.

¿De dónde sacarían las langostas en Kansas? Pasados los centros comerciales, el paisaje se extendía interminable, gris, frío e implacablemente llano.

—Así que, debido al retraso —dijo Kimi—, han pospuesto la última presentación del libro a cuando volvamos a grabar el episodio de Después en diciembre. A la librería no le ha importado posponerla. Quieren trasladar la presentación al auditorio de la Biblioteca Pública.

84

No había sitio para todos, así que Jevaun y Dexter trabajaron dentro de la casa, sacando los archivos de noticias del cuarto de estar al porche, mientras los otros se quedaron fuera y fueron pasándose las bolsas hasta el contenedor igual que una fila de hormigas. El Botellero dirigía el tráfico. Cory intentó llevar a Annabelle a la cocina y le sugirió que fuera haciendo limpieza allí, pero Annabelle se negó.

—Este es mi trabajo —dijo con la espalda contra la pared

—. Necesito verlo. Es importante.

Se llevaron todos sus archivos: todos los periódicos y revistas; las antiguas cintas de audio y los vídeos en VHS; las disqueteras y los discos que contenían casi dos décadas de historias de las que había hecho seguimiento; y con las historias se iban también las personas, todos los cuerpos que dejaban atrás los tiroteos, los disturbios y los desastres naturales, cuerpos muertos y también vivos, arrastrados por la marea de noticias ya viejas. En su mayoría eran historias dolorosas, pero con las tristes se marcharon también las felices, que Annabelle quería conservar, pero que al final también dejó ir. Las miró salir por la puerta igual que un río del tiempo al abrirse el dique.

—¿Estás bien? —preguntó Cory.

—Sí —dijo secándose la frente con la punta de una camiseta vieja—. Uno no puede aferrarse al tiempo —dijo—.

Ahora me doy cuenta.

A medida que desmantelaban y sacaban montañas de cosas, las paredes empezaron a ser visibles por primera vez en años, y también grandes trozos de suelo.

—Es de madera —dijo Annabelle—. Se me había olvidado.

—Las paredes tenían manchas de moho allí donde habían estado las bolsas—. Hay que pintarlas —dijo—. De un color alegre. Amarillo estaría bien. Es el color preferido de Benny.

Ahora ya había espacio para trabajar en el cuarto de estar y pudieron entrar más miembros de la cuadrilla. Annabelle se

sentó en el sofá mientras iban sacando cosas de los armarios y se las ponían delante. Pulgares hacia arriba, pulgares hacia abajo; así fue decidiendo la suerte de cada una.

—Parezco una reina —dijo—. O una jueza.

Y justo cuando dijo esto llegó Maisie desde la despensa con un saco viejo lleno de bolsas de cotillón de un cumpleaños de mucho tiempo atrás. Había serpentinas de papel pinocho, banderines y globos, cornetines y silbatos, velas y confeti y también una corona de papel de plata, que le puso a Annabelle en la cabeza antes de repartir sombreritos en forma de cono a los demás. Durante el resto de la mañana Annabelle llevó su corona con gran solemnidad mientras tomaba decisiones, tocando cada objeto con gratitud y dedicándole una bendición antes de devolverlo al flujo de cosas que circulaban de vuelta al mundo.

Estuvo encantada de regalar a los miembros del equipo lo que quisieran: Gordon y Dexter llenaron una caja con impermeables viejos y material de acampada. Maisie se llevó una colección de mantas y algunas camisetas y toallas. Jevaun se quedó los discos de *reggae* de Kenji, y Cory y Jenny aceptaron algunos libros. El Botellero permaneció fuera, identificando cosas usables para luego distribuirlas en albergues, y Vlado, el celador, las guardó en la camioneta junto con la vieja mesa de mezclas de Kenji y un surtido de material de audio que afirmaba poder vender.

Pararon para almorzar y pidieron comida china. Mientras esperaban a que llegara, adornaron más a Annabelle, con guirnaldas de espumillón, serpentinas y banderines, la nombraron abeja, y se hicieron selfis con los sombreros de fiesta delante de la camioneta de portes El Abejón. Comieron en el porche. Era un día gris de noviembre, pero había dejado de llover y se sentaron todos en las escaleras a compartir rollos de primavera, cerdo *mu shu* y arroz frito. Annabelle tenía un plato apoyado en la rodilla y Cory se sentó a su lado.

—¿Estás bien?

Annabelle asintió con la cabeza. Estaba mirando al Botellero y a Vlado, que estaban sentados junto a la camioneta fumando cigarrillos y discutiendo acaloradamente en esloveno.

—La psiquiatra de Benny dijo que el Botellero no era real.

Dijo que Benny tenía alucinaciones y que se lo había inventado. Yo le dije que no pensaba que eso fuera así, pero parecía tan convencida que la creí. —Jugueteó con un trozo de espumillón que le colgaba del cuello—. Piensa que estoy loca.

Igual tiene razón.

—Supongo que todos estamos bastante locos —dijo Cory.

Después de comer Annabelle volvió al sofá y el equipo se puso a trabajar en la cocina. Ahora iban más deprisa y avanzaron bastante, hasta que Dexter entró en el cuarto de estar con una caja de zapatos llena de trozos de cerámica rosa que vació en un cubo de basura junto al sofá.

—¡No! —gritó Annabelle poniéndose de pie—. ¡Eso no!

Su voz era aguda y todos dejaron de trabajar. Se reunieron en la puerta con sus sombreros cónicos y miraron a Annabelle rebuscar en el cubo.

—Es una tetera —explicó mientras sacaba añicos de cerámica rosa, un trozo de asa, un pedazo de pitorro y los amontonaba con cuidado en el suelo—. ¡La he buscado por todas partes!

Cory habló con voz suave.

—Está rota.

—¡Ya lo sé, tonta! —dijo Annabelle—. ¡Por eso tengo que arreglarla! La voy a pegar. Será una maceta monísima. Y tiene que haber otra por ahí. Amarilla. También está rota, pero he guardado los trozos en una bolsa. Irán a juego, la rosa y la amarilla, y voy a plantar hierbas aromáticas. ¿Alguien la ha visto? Tiene que estar en la cocina. Necesito encontrarla. —Se abrió paso y entró en la cocina—. ¡Huy!

Lo que vio la hizo pararse en seco. La cocina parecía una de esas fotografías de casas arrasadas que había sacado de las noticias en los días siguientes a terremotos, tornados e inundaciones. Había comida por todas partes, latas y cajas y bolsas de patatas y cereales y sopas, cosas congeladas derritiéndose en el fregadero y encima de la mesa, especias derramadas de cajones y fideos secos desparramados por el suelo de modo que no podía caminar sin resbalarse.

—¡Ay, esto es horrible! —exclamó—. ¡Menudo desastre!

Tengo que poner orden aquí.

—Podemos limpiar luego —dijo Cory colocándose detrás de ella—. Lo haremos entre todos. Pero antes vamos a terminar la fase de descartar, ¿vale?

—¡Pero si ya hemos descartado muchísimo! No creo que tengamos que tirar nada más. No va a quedar nada. ¿Qué le voy a hacer a Benny de cena? ¡No puedo cocinar con la cocina así de sucia!

—Annabelle, Benny no va…

—No —dijo esta con firmeza—. Ya está bien. Dejadlo. Ya limpiaré luego yo.

Se mantuvo en sus trece, así que pasaron al piso de arriba.

Annabelle les dio permiso para excavar en el pasillo, sacar las revistas viejas y ampliar el camino hasta el cuarto de baño, pero cuando Jevaun empezó a sacar el material de manualidades de la bañera, Annabelle se opuso una vez más.

—Eso no os lo podéis llevar —dijo bloqueando la puerta.

—Muy bien —dijo Jevaun—. Solo dime qué quieres tirar.

—Cogió una bolsa mojada llena de relleno sintético—. ¿Esto?

—No —dijo Annabelle—. Lo necesito para los cojines.

Voy a hacer cojines.

—Qué bien —dijo Jevaun, y le pasó el relleno a Jenny, quien esperaba en el pasillo—. ¿Y esto?

Señaló un montón de marcos de fotografía vacíos que estaban encajados entre la bañera y el inodoro.

Annabelle sacó uno y lo miró.

—Vaya, se han estropeado con la humedad. ¡Qué pena!

Pero todavía se pueden usar. Les da un aire envejecido, ¿no os parece? Vivido. La verdad es que es complicado conseguir ese efecto. Me los quedo.

Le dio los marcos a Jenny, quien se los llevó al piso de abajo, mientras Jevaun tiraba de una vieja maleta azul que estaba debajo del lavabo.

—Huy —dijo Annabelle—. Me había olvidado de eso.

Había moho en los laterales de la maleta. Annabelle vaciló un momento y, a continuación, lo limpió y la abrió. Estaba llena de animales de peluche y muñecas: un mono hecho con un calcetín, una cacatúa, un hipopótamo rosa, varios osos de trapo y una muñeca también de trapo. Cogió una foca.

Dexter había sustituido a Jenny en la puerta. Annabelle subió y bajó la foca delante de él como si nadara.

—Muy bonita —dijo Dexter tímidamente.

La foca se le acercó a la nariz.

—Hola, me llamo Harold la foca.

Dexter sonrió y bajó la cabeza.

—¿No te parece un nombre monísimo para una foca? —

preguntó Annabelle.

Dexter miró pensativo la maleta.

—A Maisie le gustarían. Tiene problemas de ansiedad y los peluches la ayudan. Los puede morder y no les importa.

Annabelle estrechó la foca contra su pecho.

—A Harold no le gustaría eso. —Devolvió la foca a la maleta y la cerró—. Yo también tengo problemas de ansiedad, pero no muerdo. —Suspiró y volvió a abrir la maleta—. Pero

supongo que cada uno es cada uno. —Buscó entre los animales y sacó un pingüino raído—. Toma. Para Maisie.

Dexter se fue con el pingüino y Jevaun empezó a revisar el armario de la ropa blanca. Annabelle se sentó en el inodoro y lo miró sacar cosas y enseñárselas, cada vez más pensativa. Se quedaría el kit de bordado *Dos corazones, un amor,* todavía en su envoltorio original, que había sido el regalo de bodas de las Damas de la Tijera. Se quedaría la caja de material para calcetar, las agujas de tejer alfombras, las carpetas de plantillas, los ovillos enredados y los patucos a medio tejer que se le habían quedado pequeños a Benny antes de que pudiera terminarlos. Sin duda se quedaría con la colección de decoraciones Cosecha Feliz y con el disfraz de espantapájaros del primer Halloween de Benny. Cuando Jevaun sugirió que podría disfrutarlo otro niño, Annabelle le quitó la bolsa y se fue a su habitación, dejando un rastro de hojas de otoño. En el dormitorio estaba Cory. Cuando entró Annabelle, sostenía una de las camisas de franela de Kenji contra el torso de Gordon para ver si era de su talla. A sus pies había una bolsa de basura con más camisas. Annabelle dio un respingo.

—¡No! —gritó, y se abalanzó hacia Cory y le quitó la camisa de las manos—. Son de Kenji. Son para la colcha conmemorativa. ¡No podéis quedároslas! —Agarró la camisa y la bolsa con el disfraz de espantapájaros de Benny y retrocedió—. Me parece que ya está bien por hoy. Agradezco mucho vuestra ayuda, pero creo que deberíais iros ya.

—Pero Annabelle. Todavía…

—¡No! —dijo Annabelle con un hilo de voz aguda—. ¡Por favor! Ya está bien. Quiero que os vayáis. ¡Ya!

Gordon se escabulló por la puerta. Annabelle se encogió en un rincón con la bolsa pegada al estómago.

—Annabelle —dijo Cory alargando una mano—. Sé que esto es difícil, pero…

—¡No! —gritó Annabelle—. ¡No te acerques! ¡Fuera de aquí!

Cory retrocedió enseguida y fue hasta la puerta.

—Vale, ya estoy fuera. ¿Lo ves? Ahora…

—¡No! ¡Deja de hablar y escúchame tú a mí! ¡Estáis intentando convertirme en una de esas personas horribles con Diógenes que salen en televisión, pero no lo soy! ¡No tengo Diógenes y no pienso convertirme en vuestro final feliz solo para que podáis sentiros mejor con vosotros mismos! ¡No me podéis obligar!

—Annabelle, eso no es… No estamos intentando convertirte en nada. Solo estamos…

—¡Esta es mi habitación! ¡Mi casa! ¡Me gusta así!

Tenía los ojos desorbitados, con el filo encarnado y moviéndose por la habitación.

—Annabelle, mírame… —Cory volvió a extender una mano y entró en la habitación—. No vamos a tocar nada que no quieras…

—¡No! —chilló Annabelle—. ¡No me toques! ¡No se puede tocar!

En el contenedor del Inútil no cabía nada más y la camioneta blanca de Vlado estaba llena de cosas para donar y regalar.

Cargaron los últimos útiles de limpieza y se reunieron en la acera.

—Bueno —dijo Cory—. Gracias a todos. Siento lo que ha pasado. No me di cuenta…

Jevaun le pasó un brazo por los hombros.

—No es culpa tuya.

—No debería haberle metido prisa…

—Ha sido el disfraz de espantapájaros —dijo Jevaun—. No debería haberla presionado para que se deshiciera de él. Es lo

que la ha sacado de quicio.

—De no ser eso, habría sido otra cosa —dijo Jenny—. Con esa cantidad de basura, algo así tenía que pasar.

—Fue la tetera —susurró Dexter—. No tenía que haberla tirado.

—Es el problema de las posesiones —dijo el Botellero—.

Con el tiempo terminan por poseerrte ellas a ti.

—Trastorno de estrés postraumático —dijo Gordon pasándose las manos temblorosas por la barba—. Clarísimo.

—O igual fue el pingüino —dijo Dexter.

Maisie se sacó la aleta del pingüino de la boca.

—Tiene un trauma —dijo husmeando el aire—. Reconozco a alguien con un trauma en cuanto lo veo.

—Han sido las camisas —dijo Gordon—. Han sido el desencadenante.

—Íbamos demasiado deprisa —dijo Cory—. Deberíamos haber ido más despacio.

—Teníamos que ir deprisa —dijo Jevaun—. Y hemos hecho mucho.

—No lo suficiente —dijo Cory—. Ni de lejos.

La casa estaba en silencio. En el piso de arriba, Annabelle seguía inmóvil, agachada en el rincón, sujetando la suave camisa de franela de Kenji y el disfraz de espantapájaros de Benny. Los oía cargar la camioneta fuera. Esperó a que se encendiera el motor, a oír ruido de neumáticos alejándose.

Estaban hablando. ¿Por qué no se iban de una vez? La paja del disfraz de Benny le arañaba la piel. La idea del espantapájaros se le ocurrió en la Tienda de Segunda Mano. Primero encontró un peto vaquero pequeño, luego la diminuta camisa de franela, idéntica a una de Kenji. Cosió parches de colores alegres en las rodillas y los codos, hizo unos tirantes con un trozo de cuerda y rellenó los puños con paja. Encontró un viejo

sombrero de fieltro que decoró con hojas de otoño. El sombrero, demasiado grande para la cabeza de Benny, le hacía parecer aún más adorable cuando le tapaba los ojos. Pero entonces se negó a ponérselo. No tenía más que tres años. Era su primer Halloween de verdad. Lo llevaron a pedir golosinas por las casas. Annabelle fue disfrazada de calabaza. Kenji, de fantasma.

85

Cuando estalló una pelea en la sala común durante la cobertura

poselectoral del informativo de la noche, los enfermeros apagaron la televisión. Solo unos pocos chicos mayores de Pedipsi veían las noticias. La mayoría eran demasiado jóvenes para interesarse por la política, pero formaban, por naturaleza, un grupo inestable e hipersensible, poroso a las energías en el ambiente, a estados de ánimo sutiles y a vibraciones invisibles en el pabellón y en el país. La tensión y la discordancia que desprendían las noticias los alteraron, y así, en los días posteriores a la pelea, nadie se molestó en encender el televisor. No fue una decisión que nadie ponderara, tampoco una orden venida de arriba. El aparato simplemente siguió apagado y nadie se quejó.

Pero para entonces los vídeos de los disturbios se habían emitido tantas veces que la mayoría de los chicos y el personal sanitario habían visto las imágenes de la televisión local de una banda con pasamontañas negros volcando cubos de basura y prendiendo fuego a la limusina negra. Habían visto las piedras que habían lanzado contra los agentes antidisturbios y a estos contraatacando con porras y gas lacrimógeno. Habían visto la grabación de las cámaras de seguridad de Benny haciendo añicos el escaparate de la tienda de Nike con un bate.

Esto le dio cierto caché entre los pacientes y el personal sanitario por igual, pero parecía ajeno a su estatus de celebridad. Los otros chicos se preguntaban si montaría un número o se volvería violento, y lo mismo preocupaba al personal, pero la actitud de Benny era justo la contraria.

Estaba dócil y colaborador, se dejaba dar de comer y llevar en

silla de ruedas al comedor, a sesiones de grupo, a clase, a manualidades, a gimnasia y a todas las actividades programadas de terapias varias en las que se esperaba que los jóvenes pacientes participaran. Mudo y confinado en su silla, parecía habitar un mundo de bruma y sombras, un espacio no lineal, atemporal y anestesiado, lejos de los ritmos cotidianos de Pedipsi, pero cada tarde, a las cinco en punto, cuando era la hora de las noticias, llevaba su silla a la sala común, la aparcaba delante de la pantalla de televisión apagada y miraba fijamente el monitor de cristal líquido en el que no se veía nada. Y escuchaba.

En su momento fue difícil saber lo que estaba pensando. La medicación que tomaba obstaculizaba nuestro acceso a sus pensamientos; su mente, que tan límpida y accesible nos había resultado en el Taller de Encuadernación, era ahora tan borrosa y

estaba tan alterada como las imágenes en blanco y negro de la cámara de seguridad, y su banda sonora estaba igual de saturada de ruido estático. Sabíamos que oía sirenas.

Consignas y gritos. Pisadas de botas desfilando y el zumbido de palas de helicópteros. En el caos de ecos y sombras, luces estroboscópicas se mezclaban con los chillidos de cristal hecho añicos, mientras en el fondo, henchidos de viento y percusión, los sombríos himnos de las cadenas de televisión continuaban sonando.

Miraba la pantalla de televisión vacía y le rodaban lágrimas por las mejillas. Los otros chicos lo dejaban tranquilo, lo mismo que las enfermeras, y Benny lo prefería así. Se esforzaba mucho por prestar atención, pero la medicación también le obstaculizaba a él el acceso, le dificultaba oír lo que pasaba en el mundo, en la televisión, en su propia cabeza.

86

La camioneta se alejó y se hizo el silencio. Annabelle se puso de pie y estiró las piernas, que tenía agarrotadas de acuclillarse. Después del alboroto de todos esos cuerpos, la casa le parecía vacía y muda. Paseó la vista por el dormitorio.

Habían empezado a clasificar la ropa en montones, pero no habían avanzado demasiado. Ahuecó las almohadas de la cama y enderezó los animales de peluche. Recuperó la maleta azul del pasillo y la dejó en la cama. Sacó la foca, el mono hecho con un calcetín, la muñeca de trapo. Eran juguetes de su infancia. Solían estar encima de su cama cuando era una niña.

Le dio la vuelta a la maleta y vació el resto de los muñecos.

Algunos cayeron al suelo. En su momento habían acabado allí a menudo, pero casi siempre estaban sobre su cama, mirando y sin hacer nada, así que Annabelle los castigaba encerrándolos.

Acunó al mono hecho con un calcetín y lo miró a los ojos.

«¿Me quieres?», quiso saber y, cuando el mono dijo «No», lo dejó en la cama y le dio la vuelta de modo que mirara la pared y le diera la espalda a ella. Cogió la muñeca de trapo.

«¿Me quieres?», preguntó. «No». Le dio la vuelta, la puso al lado del mono y cogió la foca.

«¿Me quieres?» Para entonces le temblaba la voz. Preguntó a un oso, a un búho, a un avestruz y también a un hipopótamo, pero todos, uno tras otro, le dieron la espalda. Cuando la hubo rechazado el último animal, cogió un bolígrafo de la mesilla.

Lo sujetó con el puño y empezó a apuñalar con él la almohada una y otra vez, atravesando con la punta el relleno de poliéster y el colchón que había debajo, hasta que, por fin, un sollozo, alojado en lo más profundo de su estómago, encontró el camino de salida y lo siguieron las lágrimas. Se quedó allí tumbada boca abajo y lloró largo rato, y cuando terminó se dio la vuelta y miró el techo. Notaba el cuerpo vacío y tranquilo.

También la mente. Recordó este sentimiento de cuando era niña y se asombró de que el ritual siguiera funcionando después de tantos años.

Se incorporó y de pronto sintió sed. El pasillo estaba hecho un desastre —la cuadrilla de limpieza se había marchado a toda prisa—, pero el cuarto de baño estaba vacío, y lo cierto era que tenía buen aspecto. Había un vaso en el portavasos, donde debía estar. Lo llenó de agua y bebió.

La puerta de Benny estaba abierta y estudió la habitación desde el umbral. Los armarios cuidados y los estantes ordenados pertenecían a otro mundo, donde cada cosa tenía su sitio. Donde vivía su hijo, solo. Ay, Benny, pensó. Perdóname.

En el pasillo encontró una caja de bolsas de basura tamaño industrial que había traído Vlado del cuarto de mantenimiento de la Biblioteca. Vlado era un hombre de recursos.

Los animales seguían en su cama, puestos en hilera dándole la espalda. Al mirarlos sintió un asomo de enfado. ¿Qué derecho tenían a repudiarla? Les dio la vuelta de modo que la miraran una vez más con ojos vidriosos que habían visto demasiado. Eran sus testigos. Debería estarles agradecida, pero se sentía incapaz, así que los metió todos en la bolsa de basura. Así está mejor, pensó, y entonces cambió de opinión y sacó el mono y lo puso debajo de su almohada. Lo dejaría ahí.

De todos los animales, sería el más adecuado para morder.

El cuarto de estar era un caos, pero se habían hecho progresos también. Los trozos de suelo despejado eran más grandes y se veían las paredes. Alguien había colocado con cuidado los globos de nieve en el antepecho de la ventana, junto a la pecera que contenía los

regalos de los cuervos. Puso los globos en el montón para descartar y conservó solo el de la tortuga marina y el tsunami que le había regalado Benny.

También la pecera.

Los trozos de la tetera rosa continuaban en el suelo, junto al sofá. Los recogió y los volvió a echar a la basura. La bolsa casi rebosaba, así que la cogió del cuello y la arrastró fuera.

Alguien había olvidado un maletín maltrecho en el porche.

Seguramente uno de los sintecho. No deberían dejar su basura en la casa de otras personas, pensó mientras lo recogía. Era lo que le faltaba. Más trastos.

El contenedor del Inútil estaba lleno, así que sacó la bolsa y el maletín al callejón. Las paredes del contenedor de la Tienda de Segunda Mano eran altas, pero consiguió subir la bolsa al borde, donde se quedó balanceándose. Pensó en su pobrecita

tetera y tuvo una punzada de remordimiento, y a continuación empujó la bolsa dentro del contenedor. Después tiró el maletín.

Lo oyó repiquetear y entonces una voz dijo:

—Joder.

—¡Huy! —dijo Annabelle—. ¿Hay alguien ahí?

Hubo ruido de arañazos y el maletín regresó volando y aterrizó en un montón de colchones sucios que había apoyados contra una farola. Por el borde del contenedor asomó una cabeza.

—¡Eres tú! —dijo Annabelle.

Era la chica del pato de goma. La amiga de Mackson de la noche de luna llena.

—Me has tirado tu basura en la cabeza —dijo la chica en tono acusador—. Estaba durmiendo. —Trepó al borde del contenedor y saltó al asfalto, cogió el maletín y lo sacudió—.

Y estás tirando algo que ni siquiera es tuyo.

—Se lo dejó alguien en mi casa —dijo Annabelle—. ¿Por qué duermes ahí dentro?

La chica se sentó en el borde de un colchón mojado y bostezó.

—¿A ti qué te parece? Es el único sitio donde la policía no te da por saco.

Iba vestida de modo muy parecido al día en que se habían conocido, pero el pelo, antes decolorado, ahora estaba lacio y sucio, y las raíces negras habían crecido tanto que solo las puntas seguían blancas. Había adelgazado. Se rascó los brazos y Annabelle vio que le temblaban las manos.

—Eres la amiga de Benny. La artista, ¿verdad?

La chica la miró con los ojos entrecerrados, a pesar de que el día estaba nublado. Tenía ojeras muy marcadas. Su voz sonaba hueca, como si todavía hablara desde el interior del contenedor.

—Tú eres la madre de Benny. La acaparadora compulsiva,

¿verdad?

Bostezó otra vez y se tumbó en el colchón, se hizo un ovillo y metió las manos entre las rodillas.

—¿Tú eres Aleph? —preguntó Annabelle.

—Depende —dijo Aleph—. A veces.

Estaba tiritando. No parecía tan real como las dos veces anteriores que se habían visto, pero tampoco parecía imaginaria.

—No deberías quedarte ahí —dijo Annabelle—. Puedes coger chinches. ¿Quieres entrar?

Despejó una silla de la cocina, abrió una lata de sopa y la calentó, pero la chica o no quería comer o no podía. Estaba tiritando y no dejaba de bostezar y de rascarse los brazos, que habían empezado a sangrarle. Se había traído el maletín y no dejaba de mirarlo para comprobar que seguía allí. Parecía exhausta pero agitada.

—¿De qué conoces a Benny?

—De Pedipsi —dijo Aleph.

—¿Eso qué es?

—Psicología Pediátrica. El pabellón. Estuvimos juntos hasta que me

hice mayor de edad.

—Ah —dijo Annabelle—. Qué bien.

—De bien nada. Pedipsi es horrible, pero la unidad de adultos es peor. Una puta fábrica de la industria farmacéutica.

Se abrazó a sí misma.

—No tienes buen aspecto —dijo Annabelle.

—Tú tampoco.

—¿Estás drogada ahora mismo?

—Estoy de bajón —dijo la chica.

—¿Qué tal es eso?

—Una maravilla. ¿A ti qué te parece?

—No tengo ni idea —dijo Annabelle—. Por eso pregunto.

La chica la miró como si fuera de otro planeta y a continuación suavizó la expresión.

—Es como la gripe, pero mil veces peor.

—¿Puedo hacer algo?

—No.

—¿No puedes dormir?

—Lo dudo.

—¿Quieres echarte?

—Vale.

Se llevó a la chica al piso de arriba, la acostó en la cama de Benny y cerró la puerta. Cuando fue a verla, unas horas después, parecía estar dormida. Allí echada, en las sábanas de astronauta de Benny, parecía al mismo tiempo imposiblemente joven e imposiblemente vieja, como un alienígena anciano, con brazos tatuados y picados, pelo grasiento y todos esos *piercings*. Su respiración era irregular: lenta y acompasada y, al momento siguiente, acelerada y desigual. De tanto en tanto

apretaba los dientes, fruncía el ceño y gemía, levantaba los brazos y arañaba el aire con dedos agarrotados, como si quisiera salir de un espacio estrecho y cerrado a base de rascar, y a continuación, abruptamente, se quedaba sin fuerzas y volvía a sumirse en las profundidades del sueño. Tenía la cara sudorosa y sucia de tierra, de modo que Annabelle cogió un paño humedecido, se sentó en el borde de la cama y se lo pasó con cuidado por la frente. Algo parecido al anhelo le llenó el pecho. De vivir Kenji, podrían haber tenido otro hijo. Una niña. Siempre había querido una hija. Retiró un mechón de pelo de la mejilla de Aleph. ¿Dónde estaría la madre de esta pobre chica cuando más la necesitaba? Pensó en su propia

madre y se preguntó lo mismo. Todas esas noches. Pensó en Benny.

Era casi la hora de ir al hospital de visita, pero no quería dejar que la chica se despertara sola en un dormitorio desconocido. Se preguntó si querría acompañarla al pabellón.

Quería llevarla y enseñársela a la doctora Melanie. ¿Lo ve?

¡Es real! También quería llevar al Botellero, pero la cuadrilla se había marchado antes de que le diera tiempo a pedírselo.

Bueno, en realidad los había echado ella. Se preguntó si podría conseguir que volvieran. Miró de nuevo a la chica y reparó en que tenía lágrimas en las comisuras de los ojos. Se las secó con una punta de la toalla. ¿Con qué se habría drogado? En las noticias no dejaban de hablar de la epidemia de fentanilo y opioides y Annabelle había hecho el seguimiento. Sabía que la abstinencia podía ser peligrosa. ¿Debía llamar a Emergencias?

Se sacó el teléfono del bolsillo y empezó a buscar en Google síntomas de síndrome de abstinencia de drogas.

Cuando levantó la vista, los ojos de la chica estaban abiertos y la miraban.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó Annabelle.

—Hecha una mierda. —Siguió mirando a Annabelle fijamente y esta se puso nerviosa—. ¿Te pongo nerviosa?

—No —dijo Annabelle—. Bueno, sí. Sí me pones. Estabas gimiendo en sueños, como si te defendieras de alguien.

La chica hizo una mueca.

—Demonios. Monstruos. El hombre del saco.

—Ah —dijo Annabelle—. Vale. —La chica cerró los ojos y desapareció dentro de ellos. Su cara, ahora igual que una máscara, parecía de alguien mucho mayor—. Me parece que debería llevarte a urgencias o algo.

—¡No!

Aleph abrió los ojos, empujó las mantas e intentó incorporarse. Annabelle le puso una mano en el brazo.

—Tranquila. No tenemos que ir si no quieres. Quédate aquí y descansa.

Notó cicatrices en la piel bajo sus dedos. La chica retiró el brazo y se giró, hasta quedar sentada en el borde de la cama junto a Annabelle. Se frotó los brazos y miró a su alrededor.

—¿Este es el cuarto de Benny?

—Sí.

—Qué limpito.

—Siempre ha sido un niño ordenado.

Aleph cogió la canica que estaba en la estantería.

—Es bonita —dijo haciéndola rodar en la palma de la mano

—. ¿Me la puedo quedar?

—Tendrás que preguntárselo a Benny.

—No le importará —dijo, y se la guardó en el bolsillo de los vaqueros. Señaló la estantería—. Ese es el pato que te di.

—Benny lo quería, así que se lo regalé.

La mirada nerviosa de la chica se detuvo en el globo lunar.

—Le gusta la luna —dijo—. Una vez me dijo todos los nombres de los cráteres más importantes. Solo para impresionarme. —Miró de reojo a Annabelle—. Está enamorado de mí. No sé si lo sabes.

—Ah —dijo Annabelle. Pero, como no quería que la chica pensara que

no le parecía bien, añadió—: Qué bien.

—¿De verdad? —preguntó Aleph—. Es muy joven para mí, ¿no te parece? Y a mí el amor no me va. No de esa clase, por lo menos. —Se había puesto a mirar de nuevo a Annabelle con atención, buscando algo—. Tuve una infancia jodida —

comentó. Como si eso fuera una explicación.

—Lo siento —dijo Annabelle—. Yo también.

—Sí —dijo Aleph—. Me lo imaginaba.

—¿Y eso?

—Por toda la basura que hay ahí fuera. —Hizo un gesto señalando el pasillo, el resto de la casa y, al ver la expresión consternada de Annabelle, añadió—: No te sientas mal. Si yo tuviera una casa, también la llenaría de porquerías.

—Estoy en proceso de hacer limpieza —dijo Annabelle—.

¿No tienes casa?

Aleph se encogió de hombros.

—La verdad es que no.

—¿Dónde vives?

—Por ahí. Con amigos. En verano duermo en un árbol. —

Cambió de tema—. ¿Cómo murió el padre de Benny?

—Lo atropelló un camión.

—Vaya putada.

—Era un camión de pollos. Transportaba pollos vivos.

—Menuda mierda.

—Perdió el conocimiento en el callejón de detrás de la casa. Iba colocado. El camión lo atropelló.

—Vaya. ¿Lo querías?

—Sí —dijo Annabelle—. Mucho. Tenía problemas de drogas. —Señaló

las marcas en los brazos de Aleph—. ¿Te has drogado con mi hijo?

La chica se bajó las mangas.

—Para nada —dijo—. No es más que un niño. Y, además, las veces que lo he visto casi siempre estaba limpia.

—Vale.

—No me crees, pero es verdad. Y además he visto los brazos de Benny. No son marcas de pinchazos. Son agujeros para que salgan las voces.

—¿Eso te lo dijo él?

—No —dijo Aleph—. Pero lo sé. ¿Tú también oyes voces?

—No, ¿por qué?

—La noche que Mackson y yo nos encontramos contigo en el callejón, miré por la ventana de tu cocina. Estabas hablando a tu nevera.

—Estaba hablando a mi marido —dijo Annabelle haciendo memoria —. Aquella noche fue horrible. Benny volvió a casa cubierto de sangre de un corte en la mano. Lo llevé a urgencias. El médico dijo que era una herida de arma blanca.

Tú estabas con él, ¿a que sí? Llamé a tu teléfono. ¿Qué pasó?

¿Lo apuñaló alguien? ¡No quiso contarme nada!

Aleph se encogió de hombros.

—No lo apuñaló nadie. Estábamos en la Biblioteca. Se cortó con una guillotina de papel.

—Eso es lo que me dijo, pero no le creí. Pensé que me estaba mintiendo.

—Sí —dijo Aleph—. Los niños mienten mucho. Incluso Benny.

—Escucha, tengo que preguntarte una cosa.

—¿Qué?

—¿Vendrías conmigo al pabellón?

Aleph se encogió.

—¿Al pabellón?

—A ver a la psiquiatra de Benny. Quiero que hables con ella. Cree que eres una invención de Benny. No se cree que existes.

Aleph pareció hacerse más pequeña.

—Igual es que no existo. Y, en cualquier caso, la doctora no se creerá nada de lo que yo diga. Siempre es así.

—Si te ve, tendrá que creerte. Por favor.

—No puedo ir así de nerviosa. Me encerrarán otra vez.

Parecía cansada, encogida, y le castañeteaban los dientes.

—No pasa nada —dijo Annabelle—. Podemos ir cuando te encuentres mejor. Tú quédate aquí y descansa. —Cogió el edredón, se lo puso alrededor de los hombros y no retiró el brazo. Notó cómo la chica se ponía tensa. Annabelle estaba acostumbrada a notar esta resistencia en un niño, pero esperó, incómoda y paciente. Estuvieron sentadas un rato así, juntas, y cuando Annabelle estaba a punto de soltar a Aleph, algo en el cuerpo de esta cedió, los brazos se relajaron y dejó caer la cabeza hasta apoyarla en su hombro. Siguieron así sentadas un rato más.

87

Estaba en la sala común, con la mirada fija en la pantalla de televisión apagada, cuando llegó Annabelle acompañada de Aleph. Casi se habían terminado las horas de visitas, pero no estaba pendiente ni de relojes ni de horarios. No se dio cuenta cuando pasaron por el control de enfermería y ellas tampoco lo vieron a él. Annabelle había llamado y concertado una cita con la doctora Melanie, pero habían perdido el autobús y llegaban tarde. La enfermera de turno parecía escéptica cuando llamó a la doctora. Esperaron, y la enfermera probó de nuevo.

—Me temo que ya se ha ido —dijo cuando la doctora Melanie siguió sin contestar.

Aleph sintió alivio. Se había quedado rezagada, lejos del control de enfermería, y al oír esto se giró para marcharse, pero Annabelle la sujetó por la manga. Se acercó a la enfermera.

—Por favor —dijo—. Es muy importante. ¿Puede llamarla otra vez?

—Los médicos a menudo se van pronto si hay una cancelación. Puedo intentar darle otra cita…

—Pero es que no he cancelado —dijo Annabelle—.

Estamos aquí. El autobús ha llegado tarde… —Lo que no era del todo cierto—. No ha sido culpa nuestra. ¡Por favor!

—Puedo ponerla con el buzón de voz y le puede dejar un…

Ah, espere. Aquí está.

La doctora M caminaba a paso rápido por el pasillo, hablando por su teléfono móvil. Llevaba gabardina y un maletín de cuero lustroso.

Annabelle dio un paso hacia ella.

—Ay, ¡qué bien que la encontramos!

Al verla acercarse, la doctora se detuvo y levantó una mano igual que un agente de tráfico mientras terminaba su llamada.

Cuando lo hubo hecho, se guardó el teléfono en el bolsillo.

—¿Qué tal? —dijo—. He estado esperando, pero como no vino supuse que había cancelado. Me estoy yendo, pero tengo un minuto. ¿Le parece que hablemos aquí?

—Me parece perfecto —dijo Annabelle. Seguía sujetando la manga de Aleph y ahora tiró de ella, haciendo acercarse a la chica—. Doctora Melanie —dijo—, le presento a Aleph.

La doctora sonrió a la chica y con los ojos entrecerrados examinó su cara cansada y su aspecto demacrado.

—Hola, Alice. ¿Qué tal estás?

Aleph se frotó la nariz con la manga.

—Estoy bien.

Annabelle miró a las dos, sorprendida.

—¿La conoce?

Aleph se encogió de hombros.

—Pues claro que conocemos a Alice —dijo la doctora—.

Ha pasado varias temporadas aquí con nosotros.

—Pero es que no es Alice. Es Aleph. Es la amiga de Benny, esa de la que hablamos. La he traído para que vea que es real.

Que no se la ha inventado.

Aleph se rascó el dorso de la mano.

—Aleph es mi nombre artístico. Mi verdadero nombre es Alice.

—Bueno —dijo la doctora Melanie con una risa breve—, pues me alegro de que lo hayamos aclarado. ¿Había algo más…?

—Espere —dijo Annabelle—. Da igual cómo se llame. Lo importante es que Benny no se la inventó. Es real. No es una alucinación…

La doctora Melanie consultó su reloj.

—Señora Oh, ¿por qué no vamos a una consulta y hablamos un momento? Alice, ¿puedes esperar…?

—Quiero ver a Benny —dijo Aleph.

—Alice, conoces las reglas. No se permite a antiguos pacientes…

Aleph se volvió hacia Annabelle.

—Por favor.

—¿De verdad no puede? —preguntó Annabelle a la doctora.

—Voy a ver si encuentro una enfermera —dijo esta—. Pero

¿no quiere quedarse con ellos?

Annabelle sonrió.

—Creo que Benny preferirá que no lo haga.

Se había terminado la hora de las noticias y Benny estaba sentado junto a la ventana cuando entró Aleph.

—Benny —dijo el enfermero Andrew—. Tienes visita.

La única visita que recibía era la de su madre, así que Benny hizo caso

omiso.

—Hola.

Reconoció su voz inmediatamente. Se volvió a mirar, a comprobar si era real. La última vez que la había visto era una alienígena del espacio exterior que se llevaban los agentes antidisturbios. Ahora se había transformado en un zombi, pero seguía siendo ella. ¿Cómo había sabido dónde encontrarlo?

¿Cómo había conseguido que la dejaran pasar? Su voz seguía sin funcionar, así que no podía hacerle estas preguntas.

—Me han dicho que no hablas.

No había necesidad de responder. Ella le entendía.

—¿Estás bien?

Benny miró por la ventana, a través del grueso cristal de seguridad que lo aislaba del mundo exterior. ¿Por dónde empezar? Había tanto que decir. Quería contárselo todo, lo del mundo abriéndose en el Taller de Encuadernación, las visiones que había tenido, pero con el enfermero tan cerca no era seguro, ni siquiera usando su voz de Biblioteca más suave, ni siquiera en un susurro. Las voces también se habían callado y, si hablaba, podían acordarse de él. Hablar podía desencadenar cosas, ponerlas en marcha otra vez, de manera que usó los ojos. Fuera, en el árbol, había un pájaro aferrado a una ramita desnuda. Abajo, en la calle, un taxi se detuvo en la parada de autobús y se quedó allí. Un camión de reparto estaba retrocediendo y Benny oía su débil pii, pii, a pesar de las paredes y del grueso cristal. El pájaro era pequeño y parduzco.

Un gorrión quizá. Tenía las plumas ahuecadas y parecía pasar frío. La ventana tenía churretones de barro. Un niño sentado cerca de ellos empezó a comer crayones. El enfermero Andrew fue hacia él.

Aleph observaba. Estaba puesta la calefacción y el aire en la sala común estaba cargado. Se quitó la sudadera y Benny vio las marcas en su brazo. El enfermero Andrew estaba de

espaldas a ellos, ocupado con los crayones, así que Benny alargó una mano y las tocó. Estrellas nuevas. Se subió la manga de su sudadera, colocó su brazo junto al de ella y más o menos encajaban. Se subió la otra manga y le enseñó la lluvia de meteoritos y, más arriba, la constelación, Perseo. Quería decirle que Perseo era el marido de

Andrómeda, el que mató al monstruo marino con su espada de diamante y la salvó. Confió en que ella lo supiera. Se levantó la camiseta y le enseñó la espiral de estrellas con el vórtice en el abdomen, un sumidero para dejar salir a las voces. Quería hacerle entender que se estaba esforzando por curarse.

Levantó la vista y la expresión de Aleph era la más triste que había visto nunca.

—Ay, Benny —dijo, y a continuación—: Te he traído una cosa.

Buscó con la mirada al enfermero, que le había metido los dedos en la boca al niño para sacarle las ceras. Metió la mano en el bolsillo de su sudadera y sacó un paquete envuelto en papel de periódico y atado con cordel. Se lo dio a Benny y este lo abrió. Era un globo de nieve. Dentro había un niño sentado en el cubículo de una biblioteca en miniatura. En la mesa delante de él había un montoncito de libros diminutos.

«Agítalo», susurró Aleph y, cuando Benny obedeció, una nube de libros flotó por el aire enturbiado. Había palabras y unas cuantas letras sueltas, también, incluso signos de puntuación. Giraron y se posaron despacio alrededor de él.

Benny agitó otra vez el globo y se lo acercó a la cara. Un punto y coma. Aterrizó en la mesa delante de él. Un punto se posó a sus pies.

—Ahora, escóndelo —dijo Aleph—. Puedes mirarlo después, cuando no haya nadie.

El niño de los crayones estaba escupiendo cera azul y amarilla a la cara del enfermero. Este pedía refuerzos. Benny

se guardó el regalo en la silla de ruedas, pegado a él, y lo tapó con la sudadera para mantenerlo a salvo.

—La gente está loca —dijo Aleph mirando al niño.

Benny asintió con la cabeza. Aleph se puso de pie.

—Me tengo que ir —dijo—. Voy a marcharme. Puede que no me veas durante un tiempo.

Benny la miró, abrió la boca para protestar. ¿Por qué? La palabra reptó por su garganta y murió allí. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Yo tengo mi propia historia, Benny. Necesito estar mejor.

Y tú también.

Se alejaba, flotaba ya a muchos kilómetros por encima de él, mientras miraba una lágrima bajarle despacio por la mejilla.

Alargó un dedo delgado manchado de pintura y le tocó en el espacio amplio y terso entre las cejas.

—No estés triste.

Entonces se inclinó, se acercó hasta tener la cara a milímetros de la de Benny. Le lamió la lágrima de la mejilla con la delicada punta de la lengua y lo besó en los labios.

Tenía los labios tan suaves como Benny los recordaba de la montaña y su lengua sabía salada, igual que su lágrima. No fue un beso apasionado, pero tampoco el que darías a tu hermano pequeño. Duró un ratito y fue un poco sexi, y luego se terminó, y el enfermero Andrew sujetaba con firmeza a Aleph por el brazo y se la llevaba.

—Vale, vale —le dijo Aleph al enfermero—. Tranquilo. Ya me voy. —Se retorció hasta zafarse de su brazo y volvió sobre sus pasos. Se sacó la canica de Benny del bolsillo de los vaqueros—. ¿Me la puedo quedar?

Uiiii, dijo la canica.

Benny asintió con la cabeza, y Aleph volvió a guardarse la canica en el bolsillo y a continuación se inclinó deprisa sobre

Benny y le acercó la boca al oído.

—Volveré —susurró—. No te olvidaré, Benny Oh.

88

—Fue un error comprensible —dijo la doctora Melanie.

Estaba actualizando la carpeta de Benny en su ordenador y tenía a Annabelle sentada frente a ella y mirándola teclear—.

Sabemos que Benny tiene episodios de trastorno delirante.

Alucinaciones. De manera que sí, en este caso Alice es real, pero…

Annabelle la interrumpió.

—El Botellero también es real —dijo—. Es un vagabundo con una pierna protésica. Puedo traérselo para que lo conoz…

—No, no. No hace falta. La creo.

—Entonces, asegúrese de escribir eso también. Y Benny no se estaba pinchando drogas. Nunca se ha drogado.

—Por supuesto —dijo la doctora—. Eso lo confirmaron los análisis de sangre. Pero, insisto, dado que tenía en el brazo lo que parecían marcas de pinchazos recientes, es comprensible que el agente que lo detuvo cometiera esa equivocación.

—No hablo del agente. Hablo de usted.

—Todos seguimos el protocolo, señora Oh, y la autolesión también es grave. —Terminó la anotación que estaba haciendo y se desplazó por la carpeta en busca de otro documento—. No tenía intención de sacar esto a colación hoy, pero tengo entendido que ha recibido usted una visita de los Servicios de Protección al Menor.

Annabelle pareció sobresaltada.

—¿Cómo lo sabe?

—El informe de la trabajadora social indica que las condiciones de su vivienda suponen una amenaza potencial al bienestar físico y mental de Benny. Se habla de acaparamiento…

—Ah, eso. En realidad son los archivos que tenía que guardar por mi trabajo. La agencia lo exigía, pero ya he empezado a tirar cosas…

La doctora se acercó a su monitor.

—… pernicioso —leyó—. Es la palabra que usó la trabajadora. —Miró a Annabelle—. Entonces, ¿ha estado haciendo limpieza? ¿Y qué tal va?

—Bien. Muy bien. El otro día vinieron unos amigos y me ayudaron.

—¿Y el trabajo? Hace unos meses anoté aquí que temía que su empresa eliminara su puesto de trabajo.

Annabelle asintió con la cabeza.

—Sí, es verdad.

¿Por qué se lo habría contado a la doctora? Ese era el problema de no tener verdaderos amigos a los que hacer confidencias.

—¿Y…?

No tenía sentido mentir.

—Pues ha pasado, pero tengo COBRA, así que la cobertura médica no es un problema. Puedo pagarlo. Y además he empezado a mandar solicitudes de empleo.

En realidad no había empezado, pero sí había estado pensando en ello. Había estado pensando en presentarse a un puesto de vendedora en Michaels. Conocía muy bien la mercancía, y las señoras que trabajaban allí parecían agradables.

—Veo que hay una amenaza de desahucio…

—¿Le sale eso ahí también?

—Es un dato inscrito en el registro público. Lo vio la trabajadora social. También recomendó que haga usted terapia

y, por supuesto, es algo que llevo un tiempo sugiriéndole. ¿Ha encontrado a alguien?

—No, he estado ocupada ordenando.

La doctora Melanie apuntó algo más en su archivo.

Annabelle la miró teclear. Aquel día llevaba un esmalte de uñas rojo oscuro que parecía sangre seca. Tecleaba deprisa, pero solo usaba tres dedos de cada mano. ¿Cómo podías ser médico y no saber mecanografía? ¿No era una asignatura en la Facultad de Medicina?

—Señora Oh.

—¿Sí?

—Sé que esto es difícil, pero escúcheme. El informe indica que los SPM recomiendan retirarle la custodia de Benny si no consigue usted devolver la casa a un estado aceptable. En vista de esta recomendación, todos creemos que sería más fácil para Benny hacer la transición directamente desde aquí. Tenemos que pensar en lo que es mejor…

—¿Transición a qué?

—Bueno, primero a un centro de protección de menores, de manera provisional. Y de ahí a un hogar de acogida, si se encuentra y las condiciones de su casa no han mejorado.

—¡Pero es que las condiciones de nuestra casa han mejorado! ¡La señora de los SPM no lo ha visto todavía!

¡Dígale que venga a verlo!

—¿Y el posible desahucio? ¿Y su situación laboral? Tiene usted mucho encima ahora mismo y, francamente, Annabelle,

¿puedo llamarla Annabelle?, también me preocupa su salud mental. ¿No cree que sería mejor para Benny quedarse en otro sitio mientras usted encuentra otro trabajo y un alojamiento seguro y estable? ¿Mientras busca ayuda, empieza a ver a un terapeuta, se recupera?

—¡No! —gritó Annabelle levantándose con dificultad de la silla. Tenía las mejillas arreboladas y dio un paso hacia la

mesa de la doctora—. ¡No pueden hacer eso! ¡No pueden quitármelo sin más! ¡Yo soy su madre! —Estaba temblando y tenía la voz chillona. Dio otro paso—. ¡Me lo voy a llevar a casa ahora mismo!

La doctora se pegó al respaldo de su silla.

—La veo alterada, Annabelle —dijo—. Me está diciendo que quiere llevarse a Benny a casa…

—Exacto. Veo que no tiene problemas de oído. ¡Pues claro que estoy alterada! No pueden retenerlo. Se viene a casa conmigo ahora mismo…

—Me temo que eso no es posible, Annabelle.

La doctora cogió el teléfono.

—¿Qué es eso de que no es posible? —gritó Annabelle.

Estaba de pie al otro lado de la mesa de la doctora, inclinada sobre ella—. ¡Es mi hijo!

—Señora Oh, por favor. Necesito que se siente.

—Y yo necesito que les diga que preparen a Benny. ¡Se viene conmigo

ahora mismo!

Oyó un ruido a su espalda. Había dos enfermeros cerrándole el paso.

—Señora Oh —dijo la doctora Melanie—. Annabelle. Lo siento mucho. De verdad. Pero no depende de nosotros. Ahora depende de los tribunales.

Benny

¡Oye, para! ¡Ya vale! ¡Esto es una mierda! ¿No te das cuenta? Tienes que pararlo. ¡Es mi madre! ¡Necesita ayuda!

¿Estás ahí? ¿Me estás escuchando por lo menos?

Todo este tiempo ngiendo que eres amigo mío ¡y era una patraña! Si fueras de verdad mi amigo, no dejarías que le pasaran todas estas cosas, joder. Habrías encontrado la manera de ayudarla, de ayudarnos, pero no lo has hecho. No quieres hacerlo. ¡No estás haciendo nada!

A ver, ¡que te estoy hablando! ¿Me oyes?

¡Lo digo en serio! Tienes que escucharme, para variar, y hacer lo que yo te diga. ¡Por favor! Dijiste que podías traer el pasado al presente. Dijiste que podías l evarme atrás en el tiempo y enseñarme cosas que me ayudaran a recordar, pero eso no basta, ¿vale? ¡Tienes que hacer algo!

¡Algo real! No njas que no puedes. Eso es mentira, sé que puedes. Eres un libro, ¡puedes arreglarlo! ¡Haz que termine bien!

El Libro

Ay, Benny…

Es lógico que estés disgustado después de oír todo por lo que ha pasado tu madre, pero su sufrimiento no es culpa nuestra, y lo cierto es que intentamos ayudar. Todos lo hicimos. Nos esforzamos al máximo.

Piensa en cómo *Magia ordenada* saltó, en el sentido literal de la palabra, de la mesa a la vida de tu madre y le dio esperanza cuando más la necesitaba, y cuando Annabelle empezó a escribir un correo de admiradora, también nosotros nos esperanzamos. Sin un libro propio, tu madre necesitaba alguien con quien hablar, y durante un tiempo Aikon fue una especie de amiga imaginaria. Incluso llegamos a

preguntarnos, por un breve espacio de tiempo, si Kimi y ella no se presentarían a la puerta de tu casa con un equipo de cámaras.

Esta idea no es que nos entusiasmara —después de todo, es televisión—, pero lo visualizábamos: las dos monjas arremangándose y poniéndose manos a la obra de esa manera zen suya, infatigable, impertérrita. Pensábamos que sería una bonita historia, pero la productora de televisión no opinó lo mismo. Tú y tu madre no resultabais lo bastante identificables.

Ni lo bastante felices. Eso debió de doler, pero ¿qué se puede esperar de la televisión?

Cory y su cuadrilla también hicieron todo lo posible y la situación se había vuelto prometedora, hasta que tu madre tuvo una crisis y los echó a todos. Los traumas son algo muy poderoso, Benny. Tu madre tiene su propio karma, y nosotros no somos su libro, pero, aunque lo fuéramos, los libros no pueden obligar a los humanos a hacer cosas. Todo lo que podemos hacer es preparar el escenario —revelar algo de contexto, predecir algunos desenlaces posibles, quizá hasta hacer una o dos sugerencias—, pero principalmente tenemos que esperar a ver qué elegís hacer vosotras, las personas.

Nosotros esperamos, confiamos. De tener dedos, los cruzaríamos.

Así que, para que quede claro, nosotros no provocamos todas esas cosas malas que le ocurrieron a tu madre, lo mismo que no te obligamos a besar a Aleph en la montaña, y culparnos no servirá de nada. La culpa no es más que otra manera de negarse a asumir la responsabilidad de la vida de uno, y cuando nos culpas, estás renunciando a tu poder y a tu agencia. ¿No te das cuenta? Te convierte en una víctima, Benny, el pobre niño loco que es una víctima. Y eso no te gusta, ¿te acuerdas? Y a nosotros tampoco.

No queremos disgustarte ni hacerte sentir culpable. Cuando te hablamos del sufrimiento de Annabelle, no lo hacemos con mala intención. Te lo contamos porque, como libro tuyo que somos, es nuestro trabajo. Y aunque preferiríamos mentirte y contarte bonitos cuentos de hadas e historias amables con final feliz, no podemos. Tenemos que contar la realidad, aunque duela, y de eso tú eres el responsable. Esa era tu pregunta filosófica, ¿recuerdas? «¿Qué es real?» Cada libro lleva una pregunta en su corazón, y esa fue la tuya. Una vez la pregunta se ha hecho, nuestro trabajo es ayudarte a encontrar la respuesta.

De manera que sí, somos tu libro, Benny, pero es tu historia. Podemos ayudarte, pero, a fin de cuentas, solo tú puedes vivir tu vida. Solo tú puedes ayudar a tu madre.

Parte cinco

De vuelta a casa

El orden es siempre un equilibrio

extremadamente precario.

WALTER BENJAMIN,

Desembalando mi biblioteca

El Libro

89

La mosca en la pared diría algo así:

Benny está sentado en su silla de ruedas en un rincón de la sala común, mirando por la ventana a través del cristal.

En la ajetreada acera ve a su madre en la parada del autobús. Todo lo que la rodea es movimiento, personas que caminan, que hablan por sus teléfonos móviles, pero ella está de pie sola y en silencio.

Pocos minutos antes la había mirado mientras dos enfermeros la escoltaban fuera del pabellón. Cuando pasaron junto a la sala común, Annabelle se detuvo y miró, inspeccionó la habitación y vio a su hijo. Se le iluminó la cara y saludó con la mano, y Benny se dio cuenta de que había estado llorando. Annabelle dio un paso en dirección a él, pero el enfermero la sujetó por el codo y se la llevó. Se ha terminado el horario de visitas, lo oyó decir Benny.

Puede volver mañana. Benny vio como los hombros de su madre

empezaban a hundirse, pero entonces se enderezó, levantó la cara y le sonrió. Vio el esfuerzo que le costaba aquella sonrisa. Te veo mañana, cariño, le dijo agitando otra vez la mano. ¡Aguanta! ¡Te quiero!

Ahora la mira por la ventana y, de tanto en tanto, mueve los labios como si discutiera con alguien. Menea la cabeza.

Frunce el ceño. Cierra el puño. Si la enfermera de guardia estuviera prestando atención, oiría al chico con mutismo selectivo decir, en voz clara y nítida:

«¡Menuda patraña!».

Y a continuación: «¡Eres un libro!».

Y a continuación: «¡Haz que termine bien!».

Pero la enfermera no está escuchando. Está completando datos de pacientes en su informe sobre la medicación de la tarde, apuntando lo que ha tomado cada menor. Si levantara la vista de la pantalla de su ordenador, vería al chico de la silla de ruedas mecerse atrás y adelante y, acto seguido, tomar impulso y ponerse de pie. Se queda así, un poco inestable, y se mira las zapatillas de velcro. Sus labios vuelven a moverse y le dice algo a la zapatilla, o quizá al pie —desde el rincón donde está la mosca es difícil saberlo

—, y da un paso. Por un momento parece confuso, como si no estuviera seguro de si lo que se mueve es el pie o la zapatilla, pero da igual. Quizá y para variar están trabajando juntos, en armonía, para mover su cuerpo hacia delante. Benny da otro paso, y un tercero. Si la enfermera estuviera mirando en lugar de buscar sus llaves para cerrar el carrito de los medicamentos, vería que el chico de la silla de ruedas ha vuelto a caminar. Su doctora dijo que su disfunción motora es psicogénica, lo que significa que está solo en su cabeza, así que esta repentina capacidad para andar no es lo que se dice un milagro, pero aun así supone un avance y algo digno de apuntar en su historia médica; pero la enfermera está de espaldas a la sala común, y por eso se sorprende tanto cuando oye una voz a su espalda que dice: «Perdón», y al darse la vuelta ve al chico diagnosticado de esquizofrenia, trastorno bipolar, mutismo selectivo y astasia-abasia psicogénica de pie y hablando con ella como si fuera la cosa más normal del mundo.

—Tengo que hacer una llamada, por favor.

—¡Huy! —La enfermera da un respingo—. Qué susto me has dado. Déjame que llame al médico.

—Sí, por favor —dice el chico con voz clara y nítida.

Y entonces, puesto que no soy una mosca en la pared, sino Benny, le digo:

—Me gustaría irme a casa. Mi madre me necesita.

Benny

90

Aquel fue el punto de inflexión. La enfermera se asustó y llamó al médico de guardia, quien mandó un mensaje a la doctora Melanie, la cual se tomó su tiempo. Tal vez tenía una cita o algo así. O se estaba haciendo la manicura. Pero terminó por presentarse y le dije lo mismo que le había dicho a la enfermera. Que tenía que irme a casa. Que mi madre me necesitaba, y yo necesitaba a mi madre. También le dije que de ninguna manera accedería voluntariamente a ir a un hogar de acogida y que, si intentaban obligarme, dejaría otra vez de hablar y de caminar, y tal vez me pondría en huelga de hambre también, como Gandhi. No le dije que Gandhi también oía voces. No le hablé de la conversación que había tenido con mi Libro. No pensaba dar más información de la estrictamente necesaria.

Cuando le dije todas estas cosas estaba tranquilo, y creo que la doctora M me escuchó. Le expliqué más o menos lo que me había explicado el Libro, que yo era el que tenía las riendas de mi propia vida y que culpando a las voces solo les daba más poder. No podían decirme lo que tenía que hacer; yo tenía que responsabilizarme de mis propias decisiones, y una de esas decisiones era irme a casa y ayudar a mi madre. Y me refería a ayudarla de verdad, no a doblar camisetas cuando me apetecía.

Sé que el Libro habla de la doctora Melanie como si no se enterara de nada, pero lo cierto es que no está tan mal. Me hizo un montón de preguntas que en realidad eran test disfrazados y después estuve una o dos semanas vigilado de cerca, pero debí de superar la prueba, porque al final accedió y decidió ayudar.

Citó a mi madre a una reunión familiar y cuando le dijo que pensaba que yo ya estaba por fin preparado para el alta, vi que mi madre tenía ganas de llorar y de echarnos los brazos al cuello a los dos en uno de esos achuchones desquiciados que

tanto le gustan, pero no lo hizo. Se contuvo y le hizo a la doctora Melanie unas preguntas muy buenas. Del tipo: ¿oír voces es obligatoriamente malo? O las voces que oye Benny,

¿en realidad no lo ayudan a veces? ¿Significa eso por fuerza que sea esquizofrénico o psicótico? Porque siempre ha sido creativo, ¿igual eso es parte de la explicación?

Supe que mamá había estado hablando con Aleph. Contuve la respiración y esperé a que la doctora Melanie le echara por tierra sus argumentos, pero me sorprendió. Llegó a decir que el mismísimo Sigmund Freud oía voces, algo que yo ya sabía porque me lo había contado el hombre B, y también que debería probar a ir a un grupo de apoyo que había montado mi antiguo compañero de habitación, Mackson. El grupo es genial y resulta que Mackson también. Siempre se pasa cuando viene de la universidad. Es superinteligente. Y gay, además, así que no representa un problema en lo que se refiere a Aleph. De hecho, a veces hablamos de ella e incluso le he contado algo sobre mis sentimientos, que entendió totalmente, así que estuvo guay. Él tampoco sabe dónde se ha ido, pero dice que no debería preocuparme porque siempre vuelve.

No me dejaron salir de Pedipsi de inmediato. Primero, la señora de Servicios de Protección al Menor tenía que volver a nuestra casa a inspeccionarla y asegurarse de que era un entorno seguro para mí. Cory y la cuadrilla habían conseguido despejar muchas cosas y, antes de que la señora volviera, mamá se metió un curro de la leche y consiguió limpiar lo bastante para que la señora dijera que no pasaba nada y le diera más tiempo para terminar.

Luego estaba aquel problema con la policía, pero la doctora Melanie también nos ayudó a solucionarlo e incluso se personó en el juzgado para decirle a la jueza que mi madre es una buena madre, que me quiere y que sería malo para mi salud mental estar separado de ella porque mi padre había muerto y yo estaba traumatizado. Y luego yo también tuve que hablar con la jueza y fue en plan: Oiga, se me dan bien las cosas, y le repetí lo que me había dicho el Libro sobre

enfrentarme a la realidad y asumir la responsabilidad de lo que está pasando en mi vida, y eso a la jueza le gustó. Dijo que era un niño perspicaz y que me dejaría ir a casa si prometía seguir yendo a terapia con la doctora Melanie y no hacerme agujeros nunca más. Y se lo prometí y lo voy a cumplir. Ahora me doy cuenta de que esa mierda fue una locura y de que no debería haberme hecho daño a mí mismo, pero ¿sabéis una cosa? Que ya no oigo nada, así que es posible que las

voces sí se marcharan por los agujeros. La doctora Melanie dice que los agujeros no han tenido nada que ver, pero sí admite que algo debe de estar funcionando, porque, aunque las cosas siguen parloteando y haciendo ruido, es un ruido aleatorio e impersonal, como el ruido de fondo. La mayoría de las voces realmente malvadas han desaparecido y ahora solo oigo la de mi Libro.

Pero incluso la de mi Libro se oye cada vez peor. No sé por qué. Mira, te lo voy a enseñar:

«Oye, Libro, ¿estás ahí?»

¿Ves? No contesta. Pero sé que me sigue escuchando.

Era diciembre cuando por fin volví a casa. No había pancartas de «BIENVENIDO A CASA» en el porche ni banderines de graduación en la cocina. No había globos. Solo unas flores de Pascua rojas de plástico en un jarrón en la mesa despejada que quedaban bonitas y un poco navideñas. El resto de la casa estaba en silencio y más o menos normal. Las cosas para tirar ya estaban en el contenedor, y solo quedaban las que eran para vender o donar. Mamá había llamado a Cory, quien se puso en contacto con Vlado, el cual se trajo a una cuadrilla de eslovenos para que lo ayudaran. Mamá y yo nos dedicamos a clasificar, mientras ellos se llevaban cosas a la camioneta blanca. Mamá consiguió estar bastante tranquila, aunque al principio opuso algo de resistencia, pero, como le dije a la jueza, se me dan bien las cosas; sé lo que quieren.

—Mamá, tienes que escucharme.

—Sí, Benny. Te escucho.

—Estoy seguro de que los discos de papá quieren quedarse, pero su ropa y sus zapatos no. Necesitan irse a algún lugar donde sean útiles, y las camisas igual. No les gusta que las corten y las conviertan en colchas. Les parece una estupidez.

—¿Aunque sea una colcha conmemorativa? ¿Llena de recuerdos bonitos de tu padre?

—Son tus recuerdos, no los suyos. ¡Son camisas! Tienen su propia vida. No quieren ser ropa de cama.

Mamá suspiró y le hizo una inclinación de cabeza a Vlado.

—Vale, podéis llevaros la ropa. Todo lo que está en el armario. Dejad

solo los discos.

—Y que dejen el tocadiscos también, pero que se lleven todos los libros y los instrumentos de música de papá.

Necesitan que alguien los toque.

—Pero igual tú quieres tocarlos en algún momento…

—No. Yo nunca los voy a tocar. No como lo hacía papá. No como quieren ser tocados.

Mi madre abrió la funda del clarinete y montó con cuidado el instrumento.

—Es triste —dijo mientras pasaba el dedo por el reluciente cuerpo del instrumento.

Lo que quería decir mi madre es que ella estaba triste, y esa fue una de las veces en que las palabras significan algo diferente de lo que quieres que signifiquen, pero lo que significan es más cierto de lo que imaginas.

—Sí —dije mirando el clarinete de papá que las manos de mi madre sostenían con torpeza—. Es triste. Muy triste.

El hombre B estaba en el porche con un sujetapapeles en el regazo, haciendo inventario de las donaciones.

—Ah, joven colegial —dijo al verme—. ¿Qué tal te encuentras?

—Bien.

—Los chicos de Liubliana terminarán en un perriquete. Son profesionales del reciclado.

Por encima de la valla vi a la señora Wong, sentada en su porche, mirando trabajar a los eslovenos. Me saludó con la mano y le devolví el saludo. La señora Wong ahora iba en silla de ruedas, y con el Botellero en la suya y las muletas de mamá apoyadas contra la barandilla, la casa de dos plantas parecía una residencia de mayores o un centro de rehabilitación.

La señora Wong volvió a casa un par de días después que yo. Mi madre se puso nerviosísima cuando vio a Henry empujando su silla de ruedas por el camino de entrada.

—¡Huy! —dijo mamá con esa costumbre que tiene de soltar lo primero que le viene a la cabeza—. ¡Creía que estaba…!

Se interrumpió antes de decir la palabra «muerta», así que igual está mejorando, pero a la señora Wong no le habría importado. Ella también dice lo que le apetece.

—¡Hola, gordinflona! ¡Sí que tienes limpia la casa!

Así que mi madre fue y lo soltó.

—¡Creía que estaba muerta! ¿Qué ha pasado?

—¡Ja! —resopló la señora Wong señalando a Henry a su espalda con el pulgar—. ¡Es lo que le gustaría a él! El inútil de mi hijo ha intentado robarme la casa. Le he dicho que ni de broma. Pienso morirme aquí, en mi propia cama.

Le ladró algo a Henry en cantonés y este la ayudó a levantarse de la silla y a subir las escaleras. Después supimos que la señora Wong había recibido una llamada de los Servicios de Protección al Menor para preguntar por el aviso de desahucio que Henry había presentado en su nombre.

Llamó al abogado y le contó todo, que el Inútil planeaba echarnos a mi madre y a mí y vender la casa, y lo paró inmediatamente, lo que quería decir que seguíamos teniendo casa.

El contenedor del Inútil estaba lleno hasta los topes ya, y después de que se fuera la camioneta de El Abejón, llegó el camión de recogida a llevárselo. El camión grúa con pulpo entró marcha atrás en el callejón y yo me senté en los escalones al lado de la silla del hombre B para mirar. Un largo brazo hidráulico terminado en un gancho salió de la plataforma del camión. El gancho agarró el contenedor, lo levantó y, al inclinarse, vimos todas las bolsas de basura llenas de los archivos de mamá y más cosas dentro. Unas cuantas serpentinas de papel pinocho y trozos de confeti se escaparon y derramaron por el borde y, a continuación, despacio, el brazo hidráulico se retrajo y tiró del contenedor hasta la plataforma.

—Qué bonito —suspiró Slavoj mientras el camión se alejaba—. ¿No te parrece, joven colegial?

Un gorro de aluminio de forma cónica rodaba por el asfalto.

—Pero si es basura —dije.

—¡Exacto! ¡Tenemos que aprender a amar nuestra basurra!

¡A encontrar poesía en nuestros desperdicios! ¡Es la única forma de amar al mundo enterro!

Volvió al trabajo y yo me quedé allí un rato sentado, pensando en el amor. Quería preguntarle por Aleph, si había tenido noticias de ella o si sabía dónde había ido, pero sabía que también él la echaba de menos y no quería recordárselo y ponerlo triste. El maletín que contenía su poema épico, *Tierra,* estaba sujeto al respaldo de su silla con cuerdas elásticas. Me dijo que había estado a punto de perderlo tantas veces que, ahora que estaba casi terminado, no quería correr ningún riesgo.

—No soy un hombre religioso —dijo—. El gran filósofo Karl Marx escribió: «La religión es el suspirro de la criaturra oprimida, el corrazón de un mundo sin corrazón, el espírritu de una situación carrente de espírritu. La religión es el opio del pueblo». ¿Quizá has aprendido esta famosa cita en clase?

—No.

—Qué pena. En fin, como te decía, no soy un hombre religioso; de hecho, soy ateo. Sin embargo, cuando estoy a punto de terminar un libro, a menudo me sorprendo rezando:

«Por favor, querrido Dios, ¡no dejes que muerra antes de haber terminado mi libro!».

Pensé en lo que diría mi Libro del ego del escritor, pero decidí no mencionarlo y en lugar de ello le pregunté sobre Dios.

—Si no crees que Dios sea real, ¿cómo va a ayudarte?

¿Crees que no va a saber distinguir entre alguien que cree de verdad y alguien que está fingiendo?

—Dios es una historria —dijo—. Yo creo en las historrias, y esto Dios lo sabe. Las historrias son reales, amigo mío.

Importan. Si dejas de creer en tu historria, te perderrás.

Pensé en esto. Nunca le había hablado al hombre B de mi Libro y de todas las cosas no encuadernadas que me enseñó aquella noche en el Taller de Encuadernación, ni tampoco de todas las historias sobre mi vida que me contó y que yo o no sabía o estaba intentando olvidar.

—Tengo un montón de historias —dije—. Estaba empezando a perderlas, pero mi voz me ayudó a recordar.

—La verdad sobre las historrias es que son todo lo que somos. Lo dijo en una ocasión un famoso escritor cherroqui llamado Thomas King. Somos historrias que nos contamos a nosotros mismos, pequeño Benny. Nos inventamos a nosotros mismos. Nos inventamos los unos a los otros también.

Me pregunté si Aleph saldría en su poema. O yo. Sería raro, eso de salir en el poema de otro, o en el libro de otro.

Hablando de libros, pasó algo más. Mi madre recibió una llamada de Cory para contarle que Aikon, la escritora zen de la que mamá se había hecho seguidora y a la que envió todos esos correos angustiados, iba a ir a la Biblioteca a hablar de su libro, *Magia ordenada,* y para preguntarle si queríamos ir. Yo no quería, pero mamá estaba emocionada, así que la acompañé, pensando que siempre podía largarme al Nivel Nueve si la cosa se ponía muy aburrida. Llegamos temprano y Cory nos acompañó al despacho privado de la bibliotecaria jefa, donde esperaba Aikon, y cuando entré me miró y abrió mucho los ojos, como si me reconociera.

«¡Huy! —dijo—. ¡Pero si eres Kannon!», lo que por supuesto en ese momento no entendí. Pensé que me llamaba cañón y, aunque sé un montón sobre armamento medieval y máquinas de asedio, no tenía sentido. Pero entonces una señora traductora que hablaba inglés bastante bien nos habló de Kannon, con sus mil brazos y once cabezas, que era capaz de oír las voces de los objetos quejándose. Yo dije que me identificaba con eso, y cuando nos explicó que Kannon era el santo budista de la compasión, mamá se puso toda llorosa y dijo: «¡Huy, sí! ¡Benny es muy compasivo!», y luego me abrazó y yo la dejé, a pesar de que, tal y como comenté en ese momento, solo tengo dos brazos y una cabeza.

Entonces mi madre hizo una cosa rarísima. Llevaba una bolsa consigo y la abrió y sacó las cenizas de mi padre, que debía de haber birlado de mi estantería. Se las dio a Aikon, y te juro que si llego a saber que iba a hacer algo así, me habría opuesto totalmente, pero es típico de mi madre. Al principio Aikon pensó que era un regalo para ella y se puso en plan:

«Pero bueno, ¡qué amable!». Pero entonces mamá le explicó que no, que eran las cenizas de mi padre y le contó todo lo de la muerte de papá y que no le hicimos funeral porque era budista. Le preguntó a

Aikon si podía decir una bendición o algo, y resulta que Aikon no pareció sorprenderse y dijo que

por supuesto. Así que de pronto todos nos pusimos en plan serio, y Cory y la bibliotecaria jefa hicieron sitio en una de las estanterías y pusieron allí las cenizas. Aikon tenía una especie de delantalito que se colgó del cuello y también una vela, cerillas y una cajita de madera con incienso dentro del bolso.

Me pareció un poco raro que fuera a todas partes preparada por si de repente alguien necesitaba hacer un funeral, pero supongo que es lo que hacen las monjas. La bibliotecaria jefa se asustó cuando vio las cerillas, pero Aikon dijo que no pasaba nada si no las encendían. Pusieron la vela y el incienso al lado de las cenizas y Cory birló algunas flores de la mesa de alguien, y Aikon escribió el nombre de mi padre en unas letras japonesas preciosas en un trozo de papel que también pusieron junto a las cenizas. Hizo una inclinación de cabeza y algo con las varas de incienso y dijo unas cosas, y luego la señora traductora y ella cantaron un himno japonés que no era más que un batiburrillo de sonidos que podían haber hecho perfectamente mis voces. Ninguno entendimos nada, pero mi padre hablaba japonés y lo mismo él sí entendió, así que estuvo bien. Después de todo, era su funeral. Al terminar el himno, Aikon nos dijo a mi madre y a mí que juntáramos las manos e inclináramos la cabeza y le diéramos un poco de incienso a papá, y lo hicimos, y ella se puso a hablar con él en japonés, como si estuviera vivo, lo que fue raro, pero también bastante bonito. Nos dijo que también nosotros deberíamos decir algo, y entonces fue cuando a mamá se le fue la olla.

Empezó a llorar y a decir cosas como: «¡Ay, Kenji, te quiero, siento muchísimo lo que te dije aquella noche. No lo pensaba.

Lo sabes, ¿verdad? ¿Podrás perdonarme? Te quiero y te echo de menos y estoy haciendo todo lo que puedo…».

La verdad es que fue duro oírlo, porque estaba hablando de la discusión que habían tenido mi padre y ella la noche en que murió, y esto lo sé porque yo estaba arriba, en mi cuarto, escuchando. Oí a mi padre decir: «Volveré pronto», y a mi madre: «No te molestes», y luego ruido de algo rompiéndose y nada más. Nunca volvió a casa. Las palabras dan miedo, son

poderosas, y mientras escuchaba a mi madre caí en la cuenta de que se culpaba totalmente de la muerte de mi padre y de que parte de mí también lo hacía. Pero ya no.

Todo esto pensaba yo mientras mi madre hablaba, y entonces me tocó a mí, así que abracé a mi madre y luego le dije a las cenizas de mi padre: «Tierra llamando a papá. Tierra llamando a papá. ¿Me recibes? Soy yo, Benny. Te echo de menos. ¿En qué planeta estás?». Sabía que eso le haría gracia.

Y eso fue todo. Y mamá se puso en plan «¡Gracias!

¡Muchísimas gracias!» y empezó a abrazar a todo el mundo y a hablar de cerrar heridas. Aikon estuvo supersimpática, pero su charla estaba a punto de empezar, así que tuvimos que irnos. Antes de salir me dedicó un ejemplar de su libro, lo que moló bastante. Como sabes, me encantan los libros y, aunque el suyo no me hacía especial ilusión, nunca había conocido a un escritor de verdad. Mamá estaba superemocionada y después no dejaba de abrir el libro y leer lo que había escrito Aikon.

—¡Escucha!: «Para Benny, que oye el llanto del mundo».

¿No es precioso? Y muy cierto, ¿no te parece?

Yo no sabía si era cierto o no, pero si a mi madre le hacía feliz, entonces me parecía bien. Ya había tenido bastante magia ordenada por un día, así que le dije a mi madre y a Cory que estaría en el Nueve. Se miraron, pero dijeron que muy bien. Cogí la escalera mecánica y me bajé en el puente, pero, cuando miré abajo, no oí nada. Ni el viento ni a Calipso. En el cubículo contiguo al mío había un estudiante de intercambio distinto dormido, pero la señora mecanógrafa seguía tecleando en su mesa de siempre.

—Has vuelto —dijo—. Te hemos echado de menos. Nos preguntábamos qué había sido de ti.

Le dije que había estado en el hospital y se limitó a asentir con la cabeza, como si ya lo supiera y no tuviera importancia.

—¿Y ya estás mejor?

—Sí, creo que sí.

—Qué bien. Me alegro de oírlo. No te has perdido gran cosa.

Miró a su alrededor y yo hice lo mismo; vi que en las estanterías había menos libros y ella se encogió de hombros, como si me hubiera leído el pensamiento.

—Están llevándose libros para hacer sitio a más ordenadores y espacios de trabajo, y al final han cerrado también el Taller de Encuadernación y se han llevado los equipos antiguos. Por lo demás, todo está como lo dejaste.

La noticia del Taller de Encuadernación me puso triste. Era un sitio que me daba miedo, pero también bonito.

—Sí, es una pena —dijo la señora mecanógrafa leyéndome otra vez el pensamiento—. Todas esas máquinas antiguas tan bonitas. Supongo que ahora que hay internet han decidido que las palabras no necesitan tapas. Personalmente, no estoy de acuerdo. Opino que las palabras prefieren estar contenidas en papel. Necesitan límites. Sin un poco de disciplina y de restricción, pueden decir lo que se les pase por la cabeza. Pero sospecho que estoy algo anticuada.

La estaba mirando, y fue raro porque, mientras hablaba, pareció envejecer. Se le hundieron las mejillas. El pelo se le puso más gris. La transformación parecía estar ocurriendo delante de mis narices, pero quizá era un juego de la luz. Miró los estantes medio vacíos y a continuación se quitó las gafas y se frotó la cara.

—En fin —dijo, y se puso las gafas otra vez—. No puedo evitarlo. Me gustan los libros y ya está. Como objetos, quiero decir.

—A mí también —le dije.

Tenía mi cuaderno de Redacciones en la mochila y también mi lapicero. Me senté en el cubículo, que estaba vacío, como si me hubiera estado esperando. No tenía intención de escribir

nada. Si te soy sincero, tenía la mente bastante vacía, pero desde que el hombre B me dijo que era un buen escritor, siempre trato de estar preparado por si oigo una voz o me viene alguna idea. Aunque aquella tarde no oí nada, solo a la señora teclear, haciendo un ruido como de gotas de lluvia, o estorninos, o piedrecitas de la orilla del mar arrastradas por las olas. Era un sonido agradable, calmante, y no tardé mucho en quedarme dormido.

91

Queridas señoras Aikon y Kimi:

Muchas gracias por dedicar tiempo a conocernos a Benny y a mí y a hacer esas preciosas ceremonias para nosotros en la Biblioteca. Hacerle a Kenji un funeral como es debido nos ayudó a pasar página

y, desde entonces, las cosas en casa son de otra manera, más tranquilas y serenas. Benny también se ha dado cuenta. Me preguntó: «¿Crees que el espíritu de papá nos perseguía por la casa pero ahora ya está en paz?». Le dije que desde luego esa era mi sensación.

Solo tener a Benny en casa lo cambia todo. Esta vez mejoró de verdad mientras estaba en el hospital y parece mucho más mayor; se responsabiliza de las cosas y me ayuda mucho. Ya podemos tener verdaderas conversaciones otra vez, como antes de que muriera Kenji y empezaran las voces. Va a un grupo de apoyo y está mejorando mucho su capacidad de relacionarse con los demás. Ahora sabe escuchar y es mucho más abierto a la hora de hablar de lo que le pasa. Dice que sigue oyendo cosas, pero que las voces ya no lo asustan tanto y que, si les contesta con educación pero con rmeza, no tienen por qué sentirse rechazadas y paranoicas y montar números. Su doctora está animada también, pero lógicamente es cauta. Me advierte

de que la recuperación clínica no es algo lineal, de que habrá recaídas. Yo eso ya lo sé, y Benny también, pero los dos con amos en que, juntos, saldremos adelante.

Hemos estado trabajando mucho en la casa y ¡está muy bonita! Incluso estoy haciendo cortinas para el cuarto de Benny con una tela preciosa que compré con el descuento para empleados en mi tienda de manualidades favorita. He empezado a trabajar al í a media jornada y por ahora me va estupendamente. Las mujeres que trabajan al í son simpáticas, y el trabajo me obliga a estar de pie y de acá para al á, así que hago ejercicio. Solo poder salir de casa y ver gente me hace darme cuenta de lo aislada que había l egado a estar. Me doy cuenta de que dejé que mi dolor y mi sentimiento de culpa por Kenji me alejaran de todo.

También he empezado a trabajar como voluntaria en la Biblioteca Pública, ayudando a mi amiga, Cory. Es la bibliotecaria infantil que conocisteis ¡y me deja leer a los niños en la Hora de los Niños! Me encanta ver esas caritas vueltas hacia mí igual que girasoles. Es mi momento preferido de la semana. Estoy pensando seriamente en volver a la universidad para sacarme el Grado en Biblioteconomía. Sé que no es algo que pueda hacer ahora mismo, pero es mi sueño.

Y los sueños son importantes, ¿no? Es lo que le digo a Benny. Le digo que su padre y yo teníamos muchos sueños y que algunos no eran gran cosa, pero el más dulce de todos se hizo realidad, y se l ama Benny.

Con mi agradecimiento,

Annabel e

92

Olas y estorninos, piedrecitas y cuervos…

¿Estás ahí, Benny? ¿Nos oyes aún? Los sueños son el único lugar en que podemos llegar a ti. Abre los ojos. ¿Ves dónde estás?

Hay una especie de colina y estás en la cima, mirando un gran paisaje abierto. El cielo es de color gris y está lleno de pájaros —cuervos y gaviotas y cornejas y rapaces— que te sobrevuelan en círculos. Sopla una brisa y estás escuchando lo que parece música, solo que es una música que no habías oído nunca. Es una sinfonía extraña, discordante, pero no desagradable, y los chillidos de los pájaros forman parte de ella, y hay un murmullo de un bajo continuo procedente de unos buldóceres gigantes que parecen juguetes en miniatura, trabajando a lo lejos. Al mirarlos, caes en la cuenta de que estás en un vertedero, de que el promontorio que pisas es una montaña hecha de toneladas de basura.

La expresión de tu cara es extasiada y perpleja. Mientras paseas la vista por los kilómetros de desperdicios, tus ojos empiezan a distinguir objetos determinados: un neumático aquí, una taza de váter allí. Entonces comienzas a reconocer cosas. Ves un montón de globos de nieve, añicos de tetera y varios animales de peluche raídos. Una maraña de calcetines, un atril de música doblado y montones pedregosos de casetes, discos y periódicos. Todos los objetos que salieron de tu casa han terminado aquí. Es la última estación de los sueños de tu madre y de todos sus buenos propósitos, y estás subido encima de ellos. Se te cierra la garganta y lloras. No mucho. Solo una o dos lágrimas, las que no pudiste llorar cuando murió Kenji.

Pensar en tu padre cambia algo en tus oídos y escuchas con mayor atención. Mientras a lo lejos los buldóceres y las excavadoras empujan basura, sus motores emiten un sonido vibrante que empieza a entretejer una melodía de jazz en la polifonía. La brisa arrecia, te alborota el pelo. Se acerca una tormenta, así que vuelves la cara hacia ella. Te das cuenta de que llevas en la mano un maletín gastado. Lo dejas a tus pies, abres los brazos, te pones de puntillas y te quedas así, en equilibrio.

Con los ojos cerrados, te inclinas hacia el viento y vemos que estás más alto y también más delgado, como si los michelines de niño

pequeño estuvieran desvaneciéndose. La rociada de acné ha desaparecido de tu piel, que vuelve a ser dorada y tersa, solo que ahora te ha salido una pelusilla suave en el mentón que pronto empezarás a afeitarte. Tienes la nariz y la mandíbula más pronunciadas y se te empiezan a afilar los pómulos. Comienzas a parecerte al hombre en que te vas a convertir. Te pareces mucho a tu padre.

Mantienes los ojos cerrados y los brazos extendidos. El viento sopla más fuerte y, justo cuando está a punto de derribarte, alguien se agacha y te toca la frente. No necesitas verla para saber quién es. Es la chica de tus sueños, la chica más bella del mundo, y ha venido a evitar que te caigas, y tu trabajo es evitar que se aleje volando. Una leve sonrisa te atraviesa la cara cuando la coges de la mano. Das un suave tirón y se posa en la tierra y se coloca de pie a tu lado. Coges el maletín y ella se acerca más, apoya la cabeza en tu hombro.

Suspira. *Qué bonito*…

Un libro tiene que terminar en alguna parte, Benny…

«Ssh —susurras—. Escucha…»

Agradecimientos

Un libro es un objeto parlante, y en la página de agradecimientos es donde da las gracias. *El libro de la forma y el vacío* me ha encargado esta tarea en su nombre, así que empezaré por expresar nuestra gratitud a Zoketsu Norman Fischer y a la estirpe de maestros zen cuyas palabras permean estas páginas.

Estoy profundamente agradecida a las doctoras Gail Hornstein y Annie Rogers, que leyeron los primeros borradores y me asesoraron en cuestiones tanto psicológicas como literarias. Sus aportaciones personales y sus publicaciones me han abierto los ojos y los oídos, igual que los libros y los recursos que me recomendaron. Son demasiados para enumerarlos todos, pero quiero mencionar: Intervoice: the International

Hearing

Voices

Network

(www.intervoiceonline.org)

y

Hearing

Voices

USA

(www.hearingvoicesusa.org), así como la labor pionera de los doctores Marius Romme y Sandra Escher, cuyo enfoque no patologizante y basado en la experiencia de los estados de perplejidad y las experiencias no compartidas ha ampliado y dado profundidad a nuestros conocimientos.

Mi gratitud especial y sincera a quienes oyen voces, a los artistas y a los activistas furiosos cuyos valientes testimonios, tanto escritos como narrados, han expandido mi comprensión y ratificado mi experiencia. Quiero reconocer especialmente la ayuda de mi nueva amiga Alison Smith, activista, autora y narradora extraordinaria, por hacerme partícipe de sus pensamientos sobre oír voces, la revolución y la cría de gallinas, y a mi viejo amigo Sascha Altman «Scatter» DuBrul, cuyo trabajo en el proyecto Icarus, la justicia social y la diversidad psíquica ha nutrido mi escritura y mi pensamiento a lo largo de los años.

Estoy agradecida a todos los amigos que han compartido su valiosa experiencia. Matthew Budden, artista, músico, experto en seguimiento de medios de comunicación y archivero, inició pacientemente a Annabelle en los matices de su oficio común, así como en su estilo de crianza. Yoosun Park y Emily Myer me ayudaron a traducir mis sesiones infantiles con profesionales de la salud mental a terminología contemporánea mientras tomábamos unos cócteles en el Green Room, donde también fue de ayuda Andrew Rundle.

Por su lectura generosa, perspicaz y meticulosa de mis distintos borradores, gracias infinitas a Katie Young, Liz Gaudet, Karen Joy Fowler, Linda Solomon, Oliver Kellhammer, Adrienne Brodeur y Claire Kohda. A lo largo de muchos años de escritura, su ayuda y su apoyo han sido cruciales en la creación de este Libro. Los libros necesitan buenos lectores y amigos, también personas que pasen el texto a ordenador, y os damos las gracias de corazón.

Gracias a Hedgebrook, por el silencio, la sororidad y ser un refugio.

En Viking, estoy profundamente agradecida a Paul Slovak por su presencia editorial sabia y constante, y a Brian Tart y Andrea Schwartz por su apoyo incansable; en Canongate, a Jamie Byng y su

maravilloso equipo por su entusiasmo inagotable por todo lo relacionado con los libros. Quiero dar las gracias a mis agentes, Molly Friedrich y Lucy Carson, por su fe en mi trabajo todos estos años, y a Molly Zakoor, mi adorada ayudante, que me salva de mis equivocaciones y me mantiene alegre y encaminada.

Y ahora quiero dar gracias infinitas a mi querida amiga, antigua editora y compañera de profesión, Carole DeSanti.

Carole compró *El libro de la forma y el vacío* cuando aún estaba en Viking y el manuscrito estaba en su más tierna infancia. Fue la primera en oírlo hablar, y su fino oído, agudo ojo editorial y asesoramiento empático en cuestiones de tono y estructura narrativos ayudaron al Libro a encontrar su voz y

también su forma. A lo largo de los años, Carole me ha ayudado de más maneras de las que puedo expresar. Me ha enseñado a ser una escritora y ha convertido mis caóticos manuscritos en los libros que quieren ser. Soy muy afortunada de tenerla de amiga en la vida y de compañera en la literatura.

Y por último, como siempre, doy gracias a mi querido Oliver, que me hace la vida interesante y siempre está dispuesto a escuchar. Sus ideas inspiran mi escritura. Sus palabras estimulan mi mundo.

Document Outline

- Al principio
- Un niño
- Parte uno. En casa
    - El Libro
    - Benny
    - El Libro
    - Benny
    - El Libro
    - Benny
    - El Libro
    - Benny
    - El Libro
    - El Libro
- Parte dos. La Biblioteca
    - Benny
    - El Libro
    - Benny
    - El Libro
    - Benny
    - El Libro
    - El Libro
    - Benny
    - El Libro
    - Benny
    - El Libro
    - Benny
    - El Libro
    - Benny
    - El Libro
    - Benny
    - El Libro
    - Benny
    - El Libro
    - El Libro
- Parte tres. Perdidos en el espacio
    - El Libro
    - Benny
    - El Libro
    - Benny
    - El Libro
    - Benny
    - El Libro

    - Benny
    - El Libro
    - Benny
    - El Libro
    - El Libro
    - El Libro
- Parte cuatro. El pabellón
    - Benny
    - El Libro
    - Benny
    - El Libro
- Parte cinco. De vuelta a casa
    - El Libro
    - Benny
- Agradecimientos
- Créditos